



**CLIVE
CUSSLER**

**EL SECRETO DE
LA ATLÁNTIDA**

Lectulandia

En 1858 un ballenero se encuentra atrapado en el hielo. El capitán y sus tripulantes descubren cerca de ellos otro barco del año 1779 con toda la tripulación congelada y varios tesoros valiosos. Solo tienen tiempo para rescatar una extraña calavera de obsidiana antes de que el barco desaparezca. En marzo de 2001, en una mina de Colorado, un minero descubre otra de estas calaveras y en las paredes una serie de marcas misteriosas. Dirk Pitt empieza a investigar y descubre que tras todo ello se esconde la secta del Cuarto Imperio. Él es el único que sabrá descubrir sus planes y salvar el mundo.

Lectulandia

Clive Cussler

El secreto de la Atlántida

Dirk Pitt - 15

ePub r1.0

TaliZorah 20.10.13

Título original: *Atlantis found*
Clive Cussler, 1999.
Traducción: Ana Alcaina
Ilustraciones: Lawrence Ratzkin

Primer editor: Alicantino79
Editor digital: TaliZorah
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Estoy en deuda con el mayor Joe Andrzejewski por sus generosos y útiles consejos sobre las Fuerzas Especiales. Asimismo, debo mi gratitud a K. Eric Drexler y Christine Peterson, los mejores en nanotecnología, por su orientación; y a John Stevens, quien me sirvió de guía a través del laberinto de la mina de Pandora. También al coronel Howard A. Buechner, a Donald Cyr, Graham Hancock, Charles Hapgood y Platón, cuyos libros y palabras me han resultado valiosísimos, y a Paul Mollar, por haberme prestado su fabuloso Skycar.

PRÓLOGO

EL IMPACTO

7120 A.C. Actual bahía de Hudson, Canadá.

El intruso llegó del espacio exterior. Un cuerpo celeste nebuloso tan antiguo como el mismísimo universo, nacido de una vasta nube de hielo, rocas, polvo y gas cuando se formaron los planetas exteriores del sistema solar hace 4600 millones de años. Poco después de que sus partículas dispersas se hubieran congelado para formar una masa sólida de 1,6 kilómetros de diámetro, empezó a surcar silenciosamente el vacío del espacio en un viaje orbital que lo llevó alrededor de un sol distante, a medio camino de las estrellas más vecinas, un viaje que duró miles de años.

El centro del cometa, su núcleo, era un conglomerado de agua helada, monóxido de carbono, gas metano y bloques irregulares de rocas metálicas. Podría describirse como una bola de nieve sucia arrojada al espacio por la mano de Dios, pero cuando describió una curva junto al sol y giró en su viaje de retorno de los confines más remotos del sistema solar, la radiación solar reaccionó con su núcleo y tuvo lugar una metamorfosis: el patito feo rápidamente se transformó en una auténtica belleza.

Cuando empezó a absorber el calor del sol y la luz ultravioleta, se formó una larga coma, que fue convirtiéndose lentamente en una enorme cola luminosa y azul que se doblaba y extendía por detrás del núcleo a lo largo de 144 millones de kilómetros. Luego se materializó otra cola más corta de polvo blanco y de más de 1 600 000 kilómetros de ancho, que se enroscó en los costados de la cola más larga como si fueran las aletas de un pez.

Cada vez que el cometa pasaba junto al sol, perdía una parte del hielo y su núcleo disminuía de tamaño. Al final, al cabo de otros doscientos millones de años, perdería la totalidad del hielo, se fragmentaría en una nube de polvo y se convertiría en una serie de meteoritos diminutos. Sin embargo, este cometa nunca describiría una órbita fuera del sistema solar ni volvería a pasar alrededor del sol. No se le permitiría tener una muerte lenta y fría en los negros confines del espacio. Al cabo de pocos minutos, su vida se extinguiría, pero en ésta, su última órbita, el cometa pasó dentro de un radio de 1 440 000 kilómetros de Júpiter, cuya inmensa fuerza gravitacional lo hizo desviarse hasta tomar un rumbo de colisión con el tercer planeta desde el sol, un planeta al que sus habitantes llamaban la Tierra.

Entrando en la atmósfera terrestre en un ángulo de cuarenta y cinco grados, con una velocidad de doscientos mil kilómetros por hora y acelerándose por momentos a causa de la fuerza gravitacional, el cometa dejó una estela luminiscente cuando su masa de dieciséis kilómetros de ancho y cuatro mil millones de toneladas empezó a fragmentarse a causa de la fricción provocada por la gran velocidad. Siete segundos más tarde, el cometa deformó, después de haberse convertido en una bola de fuego

cegadora, chocó contra la superficie de la Tierra con consecuencias catastróficas. El resultado de la explosión de energía cinética en el momento del impacto fue la apertura de una fosa inmensa, el doble de grande que la isla de Hawai, al evaporar y desplazar un gigantesco volumen de agua y tierra.

La Tierra entera se estremeció por el choque sísmico de un terremoto de una magnitud de doce grados. Millones de toneladas de agua, sedimentos y detritos salieron disparados hacia lo alto, arrojados a través del agujero de la atmósfera justo encima del lugar de impacto y hacia la estratosfera, junto con una lluvia colosal de roca pulverizada y ardiente que fue expelida en trayectorias suborbitales antes de regresar a la Tierra en forma de meteoritos envueltos en llamas. Las tormentas de fuego destruyeron bosques en todo el mundo. Volcanes que habían permanecido inactivos durante miles de años entraron en erupción de repente y lanzaron océanos de lava líquida que se extendieron a lo largo de millones de kilómetros cuadrados, cubriendo el suelo con una capa de hasta trescientos metros. La atmósfera se vio inundada de tanto humo y detrito —diseminado luego por todos los rincones de la Tierra por vientos huracanados— que estos ocultaron el sol durante casi un año, haciendo que las temperaturas bajasen hasta varios grados bajo cero y sumiendo a la Tierra en la oscuridad más absoluta. El cambio climático en cada rincón del mundo se produjo con una brusquedad asombrosa. Las temperaturas de las inmensas placas de hielo y los glaciares septentrionales subieron hasta situarse entre los 32 y los 37 °C, provocando una rápida fusión. Los animales acostumbrados a los climas tropicales y templados se extinguieron de la noche a la mañana. Muchos, como los mamuts, se congelaron en un abrir y cerrar de ojos, pastando en la calidez del verano, con la hierba y las flores aún sin digerir en el estómago. Los árboles, junto con hojas y frutos, se helaron. Durante días, los peces que habían salido despedidos por el impacto, cayeron de los cielos encapotados.

Olas de entre ocho y diez kilómetros de altura chocaron contra los continentes, levantándose por encima de las costas con una impresionante fuerza destructiva. El agua barrió las llanuras costeras y engulló cientos de kilómetros del interior, destruyendo todo cuanto hallaba a su paso. Cantidades interminables de restos y sedimentos de los fondos oceánicos se extendieron por las masas continentales más bajas. Hubo que esperar a que la ola gigantesca se estrellara contra el pie de las montañas para que se doblara sobre sí misma y emprendiese una lenta retirada, no sin antes cambiar el curso de los ríos, inundar las cuencas con mares donde antes no existía ninguno y convertir lagos inmensos en auténticos desiertos.

La reacción en cadena parecía interminable.

Con un leve rumor que fue transformándose en el rugido de un trueno continuo, las montañas empezaron a temblar como palmeras mecidas por la suave brisa en el momento en que las avalanchas se deslizaron por las laderas. Los desiertos y las

praderas se ondularon cuando la embestida de los océanos arremetió de nuevo contra el interior. El impacto del cometa había provocado un súbito y colosal desplazamiento de la delgada corteza terrestre. La capa externa, de poco más de sesenta kilómetros de grosor, y el manto que recubría el núcleo de magma se estremecieron y retorcieron, moviendo las capas de la corteza como la piel de un pomelo retirada mediante cirugía y luego hábilmente sustituida para poder moverse alrededor del corazón interno de la fruta. Como controlada por una mano invisible, la totalidad de la corteza se movió a partir de entonces como un todo.

Continentes enteros tuvieron que desplazarse a nuevas ubicaciones. Las colinas se alzaron y se convirtieron en montañas, las islas del océano Pacífico desaparecían mientras otras surgían por primera vez. La Antártida, anteriormente al oeste de Chile, se deslizó 3200 kilómetros al sur, donde quedó enterrada bajo capas cada vez más espesas de hielo. El inmenso pedazo de hielo que había flotado hasta entonces en el océano Índico al oeste de Australia se desplazó de repente a una zona templada y empezó a derretirse con rapidez. Lo mismo ocurrió con el antiguo polo Norte, que se había extendido a lo largo del norte de Canadá. El nuevo polo enseguida empezó a producir una gruesa capa de hielo en medio de lo que hasta entonces había sido mar abierto.

La destrucción fue implacable. Las convulsiones y secuelas se sucedieron como si no fuesen a terminar jamás. El movimiento de la delgada capa externa de la Tierra provocaba un cataclismo tras otro. El brusco deshielo de los bloques congelados, unido al efecto de los glaciares, que cubrieron los continentes desplazados súbitamente hacia zonas tropicales, hizo que el nivel del mar subiera 120 metros y anegase la tierra ya destruida por las inundaciones causadas por los maremotos. En el transcurso de un solo día, Gran Bretaña, unida hasta entonces al resto del continente europeo por una llanura seca, se transformó en una isla, mientras un desierto que llegaría a ser conocido como golfo Pérsico quedaba inundado bruscamente. El río Nilo, que hasta entonces había corrido por un extenso valle fértil para desembocar en el océano al oeste, terminaba ahora en lo que acababa de convertirse en el mar Mediterráneo.

La última gran era glacial había terminado en un instante geológico.

El cambio radical de los océanos y de su posición en el mundo también hizo que se moviesen los polos, movimiento que alteró de forma drástica el equilibrio de rotación de la Tierra. El eje terrestre se vio desplazado temporalmente dos grados por el movimiento de los polos Norte y Sur a nuevas posiciones geográficas, y dicho desplazamiento modificó la aceleración centrífuga alrededor de la superficie externa de la esfera. Puesto que eran líquidos, los mares se adaptaron antes de que la Tierra completase otras tres revoluciones, pero la masa continental no pudo reaccionar con la misma rapidez. Los terremotos se prolongaron durante meses.

Unas tormentas feroces con vientos brutales azotaron la Tierra, destruyendo y deshaciendo todo cuanto quedaba en pie durante los siguientes dieciocho años, antes de que los polos dejaran de moverse y se asentasen por fin en su nuevo eje de rotación. Con el tiempo, el nivel del mar se estabilizó y permitió que se formasen nuevas costas mientras las extrañas condiciones meteorológicas seguían apaciguándose. Los cambios adquirieron carácter permanente. La secuencia entre el día y la noche cambió y el número de días del año disminuyó en dos. El campo magnético terrestre también se vio afectado y se trasladó 160 kilómetros hacia el noroeste.

Cientos, tal vez miles de especies de animales y peces se extinguieron inmediatamente. En las Américas, el camello de una sola giba, el mamut, un caballo de la era glaciario y el perezoso gigante desaparecieron. También se extinguieron el macairodo, pájaros enormes de 7,5 metros de altura y muchos otros animales que pesaban cincuenta kilos o más, la mayoría muertos por la asfixia provocada por el humo y los gases volcánicos.

Tampoco la vegetación terrestre escapó al apocalipsis. La vida vegetal que no había quedado reducida a cenizas por el holocausto, así como las algas de los mares, murieron por la falta de luz. Al final, más del 85 por ciento de toda la vida en la Tierra moriría por las inundaciones, los incendios, las tormentas, las avalanchas, la toxicidad de la atmósfera y, finalmente, por inanición.

Las sociedades humanas —muchas bastante avanzadas— y una gran variedad de culturas emergentes en los umbrales de una progresiva edad de oro fueron aniquiladas en un solo día, de la noche a la mañana. Millones de hombres, mujeres y niños sufrieron una muerte horrible. Desapareció cualquier vestigio de las civilizaciones emergentes y los escasos y patéticos supervivientes solo conservaron vagas remembranzas del pasado. El ataúd se había cerrado justo durante la era de mayor avance ininterrumpido de la humanidad, un viaje de diez mil años desde el primitivo hombre de *Cro-Magnon* a reyes, arquitectos, canteros, artistas y guerreros. Sus obras y sus restos mortales quedaron sepultados en las profundidades bajo los nuevos mares, dejando escasos fragmentos y testimonios físicos de una avanzada cultura antigua. Naciones y ciudades enteras que se erguían orgullosas apenas unas horas antes desaparecieron sin dejar rastro. El cataclismo no dejó restos prácticamente de ninguna de las civilizaciones importantes anteriores.

El reducido número de seres humanos que logró sobrevivir lo consiguió gracias a que vivían en las cotas más elevadas de los sistemas montañosos y lograron esconderse en cuevas para escapar a la furia de los elementos. A diferencia de los pueblos más avanzados de la Edad del Bronce, quienes solían agruparse y construir sus moradas en llanuras de escasa altura cerca de ríos y de las costas oceánicas, los habitantes de las montañas eran nómadas de la Edad de Piedra. Era como si la flor y

nata de su civilización, los Leonardos da Vinci, los Picassos y Einsteins de su era, se hubiesen evaporado en la nada, como si hubiesen abandonado el mundo para dejarlo en manos de cazadores nómadas primitivos, un fenómeno similar a lo ocurrido en Grecia y Roma tras la caída de su imperio, que dio paso a siglos de ignorancia y letargo creativo. Un oscurantismo neolítico envolvió en su mortaja a las civilizaciones más avanzadas, un oscurantismo que perduraría dos mil años. Despacio, muy despacio, la humanidad salió al fin de las tinieblas y empezó a construir y crear ciudades y civilizaciones de nuevo en Mesopotamia y Egipto.

Por desgracia, muy pocos de los constructores de talento y pensadores creativos de las culturas perdidas sobrevivieron. Al descubrir que su civilización había sido destruida y que nunca volvería a reconstruirse, emprendieron una búsqueda de varios siglos para erigir los misteriosos megalitos y dólmenes de enormes piedras verticales que se encuentran por toda Europa, Asia, las islas del Pacífico y Sudamérica. Mucho después de que el recuerdo de su brillante legado se difuminase y quedase relegado a poco más que un mito, los monumentos conmemorativos de la terrible destrucción sirvieron de advertencia a las generaciones venideras sobre la posibilidad de otra catástrofe. Sin embargo, en solo un milenio, sus descendientes fueron olvidando poco a poco las viejas tradiciones, se adaptaron al nomadeo y dejaron de existir como pueblos avanzados.

Durante cientos de años tras la convulsión, los seres humanos sintieron miedo a bajar de las montañas y repoblar las tierras bajas y las zonas costeras. Las naciones marineras, técnicamente superiores, no eran más que vagas sombras de un pasado distante. La construcción de barcos y las técnicas de navegación se perdieron en el olvido y tuvieron que ser reinventadas por generaciones posteriores que veneraban a sus hábiles ancestros como dioses.

Todas las muertes y la devastación fueron provocadas por un pedazo de hielo sucio del tamaño de un pueblecito agrícola del Medio Oeste. El cometa había causado sus nefastos estragos de forma despiadada y brutal. La Tierra no había sufrido tanta virulencia desde el impacto de un meteorito 65 millones de años atrás en una catástrofe que había exterminado a los dinosaurios.

A partir de entonces, durante miles de años los cometas fueron relacionados con acontecimientos catastróficos y considerados un presagio de futuras tragedias. Se les hacía responsables de cualquier cosa, desde las guerras y las epidemias de peste hasta la muerte y la destrucción. Hasta hace bien poco no se consideró a los cometas maravillas de la naturaleza, como el esplendor de un arco iris o las nubes doradas de la puesta de sol.

El diluvio bíblico y numerosas leyendas de catástrofes estaban relacionadas con esta tragedia. Las antiguas civilizaciones de los olmecas, mayas y aztecas de América Central tenían muchísimas tradiciones relacionadas con un antiguo suceso

catastrófico. Las tribus indias de Estados Unidos se transmitían historias de aguas que inundaban sus tierras. Los chinos, los polinesios y los africanos hablaban de un cataclismo que había diezmado a sus ancestros.

Pero la leyenda que nació y creció a lo largo de los siglos, la que dio origen al misterio y la intriga más acuciante, fue la del continente perdido y la civilización de la Atlántida.

EL BARCO FANTASMA

30 de septiembre de 1858, Bahía de Stefansson, Antártida.

Roxanna Mender sabía que si dejaba de andar moriría. Estaba al borde del agotamiento y se movía únicamente a fuerza de voluntad. La temperatura era de muchos grados bajo cero, pero era la gélida ventisca lo que le zahería la piel. La somnolencia letal que poco a poco la iba embargando consumía poco a poco sus ganas de vivir. Avanzaba hacia delante, colocando un pie delante del otro casi a ciegas, tropezando cuando perdía el equilibrio por una súbita grieta en el hielo. Respiraba con jadeos rápidos y broncos como los de un alpinista ascendiendo un pico del Himalaya sin equipo de oxígeno.

Con visibilidad prácticamente nula por culpa de las partículas de hielo que el viento le arrojaba a la cara, iba protegida con una gruesa bufanda de lana dentro de una parka forrada de pelo. Aunque apenas si entreabría los ojos entre las capas de la bufanda, los tenía irritados y enrojecidos por el azote de los diminutos gránulos. Un sentimiento de frustración invadió a Roxanna cuando levantó la vista y vio el deslumbrante cielo azul y un sol resplandeciente por encima de la tormenta. Las ventiscas cegadoras bajo los cielos despejados eran un fenómeno frecuente en la Antártida.

Sorprendentemente, rara vez nieva en la zona del polo Sur. Hace tantísimo frío que la atmósfera no puede retener el vapor de agua, por lo que la nieve que puede caer es mínima. En un año no caen más de doce centímetros de nieve sobre el continente y, de hecho, parte de la nieve que recubre el suelo tiene miles de años. El fuerte sol golpea el hielo blanco en ángulo oblicuo y su calor refleja de nuevo hacia el espacio, contribuyendo en gran medida a las temperaturas extraordinariamente frías.

Roxanna tenía suerte. El frío no le penetraba en la ropa. En lugar de llevar prendas europeas se había vestido con la ropa que su marido había adquirido en sus relaciones comerciales con los esquimales durante sus expediciones balleneras en el Ártico. Su ropa interior consistía en una camiseta, unos pantalones cortos a la altura de la rodilla y unas botas-caletín hechas con piel suave en contacto con sus pies. Las prendas externas la protegían contra el frío extremo. La parka le quedaba algo suelta para permitir que el calor corporal circulase, evitando la acumulación de sudor. Estaba hecha de pieles de lobo, mientras que los pantalones eran de caribú. En los pies llevaba gruesos calcetines y altas botas forradas por dentro.

El mayor peligro era romperse un tobillo o una pierna en aquella superficie irregular, pues si lograba sobrevivir, se enfrentaría a la amenaza de la congelación. Aunque su cuerpo estaba protegido, era su rostro lo que más le preocupaba. Al menor

hormigueo en la mejilla o la nariz, se frotaba vigorosamente para reactivar la circulación sanguínea. Ya había visto a seis miembros de la tripulación de su marido manifestar síntomas de congelación; dos de ellos habían perdido los dedos de los pies y uno las orejas.

Por fortuna, la ventisca fue amainando y perdió su virulencia, por lo que Roxanna pudo avanzar con mayor facilidad que la hora anterior, cuando había vagado sin rumbo. El viento huracanado dejó de aullarle al oído, y oyó a los cristales de hielo resquebrajarse bajo sus pies.

Alcanzó un montículo de unos cuatro metros y medio de altura formado por el implacable hielo marino que trituraba y levantaba el témpano. La mayoría de estos montículos tenía una superficie irregular, pero éste estaba erosionado, de modo que tenía los lados lisos. Hincándose de rodillas y ayudándose con las manos, empezó a trepar hacia arriba a zarpazos, retrocediendo dos pasos por cada tres que lograba avanzar.

El esfuerzo le consumió las pocas fuerzas que le quedaban. Sin saber cómo, al final logró arrastrarse hasta lo alto del montículo medio muerta de cansancio, oyendo los fuertes latidos de su corazón y con la respiración entrecortada. No sabía cuánto tiempo había permanecido allí, pero daba gracias por la tregua que le había dado el vendaval de hielo. Al cabo de unos minutos, cuando se aminoraron sus pulsaciones y su respiración recobró un ritmo regular, Roxanna se maldijo por los problemas que tan torpemente había causado. Al no llevar reloj, ignoraba las horas transcurridas desde que había abandonado el ballenero de su marido, el *Paloverde*.

Casi seis meses antes, el barco había sido atrapado por las placas de hielo; para mitigar el aburrimiento, Roxanna había empezado a hacer excursiones diarias, sin alejarse demasiado del barco, y a la vista de los tripulantes. Esa mañana, cuando había abandonado el barco, el cielo estaba completamente despejado, pero muy pronto se encapotó y la ventisca arreció. Al cabo de unos minutos, el barco se había desvanecido y Roxanna había empezado a vagar sin rumbo por la masa de hielo.

La mayoría de los balleneros no solían llevar mujeres a bordo, pero muchas esposas se negaban a quedarse en casa sentadas a esperar durante los tres o cuatro años que sus maridos permanecían fuera. Roxanna Mender no estaba dispuesta a pasar miles de horas sola en casa. Era una mujer fuerte, aunque menuda, de apenas metro cincuenta de estatura y de menos de cuarenta y cinco kilos de peso. Con sus ojos castaño claro y su cálida sonrisa, era una mujer guapa que casi nunca se quejaba de las dificultades y el aburrimiento, y que rara vez se mareaba a bordo. En su pequeño camarote ya había dado a luz a un niño a quien había llamado Samuel, y a pesar de que todavía tenía que decírselo a su marido, volvía a estar embarazada de casi dos meses. La tripulación la había acogido sin problemas y ella había enseñado a varios marineros a leer, había escrito cartas a sus mujeres y familias y actuado de

enfermera cada vez que alguien enfermaba o sufría una herida.

El *Paloverde* era uno de los barcos de la flota ballenera que zarpaba de San Francisco. Era resistente, construido especialmente para las operaciones polares durante la época de caza. Con una eslora de cuarenta metros, una manga de nueve y un calado de cinco, desplazaba casi 330 toneladas. Sus dimensiones daban cabida a una enorme carga de grasa de ballena y espacio para una numerosa tripulación en travesías que podían durar hasta tres años. Su quilla, cuadernas y baos de pino provenían de los bosques de Sierra Nevada. Una vez colocados en su sitio, los tablones de ocho centímetros se unían y se sujetaban mediante clavijas de madera de roble.

Su aparejo era el de un navío de tres mástiles, y sus cabos eran nítidos, atrevidos y elegantes. Los camarotes estaban amueblados con gusto y las paredes revestidas con abeto de Washington. El camarote del capitán había sido particularmente bien amueblado por la insistencia de su esposa en acompañarle en tan largo viaje. El mascarón de proa era una figura elegantemente tallada en madera de paloverde, árbol originario del sudoeste de Estados Unidos. En la popa, el nombre del barco se leía en letras doradas. También adornaba la popa una talla del cóndor de California con las alas extendidas.

En lugar de navegar hacia el norte por el estrecho de Bering en dirección al Ártico y a las aguas habituales para la caza de la ballena, el marido de Roxanna, el capitán Bradford Mender, había conducido al *Paloverde* hacia el sur, hacia el Antártico. Pensaba que puesto que los resistentes balleneros de Nueva Inglaterra apenas se acercaban a la región y, de hecho, no la tenían en cuenta para sus faenas pesqueras, sería una oportunidad de oro de encontrar territorios vírgenes para la caza de ballena.

Una vez en las inmediaciones del círculo polar antártico, la tripulación cazó seis ballenas en mar abierto, a menudo abriéndose paso entre los icebergs. Luego, la última semana de marzo, el otoño antártico, el hielo empezó a acumularse sobre la superficie del mar con una rapidez asombrosa hasta alcanzar más de un metro de grosor. Aun así, el *Paloverde* podría haberse dirigido a aguas despejadas, pero un súbito cambio en la dirección del viento se convirtió en un vendaval huracanado que lo empujó de nuevo hacia la costa. Sin escapatoria posible, mientras el hielo arremetía contra ellos en placas mayores que el tamaño del propio barco, los miembros de la tripulación no podían más que limitarse a quedarse de brazos cruzados, impotentes, viendo cómo se cerraba aquella trampa glacial.

El hielo se amontonó rápidamente alrededor del ballenero con tanta fuerza que lo empujó hacia tierra firme, atrapándolo en un puño gigantesco. El agua clara de la costa quedó rápidamente cubierta por una capa de hielo. Mender y su tripulación trabajaron con ahínco y al final lograron que las anclas del *Paloverde* se aferraran a seis brazas muy cerca de la costa. Sin embargo, en cuestión de horas el barco quedó

atascado en el hielo que continuaba espesándose y muy pronto un sudario blanco cubrió el resto del agua. El invierno antártico se les había echado encima, y los días eran cada vez más cortos. No había esperanzas de escapar y todavía faltaban más de siete meses para que llegase la estación templada.

Secaron, plegaron y guardaron las velas para volver a izarlas en primavera, si la providencia permitía que llegase el buen tiempo y liberaba al barco. En previsión de un largo confinamiento, inventariaron y racionaron toda la comida para los largos meses del invierno, aunque nadie sabía si los víveres a bordo alcanzarían hasta que el hielo empezase a derretirse en primavera. Sin embargo, la práctica de arrojar los cabos y anzuelos por los agujeros horadados en el hielo había dado resultados más que satisfactorios y ahora disponían de un bonito surtido de pescado antártico congelado en una despensa de la cubierta. Además, estaban los cómicos pingüinos de la costa. Al parecer, había millones de ellos; el único problema era que daba igual el modo en que el cocinero preparase su carne: el sabor era repulsivo.

Las principales amenazas eran el frío extremo y cualquier movimiento repentino del témpano. El peligro de congelamiento se vio reducido con la combustión de la grasa de las ballenas cobradas antes de quedar atrapados en el hielo. La bodega aún contenía más de cien toneles, más que suficiente para hacer que ardieran los fogones durante la peor parte del invierno antártico.

Hasta entonces, el témpano se había mantenido relativamente tranquilo, pero Mender sabía que solo era cuestión de tiempo el que se moviese y cambiase de posición. Entonces el *Paloverde* tal vez viese cómo su casco era reducido a astillas y sus resistentes cuernas aplastadas como papel por culpa de un gigantesco iceberg en movimiento. Al capitán no le hacía ninguna gracia la idea de ver a su mujer y su hijo intentando sobrevivir en tierra hasta que avistasen otro barco en verano, y las posibilidades de que eso sucediese eran de mil contra una en el mejor de los casos.

Por si fuera poco, se enfrentaban además con la amenaza mortal de la enfermedad. Siete hombres mostraban síntomas de escorbuto. Lo único positivo de todo el asunto era que las alimañas y las ratas hacía tiempo que habían sucumbido al terrible frío. Las largas noches de la región antártica, el aislamiento y el viento helado alimentaban la lacra de la apatía. Mender combatía el aburrimiento mortal manteniendo a sus hombres ocupados en faenas de toda clase, labores interminables para que tuvieran la mente y el cuerpo activos todo el tiempo.

Mender, sentado al escritorio de su camarote, había calculado sus posibilidades de sobrevivir docenas de veces, pero no importaba el modo en que considerase las opciones y posibilidades: el resultado siempre era el mismo. Sus posibilidades de permanecer a flote con el barco indemne hasta que llegase la primavera eran muy remotas.

La ventisca había cesado con la misma brusquedad con que había empezado, y el

sol había hecho su aparición. Entreabriendo los ojos al brillo cegador del banco de témpanos, Roxanna vio su propia sombra. ¡Qué alegría ver su sombra pese al vacío interminable que la rodeaba! Sin embargo, el corazón le dio un vuelco cuando escrutó el horizonte y divisó al *Paloverde* a más de un kilómetro de distancia. El casco negro estaba semienterrado en el hielo, pero la enorme bandera estadounidense ondeaba en la brisa mortecina. Se dio cuenta de que su atribulado marido la había colocado en lo alto de la jarcia del palo mayor a modo de faro. Le costaba creer que se hubiese alejado tanto. En su mente adormecida, creía haberse mantenido razonablemente cerca del barco caminando en círculos todo ese tiempo.

De pronto Roxanna divisó unas motas diminutas moverse por la superficie y advirtió que se trataba de su marido y la tripulación, que la estaban buscando. Estaba a punto de levantarse y empezar a hacer señales con la mano cuando de repente vislumbró algo completamente inesperado: los mástiles de otro barco surgiendo entre dos bloques de hielo gigantescos.

Los tres mástiles y el bauprés, junto con las jarcias, parecían intactos, con las velas recogidas y plegadas. Ahora que el viento había amainado hasta convertirse en una brisa ligera, Roxanna se apartó la bufanda de la cara y vio que la mayor parte del casco del barco estaba incrustada en el hielo. El padre de Roxanna había sido capitán de varios clíperes en la ruta comercial del té a China, y de niña había visto cientos de barcos de toda clase de aparejos y velas llegar y zarpar de Boston, pero la única vez que había visto un barco como el que estaba enterrado en el hielo había sido en un cuadro en casa de su abuelo.

Aquel barco fantasmagórico era viejo, muy viejo, con una enorme popa redondeada con ventanas y miradores sobre el agua. Era largo, estrecho y profundo. Medía unos buenos cuarenta metros de eslora y tenía al menos diez de manga. Como el barco que había visto en el cuadro. Debía de ser un buque de la Compañía Británica de las Indias Orientales de ochocientas toneladas y de finales del siglo XVIII.

Apartó la mirada del barco y agitó la bufanda en el aire para atraer la atención de su marido y la tripulación. Uno de ellos divisó el movimiento y alertó a los demás. Acto seguido se apresuraron por el hielo en dirección a ella, con el capitán Mender a la cabeza. Al cabo de veinte minutos todos se abrazaban, dando gritos de alegría por haberla encontrado con vida.

De carácter tranquilo y taciturno, Mender dio muestras de una emoción inusitada al estrechar a Roxanna entre sus brazos y, con las lágrimas congeladas en las mejillas, darle un enternecedor y prolongado beso.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró—. Creía que estabas muerta. Es un verdadero milagro que hayas sobrevivido.

Capitán de ballenero a la edad de veintiocho años, Bradford Mender tenía treinta y seis y ésta era su décima travesía. Originario de Nueva Inglaterra, hombre duro y de

recursos, medía metro ochenta de estatura, era bastante corpulento y pesaba casi cien kilos. Tenía ojos azul intenso y pelo negro, con una poblada barba desde las orejas hasta la barbilla. Severo pero justo, Mender nunca había tenido problemas con los oficiales o la tripulación que no hubiese sabido solucionar con eficiencia y honradez. Extraordinario cazador de ballenas y navegante, también era un astuto hombre de negocios, y no solo era el capitán del barco sino también su propietario.

—Si no hubieses insistido en que me pusiera la ropa de esquimal que me diste, habría muerto de frío hace horas.

Tras separarse de su mujer, se volvió hacia los seis tripulantes que los rodeaban, radiantes de alegría.

—Llevemos a la señora Mender de vuelta al barco enseguida para que tome un buen plato de sopa caliente.

—No, todavía no —dijo ella, tomando a su marido del brazo y señalando el horizonte—. He descubierto otro barco.

Todos se volvieron en la dirección de su brazo extendido.

—Es un barco inglés. Lo he reconocido por un cuadro que había en el salón de mi abuelo en Boston. Parece un derrelicto.

Mender contempló la aparición, de un blanco fantasmal en su mortaja de hielo.

—Tienes razón. Parece un mercante de alrededor de 1770.

—Propongo que lo examinemos, capitán —dijo el primer oficial, Nathan Bigelow—. Puede que contenga provisiones que nos ayuden a sobrevivir hasta la primavera.

—Pues tendrán más de ochenta años... —señaló Mender con pesimismo.

—Pero el frío las habrá conservado en buen estado —le recordó Roxanna.

El capitán le lanzó una tierna mirada.

—Has pasado unas horas muy duras, esposa mía. Haré que uno de los hombres te acompañe hasta el *Paloverde*.

—No, marido mío —contestó ella con aire resuelto—. Pienso ver lo que haya que ver ahí. —Sin darle tiempo al capitán para protestar, la mujer descendió por la ladera del montículo helado y echó a andar en dirección a la nave abandonada.

Mender miró a su tripulación y se encogió de hombros.

—Dios nos proteja de llevarle la contraria a una mujer curiosa.

—Un barco fantasma —murmuró Bigelow—. Es una pena que haya quedado atrapado en el hielo, porque podríamos llevárnoslo a casa y solicitar los derechos de salvamento.

—Es demasiado viejo para que tenga algo de valor —repuso Mender.

—¿Qué hacéis ahí parados como pasmarotes? —exclamó Roxanna, volviéndose y llamando a los hombres con impaciencia—. Démonos prisa antes de que se desate otra ventisca.

Una vez llegaron junto al viejo barco comprobaron que el hielo se había

amontonado contra el casco, de modo que les resultó más fácil alcanzar los macarrones superiores y encaramarse a las bordas. Roxanna, su marido y los miembros de la tripulación se encontraron de pie en el alcázar, cubierto por una fina capa de hielo.

Mender contempló aquella desolación y meneó la cabeza con gesto de desconcierto.

—Es asombroso que el hielo no haya aplastado el casco.

—Nunca pensé que algún día llegaría a pisar la cubierta de un barco inglés de la Compañía de las Indias Orientales —murmuró uno de los hombres con cierta aprensión—. Y menos aún de uno construido antes de que naciera mi abuelo.

—Es un magnífico barco —dijo Mender—. Yo diría que de unas novecientas toneladas. De cuarenta y cinco metros de eslora y doce de manga.

Construido y armado en un astillero del Támesis y bestia de carga de la flota mercante británica de finales del XVIII, la nave era un híbrido entre distintas clases de barcos. Había sido construido principalmente para el transporte de mercancías, pero en una época de piratas y guerras en el mar, iba armado con veintiocho cañones. Además, estaba equipado con camarotes para el transporte de pasajeros. Todo cuanto había en cubierta estaba incólume, recubierto de hielo, como esperando a una tripulación fantasma. La artillería aguardaba en silencio en las troneras, los salvavidas seguían amarrados en lo alto de los palos y todas las escotillas estaban en su sitio.

Había algo misterioso, raro e inquietante en aquel viejo barco, algo extrañamente siniestro que no pertenecía a este mundo sino a otro. Un temor irracional de que alguna espantosa y horripilante criatura estuviese esperando para darles un buen recibimiento embargó a los hombres. Los marinos son gente harto supersticiosa, y ninguno de los presentes, salvo Roxanna, sentía ninguna clase de entusiasmo inocente e infantil, sino una profunda aprensión.

—Qué extraño —exclamó Bigelow—. Es como si la tripulación hubiese abandonado el barco antes de que quedase atrapado en el hielo.

—Lo dudo —replicó Mender en tono grave—. Los salvavidas siguen en su sitio.

—Sabe Dios lo que encontraremos bajo la cubierta.

—Pues vamos a descubrirlo —dijo Roxanna con entusiasmo.

—Tú no, cariño. Será mejor que te quedes aquí.

Ella le lanzó una mirada orgullosa y empezó a menear la cabeza lentamente.

—No pienso esperar aquí sola mientras haya fantasmas merodeando por cubierta.

—Si hay algún fantasma —señaló Bigelow—, seguro que hace mucho tiempo que se ha congelado.

Mender dio órdenes a sus hombres.

—Nos dividiremos en dos grupos. Señor Bigelow, llévese a tres hombres y examine las dependencias de la tripulación y la bodega. El resto iremos a popa e

inspeccionaremos los camarotes de los pasajeros y los oficiales.

Bigelow asintió.

—A la orden, capitán.

La nieve y el hielo se habían amontonado delante de la puerta que conducía a los camarotes de popa, por lo que Mender condujo a Roxanna y a sus hombres hasta la toldilla, donde les costó lo suyo levantar la escotilla que había encima de una escalera de cámara y que se había quedado atascada por el hielo. Luego desplegaron con cuidado la escalera que había en el interior. Roxanna estaba justo detrás de Mender, agarrada al cinturón que rodeaba su grueso abrigo. La blanca tez de su rostro estaba enrojecida, con una mezcla de nerviosismo e intriga.

No imaginaba que estaba a punto de entrar en una pesadilla de hielo.

En el pasillo, hallaron un enorme pastor alemán acurrucado encima de una alfombrilla. A Roxanna le pareció que el perro estaba dormido, pero Mender le dio un golpecito con la punta de la bota y el ruido sordo les indicó que estaba completamente congelado.

—Duro como una piedra —anunció Mender.

—Pobrecillo —musitó Roxanna con tristeza.

Mender señaló hacia una puerta cerrada en el extremo de popa del pasillo.

—El camarote del capitán. Tiemblo solo de pensar qué encontraremos ahí dentro.

—Tal vez nada —dijo uno de los hombres con nerviosismo—. Seguramente todo el mundo huyó del barco y se fue andando por la costa hacia el norte.

Roxanna negó con la cabeza.

—No concibo que alguien dejase morir a un animal tan hermoso solo a bordo.

Los hombres forzaron la puerta del camarote y entraron. Se encontraron con una visión dantesca: una mujer vestida con un traje de mediados o fines del siglo XVIII estaba sentada en una silla, con los ojos abiertos y mirando con estática tristeza la figura de una niña pequeña en una cuna. Había muerto congelada mientras lloraba desconsoladamente la pérdida de quien parecía ser su hija. Tenía en el regazo una Biblia abierta por el capítulo de los Salmos.

La trágica escena dejó petrificados a Roxanna y a los hombres. Su entusiasmo por explorar lo desconocido se trocó de repente en una terrible sensación de angustia. Permaneció de pie en silencio junto a los demás, mientras su respiración acallada empañaba aquella cripta con apariencia de camarote.

Mender se volvió y se dirigió a un camarote contiguo, donde encontró al capitán, sin duda el marido de la mujer. Estaba sentado a un escritorio, desplomado sobre una silla. Su pelo rojizo estaba recubierto de hielo y tenía la cara completamente blanca. Con una mano aferraba una pluma, y en el escritorio tenía una hoja de papel. Mender limpió la escarcha y leyó la hoja.

26 de agosto de 1779

Han pasado cinco meses desde que quedamos atrapados en este execrable lugar después de que la tormenta nos desviara de nuestro rumbo hacia el sur. No quedan víveres. Todos llevamos diez días sin comer. La mayor parte de la tripulación y los pasajeros han muerto. Mi hijita murió ayer y mi pobre esposa hace solo una hora. Ruego a quienquiera que encuentre nuestros cuerpos notifique a los directores de la Compañía Comercial Skylar de Liverpool nuestra suerte. Todo ha terminado. Pronto iré a reunirme con mis amadas esposa e hija.

Leigh Hunt, capitán del Madras

El diario de a bordo encuadernado en cuero del *Madras* yacía sobre el escritorio a un lado del cuerpo del capitán. Mender lo retiró con cuidado de la capa de hielo que lo mantenía pegado a la madera y se lo metió dentro del grueso abrigo. A continuación salió del camarote y cerró la puerta.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Roxanna.

—El cuerpo del capitán.

—Todo esto es terrible.

—Imagino que aún encontraremos cosas peores.

Sus palabras fueron proféticas. Se dividieron y fueron de camarote en camarote. Las dependencias más lujosas de los pasajeros se hallaban en la cabina posterior, un amplio espacio con miradores y ventanucos y camarotes de diversos tamaños en la popa, bajo la toldilla. Los pasajeros reservaban espacios vacíos; tenían que amueblarse los camarotes ellos mismos, con sofás, camas y sillas, todo amarrado fuertemente en previsión del mal tiempo. Los pasajeros más adinerados a menudo traían consigo tales objetos personales: escritorios, librerías e instrumentos musicales, incluyendo pianos y arpas. Aquí el grupo encontró casi treinta cadáveres en diversas posturas; algunos habían muerto sentados, otros tumbados en la cama, mientras que otros estaban tendidos en el suelo. Todos parecían haber tenido una muerte plácida.

A Roxanna le inquietaron los que tenían los ojos abiertos. El color del iris parecía realzado por la piel de blanco inmaculado que los rodeaba. Se estremeció cuando un hombre le tocó el pelo a una mujer. El cabello helado hizo un extraño ruido seco y se rompió en la mano del marinero.

La enorme cámara de la cubierta que había bajo los camarotes más elegantes parecía un depósito de cadáveres abarrotado. La mayoría eran hombres, muchos de ellos oficiales británicos vestidos de uniforme. Más adelante se hallaba la bodega, también llena de cadáveres congelados en hamacas colgadas encima de algunas provisiones y el equipaje del compartimiento de tercera.

Todos habían muerto sin sufrir. No había indicios de pánico, nada estaba

desordenado. Todos los objetos y la mercancía estaban guardados en su sitio. De no ser por el relato final del capitán Hunt, se habría dicho que el tiempo se había detenido y que todos habían muerto tan plácidamente como habían vivido. Cuanto veían Roxanna y Mender no era un espectáculo grotesco ni aterrador, sino simplemente una trágica desgracia. Aquellas personas llevaban muertas ochenta años, olvidadas por un mundo inexorable, y aun aquéllos que en su día lloraron su desaparición, hacía tiempo que también habían desaparecido.

—No lo entiendo —dijo Roxanna—. ¿Cómo murieron todos?

—Los que no murieron de hambre, se congelaron —contestó su marido.

—Pero podrían haber abierto agujeros en el hielo para pescar y cazar pingüinos como nosotros, además de quemar partes del barco para procurarse calor.

—Según las últimas palabras del capitán, el barco se desvió mucho de su rumbo hacia el sur. Supongo que quedaron atrapados en el hielo mucho más lejos de la costa que nosotros, y el capitán, creyendo que al final lograrían escapar del hielo, siguió las normas del buen navegante y prohibió las hogueras a bordo por miedo a un incendio accidental, hasta que fue demasiado tarde.

—Así que uno a uno, murieron todos.

—Cuando llegó la primavera y el hielo se derritió, en lugar de que la corriente lo arrastrara a mar abierto hasta el Pacífico Sur como derrelicto, los vientos contrarios lo empujaron hacia la costa, donde ha permanecido sepultado desde el siglo pasado.

—Creo que tiene razón, capitán —dijo el primer oficial Bigelow, acercándose desde la proa—. A juzgar por las ropas de los cuerpos, esta pobre gente no esperaba que la travesía los llevara a aguas heladas. La mayoría parecen vestidos para un clima tropical. Debían de navegar hacia Inglaterra desde la India.

—Es una gran tragedia —señaló Roxanna con un suspiro— que nada pudiera haberlos salvado.

—Solo Dios —murmuró Mender—, solo Dios. —Se dirigió a Bigelow—. ¿Qué carga transportaba?

—No he encontrado oro ni plata. Solo un cargamento variado de té, porcelana china en cajones de madera bien cerrados y balas de seda, además de un surtido de ratán, especias y alcanfor. Ah, sí, y también hay un pequeño almacén, cerrado con cadenas gruesas, justo debajo del camarote del capitán.

—¿Lo has registrado? —preguntó Mender.

Bigelow negó con la cabeza.

—No, señor. He creído mejor esperar a que usted estuviera presente. He ordenado a los hombres que rompan las cadenas.

—A lo mejor ese almacén contiene un tesoro —dijo Roxanna, mientras un arrebolteña de nuevo sus mejillas.

—Pronto lo averiguaremos —dijo Mender—. Señor Bigelow, ¿nos muestra el

camino?

El primer oficial los condujo por una escalera hasta la bodega principal de popa. El almacén estaba frente a un cañón cuya tronera estaba bloqueada por el hielo. Dos hombres del *Paloverde* estaban forzando el pesado candado que aseguraba las cadenas. Con ayuda de un mazo y un formón hallados en el taller del carpintero, golpearon el cerrojo hasta destrozarlo. A continuación presionaron el pestillo de la pesada puerta hasta que cedió y pudieron abrirla.

El interior estaba débilmente iluminado por una pequeña portilla en los macarrones. Había cajones de madera que iban de mamparo a mamparo. Mender se acercó a un cajón enorme e intentó levantar la tapa.

—Estos cajones no fueron embalados ni cargados a bordo por estibadores —dijo—. Al parecer, la tripulación los embaló de cualquier manera durante la travesía y el capitán los guardó bajo llave.

—No te quedes ahí parado —le ordenó Roxanna, muerta de curiosidad—. Ábrelos.

Mientras la tripulación permanecía fuera de la bodega, Mender y Bigelow empezaron a levantar la tapa de los cajones haciendo palanca. Nadie parecía sentir el frío glacial, tan subyugados estaban ante la expectativa de encontrar un tesoro de joyas y piedras preciosas. Sin embargo, cuando Mender extrajo un objeto de un cajón, sus expectativas se desvanecieron.

—Una urna de cobre —dijo, pasándosela a Roxanna, quien la sostuvo—. Muy bien esculpida. Griega o romana, creo.

Bigelow extrajo y fue pasando diversos objetos más a través de la puerta abierta. La mayoría eran pequeñas esculturas de cobre de animales de aspecto extraño y con ojos de ópalo negro.

—Son preciosas —musitó Roxanna, admirando las formas esculpidas y grabadas en el cobre—. No se parecen a nada que haya visto en ningún libro.

—Sí, son bastante extrañas —convino Mender.

—¿Tienen algún valor? —preguntó Bigelow.

—A lo mejor para un coleccionista de antigüedades o para un museo —respondió Mender—, pero dudo que lleguemos a hacernos ricos con esto... —Hizo una pausa mientras levantaba en el aire una calavera humana de tamaño natural que brilló bajo la luz tamizada—. Por Dios... ¿habéis visto esto?

—Es espantoso —masculló Bigelow.

—Parece como si la hubiera esculpido el mismísimo Satanás —murmuró un miembro de la tripulación, sobrecogido.

Sin ningún temor, Roxanna la sostuvo en el aire y examinó las cuencas vacías de los ojos.

—Parece cristal de ébano. Y veo el dragón asomando entre los dientes.

—Pues a mí me parece obsidiana —opinó Mender—, pero no me atrevería a decir cómo fue esculpida... —lo interrumpió un fuerte chasquido, al tiempo que el hielo que rodeaba la popa del navío se movía y trastabillaba.

Uno de los hombres bajó por la escalerilla a toda prisa desde la cubierta superior, gritando con voz áspera y aguda:

—¡Capitán, tenemos que irnos de aquí enseguida! ¡Una enorme grieta se está abriendo en el hielo y se están formando charcos de agua! ¡Si no nos damos prisa quedaremos atrapados!

Mender no perdió tiempo en hacer preguntas.

—¡Volvemos al barco! —ordenó—. ¡Rápido!

Roxanna envolvió la calavera en su bufanda y se la puso bajo el brazo.

—¡No tenemos tiempo para entretenernos con recuerdos! —le espetó Mender, pero ella se negó a desprenderse de la calavera.

Empujando a Roxanna por delante, los hombres se apresuraron por la escalera hasta la cubierta principal y bajaron hasta el hielo. Se quedaron horrorizados al ver que el sólido bloque de hielo se estaba agrietando y resquebrajando. Las grietas se fueron convirtiendo en arroyos serpenteantes a medida que el agua del mar se filtraba hasta aflorar en el témpano. Nadie comprendía cómo el témpano podía derretirse tan rápidamente.

Bordeando las masas de hielo, algunas de hasta doce metros de altura y saltando por encima de las grietas antes de que aumentaran de tamaño y fuese imposible cruzarlas, la tripulación y Roxanna corrían como alma que lleva el diablo. Los espantosos crujidos del hielo aplastándose a sí mismo les ponían los pelos de punta. La caminata era agotadora: a cada paso sus pies se hundían profundamente en el manto de nieve acumulado en los tramos planos del témpano.

El viento empezó a soplar e increíblemente parecía cálido, el aire más caliente que habían sentido desde que el barco quedara atrapado. Después de correr casi dos kilómetros, todos estaban al borde de la extenuación. Los gritos de sus compañeros a bordo del *Paloverde*, conminándolos a que se dieran prisa, los animaban al último esfuerzo. Entonces, de pronto pareció que su lucha por alcanzar el barco sería en vano. La última grieta antes del *Paloverde* por poco los derrotó: había aumentado hasta alcanzar los seis metros de ancho, una distancia imposible de salvar, y se estaba extendiendo rápidamente.

Tratando de evitar lo que parecía inevitable, el segundo oficial Asa Knight ordenó a los hombres de a bordo que arriaran una barca por el costado, y éstos la empujaron por encima del hielo hacia la fisura, que ya casi alcanzaba los nueve metros. La tripulación hacía cuanto podía por salvar a sus compañeros antes de que fuese demasiado tarde. Tras un esfuerzo hercúleo, alcanzaron la orilla de la fisura. Para entonces el agua que se filtraba por el hielo les cubría las rodillas a Mender, Roxanna

y los demás.

Empujaron rápidamente la barca al agua helada y los hombres remaron con frenesí, para alivio de quienes se encontraban al borde de la muerte en el otro lado. Subieron primero a Roxanna seguida del resto de la tripulación y Mender.

—Estamos en deuda con usted, señor Knight —dijo Mender, estrechando la mano de su segundo oficial—. Su audaz iniciativa nos ha salvado la vida. Le estoy especialmente agradecido en nombre de mi mujer.

—E hijo —añadió Roxanna mientras dos hombres la envolvían en una manta. Mender la miró.

—Nuestro hijo está a salvo a bordo del barco.

—No me refería a Samuel —respondió ella tiritando de frío. Mender la miró perplejo.

—¿Me estás diciendo que estás embarazada otra vez, mujer?

—De dos meses, creo.

Mender abrió unos ojos como platos.

—¿Saliste en plena ventisca sabiendo que estabas embarazada?

—No había ninguna ventisca cuando salí —repuso ella.

—Por el amor de Dios —dijo él resoplando—, ¿qué voy a hacer contigo?

—Si usted no la quiere, capitán —terció Bigelow con aire jovial—, yo me la quedaré gustosamente.

A pesar de estar helado hasta los huesos, Mender se echó a reír mientras abrazaba a su mujer, con tanta fuerza que por poco la deja sin resuello.

—No me tiente, señor Bigelow, no me tiente.

Al cabo de media hora, Roxanna estaba con ropa seca y entrando en calor delante del enorme fogón de ladrillo y hierro fundido que usaban para derretir la grasa de ballena. Su marido y la tripulación no perdieron el tiempo confortándose. Sacaron a toda prisa las velas de la bodega y las llevaron a las jarcias. Las desplegaron, levaron anclas y, con Mender al timón, el *Paloverde* empezó a abrirse camino a través del hielo derretido entre inmensos icebergs en dirección a mar abierto.

Tras soportar seis meses de frío y penurias, se habían liberado milagrosamente. Pusieron rumbo a casa, no sin antes llenar las bodegas con mil setecientos barriles de esperma de ballena.

La extraña calavera de obsidiana que Roxanna se había llevado del gélido *Madrás* fue a parar a la repisa de la chimenea de su casa en San Francisco. Cumpliendo con su deber de capitán, Mender se puso en contacto con los propietarios a la sazón de la compañía comercial Skylar Croft de Liverpool, y les envió el diario de a bordo, dándoles la posición donde habían encontrado el derrelicto en la costa del mar de Bellingshausen.

La siniestra e inerte reliquia del pasado quedó sumida en un aislamiento glacial.

En 1862, una expedición compuesta por dos barcos partió del puerto de Liverpool con el objetivo de recuperar la carga del *Madras*, pero no consiguieron localizarlo y llegaron a la conclusión de que la nave se había perdido para siempre en el inmenso campo de hielo que rodea la Antártida.

Tendrían que pasar otros 144 años para que otro ser humano pisara de nuevo la cubierta del *Madras*.

I.

A LAS PUERTAS DEL INFIERNO

1

22 de marzo de 2001, Pandora, Colorado.

Las estrellas menguantes de primera hora de la mañana brillaban como la marquesina de un cine vistas desde 2700 metros por encima del nivel del mar, pero fue la luna, con su aspecto espectral, lo que atrajo la atención de Luis Márquez cuando salió de la pequeña casa de madera donde vivía: tenía un curioso halo de color anaranjado que Luis nunca había visto. Se quedó mirando el extraño fenómeno unos minutos antes de atravesar el patio en dirección a su ranchera Chevy Cheyenne de 1973 con tracción en las cuatro ruedas.

Llevaba puesta la ropa de trabajo y había salido de la casa sigilosamente para no despertar a su esposa ni a sus dos hijas. Su mujer, Lisa, se habría levantado gustosa y le habría preparado el desayuno y un bocadillo para el almuerzo, pero él insistía en que las cuatro de la mañana no eran horas para andar paseándose por la casa a oscuras.

Márquez y su familia llevaban una vida sencilla. Luis había reformado la casa, construida en 1882, con sus propias manos. Sus hijas iban al colegio en la vecina Telluride, y todo cuanto él o Lisa no podían comprar en la ciudad, una estación de esquí en pleno *boom* turístico, lo traían a casa en los viajes que realizaban todos los meses a Montrose, una comunidad con mayor población que se hallaba a 130 kilómetros al norte.

Para Luis, la jornada propiamente dicha no empezaba hasta que se tomaba su café y contemplaba lo que entonces era una ciudad fantasma: bajo la luz espectral de la luna, los escasos edificios que aún quedaban en pie parecían lápidas en un cementerio.

Tras el hallazgo en 1874 de vetas auríferas, los mineros acudieron en masa al valle de San Miguel y construyeron una ciudad a la que llamaron Pandora, como la hermosa muchacha que, según la mitología griega, poseía una caja que contenía toda clase de misteriosos espíritus. Una entidad bancaria de Boston adquirió las concesiones mineras, financió las excavaciones y construyó una enorme planta para el tratamiento del metal precioso a solo tres kilómetros del centro minero de Telluride, por entonces más conocido.

Llamaron a la mina El Paraíso, y muy pronto Pandora se convirtió en una pequeña ciudad industrial de doscientos habitantes con su propia oficina de correos. Las casas estaban bien pintadas, con césped muy cuidado y vallas blancas, y aunque Pandora se hallaba situada en un cañón muy estrecho de paredes verticales y con un único camino de salida y entrada, la ciudad no quedaba en absoluto aislada. La carretera que llevaba a Telluride se mantenía en perfecto estado y la compañía

ferroviaria de Río Grande, la Southern Railroad, había puesto en funcionamiento un ramal secundario que llegaba hasta la ciudad para el transporte de pasajeros y mercancías a la mina y que llevaba el mineral ya procesado a través de las montañas Rocosas hasta Denver.

Había quienes sostenían que la mina estaba maldita, pues el coste en vidas humanas a lo largo de más de cuarenta años para extraer cincuenta millones de dólares en oro había sido muy elevado. Veintiocho mineros habían muerto en el interior de los pozos húmedos y hostiles —catorce en un solo accidente— mientras que casi cien habían quedado lisiados de por vida a causa de derrumbamientos en las galerías.

Antes de que la generación de viejos mineros que se habían trasladado a Telluride desapareciese por completo, muchos de ellos afirmaron reiteradamente que se podían oír los gemidos del fantasma de uno de los mineros muertos en el laberinto de dieciséis kilómetros de pozos vacíos que recorría las lúgubres paredes grises, pronunciados precipicios que casi alcanzaban los cuatro mil metros de profundidad bajo el lánguido cielo de Colorado.

Hacia 1931, todo el oro que podía extraerse del yacimiento aurífero con ayuda de sustancias químicas se había agotado, y la mina El Paraíso tuvo que cerrar. Durante los sesenta y cinco años siguientes, la mina se convirtió en un simple recuerdo y en una marca que cicatrizaba poco a poco en el vasto paisaje. No fue hasta 1996 cuando sus túneles y pozos encantados oyeron de nuevo el chacoloteo de las botas y el golpeteo de picos y palas.

Márquez dirigió la mirada a la cima de la montaña. La semana anterior, una tormenta que duró cuatro días había dejado un metro de nieve encima de las capas blancas que ya cubrían las laderas anteriormente. Las temperaturas cada vez más altas que acompañaban a la primavera convertían la nieve en una masa similar a puré de patatas. La estación de las avalanchas acababa de comenzar, las condiciones climáticas en la alta montaña eran extremadamente peligrosas y todos los esquiadores habían recibido la advertencia de no apartarse de las pistas. Márquez nunca había oído hablar de ninguna avalancha de nieve que hubiese asolado la ciudad de Pandora. Tranquilo, sabiendo que su familia estaba a salvo, desconocía qué riesgos corría él mismo cada vez que realizaba el trayecto ascendente por la empinada carretera helada en invierno y trabajaba solo en las entrañas de la montaña. Con la llegada del buen tiempo aumentaban las probabilidades de avalancha.

En todos los años que llevaba en la montaña, Márquez solo había visto un alud. La impresionante magnitud de su belleza y su fuerza al arrastrar piedras, árboles y nieve en enormes masas de nubes por el valle, además del poderoso estruendo del trueno, era una imagen que nunca había olvidado.

Finalmente, se colocó el casco, se puso al volante de la ranchera Chevy y

encendió el motor, dejándolo al ralentí un par de minutos para que se calentase. A continuación enfiló con cuidado el estrecho camino sin asfaltar que conducía a la mina, el antiguo yacimiento líder en producción de oro de Colorado. Las ruedas de su vehículo dejaban hondos surcos en la nieve tras la última tormenta. Condujo con cautela, siguiendo la onda serpenteante que recorría la montaña en sentido ascendente. El abismo a la orilla de la carretera fue aumentando por momentos hasta alcanzar varios cientos de metros: un derrapaje y los equipos de rescate tendrían que sacar su cuerpo a trozos de los amasijos de la ranchera en las rocas de abajo.

La gente del lugar creía que estaba loco por haber comprado la concesión de la vieja mina El Paraíso, pues hacía mucho tiempo que su oro se había agotado. Sin embargo, nadie salvo tal vez algún banquero de Telluride habría podido imaginar que la inversión de Márquez llegase a convertirle en un hombre rico: muy sabiamente, había invertido los beneficios de la mina en propiedades inmobiliarias locales, y con el éxito de la estación de esquí había amasado casi dos millones de dólares.

A Márquez no le interesaba el oro; durante diez años había llevado a cabo prospecciones en todo el mundo en busca de piedras preciosas. En Montana, Nevada y Colorado había explorado las viejas minas abandonadas de oro y plata en busca de cristales minerales que pudiesen tallarse para obtener piedras preciosas. En el interior de un túnel de la mina El Paraíso descubrió una veta de cristales rosa en la que anteriormente los viejos mineros habían considerado carente de valor. La piedra en su estado natural, según las averiguaciones de Márquez, era rodocrosita, un cristal espectacular que se encuentra en diversas zonas del mundo en tonos rosáceos y rojo oscuro.

La rodocrosita rara vez se encuentra tallada o cortada en facetas: los cristales grandes son muy codiciados por los coleccionistas, quienes no desean verlos tallados en trozos pequeños. Las piedras limpias y transparentes procedentes de la mina El Paraíso que habían sido talladas en gemas perfectas de dieciocho quilates eran muy caras. Márquez sabía de sobras que podía retirarse y pasar el resto de su vida viviendo a cuerpo de rey, pero estaba decidido a seguir extrayendo las piedras del granito hasta que se agotasen.

Detuvo la desvencijada ranchera y salió del vehículo frente a una enorme puerta de hierro oxidada con cuatro cadenas cerradas por otros tantos candados. Con unas grandes llaves, los abrió y retiró las cadenas. A continuación empujó la puerta para abrirla. La luz de la luna penetró unos centímetros en un pozo inclinado y reveló un par de raíles que se prolongaban hacia la oscuridad.

Puso en marcha el motor colocado encima de un enorme generador portátil y acto seguido movió una palanca de una caja de empalme. El pozo quedó iluminado de repente por una serie de bombillas desnudas que jalonaban cien metros de galería, empequeñeciéndose paulatinamente hasta convertirse en diminutos destellos en la

distancia. En los raíles había una vagoneta para el transporte de minerales. Parecía muy resistente y la única señal de desgaste era el óxido en los costados.

Márquez se encaramó a la vagoneta y pulsó un botón en un mando a distancia. La vagoneta empezó a deslizarse por los raíles. Adentrarse bajo tierra no era una experiencia apta para cardíacos ni claustrofóbicos, pues el reducido túnel apenas dejaba espacio para la vagoneta. Tablones de madera colocados como marcos de puerta aseguraban el bajo techo contra posibles derrumbes. Muchos travesaños estaban muy dañados, pero otros se mantenían en tan perfectas condiciones como el día en que habían sido colocados por los mineros, todos ellos fallecidos hacía mucho tiempo. La vagoneta descendió por el pozo a gran velocidad y se detuvo a unos 360 metros de profundidad, donde caía un reguero de agua filtrada por el techo del túnel.

Con su mochila y su cesto del almuerzo, Márquez bajó del vehículo y se aproximó a un pozo vertical que llegaba hasta la parte más profunda de la vieja mina El Paraíso, que estaba a 670 metros. Allí abajo, la galería y los pozos secundarios se extendían por el granito como los radios de una rueda. Según las viejas anotaciones y mapas subterráneos, debajo y alrededor de Pandora había casi 160 kilómetros de túneles.

Márquez arrojó una piedra a la oscuridad abismal. Al cabo de dos segundos la oyó chocar contra el agua. Poco después de que se cerrara la mina y se desconectase la estación de bombeo que había bajo la base de la montaña, los niveles inferiores se habían inundado. Con el tiempo, el nivel del agua había aumentado hasta llegar a menos de cinco metros del nivel de los 360 metros, donde Márquez trabajaba en la veta de rodocrosita. El lento incremento del agua, acelerado por una estación húmeda especialmente severa, indicaba que solo era cuestión de semanas para que alcanzase la boca del viejo pozo e inundase la galería principal, poniendo así punto final a las operaciones de extracción de gemas. Márquez había decidido emplearse a fondo para obtener la mayor cantidad de piedras en el escaso tiempo que le quedaba. Sus jornadas se hacían más largas a medida que luchaba por extraer los cristales rojos de la roca sin otra cosa que su pico de minero y una carretilla para transportar el mineral hasta la vagoneta.

Al adentrarse en el túnel, pasó junto a viejas vagonetas y barrenas herrumbrosas que los mineros habían abandonado al marcharse de la mina. Nadie había encontrado comprador para ese equipo, pues las minas de los alrededores también habían cerrado una a una por la misma época. Todas las herramientas quedaron arrinconadas y abandonadas en el mismo lugar donde habían sido utilizadas por última vez.

Tras recorrer 75 metros de túnel, se encontró con una estrecha grieta en la roca con la anchura justa para su cuerpo. A menos de diez metros de esa grieta se hallaba la veta de rodocrosita que estaba excavando. En el extremo de la cuerda que colgaba del techo de la hendidura, una bombilla se había fundido, por lo que la reemplazó por

una de las que llevaba en la mochila. A continuación empezó a golpear con el pico la roca surcada de incrustaciones de piedra. De un tono rojizo en su estado natural, los cristales parecían cerezas confitadas en un pastel.

Un peligroso saliente de roca sobresalía justo encima de la grieta. Si quería seguir trabajando con la seguridad de que no iba a acabar aplastado por un desprendimiento, a Márquez no le quedaba más remedio que eliminarlo. Con un taladro portátil hizo un agujero en la roca y a continuación insertó una pequeña carga de dinamita que conectó a un detonador de mano. Tras desplazarse hasta el túnel principal doblando el recodo de la fisura, lo accionó. Un fuerte estruendo retumbó en las paredes, seguido por un desprendimiento de piedras y una capa de polvo que se extendió por la galería principal.

Márquez esperó unos minutos a que el polvo se aposentara antes de adentrarse con cuidado en la grieta natural. El saliente había desaparecido; convertido en un cúmulo de piedras sobre el estrecho suelo. Echó mano de la carretilla y empezó a retirar los escombros, arrojándolos a escasa distancia dentro del mismo túnel. Cuando hubo acabado de despejar la grieta, levantó la vista hacia arriba para asegurarse de que no quedaba ningún resto del saliente que pudiese resultar peligroso.

De pronto vio un agujero aparecido en el techo junto al filón de cristal. Enfocó con la luz del casco hacia arriba. El haz penetró en el agujero hasta lo que parecía una cámara interior. Azuzado por la curiosidad, recorrió cincuenta metros de túnel hasta encontrar los restos oxidados de una escalera de hierro de casi dos metros. Tras regresar al interior de la grieta, apoyó la escalera contra la pared, subió y retiró varias piedras de la boca del agujero para ensancharlo y poder colarse por él. A continuación metió el torso en el interior de la cámara y movió la cabeza, iluminando la oscuridad con la luz del casco.

Márquez se encontraba en el interior de una habitación excavada en la roca viva: parecía un cubo perfecto de cinco metros de lado. En las paredes lisas y pulidas había grabadas unas extrañas marcas: decididamente, aquello no era obra de los mineros del siglo XIX. En ese momento, bruscamente, el haz de luz se topó con un pedestal de piedra e iluminó el objeto que este sostenía.

Márquez se quedó paralizado al ver la silueta fantasmagórica de una calavera negra, cuyas cuencas vacías lo miraban fijamente.

2

El piloto ladeó el bimotor Beechcraft de la United Airlines alrededor de unas nubes de algodón e inició su descenso en dirección a la corta pista de aterrizaje de un risco del valle de San Miguel. A pesar de que ya había despegado y aterrizado en el minúsculo aeropuerto de Telluride un centenar de veces, seguía resultándole difícil concentrarse en hacer aterrizar la aeronave en lugar de quedarse absorto contemplando la increíble vista aérea de las espectaculares montañas de San Juan, coronadas por la nieve. La belleza serena de los picos y las laderas irregulares cubiertas por mantos de nieve bajo un vivido cielo azul era sencillamente un espectáculo impresionante.

Cuando el avión se hundió aún más en las entrañas del valle, las laderas de las montañas se irguieron con aire majestuoso e imponente a ambos lados. Parecían estar tan cerca que, por un momento, los pasajeros creyeron que las alas iban a rozar los chopos que poblaban los afloramientos rocosos. A continuación, el piloto accionó la palanca del tren de aterrizaje y al cabo de un minuto las ruedas chirriaron al posarse sobre la estrecha pista de asfalto.

El Beechcraft solo llevaba diecinueve pasajeros a bordo, por lo que el trámite de bajar del avión fue corto. Patricia O'Connell fue la última en pisar tierra. Siguiendo los consejos de amigos que habían estado allí para la práctica del esquí, había pedido un asiento en la parte posterior a fin de disfrutar de la fantástica vista sin que las alas del aparato la estorbasen.

A una altitud de tres mil metros, el aire era escaso pero increíblemente puro y refrescante. Pat inspiró hondo mientras andaba hacia la terminal. Cuando atravesó la puerta, un hombrecillo bajito y fornido con la cabeza afeitada y barba de color castaño se acercó a ella.

—¿La doctora O'Connell?

—Llámeme Pat, por favor —respondió—. Usted ha de ser el doctor Ambrose.

—Llámeme Tom, por favor —contestó él con una sonrisa cálida—. ¿Ha tenido un vuelo agradable desde Denver?

—Maravilloso. Hemos tenido turbulencias al sobrevolar las montañas pero el paisaje ha hecho que mereciera la pena.

—Telluride es un lugar precioso —señaló con aire soñador—. Hay veces que desearía poder vivir aquí.

—Pero supongo que aquí no hay demasiados yacimientos arqueológicos que explorar para un hombre de su experiencia profesional.

—No a esta altitud. Las antiguas ruinas indias están mucho más abajo.

Tal vez el doctor Thomas Ambrose no encajase con el estereotipo de un eminente antropólogo, pero era una de las figuras más respetadas en su campo: profesor

emérito de la Universidad Estatal de Arizona, era un investigador de gran valía, meticuloso con los informes por escrito de sus investigaciones *in situ*. Ahora, a sus cincuenta y tantos años —Pat le echaba diez menos— podía presumir de haber pasado treinta estudiando los vestigios del hombre primitivo y sus culturas en el sudoeste de Estados Unidos.

—El doctor Kidd estuvo muy enigmático por teléfono. No quiso desvelarme prácticamente nada acerca del hallazgo.

—Yo tampoco lo haré —repuso Ambrose—. Es mejor que lo vea por sí misma.

—¿Cómo se ha visto usted implicado en todo esto? —le preguntó.

—Estaba en el lugar oportuno en el momento oportuno: estaba de vacaciones esquiendo con una vieja amiga cuando recibí una llamada de un colega de la Universidad de Colorado preguntándome si quería echarle un vistazo a los artefactos que un minero había encontrado en una veta. Tras un rápido examen del yacimiento me di cuenta de que el asunto me superaba con creces.

—Me cuesta creerlo de un hombre de su reputación.

—Por desgracia, mi área de conocimiento no incluye la epigrafía, y ahí es donde entra usted. El único especialista en inscripciones antiguas que conozco es el doctor Jerry Kidd de Stanford, pero no estaba disponible, y él la recomendó enérgicamente para que lo sustituyese.

Ambrose se volvió cuando se abrieron las trampillas de la recogida de equipajes y las empleadas de las ventanillas de la terminal, que también se encargaban de repartir los equipajes en tierra, empezaron a depositar maletas en una plataforma metálica inclinada.

—La grande de color verde es mía —dijo Pat, contenta de que hubiese un hombre con ella para cargar con la bolsa de casi veinticinco kilos, llena hasta los topes de libros de consulta.

Ambrose resopló pero no dijo nada mientras llevaba la pesada bolsa hasta un jeep Cherokee aparcado delante de la entrada de la terminal. Pat se entretuvo unos instantes antes de subir al vehículo en contemplar la magnífica vista de los bosques de pinos y chopos que ascendían por las laderas del monte Wilson y de Sunshine Peak al otro lado del valle. Mientras permanecía absorta en la escena panorámica, Ambrose aprovechó el momento para estudiarla detenidamente. Pat tenía una melena pelirroja que le llegaba hasta la cintura y sus ojos eran verde salvia. Su figura inmóvil parecía esculpida por un artista, con el peso sobre la pierna derecha y la rodilla izquierda ligeramente torcida hacia dentro. Sus hombros y brazos sugerían una complexión más musculosa que en la mayoría de las mujeres, sin duda adquirida tras largas horas de ejercicio en un gimnasio. Debía de medir un metro setenta de estatura, con un peso de unos sesenta kilos. Era una mujer hermosa, sin llegar a ser despampanante, pero Ambrose supuso que debía de parecer muy atractiva con otra

ropa más vistosa que aquellos simples vaqueros y la chaqueta de cuero masculina.

El doctor Kidd aseguraba que no había nadie mejor que Patricia O'Connell para descifrar los escritos antiguos. Le había enviado su currículum por fax y Ambrose se había quedado impresionado: con treinta y cinco años, tenía un doctorado en lenguas antiguas por el Saint Andrews College de Escocia y daba clases de lingüística primitiva en la Universidad de Pennsylvania. Pat había publicado tres libros —que habían tenido muy buena acogida— sobre inscripciones que había descifrado en piedras halladas en diversas partes del mundo. Casada y divorciada de un abogado, tenía una hija de catorce años que vivía con ella. Defensora a ultranza de la teoría difusionista, según la cual todas las culturas derivan de una matriz original, creía firmemente que los antiguos navegantes habían visitado las costas americanas cientos de años antes de Colón.

—Le he reservado una habitación en un agradable hotelito de la ciudad —dijo Ambrose—. Si quiere, puedo dejarla allí para que descanse un par de horas.

—No, gracias —contestó Pat con una sonrisa—. Si no le importa, me gustaría ir directamente al yacimiento.

Ambrose asintió con la cabeza, extrajo un teléfono móvil del bolsillo de su abrigo y marcó un número.

—Le diré a Luis Márquez, el dueño de la mina, el que encontró los artefactos, que vamos para allá.

Atravesaron en silencio el centro de Telluride. Al contemplar las pistas de esquí de Mountain Village, al sur, Pat vio a los esquiadores bregar con las impresionantes pendientes que descendían hasta las afueras de la ciudad. Pasaron junto a viejos edificios del siglo XIX restaurados que ahora albergaban pequeños comercios en lugar de los antiguos bares de vaqueros. Ambrose señaló un edificio a su izquierda.

—Ahí fue donde Butch Cassidy atracó su primer banco.

—Telluride debe de tener una historia muy interesante.

—La verdad es que sí —contestó Ambrose—. Ahí mismo, enfrente del hotel Sheridan, William Jennings Bryan pronunció su famoso discurso de la «cruz de oro», y un poco más arriba, el valle de South Fork fue la primera central eléctrica del mundo que produjo corriente alterna para las minas. El equipo de la central fue diseñado por Nikola Tesla.

Ambrose siguió recorriendo Telluride, repleta por la invasión de esquiadores, y enfiló el estrecho cañón que atravesaba la carretera asfaltada que terminaba en Pandora. Pat contempló arrobada los impresionantes precipicios que rodeaban la vieja ciudad minera, admirando la belleza de las cataratas de Bridal Veil, que empezaban a derramar su cascada con las primeras aguas de nieve derretida que el preludeo primaveral había traído consigo.

Llegaron a una carretera secundaria que conducía a las ruinas de varios edificios

antiguos. Una camioneta y un jeep turquesa chillón estaban aparcados fuera. Dos hombres con trajes de neopreno descargaban lo que a Pat le pareció un equipo de submarinismo.

—¿Qué diantres hacen unos submarinistas en las montañas de Colorado? —preguntó.

—Ayer me paré a charlar con ellos un rato —contestó Ambrose—. Son un equipo de la NUMA, la agencia marina y submarina.

—Pues están bastante lejos del mar, ¿no?

—Me dijeron que están explorando un complejo sistema de vías fluviales que antiguamente avenaban la falda occidental de las montañas San Juan. Hay un laberinto de cuevas que se comunican con los túneles de la vieja mina.

Un kilómetro más adelante, Ambrose pasó junto a una fábrica para tratamiento de los minerales abandonada, donde un semirremolque y un tráiler de gran tamaño estaban aparcados junto al río San Miguel, bajo el brocal de otra vieja mina abandonada. Había numerosas tiendas de campaña alrededor de los vehículos y varios hombres andaban por el campamento. Los lados de los enormes camiones exhibían unos letreros que anunciaban el Instituto Científico Geo-Subterráneo con sede en Phoenix, Arizona.

—Otro grupo de científicos —dijo Ambrose—. Un equipo de geofísicos explorando las viejas vetas de la mina con lo último en tecnología de perforación de suelos capaz de detectar cualquier resto de oro que pudiera haber pasado desapercibido a los antiguos mineros.

—¿Cree que encontrarán algo?

Él se encogió de hombros.

—Lo dudo. Estas montañas ya han sido excavadas hasta sus mismísimas entrañas.

Al cabo de escasos metros, detuvo el vehículo frente a una pintoresca casita y aparcó junto a una vieja ranchera Chevy. Márquez y su esposa Lisa salieron a saludarles y Ambrose les presentó a Pat.

—Me dan mucha envidia —comentó Pat—, viviendo en medio de un paisaje tan maravilloso.

—Es triste decirlo —repuso Lisa—, pero al cabo de un año ya te pasa inadvertido.

—Creo que yo nunca podría ser inmune a un paisaje como éste.

—¿Les apetece algo de beber? ¿Una taza de café? ¿Una cerveza?

—No, gracias —respondió Pat—. Me gustaría ver lo que ha encontrado en cuanto le vaya bien.

—Pues eso puede ser ahora mismo —dijo Márquez—. Todavía nos quedan cinco horas de sol, más que suficiente para ver la cámara y volver antes del anochecer.

—Les tendré la cena preparada —añadió Lisa—. Había pensado en una barbacoa

de carne de alce.

—Suenan deliciosos —comentó Pat sintiendo ya los retortijones del hambre.

Márquez señaló con la cabeza hacia la vieja ranchera.

—Irán más cómodos si subimos a la mina con su jeep, doctor.

Al cabo de un cuarto de hora, estaban sentados en la vagoneta, listos para iniciar el descenso de la vieja mina El Paraíso. Se trataba de una nueva experiencia para Pat, pues nunca había entrado en el pozo de una mina.

—Hace más calor —señaló— a medida que vamos bajando.

—Por regla general —explicó Márquez—, la temperatura aumenta un grado por cada treinta metros de descenso. En los niveles inferiores de la mina que ahora están inundados, la temperatura solía superar los cien grados.

La vagoneta se detuvo. Márquez salió de ella de un salto y empezó a rebuscar en una caja de madera. Les dio a Pat y Ambrose sendos cascos.

—¿Para el desprendimiento de rocas? —inquirió Pat.

Márquez sonrió.

—Más que nada, para evitar que se golpeen la cabeza contra las vigas bajas.

Las tenues luces amarillas sujetas a las vigas de madera parpadeaban a medida que se adentraban en el túnel húmedo con Márquez a la cabeza. Cuando uno de ellos hablaba, su voz sonaba hueca al retumbar en las paredes de la galería. Pat tropezó más de una vez con las traviesas que sujetaban los viejos raíles oxidados. Por la mañana al vestirse, antes de volar a Telluride, no se le había ocurrido calzarse un buen par de botas de montaña. Tras lo que se le antojó una hora pero que en realidad solo fueron diez minutos, llegaron a la grieta que conducía a la cámara y siguieron a Márquez a través del estrecho pasadizo.

Se detuvo al pie de la escalera y señaló hacia arriba, donde una luz brillante se filtraba por una abertura en el techo de piedra.

—Colgué unas luces después de su visita de ayer, doctor Ambrose. Las paredes lisas actúan como reflectores, por lo que no tendrán problemas para examinar las inscripciones. —A continuación se apartó y ayudó a Pat a subir por la escalera.

Puesto que nadie la había prevenido sobre lo que encontraría, se quedó atónita ante lo que vio. Se sentía como Howard Carter al entrar en la tumba de Tutankamón. Inmediatamente fijó la mirada en la calavera negra, se aproximó al pedestal que la sostenía con ademán reverente y examinó la superficie lisa que brillaba bajo las luces.

—Es una pieza exquisita —murmuró con admiración mientras Ambrose pasaba por la abertura y se colocaba junto a ella.

—Una obra maestra —convino—, tallada en obsidiana.

—He visto la calavera maya de cristal encontrada en Belice, pero ésta es mucho más refinada. No tiene punto de comparación.

—Dicen que la calavera de cristal despide un aura de luz y también se la ha oído

emitir ruidos extraños.

—Pues debía de estar dormida cuando yo la estudié —dijo Pat sonriendo—, porque estaba muy quietecita y no emitía nada de nada.

—Soy incapaz de imaginar cuántos años tardaron en tallar semejante obra de arte a partir de un mineral tan frágil; generaciones seguramente, puesto que no contaban con herramientas modernas. Se haría añicos con un simple golpe.

—La superficie es tan lisa que carece de imperfecciones —señaló Pat.

Ambrose extendió el brazo para abarcar toda la habitación.

—La cámara en sí es una auténtica maravilla. Para realizar las inscripciones de las paredes y el techo, lo más probable es que al menos cinco hombres se pasaran la vida entera grabándolas en la roca, no sin antes invertir un gran esfuerzo en pulir las superficies interiores. Solo para excavar esta cámara en una veta de granito sólido y a esta profundidad, hicieron falta años y años. He medido las dimensiones: las cuatro paredes, el suelo y el techo forman un cubo perfectamente regular. Si las superficies interiores no están del todo alineadas, será por menos de un milímetro. Como en la clásica novela de misterio, nos hallamos ante un drama que tuvo lugar en una habitación sin ventanas ni puertas.

—¿Y la abertura en el suelo? —preguntó Pat.

—La hizo Luis Márquez mientras buscaba piedras preciosas —respondió Ambrose.

—Entonces... ¿cómo hicieron esta cámara sin entrada ni salida?

Ambrose señaló el techo.

—El único indicio que he encontrado de una grieta infinitesimal está en el techo. Así pues, quienquiera que construyese este cubículo lo hizo cavando desde arriba y luego colocó en su interior una losa tallada con las medidas precisas.

—¿Para qué?

Ambrose esbozó una amplia sonrisa.

—Por eso está usted aquí: para encontrar respuestas.

Pat extrajo un bloc de notas, un pincelillo y una lupa de una bolsa que llevaba en el cinturón. Se acercó a una pared, retiró con delicadeza el polvo acumulado en la roca con los siglos y examinó la inscripción con la lupa. Estudió detenidamente las marcas durante varios minutos antes de levantar la vista y mirar hacia el techo. A continuación miró a Ambrose con gesto perplejo.

—El techo parece un mapa celeste de las estrellas. Los símbolos son... —Vaciló y miró a Ambrose con el semblante estupefacto—. Debe de tratarse de una broma de los mineros que trabajaban en el túnel.

—¿Qué le hace suponer eso?

—Los símbolos no se parecen en nada a ningún escrito antiguo.

—¿Puede descifrar alguno de ellos?

—Lo único que sé es que no son pictográficos como los jeroglíficos ni signos logográficos que expresen palabras individuales. Los símbolos tampoco sugieren palabras ni sílabas orales. Parece una inscripción alfabética.

—Entonces son una combinación de sonidos independientes —apuntó Ambrose. Pat asintió.

—Se trata de alguna clase de código escrito o de un sistema de escritura muy ingenioso.

Ambrose la miró.

—¿Y por qué cree que se trata de una broma?

—Las inscripciones no encajan con ningún patrón ideado por el hombre a lo largo de la historia —repuso Pat con voz suave pero firme.

—Pero ha dicho que es un sistema muy ingenioso.

Pat le tendió la lupa.

—Véalo usted mismo. Los símbolos son extraordinariamente sencillos. El uso de imágenes geométricas en combinación con líneas sueltas es un sistema muy eficaz de comunicación escrita, por eso me resisto a creer que estos símbolos provengan de una cultura antigua.

—¿Pueden descifrarse?

—Lo sabré después de hacer los calcos y pasarlos por el laboratorio de informática de la universidad. La mayoría de las inscripciones antiguas no son tan nítidas ni definidas como éstas. Los símbolos parecen tener una estructura bien definida, pero el problema es que no disponemos de ningún epígrafe similar que nos pueda servir como guía. Estaré pisando territorio desconocido hasta que el ordenador pueda adelantarme algo.

—¿Cómo va por ahí arriba? —preguntó Márquez desde la grieta inferior.

—Hemos acabado por el momento —contestó Pat—. ¿Hay alguna papelería en la ciudad?

—Hay dos.

—Perfecto, porque necesito papel de calcar y cinta transparente para enrollar las hojas... —Se interrumpió al oír un leve rumor procedente de algún lugar del túnel. El suelo del cubículo empezó a temblar bajo sus pies—. ¿Un terremoto? —le preguntó a Márquez.

—No lo creo. Yo diría que se trata de una avalancha en alguna parte de la montaña. Ustedes sigan con lo suyo, que yo iré un poco más arriba a ver qué pasa.

Un nuevo temblor sacudió la cámara con mayor intensidad.

—Tal vez deberíamos ir con usted —dijo Pat con aprensión.

—Las vigas de soporte del túnel son muy viejas y muchas están podridas —le advirtió Márquez—. Un movimiento excesivo de la roca podría hacer que se viniesen abajo y causar un derrumbamiento. Es más seguro que se queden ahí.

—No tarde mucho —insistió Pat—. Estoy empezando a sentir un ataque de claustrofobia.

—Volveré en diez minutos —le aseguró Márquez.

En cuanto se hubo apagado el eco de los pasos de Márquez en la grieta inferior, Pat se volvió hacia Ambrose.

—Todavía no me ha dicho su opinión sobre la calavera. ¿Cree que es antigua o moderna?

Él observó la calavera con aire distraído.

—Haría falta llevarla a un laboratorio para determinar si fue tallada y pulida a mano o mediante herramientas modernas. Lo único que sabemos es que esta habitación no fue excavada ni creada por los mineros; de lo contrario tendría que haber un informe de un proyecto de semejante envergadura. Márquez me ha asegurado que ni en los archivos ni en los mapas de los túneles de la mina El Paraíso aparece nada que indique la existencia de un pozo vertical que conduzca a esta cámara subterránea, de modo que tuvo que ser excavada antes de 1850.

—O mucho después.

Ambrose se encogió de hombros.

—Todas las actividades mineras se interrumpieron en 1931. Una excavación tan aparatosa no habría pasado inadvertida desde entonces. No quería poner mi reputación en juego, pero me atrevo a afirmar que esta cámara y la calavera tienen más de mil años de antigüedad, probablemente muchos más.

—Tal vez fue obra de los primeros indígenas —sugirió Pat.

Ambrose negó con la cabeza.

—Eso es imposible. Si bien los primeros indios americanos construyeron un buen número de complejas estructuras de piedra, una empresa de esta magnitud estaba fuera de su alcance. Y además, están las inscripciones: no creo que sean obra de una cultura que carecía de lenguaje escrito.

—Lo cierto es que parecen llevar la impronta de una inteligencia superior —dijo Pat en voz baja, recorriendo con los dedos el trazo de los símbolos en el granito.

Con Ambrose a su lado, empezó a transcribir los insólitos símbolos en un pequeño cuaderno hasta un total de cuarenta y dos. A continuación midió la profundidad de los grabados y la distancia entre las líneas y los símbolos. Cuanto más examinaba las aparentes palabras, más perpleja se sentía. Había una lógica misteriosa en las inscripciones que solo una traducción meticulosa podía resolver. Estaba sacando fotos con flash de las inscripciones y los símbolos celestes del techo cuando Márquez se asomó por el agujero del suelo.

—Tendremos que quedarnos aquí un buen rato, amigos —anunció—. Una avalancha ha bloqueado la boca de la mina.

—Oh, Dios mío —murmuró Pat.

—No se preocupen —dijo Márquez con una sonrisa tensa—. Mi mujer ya ha pasado por esto otras veces. Ya se habrá imaginado que estamos en apuros y habrá pedido ayuda. Muy pronto vendrá una unidad de rescate con todo el equipo necesario para sacarnos.

—¿Cuánto tiempo estaremos atrapados aquí? —preguntó Ambrose.

—Es difícil decirlo sin saber cuánta nieve bloquea la abertura del pozo. Podrían ser solo unas cuantas horas o un día entero, pero lo que está claro es que trabajarán día y noche hasta despejar la nieve, eso se lo garantizo.

Pat se sintió más aliviada.

—Bueno, pues en ese caso, mientras sus luces sigan funcionando, supongo que el doctor Ambrose y yo podemos pasar el rato estudiando las inscripciones.

En ese momento oyeron un terrible estruendo procedente de las profundidades inferiores. A continuación, el sonido chirriante de vigas partiéndose, seguido del sordo crujido de la roca al desprenderse. Una violenta ráfaga de aire rugió a través de la grieta y penetró en la cámara, derribándolos al suelo.

Acto seguido, las luces se apagaron.

3

El estruendo de las entrañas rocosas retumbó lúgubrementemente desde los pliegues ocultos del túnel y poco a poco se fue apagando hasta diluirse en un silencio asfixiante mientras, invisible en la oscuridad absoluta, el polvo provocado por la sacudida se extendía por el túnel hasta alcanzar la grieta y encaramarse por la abertura de la cámara como una mano invisible. Los tres tuvieron accesos de tos cuando el polvo obstruyó narices y bocas y la arenilla se adhirió rápidamente a dientes y lenguas.

Ambrose fue el primero en articular palabras coherentes.

—¿Qué diablos ha pasado?

—Un derrumbamiento —contestó Márquez con voz áspera—. El techo del túnel debe de haberse desplomado.

—¡Pat! —exclamó Ambrose al tiempo que buscaba a la mujer a tientas en la oscuridad—. ¿Estás herida?

—No —acertó a contestar entre toses—. Me he quedado sin aire unos minutos, pero estoy bien.

Ambrose encontró su mano y la ayudó a ponerse en pie.

—Ten mi pañuelo y pónitelo en la cara.

Pat se quedó de pie inmóvil mientras se afanaba en respirar con normalidad.

—Fue como si la tierra se hubiese abierto bajo mis pies.

—¿Por qué ha cedido la roca así, de repente? —le preguntó Ambrose a Márquez, sin verlo.

—No lo sé, pero parecía una explosión de dinamita.

—¿Y no podría ser que el temblor secundario de la avalancha haya hecho que el túnel se desplome? —preguntó Ambrose.

—Juraría que era dinamita —contestó Márquez—. Tendría que saberlo, pues llevo años usándola como para no reconocer el ruido que provoca. Siempre utilizo dinamita de baja intensidad para minimizar el impacto. Alguien ha utilizado una carga de pólvora concentrada en uno de los túneles que hay debajo de éste, y se trató de una gran cantidad, a juzgar por la explosión.

—Creía que la mina estaba abandonada.

—Y lo estaba. Aparte de mi mujer y yo mismo, nadie ha puesto el pie aquí en años.

—Entonces, ¿cómo...?

—La pregunta no es cómo sino por qué. —Márquez rozó las piernas del antropólogo al arrastrarse a gatas en busca de su casco.

—¿Está diciendo que alguien ha colocado una carga explosiva para sellar la entrada de la mina? —preguntó Pat, desconcertada.

—Le doy mi palabra de que lo averiguaré si salimos de ésta. —Márquez encontró su casco, se lo colocó y encendió el foco—. Bien, así está mejor.

El haz iluminó débilmente el interior de la cámara. El polvo acumulado tenía el aspecto fantasmagórico e inquietante de la bruma de los muelles. Los tres parecían estatuas bajo el polvo, con el rostro y la ropa del color del granito gris que los rodeaba.

—Fingiré no haber oído eso de «si salimos de ésta».

—Depende del lado de la grieta en que se haya hundido el túnel. Si es más adentro de la mina, estamos salvados, pero si el techo se ha desplomado en algún punto entre esta cámara y el pozo de salida, tenemos un problema. Iré a echar un vistazo.

Antes de que Pat pudiese añadir algo más, el minero ya había desaparecido por el agujero y la habitación quedó sumida de nuevo en la oscuridad más absoluta. Ambrose y Pat se quedaron de pie en silencio en un mar de tinieblas sofocantes, mientras los sentimientos iniciales de miedo y pánico los embargaban de nuevo. Habían pasado menos de cinco minutos cuando Márquez regresó. No podían verle la cara a causa del haz de luz que, desde el casco, les cegaba, pero sí percibieron que aquel hombre acababa de ver el rostro de la muerte.

—Me temo que traigo malas noticias —dijo—. El derrumbe se ha producido a escasa distancia en el túnel que conduce al pozo de salida. Calculo que el desprendimiento ocupa más de treinta metros de extensión. Los equipos de rescate tardarán días, tal vez semanas, en retirar los escombros y apuntalar vigas de madera en su avance.

Ambrose clavó la mirada en el minero, buscando con ansiedad algún atisbo de esperanza en su expresión. Al no ver ninguno, preguntó:

—Pero nos sacarán de aquí antes de que muramos de hambre, ¿verdad?

—El hambre no es problema —respondió Márquez, incapaz de disimular un dejo de desesperación en su voz—. El nivel del agua está aumentando en el túnel y ya ha alcanzado casi un metro de altura.

Fue entonces cuando Pat vio que Márquez tenía los pantalones empapados hasta la rodilla.

—Entonces... ¿estamos atrapados en este horrible agujero sin ninguna escapatoria?

—¡Yo no he dicho eso! —replicó el minero—. Hay muchas posibilidades de que el agua se desvíe por un túnel secundario antes de alcanzar la cámara.

—Pero no está seguro —repuso Ambrose.

—Lo sabremos en las próximas horas —dijo Márquez evasivamente.

Pat tenía el semblante pálido y respiraba a través de unos labios cubiertos de polvo. Empezó a sentir sudores fríos cuando oyó el ruido del agua arremolinándose

en el exterior de la cámara. Al principio parecía poco intenso, pero aumentaba. Sus ojos se encontraron con los de Ambrose, quien no podía ocultar el miedo que llevaba escrito en el rostro.

—Me pregunto qué se siente cuando uno se ahoga —murmuró Pat.

Los minutos se hicieron eternos y las dos horas siguientes les parecieron siglos mientras el nivel del agua subía a un ritmo constante hasta que al fin asomó por el agujero del suelo y formó un charco alrededor de sus pies. Paralizada de miedo, Pat se apretó contra la pared, tratando de sacarle unos minutos de ventaja a la implacable arremetida del agua. Rezó en silencio para que se detuviese milagrosamente antes de que les llegase a los hombros. El horror de morir a trescientos metros bajo tierra, ahogados en una oscuridad fría, era una pesadilla demasiado espantosa para poder aceptarla. Pat recordó haber leído algún artículo sobre un grupo de espeleólogos que se habían perdido en un laberinto de cuevas subterráneas y cuyos cadáveres habían sido encontrados con los dedos pelados hasta los huesos de tanto escarbar para abrirse paso por la roca sólida.

Los hombres estaban inmóviles y en silencio, con el ánimo sombrío por la soledad subterránea. Márquez no podía creer que un grupo de desconocidos hubiese intentado asesinarlos; aquello no tenía sentido, no había ningún motivo para algo así. Sus pensamientos derivaron hacia el dolor que produciría su muerte en su familia.

Pat pensó en su hija y sintió una oleada de desolación al pensar que no iba a estar allí para verla crecer y convertirse en una mujercita. No le parecía justo morir allí, en las entrañas de la tierra, en el interior de una cueva lóbrega y deprimente y sin que nadie llegase nunca a encontrar sus restos. Sintió ganas de llorar, pero las lágrimas se negaban a aflorar a sus ojos.

Cuando el agua les alcanzó las rodillas, los tres guardaron un silencio desesperante. El nivel siguió subiendo hasta llegarles a las caderas: estaba helada y les pinchaba la carne como un millar de agujas diminutas. Pat empezó a tiritar y los dientes le castañeteaban. Al reconocer los primeros síntomas de hipotermia, Ambrose avanzó en el agua hasta ella y la abrazó. Fue un gesto piadoso y la mujer se sintió agradecida. Se quedó mirando con gesto aterrado las horribles aguas negras que se arremolinaban bajo el destello del casco de Márquez, que se reflejaba en su fría superficie.

En ese momento, a Pat le pareció ver algo; lo percibió, de hecho.

—Apague la luz —pidió a Márquez.

—¿Qué?

—Que apague la luz, creo haber visto algo ahí abajo.

Los dos hombres pensaron que el miedo le provocaba alucinaciones, pero Márquez asintió y apagó el foco del casco. La cámara quedó sumida en la oscuridad.

—¿Qué crees haber visto? —le preguntó Ambrose con dulzura.

—Un resplandor —susurró.

—Yo no veo nada —dijo Márquez.

—¡Tienes que verlo! —exclamó ella con convicción—. Un resplandor muy débil en el agua.

Ambrose y Márquez observaron el creciente caudal de agua pero solo vieron una oscuridad impenetrable como las negras aguas del Estigio.

—Lo he visto. Juro por Dios que he visto una luz brillar en la grieta de abajo.

Ambrose la estrechó con más fuerza.

—Estamos solos —le explicó con ternura—. No hay nadie más.

—¡Ahí! —exclamó—. ¿Es que no lo veis?

Márquez sumergió la cabeza en el agua helada y abrió los ojos. Entonces lo vio también: un destello muy tenue procedente del túnel. Mientras contenía el aliento con ansiedad creciente, el resplandor se fue haciendo más intenso, como si se estuviese acercando. Sacó la cabeza del agua y lanzó un grito de horror.

—¡Hay algo ahí abajo! ¡Es el fantasma! ¡Solo puede ser el fantasma que vaga por los pozos de la mina! ¡Nadie podría desplazarse por un túnel inundado!

Les abandonaron las últimas fuerzas. Siguieron mirando paralizados la luz que parecía atravesar la abertura para llegar hasta la cámara. Márquez volvió a encender el foco del casco mientras los demás permanecían inmóviles, con los ojos clavados en la aparición que emergía poco a poco del agua, con la cabeza cubierta por una capucha negra.

Entonces, con una mano surgida de la oscuridad retiró la boquilla del respirador y se quitó la máscara de submarinismo para colocársela en la frente. Un par de vivaces ojos verde opalino aparecieron bajo la lámpara de minero al tiempo que unos labios esbozaban una cálida sonrisa que dejaba entrever una dentadura perfecta y blanquísima.

—Vaya —dijo con voz risueña—, parece que he llegado en el momento oportuno, como suele decirse.

Pat no pudo evitar preguntarse si su cabeza, trastornada por el miedo y por las torturas que el agua helada infligía a su cuerpo, le estaría jugando una mala pasada. Ambrose y Márquez se quedaron inmóviles de perplejidad e incapaces de articular palabra. El estupor inicial fue dando paso a una inmensa sensación de alivio, conscientes de que no se trataba de ningún fantasma sino de un ser humano que acudía en su rescate. El gélido miedo se evaporó súbitamente y se vio reemplazado por una cálida esperanza.

—¿De dónde narices ha salido usted? —le espetó Márquez, nervioso.

—De la mina Bucanero, justo al lado de ésta —respondió el desconocido al tiempo que recorría con su linterna las paredes de la cámara antes de enfocar con el haz a la calavera de obsidiana—. ¿Qué es esto, un mausoleo?

—No —contestó Pat—, es un enigma.

—Yo a usted le conozco —dijo Ambrose—. Hemos hablado esta mañana: pertenece a la NUMA.

—Y usted es el doctor Ambrose. Me gustaría poder decir que es un placer vernos de nuevo. —El hombre miró al minero—. Y usted ha de ser Luis Márquez, el propietario de la mina. Le prometí a su mujer que lo llevaría a casa a tiempo para la cena. —A continuación miró a Pat y esbozó una pícara sonrisa—. Y esta hermosa dama ha de ser la doctora O'Connell.

—¿Me conoce?

—La señora Márquez me hizo una descripción de usted —se limitó a contestar.

—¿Cómo ha logrado llegar hasta aquí? —preguntó Pat, todavía aturdida.

—Después de enterarnos por el *sheriff* de que la entrada de la mina estaba bloqueada por una avalancha, mi equipo de técnicos de la NUMA decidió intentar llegar hasta ustedes a través de uno de los túneles que comunican la mina Bucanero con la El Paraíso. Solo llevábamos recorridos unos cientos de metros cuando una explosión sacudió la montaña. Cuando vimos que el nivel del agua aumentaba en los pozos y empezaba a inundar ambas minas supimos que la única forma de rescatarlos era con un submarinista que bucease por los túneles.

—¿Ha venido nadando hasta aquí desde la mina Bucanero? —exclamó Márquez con incredulidad—. Debe de haber casi un kilómetro.

—La verdad es que hice buena parte del camino andando antes de sumergirme. Por desgracia, la corriente era más fuerte de lo que esperaba. Traía un paquete impermeable con víveres y medicinas, pero lo perdí después de que un torrente de agua me arrojase contra una vieja plataforma perforadora.

—¿Está herido? —preguntó Pat con preocupación.

—Solo unos moratones en partes del cuerpo que preferiría no mencionar.

—Es un milagro que haya encontrado el camino hasta nuestra posición exacta a través de ese laberinto de túneles —señaló Márquez.

El hombre les mostró entonces un pequeño monitor con una pantalla verde fantasmagórica.

—Es un ordenador submarino programado con todos los túneles, pozos y galerías del cañón de Telluride. Como este túnel estaba bloqueado por el derrumbe, tuve que desviarme a un nivel inferior, dar la vuelta y desplazarme desde el otro lado. Cuando estaba buceando por el túnel, vi el destello de su foco y... aquí estoy.

—Entonces nadie sabe ahí arriba que nos quedamos atrapados a causa de un derrumbamiento —dijo Márquez.

—Lo saben —le respondió el submarinista—. Mi equipo llamó al *sheriff* en cuanto nos dimos cuenta de lo que había pasado.

El rostro de Ambrose exhibía una palidez enfermiza y no denotaba el entusiasmo de los demás.

—¿Le sigue algún otro miembro de su equipo de buzos? —preguntó.

El submarinista negó con la cabeza.

—Estoy solo. Solo nos quedaban dos botellas de aire y consideré demasiado arriesgado que más de un hombre intentase llegar hasta ustedes.

—Entonces creo que su intento ha sido en vano, pues no veo cómo va a sacarnos de aquí.

—Puede que le sorprenda —se limitó a contestar el buceador.

—Sus dos botellas de oxígeno no contienen aire suficiente para llevarnos a los cuatro de vuelta a la superficie a través de un laberinto de túneles inundados, y puesto que en una hora o bien nos ahogaremos o moriremos de hipotermia, no tendrá tiempo para ir a buscar ayuda y volver.

—Es usted muy astuto, doctor. Puede que dos personas consigan llegar hasta la mina Bucanero, pero solo dos.

—Entonces tiene que llevarse a la señora.

El submarinista esbozó una sonrisa irónica.

—Eso es muy caballeroso por su parte, amigo mío, pero no estamos en los botes salvavidas del *Titanic*.

—Por favor —le imploró Márquez—, el agua sigue subiendo, así que llévese a la doctora O'Connell a lugar seguro.

—Si eso le hace feliz... —contestó con aparente indiferencia. Tomó a Pat de la mano—. ¿Ha utilizado alguna vez un equipo de submarinismo?

Ella negó con la cabeza.

Enfocó a los hombres con la linterna.

—¿Y ustedes?

—¿Importa eso mucho? —inquirió Ambrose con aire quejumbroso.

—A mí sí.

—Yo soy un buceador experto.

—Lo suponía. ¿Y usted?

Márquez se encogió de hombros.

—Apenas sé nadar.

El submarinista se volvió hacia Pat, quien estaba envolviendo su cámara y su cuaderno en plástico.

—Nade junto a mí y respiraremos por turnos pasándonos la boquilla de mi respirador. Yo inspiraré una vez y luego se la pasaré a usted, y usted hará otro tanto. En cuanto salgamos de esta cámara, agárrese a mi cinturón y no se suelte.

Luego se dirigió de nuevo a Ambrose y Márquez.

—Lamento decepcionarlos, amigos, pero si creen que van a morir, olvídenlo. Volveré por ustedes dentro de quince minutos.

—Por favor, que sea antes. —Márquez lo miró con el rostro gris como el granito—. El agua nos cubrirá dentro de veinte minutos.

—Entonces les aconsejo que se pongan de puntillas.

Tomando a Pat de la mano, el hombre de la NUMA se sumergió bajo la superficie y ambos desaparecieron en el agua turbia.

Enfocando al frente con su linterna, el submarinista avanzó por el túnel siguiendo una de las líneas iluminadas que aparecían en la pantalla de su pequeño ordenador. Mantuvo la linterna enfocada hacia delante y se adentró buceando en las tenebrosas sombras. El nivel del agua había subido hasta el techo del túnel y la fuerza de la corriente había disminuido. Sacudiendo las aletas y pataleando con fuerza por la cueva inundada, arrastró a Pat tras de sí.

Echando un rápido vistazo atrás, vio que la mujer tenía los ojos cerrados y se agarraba con fuerza a su cinturón. No abrió los ojos ni una sola vez, ni siquiera para coger y devolver la boquilla del respirador.

La decisión de optar por una máscara sencilla modelo US Diver's Scan y una botella de oxígeno estándar modelo US Diver's Aquarius en lugar de la máscara integral modelo Mark II que utilizaba casi siempre había sido un acierto. Al llevar menos peso le había resultado más fácil nadar casi un kilómetro por el laberinto de pasajes subterráneos de la mina Bucanero, muchos de ellos parcialmente bloqueados por rocas y vigas de madera desprendidas. También había galerías secas a las que el agua no había llegado todavía, donde había tenido que arrastrarse a gatas y caminar. Abrirse paso entre raíles para vagonetas, traviesas y rocas desprendidas cargado con botellas voluminosas y un compensador de flotabilidad, además de varios indicadores, un cuchillo y un cinturón lleno de pesas de plomo no era tarea fácil. El agua de los pasadizos que había tenido que atravesar a nado estaba helada, pero él no notaba el frío gracias a su traje de neopreno DUI Norseman. Había escogido el

Norseman porque permitía mayor libertad de movimiento una vez fuera del agua.

El agua era turbia, y el haz de la linterna proyectaba en la oscuridad un rayo de apenas tres metros. Contaba las vigas de refuerzo al pasar, tratando de calcular más o menos la distancia que llevaban recorrida. Al final, el túnel dibujó una curva brusca y terminó en una galería que iba a parar a un pozo vertical. Entró en el pozo y sintió como si le acabase de engullir un monstruo de las profundidades marinas. Al cabo de dos minutos, ambos emergieron a la superficie y él dirigió la linterna hacia la oscuridad que se cernía encima de sus cabezas. Un túnel horizontal que conducía al siguiente nivel de la mina El Paraíso les esperaba a menos de quince metros.

Pat se apartó el pelo de la cara y lo miró con ojos como platos. Fue entonces cuando el submarinista advirtió que éstos eran de un precioso color verde aceituna.

—Lo hemos conseguido —exclamó Pat sin resuello, tosiendo y escupiendo agua—. ¿Sabía que existía este pozo?

Sosteniendo en el aire el ordenador direccional, dijo:

—Esta pequeña maravilla es la que me ha indicado el camino. —Colocó las manos de ella en los pegajosos peldaños de una escalera oxidada que llevaba al piso superior—. ¿Cree que podrá llegar al siguiente nivel usted sola?

—Haré lo que haga falta, aunque tenga que echar a volar —repuso, rebosante de alegría por haber escapado al fin de la horrible cámara y consciente de que seguía con vida y con la posibilidad, aunque fuese remota, de llegar algún día a cobrar la pensión de jubilación.

—Cuando suba por la escalera, agárrese con las manos a las barras verticales y no pise en el centro de los peldaños; son muy viejos, así que tenga mucho cuidado.

—Lo tendré. No pienso jugármela, sobre todo ahora que he llegado hasta aquí gracias a usted.

Le dio un pequeño encendedor de butano.

—Tenga, encuentre un poco de madera seca de una viga y encienda una fogata. Ha estado demasiado rato expuesta al agua helada.

Cuando se estaba colocando de nuevo la máscara y a punto de zambullirse de nuevo, la mano de la mujer lo retuvo por la muñeca.

—¿Va a rescatar a los demás?

El hombre asintió y esbozó una sonrisa alentadora.

—Los sacaré, no se preocupe. Aún hay tiempo.

—Todavía no me ha dicho su nombre.

—Me llamo Dirk Pitt —contestó. Acto seguido, con la boquilla en la boca, se despidió con un gesto y desapareció en el agua opaca.

En la vieja cámara, el agua ya había alcanzado los hombros de ambos hombres. El terror de la claustrofobia parecía incrementarse con el nivel del agua. Los últimos resquicios de pánico habían desaparecido al aceptar, tanto Márquez como Ambrose,

su destino en aquel infierno en las entrañas de la tierra. Márquez decidió luchar hasta el final, mientras que Ambrose se resignó en silencio a una muerte inminente. Márquez se armó de valor para sumergirse en el agua y bucear por el túnel hasta que sus pulmones se rindiesen.

—No va a volver, ¿verdad que no? —masculló Márquez.

—No lo parece, y si vuelve será demasiado tarde. Seguramente pensó que lo mejor era darnos falsas esperanzas.

—Tiene gracia, porque me pareció que podíamos confiar en ese tipo.

—Tal vez todavía podemos confiar en él —dijo Ambrose al ver lo que parecía una luciérnaga aproximándose por debajo del agua.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Márquez al tiempo que la linterna halógena del buceador se refractaba y se paseaba por las paredes y el techo de la cámara segundos antes de que la cabeza de Pitt emergiese—. ¡Ha vuelto!

—¿Acaso lo dudaban? —repuso Pitt con tono divertido.

—¿Dónde está Pat? —preguntó Ambrose.

—A salvo —se limitó a contestar Pitt—. Hay un pozo seco unos veinticinco metros más adelante en la galería.

—Ya sé cuál es —exclamó Márquez con palabras casi ininteligibles—. Conduce al siguiente nivel de la mina El Paraíso.

Al identificar síntomas de hipotermia en el minero, como la somnolencia o la confusión, Pitt optó por llevárselo a él en lugar de a Ambrose, quien se encontraba en mejores condiciones físicas. Tenía que actuar con rapidez, porque el frío adormecedor empezaba a hacerles mella y les estaba arrebatando las últimas fuerzas.

—Usted será el siguiente, señor Márquez.

—Es posible que me dé pánico y me desmaye cuando esté debajo del agua —gimió Márquez.

Pitt lo cogió por el hombro.

—Imagínese que está flotando en el agua de la playa de Waikiki.

—Buena suerte —dijo Ambrose.

Pitt sonrió y le dio al antropólogo una palmadita amistosa en la espalda.

—No se vaya a ninguna parte.

—No me moveré de aquí.

Pitt le hizo una señal a Márquez.

—Muy bien, amigo. Vamos allá.

El viaje transcurrió sin contratiempos. Pitt concentró toda su energía en alcanzar el pozo lo más rápido posible, pues vio que a menos que el minero entrara en calor cuanto antes, perdería el conocimiento. Siendo un hombre que le tenía miedo al agua, Márquez llevaba todas las de perder. Inspiraba hondo por la boquilla del respirador y luego se la pasaba a Pitt sin perder un segundo.

Cuando llegaron a la escalera, Pitt lo ayudó a subir los primeros peldaños hasta sacarlo del agua helada.

—¿Cree que podrá apañárselas solo para llegar al siguiente túnel?

—No tengo opción —contestó Márquez con voz entrecortada, luchando contra el frío que le había calado los huesos—. No pienso rendirme ahora.

Pitt lo dejó y regresó en busca de Ambrose, quien empezaba a tener un aspecto cadavérico por los efectos del agua helada. La hipotermia a causa del frío había descendido su temperatura corporal a menos de treinta grados. Dos grados menos y habría perdido el conocimiento; cinco minutos más y habría sido demasiado tarde. Escasos centímetros separaban el agua del techo de la cámara. Pitt no perdió tiempo charlando. Colocó la boquilla en la boca del antropólogo y lo arrastró por la grieta en dirección al túnel.

Quince minutos después, los cuatro estaban sentados alrededor de la fogata que Pat había conseguido encender con unas astillas de madera que había encontrado en una galería vecina. En una breve excursión, Pitt encontró varias vigas viejas y caídas que se habían mantenido secas durante los años que la mina había permanecido abandonada. El túnel no tardó en caldearse y los supervivientes empezaron a entrar en calor. Márquez fue recuperando poco a poco su apariencia humana y Pat enseguida recobró su característico buen humor mientras le daba vigorosos masajes a Ambrose en los pies congelados.

Mientras el grupo se recuperaba al calor del fuego, Pitt se entretenía con el ordenador, planeando una larga ruta a través de la mina hasta la superficie. El valle de Telluride era prácticamente un laberinto de viejas minas. Los pozos, galerías, túneles y desvíos sumaban más de seiscientos kilómetros. Pitt se asombró de que el valle no se hubiese desplomado como un mueble corroído por la carcoma. Dejó a los demás descansar y secarse durante casi una hora antes de recordarles que todavía no estaban del todo a salvo.

—Si queremos volver a ver el azul del cielo tenemos que trazar un plan.

—¿A qué vienen esas prisas? —exclamó Márquez—. Lo único que tenemos que hacer es seguir este túnel hasta el pozo de la entrada y quedarnos allí hasta que el equipo de rescate retire los escombros de la avalancha.

—Detesto dar malas noticias —dijo Pitt con voz grave—, pero a la unidad de rescate le resultaba imposible transportar su pesado equipo hasta la mina por una carretera estrecha con seis metros de nieve, y además hubo que interrumpir la búsqueda porque con el incremento de las temperaturas aumentaban las posibilidades de otra avalancha. Es imposible calcular cuántos días o semanas tardarán en despejar el camino de acceso a la mina.

Márquez fijó la mirada en el fuego, sopesando su situación.

—Todo está en contra nuestra —dijo en voz baja.

—Tenemos una hoguera y agua potable, aunque un poco cenagosa —repuso Pat—. Y está claro que podemos subsistir sin comida el tiempo que haga falta.

Ambrose esbozó una débil sonrisa.

—Normalmente se tardan entre sesenta y setenta días en morir de inanición.

—Podríamos caminar mientras podamos —sugirió Pitt.

Márquez negó con la cabeza.

—Sabe mejor que nadie que el único túnel que conduce de la mina Bucanero a la El Paraíso está inundado. No podemos pasar del mismo modo en que usted lo hizo.

—Carecemos de equipo de submarinismo —añadió Ambrose.

—Es cierto —admitió Pitt—, pero según el mapa de carreteras de mi ordenador, calculo que hay otras dos docenas de túneles y pozos secos en los niveles superiores que podríamos utilizar para llegar a la superficie.

—Eso tiene sentido —dijo Márquez—. El único problema es que la mayoría de esos túneles se han derrumbado en los últimos noventa años.

—Aun así —repuso Ambrose— es mejor que quedarse aquí sentados jugando a las canicas durante un mes.

—Opino lo mismo —convino Pat—. Ya he tenido suficiente por hoy de viejos pozos de minas.

Sus palabras impulsaron a Pitt a acercarse al borde del pozo y mirar hacia abajo. Las llamas titilantes del fuego se reflejaban en el agua, cuyo nivel había aumentado hasta menos de un metro del fondo del túnel.

—No tenemos elección. El agua nos alcanzará dentro de veinte minutos.

Márquez se colocó junto a él y observó las aguas turbias.

—Es increíble —murmuró—. Después de todos estos años, ver subir el agua a este nivel de la mina... Me parece que mis días de minero han terminado.

—Una de las vías fluviales que pasan por debajo de la montaña debe de haber irrumpido en la mina durante el terremoto.

—Eso no fue ningún terremoto —dijo Márquez—. Fue una carga de dinamita.

—¿Está diciendo que unos explosivos provocaron la inundación y el derrumbe? —preguntó Pitt.

—Estoy completamente seguro. —Miró a Pitt con los ojos entrecerrados—. Me apostaría mi concesión a que había alguien más en la mina.

Pitt contempló el agua amenazadora.

—Si eso es cierto —respondió en tono pensativo—, ese alguien quiere verlos muertos a los tres.

—Usted nos guiará —le dijo Pitt a Márquez—. Caminaremos tras el haz de su casco hasta que se le acaben las pilas. Luego seguiremos el resto del camino guiándonos con mi linterna.

—Lo peor será subir a los niveles superiores a través de los pozos —les advirtió el minero—. Hasta ahora hemos tenido suerte. Hay muy pocos pozos con escaleras; en la mayoría de ellos se usaban cabrestantes para transportar a mineros y minerales.

—Solucionaremos ese problema cuando llegue el momento —repuso Pitt.

Eran las cinco de la tarde cuando se pusieron en marcha por el túnel con rumbo oeste, tal como indicaba la brújula submarina de Pitt. Éste tenía un aspecto muy raro, caminando por el túnel con su traje de neopreno, sus guantes y unas botas de bucear modelo Servus con puntas de acero. Solo llevaba consigo el ordenador, la brújula, la linterna y el cuchillo sujeto a la pierna derecha. Había dejado el resto del equipo junto a las ascuas moribundas del fuego.

El túnel estaba despejado y los primeros cien metros fueron relativamente fáciles. Márquez encabezaba el grupo, seguido de Pat y Ambrose, mientras que Pitt iba a la retaguardia. Había suficiente espacio para andar entre los raíles de las vagonetas y la pared del túnel, por lo que no hacía falta pisar ni tropezarse con las traviesas de los raíles. Pasaron por un pozo y luego por otro, pero ambos estaban vacíos y carecían de cualquier medio que posibilitase subir hasta el siguiente nivel. Llegaron a una pequeña galería abierta con tres túneles que se adentraban en una tenebrosa oscuridad.

—Si recuerdo correctamente la distribución de la mina —dijo Márquez—, tenemos que tomar el túnel de la izquierda.

Pitt consultó su infalible ordenador.

—Exactamente.

Al cabo de cincuenta metros se encontraron con un derrumbe; la cantidad de rocas desprendidas no era excesiva, por lo que los hombres empezaron a escarbar en los escombros para abrir un agujero. Tras una hora de esfuerzo habían logrado una abertura suficientemente grande para pasar los cuatro. El túnel desembocaba en otra cámara, esta con un pozo que conducía a un viejo cabrestante. Pitt enfocó con la linterna el pasaje vertical: era como mirar a un pozo sin fondo del revés. La parte superior del pozo quedaba muy lejos del alcance de la linterna, pero lo cierto era que aquel pozo parecía prometedor. Había una escalera de mantenimiento adosada a una pared, y los cables que en su momento hacían bajar y subir las jaulas seguían en su sitio.

—Esto es lo mejor que tenemos —anunció Pitt.

—Espero que la escalera esté en buenas condiciones —dijo Ambrose al tiempo

que asía las barras verticales y las sacudía con fuerza. La escalera tembló como un flan desde la base hacia arriba hasta desaparecer en la oscuridad—. Hace mucho tiempo que no escalo a pulso por cables viejos y resbaladizos.

—Yo iré primero —se ofreció Pitt, colocando una correa alrededor del mango de la linterna que llevaba atada a la cintura.

—Cuidado con el primer peldaño —dijo Pat con una débil sonrisa.

Pitt la miró y vio en sus ojos sincera preocupación.

—El último peldaño es el que más me preocupa.

Se agarró a la escalera, subió unos peldaños y titubeó unos instantes, pues aquel temblor no acababa de convencerlo. Siguió adelante, sin perder de vista los cables de elevación, a menos de medio metro de distancia. Si la escalera acababa por ceder, al menos podría impedir su caída cogiéndose a uno de los cables. Ascendió despacio, subiendo los peldaños de uno en uno y tanteándolos antes de apoyar todo el peso. Podía haber subido más rápido, pero tenía que asegurarse de que los demás podrían seguirle sin peligro.

Quince metros por encima de los demás, que lo observaban con el corazón en vilo, se detuvo y enfocó la linterna hacia arriba: la escalera terminaba bruscamente a menos de dos metros de él, cuatro metros antes de la galería superior. Después de subir dos peldaños más, Pitt extendió un brazo y agarró uno de los cables. La cuerda trenzada tenía casi dos centímetros de grosor, una medida ideal para sujetarla con fuerza. Soltó la escalera y empezó a trepar por el cable hasta llegar a un metro del nivel superior. Luego se balanceó, dibujando un arco y ascendiendo con cada oscilación antes de impulsarse hasta la roca sólida.

—¿Cómo va eso? —preguntó Márquez.

—La escalera se acaba antes de llegar al túnel, pero puedo izaros el trozo que queda. Que suba la doctora O'Connell.

Al subir en dirección a la linterna de Pitt, cuyo haz estaba enfocado hacia abajo en el pozo, Pat oyó a Pitt dar golpes con algo contra una roca. Cuando alcanzó el último peldaño, el submarinista había esculpido un par de empuñaduras en una vieja viga y la había sacado por el borde del pozo.

—Sujétese fuerte al centro de la tabla con ambas manos y no se suelte.

Pat lo hizo sin rechistar y enseguida se vio izada hasta suelo firme. Al cabo de unos minutos, todos estaban de pie en el nivel superior. Pitt iluminó el túnel con la linterna y vio que no había restos de escombros. Acto seguido la apagó para no gastar las pilas.

—Adelante, Márquez.

—Exploré este túnel hace tres años. Creo que conduce al pozo de entrada de El Paraíso.

—No podemos salir por ahí a causa de la avalancha —le recordó Ambrose.

—Pero podemos sortearla rodeándola —dijo Pitt al tiempo que estudiaba el monitor del ordenador—. Si tomamos el siguiente cruce y recorremos ciento cincuenta metros, nos encontraremos con el túnel de la mina Estrella del Norte.

—¿Qué es un cruce exactamente? —preguntó Pat.

—El acceso a través de vetas perpendiculares perforadas en ángulo recto a un túnel de trabajo. Se utilizan para la ventilación y la comunicación entre operaciones de excavación —respondió Márquez. Luego miró a Pitt con recelo—. Nunca he visto un pasaje así, lo que no significa que no exista, pero seguramente está tapado y relleno de rocas.

—Entonces no le quites el ojo a la pared de tu izquierda —le aconsejó Pitt.

Márquez asintió y se adentró en la oscuridad, con su foco iluminando el camino. El túnel se extendía cada vez más y parecía interminable. En cierto punto, Márquez se detuvo y le pidió a Pitt que iluminase con su linterna, que era más potente, un relleno de roca entre las vigas.

—Esto se parece a lo que estamos buscando —dijo al tiempo que señalaba un arco de granito por encima de la roca suelta.

Inmediatamente, los hombres pusieron manos a la obra para despejar los escombros. Al cabo de unos minutos habían logrado abrir un boquete. Pitt introdujo la cabeza y enfocó con su linterna un pasaje muy estrecho, apenas lo bastante ancho para recorrerlo. A continuación consultó la brújula.

—Va en la dirección correcta. Abramos una abertura para pasar y sigamos adelante.

El túnel era tan estrecho que se vieron obligados a pasar por encima de los travesaños de los raíles para las vagonetas, haciendo la marcha más lenta y tortuosa. Una hora de avance por las vías, con el foco del minero como única iluminación, consumió la poca energía que les quedaba. Los pies se les atascaban en los travesaños y todos tropezaban un paso de cada cinco.

Otro derrumbe imposible de atravesar los obligó a dar un rodeo que les llevó dos horas. Al final lograron seguir un desvío a través de un pozo que ascendía tres niveles más antes de desembocar en una enorme galería que contenía los restos oxidados de un cabrestante de vapor. Avanzaron con dificultad hasta lo alto y dejaron atrás los gigantescos cilindros y ejes que todavía sujetaban kilómetro y medio de cableado.

El esfuerzo de las últimas horas estaba empezando a hacer mella en Márquez, quien a pesar de estar en buena forma para su edad, no estaba preparado para el estrés emocional y físico que había soportado aquel día. Ambrose, por el contrario, parecía estar dando un paseo por un parque. Tenía un aspecto asombrosamente sereno para ser un profesor universitario. La única diversión la proporcionaban los juramentos que Pitt mascullaba cada dos por tres: con su metro noventa de estatura, amén del casco de minero que Pat le había dado puesto que era bastante más baja que él, no

dejaba de darse con la cabeza contra las vigas.

Dado que iba el último, Pitt no veía las caras de sus compañeros, pero sabía que la tozudez era un rasgo de cada uno de ellos, característica que les obligaría a seguir adelante hasta desfallecer, demasiado orgullosos para ser los primeros en proponer un alto para reponer fuerzas. Advirtió que la respiración de los otros se había vuelto más dificultosa. Aunque todavía estaba fresco, empezó a jadear ruidosamente para que los demás lo entendiesen como una súplica de hacer un alto.

—No puedo más —dijo al fin—. ¿Por qué no descansamos un rato?

—Por mí bien —dijo Márquez, aliviado por no haber tenido que proponerlo él.

Ambrose se apoyó contra la roca.

—Yo propongo que sigamos hasta salir de aquí.

—Pues yo voto por descansar —afirmó Pat—. Las piernas me duelen horrores. Debemos de haber pasado por encima de mil traviesas.

Solo después de desplomarse sobre el suelo del túnel, excepto Pitt, que permaneció de pie como si tal cosa, se percataron de que éste les había engañado para obligarlos a descansar, pero ninguno se quejó, satisfechos de poder relajarse y darse un masaje en las rodillas y los tobillos doloridos.

—¿Tienes idea de cuánto falta más o menos? —preguntó Pat.

Pitt consultó su ordenador por enésima vez.

—No estoy del todo seguro, pero si subimos dos niveles más y no nos topamos con ningún derrumbe que nos impida el paso, deberíamos estar fuera dentro de una hora.

—¿Y dónde calculas que saldremos? —quiso saber Márquez.

—Creo que justo en pleno centro de Telluride.

—Eso sería la vieja mina O'Reilly. Era un pozo que se hundió no muy lejos de donde sale el teleférico hasta las pistas de esquí de Mountain Village. Pero tenemos un problema.

—¿Otro?

—El hotel New Sheridan y su restaurante se encuentran encima de la entrada de la vieja mina.

Pitt esbozó una sonrisa burlona.

—Si eso es verdad, os invito a cenar.

Permanecieron en silencio los minutos siguientes, completamente ensimismados; solo se oía la respiración de los cuatro y el goteo ininterrumpido de la humedad del techo del túnel. El abatimiento cedió paso a la esperanza y, al saber que el fin de su suplicio tal vez estaba próximo, notaron cómo los síntomas del cansancio empezaban a desaparecer.

Pitt siempre había pensado que las mujeres tenían un oído mucho más fino que los hombres por las veces que sus amigas habían ido a su apartamento y se habían

quejado de lo alto que estaba el volumen de su televisor. Sus sospechas se vieron confirmadas cuando Pat dijo:

—Creo que oigo una moto.

—¿Una Harley-Davidson o una Honda? —preguntó Márquez, y rió por primera vez desde que había salido de su casa.

—No; lo digo en serio —insistió Pat, categórica—. Os juro que he oído el ruido de una motocicleta.

Pitt también oyó algo. Se volvió de cara a la dirección en que habían venido y se hizo pantalla con las manos en las orejas. Fue entonces cuando oyó con claridad el ruido del tubo de escape de una potente motocicleta todoterreno. Miró a Márquez con semblante serio.

—¿La gente de aquí suele practicar motocross por los túneles de las viejas minas? Márquez negó con la cabeza.

—Jamás. Se perderían por los laberintos de túneles, eso si no se precipitan en un pozo de trescientos metros. Además existe el riesgo de que el estrépito de los tubos de escape provoque el hundimiento de las vigas podridas y un derrumbe. No, señor, nadie que yo conozca está suficientemente loco como para pasearse en moto bajo tierra.

—¿De dónde han salido? —preguntó Pat a nadie en particular.

—De otra mina que todavía es accesible. Solo Dios sabe cómo es posible que estén en el mismo túnel que nosotros.

—Qué coincidencia... —señaló Pitt sin dejar de mirar el túnel. Sintió un extraño desasosiego. ¿Por qué? No estaba seguro, pero permaneció inmóvil, escuchando el estrépito del tubo de escape, cada vez más fuerte. Era un sonido incongruente en el viejo laberinto de la mina. Vio el primer destello de luz en el fondo del túnel, aún lejos de ellos.

Pitt no sabía cuántas motocicletas venían por el túnel. Parecía razonable considerar al motorista o motoristas como una amenaza: más vale prevenir que curar, pensó. Por trillado y desfasado que pareciese aquel dicho, todavía tenía sentido, y su carácter precavido le había salvado el pellejo en más de una ocasión.

Se volvió de espaldas al túnel, echó a andar muy despacio y pasó junto a Ambrose y Márquez, quienes, absortos en la llegada inminente de las motos, cuyas luces y ruido seguían aproximándose, no advirtieron cómo se escurría por uno de los lados del túnel en dirección a los motoristas. Solo Pat se fijó en Pitt cuando éste se deslizó discretamente en una oscura boca que conducía a un estrecho agujero entre las vigas de madera. Se desvaneció como un fantasma en un abrir y cerrar de ojos.

Había tres motoristas y sus máquinas tenían una serie de focos halógenos que cegaron a los exhaustos supervivientes, quienes se protegieron los ojos con las manos y se dieron la vuelta mientras los motores se ralentizaban y se quedaban en punto

muerto. Dos de los recién llegados desmontaron y se acercaron, con sus siluetas recortadas por las luces. Parecían alienígenas con cascos negros y brillantes y trajes de dos piezas bajo protectores pectorales. Las botas les llegaban casi hasta las rodillas y llevaban las manos enfundadas en guantes negros. El tercer motorista se quedó sentado en su máquina mientras los otros dos se acercaban y se levantaban la visera de los cascos.

—No saben qué alegría nos da verlos —exclamó Pat con entusiasmo.

—Ya podrían haber llegado antes... —señaló Ambrose con tono cansino.

—Felicidades por haber llegado tan lejos —dijo la figura de la derecha con voz profunda y siniestra—. Estábamos seguros de que os habríais ahogado en la cámara de Amenes.

—¿Amenes? —repitió Pat, perpleja.

—¿De dónde vienen? —preguntó Márquez.

—Eso no importa ahora —contestó el motorista como quitándole importancia a la pregunta de un alumno insolente.

—¿Sabían que estábamos atrapados en la cámara por culpa de un derrumbe y una inundación de agua?

—Sí —respondió el motorista con frialdad.

—¿Y no hicieron nada? —exclamó Márquez incrédulo—. ¿No intentaron rescatarnos ni ir en busca de ayuda?

—No.

Un tipo muy locuaz, sí señor, se dijo Pitt. Si antes había albergado cierta desconfianza hacia aquellos motoristas, ahora estaba convencido de que aquellos hombres no eran simples aficionados a las motos: aquellos hombres eran asesinos e iban armados. No sabía por qué razón, pero sí sabía que no pensaban dejarlos salir con vida de las minas. Había llegado la hora de actuar, y el factor sorpresa era su única baza. Desenfundó su cuchillo y lo empuñó con fuerza. Era su única arma, así que tendría que servir. Inspiró hondo muy despacio varias veces y flexionó los dedos una última vez. Ahora o nunca.

—Estuvimos a punto de ahogarnos en esa cámara —dijo Pat, preguntándose cuál sería el plan de Pitt, si es que tenía alguno. Empezaba a sospechar que era un cobarde y que, sencillamente, se estaba escondiendo del peligro.

—Lo sabemos. Ése era el plan.

—¿Plan? ¿Qué plan?

—Se suponía que los tres teníais que morir —explicó el motorista con naturalidad.

Los tres acogieron aquellas palabras con un silencio sepulcral, anonadados.

—Por desgracia, vuestra tozudez hizo que sobrevivieseis al derrumbamiento y a la inundación —prosiguió el motorista—. No supimos prever vuestra perseverancia,

pero no importa. Simplemente prolongasteis lo inevitable.

—La explosión de dinamita —murmuró Márquez con estupor—. ¿Fuisteis vosotros?

La respuesta fue franca.

—Sí, nosotros colocamos la carga.

Pat empezaba a parecer un cervatillo deslumbrado por los faros de un camión aproximándose a toda velocidad. Sabía que los motoristas no estaban al tanto de la presencia de Pitt, de modo que actuó como si él no existiese. Márquez y Ambrose dieron por supuesto que el submarinista estaba escondido, tan estupefacto como ellos.

—¿Y por qué querrían matarnos? —preguntó Pat con voz temblorosa—. ¿Por qué unos perfectos desconocidos querrían hacer una cosa así?

—Habéis visto la calavera y las inscripciones.

—¿Y qué? —protestó Márquez, con una mezcla de cólera y pavor a partes iguales.

—No podemos permitir que vuestro descubrimiento salga de esta mina.

—No hemos hecho nada malo —aseguró Ambrose, inusitadamente tranquilo—. Somos científicos que estudiamos fenómenos históricos. No estamos hablando de ningún tesoro sino de objetos antiguos. Es una locura matar por una cosa así.

El motorista se encogió de hombros.

—Es mala suerte, pero os habéis metido en un asunto que supera vuestra comprensión.

—¿Cómo diablos supisteis que habíamos entrado en la cámara? —inquirió Márquez.

—Tenemos nuestras fuentes.

—Pero ¿quiénes son esas fuentes? No más de cinco personas sabían que estábamos aquí.

—Estamos perdiendo el tiempo —gruñó el segundo motorista—. Acabemos con esto y arrojémoslos al pozo más cercano.

—Esto es una locura —murmuró Ambrose, con apenas un atisbo de emoción en su voz.

Pitt salió silenciosamente de su escondite; el suave ronroneo de los tubos de escape ahogaba el ruido de sus pasos, de modo que se acercó con sigilo al hombre que seguía montado en su moto distraído por la conversación. No era la primera vez que tenía que matar a alguien, pero Pitt no era de los que apuñalan por la espalda, por muy canalla que fuera la víctima. Asestó un golpe con todas sus fuerzas con la empuñadura roma del cuchillo en la base de la nuca del motorista, justo debajo del casco. El golpe estuvo a punto de resultar mortal, pero el motorista simplemente se desplomó hacia atrás, contra Pitt, sin siquiera emitir un gemido. Pitt se agachó y rápidamente rodeó el cuerpo con los brazos y lo deslizó con suavidad, junto a la

motocicleta, hasta el suelo.

Apartó el protector pectoral del motorista y cogió la pistola automática Para-Ordnance 10+1 del calibre 45 que llevaba en una sobaquera. Apuntó a la espalda del motorista que tenía a su derecha y la amartilló. Nunca había disparado una P-10, pero al tocarla supo que el cargador estaba lleno y que el arma poseía la mayor parte de las características de su viejo y querido Colt 45, guardado en la guantera del vehículo de la NUMA que había conducido a Colorado desde Washington.

Los faros de las motocicletas iluminaban intensamente a los dos asesinos, quienes no detectaron la figura agazapada tras ellos, pero al acercarse un poco más, Pitt pasó por delante del faro de la tercera motocicleta, y Ambrose lo vio.

El antropólogo señaló detrás de los motoristas y exclamó:

—¿Cómo ha llegado hasta ahí?

Al oír sus palabras, Pitt apuntó y empezó a acariciar el gatillo con el dedo índice.

—¿Con quién estás hablando? —preguntó el primer motorista.

—Conmigo —respondió Pitt con toda naturalidad.

Aquellos hombres eran buenos en su trabajo: no hubo indicios de sorpresa o asombro, nada de palabras inútiles ni preguntas obvias. No mostraron vacilaciones ni ninguna incertidumbre, su sexto sentido trabajaba como uno solo. Y actuaron con la velocidad del rayo: los dos, en un movimiento muy bien ensayado, desenfundaron sus P-10 automáticas y se volvieron en décimas de segundo, con la crueldad más fría y absoluta estampada en el rostro. Pitt no los esperó de frente, con las rodillas ligeramente flexionadas y el arma fuertemente agarrada con los dos brazos extendidos delante de su nariz, tal como enseñan en las academias de policía o se ve en las películas de acción. Prefirió la postura clásica, con el cuerpo de lado, mirando por encima del hombro y sosteniendo el arma con una sola mano. De este modo no solo dejaba expuesto menos volumen de su cuerpo como blanco, sino que además su puntería era más precisa. Sabía que los pistoleros del Oeste que habían llegado a la vejez no habían sido necesariamente los que desenfundaban rápido, sino los mejores tiradores, aquellos capaces de tomarse tiempo para apuntar antes de disparar.

El primer disparo de Pitt le dio en la nuca al motorista de la derecha. Un ligero giro de la P-10 cuando apretaba el gatillo por segunda vez, y el motorista de la izquierda recibió un balazo en el pecho casi en el mismo instante en que éste apuntaba con su arma a la silueta de Pitt, quien no podía creerse que aquellos hombres fuesen capaces de actuar como uno solo en un abrir y cerrar de ojos. De haber contado con un segundo más para disparar, habría sido el cuerpo de Pitt el que habría caído sobre el suelo del túnel.

Los disparos retumbaron como una descarga de artillería, y el eco reverberó por las paredes de roca. Durante diez segundos, tal vez veinte —que se eternizaron hasta parecer una hora—, Pat, Ambrose y Márquez miraron atónitos los cadáveres tendidos

a sus pies, con los ojos abiertos y vidriosos. Entonces, la certeza de que seguían con vida rompió el clima de estupor.

—¿Qué diablos ha pasado? —exclamó Pat en voz baja y aturdida, antes de mirar a Pitt—. ¿Los has matado? —Más que una pregunta era una afirmación.

—Más vale que sean ellos los muertos que nosotros —dijo Pitt al tiempo que le rodeaba los hombros con el brazo—. Ha sido una horrible pesadilla, pero ahora casi ha terminado.

Márquez se acercó a los raíles y se agachó para examinar los cuerpos.

—¿Quiénes eran?

—Un misterio que la policía se encargará de resolver —contestó Ambrose. Acto seguido, extendió la mano—. Me gustaría estrecharle la mano, señor... —Hizo una pausa y lo miró con ceño—. Ni siquiera sé cómo se llama el hombre que acaba de salvarme la vida.

—Se llama Dirk Pitt —contestó Pat.

—Estoy en deuda con usted —dijo Ambrose. Parecía más nervioso que aliviado.

—Yo también —añadió Márquez al tiempo que le daba una palmadita a Pitt en la espalda.

—¿Por qué mina crees que entraron para llegar hasta aquí? —le preguntó Pitt.

El minero se quedó pensativo unos instantes.

—Por El Paraíso, probablemente.

—Eso significa que ellos también se quedaron atrapados a propósito cuando provocaron la avalancha —dijo Ambrose.

Pitt negó con la cabeza.

—No lo hicieron a propósito. Sabían que podían volver a la superficie por otro camino. Su error fue utilizar una carga demasiado grande: no habían contado con los temblores de tierra ni con el derrumbamiento del túnel ni con la abertura de las fisuras subterráneas que permitieron que el agua inundase el túnel.

—Eso parece —convino Márquez—. Puesto que estaban en el lado opuesto del derrumbe, podrían haber subido fácilmente con las motocicletas por el pozo inclinado delante de la inundación hasta la entrada. Al encontrarla bloqueada por la nieve, empezaron a buscar túneles que se comunicasen entre sí para dar con una salida y...

—Y después de pasar varias horas perdidos recorriendo los túneles, llegaron hasta nosotros —terminó la frase Ambrose.

Pitt hizo un gesto de asentimiento.

—Subiendo con las motos hasta el pozo de entrada de la mina El Paraíso por este nivel, se ahorraron tener que escalar los pozos verticales por los que pasamos nosotros.

—Parecían estar buscándonos —murmuró Márquez.

Pitt no expresó en voz alta lo que pensaba, pero estaba seguro de que una vez los

motoristas hubieron alcanzado los niveles superiores con sus motos para escapar de la inundación, habían seguido sus pasos para darles caza.

—Todo esto es una locura —dijo Pat, mirando con perplejidad a los cadáveres—. ¿Qué quiso decir con que nos hemos metido en un asunto que supera nuestra comprensión?

Pitt se encogió de hombros.

—Eso lo decidirán otros. Lo que yo me pregunto es quién los envió, a quién representan. Aparte de eso, solo soy un simple técnico en submarinismo que tiene hambre y frío y se muere de ganas de encontrar un sitio donde le sirvan un buen bistec de Colorado poco hecho y un vaso de tequila.

—Para ser un simple técnico en submarinismo —comentó Ambrose—, se le dan muy bien las armas.

—No hace falta ser un pistolero para disparar a un hombre por la espalda —contestó Pitt cínicamente.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó Márquez señalando al motorista al que Pitt había dejado inconsciente.

—No disponemos de cuerdas para atarlo, así que nos llevaremos sus botas. No irá demasiado lejos descalzo por estos túneles.

—¿Quieres dejarlo aquí?

—No me parece una buena idea ir arrastrando un cuerpo inerte por ahí. Lo más probable es que para cuando prestemos declaración ante el *sheriff* y este envíe a sus ayudantes aquí abajo, él siga todavía inconsciente. —Pitt hizo una pausa y preguntó—: ¿Alguno de vosotros suele montar en moto?

—Yo tuve una Harley durante diez años —respondió Márquez.

—Y yo tengo una vieja Honda CBX Super Sport que era de mi padre —explicó Pat.

—¿Y la conduces?

—Solía hacerlo cuando iba a la universidad y aún la saco los fines de semana.

Pittla miró con renovado respeto.

—¡Vaya! Así que eres un as de las motos, la reina de los pantalones de cuero y las gafas de sol en la carretera, ¿eh?

—Tú lo has dicho —respondió Pat con orgullo.

Pitt se dirigió a Ambrose.

—¿Y usted, doctor?

—No me he subido a una moto en toda mi vida. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque tenemos aquí lo que parecen tres estupendas Suzuki RM125 de motocross y no veo por qué no podemos tomarlas prestadas para salir de la mina.

Márquez esbozó una sonrisa radiante.

—Perfecto.

—Yo esperaré aquí hasta que aparezca el *sheriff* —dijo Ambrose—. Vosotros ya podéis poneros en marcha, no quiero pasar más tiempo del estrictamente necesario con dos asesinos muertos y uno vivo.

—No me gusta la idea de que se quede aquí solo con este tipo, doctor. Preferiría que viniese conmigo en el asiento trasero.

Ambrose se mantuvo en sus trece.

—Esas motos no tienen pinta de haber sido fabricadas para el transporte de pasajeros. Preferiría morir antes que montarme en un cacharro de éstos. Además, vais a pasar por encima de las vías de las vagonetas y a botar como locos.

—Como quiera —dijo Pitt, cediendo a los deseos del obstinado antropólogo.

Pitt se agachó y recogió las automáticas P-10. No era, ni mucho menos, un asesino nato, pero lo cierto es que no sintió ningún remordimiento. Tan solo unos minutos antes, aquellos hombres habían intentado acabar con las vidas de tres personas inocentes a las que no habían visto en su vida, algo que Pitt no podía permitir que ocurriera.

Entregó una de las armas a Ambrose.

—Quédese al menos a veinte metros de distancia de nuestro amigo y manténgase alerta por si pestañea siquiera. —También le dio su linterna—. Las pilas deberían durar hasta que venga el *sheriff*.

—Dudo poseer la suficiente sangre fría para matar a nadie —protestó Ambrose.

—No considere a esos tipos seres humanos. Son verdugos a sueldo capaces de rebanarle la garganta a una mujer indefensa y acto seguido comerse un helado. Se lo advierto, doctor, si abre los ojos, golpéele con una piedra en la cabeza.

Las Suzuki seguían ronroneando y los tres tardaron menos de un minuto en comprobar los frenos, el acelerador y el cambio de marchas. Con un gesto de despedida a Ambrose, Pitt salió disparado el primero. No había espacio entre los raíles y las paredes del túnel para que las máquinas avanzaran sin rozar el granito con los puños de la motocicleta. Pitt mantenía sus ruedas en el centro de las vías, seguido de cerca por Pat y Márquez. Los botes que daban sobre los raíles hacían que les castañeteasen los dientes y que resultase muy incómodo conducirlos. Pat se sentía como si tuviese los intestinos en el interior de una lavadora. Pitt descubrió que el truco estaba en encontrar la velocidad adecuada que produjese la menor vibración posible, por lo que mantuvo la suya a cuarenta kilómetros por hora, una velocidad más que segura para una carretera asfaltada pero muy peligrosa en el interior del estrecho túnel de una mina. El fragor de los tubos de escape les retumbaba en los oídos, y las luces de los faros saltaban arriba y abajo, golpeando los raíles y las vigas superiores como luces estroboscópicas. Esquivó por los pelos una vagoneta que sobresalía parcialmente de un túnel perpendicular. Después de subir la cuesta del pozo de un ascensor, alcanzaron el nivel superior, que conducía a una mina señalada

con el nombre de El Ciudadano en el ordenador direccional de Pitt, quien se detuvo al llegar a una bifurcación y consultó el minúsculo monitor.

—¿Nos hemos perdido? —preguntó Pat, alzando la voz para que la oyeran por encima del rugido de los tubos de escape.

—Doscientos metros más por el túnel de la izquierda y deberíamos llegar al final de la galería que, según Márquez, va a dar debajo del hotel New Sheridan.

—La entrada de la mina O'Reilly estaba bloqueada hace ya cien años —explicó Márquez—. Nunca saldremos por ahí.

—No perdemos nada con intentarlo —dijo Pitt, poniendo la primera y soltando el embrague de la Suzuki. Al cabo de dos minutos se vio obligado a frenar en seco, cuando se topó de golpe con una pared de ladrillo que bloqueaba la entrada de la vieja mina. Apoyó la moto contra una viga y examinó los ladrillos a la luz del faro.

—Tendremos que encontrar otro camino —dijo Márquez mientras avanzaba hasta colocarse a su lado y apoyaba ambos pies en el suelo para mantener la moto en posición vertical—. Hemos llegado a los cimientos del hotel.

Pitt pareció no oírle. Como si su mente estuviese a mil kilómetros de distancia, extendió el brazo poco a poco y acarició con la mano los viejos ladrillos de barro cocido. Se volvió cuando Pat llegó junto a ellos y apagó el motor.

—¿Hacia dónde vamos ahora? —preguntó la mujer, con la voz rota por el cansancio.

Pitt habló sin volver la cabeza.

—Hacia ahí —contestó con brusquedad y señalando en dirección a la pared de ladrillo con un gesto amplio—. Os recomiendo que apartéis las motos a un lado del túnel.

Pat y Márquez no entendían nada, y seguían sin entender nada cuando Pitt se subió a la Suzuki, aceleró el motor y empezó a arrancar gravilla del suelo con la rueda trasera al volver al túnel. A continuación lo oyeron acelerar hacia ellos, con los faros de la Suzuki danzando como posesos por las vigas del techo.

Márquez calculó que Pitt iba a unos sesenta kilómetros por hora cuando extendió las piernas y hundió los talones de sus botas en los dos raíles de las vías a menos de diez metros de la pared, soltó el manillar y se levantó, dejando que la Suzuki siguiera sola. Inclinado hacia atrás para compensar la fuerza de la inercia, conservó brevemente el equilibrio antes de caer dando tumbos como un balón de fútbol.

La motocicleta mantuvo la vertical y se estrelló contra el muro de ladrillo con un ensordecedor estrépito y, en medio de una nube de polvo, abrió un boquete en los viejos y deteriorados ladrillos e incluso siguió unos metros más.

Pat echó a correr hacia Pitt, que estaba despatarrado en el suelo. La mujer habría jurado que estaba muerto cuando Pitt levantó la cabeza para mirarla, con un hilo de sangre manándole de un corte de la barbilla, y le lanzó una sonrisa de demente.

—Me gustaría ver si Evel Knivel es capaz de dar un salto así —dijo.

Patlo miró con asombro.

—Es increíble que no te hayas roto todos los huesos.

—Pues no me he roto ninguno —masculló con el semblante dolorido mientras poco a poco se ponía en pie—, pero sí me he torcido unos cuantos.

—Es la locura más grande que he visto en mi vida —murmuró Márquez.

—Puede, pero ha salido bien. —Agarrándose el hombro derecho, Pitt señaló con la cabeza al agujero en la pared de ladrillo.

Permaneció allí de pie, recuperando el aliento y esperando que se mitigase el dolor de las costillas magulladas y un hombro dislocado, mientras Márquez empezaba a retirar los trozos de ladrillo sueltos a causa del impacto.

El minero iluminó el interior del agujero con su linterna. Miró hacia atrás y dijo:

—Creo que tenemos un problema gordo.

—¿Por qué? —exclamó Pat—. ¿Es que no podemos salir por ahí?

—Sí, sí que podemos —contestó Márquez—, pero nos va a costar mucho dinero.

—¿Dinero?

Pitt se acercó cojeando con dolor hasta la abertura y se asomó.

—Oh, no... —gimió.

—¿Qué pasa? —preguntó Pat con exasperación.

—La moto —respondió Pitt—. Ha chocado contra la bodega del restaurante del hotel. Debe de haber al menos un centenar de botellas de vino de reserva rotas y el vino está escurriéndose por un sumidero del suelo.

El *sheriff* James Eagan junior estaba dirigiendo las operaciones de rescate en la mina El Paraíso cuando recibió la llamada de su ayudante informándole que Luis Márquez había sido detenido por la policía de Telluride en el hotel New Sheridan por allanamiento de morada. Eagan no se lo podía creer. ¿Cómo era posible? La mujer de Márquez había insistido en que su marido y otras dos personas habían quedado atrapados en el interior de la mina por la avalancha. Perplejo, Eagan ordenó detener las operaciones de rescate y se puso en marcha hacia el hotel.

Lo último que esperaba encontrar era una motocicleta destrozada en el suelo de la bodega del restaurante, entre varias cajas de botellas de vino hechas añicos. Su desconcierto aumentó cuando entró en la sala de conferencias del hotel para tomar declaración a los culpables confesos y se encontró con tres individuos calados hasta los huesos, sucios y harapientos, dos hombres y una mujer, uno de ellos vestido con un traje de submarinista hecho jirones. Los tres estaban esposados junto a dos policías, quienes los custodiaban con gesto grave. Uno de ellos señaló a Pitt.

—Éste llevaba encima todo un arsenal.

—¿Han confiscado sus armas? —preguntó Eagan en tono oficial.

El ayudante asintió y le mostró tres automáticas Para-Ordnance del calibre 45.

Eagan dirigió su atención a Márquez.

—¿Cómo demonios habéis salido de la mina y habéis venido a parar aquí? —preguntó.

—¡Eso no importa! —exclamó Márquez—. Tú y tus ayudantes tenéis que bajar al túnel. Encontraréis dos cadáveres y a un profesor universitario, el doctor Ambrose, a quien dejamos vigilando a un asesino.

Con gesto de total incredulidad, el *sheriff* Jim Eagan se sentó, echó hacia atrás la silla apoyándola en dos patas y extrajo un bloc del bolsillo de su camisa.

—¿Quiere alguien explicarme qué demonios ha pasado aquí?

Con ansiedad, Márquez le hizo un resumen del derrumbamiento y la inundación, de la aparición providencial de Pitt, de su huida de la misteriosa cámara, del encuentro con los tres asesinos y de su irrupción en la bodega del hotel.

Al principio Márquez narraba los detalles muy lentamente, pues luchaba contra los efectos del cansancio y el esfuerzo agotador. Luego sus palabras fluyeron con mayor rapidez al percibir la incredulidad de Eagan. Su frustración fue en aumento y se vio reemplazada por una impaciencia creciente al tiempo que le suplicaba a Eagan que rescatase a Tom Ambrose.

—Maldita sea, Jim, no seas tan testarudo. Mueve el culo y ve a comprobarlo por ti mismo.

Eagan conocía a Márquez y confiaba en su honradez y sinceridad, pero su historia

era demasiado inverosímil como para tragársela así como así.

—Una calavera de obsidiana negra, inscripciones indescifrables en las paredes de una cámara excavada en la roca a trescientos metros de profundidad, asesinos paseándose por los pozos de la mina en motocicletas... Si lo que dices es cierto, los tres seréis sospechosos de asesinato.

—El señor Márquez le ha contado la verdad —intervino Pat, que hablaba por primera vez—. ¿Por qué no le cree?

—¿Y usted es...?

—Patricia O'Connell. Trabajo para la Universidad de Pennsylvania.

—¿Y por qué razón estaba usted en la mina?

—Soy especialista en lenguas antiguas. Me pidieron que viniera a Telluride para descifrar unas extrañas inscripciones que el señor Márquez encontró en la mina.

Eagan examinó a la mujer un momento. Debía de ser muy atractiva vestida con la ropa adecuada y arreglada. Le costaba creer que fuese doctora en lenguas antiguas: allí sentada con su aspecto demacrado y el pelo húmedo y enmarañado parecía más bien una vagabunda harapienta.

—Lo único que sé con certeza —empezó Eagan despacio— es que ustedes tres han destrozado una motocicleta, que podría ser robada, y han provocado daños en la bodega del hotel.

—Olvídate de eso y ve por el doctor Ambrose —dijo Márquez.

—No enviaré a mis hombres a la mina hasta que esté seguro de los hechos.

Jim Eagan había sido *sheriff* del condado de San Miguel durante ocho años y trabajaba en colaboración con la policía de la ciudad de Telluride. Los homicidios eran muy poco frecuentes en el condado de San Miguel y los problemas generalmente se limitaban a accidentes de coche, pequeños robos, peleas de borrachos, gamberrismo y detenciones por posesión de drogas, normalmente relacionadas con jóvenes de paso por la ciudad durante los meses de verano para asistir a espectáculos variados como los festivales de bluegrass y de jazz. Los ciudadanos de su pequeño pero espectacular dominio sentían un gran respeto por Eagan. Era un hombre simpático, serio en su trabajo pero muy amigo de las bromas cuando se tomaba una cerveza en los bares locales. De estatura y peso medios, podía esbozar una expresión capaz de intimidar y asustar a cualquiera. Por lo general, solo le hacía falta una mirada para acobardar a cualquier sospechoso que hubiese arrestado.

—¿Puedo pedirle un pequeño favor? —preguntó con voz cansina el hombre magullado del traje de submarinista hecho jirones, que parecía recién salido del engranaje de una bomba de agua.

A primera vista, Eagan le echó unos cuarenta y cinco años, pero seguramente tenía cinco menos de los que sugería aquel rostro curtido y bronceado; debía de medir un metro noventa y pesar unos ochenta y cinco kilos. Tenía el pelo negro y ondulado,

con unas cuantas canas en las sienes. Las cejas eran oscuras y pobladas, encima de unos ojos de un verde muy vivo. Una nariz recta y estrecha llegaba hacia unos labios firmes, con las comisuras arqueadas hacia arriba en una especie de sonrisa perpetua. Sin embargo, lo que más molestaba a Eagan no era la actitud de indiferencia de aquel hombre —pues había conocido a muchos criminales que mostraban la misma apatía—, sino su despreocupación. Saltaba a la vista que no le impresionaban ni lo más mínimo las tácticas psicológicas de Eagan.

—Depende —respondió Eagan al fin, con el bolígrafo apoyado en el bloc—. ¿Cómo se llama usted?

—Dirk Pitt.

—¿Y cuál es su grado de implicación en esta historia, señor Pitt?

—Soy el director del departamento de proyectos especiales de la NUMA. Yo solo pasaba por aquí y se me ocurrió que tal vez sería divertido excavar en busca de oro.

A Eagan no le gustó nada hallarse en desventaja ante aquel hombre.

—Podemos prescindir de su sentido del humor, señor Pitt.

—Si le doy un número de teléfono, ¿será tan amable de marcarlo? —El tono de Pitt era educado, sin rastro de hostilidad.

—¿Quiere hablar con un abogado?

Pitt negó con la cabeza.

—No, no es eso. He pensado que una simple llamada para confirmar mi cargo y mi presencia en la zona podría resultar útil.

Eagan lo meditó y a continuación le pasó el bolígrafo y el bloc por encima de la mesa.

—Muy bien, veamos qué número es ése.

Pitt lo escribió.

—Es una llamada interurbana, puede llamar a cobro revertido si lo desea.

—Puede pagarle al hotel —respondió Eagan con una sonrisa tensa.

—Hablará con el almirante James Sandecker —le explicó Pitt—. El número es su línea privada. Dígame mi nombre y explíqueme la situación.

Eagan se dirigió a un teléfono y marcó el número. Tras una breve pausa, Eagan dijo:

—Almirante Sandecker, soy el *sheriff* Jim Eagan del condado de San Miguel, Colorado. Tengo un problema relacionado con un hombre que dice trabajar para usted. Se llama Dirk Pitt. —A continuación Eagan le hizo un rápido resumen de la situación, afirmando que probablemente Pitt sería detenido y acusado de allanamiento de morada, robo y vandalismo. A partir de ese momento, la conversación fue de mal en peor, pues el rostro del *sheriff* adoptó una expresión de desconcierto que duró casi diez minutos. Como si estuviese hablando con Dios, repitió las palabras «Sí, señor» varias veces. Al final, colgó el teléfono y miró a Pitt—. Su jefe es un cabrón de muy

mal genio.

Pitt rió.

—Le habla así a casi todo el mundo.

—Usted debe tener un currículum muy impresionante.

—¿Se ha ofrecido a pagar los daños?

Eagan esbozó una amplia sonrisa.

—Ha insistido en que se lo descontará de su sueldo.

—¿Qué más le ha dicho el almirante? —preguntó Pat con curiosidad.

—Ha dicho, entre otras cosas —contestó Eagan despacio—, que si el señor Pitt dice que el Sur ganó la guerra de Secesión, yo tengo que creerle.

Pitt y Márquez, con Eagan y uno de sus ayudantes, atravesaron la pared destrozada de la bodega y avanzaron por el túnel de la mina. Pasaron junto a la vieja vagoneta con la que Pitt había estado a punto de chocar y siguieron adentrándose en el túnel desierto.

A Pitt le era imposible calcular las distancias en la oscuridad. Le parecía haber dejado a Ambrose y al asesino a unos cientos de metros del hotel. Llevaba en la mano una linterna que había tomado prestada de uno de los ayudantes y la apagaba cada diez metros, sondeando la oscuridad en busca de algún rastro de su propia linterna, que había dejado en manos de Ambrose.

Después de recorrer lo que le parecía era la distancia correcta, Pitt se detuvo y enfocó la linterna hacia la máxima distancia posible del túnel. Luego la apagó. Ante ellos se extendía una oscuridad impenetrable.

—Es aquí —le dijo Pitt a Márquez.

—Eso es imposible —contestó el minero—. El doctor Ambrose habría oído nuestras voces retumbar en las paredes y habría visto la luz de nuestra linterna. Habría gritado o nos habría hecho señales.

—Algo va mal. —Pitt enfocó una abertura en una de las paredes del túnel—. Ésa es la boca del agujero donde me escondí cuando llegaron los motoristas.

Eagan se acercó a ellos.

—¿Por qué nos hemos parado?

—Por increíble que parezca —respondió Pitt—, han desaparecido.

El *sheriff* alumbró con su linterna el rostro de Pitt, tratando de descifrar su mirada.

—¿Estáis seguros de que no ha sido fruto de vuestra imaginación?

—¡Lo juro por Dios! —exclamó Márquez—. Dejamos dos cadáveres, a un asesino inconsciente y al doctor Ambrose con un arma para protegerse.

Pitt se arrodilló en el suelo. Barrió el túnel con su linterna muy despacio describiendo un arco y examinando cada centímetro del suelo y de las vías de las vagonetas.

—¿Qué estás...? —empezó a decir Márquez, pero se interrumpió cuando Pitt levantó una mano para que se callase.

Si Ambrose y el asesino se habían ido de allí, pensó Pitt, tenían que haber dejado algún rastro, por pequeño que fuera, de su presencia. En principio, intentaba buscar los casquillos de bala de la P-10 automática con que había disparado a los asesinos, pero no había rastro de ellos. Empezó a sentir un cosquilleo en la nuca. Aquél era el lugar, de eso estaba seguro. De pronto percibió un filamento de cable negro a menos de treinta centímetros, tan fino que ni siquiera proyectaba sombra bajo la linterna. A continuación siguió la longitud del cable por encima de los raíles y por la pared hasta un fardo de lona negra sujeto a una viga del techo.

—Dígame, *sheriff* —dijo Pitt con tono inusitadamente tranquilo—, ¿ha hecho alguna vez un curso de desactivación de explosivos?

—Doy clases a un grupo del cuerpo de policía —respondió Eagan, arqueando las cejas—. Era artificiero en el ejército. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque creo que alguien quiere que nos vayamos al otro barrio en pedacitos. — Señaló el cable que recorría las vías y subía hasta la viga—. A menos que me equivoque, nos han tendido una trampa con explosivos.

Eagan se agachó hasta colocarse a escasos centímetros del cable negro. Lo siguió hasta el fardo de lona y lo examinó cuidadosamente. Luego se volvió hacia Pitt con una intensa mirada de renovado respeto.

—Creo que tiene razón, señor Pitt. Alguien quiere verlo muerto.

—Inclúyase también, *sheriff*. Debían de saber que usted y sus hombres nos iban a acompañar a buscar al doctor Ambrose.

—¿Dónde está él? —inquirió Márquez—. ¿Dónde han ido él y el asesino?

—Cabén dos posibilidades —respondió Pitt—. La primera es que el asesino recupere el conocimiento, matase al doctor Ambrose y arrojase su cuerpo al pozo más cercano. Luego tal vez colocó la carga explosiva y escapó por otro túnel que conduce al exterior.

—Debería escribir cuentos de hadas —le sugirió Eagan.

—Entonces explíqueme usted lo de la trampa.

—¿Cómo sé que no la puso usted mismo?

—No tengo ningún motivo.

—Déjalo ya, Jim —protestó Márquez—. No he perdido de vista al señor Pitt durante las últimas cinco horas. Nos ha salvado la vida; si la explosión no acabó con nosotros, la inundación lo habría hecho.

—No estamos seguros de que ese paquete contenga explosivos —insistió Eagan.

—Entonces pise el cable y a ver qué pasa —dijo Pitt con una mueca burlona—. Yo, desde luego, no pienso quedarme aquí para averiguarlo. Me largo. —Se puso de pie y echó a andar por las vías de vuelta al hotel.

—Un momento, señor Pitt. Todavía no he acabado con usted.

Pitt se detuvo y se volvió.

—¿Qué pretende ahora, *sheriff*?

—Examinar el paquete atado a la viga y si es un artefacto explosivo, desactivarlo.

Pitt retrocedió unos pasos con el semblante muy serio.

—Yo de usted no lo haría. Ésa no es ninguna bomba chapucera fabricada por aprendices de terroristas: me apuesto mi sueldo a que ha sido construida por expertos y que explotará al mínimo roce.

Eagan lo miró.

—Si tiene una idea mejor, me gustaría oírla.

—La vagoneta que está unos doscientos metros más arriba del túnel —repuso Pitt—. Le damos un empujón y dejamos que ruede hasta aquí, pase por encima del cable y haga detonar la bomba.

—El techo del túnel se desplomará —dijo Márquez— y lo bloqueará para siempre.

Pitt se encogió de hombros.

—No es que destruyendo el túnel impidamos el acceso a las futuras generaciones. Somos los primeros en haber pasado por estas galerías de la mina desde los años treinta.

—Tiene sentido —accedió al fin Eagan—. No podemos dejar aquí un paquete con explosivos para que tropiece con él el próximo grupo de espeleólogos.

Quince minutos más tarde, Pitt, Eagan, Márquez y el ayudante habían empujado la vagoneta hasta una distancia de cincuenta metros del cable. Las pesadas ruedas de hierro chirriaron los primeros veinte metros, pero enseguida empezaron a rodar con suavidad por encima de los raíles oxidados mientras la vieja grasa de sus ejes lubricaba los cojinetes. Sudando a mares, los cuatro hombres llegaron por fin a la cima de una ligera pendiente que conducía hacia abajo.

—Última estación —anunció Pitt—. Un buen empujón y echará a rodar sola.

—O hasta que se caiga en el siguiente pozo.

Los hombres corrieron detrás de la vagoneta, empujándola hasta que cogió velocidad y se les escapó de las manos. Se pararon para recuperar el aliento. Luego iluminaron la trayectoria de la vagoneta con sus linternas hasta que desapareció en una curva del túnel.

Al cabo de menos de un minuto, una terrible explosión sacudió las paredes del túnel. La onda expansiva por poco los hizo caer al suelo. A continuación llegó hasta ellos una nube de polvo que los envolvió, seguida del sonido grave y profundo de toneladas de roca cayendo del techo del túnel.

El estruendo aún seguía retumbándoles en los oídos y el eco reverberando en la vieja mina cuando Márquez le gritó a Eagan:

—¡Supongo que ahora ya no tendrás ninguna duda!

—Con sus prisas por demostrar que estaba en lo cierto, se ha olvidado de una cosa —señaló Eagan a voz en grito y en un tono seco y provocador.

Pitt lo miró con gesto adusto.

—¿De qué?

—Del doctor Ambrose. Podría seguir con vida en alguna parte al otro lado del derrumbe. Y aun si está muerto, ahora ya no podremos recuperar su cuerpo.

—Sería un esfuerzo inútil —se limitó a contestar Pitt.

—Solo nos explicó una de las dos posibilidades —añadió Eagan—. ¿Tiene esto algo que ver con la segunda?

Pitt asintió ligeramente con la cabeza.

—El doctor Ambrose no está muerto.

—¿Estás diciendo que el tercer asesino no lo mató? —preguntó Márquez.

—No creo que fuese capaz de matar a su propio jefe.

—¿Su jefe?

Pitt sonrió y contestó con voz rotunda:

—El doctor Tom Ambrose era uno de los asesinos.

—Perdón por llegar tarde a la cena —se disculpó Pat al entrar por la puerta principal de los Márquez—, pero necesitaba un baño de agua caliente y me parece que he pasado demasiado tiempo en remojo.

Lisa Márquez abrazó a Pat con alegría.

—¡No sabe cuánto me alegro de verla de nuevo! —Retrocedió un paso y su rostro se iluminó como el de un querubín cuando vio a Pitt seguir a Pat al interior de la casa. Le dio un beso en cada mejilla—. ¿Cómo podré agradecerle que me haya devuelto a mi marido a casa sano y salvo?

—Hice trampas —le contestó Pitt con su sonrisa característica—. Para salvar a Luis tenía que salvarme a mí mismo.

—Es usted demasiado humilde.

Pat se sorprendió al ver a Pitt bajar la cabeza en señal de auténtica timidez.

—La de su marido no es la única vida que salvó Dirk —añadió entonces.

—Luis no me ha contado demasiado de la odisea que han vivido. Tienen que explicarme todos los detalles durante la cena. —Lisa estaba muy elegante con un traje pantalón de diseño—. Denme los abrigos.

—¿Huelo a alce asándose en la barbacoa? —preguntó Pitt para escapar de una situación embarazosa para él.

—Luis está en la cochera jugando con su parrilla —dijo Lisa—. Hace demasiado frío para comer fuera, así que he puesto la mesa en nuestro solarío acristalado del porche trasero. Luis ha instalado unas estufas, así que estaremos calentitos. Cojan cerveza al pasar por la cocina.

Pitt sacó una botella de la nevera y fue a la cochera. Márquez estaba inclinado sobre la mitad de un viejo barril de petróleo de doscientos litros que había transformado en una barbacoa.

—Huele muy bien —dijo Pitt—. ¿No utilizas una parrilla de carbón?

—La carne, el pollo o el pescado saben mucho mejor con una asadora —respondió Luis—. Cacé este alce la pasada temporada. Hice que lo trocearan en Montrose y lo congelé. Espera a probarlo con la salsa Mornay especial de Lisa.

Al cabo de un rato, los cuatro estaban sentados a una mesa de troncos de pino que Márquez había construido en el interior del porche acristalado, saboreando los filetes de alce recubiertos con la deliciosa salsa de Lisa. Espinacas con crema de leche, patatas al horno y una fuente de ensalada servían de aderezo para el alce. Márquez les había pedido a Pat y Dirk que no hablasen demasiado acerca de su terrible experiencia, pues no quería asustar a su esposa más de lo estrictamente necesario. Ya había sufrido bastante durante su angustiosa espera. Los dos habían hablado de su odisea muy superficialmente, sin mencionar en ningún momento a los asesinos y

diciéndole que Ambrose había quedado de antemano con unos amigos para cenar y no podía ir esa noche.

A pesar de que todos se comportaban como si acabasen de regresar de un paseo por el parque, Lisa sabía que había pasado algo más, pero no preguntó. Después de cenar, Pat la ayudó a recoger la mesa y regresó mientras Lisa se ocupaba de dar de comer a sus dos hijas pequeñas y preparar el café antes de sacar una tarta de zanahoria.

—Perdonad un momento —dijo Pitt. Entró en la casa y le dijo unas palabras a Lisa antes de volver a la mesa junto a Pat y Márquez.

Ahora que su mujer no podía oírlos, Márquez miró a Pitt y dijo:

—No puedo aceptar tu teoría acerca del doctor Ambrose. Estoy seguro de que lo mataron poco después de que nos marcháramos.

—Yo coincidí con Luis —convino Pat—. Decir que Tom era algo más aparte de un respetable científico no tiene sentido.

—¿Habías visto alguna vez a Ambrose antes de hoy? —preguntó Pitt.

La mujer negó con la cabeza.

—No, pero conozco su reputación.

—Pero nunca lo habías visto.

—No.

—Entonces, ¿cómo sabes que el hombre al que conocimos como Tom Ambrose no era un impostor?

—Vale —dijo Márquez—, supongamos que era un farsante y que estaba conchabado con esos motoristas. ¿Cómo explicas el hecho de que se habría ahogado si tú no hubieses aparecido providencialmente?

—Eso es verdad —intervino Pat—. Es imposible que estuviese metido en una conspiración criminal si los asesinos también lo intentaban matar a él, ¿no?

—Esos asesinos, sus compañeros, la cagaron. —La voz de Pitt estaba impregnada de una certidumbre fría—. Puede que fuesen expertos en explosivos, pero como no eran mineros profesionales como Luis, colocaron una carga explosiva demasiado potente. En lugar de provocar simplemente un derrumbamiento y bloquear el túnel, demolieron la roca que actuaba como muro de contención de un río subterráneo y lo desviaron hacia los niveles inferiores de la mina. Un error de cálculo que les estropeó sus planes. El pozo y la cámara con la calavera se inundaron antes de que pudieran sortear el derrumbe dando un rodeo con sus motos para rescatar a su jefe.

Márquez se quedó mirando las cimas de las montañas que rodeaban Telluride, cuya silueta quedaba recortada por la luz de la luna.

—Pero ¿por qué hacer que se hundiese el techo del túnel? ¿Qué ganaban con eso?

—Era el crimen perfecto —contestó Pitt—. Querían mataros a los dos haciendo que las rocas os aplastaran. Luego habrían enterrado vuestros cuerpos entre los

escombros del derrumbe. Cuando encontrasen vuestros restos, si es que eso ocurría algún día, vuestras muertes quedarían registradas oficialmente como un accidente minero.

—Pero ¿por qué matarnos? —exclamó Pat incrédula—. ¿Para qué?

—Porque suponíais una amenaza.

—¿Luis y yo una amenaza? ¿Para quién?

—Para una organización muy bien estructurada y con mucho dinero que no quería que el hallazgo de la cámara con la calavera negra fuese de dominio público.

—¿Y por qué querría alguien ocultar un importante hallazgo arqueológico? —preguntó Pat, perpleja.

Pitt levantó las palmas de las manos en gesto de impotencia.

—Ahí es donde terminan mis conjeturas, pero me jugaría el cuello a que éste no es un incidente aislado, que un reguero de cadáveres lleva a otros descubrimientos de esta magnitud.

—El único proyecto arqueológico parecido que me viene a la memoria por estar rodeado de misterio fue la expedición dirigida por el doctor Jeffrey Taffet de la Universidad Estatal de Arizona. Él y varios estudiantes murieron durante la exploración de una cueva en la ladera norte del monte Lascar de Chile.

—¿Cuál fue la causa de sus muertes? —preguntó Márquez.

—Los encontraron congelados, lo cual era muy extraño. El tiempo había sido fabuloso, sin ninguna tormenta, y las temperaturas apenas habían llegado a bajo cero. Los resultados de la investigación concluyeron que no había ninguna razón para que Taffet y sus alumnos murieran de hipotermia.

—¿Qué cosa de interés arqueológico había en esa cueva? —inquirió Pitt.

—Nadie lo sabe con seguridad. Un par de montañeros aficionados de Nueva York, ambos abogados de prestigio, descubrieron y exploraron la cueva bajando de la cima de la montaña. Poco antes de morir describieron unos objetos antiguos colocados muy ordenadamente en el interior.

Pitt la miró con gesto perplejo.

—¿Ellos también murieron?

—Su avión privado se estrelló al despegar de Santiago en el vuelo de vuelta a casa.

—Esto se pone aún más interesante.

—Las expediciones posteriores no hallaron nada dentro de la cueva —continuó Pat—. O los abogados exageraron al contar lo que habían descubierto o...

—O alguien se llevó de allí los objetos —terminó la frase Pitt.

—Me pregunto si los abogados encontraron una calavera negra —reflexionó Márquez en voz alta.

Pat se encogió de hombros.

—Nadie lo sabrá nunca.

—¿Conseguiste llevarte tu bloc de notas de la cámara? —le preguntó Márquez a Pat.

—Las hojas se mojaron mientras nadábamos por la mina, pero las recuperé con mi secador de pelo. Y si tienes alguna pregunta sobre el significado de las inscripciones, ya puedes olvidarte de ella, porque los símbolos no pertenecen a ninguna forma conocida de escritura.

—Yo creía que los símbolos escritos se transmiten de una cultura a otra, antiguas y modernas, con características similares —dijo Pitt con aire pensativo.

—No necesariamente. Hay muchas escrituras antiguas que son independientes por completo, sin símbolos paralelos. Y sin duda los símbolos de la cámara de la calavera negra son únicos.

—¿Cabe alguna posibilidad de que sean un fraude?

—No lo sabré hasta que los estudie en profundidad.

—Pues yo os digo —afirmó rotundo Márquez— que hacía mucho tiempo que nadie entraba en esa cámara. Las paredes de roca que la rodeaban no mostraban señales de excavación reciente.

Pat se apartó un mechón pelirrojo de los ojos.

—El enigma es quién la construyó y por qué.

—Y cuándo —añadió Pitt—. No sé exactamente cómo, pero esa cámara y los asesinos están relacionados.

Una brisa repentina hizo vibrar los ventanales del solarío. Pat se estremeció.

—Empieza a hacer frío. Creo que iré por mi abrigo.

Márquez volvió la vista hacia la cocina.

—¿Dónde estará Lisa con el café y la tarta...?

De repente, Pitt se levantó de un salto y con un solo movimiento convulsivo lanzó al minero debajo de la mesa de troncos y a Patt al suelo de madera, cubriendo el cuerpo de la mujer con el suyo. Un movimiento leve y extraño en las sombras junto a la casa había despertado en él el agudo instinto de supervivencia que había cultivado con los años. Al cabo de un segundo, dos disparos retumbaron en las sombras del exterior, tan seguidos que sonaron como uno solo.

Pitt permaneció tendido encima de Pat, oyendo cómo trataba de recobrar el aliento que él mismo le había robado al aplastarla contra el suelo. Se apartó de ella y se puso en pie mientras oía el grito de una voz familiar entre las sombras del anochecer, una voz inconfundible y llena de seguridad.

—¡Lo tengo!

Lentamente, Pitt ayudó a Pat a sentarse en una silla y a Márquez a levantarse.

—Eso han sido disparos... ¿Y esa voz? —murmuró un aturdido Márquez.

—No os preocupéis —los tranquilizó Pitt—. Es de los nuestros.

—Lisa y las niñas... —exclamó Márquez, echando a correr hacia el interior de la casa.

—A salvo en la bañera —lo detuvo Pitt.

—¿Cómo...?

—Porque ahí es donde les dije que se escondieran.

Un hombretón bajo y fornido surgió de la maleza que rodeaba la casa con un mono blanco provisto de capucha. Arrastraba un cuerpo por la nieve, vestido con un traje de ninja negro y la cara tapada por un pasamontañas. Había bastante claridad para distinguir la mata de pelo negro y rizado del hombre vestido de blanco, sus ojos etruscos y oscuros y sus labios que esbozaban una sonrisa inmaculada. Arrastraba el cuerpo por un pie como si fuese un saco de cinco kilos de patatas.

—¿Algún problema? —preguntó Pitt con calma al tiempo que salía al jardín cubierto de nieve.

—Ninguno —contestó el desconocido—. Ha sido como atracar a un ciego. Lo que menos se esperaba era una emboscada.

—Subestimar a su víctima es el mayor error que un asesino profesional puede cometer.

Pat miró a Pitt con la cara lívida.

—¿Tú has planeado esto? —preguntó, perpleja.

—Por supuesto —admitió Pitt, casi diabólicamente—. Los asesinos son... —Se detuvo para mirar al hombre tendido a sus pies—. Mejor dicho, eran unos fanáticos. No sé qué se esconde tras su obsesión de liquidar a todos los que entraron en esa misteriosa cámara. En mi caso, me situé el primero en su lista de objetivos cuando aparecí de repente e hice fracasar su plan tan bien urdido. También temían que pudiese volver a la cámara y recuperar la calavera negra. Pat también suponía una amenaza por si lograba descifrar las inscripciones.

»Después de que escapásemos del túnel y Eagan nos liberara, este tipo se quedó vigilándonos y esperando el momento oportuno. Puesto que se habían tomado tantísimas molestias para ocultar el descubrimiento de la cámara eliminando a todos los testigos, no hacía falta ser muy listo para suponer que no pensaban dejar el trabajo a medias. De modo que lancé el anzuelo y dejé que picasen.

—Nos has utilizado como señuelos —murmuró Márquez—. Podrían habernos matado.

—Era mejor correr ese riesgo ahora que llevábamos las de ganar en lugar de esperar a que fuésemos más vulnerables.

—¿Y el *sheriff* Eagan no tendría que estar al tanto de todo esto?

—En este preciso instante debe de estar atrapando al otro asesino en el hotel de Pat.

—¿Un asesino en mi habitación? —exclamó Pat en un susurro cargado de estupor

—. ¿Mientras estaba tomando un baño?

—No —contestó Pitt—. Entró justo después de que salieses para venir a casa de los Márquez conmigo.

—Pero podría haber entrado mientras estaba en la bañera y haberme matado.

—Lo dudo. —Pitt le apretó la mano con ternura—. Créeme si te digo que no corrías ningún peligro. ¿No te diste cuenta de que el hotel estaba abarrotado? El *sheriff* lo arregló todo para que un numeroso grupo de vecinos de la zona ocupasen los pasillos y los salones del hotel, haciéndose pasar por asistentes a un congreso. Al asesino le habría resultado muy difícil atacar a su víctima en medio de tanta gente. Cuando se corrió la voz de que tú y yo íbamos a venir a cenar a casa de los Márquez, los asesinos optaron por dividirse: uno se ofreció a enviarnos a todos al cementerio durante la cena mientras el otro registraba tu habitación en busca del bloc de notas y la cámara.

—No recuerdo haberle visto entre los hombres del *sheriff* —dijo Márquez señalando al musculoso desconocido.

Pitt se volvió y rodeó los hombros del hombre que acababa de reducir al asesino.

—Os presento a un viejo y queridísimo amigo mío, Albert Giordino. Al es mi ayudante en el departamento de proyectos especiales de la NUMA.

Márquez y Pat se quedaron sin saber cómo actuar. Observaron a Al con el interés de un científico bacteriólogo al mirar un raro espécimen a través del microscopio. Giordino se limitó a soltar el pie del intruso, dio un paso al frente y les estrechó la mano.

—Es un placer conoceros. Me alegro de haber sido útil.

—¿Quién es nuestro amigo? —preguntó Pitt.

—No me vas a creer si te cuento los reflejos que tiene este tipo —dijo Giordino.

—Sí, sí que te voy a creer, ya lo creo que sí.

—Seguro que tiene poderes psíquicos, porque disparó en mi dirección en el mismo instante en que yo apreté el gatillo. —Giordino señaló un pequeño desgarrón a la altura de la cadera de su mono—. Su bala apenas me arañó la piel, pero la mía le dio en el pecho.

—Tuviste suerte.

—Bueno, no sé si fue suerte —repuso Giordino con altanería—. Yo apunté correctamente y él no.

—¿Sigue vivo?

—Eso creo, pero no va a participar en una maratón hasta dentro de mucho tiempo, eso seguro.

Pitt se agachó y le quitó el pasamontañas.

Pat soltó un gritito ahogado, algo comprensible, teniendo en cuenta las circunstancias, pensó Pitt con ironía. A Pat todavía le resultaba imposible aceptar

todo lo que le había pasado desde que había bajado del avión en Telluride.

—¡Oh, Dios mío! —En su voz se percibía una mezcla de congoja y espanto—. ¡Es el doctor Ambrose!

—No, señora mía —le contestó Pitt con dulzura—. Éste no es el doctor Thomas Ambrose. Tal como he dicho antes, probablemente el verdadero Ambrose está muerto. Estoy seguro de que este miserable se hizo cargo de la tarea de matarnos a ti, a mí y a Luis porque era el único que podía reconocernos con certeza absoluta.

La verdad de las palabras de Pitt golpeó a Pat con dolorosa crueldad. Se puso de rodillas junto al ninja, lo miró a los ojos y le preguntó:

—¿Por qué mataste al doctor Ambrose?

No había la menor chispa de emoción en los ojos del asesino. La única señal de que estaba herido era el hilo de sangre que le salía por la boca, signo inequívoco de una lesión pulmonar.

—No fue asesinado, sino ejecutado —susurró—. Era una amenaza y tenía que morir, igual que todos vosotros.

—Encima tienes la desfachatez de justificar tus actos —dijo Pitt con voz glacial.

—No justifico nada. El deber para con el Nuevo Destino no exige justificaciones.

—¿Qué es el Nuevo Destino?

—El Cuarto Imperio, pero moriréis antes de que lo vean vuestros ojos. —No había odio ni arrogancia en sus palabras, solo una simple constatación de un hecho consabido. La voz del asesino tenía cierto acento europeo.

—La cámara, la calavera negra... ¿qué significan?

—Son un mensaje del pasado. —Por primera vez detectaron en su rostro un amago de sonrisa—. El secreto más importante del mundo, que es lo máximo que llegaréis a saber jamás.

—A lo mejor te decides a colaborar un poco más después de pasar unos años a la sombra por asesinato.

Meneó la cabeza ligeramente.

—No iré a prisión.

—Ya lo creo que sí.

—No; se equivoca. No habrá ocasión de volverme a interrogar. Muero con la satisfacción de saber que muy pronto usted también me seguirá, señor Pitt.

Antes de que este pudiera detenerlo, el asesino se introdujo una cápsula en la boca.

—Cianuro, señor Pitt. Tan práctico y eficaz como cuando Hermann Göring se lo tomó hace sesenta años. —Acto seguido, se tragó la cápsula.

Pitt se acercó rápidamente al oído del asesino. Tenía que decirle unas últimas palabras antes de que el verdugo de Tom Ambrose pasase a mejor vida.

—Te compadezco, gusano patético. Ya lo sabemos todo acerca de tu estúpido

Cuarto Imperio. —Era una mentira cochina, pero le dio a Pittuna inmensa satisfacción.

Los ojos oscuros se abrieron como platos y luego se fueron volviendo cada vez más vidriosos hasta quedar completamente sin vida.

—¿Está muerto? —susurró Pat.

—Como una momia egipcia —contestó Pitt con frialdad.

—Adiós y hasta nunca —murmuró Giordino con indiferencia—. Es una pena que no podamos donar sus órganos a los buitres.

Pat se quedó mirando a Pitt fijamente.

—Tú lo sabías —dijo—. Nadie más se dio cuenta, pero te vi quitarle la munición a su arma.

—Nos habría matado a los tres —murmuró Márquez—. ¿Qué te hizo sospechar de él?

—Fue por intuición, aunque también tenía mis razones —explicó Pitt—. Me extrañaba que fuese tan frío, tan calculador. El falso doctor Ambrose no se comportaba como alguien cuya vida está en peligro.

De repente, sonó el teléfono de la cocina y Márquez contestó. Tras unos minutos, colgó.

—Era Eagan —les informó—. Dos de sus ayudantes han resultado gravemente heridos en un tiroteo en el hotel de Pat. El agresor recibió un disparo mortal y murió antes de que pudiese hablar.

Pitt se quedó mirando con aire pensativo el cuerpo del falso doctor Ambrose.

—¿Quién dice que los muertos no dicen mentiras?

—¿Ha pasado ya el peligro? —preguntó Lisa Márquez en un susurro al tiempo que se asomaba temerosa por la puerta de la cocina y veía el cuerpo tendido en el suelo.

Pitt se acercó a ella y la tomó de la mano.

—Sí, descuide.

Márquez la abrazó.

—¿Cómo están las niñas?

—Se han pasado casi todo el tiempo durmiendo.

—El derrumbamiento selló el túnel para siempre —le explicó a Lisa—. Nuestros días como mineros han acabado.

—Cosa que no me quitará el sueño —dijo Lisa con una sonrisa creciente—. Eres un hombre rico, Luis Márquez. Ya va siendo hora de que vivamos de otra manera.

—Y es fundamental, además —les advirtió Pitt mientras el sonido de las sirenas se acercaba cada vez más—. Hasta que sepamos quién es esta gente y cuál es su objetivo —se detuvo para lanzar una mirada furiosa al cuerpo del asesino— tú y tu familia tendréis que ir de Telluride y desaparecer.

Lisa miró a su marido con aire de ensoñación.

—Ese hotelito rodeado de palmeras en la playa de Cabo San Lucas que siempre hemos querido comprar...

Él asintió.

—Supongo que ahora es el momento.

Pat tocó el brazo de Pitt y éste le sonrió.

—¿Dónde se supone que debo esconderme yo? —le preguntó con voz suave—. No puedo abandonar mi carrera académica así, por las buenas. He invertido demasiado esfuerzo para llegar a donde estoy.

—Tu vida no valdrá nada si regresas a la universidad —respondió Pitt—. No hasta que sepamos a qué nos enfrentamos.

—Pero soy una especialista en lenguas antiguas y tú eres un técnico submarinista. Nuestro trabajo no consiste en cazar asesinos.

—Tienes razón. Las agencias de investigación tomarán el relevo a partir de ahora, pero tus conocimientos serán muy valiosos para resolver el enigma.

—¿No crees que esto sea el final?

Él negó con la cabeza lentamente.

—No sé si llamarlo una conspiración de mil caras o un complot maquiavélico, pero aquí hay algo que va más allá del simple asesinato. No hacen falta dotes de adivino para saber que las inscripciones y la calavera negra de la cámara tienen implicaciones mucho más profundas de las que podamos imaginar.

Cuando llegó el *sheriff* y empezó a interrogar a Giordino, Pitt salió al porche a respirar el aire frío de la noche y levantó la vista para contemplar la extensa franja tachonada de estrellas que formaba la Vía Láctea, suspendida en el oscuro cielo. La casa de los Márquez estaba a casi tres mil metros de altitud, y allí las estrellas adquirirían dimensiones gigantescas, transformándose en un mar de cristal centelleante.

Miró a las profundidades del cielo y maldijo a la noche, maldijo su impotencia, maldijo a esos asesinos desconocidos y se maldijo a sí mismo por estar perdido en una vorágine de desconcierto. ¿Quiénes eran aquellos locos y su demencial Nuevo Destino? Las respuestas vagaban perdidas en la noche. Era incapaz de ver lo evidente, y lo indefectible se convertía en lejano y distante.

Pero alguien iba a tener que pagar por aquello, y lo pagaría muy caro.

Empezó a sentirse mejor. Más allá de su ira se extendía una seguridad glacial, y aún más allá, una acentuada lucidez. En la mente de Pitt ya se estaba concibiendo una idea, creciendo y desarrollándose hasta que vio claramente lo que debía hacer.

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, volvería a las minas y recuperaría la calavera de obsidiana negra.

Puesto que resultaba imposible seguir la ruta de escape original a causa de la explosión que había derrumbado el techo del túnel, un equipo formado por Pitt, Giordino, Eagan, Márquez y dos ayudantes siguieron el camino que había tomado Pitt desde la mina Bucanero veinticuatro horas antes. Con los datos del ordenador direccional como guía, el grupo enseguida llegó a un pozo inundado que iba a parar a los túneles inferiores y conducía a la mina El Paraíso.

Pitt se detuvo en el borde del pozo y observó las aguas turbias y opacas, preguntándose si aquella era una buena idea. La inundación había alcanzado dos niveles más que el día anterior.

Eagan pensaba que estaba loco. Pat O'Connell también lo pensaba, y Luis y Lisa Márquez pensaban tres cuartos de lo mismo. Solo Giordino se abstuvo de considerarlo loco, y fue porque insistió en seguirle como refuerzo en caso de que Pitt se metiese en problemas.

El equipo de buceo era prácticamente el mismo que Pitt había usado antes, con la salvedad de que ahora tenía la intención de llevar un traje seco. El traje de neopreno había resultado muy práctico para moverse con libertad fuera del agua y protegerse del frío durante la caminata por las minas, pero el traje seco era más eficaz para aislar el cuerpo de las gélidas temperaturas del agua subterránea. Sin embargo, para caminar hasta el pozo, llevaba una ropa cómoda y de abrigo, con la intención de cambiarse y ponerse el traje seco solo cuando llegase el momento de sumergirse en el agua.

Luis Márquez había acompañado a la expedición después de reclutar a tres de sus amigos mineros para ayudar a transportar el equipo de submarinismo, que incluía escaleras de cuerda para facilitar la escalada por los pozos verticales. El *sheriff* Eagan estaba convencido de que necesitarían sus servicios para dirigir una operación de rescate que veía inevitable.

Pitt y Giordino se quitaron la ropa de calle y, para una mayor protección térmica, se colocaron trajes de ropa interior de nailon y poliéster. A continuación se pusieron unos trajes secos de caucho vulcanizado modelo Viking con capucha, guantes y botas con suelas de máxima adherencia. Una vez ataviados con aquella indumentaria y después de comprobar los indicadores, Pitt miró a Giordino. El italiano parecía tan tranquilo y despreocupado como si estuviese a punto de darse un chapuzón en una piscina de dos metros de profundidad.

—Yo guiaré el camino con ayuda del ordenador direccional y dejaré que tú te ocupes de las tablas de descompresión.

Giordino levantó un ordenador de descompresión que llevaba sujeto a su brazo izquierdo.

—Calculando un tiempo de inmersión aproximado de treinta minutos en aguas de una profundidad de casi treinta metros, tres mil metros sobre el nivel del mar, han sido necesarias varias operaciones complicadísimas para obtener las paradas de descompresión, pero creo que lograré traerte de vuelta a este jardín de piedra sin riesgo de narcosis ni embolia.

—Te estaré eternamente agradecido.

Pitt se puso una máscara integral modelo Mark II con sistema de comunicaciones incorporado.

—¿Me recibes? —le preguntó a Giordino.

—Como si estuvieras dentro de mi cabeza.

Habían transportado diez botellas de oxígeno a la mina. Para la inmersión, cada uno de ellos se llevó dos botellas sujetas a las mochilas y una de repuesto colocada en medio, contabilizando un total de seis. Márquez y los demás debían bajar las cuatro restantes hasta una profundidad predeterminada que el ordenador de Giordino había calculado para establecer las paradas de descompresión. No llevaban más armas que sus cuchillos de bucear.

—Supongo que ya va siendo hora de que nos pongamos en marcha —dijo Pitt.

—Tú primero —respondió Giordino.

Pitt encendió su linterna y enfocó la superficie lisa del agua. Saltó desde el borde y se zambulló en el agua con una explosión de burbujas. Rápidamente se sucedió una segunda explosión, cuando Giordino se lanzó tras él. Hizo un movimiento con la mano hacia abajo, se dobló sobre su estómago y pataleó con las aletas en la superficie del agua, dirigiéndose a las profundidades de la mina.

Siguieron buceando hacia abajo, cortando el agua negra con sus linternas, que no revelaba nada más que paredes de roca frías y desnudas. Avanzaban despacio, sintiendo la creciente presión del agua en sus oídos cuanto más se sumergían. De no haber sabido que buceaban por un pozo vertical, habrían jurado que estaban nadando en el interior de un tubo de desagüe horizontal.

Al final, la galería del fondo del pozo apareció por fin, y vieron las vías de las vagonetas, con los raíles mudos y fríos bajo una espesa capa de óxido. La turbiedad creada por el movimiento repentino tras la explosión del día anterior se había disipado por completo y el agua estaba tranquila y clara, con una visibilidad de hasta unos quince metros. Pitt comprobó el indicador de profundidad —la aguja marcaba 56 metros— y esperó hasta que Giordino se detuvo, un poco más adelante.

—¿Cuánto falta? —le preguntó Giordino.

—Unos cien metros —respondió Pitt señalando hacia delante—. Justo al doblar esa curva del túnel.

Pataleó con las aletas y se adentró en el túnel como una flecha, recorriendo las vigas una y otra vez con la luz de su linterna. Rodearon la curva, siguiendo las vías de

las vagonetas. De repente, Pitt estiró el brazo y se detuvo en seco.

—¡Apaga la linterna! —le ordenó a Giordino.

Su amigo lo obedeció y el túnel quedó sumido en una oscuridad asfixiante, aunque no absoluta. Un brillo tenue se filtraba por el agua frente a ellos.

—Creo que tenemos compañía —dijo Giordino.

—¿Por qué esos personajes se materializan cada vez que me sueno la nariz? —se quejó Pitt.

Había dos submarinistas en el interior de la cámara, ambos trabajando con ahínco y dedicación, fotografiando las inscripciones de las paredes. También había un par de reflectores submarinos colocados encima de unos pivotes que iluminaban la cámara inundada como si de un estudio hollywoodiense se tratase. Pitt escrutó el agujero del suelo de la cámara sin salir de las sombras, para evitar que el cristal de su máscara emitiese un reflejo que pudiesen captar los submarinistas.

Se quedó maravillado por la eficiencia de ambos: usaban unidades de respiración que absorbían y eliminaban las burbujas exhaladas a través de sus reguladores de aire para impedir cualquier movimiento del agua delante de los objetivos de sus cámaras. Pitt tuvo especial cuidado en no dejar que las burbujas que él mismo emitía se colaran por la abertura del suelo de la cámara.

—Desde luego, hay que reconocer que son muy tenaces —señaló Pitt—. Digan lo que digan esas inscripciones, es lo bastante importante para ellos como para matar y morir por ello.

—Menos mal que su sistema de comunicaciones se halla en una frecuencia distinta porque, de lo contrario, habrían escuchado nuestras conversaciones.

—También podría ser que nos hubieran escuchado y planeen enterrarnos aquí dentro.

Los labios de Giordino esbozaron una sonrisa tensa tras la máscara.

—Entonces, ¿les decepcionamos y nos largamos?

—¿Cuándo hemos sido lo bastante listos para escoger la salida más fácil?

—Nunca, que yo recuerde.

El vínculo que unía a Giordino con Pitt nunca se había debilitado en todos los años de su amistad, una amistad que se remontaba al colegio, cuando ambos eran unos niños. Fuera cual fuese el plan urdido por Pitt, por estrambótico o absurdo que pareciese, Giordino lo acompañaba sin rechistar, pese a las posibles calamitosas consecuencias. Se habían salvado la vida mutuamente en más de una ocasión, y de ser necesario eran capaces de leerle los pensamientos al otro con toda facilidad. Huelga decir que formaban un tándem muy unido, trabajando codo con codo, y sus aventuras eran toda una leyenda en la NUMA.

—Sería casi imposible que los dos entrásemos en la cámara sin darles tiempo a reaccionar —dijo Pitt al tiempo que calculaba el estrecho diámetro de la abertura.

—Podríamos entrar y acuchillarles en la barriga —respondió Giordino tranquilamente.

—Si la situación fuese a la inversa —murmuró Pitt en voz muy baja, tanto que Giordino apenas podía oírle—, eso es lo que nos harían a nosotros, pero el hombre práctico que hay en mí me dice que hay que atraparlos con vida.

—Eso es fácil de decir...

Pitt se acercó el máximo posible al agujero y observó a los dos submarinistas, quienes estaban absortos en su trabajo.

—Creo que veo una posibilidad.

—No me dejes en ascuas —dijo Giordino quitándose los guantes para tener libertad de movimiento en las manos.

—Llevan los cuchillos de bucear sujetos a las pantorrillas.

Giordino arqueó una ceja con gesto interrogador.

—También nosotros.

—Sí, pero a nosotros no están a punto de atacarnos por detrás un par de rápidos y gallardos granujas.

Los submarinistas del interior de la cámara terminaron de fotografiar las inscripciones y los símbolos celestes. Mientras uno cargaba el equipo fotográfico en una bolsa de lona, el otro empezó a colocar una carga de explosivos en una esquina de la cámara, maniobras ambas que favorecían los planes de Pitt y Giordino. En cuanto el submarinista con el equipo fotográfico se asomó por el agujero para bajar a la cavidad inferior, Giordino le arrancó la boquilla del regulador de aire y le cortó el suministro de aire. En el mismo instante, rodeó el cuello del hombre con su poderoso brazo y lo estranguló.

—Ya tengo al mío —masculló Giordino, resoplando.

Pitt no se molestó en contestarle. Con un fuerte pataleo de las aletas, se metió en la cámara y se dirigió hacia el desprevenido buceador que estaba colocando un temporizador a los explosivos. Apareció por el costado para evitar las botellas de oxígeno de la espalda del submarinista. Emulando la actuación de Giordino, le arrancó la boquilla y lo sujetó fuertemente por el cuello. Sin embargo, Pitt no se había tomado el tiempo suficiente para ver que se enfrentaba a un hombre de tamaño descomunal, pero le bastaron dos segundos para darse cuenta de que aquella vez se había pasado de la raya y le había hincado el diente a un bocado demasiado grande. Su oponente tenía la complexión de un luchador profesional y, desde luego, sus músculos. No reaccionó con pánico, sino que se revolvió por los estrechos confines de la cámara como un loco en un arrebató de violencia. Pitt se sintió como un zorro que acababa de abalanzarse sin darse cuenta sobre la espalda de un oso herido que se aferra a la vida con todas sus fuerzas.

La auténtica fuerza animal exhibida por aquel hombre cuando agarró la cabeza de

Pitt fue aterradora. Dos manazas consiguieron aprisionarle su cabeza y, por un momento, Pitt creyó que el cráneo le iba a estallar en mil pedazos. Escupió la boquilla del respirador, consiguió milagrosamente volver la cabeza entre aquellas garras y le mordió una muñeca con todas las fuerzas de sus mandíbulas. Una nube de sangre tiñó el agua. Las manos que le aprisionaban la cabeza le soltaron al tiempo que el hombre emitía un alarido de dolor que sonó como un borboteo grotesco. Por detrás, Pitt lo sujetó y estrujó su cuello taurino con los últimos vestigios de fuerza que le quedaban. Con gesto desesperado, le arrancó la máscara.

El gigante retrocedió hacia una de las paredes con un movimiento convulsivo. Las botellas de aire de Pitt chocaron contra la roca y se quedó sin respiración por la fuerza del impacto, pero no soltó a su presa ni por una fracción de segundo, mientras intentaba estrangularlo apretándole la garganta con todas sus fuerzas.

De espaldas, Pitt no veía el rostro del hombre. Zarandeando el cuerpo de lado a lado como un perro sacudiéndose el lomo, el gigante intentó desesperadamente encontrar su regulador de aire y ponérselo de nuevo en la boca, pero Pitt tenía el conector enrollado en el brazo. Entre grandes espasmos, el hombre se agachó para alcanzar su cuchillo de buceo que llevaba sujeto a la pantorrilla derecha. Pitt había esperado el movimiento y estaba preparado: cuando el gigante se agachó, Pitt le metió un dedo en el ojo.

El efecto fue el esperado. El grandullón se puso tieso como un palo y se llevó una mano al ojo, pero, aun a ciegas, logró atrapar una mano de Pitt y empezó a torcerle los dedos índice y corazón hacia atrás. El dolor le estremeció como si acabase de fulminarle un rayo: la agonía que se siente al romperse los dedos de una mano no se parece a ninguna otra, la palabra «insoportable» no le hace justicia como descripción del dolor. Pitt empezó a ver estrellitas detrás de sus ojos. Estaba a punto de soltar a su presa y de agarrar la mano que le estaba provocando aquel tormento, cuando sintió un alivio infinitesimal de la presión. El dolor seguía allí, pero iba disminuyendo de intensidad de forma casi imperceptible.

Despacio, el dolor punzante empezó a ceder mientras el gigante empezaba a tragar agua por la boca abierta. Sus movimientos se volvieron espasmódicos y sin coordinación mientras empezaba a ahogarse. De repente, se le contrajo el rostro de dolor y miedo. Pitt esperó unos segundos después de que el hombre perdiera el conocimiento para colocarle de nuevo la boquilla y obligar a que el oxígeno llegara a los pulmones de su víctima.

Giordino apareció entonces por el agujero.

—¿Por qué has tardado tanto?

—Cuestión de suerte —respondió Pitt entre jadeos, con el corazón latiéndole como un pistón en el interior de un cilindro—. Siempre escojo el carril equivocado cuando hay un atasco, la cola equivocada cuando hay que esperar en el banco y el

tipo más grandullón cuando hay que pelearse con alguien. ¿Cómo te ha ido a ti con el tuyo?

—Está atado y bien atado con un cable eléctrico que encontré en unas lámparas para colgar de las vigas. —Giordino bajó la vista para mirar a la figura inerte que había en el suelo de la cámara y los ojos tras la máscara de bucear se abrieron como platos. Miró a Pitt con renovado respeto—. ¿Los entrenadores de la Liga Nacional de Fútbol Americano se han enterado de que existe este tipo?

—Si se enterasen, seguro que sería el fichaje estrella de la próxima temporada —dijo Pitt mientras su corazón se calmaba y su respiración se acompasaba—. Coge sus cuchillos y cualquier otra arma que encuentres, luego busca más cable; será mejor que lo atemos antes de que despierte y destroe la montaña entera. Déjales las máscaras puestas para que tengan la visión borrosa.

Giordino maniató al submarinista gigante y lo arrojó con malos modos por el agujero hacia la grieta inferior. A continuación retiró unos plomos de los cinturones de los hombres para que flotasen un poco más, de forma que resultase más fácil arrastrarlos de vuelta al túnel. También les quitó los cuchillos y encontró en el cuerpo del hombre más menudo una pequeña arma de aire comprimido que disparaba un pequeño arpón.

Mientras Giordino se ocupaba de los prisioneros, Pitt extrajo una bolsa de rejilla de nailon de su cinturón y la abrió. Miró fijamente la siniestra calavera negra que parecía devolverle la mirada a través de unas cuencas vacías. No pudo evitar preguntarse si no la acompañaría una maldición. ¿Qué enigmáticos secretos encerraba?

La naturaleza práctica de Pitt venció su lado fantasioso. Pese a que era un gran soñador, no creía en los mitos ni en las leyendas populares. Si un objeto o noción no podía ser visto, sentido o experimentado, no existía para él. De no ser porque ya estaba sumergido en el agua a casi cincuenta metros de profundidad, le habría escupido en el ojo a la calavera de obsidiana, pero como se trataba de un eslabón en una cadena de enigmas, estaba decidido a dejarla en las manos de gente capaz de estudiarla como era debido.

—Lo siento, amiga mía —murmuró en un tono inaudible para Giordino—, pero ya va siendo hora de que nos reveles tus secretos.

Separó la calavera cuidadosamente de su pedestal y la metió en la bolsa de rejilla. A aquella profundidad podía manejarla fácilmente, pero en cuanto saliese del agua, supuso que debía de pesar al menos veinte kilos. Echó un vistazo a la cámara por última vez, a las inscripciones de las paredes, a los reflectores todavía encendidos en el suelo, donde habían ido a parar durante la pelea. A continuación se metió de cabeza por el agujero de la roca, con cuidado de no golpear la calavera contra la pared. Giordino ya había arrastrado a los dos submarinistas hasta el túnel. El gigante

humano había recobrado el conocimiento y estaba luchando violentamente por zafarse del cable eléctrico que le ataba los tobillos y le inmovilizaba los brazos con fuerza contra su cuerpo inmenso.

—¿Te echo una mano? —preguntó Pitt.

—Tú lleva la calavera y la bolsa con las cámaras. Yo me encargaré de la basura.

—Será mejor que tú vayas primero y que yo te siga, así podré vigilarlos, no sea que al grandullón le dé por soltarse.

Giordino le dio el pequeño arpón.

—Dispárale a la carótida si se le ocurre mover un dedo.

—Tendremos que tener cuidado en nuestras paradas de descompresión, puede que no haya aire suficiente para los cuatro.

Giordino hizo un gesto de indiferencia con las manos.

—Lo siento, pero hoy no estoy de humor para hacer sacrificios.

El regreso fue lento. Giordino tardaba menos en arrastrar a los dos buceadores y su equipo de submarinismo caminando por los raíles que intentando nadar. Perdieron un aire precioso en el prolongado tránsito. Pitt vigilaba su indicador de aire, pues sabía que su nivel de oxígeno había descendido considerablemente. El indicador señalaba apenas trescientas atmósferas: él y Giordino habían utilizado el doble de la cantidad de aire que habían calculado antes de la inmersión, pues no habían contado con una pelea con un par de desconocidos.

Flexionó el cuerpo y nadó hasta colocarse al lado de los buceadores maniatados para comprobar sus indicadores de aire: ambos tenían casi setecientas atmósferas. Seguramente habían encontrado una ruta más corta por la mina para llegar hasta la cámara, supuso Pitt. Después de lo que les pareció un año y un día, llegaron por fin al pozo vertical y se pusieron de pie para realizar la primera parada de descompresión. Eagan y Luis Márquez habían bajado dos botellas de repuesto con una cuerda hasta la profundidad precisa que Giordino había calculado de antemano.

Sin apartar la mirada de su aparato de descompresión, Giordino escuchó a Pitt leer en voz alta la presión del aire que quedaba en cada botella. Solo cuando pasaron el nivel de seguridad las soltó y las dejó a un lado. Los prisioneros no se pusieron agresivos, pues ya se habían dado cuenta de que resistirse podía significar la muerte. Sin embargo, Pitt no bajó la guardia ni un segundo: sabía muy bien que aquellos hombres eran dos bombas de relojería, esperando a explotar a la primera ocasión que se les presentase.

El tiempo pasaba con lentitud exasperante. Utilizaron sus últimas reservas de aire y luego pasaron a las botellas de repuesto. Cuando se acabaron las botellas de los prisioneros, Pitt y Giordino empezaron a compartir su oxígeno con ellos, intercambiando las boquillas entre respiración y respiración. Tras la espera correspondiente, nadaron hasta la siguiente parada de descompresión.

Estaban arañando el fondo de las botellas de repuesto cuando Giordino dio al fin la señal de «superficie» y dijo:

—Se acabó la fiesta. Ahora ya podemos irnos a casa.

Pitt se encaramó a la escala de cuerda que Márquez había arrojado al pozo. Alcanzó el borde del túnel y le dio al *sheriff* sus botellas de oxígeno. A continuación le pasó la calavera y la bolsa con el equipo fotográfico y luego Eagan cogió la mano extendida de Pitt y le ayudó a salir del agua. Pitt rodó sobre su espalda, se quitó la máscara y permaneció tendido unos minutos, respirando agradecido el aire fresco y húmedo de la mina.

—Bienvenido a casa —dijo Eagan—. ¿Por qué han tardado tanto? Tenían que haber vuelto hace veinte minutos.

—Nos encontramos con un par de candidatos más para su cárcel.

Giordino salió a la superficie, trepó hasta arriba y luego se arrodilló a cuatro patas antes de tirar del prisionero más menudo para subirlo al túnel.

—Necesitaré ayuda con el otro —dijo al tiempo que se quitaba la máscara—. Pesa el doble que yo.

Al cabo de tres minutos, Eagan estaba de pie junto a los intrusos, interrogándolos, pero ambos lo miraban con gesto amenazador y no decían nada. Pitt se puso de rodillas y retiró la capucha de bucear que cubría la cabeza y la barbilla del hombre más pequeño.

—Bueno, bueno, amigo motorista. ¿Qué tal tienes el cuello?

El asesino, maniatado, escupió a Pitt en la cara, sin llegar a acertar. Le enseñó los dientes de un perro rabioso y lo miró con ojos que habían presenciado más de un asesinato.

—Un tipo duro, ¿eh? —dijo Pitt—. Un fanático del Cuarto Imperio, ¿no es eso? Pues ya puedes ir soñando con ese imperio mientras te pudres en la cárcel.

El *sheriff* se agachó y cogió a Pitt por el hombro.

—Tendré que soltarles.

Pitt alzó la vista, echando fuego por sus ojos verdes.

—Y una mierda.

—No puedo detenerles a menos que hayan cometido un delito —contestó Eagan.

—Presentaré cargos contra ellos —intervino Márquez con voz fría.

—¿Qué cargos?

—Allanamiento, destrucción de propiedad privada, entrada sin autorización en una concesión minera y también robo, por si acaso.

—¿Qué han robado? —preguntó Eagan, perplejo.

—Mi sistema de iluminación de las vigas —replicó Márquez con indignación al tiempo que señalaba el cable eléctrico que sujetaba a los buceadores—. Lo han robado de mi mina.

Pittpuso el brazo en el hombro de Eagan.

—*Sheriff*, también ha habido un intento de asesinato. Creo que lo mejor sería que los detuviese por unos días, al menos hasta que una investigación preliminar pueda realizar una identificación y tal vez revelar pruebas de sus intenciones.

—Vamos, Jim —dijo Márquez—, al menos puedes encerrarlos bajo llave mientras los interrogas.

—Dudo que estos dos vayan a hablar mucho.

—Estoy de acuerdo —convino Giordino al tiempo que se pasaba un pequeño cepillo por su pelo ondulado—. No parecen un par de excursionistas perdidos.

—Aquí está pasando algo que excede la jurisdicción del condado de San Miguel. —Pitt se quitó el traje de submarinista y empezó a vestirse con ropa normal—. No sería mala idea que informase a sus superiores.

Eagan reflexionó unos segundos.

—Está bien, enviaré un informe a la Agencia de Investigación de Colorado...

De pronto todos los presentes se volvieron y se quedaron mirando la entrada del túnel. Un hombre gritaba y se acercaba corriendo como alma que lleva el diablo. Al cabo de unos segundos vieron que se trataba de uno de los ayudantes del *sheriff*, quien se detuvo tambaleándose y se inclinó hasta tener la cabeza a la altura de las caderas, jadeando y tratando de recobrar el resuello, completamente exhausto después de venir corriendo desde la bodega del hotel.

—¿Qué pasa, Charlie? —preguntó Eagan, nervioso—. ¡Venga, habla de una vez!

—Los cuerpos... —respondió el ayudante sin dejar de jadear—. Los cuerpos del depósito de cadáveres...

Eagan lo cogió por los hombros y lo ayudó a incorporarse con suavidad.

—¿Qué pasa con los cuerpos?

—Han desaparecido.

—¿Qué estás diciendo?

—El forense dice que han desaparecido. Alguien los ha robado del depósito de cadáveres.

Pitt miró a Eagan en silencio, y luego dijo despacio:

—Yo de usted, *sheriff*, enviaría copias de su informe al FBI y al Departamento de Justicia. Esto va mucho más allá de lo que podemos imaginar.

II.

TRAS LAS HUELLAS DE LOS ANTEPASADOS

27 de marzo de 2001, Bahía de Okuma, Antártida.

El capitán Daniel Gillespie estaba en el enorme puente de mando acristalado del *Polar Storm*, observando con unos prismáticos tintados el hielo que se estaba formando alrededor del casco del rompehielos de investigación de 8000 toneladas de desplazamiento. Flaco como un palo y muy propenso a los ataques de ansiedad, examinó el hielo al tiempo que elaboraba mentalmente una ruta tratando de adivinar la más sencilla para el *Polar Storm*. El hielo del otoño ya se había formado antes en el mar de Ross y en algunos sitios ya medía sesenta centímetros de espesor, llegando hasta los noventa en otras zonas.

El barco temblaba bajo sus pies cada vez que la enorme proa chocaba contra el hielo y se levantaba sobre la superficie blanca. Después, el peso de la parte delantera del barco, al caer, partía el témpano en trozos pequeños que arañaban la proa, gimiendo y rozando las placas de acero hasta quedar reducidos a fragmentos por las gigantescas hélices de cuatro metros y medio de diámetro. El proceso se repetía hasta que llegaban a algún sector, a unas millas de la costa, donde los témpanos estaban más espaciados.

El *Polar Storm* combinaba las cualidades de un rompehielos con las de un barco de investigación oceanográfica, pero según casi todos los criterios navales, era un buque anticuado, pues había sido botado nada menos que veinte años antes, en 1981. También era considerado pequeño en comparación con la mayoría de rompehielos, con un desplazamiento de ocho mil toneladas, una eslora de cuarenta y cuatro metros y una manga de ocho. Equipado con todo lo necesario para facilitar labores de investigación oceanográfica, meteorológica, biológica y glacial, era capaz de atravesar capas de hielo de un metro de espesor.

Evie Tan, que se había incorporado al *Polar Storm* cuando éste se había detenido en Montevideo, Uruguay, en su camino hacia la Antártida, estaba sentada en una silla tomando notas en un cuaderno. Articulista y fotógrafa especializada en ciencia y tecnología, Evie estaba allí para elaborar un artículo para una revista científica. Era una mujer menuda de pelo negro, largo y sedoso, que había nacido y se había criado en las Filipinas. Miró al capitán Gillespie y lo vio escrutar el témpano de hielo que se extendía ante ellos.

—¿Tiene previsto dejar que un grupo de científicos descienda al témpano para estudiar el hielo marino? —preguntó.

Gillespie bajó los prismáticos y asintió con la cabeza.

—Es lo habitual. En ocasiones, los glaciólogos bajan al hielo hasta tres veces en un día antártico para tomar muestras y lecturas que más tarde estudian en el laboratorio del barco. También registran las propiedades físicas del hielo y el agua del

mar.

—¿Están buscando algo en particular?

—Joel Rogers, el científico jefe de la expedición, puede explicárselo mejor que yo. El objetivo principal consiste en evaluar el impacto de la actual tendencia al aumento de las temperaturas, que está reduciendo la extensión del hielo marino alrededor del continente.

—¿Es un hecho científico probado el que el hielo esté disminuyendo? —preguntó Evie.

—Durante el otoño antártico, de marzo a mayo, el océano que rodea el continente empieza a congelarse. Hace algún tiempo, el hielo se extendía desde la masa continental y formaba un inmenso collar del tamaño de Australia, pero ahora el hielo se ha retirado y ya no es tan espeso ni tan extenso como entonces. En resumen, los inviernos no son tan fríos como en los años cincuenta y sesenta. El calentamiento global ha afectado a un eslabón fundamental en el ecosistema de la Antártida.

—Empezando por las algas unicelulares que viven en la parte inferior de los témpanos —sugirió Evie, hablando con conocimiento de causa.

—Veo que ha hecho usted sus deberes —respondió el capitán con una sonrisa—. Sin algas de las que alimentarse, no habría camarones del antártico, esos animalillos similares a las gambas que, a su vez, sirven de alimento a todos los animales y peces de estas aguas meridionales, desde los pingüinos hasta las ballenas, pasando por los fócidos.

—¿Fócidos? ¿Se refiere a las focas?

—Sí.

Evie dirigió la mirada hacia la bahía de Okuma, que dividía la inmensa banquisa de Ross y la península de Eduardo VIII.

—Esa cadena montañosa del sur, ¿cómo se llama?

—Montañas Rockefeller —respondió Gillespie—. Limitan con el monte Frazier a este lado y con el *Nielsen* al otro.

—Son muy bonitas —dijo Evie, admirando los picos cubiertos de nieve que refulgían a la luz solar—. ¿Me presta sus prismáticos?

—Por supuesto.

Evie enfocó las lentes sobre un complejo de edificios construidos alrededor de una estructura en forma de torre a poco más de tres kilómetros en dirección sur, en una zona al abrigo de la bahía de Okuma. Distinguió un aeródromo tras los edificios y un muelle de cemento que conducía a la bahía. Un carguero de gran tamaño estaba amarrado al muelle, y en ese momento una grúa lo estaba descargando.

—¿Es eso una estación de investigación, en la base del monte Frazier?

Gillespie miró en la dirección en que apuntaban los prismáticos.

—No, eso es un centro de explotación minera que pertenece a una importante

multinacional con sede en Argentina. Se dedican a la extracción de minerales del mar.

Evie bajó los prismáticos y lo miró.

—Creía que eso no era viable económicamente.

Gillespie negó con la cabeza.

—Según me ha dicho Bob Maris, nuestro geólogo residente, han desarrollado un proceso nuevo para extraer oro y otros minerales preciosos del mar.

—Qué raro que no haya oído hablar de una cosa así...

—Llevan sus operaciones en el más estricto secreto. Hasta aquí es lo máximo que nos podemos acercar sin que uno de sus barcos de vigilancia venga y nos eche, pero se rumorea que el nuevo método se llama nanotecnología.

—¿Por qué en una zona tan remota como la Antártida? ¿Por qué no en una ciudad costera o un puerto con fácil acceso a cualquier medio de transporte?

—Según me ha explicado Maris, el agua congelada concentra la sal marina y la hace bajar a aguas más profundas y, cuando se elimina la sal, el proceso de extracción es más eficaz... —Él examinó el témpano que había delante de la proa—. Perdón, señorita Tan, pero un iceberg se nos está echando encima.

El iceberg se aproximaba como una meseta desierta cubierta por una sábana blanca. Sus paredes empinadas se elevaban más de treinta metros. De un blanco radiante bajo un sol cegador y un cielo azul completamente despejado, el montículo de hielo parecía inmaculado y puro, sin indicios de haber sido contaminado por la vida humana, animal o vegetal. El *Polar Storm* se aproximaba al iceberg por el oeste, y Gillespie ordenó al timonel que cambiase el rumbo del piloto automático del barco para rodear el extremo más cercano. Con mano experta, el timonel puso al rompehielos en una ruta de setenta y cinco grados a babor, consultando la sonda acústica a fin de detectar cualquier señal de espolones bajo el agua. La robusta proa del rompehielos había sido diseñada para soportar cualquier embate de hielo sólido, por fuerte que fuese, pero Gillespie no veía razón alguna para arriesgarse a que las placas de acero resultasen dañadas.

Bordeó el iceberg más de treinta metros, una distancia más que segura pero todavía lo bastante próxima para que la tripulación y los científicos que se hallaban en cubierta contemplasen maravillados aquella mole de hielo. Era un espectáculo fascinante y extraño a la vez. Al cabo de unos minutos los acantilados pasaron por delante del barco mientras éste rodeaba la enorme masa y se adentraba en mar abierto.

De repente, otro barco apareció ante ellos, una nave que hasta entonces había permanecido oculta tras el iceberg. Gillespie se quedó perplejo al identificarlo como un submarino. El aparato navegaba a través de una grieta abierta en el hielo y seguía una ruta de colisión con la enorme proa del rompehielos, de babor a estribor.

El timonel actuó antes de recibir las órdenes de Gillespie desde el puente de

mando: calculó la velocidad del submarino y puso el motor diésel de babor del rompehielos en marcha atrás a toda máquina. Fue una maniobra muy hábil, tanto, que tal vez podría haber salvado al *Titanic*. Con una hélice empujando al *Polar Storm* hacia delante y la otra hacia atrás, el barco viró mucho más bruscamente que con un simple golpe de timón. Todos los presentes en el puente de mando estaban pasmados, pues la dirección de la gigantesca proa se desplazó del casco del submarino hacia la estela detrás de su popa.

No había tiempo para avisos, no había tiempo para ninguna comunicación entre las dos naves. Gillespie accionó la sirena del rompehielos y gritó a través de los altavoces a la tripulación y al equipo de científicos que se preparasen para una colisión. Había un movimiento frenético en el puente de mando.

—Venga, preciosa —suplicaba el timonel—. ¡Da la vuelta, anda!

Evie se quedó paralizada unos minutos hasta que su lado profesional empezó a reaccionar. Sacó rápidamente la cámara de su maletín, comprobó los ajustes y empezó a tomar fotos. No vio tripulantes sobre la cubierta del submarino, ni tampoco a ningún oficial en la torre. Estaba haciendo una pausa para volver a enfocar el objetivo cuando vio cómo la proa del submarino se deslizaba bajo el agua al iniciar una inmersión de emergencia.

Los dos barcos se acercaron. Gillespie estaba seguro de que la proa reforzada del rompehielos aplastaría al submarino, pero un súbito cambio de la velocidad de éste, los rápidos reflejos del timonel y la capacidad del *Polar Storm* para virar hábilmente podían marcar la diferencia entre escapar de una colisión por los pelos o ser víctimas de una tragedia.

Gillespie acudió a toda prisa al puente de estribor y miró hacia abajo, temiéndose lo peor. El submarino apenas se había sumergido cuando la proa del rompehielos pasó por encima de su popa, casi rozando el timón y las hélices, a menos de tres metros. Gillespie no se podía creer que no hubiesen colisionado. El extraño navío había desaparecido sin dejar rastro, provocando tras de sí un lento remolino en el agua helada, que volvió a quedarse quieta enseguida, como si el submarino nunca hubiese estado allí.

—¡Dios mío, nos hemos salvado por los pelos! —exclamó el timonel al tiempo que lanzaba un suspiro de alivio.

—Un submarino... —murmuró Evie con voz distante mientras bajaba la cámara—. ¿De dónde ha salido? ¿A qué país pertenecía?

—No he visto ningún distintivo especial —dijo el timonel—, pero desde luego no se parecía a ningún submarino que haya visto antes.

El primer oficial del barco, Jake Bushey, apareció jadeando en el puente.

—¿Qué ha sido eso, capitán?

—Hemos estado a punto de chocar con un submarino.

—¿Un submarino nuclear? ¿Aquí en la bahía de Marguerite? ¿Bromea?

—El capitán Gillespie no bromea —intervino Evie—. Tengo pruebas fotográficas que lo demuestran.

—No era un submarino nuclear —dijo Gillespie.

—Por su aspecto, parecía un modelo antiguo —añadió el timonel mirándose las manos y advirtiendo por primera vez que le temblaban.

—Tome el mando —le ordenó Gillespie a Bushey—. Mantenga el rumbo hacia ese témpano a una milla de la proa de estribor. Dejaremos allí a los científicos. Estaré en mi camarote.

Tanto Evie como Jake Bushey advirtieron una expresión de perplejidad distante en el rostro del capitán. Gillespie abrió la puerta de su camarote en la cubierta inferior y entró; era un auténtico lobo de mar y un amante de la historia naval. Los estantes que adornaban los mamparos de su camarote estaban llenos de libros sobre historia marítima. Recorrió los títulos con la vista y se detuvo ante un volumen sobre la identificación de barcos antiguos.

Se sentó en una cómoda silla de cuero y lo hojeó hasta detenerse en una foto en la mitad del libro. Ahí estaba: una fotografía de la misma nave que había aparecido de la nada. La imagen mostraba un submarino de grandes dimensiones desplazándose por la superficie cerca de una costa rocosa. El pie de foto rezaba: «Única fotografía que se conserva del U-2015, uno de los dos XXI Electro Boats que prestaron servicio durante la Segunda Guerra Mundial. Una nave veloz capaz de permanecer sumergida durante largos períodos de tiempo y de navegar dando casi media vuelta al mundo antes de emerger para repostar combustible».

El pie de foto añadía que el U-2015, avistado por última vez en la costa de Dinamarca, había desaparecido en algún lugar del Atlántico y estaba incluido oficialmente en la lista de naves en paradero desconocido.

Gillespie no dio crédito a lo que leía; parecía imposible, pero sabía que era cierto. La extraña nave, sin señales de identificación de ninguna clase, que el *Polar Storm* había estado a punto de enviar al fondo de la bahía era un submarino nazi de una guerra que había terminado cincuenta y seis años atrás.

Tras una larga teleconferencia con el almirante Sandecker, director de la NUMA, y Francis Ragsdale, recién nombrado director del FBI, se acordó que Pitt, Giordino y Pat O'Connell volaran hasta Washington para informar a los investigadores gubernamentales sobre los extraños sucesos de la mina El Paraíso. Varios agentes del FBI fueron enviados a casa de Pat en las cercanías de la Universidad de Pennsylvania en Filadelfia para llevar a su hija a un lugar seguro en las afueras de Washington, donde muy pronto se reunirían ambas. Los agentes también se desplazaron a Telluride y trasladaron a los Márquez, junto con sus hijas, a un lugar secreto en Hawai.

Escortados por un grupo de ayudantes para su protección y por cortesía del *sheriff* Eagan, los tres —Pitt, Giordino y Pat— embarcaron en un avión de la NUMA y volaron hasta la capital de la nación. En cuanto el Cessna Citation Ultra V de color turquesa se ladeó sobre los picos nevados de las montañas San Juan y puso rumbo al nordeste, Pat se relajó en su asiento de cuero, extendió el brazo y tomó la mano de Pitt entre las suyas.

—¿Estás seguro de que mi hija está a salvo?

Él sonrió y le apretó la mano con dulzura.

—Por enésima vez, Pat, está segura en manos de los agentes del FBI. Podrás abrazarla en unas pocas horas.

—No nos imagino viviendo como perseguidos el resto de nuestras vidas.

—Eso no va a pasar —le aseguró Pitt—. En cuanto esa panda de lunáticos del Cuarto Imperio sean detenidos, juzgados y encerrados, todos podremos volver a llevar una vida normal.

Pat miró a Giordino, que se había quedado dormido antes de que el avión despegase.

—Vaya, veo que no pierde ocasión de echar una cabezadita, ¿eh?

—Al se duerme en cualquier momento y en cualquier lado, es como un gato. — Se llevó la mano de ella a los labios y le dio un leve beso en los dedos—. Tú también deberías dormir un poco, debes de estar muerta de cansancio.

Era la primera muestra de afecto que le daba Pitt desde que se habían conocido y Pat sintió una placentera sensación de calidez.

—Tengo demasiadas cosas en la cabeza como para permitirme el lujo de estar cansada. —Sacó su cuaderno del maletín—. Aprovecharé el vuelo para hacer un primer análisis de las inscripciones.

—El avión dispone de una instalación informática en la parte de atrás, por si te sirve de ayuda.

—¿Hay algún escáner para pasar mis notas a un disquete?

—Creo que sí.

Las huellas del cansancio empezaron a desaparecer de su rostro.

—Eso sería muy útil. Es una pena que el carrito de mi cámara se estropease bajo el agua.

Pitt hurgó en el bolsillo de sus pantalones, sacó un paquete de plástico y lo arrojó al regazo de Pat.

—Un reportaje fotográfico completo de la cámara.

Pat se quedó boquiabierta al abrir el paquete y descubrir seis rollos de película.

—¿Quieres decirme de dónde los has sacado?

—Gentileza del Cuarto Imperio —respondió con naturalidad—. Al y yo interrumpimos su sesión de fotografía en la cámara. Estaban terminando cuando llegamos, así que supongo que registraron el texto completo. Haré que revelen los carretes en el laboratorio de la NUMA en cuanto lleguemos.

—¡Oh, muchas gracias! —exclamó Pat entusiasmada, dándole un beso en la mejilla—. En mis notas solo aparecían unos cuantos datos básicos sobre las inscripciones. —Acto seguido, Pat se alejó de Pitt como si este fuese un simple desconocido con quien se acababa de cruzar en la calle y se dirigió a toda prisa hacia la sala de informática del avión.

Pitt levantó su cuerpo dolorido del asiento y echó a andar hacia la cocina, pequeña y compacta, donde abrió una nevera y extrajo una lata de refresco. Por desgracia para él, el almirante Sandecker había prohibido las bebidas alcohólicas a bordo de los barcos y aviones de la NUMA.

Se detuvo y observó la caja de madera que iba sujeta a un asiento vacío. No había perdido de vista la calavera de obsidiana negra desde que la había sacado de la cámara. Se imaginaba perfectamente aquellas cuencas vacías mirándole a través de la madera de la caja. Se sentó al otro lado del pasillo, desplegó la antena de un teléfono vía satélite Globalstar y marcó un número grabado en la memoria del aparato. Su llamada fue retransmitida hacia uno de los setenta satélites en órbita, que a su vez la dirigió a otro satélite que transmitió la señal a la Tierra, donde fue conectada a una red telefónica pública.

Pitt contempló las nubes que pasaban por la ventanilla, a sabiendas de que su interlocutor casi nunca contestaba antes del séptimo u octavo tono. Al fin, al décimo, una voz profunda respondió por el auricular.

—¿Sí?

—St. Julien.

—¡Dirk! —exclamó St. Julien Perlmutter, reconociendo de inmediato aquella voz—. De haber sabido que eras tú, habría contestado mucho antes.

—¿Y faltar a uno de tus principios? No me lo creo.

Era como si lo estuviese viendo: con su mole de más de cien kilos envuelta en su

habitual pijama de seda con estampado de cachemir y enterrado en medio de una montaña de libros sobre náutica en el carromato al que llamaba casa. Fabuloso contador de historias, exquisito *gourmet*, gran erudito y una auténtica autoridad en historia naval, con una biblioteca de los libros más raros del mundo sobre náutica, cartas privadas, papeles y planos de casi todos los barcos construidos a lo largo de la historia, era una enciclopedia ambulante sobre el hombre y el mar.

—¿Dónde estás, chico?

—A diez mil metros por encima de las montañas Rocosas.

—¿Y no podías esperar a aterrizar en Washington para llamarme?

—Quiero poner en marcha un proyecto de investigación lo antes posible.

—¿En qué puedo ayudarte?

Pitt le hizo una descripción resumida de la misteriosa cámara y sus inscripciones. Perlmutter lo escuchó con atención, interrumpiéndole de vez en cuando para hacer preguntas. Cuando Pitt hubo terminado, Perlmutter le preguntó:

—¿Qué quieres saber exactamente?

—Tú tienes archivos sobre el contacto precolombino en las Américas.

—Una sala entera llena de datos: material y teorías sobre todos los marinos que visitaron América Central, del Norte y del Sur mucho antes de Colón.

—¿Y recuerdas alguna historia sobre antiguos navegantes que viajaran hasta el interior más profundo de otros continentes y construyeran cámaras subterráneas? ¿Que las construyeran con el único propósito de dejar un mensaje para las generaciones venideras? ¿Has oído hablar de algo semejante en algún momento de la historia?

—Ahora mismo no recuerdo nada parecido. Hay numerosas descripciones de las antiguas relaciones comerciales entre los pueblos de las Américas y los navegantes de Europa y África. Se cree que se realizaron numerosas extracciones mineras de cobre y estaño para la fabricación de bronce hace ya cinco mil años.

—¿Dónde? —preguntó Pitt.

—En Minnesota, en Michigan, en Wisconsin.

—¿Es eso cierto?

—Yo creo que sí —respondió Perlmutter—. Existen pruebas de que se realizaron extracciones mineras de plomo en Kentucky, de serpentina en Pennsylvania y de mica en Carolina del Norte. Las minas se explotaron muchísimos años antes de Cristo. Luego, misteriosamente, los mineros desaparecieron en muy poco tiempo, pero dejaron sus herramientas y otras pruebas de su presencia, por no hablar de las esculturas de piedra, los altares y los dólmenes. Los dólmenes, por si no lo sabes, son grandes losas de piedra horizontales, prehistóricas, apoyadas en dos o más piedras verticales.

—¿Y no pudieron ser obra de los indios?

—Los indios americanos rara vez esculpían la piedra y construían muy pocos monumentos de ese material, si es que llegaban a construir alguno. Tras examinar las excavaciones antiguas, los ingenieros de minas calculan que se extrajeron y transportaron a otra parte más de treinta mil toneladas de cobre. Nadie cree que los indios fueran los responsables, puesto que el cobre encontrado por los arqueólogos asciende a unos pocos cientos de dólares en baratijas y abalorios. Los primeros indios trabajaban muy poco con metal.

—Pero ¿no hay ningún indicio de cámaras subterráneas con inscripciones enigmáticas?

Perlmutter hizo una pausa.

—Ninguno, que yo sepa. Los mineros de la prehistoria dejaron pocos restos de cerámica o inscripciones de cierta extensión, solo algunas logografías y pictografías, en su mayor parte ilegibles. Lo único que podemos hacer son suposiciones acerca de si eran egipcios, fenicios, escandinavos tal vez, o puede que incluso una raza anterior. Hay pruebas en el sudoeste de minas celtas, y en Arizona aseguran que se encontraron objetos romanos en las afueras de Tucson a principios de siglo, así que ¿quién sabe? La mayoría de los arqueólogos no están dispuestos a arriesgar su carrera por avalar contactos precolombinos. Se limitan a negarse a creer en la difusión.

—La difusión de la influencia cultural de un pueblo a otro mediante el contacto.

—Exactamente.

—Pero ¿por qué? —preguntó Pitt—. Sobre todo si hay tantas pruebas...

—Los arqueólogos son una panda de cabezotas —repuso Perlmutter—. Todos son de Missouri: hay que demostrárselo todo. Por el simple hecho de que las primeras civilizaciones americanas no utilizaran la rueda, salvo como juguete, ni adoptaran el torno de alfarero, se niegan a creer en la difusión.

—Pero podría haber numerosas razones que lo explicasen: hasta la llegada de Cortés y los españoles, en América no había caballos ni bueyes. Hasta yo sé que la idea de la carretilla tardó seiscientos años en llegar de China a Europa.

—¿Qué quieres que te diga? —continuó Perlmutter lanzando un suspiro—. Yo solo soy un aficionado a la historia naval que se niega a escribir tratados sobre asuntos que desconozco.

—Pero sí buscarás en tu biblioteca algún documento sobre cámaras subterráneas con inscripciones indecifrables procedentes de los confines del mundo hace cuatro mil años, ¿verdad?

—Haré todo lo que pueda.

—Gracias, amigo. No puedo pedirte que hagas nada más.

—Pitt tenía una confianza ciega en aquel viejo amigo de la familia que solía sentarlo en su regazo cuando era un mocoso y contarle historias sobre el mar.

—¿Hay algo más que no me hayas contado sobre esa misteriosa cámara? —

inquirió Perlmutter.

—Solo que en ella había un objeto.

—¿Y no pensabas decírmelo? ¿Qué clase de objeto?

—Una calavera de tamaño natural hecha de obsidiana pura negra.

Perlmutter guardó silencio unos segundos y luego preguntó:

—¿Sabes cuál es su significado?

—No veo ninguno evidente —respondió Pitt—, pero sí creo que sin las herramientas y los equipos modernos para tallar la piedra, la antigua civilización que labró y pulió un trozo tan grande de obsidiana debió de tardar diez generaciones en producir tan exquisita obra de arte.

—Tienes razón. La obsidiana es un vidrio volcánico formado por un rápido enfriamiento de la lava líquida. Durante muchos milenios el hombre la utilizó para fabricar puntas de flecha, cuchillos y puntas de lanza. La obsidiana es muy frágil: es un auténtico prodigio el haber creado semejante objeto sin hacerlo añicos ni resquebrajarlo.

Pitt miró la caja sujeta al asiento.

—Es una pena que no puedas estar aquí para verla, St. Julien.

—No me hace falta; ya sé qué aspecto tiene.

Aquí hay gato encerrado, pensó Pitt. Perlmutter tenía fama de jugar con sus víctimas cuando estaba a punto de exhibir su superioridad intelectual. Pitt no tuvo más remedio que caer en su trampa.

—Tendrías que verla con tus propios ojos para apreciar toda su belleza.

—Vaya, creo que se me ha olvidado decírtelo, chico —dijo Perlmutter con fingida inocencia—, es que sé dónde hay otra como ésa.

El Cessna Ultra V tomó tierra en la pista oriental de la base aérea Andrews y rodó en dirección a los hangares puestos a disposición de diversas agencias de aviación militar. Los aparatos y los edificios de la NUMA se hallaban en la parte nororiental de la base. Una furgoneta de la NUMA custodiada por dos hombres esperaba para llevar a Giordino a su apartamento de Alexandria, Virginia, y a Pat a la casa protegida donde aguardaba su hija.

Pitt sacó con cuidado del avión la caja de madera que contenía la calavera de obsidiana y la depositó en el suelo. No acompañó a Giordino y a Pat sino que se quedó rezagado.

—¿Es que no vienes con nosotros? —le preguntó Pat.

—No, una persona vendrá a recogerme.

Pat le lanzó una mirada penetrante.

—Una persona... ¿Una «amiga» quizá?

Pitt se echó a reír.

—¿Me creerías si te digo que es mi padrino?

—Me parece que no —contestó ella con sarcasmo—. ¿Cuándo volveré a verte?

Pitt le dio un beso fugaz en la frente.

—Más pronto de lo que crees.

A continuación cerró la puerta de la furgoneta y vio cómo el vehículo arrancaba hacia la puerta principal de la base. Se relajó y se sentó en el suelo apoyando la espalda en una de las ruedas del avión mientras el piloto y el copiloto se alejaban. El aire de la primavera de Washington era fresco y vigorizante, con temperaturas inusitadamente moderadas para la época. Llevaba esperando solo diez minutos cuando un automóvil verde y plateado de líneas elegantes apareció junto al aeroplano y se detuvo con apenas un susurro del motor.

El chasis del Rolls Royce Silver Dawn había pasado de la cadena de montaje de la fábrica a los carroceros de Hooper & Company, donde había sido equipado con una carrocería diseñada aerodinámicamente para deslizarse con garbo y elegancia. El motor delantero de seis cilindros y 4300 cc podía lanzar a aquella majestuosa máquina a una velocidad de ciento cuarenta kilómetros por hora sin que se oyera nada más que el susurro de las ruedas.

Hugo Mulholland, el chófer de St. Julien Perlmutter, bajó y le tendió la mano.

—Es un placer verle de nuevo, señor Pitt.

Pitt sonrió y estrechó la mano del chófer. En el saludo de éste no había habido el menor indicio de cordialidad, pero Pitt no se sintió ofendido. Hacía más de veinte años que conocía a Hugo. En realidad, el chófer y hábil ayudante de Perlmutter era un hombre considerado y de buen corazón, pero tenía el rostro pétreo de Buster Keaton y

rara vez sonreía o daba muestras de simpatía. Tomó la bolsa de Pitt, la metió en el maletero del Rolls y luego retrocedió unos pasos mientras Pitt colocaba la caja de madera junto a la bolsa. A continuación, Mulholland abrió la puerta trasera y se quedó de pie junto a ella.

Pitt se acomodó en el asiento trasero, cuyos dos tercios estaban ocupados por la gruesa mole de Perlmutter.

—St. Julien, estás fuerte como un roble.

—Di más bien como un toro. —Perlmutter le dio un beso en ambas mejillas. El hombretón llevaba un panamá que le cubría el pelo cano y tenía la cara rojiza, con una nariz de tulipán complementada por unos ojos azul cielo—. Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que nos vimos, desde que aquella guapa chica asiática del servicio de inmigración nos preparó una cena en tu apartamento en el hangar.

—Julia Marie Lee. Eso fue el año pasado por estas fechas más o menos.

—¿Qué ha sido de ella?

—Lo último que sé es que Julia estaba en Hong Kong para una misión.

—No te duran mucho, ¿verdad? —señaló Perlmutter.

—No soy exactamente la clase de hombre al que las mujeres llevan a casa para presentarle a sus padres.

—No digas tonterías. Serás muy buen partido el día que decidas sentar la cabeza.

Pitt cambió de tema.

—¿Huelo a comida o son imaginaciones mías?

—¿Cuándo fue la última vez que comiste?

—Me he tomado un café para desayunar y un refresco para almorzar.

Perlmutter levantó una cesta de picnic del suelo y la depositó en su voluminoso regazo. A continuación extrajo una bandeja de un compartimiento en la parte de atrás de los asientos delanteros.

—He preparado un pequeño refrigerio para nuestro viaje a Fredericksburg.

—¿Es ahí adonde vamos? —preguntó Pitt, deseando ansiosamente probar las exquisiteces que había dentro en la cesta.

Perlmutter se limitó a asentir con la cabeza mientras sacaba una botella de champán Veuve Clicquot Ponsardin Brut etiqueta amarilla.

—¿Te parece bien?

—Mi favorito —respondió Pitt.

Después de atravesar la puerta principal, Mulholland giró a la izquierda en el Capital Beltway y condujo hacia el éste a través del río Potomac hasta llegar a Springfield, donde giró hacia el sur. En el compartimiento del asiento trasero, Perlmutter dispuso los cubiertos y la vajilla de porcelana en las bandejas y acto seguido sirvió los platos, empezando por unas *crêpes* rellenas de champiñones y

mollejas, ostras al grill y empanadas, un surtido de quesos y patés y, como colofón, peras al vino tinto.

—Esto es un auténtico banquete, St. Julien. Casi nunca como estas maravillas del arte culinario.

—Yo las como casi siempre —repuso Perlmutter al tiempo que se daba unas palmaditas en su prominente barriga—. Y ésta es la diferencia entre nosotros dos.

El copioso picnic terminó con un pequeño termo de café exprés.

—¿No hay coñac? —preguntó Pitt con aire burlón.

—Es demasiado pronto para que un sesentón como yo disfrute de las bebidas fuertes: me pasaría la tarde durmiendo.

—¿Dónde está la segunda calavera de obsidiana que mencionaste?

—En Fredericksburg.

—Ya.

—Pertenece a una ancianita muy simpática que se llama Christine Mender-Husted. Su bisabuela encontró la calavera cuando el ballenero de su marido se quedó atrapado en el hielo de la Antártida: una historia apasionante. Según lo que cuenta la familia, un día Roxanna Mender se perdió en un témpano de hielo. Cuando su marido, el capitán Bradford Mender, capitán del ballenero *Paloverde*, y su tripulación la rescataron, descubrieron un barco abandonado perteneciente a la Compañía Inglesa de las Indias Occidentales. Intrigados, subieron a bordo y encontraron los cadáveres de la tripulación y los pasajeros. En una de las bodegas había una calavera de obsidiana negra y otros objetos extraños que tuvieron que dejar allí porque el témpano empezó a romperse y debieron huir a toda prisa para salvarse.

—¿La calavera negra se salvó?

Perlmutter asintió con la cabeza.

—Sí, la propia Roxanna la sacó del barco abandonado. Ha sido una reliquia familiar desde entonces.

Por la ventanilla, Pitt contempló con mirada ausente el paisaje verde y ondulado de Virginia.

—Aunque las calaveras sean idénticas, sin marcas de ninguna clase no nos dicen nada acerca de quién las hizo y por qué.

—No he concertado una cita con la señora Mender-Husted para comparar las calaveras.

—¿Y cuál es tu plan entonces?

—Llevo diez años intentando comprar a la familia Mender cartas de los tiempos del capitán Mender como ballenero, incluyendo las bitácoras de los barcos en que sirvió, pero el plato fuerte de la colección, el objeto por el que daría los pocos dientes que me quedan, es la bitácora del derrelicto que encontraron en el hielo.

—¿La familia Mender lo tiene? —preguntó Pitt, sintiendo cómo su curiosidad iba

en aumento.

—Estoy seguro de que el capitán Mender se lo llevó consigo al ballenero.

—Entonces... tu visita oculta segundas intenciones.

Perlmutter sonrió ladinamente.

—Espero que cuando la señora Mender-Husted vea tu calavera, se ablande y me venda la suya además de toda la colección de documentos de la familia.

—¿No sientes vergüenza cuando te miras al espejo?

—Sí. —Perlmutter lanzó una carcajada maliciosa—. Pero enseguida se me pasa.

—¿Hay alguna indicación en el cuaderno de bitácora sobre la procedencia de la calavera?

Perlmutter meneó la cabeza con gesto apenado.

—Nunca lo he leído. Los Mender-Husted lo conservan bajo llave.

Pitt se quedó pensativo. No pudo evitar preguntarse cuántas calaveras de obsidiana habría escondidas por el mundo.

Avanzando silenciosamente y a velocidad de crucero, el Rolls-Royce cubrió el trayecto hasta Fredericksburg en una hora y media. Mulholland enfiló el majestuoso vehículo por un camino de entrada circular que conducía a una pintoresca casa de estilo colonial situada en la parte alta de la ciudad, por encima del río Rappahannock, con vistas al campo de batalla donde 12 500 soldados de la Unión habían caído en un solo día durante la guerra de Secesión. La casa, construida en 1848, era un digno recordatorio del pasado.

—Bueno, pues ya hemos llegado —dijo Perlmutter mientras Mulholland abría la puerta.

Pitt se dirigió a la parte de atrás del coche, abrió el maletero y cogió la caja que contenía la calavera.

—Me parece que esto va a ser interesante —comentó mientras subían los escalones y tiraban de un cordel que hacía sonar una campanilla.

Christine Mender-Husted tenía el aspecto de una típica abuelita: llena de vitalidad, el pelo blanco, una cálida sonrisa, un rostro angelical y unos diez kilos de más. Se movía con la misma rapidez que sus chispeantes ojillos avellana. Dio la bienvenida a Perlmutter con un firme apretón de manos y asintió con la cabeza cuando éste le presentó a su amigo.

—Pasen, por favor —dijo con dulzura—. Les estaba esperando. ¿Les apetece una taza de té?

Ambos aceptaron su ofrecimiento y la anciana los condujo a una biblioteca de techos altos y revestida con paneles, donde los animó a sentarse en unos cómodos sillones de cuero. Después de que una chica, presentada como la hija de una vecina que la ayudaba en las tareas domésticas, sirviera el té, Christine se dirigió a Perlmutter.

—Bueno, St. Julien, tal como le dije por teléfono, todavía no estoy preparada para vender los tesoros de mi familia.

—Admito que sigo albergando esperanzas —dijo Perlmutter—, pero he traído a Dirk por otra razón. —Se volvió hacia Pitt—. ¿Quieres enseñarle a la señora Mender-Husted lo que llevas en esa caja?

—Llámenme Christine —dijo la mujer—. Mis apellidos de soltera y de casada juntos son un trabalenguas.

—¿Ha vivido siempre en Virginia? —le preguntó Pitt para darle conversación mientras abría la caja de madera que contenía la calavera de la mina El Paraíso.

—Provengo de seis generaciones de californianos, muchos de los cuales todavía viven en San Francisco y alrededores, pero tuve la suerte de casarme con un hombre que provenía de Virginia y que trabajó como asesor especial para tres presidentes distintos.

Pitt se quedó en silencio, cautivado por la calavera de obsidiana negra que había en la repisa de la chimenea, encima del fuego titilante. A continuación, muy despacio, como en trance, abrió la caja. Luego extrajo su propia calavera, se acercó a la chimenea, la levantó y la depositó junto a su doble sobre la repisa.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Christine—. Nunca creí que hubiese otra igual.

—Yo tampoco —dijo Pitt mientras examinaba ambas piezas—. Así, a ojo de buen cubero, son duplicados perfectos, idénticas en su forma y en su composición. Hasta las dimensiones parecen las mismas. Es como si hubiesen salido del mismo molde.

—Dígame, Christine —empezó Perlmutter con una taza de té en la mano—, ¿qué historia fantasmagórica les explicó su bisabuelo acerca de la calavera?

La anciana lo miró como si acabara de hacerle una pregunta estúpida.

—Usted sabe tan bien como yo que la encontraron en un barco congelado en el hielo que se llamaba *Madras* y que realizaba la travesía de Bombay a Liverpool con treinta y siete pasajeros a bordo y un cargamento variado de té, seda, especias y porcelana. Mis bisabuelos encontraron la calavera en una bodega llena de otros objetos raros y antiguos.

—Me refiero a si encontraron alguna indicación de cómo llegaron esos objetos a bordo del *Madras*.

—Sé con certeza que la calavera y los demás objetos no fueron subidos a bordo en Bombay; fueron descubiertos por la tripulación y los pasajeros cuando atracaron para reponer agua en una isla desierta durante la travesía. Los detalles estaban en el cuaderno de bitácora.

Pitt vaciló unos instantes y, temiéndose lo peor, repitió:

—¿Ha dicho que *estaban* en el cuaderno de bitácora?

—Mender no lo conservó. El último deseo que formuló el capitán del *Madras* antes de morir fue que se enviara el cuaderno a los propietarios del barco. Mi

bisabuelo cumplió su deseo y lo envió por mensajero a Liverpool.

Pitt se sintió como si acabara de darse de bruces contra un muro de ladrillo al final de un callejón sin salida.

—¿Sabe si los propietarios del *Madras* enviaron una expedición para encontrar el barco y rastrear los objetos?

—Al parecer, los propietarios originales del barco vendieron la compañía comercial antes de que el capitán Mender enviase el diario —explicó Christine—. Los nuevos dueños fletaron una expedición de dos barcos para encontrar el *Madras*, pero desaparecieron con toda la tripulación.

—Entonces se han perdido todos los documentos —sentenció Pitt, desanimado.

Los ojos de Christine se iluminaron.

—Yo no he dicho eso.

Pitt miró a la anciana, tratando de descifrar su mirada.

—Pero...

—Mi bisabuela era una mujer muy lista —lo interrumpió—. Hizo una copia escrita de su puño y letra del diario de a bordo del *Madras* antes de que su marido lo enviase a Inglaterra.

Para Pitt, fue como si el sol hubiese irrumpido de golpe entre nubarrones oscuros.

—¿Puedo leerlo, por favor?

Christine no respondió de inmediato. Se acercó a un escritorio de capitán de barco antiguo y contempló un cuadro que colgaba de la pared revestida de madera de roble. En él aparecía un hombre sentado en una silla con las piernas y los brazos cruzados; de no ser por la poblada barba que le cubría el rostro, se podría haber dicho que era un hombre guapo. También era un hombre corpulento, con el cuerpo y la espalda que ocupaban toda la silla. La mujer que estaba de pie a su lado con una mano sobre su hombro era baja de estatura y miraba al espectador con unos penetrantes ojos castaños. Ambos iban vestidos con ropa del siglo XIX.

—El capitán Bradford Mender y Roxanna Mender —murmuró en tono melancólico, como perdida en un pasado que nunca había vivido. Luego se volvió y miró a Perlmutter—. St. Julien, creo que ha llegado el momento. Llevo demasiado tiempo aferrándome a sus papeles y sus cartas solo por sentimentalismo. Es mejor que los recuerden otros que puedan leerlos y beneficiarse de la historia que vivieron. La colección es suya por el precio que me ofreció.

Perlmutter se levantó de la silla con la agilidad de un atleta y abrazó a Christine.

—Gracias, mi querida señora. Le prometo que todo quedará debidamente guardado y protegido en archivos para que lo estudien los futuros historiadores.

Christine se acercó a la repisa de la chimenea y se colocó junto a Pitt.

—Y para usted, señor Pitt, un regalo. Dejo mi calavera de obsidiana a su cuidado. Ahora que ya tiene la pareja, ¿qué piensa hacer con ellas?

—Antes de llevarlas a un museo de historia, serán estudiadas y analizadas en el laboratorio para determinar en qué fecha fueron realizadas y así relacionarlas con alguna cultura antigua.

La anciana contempló la calavera durante largo rato antes de exhalar un prolongado suspiro.

—Detesto perderla de vista, pero el hecho de saber que estará en buenas manos lo hace más fácil. Verá, la gente siempre la miraba y pensaba que traía mala suerte y que era un mal presagio, pero lo cierto es que desde que Roxanna la llevó a través del hielo que se deshacía hasta el barco de su marido, no ha traído más que buena suerte y felicidad a la familia Mender.

De regreso a Washington, Pitt leyó las anotaciones del cuaderno de bitácora del *Madras* transcritas en una libreta encuadernada en cuero con la letra clara y delicada de Roxanna Mender. A pesar de la suavidad con que avanzaba el Rolls-Royce, tuvo que levantar la vista de vez en cuando y mirar a lo lejos para evitar marearse.

—¿Has encontrado algo interesante? —le preguntó Perlmutter mientras el coche cruzaba el puente George Mason, que atraviesa el río Potomac.

Pitt alzó los ojos del cuaderno.

—Ya lo creo. Ahora ya sabemos el lugar aproximado donde la tripulación del *Madras* descubrió su calavera, además de muchas, muchas más cosas.

El Rolls-Royce se detuvo frente al viejo hangar para aeroplanos al que Pitt llamaba su hogar en un extremo desierto del aeropuerto internacional de Washington. El decrepito cobertizo, construido en 1936, parecía abandonado: la maleza envolvía sus paredes herrumbrosas y onduladas y las ventanas estaban tapiadas por gruesos tablones de madera.

En cuanto Hugo se bajó del coche, dos hombres armados hasta los dientes y vestidos con ropa de camuflaje surgieron como por ensalmo y le bloquearon el paso con sendos fusiles automáticos. Uno de ellos se apoyó en la ventanilla mientras el otro se colocaba frente a Mulholland, como desafiándole a que se atreviese a moverse.

—Será mejor que uno de ustedes sea Dirk Pitt —les espetó el hombre asomado a la ventanilla trasera.

—Yo soy Pitt.

El hombre estudió su cara un momento.

—Su documentación, señor. —No era una invitación sino una orden.

Pitt le mostró su carnet de la NUMA y el hombre bajó el arma.

—Disculpen las molestias, pero tenemos orden de protegerle a usted y su propiedad.

Pitt supuso que los hombres pertenecían a una agencia federal de protección personal cuyos agentes recibían preparación para proteger a los empleados del gobierno cuyas vidas corrían peligro.

—Agradezco su interés y dedicación.

—¿Y los otros dos caballeros?

—Son amigos míos.

El hombre le entregó a Pitt una pequeña alarma por control remoto.

—Por favor, llévela consigo a todas horas mientras esté en su casa. Al menor indicio de peligro, pulse el botón de transmisión. Responderemos en veinte segundos.

El hombre no le dijo su nombre y Pitt no se lo preguntó.

Mulholland había abierto el maletero y Pitt sacó su bolsa, momento en que advirtió que los dos hombres se habían esfumado. Miró alrededor y no vio nada. Era como si nunca hubiesen estado allí. Pitt llegó a la conclusión de que solo podían estar escondidos bajo tierra.

—Le diré a Hugo que se acerque con el coche hasta el cuartel general de la NUMA y deje allí tus calaveras de obsidiana —anunció Perlmutter.

Pitt puso una mano en el hombro de Mulholland.

—Muy amable. Llévalas al laboratorio de la sexta planta y dáselas al científico que lo dirige; se llama Harry Matthews.

Mulholland esbozó una débil sonrisa que en realidad equivalía a la sonrisa radiante de cualquier otra persona.

—Haré todo lo posible para que no se me caigan al suelo.

—Adiós, St. Julien. Y gracias por todo.

—De nada, chico. Y ven a cenar a casa en cuanto puedas.

Pitt vio alejarse el Rolls-Royce por el camino de tierra que conducía a una de las entradas secundarias del aeropuerto, dejando tras de sí una pequeña nube de polvo. Levantó la mirada hacia un viejo poste eléctrico en que había una diminuta cámara de seguridad. Tal vez con aquel aparato lograría satisfacer su curiosidad y averiguar el escondite de los guardias, pues seguramente habría registrado todos sus movimientos.

Con un minúsculo mando a distancia, desactivó el sistema general de alarma del hangar y abrió una puerta que parecía llevar cerrada desde la Segunda Guerra Mundial. Se echó la bolsa al hombro y entró. En el interior todo estaba a oscuras; no se veía un solo resquicio de luz por ninguna parte. Luego cerró la puerta y apretó un interruptor, que derramó una descarga de luz y un prisma de colores por todo el hangar.

El suelo, pintado de blanco con una resina epoxídica reluciente, albergaba una auténtica exposición de cincuenta automóviles de época pintados en una miríada de colores brillantes. Además, había otras piezas como un avión a reacción alemán de la Segunda Guerra Mundial y un aparato Ford trimotor de principios de los años treinta bautizado con el nombre de Tin Goose, el «ganso de hojalata». Un vagón de tren de principios de siglo estaba colocado encima de unos raíles junto a una de las paredes del hangar. Como remate final, como parte de la colección de piezas insólitas, también había una bañera de hierro fundido con un motor fueraborda y una balsa hinchable muy peculiar con una cabina y un mástil improvisados. La colección al completo estaba custodiada por un tótem de madera de gran altura perteneciente a los indios haida.

Pitt recorrió con la mirada su ecléctica colección, leyendo los carteles publicitarios de época que colgaban de los arcos del elevado techo, incluyendo los de la espuma de afeitar Burma. Satisfecho de que todo estuviese en su lugar, subió por una escalera de caracol de hierro forjado hasta su apartamento, encima de una parte del techo del almacén.

El interior parecía un museo marítimo: modelos de barcos metidos en vitrinas de cristal se mezclaban con timones de madera y bitácoras, brújulas, campanas de barco y cascos de buzo de cobre y latón. La sala de estar, estudio y dormitorio individual con baño y la cocina-comedor no abarcaban más de cien metros cuadrados.

A pesar de que estaba exhausto, deshizo el equipaje y arrojó la ropa sucia al suelo del pequeño vestidor que contenía su lavadora y su secadora. A continuación se metió en el baño y tomó una prolongada ducha. Se estaba relajando con una copa de tequila

Juan Julio con hielo cuando el sonido de una campana de barco anunció la presencia de un visitante en la puerta principal.

Pitt miró la pantalla de uno de los cuatro monitores de televisión instalados entre dos estanterías y reconoció al subdirector de la NUMA, Rudi Gunn, de pie ante su puerta. Pulsó un interruptor en un aparato de control remoto y dijo:

—Pasa, Rudi. Estoy arriba.

Gunn subió por la escalera y entró en el apartamento. Era un hombre menudo con calva incipiente y nariz romana, que llevaba gafas gruesas con montura de concha. Ex comandante del ejército y el primero de su promoción en la Academia Naval, Gunn poseía una gran inteligencia y era muy respetado entre el personal de la NUMA. Tenía unos enormes ojos azules que aún parecían más grandes tras sus lentes, y llevaba grabada en el rostro una perpetua expresión de aturdimiento.

—Dos tipos con fusiles automáticos y vestidos de camuflaje me han dado un susto de muerte hasta que les he demostrado que era un amigo tuyo de la NUMA.

—Ha sido idea del almirante Sandecker.

—Sabía que había solicitado los servicios de una agencia de seguridad, pero no tenía ni idea de que tuviesen poderes mágicos y fuesen capaces de materializarse como dos fantasmas. Solo les faltó un poco de humo alrededor.

—Son muy eficientes —comentó Gunn al tiempo que se arrellanaba en una silla—. He leído el informe sobre lo ocurrido en Telluride. Corre el rumor de que tu vida no vale un pimiento.

Pitt le trajo un vaso de té helado de la cocina. Gunn rara vez tomaba bebidas alcohólicas, salvo alguna que otra cerveza.

—Esos payasos del Cuarto Imperio no se quedarán tranquilos hasta que me manden a la tumba.

—Me he tomado la libertad de indagar un poco por ahí. —Gunn hizo una pausa y apuró medio vaso de té—. Me he reunido con algunos amigos de la CIA...

—¿Y qué interés podría tener la CIA en un delito local?

—Sospechan que los asesinos con que te topaste en la mina de Pandora podrían formar parte de una organización criminal internacional.

—¿Terroristas? —preguntó Pitt.

Gunn negó con la cabeza.

—No son fanáticos religiosos ni pertenecen a ninguna secta, solo mantienen sus planes y objetivos en secreto. Ni la CIA ni la Interpol... nadie ha logrado infiltrarse en su organización por el momento. Todas las agencias de inteligencia extranjeras saben que existen, pero nadie tiene ni idea de quién la dirige ni desde dónde. Los asesinos aparecen, tal como hicieron en Telluride, matan a sus víctimas y desaparecen.

—¿En qué otra clase de delitos están involucrados, además del asesinato?

—Eso también parece un misterio.

Pitt entrecerró los ojos.

—¿Dónde se ha visto una organización mafiosa sin móvil conocido?

Gunn se encogió de hombros.

—Sé que parece absurdo, pero todavía no han dejado ninguna pista.

—Al menos tienen a esos dos detenidos en Telluride para interrogarlos.

Gunn arqueó las cejas.

—¿Es que no te has enterado?

—¿Enterarme de qué?

—Un tal *sheriff* Eagan de Telluride, Colorado, ha llamado al almirante Sandecker hace una hora. Han encontrado muertos a los detenidos.

—¡Maldita sea! —soltó Pitt, furioso—. Le dije expresamente al *sheriff* que los registrara por si llevaban pastillas de cianuro encima.

—No han utilizado una cosa tan simple: alguien colocó una bomba en su celda. Volaron en pedazos, además del ayudante del *sheriff* que estaba de guardia.

—Para esa gente la vida no significa nada —señaló Pitt con acritud.

—Eso parece.

—¿Cuál es el siguiente paso?

—El almirante te va a enviar a una misión geológica en alta mar en mitad del Pacífico donde estarás razonablemente a salvo de cualquier tentativa de asesinato.

Pitt sonrió con malicia.

—No pienso ir.

—Me ha dicho que eso es lo que dirías. —Gunn le devolvió la sonrisa—. Además, eres una pieza demasiado importante en la investigación como para enviarte a la Cochinchina. Según parece, has tenido más contacto con esa organización que cualquier otra persona, y has vivido para contarlo. Los detectives e investigadores de alto nivel quieren hablar contigo. A las ocho de la mañana... —Hizo una pausa para darle a Pitt un trozo de papel—. Aquí está la dirección. Sé puntual. Mete el coche en el aparcamiento y espera las instrucciones.

—¿También van a venir James Bond y Jack Ryan?

Gunn torció el gesto.

—Muy gracioso. —Apuró su vaso de té y salió al balcón que daba a la fabulosa colección de la planta inferior—. Muy interesante...

—¿El qué?

—Te has referido a los asesinos como miembros del Cuarto Imperio.

—Son palabras tuyas, no mías.

—Los nazis llamaron a su espeluznante mundo de ensueño el Tercer Reich.

—La mayoría de los viejos nazis han muerto, afortunadamente —dijo Pitt—. El Tercer Reich murió con ellos.

—¿Has ido a clases de alemán alguna vez? —preguntó Gunn.

Pitt negó con la cabeza.

—Las únicas palabras que sé en alemán son *ja, nein y auf Wiedersehen*.

—Entonces no sabes que la traducción de «Reich» es «Imperio», ¿verdad?

Pitt se puso tenso.

—¿Insinúas que son una panda de neonazis?

Gunn estaba a punto de responder cuando se oyó un rugido atronador, seguido por un estridente chirrido metálico y el relámpago de una llama anaranjada que iluminó el hangar antes de desaparecer por la pared del fondo. Al cabo de dos segundos, una explosión estremeció el hangar e hizo vibrar el balcón de hierro forjado. Una capa de polvo cayó del techo metálico y se asentó en los coches relucientes, atenuando el brillo de la pintura. Tras el eco sordo de la explosión se hizo un silencio inquietante.

A continuación se oyeron disparos, seguidos por una nueva explosión, esta vez más apagada. Ambos hombres se quedaron paralizados, agarrados a la barandilla del balcón.

Pitt fue el primero en recuperar el habla.

—¡Malditos cabrones! —masculló.

—¿Qué diablos ha sido eso? —preguntó Gunn en estado de *shock*.

—Cabrones de mierda... Han lanzado un misil contra mi hangar. No nos han hecho picadillo porque no ha explotado; la cabeza ha atravesado una de las paredes de láminas onduladas y ha salido por la otra sin que el detonador chocase contra ninguna viga de la estructura.

La puerta se abrió de golpe y los dos guardias entraron corriendo en el hangar y se detuvieron bajo la escalera de caracol.

—¿Están heridos? —preguntó uno de ellos.

—Más bien conmocionados —dijo Pitt—. ¿De dónde ha salido el proyectil?

—De un lanzamisiles portátil desde el interior de un helicóptero. Lamento que hayamos dejado que se acercaran tanto. Nos engañaron con distintivos del helicóptero de una cadena de televisión local, pero le hemos derribado. Se ha estrellado en el río.

—Buen trabajo —los felicitó Pitt.

—Desde luego, esos amigos tuyos no reparan en gastos, ¿eh?

—Salta a la vista que tienen dinero a mansalva.

El guardia se dirigió a su compañero.

—Tendremos que aumentar nuestro perímetro de vigilancia. —A continuación miró alrededor—. ¿Ha habido daños? —le preguntó a Pitt.

—Solo un par de agujeros en las paredes, pero lo bastante grandes como para hacer volar unas cometas.

—Haremos que los reparen. ¿Algo más?

—Sí —contestó Pitt, que se iba poniendo furioso por momentos al contemplar su colección de coches cubiertos de polvo—. Por favor, llamen a un equipo de limpieza.

—A lo mejor deberías replantearte lo de aceptar esa misión en el Pacífico —le sugirió Gunn.

Pitt hizo oídos sordos a su sugerencia.

—El Cuarto Reich, el Cuarto Imperio... Sean quienes sean, han cometido un gravísimo error.

—¿Ah, sí? —exclamó Gunn mientras se miraba las manos temblorosas como si perteneciesen a otra persona—. ¿Y qué error es éste?

Pitt estaba mirando los boquetes irregulares de las paredes de su hangar. Sus ojos verde opalino rezumaban un brillo frío y maligno, un brillo que Gunn ya había visto al menos en otras cuatro ocasiones, y que le hizo estremecer.

—Hasta ahora han sido los malos los que se lo pasan bien —dijo Pitt con una mueca—. Ahora me toca a mí.

Antes de irse a la cama, Pitt visionó las cintas de vídeo de su cámara de seguridad y vio que los guardas habían hecho sus deberes. Consultando los mapas de la red subterránea de alcantarillado del aeropuerto, habían encontrado una tubería de cemento de dos metros de diámetro que canalizaba el agua de lluvia y la nieve derretida de las pistas de aterrizaje y las áreas de las terminales. La tubería de desagüe pasaba a menos de treinta metros del hangar de Pitt, y los guardas habían instalado su puesto de observación, muy bien camuflado, en uno de los accesos de mantenimiento, oculto tras la maleza.

Pitt consideró la idea de acercarse y ofrecerles un poco de café, pero la desechó. Lo último que le hacía falta era poner en peligro el escondite del servicio de seguridad.

Acababa de vestirse y de tomar un desayuno ligero cuando un camión cargado de materiales para reparar el hangar se detuvo en la entrada. Una camioneta sin ningún distintivo aparcó detrás del camión y varios hombres con monos de trabajo se apearon del vehículo. Los guardias no revelaron su presencia, pero Pitt sabía que estaban vigilando la escena atentamente. Uno de los operarios se acercó a Pitt.

—¿El señor Pitt?

—Sí.

—Bien, repararemos los agujeros, lo limpiaremos todo y nos iremos lo antes posible.

Pitt observó con asombro cómo los hombres descargaban unas viejas láminas oxidadas de chapa ondulada casi idénticas a las de las paredes del hangar.

—¿De dónde las han sacado? —preguntó, señalando las chapas.

—Se sorprendería si supiese lo mucho que se preocupa el gobierno por los viejos materiales de construcción. Estas chapas provienen del tejado de un viejo almacén de Capital Heights.

—El gobierno es más eficiente de lo que creía.

Los dejó ocupados en su trabajo y cuando estaba a punto de sentarse al volante de un jeep Cherokee de color turquesa de la NUMA, un Corvette negro Sting Ray se detuvo frente al hangar. Giordino se asomó por la ventanilla del asiento del pasajero y gritó:

—¿Te llevo a alguna parte?

Pitt subió al coche y se acomodó en el asiento de cuero.

—No me has avisado de que ibas a venir.

—Me dijeron que estuviera en el mismo sitio que tú a las ocho en punto y he pensado que podíamos ir juntos.

—Eres un buen tipo, Al —dijo Pitt de buen humor—. No me importa lo que los

demás digan de ti.

Giordino dobló una esquina de la avenida Wisconsin para enfilear una pequeña calle residencial de Glover Park, cerca del Observatorio Naval. La calle, que solo ocupaba una manzana, estaba flanqueada por unos olmos centenarios. Salvo por una sola casa oculta tras unos setos de gran altura, la manzana estaba vacía; no había coches aparcados ni gente paseando por la acera.

—¿Estás seguro de que ésta es la calle que debíamos tomar? —preguntó Giordino.

Pitt miró a través del parabrisas y señaló al frente.

—Ésta es la calle, y puesto que el único edificio que hay es ése, supongo que ahí vamos.

Giordino tomó el segundo acceso de una entrada circular pero continuó en línea recta, hacia la parte posterior de la casa, en lugar de detenerse en el aparcamiento de la puerta principal. Pitt examinó el edificio de ladrillo de tres pisos mientras Giordino conducía hacia un garaje trasero. La casa parecía haber sido construida para algún personaje prominente y acaudalado después de la guerra de Secesión. Los jardines y el edificio en sí parecían en perfecto estado, pero las cortinas estaban echadas como si los inquilinos se hubiesen marchado por un período de tiempo indefinido.

El Corvette entró en el garaje, cuyas puertas dobles estaban abiertas de par en par. Con la excepción de unas cuantas herramientas de jardinería, un cortacésped y un banco de herramientas que parecía intacto desde hacía décadas, el interior estaba vacío. Giordino apagó el motor y se volvió hacia Pitt.

—Bueno, ¿y ahora qué?

Le respondió el sonido de las puertas al cerrarse automáticamente. Al cabo de escasos segundos, el coche empezó a hundirse lentamente en el suelo, que se transformó en la plataforma de un ascensor, pero salvo por un ronroneo casi inaudible el trayecto se hizo en completo silencio. Pitt intentó calcular la velocidad de descenso y la distancia, pero enseguida todo quedó a oscuras. Después de bajar lo que supuso serían treinta metros, el ascensor se detuvo con suavidad. Se encendieron una serie de luces y se encontraron en un aparcamiento bastante grande con varios coches. Giordino metió el Corvette en un hueco entre un jeep Cherokee turquesa con las siglas «NUMA» pintadas en las puertas delanteras y una limusina Chrysler. El jeep —ambos lo sabían— pertenecía al almirante Sandecker, quien insistía en que todos los vehículos de la NUMA tuviesen tracción en las cuatro ruedas para superar incluso las peores condiciones climatológicas.

Un marine montaba guardia ante una puerta de metal.

—Creo que no le pasará nada al coche —comentó Giordino en tono burlón—, ¿o debería conectar la alarma?

—No me hagas mucho caso —respondió Pitt—, pero tengo la impresión de que

no va a ir a ninguna parte.

Salieron del coche y se acercaron al guardia uniformado, que llevaba los galones de sargento. Hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y los saludó.

—Ustedes han de ser Dirk Pitt y Albert Giordino. Son los últimos en llegar.

—¿No quiere ver nuestros documentos de identificación? —preguntó Giordino.

El centinela sonrió.

—He estudiado sus fotos. Saber quién es quién de los dos es como comparar a Joe Pesci con Clint Eastwood: no resulta difícil.

Apretó un botón junto a la puerta y ésta se abrió, invitándolos a pasar a un pasillo corto que conducía a otra puerta metálica.

—Cuando lleguen a la puerta interior, quédense quietos un momento hasta que el guardia del otro lado los identifique con las cámaras de seguridad.

—¿Es que no confía en su capacidad para identificarnos? —inquirió Giordino.

Esta vez el guardia no dejó escapar ni un amago de sonrisa.

—Es para mayor seguridad —respondió lacónicamente.

—¿No exageran un poco con las medidas de seguridad? —masculló Giordino—. Para el caso, podríamos habernos metido en un par de reservados en Taco Bell y celebrar allí la reunión.

—Los burócratas están obsesionados con llevarlo todo en secreto —repuso Pitt.

—Allí al menos podría haberme comido un burrito.

Después de franquear la segunda puerta, entraron en una enorme sala con el suelo de moqueta y las paredes cubiertas de cortinas de aislamiento acústico; el centro de la habitación estaba dominado por una mesa de reuniones semicircular de unos cinco metros. Una enorme pantalla tapaba por completo la pared del fondo. La iluminación resultaba agradable a la vista. Ya había varios hombres y mujeres sentados a la mesa, pero ninguno se puso de pie cuando entraron Pitt y Giordino.

—Llegáis tarde. —Era la voz del almirante Sandecker, el director de la NUMA. Menudo pero atlético, con llamativo pelo pelirrojo y una barba irregular, tenía unos ojos azul gélido que nunca perdían detalle. Sandecker tenía fama de astuto, tanto como un leopardo agazapado a la sombra de un árbol con un ojo abierto: sabe que tarde o temprano caerá algo para comer. Era tozudo e irascible, pero dirigía la NUMA como un dictador benevolente. Señaló a un hombre sentado a su izquierda.

—Me parece que no conocéis a Ken Helm, agente especial del FBI.

Un hombre de pelo gris, de mirada tranquila, con unos ojos espectaculares de color avellana parapetados tras unas gafas y vestido con un traje hecho a medida se levantó a medias de la silla y les tendió la mano.

—Señor Pitt, señor Giordino, he oído hablar mucho de ustedes.

Lo cual significa que se ha leído con lupa nuestros archivos personales, pensó Pitt.

Sandecker se volvió hacia el hombre que había a su derecha.

—Ron Little. Ron posee un título altisonante en la Central de Inteligencia, pero nunca lo sabréis.

El de subdirector fue el título que le pasó por la cabeza a Pitt al conocer a Little. Se encontró con unos ojos castaños en un rostro curtido de arrugas: un hombre de rostro bonachón, marcado por la experiencia y de mediana edad. Se limitó a hacer un saludo con la cabeza.

—Caballeros...

—A los demás ya los conocéis —dijo Sandecker al tiempo que gesticulaba hacia la mesa.

Rudi Gunn estaba tomando notas y no se molestó en levantar la vista.

Pitt avanzó unos pasos, colocó una mano sobre el hombro de Pat O'Connell y dijo con voz suave:

—Antes de lo que creías...

—Adoro a los hombres que cumplen sus promesas. —Le dio unas palmaditas en la mano, ajena a las miradas de los hombres sentados alrededor de la mesa—. Siéntate a mi lado. Todos estos importantes funcionarios del gobierno me intimidan un poco.

—Le aseguro, doctora O'Connell —señaló Sandecker—, que saldrá de esta habitación con cada cabello de su preciosa melena intacto.

Pitt apartó una silla y se sentó junto a Pat, y Giordino lo hizo junto a Gunn.

—¿Nos hemos perdido algo importante? —preguntó Pitt.

—La doctora O'Connell nos estaba poniendo al corriente acerca de la calavera y la cámara subterránea —explicó Sandecker—, y Ken Helm iba a informarnos sobre los primeros resultados del examen forense de los cuerpos que nos enviaron desde Telluride.

—No hay mucho que contar —comenzó Helm—. Al parecer, realizar una identificación definitiva a partir de su dentadura va a ser muy difícil, pero los exámenes preliminares indican que sus empastes y piezas dentales provenían de dentistas sudamericanos.

Pitt parecía escéptico.

—¿Su gente puede distinguir las diferencias en las técnicas dentales de cada país?

—Un buen patólogo forense especializado en la identificación mediante moldes dentales suele ser capaz de decir la ciudad donde se puso un empaste en una caries.

—De modo que sí eran extranjeros —señaló Giordino.

—Me pareció detectar algo raro en su habla —añadió Pitt.

Helm lo miró a través de sus gafas.

—¿Qué quiere decir?

—Demasiado perfecto, sin acento de ninguna clase, aunque dos de ellos hablaban

con un deje de Nueva Inglaterra.

Little garabateó unas notas en un bloc.

—Señor Pitt, el comandante Gunn nos ha informado de que los asesinos a los que detuvo en Telluride se referían a sí mismos como miembros del Cuarto Imperio.

—También lo llamaron el Nuevo Destino.

—Tal como ya ha apuntado el comandante Gunn, el Cuarto Imperio podría ser el sucesor del Tercer Reich.

—Todo es posible.

Giordino extrajo un grueso habano de su camisa y se lo puso en la boca sin encenderlo, por consideración a los no fumadores. Sandecker le lanzó una mirada asesina al advertir que la etiqueta lo identificaba como perteneciente a su colección de habanos personal.

—No soy un hombre de inteligencia extraordinaria —dijo Giordino con aire humilde, aunque su afirmación contrastaba con el hecho de que había sido el tercero de su promoción en la academia aeronáutica—, pero a mi modesto entender, no veo cómo una organización dotada con un ejército de asesinos profesionales de élite puede funcionar durante años sin que los mejores servicios de inteligencia del mundo sepan quiénes son y qué se proponen.

—Soy el primero en admitir que estamos estancados en la investigación —dijo con franqueza el agente Helm del FBI—. Como saben, los crímenes sin móvil aparente son los más difíciles de resolver.

Little asintió.

—Hasta que ustedes se enfrentaron con esa gente en Telluride, todos los agentes que han entrado en contacto con ellos no han vivido para contarlo.

—Gracias a Dirk y la doctora O’Connell —señaló Gunn—, ahora tenemos una pista por donde empezar.

—Unos cuantos dientes carbonizados no son una pista demasiado útil que digamos —comentó Sandecker.

—Eso es cierto —convino Helm—, pero tenemos el enigma de la cámara en el interior de la mina El Paraíso. Si son capaces de llegar al extremo de impedir a los científicos estudiar esas inscripciones, de matar a personas inocentes y de suicidarse cuando son detenidos... en fin, eso significa que tienen un móvil muy importante.

—Las inscripciones... —repitió Pitt—. ¿Por qué ir tan lejos para ocultar su significado?

—Desde luego, no creo que estén muy contentos con el resultado —dijo Gunn—. Han perdido a seis de sus asesinos profesionales y no han conseguido quedarse con el material fotográfico de las inscripciones.

—Es curioso que un hallazgo arqueológico tan baladí pueda costar tantas vidas —dijo Sandecker con tono inexpresivo.

—No me parece que sea un hallazgo baladí —intervino Pat—. Si no es un fraude perpetrado por los antiguos mineros, podría resultar el hallazgo arqueológico del siglo.

—¿Has logrado descifrar algunos símbolos? —preguntó Pitt.

—Tras un examen superficial de mis notas, lo único que puedo decir es que los símbolos son alfabéticos, es decir, que estamos ante un sistema de escritura que expresa sonidos individuales. Nuestro alfabeto utiliza veintiocho símbolos; los símbolos de la cámara muestran un alfabeto de treinta letras con doce símbolos que representan números. He logrado traducir estos últimos a un sistema matemático muy avanzado. Fueran quienes fuesen esas personas, descubrieron el cero y hacían cálculos con el mismo número de símbolos que el hombre moderno. No podré informar nada más hasta que los introduzca en el ordenador y los estudie en su totalidad.

—Me parece que ha sacado un partido extraordinario de los pocos datos con que contaba en tan breve período de tiempo —la felicitó Helm.

—Confío en que podremos descifrar el significado de las inscripciones. A diferencia de los complejos sistemas de escritura logosilábicos de los egipcios, los chinos o los cretenses, que siguen sin haber sido descifrados del todo, este parece único en su sencillez.

—¿Cree que la calavera de obsidiana negra hallada en la cámara guarda relación con las inscripciones? —preguntó Gunn.

Pat meneó la cabeza con gesto de incertidumbre.

—No sabría por dónde empezar para formular una hipótesis. Como las calaveras de cristal procedentes de México y el Tíbet, podrían tener una finalidad ritual. Algunas personas, ninguna de ellas arqueólogos acreditados, si me permiten la aclaración, creen que las calaveras de cristal se produjeron en series de trece, y que son capaces de registrar vibraciones y concentrarlas en imágenes holográficas.

—¿Cree usted en esa teoría? —preguntó Little con semblante serio.

Pat se echó a reír.

—No, yo soy más pragmática. Prefiero tener pruebas fehacientes antes de lanzar teorías insólitas.

Little la miró con aire pensativo.

—¿Cree usted que la calavera de obsidiana...?

—Las calaveras —lo corrigió Pitt.

Pat le lanzó una mirada de perplejidad.

—¿Desde cuándo tenemos más de una?

—Desde ayer por la tarde. Gracias a un buen amigo mío, St. Julien Perlmutter, ayer conseguí otra.

Sandecker lo miró de hito en hito.

—¿Dónde está ahora?

—Junto con la calavera de Telluride, han sido enviadas al laboratorio químico de la NUMA para su análisis. Obviamente, no se puede determinar la antigüedad de la obsidiana mediante métodos convencionales, pero un estudio a fondo puede decirnos algo sobre quiénes la fabricaron.

—¿Conoces su procedencia? —preguntó Pat.

Sin abundar en los detalles más tediosos, Pitt describió brevemente el descubrimiento de la calavera a bordo del *Madras* por la tripulación del *Paloverde* en la Antártida. A continuación explicó el encuentro y la charla con Christine Mender-Husted y la generosidad de ésta al darle la calavera después de aceptar la oferta de Perlmutter por los papeles de sus ancestros.

—¿Dijo dónde encontraron la calavera los del *Madras*?

Pitt atormentó a Pat y a los demás demorándose unos minutos en contestar.

—Según el cuaderno de bitácora —empezó al fin—, el *Madras* cubría la travesía de Bombay a Liverpool cuando se vio azotado por un violento huracán...

—Ciclón —lo corrigió Sandecker—. Para un marino, los huracanes solo tienen lugar en el océano Atlántico y en el Pacífico oriental. Los tifones se producen en el Pacífico occidental y los ciclones en el océano Índico.

—Tomo nota de la aclaración —dijo Pitt lanzando un suspiro. Al almirante Sandecker le encantaba hacer gala de sus exhaustivos conocimientos sobre el mundo marino a la menor ocasión—. Como iba diciendo, el *Madras* se vio sorprendido por un violento temporal y por la mar gruesa, que se prolongaron por espacio de casi dos semanas. La tormenta desvió el barco de su ruta y lo empujó muy hacia el sur. Cuando el viento y las aguas se calmaron por fin, descubrieron que habían perdido buena parte de sus reservas de agua potable. Entonces, tomó la decisión de hacer escala en un archipiélago de islas desiertas en la zona subantártica del océano Índico. Conocidas en la actualidad como islas Crozet, son posesión francesa. Fondeó en una pequeña isla llamada Saint Paul, muy accidentada, con un monte volcánico en el centro. Mientras la tripulación reparaba los toneles y los rellenaba con el agua de un arroyo, uno de los pasajeros, un coronel de la armada británica que regresaba a casa con su esposa y dos hijas después de servir diez años en la India, decidió organizar una pequeña batida de caza.

»En la isla, las únicas piezas de caza eran los leones marinos y los pingüinos, pero en su ignorancia, el coronel creía que la isla estaría repleta de animales de cuatro patas. Después de escalar casi trescientos metros de la montaña, él y sus compañeros se encontraron con un sendero de piedras lisas por la erosión y el paso de los años. Lo siguieron hasta una abertura excavada en la roca en forma de arco. Entraron y descubrieron un pasadizo que se adentraba en el corazón de la montaña.

—Me pregunto si alguien ha encontrado y explorado esa misma entrada desde

entonces —dijo Gunn.

—Es posible —admitió Pitt—. Hice que Hiram Yaeger lo investigara, pero aparte de una estación meteorológica mecanizada e instalada por los australianos en 1978 hasta 1997 y controlada por satélite, la isla ha permanecido deshabitada. Si aquellos hombres encontraron algo en el interior de la montaña, no dejaron constancia de ello. Todas las anotaciones en el registro son únicamente de carácter meteorológico.

Little estaba apoyado en la mesa con el cuerpo hacia delante, fascinado por la historia.

—¿Qué pasó luego?

—El comandante envió de vuelta al barco a uno de los miembros de la expedición, en busca de faroles. Fue entonces cuando se aventuraron a entrar en la gruta. El pasadizo había sido laboriosamente labrado en la roca y descendía unos treinta metros hasta terminar en una pequeña cámara con docenas de esculturas antiguas y de aspecto extraño. A continuación encontraron unas inscripciones ilegibles grabadas en las paredes y el techo de la cámara.

—¿Anotaron o registraron las inscripciones en alguna parte? —quiso saber Pat.

—No había ningún símbolo en el diario del capitán —respondió Pitt—. El único dibujo es el bosquejo de un mapa que lleva a la entrada de la cámara.

—¿Y los artefactos? —intervino Sandecker.

—Siguen en el *Madrás* —explicó Pitt—. Roxanna Mender, la esposa del capitán del ballenero, los mencionó en una breve anotación en su diario. Identificó uno de ellos como una urna de plata. Los otros eran esculturas de bronce y de barro cocido de animales de aspecto extraño que decía no haber visto en su vida. Para beneficiarse del derecho de salvamento, su marido y la tripulación tenían intención de sacar del *Madrás* cualquier cosa de valor, pero el témpano empezó a romperse y tuvieron que echar a correr hacia el ballenero. Solo se llevaron la calavera de obsidiana.

—Otra cámara, esta vez con artefactos —dijo Pat con la mirada perdida, como si viese algo más allá de la habitación—. Me pregunto cuántas más habrá escondidas por el mundo.

Sandecker lanzó a Giordino una mirada punzante cuando éste empezó a mordisquear su enorme habano.

—Por lo que parece, ésta es una misión hecha a medida para nosotros. —Apartó la mirada de Giordino y la dirigió hacia Gunn—. Rudi, en cuanto puedas, pon en marcha dos expediciones, una para buscar el *Madrás* en la Antártida y la otra para explorar la cámara que encontraron los pasajeros del barco en la isla de Saint Paul. Utiliza los barcos de investigación que estén más cerca de las áreas en cuestión. —Se volvió hacia los hombres que estaban al final de la larga mesa—. Dirk, tú encabezarás la búsqueda del barco abandonado. Al, tú dirigirás la de la isla.

Giordino se repantigó en la silla.

—Espero que nuestros sanguinarios amigos no lleguen antes a esos lugares.

—Lo sabréis en cuanto lleguéis —dijo Gunn con gesto serio.

—Mientras tanto —añadió Helm—, mantendré a dos agentes en Estados Unidos tras cualquier pista que nos lleve a la organización que contrató a los asesinos.

—Debo decirle, almirante —anunció Little con gesto grave—, que ésta no es una misión de prioridad absoluta para la Central de Inteligencia, pero haré lo que pueda por ayudarles. Mi gente se concentrará en las instituciones internacionales de fuera de Estados Unidos que financian o promueven proyectos de investigación en el ámbito de la arqueología. También investigaremos cualquier hallazgo arqueológico en que haya habido algún asesinato. Las nuevas pruebas con respecto a una posible organización neonazi pueden tener mucho valor.

—Y por último pero no por ello menos importante, llegamos a nuestra bellísima invitada —dijo Sandecker. No pretendía mostrarse paternalista: les hablaba así a casi todas las mujeres.

Pat sonrió con aplomo al ver que todas las miradas masculinas se centraban en ella.

—Mi misión, claro está, consiste en descifrar las inscripciones.

—Las fotos que tomaron los asesinos ya deberían estar listas —dijo Gunn.

—Necesitaré un lugar donde trabajar —explicó con gesto pensativo—. Puesto que ahora no existo oficialmente, no puedo entrar en mi despacho de la Universidad de Pennsylvania y poner en marcha un programa de análisis.

Sandecker sonrió.

—Entre Ron, Ken y yo tenemos a nuestra disposición las que tal vez sean tres de las instalaciones más sofisticadas para el procesamiento de datos, además de los mejores técnicos del mundo. Usted misma.

—Si me permite una sugerencia, almirante —intervino Pitt, sin intención alguna de mostrarse imparcial—, debido a la implicación de la NUMA, sería más eficaz para la doctora O'Connell que trabajase con Hiram Yaeger en nuestro propio laboratorio informático.

Sandecker miró fijamente a Pitt tratando de dilucidar qué estaba tramando su taimado cerebro. Al final, dándose por vencido, se encogió de hombros.

—La decisión es suya, doctora.

—La verdad es que creo que el señor Pitt tiene razón. Trabajando en estrecha colaboración con la NUMA puedo estar en contacto permanente con las expediciones.

—Como desee. Pondré a Yaeger y Max a su entera disposición.

—¿Max?

—El último juguetito de Yaeger —respondió Pitt—. Un sistema informático de inteligencia artificial capaz de convertir imágenes holográficas visuales.

Pat inspiró hondo.

—Necesitaré toda la ayuda técnica y exótica que puedan prestarme.

—No se preocupe —la tranquilizó Giordino con aire divertido—. Si las inscripciones resultan antiguas, lo más probable es que solo sean un puñado de recetas de cocina.

—¿Qué clase de recetas? —inquirió Helm.

—De cabra —replicó Giordino con sarcasmo—: *Las mil y una maneras de cocinar la cabra*.

—Perdone, pero ¿es usted Hiram Yaeger? —Llevada por el entusiasmo, Pat se había abierto paso por la inmensa red de ordenadores que ocupaba la décima planta del edificio de la NUMA. Había oído a los genios informáticos de la Universidad de Pennsylvania hablar maravillas del centro de datos oceánicos de la agencia, y era un hecho constatado que el centro procesaba y almacenaba la mayor cantidad de datos sobre oceanografía jamás reunidos bajo un mismo techo.

El hombre de aspecto desaliñado sentado a una mesa de trabajo en forma de herradura se bajó un poco las gafas redondas y miró a la mujer que aguardaba de pie en la puerta de su sanctasanctórum.

—Soy Yaeger. Usted ha de ser la doctora O’Connell. El almirante me dijo que vendría esta mañana.

La mente que había detrás de aquella increíble capacidad para reunir información no se ajustaba a la imagen que Pat se había formado. Por alguna razón, esperaba que Yaeger fuese un cruce entre Bill Gates y Albert Einstein, pero no se parecía a ninguno de los dos. Iba vestido con tejanos Levi’s y una chaqueta encima de una immaculada camiseta blanca. Calzaba unas botas de vaquero que parecían haber sufrido las terribles consecuencias de cien rodeos. Llevaba el pelo, largo y gris, recogido en una coleta y tenía un rostro juvenil y bien afeitado, de nariz estrecha y ojos grises.

Pat también se habría sorprendido al saber que Yaeger vivía en una zona residencial muy en boga de Maryland, que estaba casado con una artista de éxito y que tenía dos hijas adolescentes que iban a un carísimo colegio privado. Su único hobby era coleccionar y restaurar viejos ordenadores obsoletos.

—Espero no haber interrumpido nada importante... —se disculpó Pat.

—¿No ha ido nadie a recogerla a la puerta del ascensor para conducirla hasta mis dominios?

—No, he estado dando vueltas por aquí hasta que he visto a alguien que no se parecía a Dilbert.

Yaeger, fan del personaje de la tira de cómic de Scott Adams, se echó a reír.

—Me parece que tengo que tomarme eso como un cumplido. Le pido disculpas por no haber ido a recibirla y haberle mostrado todo esto.

—No se preocupe, ya he hecho la visita turística yo sola. Su imperio informático es verdaderamente impresionante. Desde luego, no se parece en nada al equipo con que estoy acostumbrada a trabajar en la universidad.

—¿Una taza de café?

—No, gracias. ¿Ponemos manos a la obra?

—Como quiera.

—¿Ha recibido las fotos de la cámara?

—El laboratorio me las envió anoche. Me quedé trabajando hasta tarde y las escaneé para Max.

—Dirk ya me ha hablado de Max; me muero de ganas de verlo en acción.

Yaeger colocó una silla junto a la suya pero no se la ofreció a Pat inmediatamente.

—Si rodea la mesa y se pone en medio de la plataforma abierta que hay justo delante de nosotros, le haré una demostración del talento de Max.

Pat se aproximó a la plataforma, se colocó en el centro y cuando volvió la vista para mirar de nuevo a Yaeger, el genio informático se hizo borroso ante sus ojos y luego desapareció por completo, mientras se veía rodeada de lo que su mente se obstinaba en percibir como un recinto nebuloso. A continuación, las paredes y el techo cobraron formas más definidas y se encontró dentro de una réplica exacta de la cámara. Tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para convencerse de que era una ilusión holográfica, pues parecía exageradamente real, sobre todo cuando las inscripciones empezaron a dibujarse en las paredes con una nitidez muy definida.

—Esto es fantástico —murmuró.

—Max tiene todos los símbolos de las fotografías programados en su memoria, pero aunque disponemos de un monitor del tamaño de una pequeña pantalla de cine, he pensado que podría resultarle útil leer las líneas de las inscripciones con su perspectiva original.

—Sí, sí —dijo Pat, cada vez más entusiasmada—. La posibilidad de estudiar el texto entero de un solo barrido me será de enorme utilidad. Gracias, mil gracias, Max.

—Vuelva aquí y le presentaré a Max —la invitó la voz de Yaeger desde detrás de la cámara virtual—. Luego nos pondremos a trabajar.

Pat estuvo a punto de decir «no puedo» porque la cámara parecía completamente real, pero al final rompió la ilusión atravesando la pared como si fuera un fantasma y se reunió con Yaeger tras la mesa.

—Max —dijo Yaeger—, te presento a la doctora Pat O'Connell.

—Hola, ¿qué tal? —exclamó una suave voz femenina.

Pat miró a Yaeger con recelo.

—Max es mujer. —Programé mi propia voz en el programa original, pero he hecho un buen número de modificaciones desde entonces y he decidido que prefiero escuchar una voz femenina.

—¿Se activa con la voz?

Yaeger esbozó una sonrisa.

—Max es un sistema de inteligencia artificial: no hay botones que pulsar. Solo tiene que hablar con ella como lo haría con una persona normal.

Pat miró alrededor.

—¿Hay algún micrófono?

—Hay seis, pero tan pequeños que no los puede ver. Puede colocarse donde

quiera dentro de un radio de seis metros.

Con un poco de aprensión, Pat se dirigió al cerebro artificial.

—¿Max?

En el enorme monitor justo detrás de la plataforma apareció el rostro de una mujer. Miraba a Pat en colores vívidos: tenía los ojos de color marrón topacio y el pelo castaño rojizo. La sonrisa semiabierta revelaba una dentadura blanca y perfecta; tenía los hombros desnudos hasta la altura del pecho, apenas visible en la parte inferior del monitor.

—Hola, doctora O'Connell. Encantada de conocerla.

—Lámame Pat.

—Muy bien.

—Es encantadora —dijo Pat con admiración.

—Gracias. —Yaeger sonrió—. Su verdadero nombre es Elsie, y es mi mujer.

—¿Pueden trabajar juntos? —ironizó Pat.

—La mayor parte del tiempo sí, pero a la que me descuido, se pone tan irritable y petulante como la original.

—Muy bien, allá vamos —murmuró Pat—. Max, ¿has analizado los símbolos que escaneó Yaeger en tu sistema?

—Sí —respondió Max en un tono que sonaba decididamente humano.

—¿Podrías descifrar y traducir alguno de los símbolos a nuestro alfabeto?

—De momento solo he realizado un análisis superficial, pero he hecho algunos progresos: al parecer, las inscripciones del techo de la cámara son un mapa astronómico.

—Explícate —pidió Yaeger.

—Parece un sofisticado sistema de coordenadas que se usa en astronomía para determinar la posición de los cuerpos celestes. Creo que podría sugerir cambios en la declinación de las estrellas visibles en alguna parte del mundo en épocas pasadas.

—Lo que significa que a causa de las desviaciones en la rotación de la Tierra, las estrellas parecen cambiar de posición con el paso del tiempo.

—Sí, en términos científicos se denomina precesión y nutación —explicó Max—. Puesto que el movimiento de rotación hace que la Tierra se hinche alrededor del ecuador, la atracción gravitacional de la luna y el sol es mayor en la zona del ecuador y provoca una ligera oscilación en el eje de rotación. Es el mismo fenómeno que se observa en una peonza, debido a la fuerza de la gravedad; se llama precesión y traza en el espacio un cono circular cada 25 800 años. La nutación, a su vez, es un movimiento leve pero irregular que cada 18 600 años hace que la superficie cónica descrita en el eje terrestre por el movimiento de precesión no sea completamente lisa sino ondulada.

—Sé que en algún momento, en un futuro lejano, la estrella Polar ya no indicará

más el norte —comentó Pat.

—Exactamente —convino Max—, dentro de aproximadamente 345 años, cuando la Polar se desplace y se aleje, otra estrella se colocará justo encima del polo Norte. Cien años antes de Cristo, el equinoccio de primavera... Perdón, ¿están familiarizados con el equinoccio de primavera?

—Si todavía me acuerdo de mi asignatura de astronomía en los primeros años de universidad —dijo Pat—. El equinoccio de primavera tiene lugar donde el sol se cruza con el ecuador celeste de sur a norte, y sirve de punto de referencia para las distancias angulares medidas desde el ecuador.

—Muy bien —la felicitó Max—. Una lección magistral, como las que hacen dormir a los alumnos en la universidad. Bien, pues antes de Cristo, el equinoccio de primavera pasaba por la constelación de Aries. Ahora, a causa de la precesión, el equinoccio de primavera está en Piscis y se dirige hacia Acuario.

—En resumen, lo que nos estás diciendo —empezó Pat, con un sentimiento de euforia rebulléndole en el pecho— es que los símbolos estelares del techo de la cámara representan las coordenadas del sistema estelar en el pasado.

—Así los interpreto yo —repuso Max impasible.

—Pero ¿las civilizaciones antiguas tenían conocimientos científicos como para realizar proyecciones tan precisas?

—Estoy llegando a la conclusión de que quienquiera que grabase ese mapa celeste tenía conocimientos superiores a los de los astrónomos de hace unos cientos de años. Calcularon correctamente que la galaxia celeste está fija y que el sol, la luna y los planetas giran. El mapa muestra las órbitas de los planetas, incluyendo Plutón, que fue descubierto hace solo un siglo. Descubrieron que las estrellas Betelgeuse, Sirio y Proción permanecen en posiciones permanentes, mientras que otras constelaciones se mueven de manera imperceptible con el paso de millares de años. Créame, esa gente sabía lo que hacía cuando estudiaba las estrellas.

Pat miró a Yaeger.

—Si Max puede descifrar las coordenadas estelares grabadas en la cámara cuando esta fue construida, a lo mejor podemos determinar la fecha de su construcción.

—Vale la pena intentarlo.

—He descifrado una pequeña parte del sistema numérico —explicó Pat—. ¿Te serviría eso de ayuda, Max?

—No deberías haberte molestado, Pat: ya he interpretado todo el sistema numérico. Lo encuentro bastante ingenioso por su simplicidad. Me muero de ganas de hincarles mis bites a las inscripciones que forman palabras.

—¿Max?

—¿Sí, Hiram?

—Concéntrate en descifrar los símbolos estelares y deja las inscripciones

alfabéticas para más tarde.

—¿Quieres que analice el mapa celeste?

—Haz todo lo que puedas.

—¿Me das de tiempo hasta las cinco? Para entonces creo que ya tendré resultados.

—Tómame el tiempo que necesites.

—¿Max solo necesita unas horas para un proyecto que podría llevar meses, años incluso? —preguntó Pat incrédula.

—Nunca subestime a Max —dijo Yaeger al tiempo que se volvía en su silla giratoria y tomaba un sorbo de una taza de café recalentado—. He pasado la mejor parte de mis años de juventud diseñando y construyendo a Max. No hay ningún sistema informático como ella en el mundo. Por supuesto, dentro de cinco años estará obsoleta, pero de momento hay muy pocas cosas que no pueda hacer. Es única, y nos pertenece en cuerpo y alma a mí y a la NUMA.

—¿Qué me dice de la patente? Seguramente deberá ceder sus derechos sobre Max al gobierno.

—El almirante Sandecker no es el típico burócrata. Tenemos un acuerdo verbal: yo confío en él y él confía en mí. El cincuenta por ciento de los beneficios obtenidos con los derechos de patente o con las tarifas de uso por la cesión de nuestros datos a empresas privadas o agencias gubernamentales va a parar a la NUMA. Y el otro cincuenta es para mí.

—Desde luego, su jefe tiene sentido de la justicia. Cualquiera otro le habría dado una paga extra, un reloj de oro, una palmadita en la espalda y luego habría ingresado los beneficios que le corresponden a usted en su cuenta corriente.

—Tengo suerte de estar rodeado de hombres justos —dijo Yaeger con aire solemne—: el almirante, Rudi Gunn, Al Giordino y Dirk Pitt. Me enorgullezco de ser amigo de todos ellos.

—Hace mucho tiempo que los conoce, ¿no?

—Casi quince años. La verdad es que juntos hemos pasado por situaciones muy peliagudas y hemos resuelto un montón de enigmas relacionados con el océano.

—Mientras esperamos a que Max nos dé sus resultados, ¿por qué no empezamos a analizar los símbolos de las paredes? A lo mejor encontramos una pista de su significado.

Yaeger asintió.

—De acuerdo.

—¿Puede reproducir la imagen holográfica de la cámara?

—Querer es poder —respondió Yaeger mientras introducía una orden en el teclado y la imagen de las paredes interiores de la cámara se materializaban de nuevo.

—Para descifrar un sistema de escritura alfabético desconocido, el primer paso

consiste en separar las consonantes de las vocales. Como no veo ninguna indicación de que representen ideas u objetos, doy por sentado que los símbolos son alfabéticos y que se corresponden con sonidos de palabras.

—¿Cuál es el origen del primer alfabeto? —preguntó Yaeger.

—No existen demasiadas pruebas concluyentes, pero la mayoría de los epigrafistas creen que se originó en Fenicia, entre el 1700 y el 1500 a.C. y lo relacionan con las lenguas semíticas del norte. Por supuesto, los expertos no se ponen de acuerdo, pero sí suelen convenir en que las primeras culturas mediterráneas desarrollaron un sistema inicial de alfabeto de símbolos geométricos prehistóricos. Mucho más tarde, los griegos adaptaron y refinaron el alfabeto, por lo que las letras que escribimos hoy en día están relacionadas con las suyas. Otras variantes y aportaciones provinieron de los etruscos, seguidos por los romanos, quienes tomaron prestadas numerosas letras para componer la escritura latina y cuyos caracteres clásicos posteriores acabaron formando el alfabeto que utilizamos usted y yo.

—¿Por dónde empezamos?

—Empezaremos de cero —explicó Pat, en referencia a sus notas—. No conozco ningún otro sistema antiguo de escritura cuyos símbolos coincidan con los que aparecen en la cámara. No parece haber ningún tipo de influencia en ningún sentido, lo cual es bastante extraño. La única similitud remota es con el ogam, el alfabeto celta, pero ahí acaban las similitudes.

—Por poco se me olvida. —Yaeger le dio un delgado artilugio en forma de batuta con una cámara en miniatura en uno de sus extremos—. Max ya ha codificado los símbolos. Si quiere que la ayude con los cálculos, no tiene más que apuntar con la cámara al símbolo y a la secuencia en las inscripciones que desea estudiar, y yo me ocuparé de elaborar un programa de desciframiento.

—Me parece una buena idea —contestó Pat, satisfecha de volver al trabajo de nuevo—. Primero haremos una lista de los diferentes símbolos y un recuento de cuántas veces aparece representado cada uno de ellos. Luego podemos intentar componerlos en palabras.

—Como «el» o «y».

—La mayoría de los sistemas antiguos de escritura no incluían las palabras que hoy nos parecen de uso corriente. También quiero ver si podemos detectar las vocales antes de abordar las consonantes.

Trabajaron todo el día sin descanso. A mediodía, Yaeger hizo que la cafetería de la NUMA les enviase bocadillos y refrescos. Pat se sentía cada vez más frustrada; los símbolos parecían exasperadamente fáciles de descifrar y sin embargo, a las cinco de la tarde, no había conseguido todavía desentrañar sus misterios.

—¿Por qué el sistema numérico fue tan fácil de descifrar y en cambio el alfabeto está resultando imposible? —exclamó con irritación.

—¿Por qué no lo dejamos para mañana? —sugirió Yaeger.

—No estoy cansada.

—Yo tampoco —repuso el informático—, pero tendremos una perspectiva más fresca. No sé si a ti también te pasa, pero las mejores soluciones siempre se me ocurren en mitad de la noche. Además, Max no necesita dormir. Haré que trabaje con las inscripciones toda la noche. Por la mañana debería tener algunas ideas sobre la traducción.

—De acuerdo.

—Antes de marcharnos, llamaré a Max para ver si ha hecho algún progreso con las estrellas.

Los dedos de Yaeger no tuvieron que pasearse por el teclado, se limitó a pulsar un botón y dijo:

—Max, ¿estás ahí?

En el monitor apareció un rostro enfurruñado.

—¿Por qué habéis tardado tanto en poneros en contacto conmigo? Llevo esperando casi dos horas.

—Lo siento, Max —se disculpó Yaeger, sin demasiado arrepentimiento—. Estábamos ocupados.

—No has pasado más que unas horas con el proyecto. ¿Has avanzado algo? —preguntó Pat inocentemente.

—¿Avanzar? ¡Ja! —le soltó Max—. Puedo decirte exactamente lo que quieres saber.

—Empieza explicándonos cómo has llegado a tus conclusiones —pidió Yaeger.

—No creerías que iba a calcular el movimiento de las estrellas yo misma, ¿no?

—Pero es que ése era el proyecto.

—¿Por qué iba a forzar mis chips cuando puedo hacer que otro ordenador lo haga?

—Por favor, Max, dinos lo que has descubierto.

—Bueno, en primer lugar, encontrar las coordenadas de los cuerpos celestes en el espacio requiere un complicado proceso geométrico. No voy a entrar en aburridos detalles sobre cómo determinar la altitud, el acimut, la ascensión correcta y la declinación. Mi problema ha sido determinar en qué puntos del globo terráqueo se midieron las coordenadas grabadas en la roca de la cámara. Logré calcular los puntos originales donde los observadores efectuaron sus observaciones dentro de un radio de varios kilómetros, así como las estrellas que utilizaron para medir las desviaciones en el transcurso de muchísimos años. Las tres estrellas que ocupan el centro del cinturón de Orión, el cazador, se mueven, mientras que Sirio, la estrella del Can Mayor, está fija. Con estos datos sobre la mesa, llamé a la puerta del ordenador astrométrico del National Science Center.

—Debería darte vergüenza, Max —la reprendió Yaeger—. Podrías meterme en problemas introduciéndote en otra red informática.

—Creo que al ordenador central del NSC le gusto: me ha prometido borrar mi solicitud de búsqueda.

—Espero que mantenga su palabra... —repuso Yaeger. Todo era una pequeña farsa: el propio Yaeger se había infiltrado sin autorización en las redes informáticas externas en busca de datos cientos de veces.

—Por si alguien no lo sabe —prosiguió Max, sin inmutarse—, la astrometría es una de las ramas más antiguas de la astronomía y se ocupa de determinar el movimiento de las estrellas. —Hizo una pausa—. ¿Alguna pregunta?

—Sigue —la animó Pat, impaciente.

—El tipo que se encarga del ordenador del NSC no está a mi altura, por supuesto, pero como era un programa elemental para él, lo convencí de que calculase la desviación entre las posiciones de Sirio y Orión en el momento en que la cámara fue construida con sus coordenadas actuales en nuestro cielo.

—¿Has datado la cámara? —murmuró Pat, aguantando la respiración.

—Sí.

—Y... ¿es un fraude? —preguntó Yaeger, como si temiera la respuesta.

—No, a menos que esos viejos mineros de Colorado que tanto te preocupan fuesen astrónomos de primera.

—Por favor, Max —le suplicó Pat—. ¿Cuándo se construyó la cámara y se esculpieron las inscripciones de las paredes?

—No olvidéis que mis cálculos tienen un margen de error de cien años.

—¿Tiene más de cien años?

—¿Me creeríais si os digo... —empezó despacio, prolongando el suspense— que estamos hablando de alrededor de nueve mil años?

—¿Cómo dices?

—Digo que la cámara se excavó en la roca de Colorado hacia el año 7100 A.C.

Poco después de las cuatro de la mañana, Giordino levantó el vuelo con el aparato Bell-Boeing 609 de rotor basculante en el cielo azul que rodeaba Ciudad del Cabo, Sudáfrica. Despegando como un helicóptero, con ambos motores inclinados en un ángulo de noventa grados y las hélices gigantes batiendo el aire tropical, el aparato se levantó verticalmente del suelo hasta que el rotor basculante estuvo a ciento cincuenta metros. A continuación, Giordino manipuló los controles para colocar los dos rotores en posición horizontal.

El Bell-Boeing 609 tenía capacidad para nueve pasajeros, pero en este viaje iba casi vacío salvo por unas mochilas con equipo de supervivencia. Giordino había alquilado el avión en Ciudad del Cabo porque el barco de investigación oceanográfica de la NUMA más cercano se hallaba a más de mil millas de las islas Crozet.

Un helicóptero no habría podido realizar el vuelo de 3800 kilómetros, ida y vuelta, sin repostar al menos cuatro veces, mientras que un aparato normal capaz de cubrir esa distancia no habría encontrado sitio para aterrizar una vez alcanzada la isla volcánica. El modelo 609 de rotor basculante podía aterrizar en cualquier lugar, como un helicóptero, de modo que parecía el aparato idóneo para la misión. En función de los caprichos del viento, el vuelo debía tener una duración de cuatro horas, tanto a la ida como a la vuelta, pero habría que vigilar con atención el combustible. Aun con los tanques suplementarios bajo las alas, Giordino calculaba que solo tendría una hora y media adicional para completar el viaje de regreso a Ciudad del Cabo, lo cual no bastaba para garantizar un vuelo relajado, pero Giordino nunca había sido un hombre propenso a la vida relajada.

Al cabo de treinta minutos, al alcanzar los 3600 metros de altura para efectuar el viraje hacia el sudeste sobrevolando el océano Índico, reguló las palancas a la velocidad de crucero más adecuada para el ahorro de combustible, viendo cómo el indicador de velocidad rondaba poco menos que los quinientos kilómetros por hora. A continuación se volvió hacia el hombrecillo que iba en el asiento del copiloto.

—Si te arrepientes de haberte incorporado a esta aventura disparatada, es demasiado tarde para que cambies de idea.

Rudi Gunn esbozó una sonrisa.

—Cuando el almirante se entere de que no estoy sentado en mi despacho de Washington sino metido en este avión, se va a poner hecho un basilisco.

—¿Qué excusa diste para desaparecer seis días?

—Dejé orden en el despacho de que dijeran que me he ido al mar Báltico a supervisar un proyecto que la NUMA está realizando en colaboración con arqueólogos daneses sobre los restos de un naufragio.

—¿Existe tal proyecto?

—Ya lo creo —respondió Gunn—. Una flota de naves vikingas que un pescador descubrió por casualidad.

Giordino le pasó a Gunn un par de mapas.

—Ten, así podrás hacer de auténtico copiloto.

—¿Cuáles son las dimensiones de la isla de Saint Paul?

—Unos seis kilómetros cuadrados.

Gunn miró a Giordino a través de los gruesos cristales de sus gafas.

—Espero que no estemos siguiendo los pasos de Amelia Earhart y Fred Noonan —señaló plácidamente.

Al cabo de tres horas de vuelo, conservaban todavía una buena reserva de combustible, gracias sobre todo al viento de cola de cinco nudos. El Índico empezó a desvanecerse lentamente mientras se internaban en un mar de nubarrones procedentes del éste y cargados de temporales y turbulencias. Giordino se elevó a fin de encontrar de nuevo cielos despejados, remontando por encima de esponjosas nubes de algodón que se extendían como un mar tormentoso.

Giordino tenía la increíble habilidad de dormirse durante diez minutos y luego despertarse de golpe para comprobar sus instrumentos y realizar cualquier alteración en la ruta que Gunn sugiriese antes de quedarse dormido de nuevo. Repitió el proceso varias veces, Gunn no se molestó en contarlas, sin variar nunca la rutina en más o menos de un minuto.

En realidad, no corrían ningún riesgo de perderse y no encontrar la isla, puesto que el Bell-Boeing iba equipado con lo último en sistemas de navegación GPS. Con el receptor GPS, que medía la distancia hasta una serie de satélites, era posible calcular con exactitud la latitud, la longitud y la altitud, y dichos datos se introducían en el sistema informático del avión para que Gunn determinase la ruta, la velocidad, el tiempo y la distancia hasta su destino.

A diferencia de Giordino, Gunn padecía insomnio, además de ansiedad; era lo que Giordino le llamaba tan a menudo: un «agonías». Gunn era incapaz de relajarse aun tumbado bajo una palmera en una playa de Tahiti. Constantemente consultaba su reloj y comprobaba su posición mientras estudiaba una foto aérea de la isla.

Cuando Giordino despertó y escrutó con la mirada el panel de instrumentos, Gunn le dio unos golpecitos en el brazo.

—No te duermas otra vez; hay que empezar a descender. La isla se encuentra a sesenta y cinco kilómetros.

Giordino se echó un poco de agua de una cantimplora en la cara y empujó la palanca de mando ligeramente hacia delante. Muy despacio, el aparato empezó a descender y a dar sacudidas al atravesar las turbulencias en el interior de las nubes. Sin ver nada, Giordino podría haberse limitado a mirar cómo la aguja del altímetro se

movía en sentido contrario a las agujas del reloj, pero mantuvo los ojos fijos en la neblina blanca que los rodeaba. Acto seguido, a mil quinientos metros de altura, salieron del cúmulo de nubes y vieron de nuevo el océano por primera vez en tres horas.

—Buen trabajo, Rudi —lo felicitó Giordino—. Parece que Saint Paul queda a ocho kilómetros solamente, a menos de dos grados a la izquierda. Prácticamente has acertado de pleno.

—Dos grados —se quejó Gunn—. La próxima vez tengo que hacerlo mejor.

Después de dejar atrás las turbulencias, los extremos de las alas dejaron de agitarse. Giordino tiró de las palancas hacia atrás y el rugido de los motores disminuyó hasta convertirse en un zumbido ahogado. Había dejado de llover, pero los regueros de agua seguían resbalando por los cristales. No fue hasta entonces cuando accionó los limpiaparabrisas, dirigiendo el morro del aparato hacia los altos acantilados que protegían la isla de las implacables embestidas del mar.

—¿Has elegido algún sitio donde aterrizar? —preguntó Giordino, contemplando el islote y su única montaña, que surgía del mar como un cono gigante. No había indicios de la existencia de playas ni campos abiertos; ante sus ojos solo se extendía una inmensa masa rocosa en pronunciada pendiente.

Gunn estaba mirando a través del cristal de una lupa.

—He inspeccionado cada centímetro de esa isla y he llegado a la conclusión de que es el terreno de peores condiciones que he visto en mi vida. No es más que un peñasco, y solo una empresa dedicada a la compraventa de gravilla conseguiría sacarle algún partido.

—No me digas que hemos hecho todo este viaje para ahora dar media vuelta —rezongó Giordino.

—Yo no he dicho que no podemos aterrizar. La única zona llana de la isla se encuentra al pie de la montaña, en el lado oeste. Parece poco más que un saliente, de unos quince por treinta metros.

Giordino pareció horrorizado.

—Ni siquiera en las películas aterrizan los helicópteros en las laderas de las montañas.

Gunn señaló a través del cristal.

—Ahí, a tu izquierda. No parece tan malo como creía.

Según los cálculos de Giordino, el único sitio llano de la falda de la montaña no parecía mayor que una camioneta. Pisó con suavidad los pedales del timón mientras acariciaba la palanca de mando, corrigiendo el ángulo y la velocidad de descenso con los timones de profundidad y los alerones. Dio gracias al cielo por tener el viento en contra, aunque solo fuese de cuatro nudos. Vio varias rocas desperdigadas por su diminuta pista de aterrizaje, pero ninguna parecía lo bastante grande para causar

daños de importancia al tren de aterrizaje. Quitó una mano de la palanca de mando y empezó a manipular los mandos de los rotores, cambiando su posición a vertical hasta que el aparato quedó suspendido en el aire como un helicóptero. Las hélices de grandes dimensiones empezaron a formar un remolino de piedras y polvo bajo las ruedas del tren de aterrizaje.

Ahora Giordino volaba siguiendo su intuición, vigilando con un ojo el terreno que se aproximaba y con el otro la ladera propiamente dicha de la montaña, que distaba a solo tres metros del extremo del ala derecha. Luego se produjo un ligero golpe cuando las ruedas chocaron contra la gravilla y el aparato se posó como una oca regordeta sobre sus huevos para empollarlos. Giordino soltó un profundo suspiro y tiró hacia atrás las palancas antes de apagar los motores.

—Hemos llegado —dijo con alivio.

En el rostro de búho de Gunn afloró una sonrisa.

—¿Es que acaso lo dudabas?

—En mi lado tengo la montaña. ¿Qué hay en el tuyo?

Durante la maniobra de aterrizaje, Gunn había centrado toda su atención en la ladera de la montaña, de modo que no fue hasta entonces cuando se le ocurrió mirar por la ventanilla de la derecha: a menos de un metro y medio de su puerta de salida, el saliente se convertía en un precipicio de cientos de metros. La punta del ala estaba suspendida en el vacío. La sonrisa desapareció de su rostro y estaba pálido como el papel cuando se volvió hacia Giordino.

—Vaya, no era tan grande como yo creía —murmuró.

—¿Has preparado una ruta para llegar a la cámara subterránea? —preguntó Giordino quitándose el cinturón de seguridad.

Gunn le enseñó la fotografía aérea y señaló un pequeño cañón que salía de la costa.

—Éste es el único camino por el que una expedición de cazadores pudo haberse adentrado en la isla y llegar a la montaña. Pitt dijo que según las anotaciones del diario de a bordo del barco, el coronel y sus compañeros escalaron la mitad de la montaña. Ahora mismo estamos más o menos a ese nivel.

—¿Y en qué dirección está ese cañón?

—Hacia el sur. Y respondiendo a tu siguiente pregunta, estamos en la cara oeste de la montaña. Con un poco de suerte no tendremos que andar más de un kilómetro, siempre y cuando encontremos el antiguo sendero que mencionaba el coronel.

—Gracias a Dios por las islas pequeñas —murmuró Giordino—. ¿Puedes detectar el antiguo camino en tu foto?

—No, no veo rastro de él.

A continuación desataron las correas que sujetaban el equipo de supervivencia y se pusieron las mochilas a la espalda. Había empezado a llover de nuevo con fuerza,

por lo que se colocaron una protección impermeable. Una vez listos, abrieron la puerta y saltaron al terreno rocoso. Un poco más allá del saliente comenzaba el precipicio, y al otro lado de éste no había nada más que mar y unas olas de color gris peltre. Como precaución, aseguraron el avión atándolo a unas rocas.

El cielo gris y amenazador hacía que la isla pareciese aún más sombría y desolada. Gunn entrecerró los ojos para ver a través de la cortina de agua y empezó a gesticular para que Giordino guiase el camino, señalando en la dirección que quería seguir. Echaron a andar en diagonal a través de la ladera de la montaña, siempre avanzando por la parte interior de las rocas más grandes, donde el terreno era más plano y firme. Atravesaron penosamente pequeños salientes y grietas estrechas, intentando caminar erguidos, sin recurrir al equipo de montañismo, actividad que no se le daba bien a ninguno de los dos. Giordino parecía inmune al cansancio: su cuerpo grueso y robusto asimilaba sin esfuerzo el ritmo de la caminata. Gunn tampoco tenía ningún problema: era ágil y mucho más fuerte de lo que parecía, y si de vez en cuando se quedaba rezagado con respecto al incombustible Giordino, no era por cansancio sino por la necesidad de secarse las gafas cada veinte metros.

Giordino se detuvo a medio camino de la ladera oeste de la montaña.

—Si tus cálculos son correctos, el sendero de piedras debería estar a poca distancia por encima o por debajo de nosotros.

Gunn se sentó con la espalda apoyada contra una roca volcánica y examinó la foto, que se había estropeado un poco por la humedad.

—Suponiendo que el coronel tomase el camino más fácil desde el cañón, debería haber atravesado la montaña hasta unos treinta metros por debajo de nosotros.

Giordino se agachó, apoyó las manos en las rodillas, ligeramente dobladas, y examinó la parte inferior de la ladera. Pareció quedarse embobado durante unos instantes, antes de volverse hacia Gunn y mirarlo de hito en hito.

—Juro por Dios que no sé cómo lo haces.

—¿A qué te refieres?

—A menos de diez metros de aquí hay un camino estrecho y de piedras lisas.

Gunn se asomó al borde. A un tiro de piedra vio un camino, un sendero más bien, de poco más de un metro de ancho y cubierto de piedras lisas y erosionadas por el tiempo. El sendero se extendía en ambas direcciones, pero los desprendimientos de tierra habían arrancado buena parte para arrojarla por la ladera. En las grietas entre las piedras asomaba una planta de aspecto extraño: tenía retoños en forma de lechuga y crecía sin despegarse del suelo.

—Este ha de ser el sendero descrito por el coronel británico —dijo Gunn.

—¿Qué es esa cosa tan rara que crece ahí en medio? —preguntó Giordino.

—Una col de Kerguelen; produce un aceite acre y se puede comer guisada.

—Ahora ya sabes por qué no se veía el sendero en la foto: lo tapaban las coles.

—Ya —repuso Gunn.

—¿Y cómo ha llegado esa planta a esta isla de mala muerte?

—Probablemente por el polen transportado por el viento.

—¿En qué dirección quieres seguir el sendero?

Los ojos de Gunn escrutaron las piedras llanas en ambas direcciones.

—El coronel debió de toparse con el sendero justo a nuestra derecha. Bajo ese punto debió de quedar destruido por la erosión y los desprendimientos de tierra. Puesto que no tiene mucho sentido empezar por lo alto de la montaña para seguir hacia abajo, la cámara debe de estar escondida más arriba en la ladera, así que tenemos que ir a la izquierda y subir.

Avanzando con cuidado por las rocas volcánicas, enseguida llegaron a las piedras lisas que formaban el sendero y enfilaron el camino. El camino llano era todo un alivio después del ascenso por las rocas, pero los desprendimientos de tierra eran harina de otro costal; tuvieron que atravesar dos de ellos, cada uno de casi treinta metros de ancho. Avanzaban despacio, pues la roca de lava era afilada e irregular. Un solo paso en falso y caerían ladera abajo, hasta chocar contra los acantilados que se hundían en el mar.

Tras sortear el último obstáculo, hicieron un alto para descansar. Giordino recogió una col del suelo y la echó a rodar por la colina, viendo cómo rebotaba y se iba haciendo jirones en su errático recorrido. La perdió de vista y no vio cómo se estrellaba en el agua como una bala de cañón. En lugar de amainar, el viento se hizo más frío y les golpeó en la cara, mojada por la lluvia. Aunque iban protegidos con impermeables, el agua se las ingenió para colarse y les empapó la ropa interior.

Gunn le ofreció a su compañero un termo de café que había pasado de estar ardiendo a solo templado. Su almuerzo consistió en cuatro barritas de cereales. Todavía no habían empezado a pasar hambre, pero les faltaba muy poco.

—Tenemos que estar cerca —aseguró Gunn, mirando por los prismáticos—. No hay señal de que esta larga cicatriz se extienda más allá de esa roca grande que tenemos justo enfrente.

Giordino miró el gigantesco peñasco que sobresalía del costado de la pendiente.

—Será mejor que la cámara esté al otro lado —gruñó—. No me gustaría estar aquí cuando caiga la noche.

—No te preocupes. Nos quedan casi doce horas de luz diurna en este hemisferio.

—Se me acaba de ocurrir una cosa.

—¿El qué?

—Que somos los únicos seres humanos en un radio de tres mil kilómetros.

—Eso sí que es una noticia alegre.

—¿Qué pasaría si tuviéramos un accidente, resultásemos heridos y no pudiésemos salir de aquí con el avión? Aunque quisiéramos, no me atrevería a despegar con este

viento.

—Sandecker organizaría una operación de rescate en cuanto le avisásemos de nuestra situación. —Gunn hurgó en su bolsillo y extrajo un teléfono vía satélite Globalstar—. Basta con marcar su número.

—Mientras tanto, tendríamos que subsistir a base de estas coles asquerosas. No, gracias.

Gunn meneó la cabeza con gesto de resignación. Giordino era un quejica de campeonato, y pese a ello no existía mejor compañía que él en las situaciones adversas. Ninguno de los dos tenía miedo; solo les preocupaba la posibilidad de fracasar.

—En cuanto entremos en la cámara —dijo Gunn en voz alta para que Giordino lo oyera pese al viento—, nos libramos de la tormenta y nos secaremos.

No hizo falta más para convencer a Giordino.

—Entonces sigamos adelante —dijo levantándose—. Empiezo a sentirme como una fregona en un cubo de agua sucia.

Sin esperar a Gunn, avanzó unos cincuenta metros de sendero en dirección a la roca. La pendiente de la ladera se hizo más pronunciada y se convirtió en un precipicio que se erguía imponente ante ellos. Parte del sendero había desaparecido, por lo que se vieron obligados a avanzar con cuidado para rodear la roca. Una vez al otro lado, encontraron la entrada de la cámara bajo un arco erigido por la mano del hombre. La entrada era más pequeña de lo que creían, de alrededor de un metro ochenta de alto y un metro veinte de ancho, igual que el sendero. Se abría ante ellos como una boca negra y solemne.

—Ahí está, tal como la describió el coronel —dijo Gunn.

—Se supone que uno de los dos tiene que gritar «¡Eureka!» —exclamó Giordino, contento al fin de librarse del viento y la lluvia.

—No sé tú, pero yo pienso quitarme este impermeable y la mochila para estar más cómodo.

—Yo también.

Al cabo de unos minutos se habían desprendido de las mochilas y habían dejado los impermeables extendidos en el interior del túnel. Sacaron las linternas de las mochilas, tomaron un último sorbo de café y se adentraron en el corazón de la cripta subterránea. Las paredes estaban completamente lisas, sin protuberancias ni hendiduras de ninguna clase. El lugar tenía un halo extraño, acentuado por la oscuridad inquietante y el aullido cavernoso del viento que penetraba por la entrada.

Siguieron avanzando con una mezcla de curiosidad e inquietud, caminando tras el haz de sus linternas y preguntándose qué iban a encontrar. De repente, el túnel desembocó en una cámara cuadrada. Giordino se puso tenso y endureció la mirada cuando su linterna iluminó los restos de los huesos de un pie, un fémur, una cadera y

a continuación una caja torácica y una columna vertebral que terminaba en una calavera con restos de una cabellera pelirroja aún visibles. Los despojos de la ropa hecha jirones y mohosa todavía colgaban de los huesos.

—Me pregunto cómo llegó hasta aquí este pobre diablo —dijo Gunn, desconcertado.

Giordino barrió el resto de la sala con su linterna e iluminó una pequeña chimenea y varias herramientas y enseres, todos hechos a mano con madera y piedra volcánica. También se apreciaban restos de piel de foca y un montón de huesos en el rincón opuesto.

—A juzgar por lo que queda de este traje, yo diría que se trataba de un marino, un náufrago que vivió en la isla sabe Dios cuánto tiempo antes de morir.

—Qué raro que el coronel no lo mencionara —señaló Gunn.

—El *Madras* atracó en la isla para repostar agua después de que el temporal lo desviase de su ruta en 1779. Este pobre hombre debió de llegar a la isla más tarde. No creo que fondease ningún otro barco en la isla hasta cincuenta o cien años después.

—No quiero ni imaginarme lo terrible que debió de ser para él, solo en un horrible peñasco de piedra volcánica donde no deja de llover, sin esperanzas de que alguien acuda en su rescate y con la amenaza de una muerte solitaria.

—Construyó una chimenea —dijo Giordino—. ¿Qué crees que utilizó como leña para hacer fuego? En la isla no hay más que matorrales.

—Debió de quemar toda la maleza que encontró... —Gunn se arrodilló en el suelo y pasó la mano por las cenizas hasta que encontró algo. Levantó lo que parecían los restos de un carro de juguete con dos caballos carbonizados por el fuego—. Los objetos —dijo con tono lúgubre—. Debió de quemar los objetos de madera para calentarse. —Gunn enfocó con su linterna a Giordino y vio cómo en el rostro de éste empezaba a esbozarse una sonrisa—. ¿Qué te hace tanta gracia?

—Solo estaba pensando. ¿Cuántas de esas coles asquerosas crees que tuvo que comerse el pobre diablo?

—No sabrás qué gusto tienen hasta que las pruebes.

Giordino alumbró las paredes con su linterna y descubrió el mismo tipo de inscripciones que había visto brevemente en la cámara de Telluride. Un pedestal de obsidiana negra se erguía en el centro del suelo, donde la calavera negra había permanecido hasta que el coronel británico la sacó de allí. La luz también iluminó un derrumbe de rocas que cubrían la pared del fondo de la cámara.

—Me pregunto qué habrá al otro lado de ese montón de piedras.

—¿Otra pared?

—Puede que sí y puede que no. —Había un dejo de vaga certidumbre en la voz de Gunn.

Giordino había aprendido muchos años antes a confiar en la inteligencia e

intuición de su amigo Rudi Gunn.

—¿Crees que hay otro túnel al otro lado? —le preguntó.

—Sí.

—¡Mierda! —exclamó Giordino entre dientes—. Nuestros amigos de Telluride deben de haber estado aquí antes que nosotros.

—¿Qué te hace pensar eso?

Giordino paseó su linterna por el montículo de roca.

—Es el mismo *modus operandi*: les encanta volar los túneles con dinamita.

—No creo que sea ése el caso. Este derrumbamiento parece muy antiguo, considerando el polvo acumulado entre las rocas. Te apuesto mi paga extra de Navidad a que este derrumbe se produjo siglos antes de que el coronel o el náufrago pusieran los pies aquí dentro, y ninguno de los dos sintió la curiosidad de escarbar entre los escombros y ver qué había al otro lado. —Acto seguido, Gunn se encaramó a la pila de rocas y hurgó en ellas con su linterna—. A mí me parece un derrumbe natural. En realidad no es muy grueso, creo que tenemos posibilidades de traspasarlo.

—No estoy seguro de que mi testosterona esté preparada para esto.

—Cierra el pico y a cavar.

Resultó que Gunn estaba en lo cierto: el derrumbamiento no era demasiado macizo y Giordino, pese a sus protestas, trabajó como una mula. Puesto que era el más fuerte de los dos con diferencia, se encargó de las rocas más pesadas, mientras que Gunn se ocupaba de apartar a un lado las más pequeñas. Se movía con una determinación implacable al trasladar piedras de decenas de kilos como si fuesen de corcho. En menos de una hora ya habían abierto un boquete lo bastante grande para pasar al otro lado.

Como era el más menudo de los dos, Gunn pasó primero y luego se detuvo para alumbrar el espacio que se extendía ante sí.

—¿Qué ves? —preguntó Giordino.

—Un pasillo corto que conduce a otra cámara a menos de seis metros. —A continuación avanzó hasta el pasillo, se levantó, se sacudió el polvo de la ropa y apartó unas rocas más para que Giordino, con su espalda ancha, pudiese pasar con mayor facilidad. Vacilaron un momento, enfocando la cámara que tenían delante, en la que se veían unos reflejos extraños.

—Me alegro de haberte hecho caso —dijo Giordino al tiempo que avanzaba despacio.

—Tengo vibraciones positivas. Apuesto diez pavos a que somos los primeros en entrar ahí.

—Pese a mi escepticismo, creo que tienes razón.

Con una mezcla de aprensión y miedo cada vez más intenso, entraron en la segunda cámara e iluminaron las paredes y el suelo. No había ninguna inscripción,

pero se quedaron paralizados ante la impresionante escena que revelaron los haces de sus linternas, experimentando una sensación de sobrecogimiento casi religioso al ver las veinte figuras momificadas que estaban sentadas en asientos de piedra tallados en la roca. Las dos figuras que había frente a la entrada estaban en una plataforma de mayor altura que las demás, mientras que el resto estaban agrupadas a los lados formando una doble hilera.

—¿Dónde estamos? —preguntó Giordino con un hilo de voz, como si esperase que aquellas momias fuesen a levantarse de un momento a otro.

—En una tumba —contestó Gunn con vacilación—. Y muy antigua, por el aspecto de la ropa.

Las momias y el pelo negro que les salía del cráneo se mantenían en perfecto estado: tenían los rasgos faciales extraordinariamente intactos e iban vestidas de pies a cabeza, con los tonos rojo, azul y verde todavía perceptibles en los tejidos. Las dos momias del fondo estaban en sendos tronos de piedra con grabados muy elaborados que representaban distintas formas de vida marina. Sus trajes parecían más vistosos y sofisticados que los de los demás y en la frente llevaban unas cintas de cobre con dibujos exquisitamente grabados y con incrustaciones de lo que Gunn creyó reconocer como turquesas y ópalos negros. En la cabeza tenía unos enormes capirotes de forma cónica y vestían unas túnicas largas y elaboradas con delicadas conchas marinas mezcladas con discos de obsidiana y cobre cosidos formando exóticos dibujos desde el cuello hasta los pies, que llevaban enfundados, a su vez, en unos botines de cuero más bien holgados que les llegaban hasta la mitad de las pantorrillas.

Era evidente que los dos pertenecían a una jerarquía superior con respecto a los demás. El esqueleto de la izquierda era mayor que el de la derecha, y aunque todas las momias habían llevado el pelo largo en vida, era una sencilla cuestión de deducción el distinguir los hombres de las mujeres, pues los primeros tenían las mandíbulas y los arcos superciliares más prominentes que las mujeres. Curiosamente, las coronas y diademas eran del mismo tamaño, como si tuviesen igual poder. Todos los hombres estaban sentados a la derecha de la figura central formando una hilera en un ángulo. Todos vestían de forma similar, pero la urdimbre de sus trajes no era tan elegante, y las turquesas y los ópalos negros no eran tan abundantes. El mismo patrón se repetía en el caso de las mujeres sentadas a la izquierda de la momia más profusamente adornada.

Contra una pared había toda una fila de hermosas lanzas pulidas y con puntas de obsidiana. A los pies de cada esqueleto descansaban unos cuencos de cobre con tazas para beber y cucharas a juego. Tanto los cuencos como las cucharas tenían agujeros con correas de cuero, como para poder colgárselos del cuello o del hombro y como indicación de que aquella gente siempre llevaba consigo sus utensilios personales para comer. Junto a los asientos de piedra, en el suelo, había unas preciosas piezas de

cerámica, pulidas con deliciosos y delicados dibujos geométricos hechos a mano en la superficie, además de enormes urnas de cobre llenas de hojas y flores secas que debían de haber sido aromáticas en la época en que los muertos habían sido enterrados. Parecían obra de artesanos de gran talento.

Gunn examinó de cerca las momias y se maravilló ante el proceso de momificación, pues parecía técnicamente superior al de los egipcios.

—No hay señales de muerte violenta. Todos parecen haber muerto mientras dormían. Me parece increíble que todos vinieran a este lugar a morir juntos.

—Alguien tuvo que quedar vivo para sentarlos en la sillas —señaló Giordino.

—Eso es verdad. —Gunn hizo un movimiento con la mano para abarcar toda la habitación—. Fíjate en que no hay ninguno sentado en la misma posición: algunos tienen las manos en el regazo, otros en los brazos de los asientos... El rey y la reina, o sea cual fuere su estatus en vida, tienen la cabeza apoyada en una mano, como si estuviesen meditando sobre su destino.

—Te estás poniendo melodramático —farfulló Giordino.

—¿No te sientes como Howard Carter cuando vio por primera vez la tumba de Tutankamón?

—Howard tuvo suerte: encontró algo que nosotros no hemos encontrado.

—¿El qué?

—Mira alrededor; aquí no hay oro ni plata. Si esta gente tenía algo que ver con Tutankamón, debían de ser sus parientes pobres. Parece que el cobre era su metal más precioso.

—Me pregunto cuándo vinieron aquí a buscar el eterno descanso —dijo Gunn, pensando en voz alta.

—Pues no te preguntes cuándo sino por qué —espetó Giordino—. Sacaré la cámara de la mochila para fotografiarlo y luego marcharnos a casa. Husmear en las criptas funerarias no le sienta bien a mi delicado estómago.

Durante las siguientes cinco horas, mientras Giordino fotografiaba cada centímetro cuadrado de la cripta con su cámara, Gunn describía con detalle todo cuanto veía ante el micrófono de una grabadora. También catalogó cada objeto en una libreta. No tocaron absolutamente nada, y lo dejaron todo tal como estaba, en su sitio. Es posible que el esfuerzo que invirtieron no fuese el mismo que el que habría invertido un equipo de arqueólogos profesionales, pero para tratarse de un par de aficionados trabajando en condiciones difíciles, hicieron una labor encomiable. Sería tarea de otras personas, de los expertos en antropología, resolver los misterios e identificar a los ocupantes de la tumba.

Cuando terminaron, ya era última hora de la tarde. Tras regresar por la abertura del derrumbe y entrar en la cámara donde reposaba el esqueleto del náufrago, Gunn advirtió que Giordino no estaba con él. Regresó al punto en que el techo del túnel se

había derrumbado y lo encontró levantando piedras como un poseso, tratando de cerrar el boquete y sellar la entrada a la cámara mortuoria con buenos resultados.

—¿Para qué haces eso? —le preguntó.

Giordino se detuvo para mirarlo, empapado en sudor y cubierto de polvo.

—No pienso ponerle las cosas fáciles al siguiente que venga. Quien quiera entrar en esa tumba la próxima vez, tendrá que esforzarse tanto como nosotros.

Hicieron el camino de vuelta en un tiempo récord. La lluvia y el viento habían amainado y la mayor parte del trayecto era cuesta abajo, y solo los últimos cincuenta metros impusieron una escalada. Estaban a escasa distancia del aparato, sorteando un estrecho saliente, cuando de pronto una columna anaranjada de fuego resplandeció y atravesó el aire húmedo. No se oyó ningún trueno ensordecedor ni ningún chasquido estridente, sino que el ruido de la explosión pareció más bien como el de un petardo estallando en el interior de una lata. Entonces, con la misma rapidez con que había aparecido, la bola de fuego se apagó y dejó una columna de humo subiendo en espiral hacia los nubarrones grises.

Giordino y Gunn contemplaron con impotencia y estupor cómo su avión se abría de golpe como un melón al caer desde gran altura. Muchos fragmentos salieron disparados por los aires mientras la mayoría de los restos destrozados y humeantes del avión se volcaban sobre el saliente y rodaban por el acantilado, dejando un reguero de chatarra antes de caer en picado y estrellarse contra las olas que azotaban la isla.

El chirrido desgarrador del metal al chocar contra las rocas acabó por enmudecer y los dos hombres se quedaron paralizados, sin decir una sola palabra durante casi un minuto. Gunn estaba atónito, contemplando la escena sin dar crédito a sus ojos. La reacción de Giordino fue exactamente la contraria: estaba furioso, fuera de sí, con los puños apretados y la cara pálida de ira.

—Es imposible —murmuró Gunn al fin—. No hay ningún barco a la vista ni lugar donde pueda aterrizar otro aeroplano. Es imposible que alguien haya puesto una bomba en el avión y luego escapado sin que nos hayamos dado cuenta.

—Colocaron la bomba en el avión antes de que saliésemos de Ciudad del Cabo —explicó Giordino, con una voz fría como el hielo—. Programada para que estallase durante el vuelo de regreso.

Gunn lo miró con gesto perplejo.

—Esas horas que pasamos examinando la cripta...

—Nos han salvado la vida. Sean quienes sean los asesinos, no contaban con que encontrásemos nada de interés que nos retuviese más de una o dos horas, de modo que programaron el detonador con cuatro horas de adelanto.

—No me puedo creer que alguien más haya visto la cámara después del naufragio.

—Desde luego, no nuestros amigos de Telluride, porque de lo contrario habrían

destruido la primera cámara. Alguien dio el chivatazo de que íbamos a volar a la isla de Saint Paul y nosotros les hemos mostrado el camino. Ahora solo es cuestión de tiempo, antes de que lleguen para estudiar las inscripciones de la primera cámara.

Gunn concentró todos sus esfuerzos en adaptar su mente a las nuevas circunstancias.

—Tenemos que comunicarle al almirante nuestra situación.

—Hazlo en clave —sugirió Giordino—. Esos tipos son buenos. Apuesto diez contra uno a que tienen un dispositivo para espiar las conversaciones vía satélite. Es mejor que piensen que nos han comido los peces en el fondo del mar.

Gunn extrajo su teléfono Globalstar y estaba a punto de marcar cuando se le ocurrió una idea.

—Supón que los asesinos llegan aquí antes que el equipo de rescate del almirante.

—En ese caso será mejor que empecemos a practicar el lanzamiento de rocas cuanto antes, porque son la única arma con que contamos.

Casi con tristeza, Gunn lanzó una mirada alrededor del paisaje rocoso.

—Bueno, al menos no tendremos que preocuparnos de quedarnos sin munición.

El *Polar Storm*, con su equipo de científicos, había bordeado la península antártica y atravesado el mar de Weddell cuando llegó el mensaje de Sandecker ordenando al capitán Gillespie que interrumpiese temporalmente la expedición. Debía poner rumbo a toda máquina hacia la costa de *Prince Olav*, donde debía ponerse al paio de la base de investigación japonesa Syowa hasta próxima orden. Gillespie ordenó al jefe de máquinas y a sus hombres que pusiesen el enorme rompehielos a la máxima velocidad y estos casi logran lo imposible, forzando los motores hasta conseguir los veinte nudos, algo impresionante teniendo en cuenta que la velocidad máxima de la nave —tal como habían especificado sus constructores veintidós años antes— era de dieciocho nudos.

El capitán estaba muy satisfecho de que su viejo barco hubiese llegado a la zona estipulada ocho horas antes de lo previsto. El agua era demasiado profunda para arrojar el ancla, de modo que dirigió el barco hacia la orilla del hielo antes de dar la orden de parar motores. Gillespie notificó entonces a Sandecker que su barco había llegado a la base y que esperaba instrucciones.

La única respuesta fue muy concisa: «Espere ahí para recibir a un pasajero».

La espera sirvió a todo el mundo para ponerse al día con las tareas pendientes: los científicos analizando e introduciendo los datos de sus conclusiones en el ordenador y la tripulación realizando labores de reparación rutinaria.

No tuvieron que esperar demasiado.

La mañana del quinto día después de abandonar el mar de Weddell, Gillespie estaba examinando el hielo marino con sus prismáticos cuando vio surgir lentamente un helicóptero de una neblina matinal; el aparato volaba en línea recta hacia el *Polar Storm*. Ordenó a su segundo oficial que recibiese al helicóptero en la plataforma de aterrizaje de popa.

El aparato permaneció suspendido en el aire unos segundos y a continuación descendió sobre la plataforma. Un hombre con un maletín y una pequeña bolsa de tela saltó a cubierta e intercambió unas palabras con el segundo oficial. Luego se volvió y despidió con la mano al piloto que le había traído hasta allí. Las palas del rotor aumentaron la velocidad y el helicóptero se elevó en el aire helado, de regreso a casa, mientras Pitt entraba en el puente de mando del *Polar Storm*.

—Hola, Dan —saludó al capitán con entusiasmo—. Me alegro de verte.

—¡Dirk! ¿De dónde sales?

—Un avión de la fuerza aérea me ha llevado de Punta Arenas, por el estrecho de Magallanes a la base de investigación japonesa cercana y estos han tenido la amabilidad de traerme en su helicóptero al barco.

—¿Qué te trae por la Antártida?

—Un pequeño proyecto de investigación en la costa, un poco más abajo.

—Ya sabía yo que el almirante estaba tramando algo. No ha querido soltar prenda; ni siquiera me ha dado una pista de que eras tú.

—Tiene sus motivos. —Pitt dejó el maletín sobre la mesa, lo abrió y le dio a Gillespie un papel con una serie de coordenadas—. Éste es nuestro destino.

El capitán miró las coordenadas y estudió la carta de navegación correspondiente.

—La bahía de Stefansson —dijo despacio—. Está cerca, en la costa de Kemp, no muy lejos de las islas Hobbs. Ahí no hay nada interesante. Es el trozo de tierra más muerto que he visto en mi vida. ¿Qué estamos buscando?

—Los restos de un naufragio.

—¿Un barco naufragado bajo el hielo?

—No —respondió Pitt con una media sonrisa—. Un barco *dentro* del hielo.

La bahía de Stefansson parecía aún más desolada y remota de lo que Gillespie había descrito, sobre todo bajo un cielo encapotado y un mar sombrío, prisionero de los amenazadores bloques de hielo que lo jalonaban. El viento azotaba la nave a dentelladas, y Pitt empezó a pensar en el esfuerzo físico necesario para cruzar el hielo hasta alcanzar la costa del continente. Luego sintió una descarga de adrenalina al pensar en el descubrimiento de un barco en cuya cubierta nadie había puesto los pies desde 1858.

¿Seguiría allí?, se preguntó. ¿En el mismo lugar en que Roxanna Mender y su marido lo habían encontrado casi un siglo y medio antes? ¿O habría sido completamente aplastado por el hielo, o empujado al mar, donde habría acabado por hundirse en las aguas heladas?

Pitt encontró a Gillespie de pie en un ala del puente, mirando por los prismáticos un objeto invisible mucho más atrás de la estela del rompehielos.

—¿Buscando ballenas? —le preguntó.

—Submarinos alemanes —respondió Gillespie con naturalidad.

Pitt creyó que estaba bromeando.

—No hay muchas manadas de lobos en esta parte del mar.

—Solo uno. —Gillespie mantuvo los prismáticos pegados a los ojos—. El U-2015. Nos ha estado siguiendo desde que por poco chocamos con él hace diez días.

Pitt no dio crédito a lo que oía.

—¿Me estás hablando en serio?

Gillespie decidió apartar los prismáticos.

—Completamente en serio. —Acto seguido pasó a relatarle a Pitt el encuentro con el submarino—. Lo identifiqué por una vieja foto que tengo en mi biblioteca. No hay duda: es el U-2015, estoy seguro. Ahora bien, no me preguntes cómo ha sobrevivido todos estos años ni por qué está siguiéndonos. No tengo las respuestas; lo único que sé es que está ahí.

A lo largo de los años, Pitt había trabajado con el capitán en cuatro proyectos y lo consideraba uno de los hombres más dignos de confianza de la flota de barcos de investigación de la NUMA. No era ningún chiflado ni un mentiroso, sino un hombre serio y decidido sin tacha en su expediente. Nunca había habido ningún accidente ni contratiempo grave en una nave bajo su mando.

—¿Quién creería que después de todos estos años...? —La voz de Pitt se fue apagando. No estaba seguro de cómo seguir.

—Piensas que necesito una camisa de fuerza, ¿verdad? —dijo Gillespie con gesto grave—. Pero puedo demostrarlo: la señorita Evie Tan, quien se encuentra a bordo elaborando un reportaje sobre la expedición para una revista, tomó fotos del submarino cuando por poco lo arrollamos.

—¿Ves ahora mismo algún indicio de su presencia? —inquirió Pitt—. ¿El periscopio o el esnórkel?

—Se está haciendo el tímido y se queda en el fondo —respondió Gillespie.

—Entonces, ¿cómo estás tan seguro de que está ahí?

—Uno de nuestros científicos arrojó sus micrófonos acústicos submarinos, de los que emplea para grabar los sonidos de las ballenas, por la borda. Con el equipo de escucha seguimos durante un cuarto de milla detrás del barco. Luego paramos motores y fuimos a la deriva. No se trata de un submarino de ataque nuclear moderno capaz de deslizarse en silencio. Recogimos el ruido de sus motores con la misma nitidez que los ladridos de un perro.

—No es una mala idea, pero yo habría lanzado un globo aerostático con un magnetómetro incorporado.

Gillespie se echó a reír.

—Tampoco es mala idea. Pensamos en un sónar, pero para obtener una buena lectura hace falta disponer de un sensor en el costado, y eso nos parecía demasiado arriesgado. Espero que contigo a bordo encontremos algunas respuestas.

En el fondo del cerebro de Pitt se encendió una alarma. Empezaba a preguntarse si no había traspasado los límites de la realidad: la sola idea de considerar algún tipo de conexión entre los asesinos del Cuarto Imperio y el submarino alemán era del todo descabellada, y sin embargo no había nada que tuviese sentido en aquella trama inverosímil.

—Informa al almirante —ordenó Pitt—. Dile que tal vez necesitemos ayuda.

—¿Deberíamos hostigarlo? —preguntó Gillespie, refiriéndose al submarino—. ¿Volver sobre nuestros pasos y jugar al gato y al ratón?

Pitt negó con la cabeza.

—Me temo que nuestro fantasma tendrá que esperar; encontrar el *Madras* es nuestra prioridad absoluta.

—¿Se llamaba así?

Pitt asintió.

—Un barco de la Compañía de las Indias Occidentales perdido en 1779.

—¿Y crees que está atrapado en el hielo en algún lugar de la costa? —preguntó Gillespie.

—Espero que todavía siga allí.

—¿Qué hay a bordo de ese barco tan importante para la NUMA?

—Las respuestas a un enigma de la Antigüedad.

Gillespie no pidió más explicaciones; si eso era todo lo que Pitt iba a decirle, lo aceptaba. Su responsabilidad era para con el barco y las personas a bordo. Obedecería las órdenes de sus jefes en la NUMA sin cuestionarlas, a menos que fuesen en contra de la seguridad del *Polar Storm*.

—¿Cuánto quieres que me adentre en el hielo?

Pitt le entregó un papel.

—Te estaría muy agradecido si colocases el *Polar Storm* en esta posición.

Gillespie examinó los números un momento.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que utilicé la latitud y la longitud para navegar, pero me acercaré todo lo que pueda.

—Primero la brújula, luego el Loran y ahora el GPS. La próxima vez inventarán un instrumento de posicionamiento que te indicará a cuántos centímetros se encuentra el rollo de papel higiénico más cercano.

—¿Puedo preguntarte de dónde has sacado estos datos?

—Del diario de a bordo del *Paloverde*, un ballenero que hace mucho tiempo encontró el barco abandonado. Por desgracia, no hay garantías de la exactitud de sus cálculos.

—¿Sabes una cosa? —dijo Gillespie con nostalgia—: apuesto a que el capitán de ese viejo ballenero era capaz de alcanzar una posición al milímetro, mientras que yo tendría dificultades para obtener una aproximación de una milla.

El *Polar Storm* atravesó el manto flotante de hielo como un delantero atravesando la férrea defensa rival. Durante la primera milla, el hielo no medía más que treinta centímetros de espesor y la enorme proa reforzada vencía la capa gélida con facilidad pasmosa, pero cuanto más se acercaban a la costa, más gruesa era la capa de hielo, llegando a superar el metro de altura. Entonces la nave aminoraba la marcha hasta detenerse por completo, retrocedía un poco y luego arremetía de nuevo para abrir una grieta y un camino de quince metros de ancho hasta que el hielo se cerraba y le impedía avanzar más. Entonces repetían el proceso, embistiendo el hielo pertinaz con la proa una y otra vez.

Gillespie no observaba los efectos de aquella serie de embestidas, sino que estaba sentado en una silla giratoria estudiando la pantalla del sónar del barco, que enviaba señales sónicas al fondo marino. Las señales rebotaban e indicaban la distancia entre

la quilla de la nave y el fondo: estaban en aguas inexploradas, y el fondo no aparecía en las cartas de navegación.

Pitt se sentó a escasos metros de distancia, mirando con los prismáticos tintados de Gillespie, que reducían el reflejo del sol en el hielo. Los acantilados de hielo detrás de la costa alcanzaban los sesenta metros de altura antes de ceder paso a una ancha meseta. Recorrió con los prismáticos la base de los acantilados, tratando de localizar alguna señal del malogrado *Madras*. No había indicios: ni una popa congelada en el hielo ni mástiles irguiéndose entre los acantilados.

—¿El señor Pitt?

Se volvió y se encontró con un hombrecillo rechoncho y sonriente que debía rondar los cuarenta años de edad. Tenía la cara rosada como un querubín, con unos ojos verdes brillantes y una boca ancha que esbozaba una sonrisa torcida. Extendió una mano pequeña, casi delicada.

—¿Sí? —fue la lacónica respuesta de Pitt, sorprendido ante la firmeza de la mano que estrechaba la suya.

—Soy Ed Northrop, jefe del equipo de científicos y experto en glaciología. Creo que no he tenido el placer de conocerle.

—Doctor Northrop, he oído hablar mucho de usted al almirante Sandecker —respondió Pitt cortésmente.

—En términos positivos, espero —repuso Northrop, sonriendo.

—De hecho, nunca le ha perdonado que le llenara las botas de hielo durante una expedición al norte del mar de Bering.

—Jim es demasiado rencoroso: ¡de eso hace ya quince años!

—Tengo entendido que ha pasado muchos años en el Ártico y el Antártico.

—Llevo dieciocho años estudiando el hielo marino. Por cierto, me he ofrecido voluntario para acompañarlo.

—Se lo agradezco, pero preferiría ir solo.

Northrop asintió con la cabeza y cruzó las manos sobre su oronda barriga.

—No le vendrá mal tener al lado a un buen tipo capaz de leer el hielo... Además, tengo más resistencia de lo que parece.

—Eso son dos puntos a su favor.

—Nos acercamos al fondo —anunció Gillespie. A continuación llamó a la sala de máquinas—: Paren máquinas. Hemos llegado a nuestro destino. —Se volvió hacia Pitt—. Estamos justo en la latitud y la longitud que me indicaste.

—Gracias, Dan. Buen trabajo. Este debería ser el lugar aproximado donde el *Paloverde* se quedó atrapado en el hielo durante el invierno antártico de 1858.

Northrop contempló a través de los ventanales del puente de mando el hielo que se extendía desde el barco hasta la costa.

—Yo diría que son poco más de tres kilómetros. Un paseíto al fresco nos sentará

bien.

—¿No tienen motonieves a bordo?

—Lo siento, pero nuestro trabajo se desarrolla dentro de un radio de cien metros desde el barco. No vimos la necesidad de añadir vehículos de lujo al presupuesto del proyecto.

—¿Qué temperatura considera usted «fresca»?

—De cinco a diez grados bajo cero. Relativamente cálida para estos parajes.

—Me muero de ganas de dar ese paseo —replicó Pitt.

—Tiene suerte de que ahora sea otoño; en primavera hace muchísimo más frío.

—Prefiero los trópicos, con el calorcito de los vientos alisios y unas chicas preciosas en pareos balanceándose al ritmo de los tambores mientras se pone el sol...

—Su mirada ensoñadora se detuvo en una atractiva mujer de origen asiático que venía caminando directamente hacia él. La mujer sonrió y dijo:

—¿No exagera usted un poco?

—Soy de carácter exagerado.

—Tengo entendido que es Dirk Pitt. —Esbozó una sonrisa cordial.

—Eso espero. Y usted ha de ser Evie Tan. Dan Gillespie me ha dicho que está haciendo un reportaje fotográfico sobre la expedición.

—He leído muchas cosas sobre sus proezas. ¿Puedo entrevistarle cuando regrese de encontrar lo que está buscando?

Instintivamente, Pitt lanzó una mirada interrogadora a Gillespie, quien negó con la cabeza.

—No le he hablado a nadie de tu tarea.

Pitt le estrechó la mano.

—Será un placer concederle una entrevista, pero la naturaleza del proyecto debe mantenerse en secreto.

—¿Tiene implicaciones militares? —preguntó con gesto inocente.

Pitt captó su astuto intento de sonsacar información.

—No tiene nada que ver con actividades militares secretas ni con ningún galeón español cargado de tesoros ni con el abominable hombre de las nieves. De hecho, la historia es tan aburrida que dudo que ningún periodista que se precie pueda interesarse en ella. —A continuación se dirigió a Gillespie—. Parece que hemos dejado al submarino en la orilla de la plataforma de hielo.

—O eso —contestó el capitán— o nos han seguido por debajo del hielo.

—Los hombres ya están listos —anunció el primer oficial Bushey, dirigiéndose a Pitt.

—Voy enseguida.

La tripulación bajó la pasarela y deslizó tres trineos hasta el hielo, uno de ellos cargado con una caja de herramientas para cortar hielo. Los otros dos solo llevaban

cuerdas para sujetar los objetos que pudiesen encontrar. Pitt se detuvo en la nieve ligera de treinta centímetros de profundidad y miró a Gillespie, quien le había hecho una señal a un hombre del tamaño de un oso pardo.

—Voy a enviar a mi tercer oficial contigo y el doctor Northrop. Os presento a Ira Cox.

—Me alegro de conocerles —dijo Cox, que tenía una barba que le llegaba hasta el pecho y una voz cavernosa. No les tendió la mano, que llevaba enfundada en unos guantes árticos de dimensiones descomunales.

—¿Otro voluntario?

—Ha sido idea mía —explicó Gillespie—. No puedo permitir que uno de los hombres de confianza del almirante Sandecker se pasee solo por un campo de hielo impredecible. No pienso asumir esa responsabilidad. De este modo, si te encuentras con algún problema, tendrás más posibilidades de sobrevivir. Si os topáis con un oso polar, Cox lo destrozará en un abrir y cerrar de ojos.

—No hay osos polares en la Antártida.

Gillespie miró a Pitt y se encogió de hombros.

—¿Por qué correr el riesgo?

Pitt no protestó. En el fondo de su corazón, sabía que si ocurría lo peor, uno de aquellos hombres o los dos podrían salvarle la vida.

Cuando el otoño llega a la Antártida, los mares tormentosos rodean el continente, pero en cuanto llega el invierno y bajan las temperaturas, el agua se espesa en superficies de aspecto oleoso. Luego los fragmentos de hielo se unen entre sí para formar placas que se expanden y se funden antes de convertirse en témpanos de hielo cubiertos de nieve. Puesto que aquel año el hielo se había formado muy pronto, Pitt, Northrop y Cox avanzaban sin problemas por la superficie irregular pero suficientemente lisa. Rodearon varios montículos de hielo y dos icebergs que se habían alejado de la costa movidos por la corriente antes de congelarse en la masa flotante de hielo. Para Pitt, el témpano parecía una cama descuidada, llena de bultos y cubierta por una colcha blanca.

Avanzar por la nieve blanda de treinta centímetros no era un esfuerzo excesivo, de manera que no aflojaron la marcha en ningún momento. Northrop iba el primero, examinando el hielo a cada paso, atento a cualquier fractura o desviación. Caminaba sin la molestia del trineo, pues había insistido en que necesitaba mayor libertad de movimientos para inspeccionar el hielo. Atado a un trineo, Pitt seguía a Northrop, avanzando con facilidad con unos esquís de fondo que se había hecho enviar desde el hotel de su padre en Breckenbridge, Colorado. Cox iba detrás, calzado con unas raquetas de nieve y empujando dos trineos con desenvoltura, como si fueran de juguete.

Lo que había empezado como un hermoso día con un sol resplandeciente en un

cielo despejado fue estropeándose a medida que aparecieron nubes en el horizonte. Poco a poco el cielo fue tiñéndose de gris y el sol se transformó en una apagada esfera anaranjada. Empezó a nevar con suavidad y la visibilidad se redujo notablemente. Pitt hizo caso omiso de los síntomas de empeoramiento del tiempo y se negó a pensar en el agua gélida que había bajo sus pies. Siguió contemplando los acantilados que se erguían cada vez más imponentes a medida que se iban aproximando. Divisó las montañas Hansen, escarpadas y desprovistas de hielo, pero seguía sin ver signos de una forma oscura incrustada en la capa glacial. Empezó a sentirse como un intruso en aquel reino inmenso y remoto, completamente ajeno a la presencia humana.

Atravesaron el témpano y llegaron a la base de los acantilados de hielo en poco más de una hora. Gillespie siguió todos sus movimientos hasta que se detuvieron en la orilla del témpano, pues el equipo ártico de la NUMA de color turquesa hacía a los hombres fácilmente localizables en el paisaje blanco immaculado. El capitán leyó los informes meteorológicos por enésima vez: la nieve era suave y no soplabla viento, pero sabía muy bien que el panorama podía cambiar en cuestión de minutos. El factor desconocido era el viento, capaz de transformar un horizonte blanco y quieto en una ensordecedora tormenta de nieve sin previo aviso.

Gillespie cogió el teléfono vía satélite del barco y marcó un número, que le puso en contacto con Sandecker de inmediato.

—Están en tierra e iniciando la búsqueda —informó a su jefe.

—Gracias, Dan —respondió Sandecker—. Infórmame cuando regresen.

—Almirante, hay algo más: me temo que estamos viviendo una situación un tanto desconcertante. —A continuación le hizo un resumen de lo ocurrido con el submarino alemán. Cuando terminó, se produjo la pausa habitual mientras el almirante trataba de asimilar lo que acababa de escuchar.

—Yo me ocuparé de eso —se limitó a contestar al final.

Gillespie regresó al puente de mando y volvió a mirar con los prismáticos.

—Y todo esto por los restos de un naufragio —comentó entre dientes—. Será mejor que valga la pena.

En tierra, Pitt trataba de combatir el desánimo; era consciente de que la búsqueda de algo perdido hacía tanto tiempo no era cosa fácil. No había forma de determinar cuánto hielo se había acumulado a lo largo de ciento cincuenta años para envolver la totalidad del barco; por lo que sabía, el hielo podía haber alcanzado un espesor de cien metros. Utilizando el Polar Storm como punto de referencia, había diseñado una cuadrícula de casi tres kilómetros de lado bajo las paredes de hielo de los acantilados. Tanto Pitt como Cox usaban pequeñas unidades de GPS del tamaño de un paquete de cigarrillos para localizar su situación precisa en todo momento. Decidieron dividirse, dejando los trineos como punto de reunión. Pitt se dirigió a la izquierda, avanzando

con rapidez con sus esquís por la zona del témpano que se unía con los acantilados, mientras que Cox y Northrop se encaminaron hacia la derecha. Acordaron que cuando cada uno alcanzase la distancia de un par de kilómetros, regresarían al punto de partida.

Más rápido que los demás, Pitt fue el primero en regresar junto a los trineos. Después de inspeccionar palmo a palmo la parte inferior de las paredes de hielo tanto a la ida como a la vuelta, se sintió muy decepcionado de no encontrar ni rastro del Madras. Al cabo de media hora llegó el glaciólogo, que se echó de espaldas sobre un pequeño montículo de hielo, con los brazos y las piernas extendidos, recobrando el aliento y descansando sus rodillas y tobillos doloridos. Miró a Pitt a través de sus gafas de esquí de color bronce oscuro e hizo un gesto de derrota.

—Lo siento, Dirk, pero no he visto nada en el hielo que se pareciese a un barco antiguo.

—Tampoco yo —admitió Pitt.

—No puedo decirlo con certeza sin realizar las pruebas pertinentes, pero es muy posible que el hielo se haya fracturado y haya arrastrado la nave a mar abierto.

La voz apagada de Gillespie retumbó en un bolsillo de la chaqueta polar de Pitt, quien extrajo una radio portátil y respondió.

—Adelante, Dan, te recibo.

—Parece que se acerca una tormenta bastante fuerte —les advirtió—. Deberíais volver al barco lo antes posible.

—Muy bien. Hasta ahora, Dan.

Pitt se metió la radio en el bolsillo, miró hacia el hielo en dirección norte y solo vio un inmenso vacío.

—¿Dónde ha dejado a Cox?

Repentinamente preocupado, Northrop se incorporó y escrutó el hielo.

—Encontró una grieta en la pared de hielo y entró en ella. Pensé que la examinaría, saldría y me seguiría.

—Será mejor ir a buscarlo.

Pitt echó a andar ayudándose con los palos de esquí y siguió las huellas en la nieve, dos pares en la ida pero solo uno en la vuelta. El viento empezaba a arreciar y las diminutas partículas de hielo se espesaban como un velo aterciopelado. El sol había desaparecido por completo. En ese momento sintió una profunda admiración hacia Roxanna Mender; le pareció un milagro que hubiese sobrevivido a aquel frío extremo. De pronto se sorprendió esquiando bajo enormes riscos de hielo que se alzaban imponentes y por unos segundos tuvo la impresión de que la enorme masa le caería encima en cualquier momento.

Pese a los aullidos cada vez más intensos del viento, creyó oír un grito ahogado procedente de un punto no demasiado lejano. Se detuvo para escuchar con más

atención, esforzándose por perforar la barrera de niebla helada.

—¡Señor Pitt! ¡Por aquí!

Al principio, Pitt solo vio la faz gélida y blanca de la pared costera. Luego le pareció distinguir una mancha turquesa que le hacía señales desde una hendidura negra que partía en dos el acantilado. Pitt aplicó los palos de esquí en la nieve para darse impulso y avanzar más deprisa hacia Cox. Se sintió como Ronald Colman en *Horizontes perdidos*, luchando contra la tempestad en el túnel que lo llevaría hasta Shangri-la. En un momento estaba en medio de una vorágine de partículas de hielo y al cabo de un minuto llegó a una zona seca y silenciosa donde no soplaban el viento.

Se inclinó apoyándose en los palos de esquí y miró alrededor: se hallaba en una cueva de hielo que medía casi dos metros y medio de ancho y casi seis de alto formando un arco ojival. Iluminada por la luz procedente de la entrada, la oscuridad pasaba de un blanco ceniciento a un negro marfileño. La única nota de color era la ropa de Cox.

—Se avecina una violenta tormenta —le explicó Pitt, señalando con el pulgar hacia la entrada de la cueva—. Será mejor que regresemos al barco cuanto antes.

Cox se quitó las gafas y miró a Pitt con gesto estupefacto.

—¿Quiere irse?

—Aquí dentro se está muy calentito, pero no podemos perder tiempo...

—Creía que estaba buscando un barco antiguo.

—También yo lo creía —repuso Pitt con irritación.

Cox levantó una mano enguantada y señaló hacia arriba con el dedo índice.

Pitt levantó la mirada. Junto al techo de la grieta, una pequeña sección de la popa de un antiguo buque sobresalía del hielo.

Pitt regresó esquiando junto a Northrop y juntos arrastraron los tres trineos hasta la cueva de hielo. También informó a Gillespie de su descubrimiento y le aseguró que estaban cómodamente protegidos del mal tiempo.

Cox sacó las herramientas y puso manos a la obra, arremetiendo contra el hielo con un martillo y un cincel, esculpiendo los peldaños y asideros de una escalera que los conduciría hasta la parte expuesta del casco sepultado. Cuando Roxanna y su marido, el capitán Bradford Mender, habían subido a bordo del *Madras*, no había rastro de hielo en el puente de cubierta, pero en el transcurso de ciento cuarenta años, el hielo había cubierto por completo los restos del barco, hasta el punto de que el extremo superior de los mástiles estaba enterrado y ya no era visible.

—Es asombroso que se haya conservado tan bien —señaló Northrop—. Habría dicho que a estas alturas tendría que estar reducido a astillas.

—Lo cual demuestra que incluso los glaciólogos se equivocan —dijo Pitt.

—No, en serio, es un fenómeno que merece ser estudiado en profundidad. Las paredes de hielo de esta parte de la costa se han formado sin una sola fractura, y eso es del todo insólito. Tiene que haber una buena razón para que hayan crecido en altura sin expandirse hacia fuera.

Pitt miró a Cox, quien había esculpido los escalones que conducían a la popa expuesta.

—¿Cómo vas, Ira?

—La popa de madera está completamente congelada y se rompe con mucha facilidad. Una hora más bastará para abrir un boquete para poder pasar.

—Sobre todo, no se te ocurra apartarte de las cuadernas del barco, o de lo contrario la semana que viene todavía estarás cavando.

—Sé muy bien cómo está hecho un barco, señor Pitt —repuso Cox, un poco ofendido.

—Me doy por aludido —replicó Pitt en tono afable—. Si consigues que entremos dentro de cuarenta minutos, haré que el capitán Gillespie te dé un lazo azul por tu habilidad para esculpir el hielo.

Cox no era un hombre con quien se pudiese trabar amistad fácilmente y, de hecho, tenía muy pocos amigos a bordo del *Polar Storm*. Al principio había pensado que Pitt era el típico burócrata estirado del cuartel general de la NUMA, pero luego había comprobado que el jefe de proyectos especiales era un tipo realista y sensato, dotado de un peculiar sentido del humor. Lo cierto es que empezaba a caerle bien. Las esquirlas de hielo empezaron a salir disparadas como chispas.

Al cabo de treinta y cuatro minutos, Cox bajó por la escalera de hielo y anunció triunfante:

—He abierto una entrada, caballeros.

Pitt hizo una reverencia.

—Gracias, Ira. El general Lee habría estado orgulloso de ti.

Cox le devolvió la inclinación.

—Como siempre he dicho, más vale guardarse el dinero confederado. Nunca se sabe, el Sur puede sublevarse de nuevo.

—Creo que tienes razón.

Pitt trepó por los peldaños esculpidos y se deslizó por el agujero, pasando primero los pies. Sus botas tocaron la superficie de la cubierta un metro y veinte centímetros por debajo de la abertura. Se asomó a la oscuridad y descubrió que estaba en la cocina de popa.

—¿Qué ves? —le preguntó Northrop con entusiasmo.

—Una cocina helada —respondió Pitt. Se asomó por el casco—. Subid y traed las linternas.

Cox y Northrop se reunieron con él y le pasaron unas luces halógenas que iluminaron la zona circundante como si estuvieran en pleno día. Con la excepción del hollín en el tiro de encima del horno y la cocina de hierro fundido, no parecía haber sido utilizada jamás. Pitt abrió la portezuela del horno pero no halló restos de ceniza.

—Los estantes están vacíos —señaló Cox—. Debieron de comerse todo el papel, las latas y el vidrio.

—Bueno, tal vez el papel... —masculló Northrop.

—No nos separemos —sugirió Pitt—. Puede que uno de nosotros vea algo que no han visto los demás.

—¿Estamos buscando algo en concreto? —quiso saber Cox.

—Un almacén cerca de la bodega de popa, bajo el camarote del capitán.

—Yo diría que debería estar un par de cubiertas debajo de donde estamos.

—Esta ha de ser la cocina de los oficiales y los pasajeros. El camarote del capitán tiene que estar cerca. Vamos a buscar un pasillo más abajo.

Pitt cruzó una puerta e iluminó el comedor. La mesa, las sillas y los muebles estaban encerrados en una capa de hielo de casi tres centímetros de espesor. Bajo las luces halógenas, la habitación brilló como una araña de cristal. En el centro de la mesa había un juego de té intacto, como aguardando a que alguien quisiera utilizarlo.

—Aquí no hay ningún cadáver —señaló Northrop, aliviado.

—Todos murieron en sus camarotes —explicó Pitt—. Probablemente de una mezcla de hipotermia, inanición y escorbuto.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Cox.

Pitt enfocó una puerta más allá de la mesa de comedor.

—Ahí detrás deberíamos encontrar un pasillo que lleva a la cubierta inferior.

—¿Cómo sabes orientarte en un barco que tiene doscientos años?

—He estudiado los bocetos y los planos de los viejos mercantes ingleses. Aunque nunca había visto ninguno hasta ahora, me conozco al dedillo hasta el último rincón.

Bajaron por una escalera, resbalando en el hielo que recubría cada peldaño pero sin perder el equilibrio. Pitt los condujo hasta la popa y pasaron junto a un viejo cañón que parecía igual de nuevo que el día que había salido de la fundición. La puerta del almacén seguía abierta, tal como la habían dejado Roxanna y la tripulación del *Paloverde*.

Con la excitación corriéndole por las venas, Pitt entró en el almacén y recorrió el interior con su linterna.

Las cajas de embalaje seguían apiladas desde el suelo hasta el techo alrededor de los mamparos, exactamente igual que en 1858, la última vez que alguien las había visto. Había dos en la cubierta, con las tapas abiertas, y detrás de la puerta una urna de cobre yacía de costado, adonde había ido rodando cuando Mender y su tripulación abandonaron a toda prisa el barco al oír cómo el hielo empezaba a derretirse y resquebrajarse.

Pitt se arrodilló y empezó a sacar los objetos de las cajas con mimo y delicadeza, para dejarlos sobre la cubierta helada. En poco tiempo ya había reunido no solo un surtido de figurillas que representaban animales como perros, gatos, reses y leones, sino también esculturas de criaturas que no había visto en toda su vida. Algunas estaban esculpidas en cobre y muchas en bronce. También encontró figuras de personas, la mayoría de ellas mujeres con largas túnicas, con faldas completamente plisadas que les llegaban hasta unos pies calzados en unas extrañísimas botas. El pelo, esculpido con minucioso detalle, era largo hasta la cintura e iba recogido en trenzas, y los senos eran proporcionados y sencillos, sin exagerada turgencia.

En el fondo de las cajas había unos discos de cobre de poco más de un dedo de grosor y de un diámetro de doce centímetros, similares a las fichas de los casinos. Los discos llevaban grabados en ambas caras sesenta símbolos que Pitt reconoció como similares a los de la cámara de la mina El Paraíso. En el centro de los discos había jeroglíficos de un hombre a un lado y una mujer al otro. El hombre llevaba un gorro largo y puntiagudo, doblado en un lado, y una amplia capa que dejaba entrever un peto de metal y una minifalda similar a una falda escocesa. Iba sentado en un caballo de cuya frente sobresalía un cuerno y blandía una ancha espada con la que estaba cortando la cabeza de un lagarto monstruoso con unas fauces llenas de dientes de dimensiones descomunales.

La mujer al otro lado del disco iba vestida del mismo modo que el hombre, pero con más riqueza ornamental, como sargas de conchas de mar y de alguna especie de perlas. También iba sentada a horcajadas sobre un caballo que tenía un cuerno en la frente. En lugar de sostener una espada, estaba arrojándole una lanza a lo que Pitt reconoció como un macairodo, un animal extinguido miles de años antes.

La mente de Pitt erró hacia otro tiempo, hacia otro lugar, vago e impreciso, apenas perfilado en una suave nebulosa. Sosteniendo los discos en la mano, trató de percibir alguna clase de contacto con quienes los habían creado, pero la percepción extrasensorial no era una de sus habilidades: era un hombre con los pies y la cabeza en el momento presente, en el aquí y el ahora. No podía atravesar el muro invisible que separa el pasado del presente.

La voz con acento sureño de Cox interrumpió sus fantasías.

—¿Quiere que empecemos a cargar esas cajas en los trineos?

Pitt parpadeó, levantó la mirada y asintió con la cabeza.

—En cuanto vuelva a colocar las tapas, las llevaremos una por una a la cubierta superior y luego las bajaremos con una cuerda por el agujero que hiciste en el casco.

—Yo he contado veinticuatro cajas —dijo Northrop. Se acercó a una pila y, al coger una de las cajas, su rostro empezó a enrojecer y los ojos casi se le salieron de las órbitas. Cox le arrebató la caja y la levantó como si fuese un recién nacido.

—Será mejor que me deje a mí el trabajo duro, doctor.

—No sabes cuánto te lo agradezco, Ira —contestó Northrop, encantado de deshacerse de la caja, que debía de pesar casi cuarenta kilos.

Cox asumió la parte más extenuante del trabajo; echándose cada caja al hombro, la llevaba hasta la escalera junto a Pitt, quien entonces la ataba a una eslinga y la bajaba hasta uno de los trineos, donde Northrop la colocaba en su lugar. Cuando terminaron, cada uno de los trineos contenía ocho cajas.

Pitt se acercó a la entrada de la cueva y llamó al barco.

—¿Qué aspecto tiene la tormenta por ahí? —le preguntó a Gillespie.

—Según nuestro meteorólogo, debería terminar dentro de pocas horas.

—Los trineos están cargados con los objetos —dijo Pitt.

—¿Necesitáis ayuda?

—Cada trineo debe de pesar ahora mismo unos trescientos sesenta kilos. Aceptaría gustoso cualquier ayuda para transportarlos al *Polar Storm*.

—Esperad hasta que despeje un poco —repuso Gillespie—. Yo personalmente encabezaré el equipo de refuerzo.

—¿Estás seguro de que quieres venir aquí?

—No me perdería la oportunidad de pasearme por la cubierta de un barco del siglo XVIII ni por todo el coñac de Francia.

—Te presentaré al capitán.

—¿Has visto al capitán? —preguntó Gillespie con curiosidad.

—Todavía no, pero si Roxanna Mender no exageraba en su diario, debería estar tan fresco como un polo de limón.

El capitán Leigh Hunt seguía sentado al escritorio donde había muerto en 1779. Nada había cambiado desde entonces salvo la pequeña muesca en el hielo donde

antes estaba el cuaderno de bitácora, encima del escritorio. Con aire solemne, observaron al bebé en la cuna y a la señora Hunt, cuyas facciones tristes y delicadas estaban cubiertas por una capa de hielo de dos siglos de antigüedad. El perro era solo un montículo blanco.

Entraron en los camarotes, iluminando con sus luces halógenas los pasajeros muertos. Las mortajas de hielo emitían un brillo cegador que casi impedía ver los cuerpos. Pitt trató de imaginarse los últimos minutos de aquellos hombres y mujeres, pero la tragedia parecía tan dolorosa que era un pensamiento insoportable. Después de ver aquellas figuras de cera helada en la penumbra, rígidas bajo un manto de hielo, se hacía difícil imaginárselas como seres vivos y animados, capaces de respirar, dedicados a sus tareas cotidianas antes de morir en un lugar remoto. Las expresiones de algunos de aquellos rostros, desfigurados por el hielo, inspiraban un horror indescriptible. ¿Cuáles habrían sido sus últimos pensamientos, sin la esperanza de un posible rescate?

—Esto es una pesadilla —murmuró Northrop—, pero una pesadilla maravillosa.

Pitt le lanzó una mirada inquisitiva.

—¿Maravillosa?

—Es casi como un milagro: cuerpos humanos que se han conservado perfectamente, congelados en el tiempo. Piensa en lo que esto significa para la ciencia de la criogenización, piensa en la posibilidad de devolverlos a la vida...

La idea fue una sorpresa para Pitt. ¿Podría algún día la ciencia ofrecer a los pasajeros y la tripulación del *Madrás* la posibilidad de renacer?

—Piense en las inmensas posibilidades de reescribir la historia después de hablar con alguien muerto hace doscientos años que ahora regresa a la vida...

Northrop levantó los brazos en señal de resignación.

—¿Para qué soñar? Nosotros no seremos testigos de semejante milagro, ya habremos muerto.

—Probablemente no —dijo Pitt, contemplando la posibilidad—, pero ojalá pudiera ver la reacción de esta pobre gente cuando viesen en qué se ha convertido el mundo desde 1779.

La tormenta pasó y el viento cesó después de cuatro horas. Cox estaba sentado fuera de la cueva y agitaba como una bandera la lona amarilla que había cubierto las herramientas. Un grupo de figuras lo vieron y se dirigieron hacia la cueva a través del contorno irregular del hielo. Pitt contó diez puntos turquesa aproximándose por la superficie blanca de la masa flotante. Cuando estuvieron más cerca, Pitt vio que Gillespie encabezaba la expedición, y también reconoció a la pequeña figura que iba detrás de él: la periodista Evie Tan.

Al cabo de quince minutos, Gillespie se acercó a Pitt y sonrió.

—Hace un buen día para dar un paseo por el parque —dijo alegremente.

—Bienvenidos al museo de antigüedades marinas de la Antártida —los recibió Pitt, haciendo pasar al capitán al interior de la cueva y señalando el casco de la nave, arriba—. Cuidado con los escalones de hielo que Ira ha esculpido tan hábilmente.

Mientras Pitt y Gillespie daban una vuelta por el *Madrás* con Evie, quien utilizó diez carretes de fotos, registrando el interior de la vieja nave y sus muertos, Cox y Northrop ayudaron a la tripulación del *Polar Storm* a tirar de los trineos y de su vetusta carga de vuelta al rompehielos.

A Pitt le hizo mucha gracia ver cómo Evie se bajaba la cremallera de su enorme parka, se subía el grueso jersey de lana que llevaba debajo y se metía los carretes de fotos en los calzoncillos largos de su ropa interior. La mujer lo miró y sonrió.

—Protege la película del frío extremo.

Jake Bushey, el primer oficial del *Polar Storm*, llamó a Gillespie por la radio portátil. El capitán permaneció a la escucha unos instantes y luego se metió la radio en el bolsillo. Pitt supo por su expresión que no estaba de buen humor.

—Tenemos que volver al barco.

—¿Se avecina otra tormenta? —preguntó Evie. Negó con la cabeza.

—El submarino alemán —contestó en tono grave—. Ha salido a la superficie a menos de una milla del *Polar Storm*.

Cuando se acercaron al barco, más allá de éste, sobre la superficie del hielo, vieron claramente el contorno negro y en forma de ballena del submarino. Al acercarse un poco más, distinguieron unas figuras de pie en la torre mientras otras salían del interior del casco y se agolpaban alrededor de los cañones. El submarino había emergido a solo cuatrocientos metros del *Polar Storm*.

Gillespie llamó a su primer oficial por radio.

—¡Bushey!

—A sus órdenes, señor.

—Cierre las compuertas herméticas y ordene a toda la tripulación y los científicos que se pongan los chalecos salvavidas.

—Sí, señor —contestó Bushey—. Activando las compuertas herméticas.

—Ese barco fantasma es como una maldición —murmuró Gillespie—. Nos ha contagiado su mala suerte.

—No seas tan pesimista —dijo Pitt—. Es imposible que un submarino dispare un torpedo a través del hielo.

—Eso es verdad, pero sigue teniendo cañones.

La alarma alertando a las personas a bordo del cierre de las compuertas retumbó en el aire helado y atravesó el hielo mientras Pitt y los demás echaban a correr hacia el barco. La nieve se había reblandecido por el paso de los trineos y su pesada carga, que habían dejado un rastro muy fácil de seguir. Varios miembros de la tripulación los esperaban de pie junto a la plancha, haciéndoles señas de que se dieran prisa.

El capitán volvió a utilizar la radio.

—Bushey, ¿el submarino ha intentado establecer contacto?

—No, señor. ¿Quiere que lo intente yo?

Gillespie reflexionó un momento.

—No, todavía no, pero *estate* atento a cualquier movimiento sospechoso.

—¿Estableciste contacto con el comandante del submarino durante la travesía desde la Península? —preguntó Pitt.

—Lo intenté dos veces, pero hicieron caso omiso de mis peticiones de identificación.

Gillespie no apartó los ojos del submarino.

—¿Qué dijo el almirante cuando le informaste?

—Que él se ocuparía del asunto.

—Cuando el almirante dice una cosa, puedes estar seguro de que va a cumplirla. —Pitt hizo una pausa y se quedó pensativo—. Dile a Jake que envíe un mensaje al submarino advirtiéndole al comandante que tu barco ha depositado varios dispositivos de explosivos sísmicos submarinos bajo el hielo en la posición exacta en que ha

salido a la superficie.

—¿Y qué esperas conseguir con esa mentira?

—Entretenerlos. Sea cual sea el plan que esté maquinando Sandecker, necesitará tiempo para ponerlo en práctica.

—Seguramente estarán escuchando todo cuanto decimos por radio.

—Cuento con eso —repuso Pitt, sonriendo.

—Si operan contra las naves de transporte aisladas, como en la Segunda Guerra Mundial, habrán interferido todas nuestras transmisiones vía satélite.

—Creo que también podemos contar con eso.

Aún les separaban cien metros del barco. Gillespie pulsó el botón de transmisión de su radio.

—Bushey, escúchame con atención. —Acto seguido le dijo a su segundo qué decir y qué hacer, con la seguridad de que el submarino estaba escuchando su transmisión.

Bushey no cuestionó las órdenes de su superior ni tampoco mostró la menor vacilación.

—Entendido, capitán. Me pondré en contacto con la nave de inmediato y les avisaré.

—Tienes un primer oficial estupendo —señaló Pitt con admiración.

—El mejor —convino Gillespie.

—Esperaremos diez minutos, luego nos inventaremos otra patraña y rezaremos porque el comandante del submarino sea un tipo ingenuo y crédulo.

—Aligeremos el paso —sugirió Gillespie, impaciente.

Pitt se volvió hacia Evie Tan, que estaba jadeando.

—¿Por qué no me deja al menos que le lleve el equipo fotográfico?

La mujer negó con la cabeza.

—Los fotógrafos siempre llevamos nuestro propio equipo, no pasa nada. Ustedes sigan. Ya los alcanzaré en el barco.

—Detesto parecer descortés, pero tengo que llegar a bordo lo antes posible —explicó Gillespie.

—Adelántate tú —le dijo Pitt—. Nos veremos a bordo.

El capitán se alejó a todo correr. Pitt le había insistido a Evie para que utilizase sus esquís en la cueva de hielo, pero ésta se había negado en redondo, indignada. Ahora, a regañadientes, se dejó convencer de que le sujetase los pies a las fijaciones. A continuación le dio los palos.

—Vaya usted delante; yo quiero ver el submarino un poco más de cerca.

Después de enviar a Evie al barco, Pitt se desplazó en diagonal hasta colocarse a cincuenta metros de la popa de la nave, observando el submarino en la distancia, sobre el hielo. Vio con toda claridad a la tripulación manipulando el cañón y a los

oficiales apoyados en el parapeto de la torre. No llevaban el uniforme estándar de los *unterseeboot* nazis, sino que iban vestidos con un ajustado mono negro de pies a cabeza, específicamente diseñado para protegerlos del frío.

Pitt se detuvo en un punto donde la tripulación pudiera verlo con claridad y apretó el botón de transmisión de su radio portátil.

—Quiero hablar con el comandante del U-2015. Me llamo Pitt y pueden verme de pie a popa del *Polar Storm*. —Dejó que asimilaran aquellas palabras antes de continuar—. Sé muy bien quiénes son ustedes, ¿me comprende?

En la radio se oyeron unas interferencias que al poco fueron reemplazadas por una voz amigable.

—Sí, señor Pitt. Le habla el comandante del U-2015. ¿En qué puedo ayudarle?

—Le he dado mi nombre, comandante. ¿Cuál es el suyo?

—No es necesario que lo sepa.

—Sí —dijo Pitt con tranquilidad—, eso me imaginaba. Sus amigotes del Nuevo Destino, ¿o debería decir del Cuarto Imperio?, están obsesionados con llevarlo todo en secreto; pero no se preocupe, le prometo no decir una sola palabra acerca de su asquerosa banda de asesinos, siempre y cuando se lleve esa masa de chatarra nostálgica sacada de un geriátrico y se largue de aquí de inmediato.

Era un golpe de efecto, pura especulación a lo sumo, pero el largo silencio que siguió a sus palabras le dijo a Pitt que había dado en el clavo. Transcurrió un minuto completo antes de que la voz del comandante del submarino sonara de nuevo por la radio.

—De modo que es usted el ubicuo Dirk Pitt.

—Así es —respondió Pitt, experimentando una sensación de triunfo por haber pulsado la tecla correcta—. No sabía que mi fama hubiese llegado tan lejos.

—Veo que no ha tardado mucho en llegar a la Antártida desde Colorado.

—Habría llegado antes, pero tuve que ocuparme de los cuerpos de varios de sus amigos.

—¿Acaso está poniendo a prueba mi paciencia, señor Pitt?

La conversación se estaba convirtiendo en una escalada de violencia, pero Pitt siguió provocando al comandante del U-2015 para ganar tiempo.

—No, solo quiero que me dé alguna explicación que justifique su extraño comportamiento. En lugar de atacar un barco de investigación oceanográfica indefenso debería estar en el Atlántico Norte torpedeando barcos mercantes.

—Cesamos las hostilidades en abril de 1945.

A Pitt no le gustaba el aspecto de la ametralladora instalada en la sección delantera de la torre, que apuntaba en su dirección. Sabía que se le acababa el tiempo y estaba seguro de que la intención del submarino era destruir el *Polar Storm* y a todas las personas a bordo.

—¿Y cuándo inauguraron el Cuarto Reich?

—No veo razón alguna para continuar con esta conversación, señor Pitt. —La voz era igual de inexpresiva que la de un locutor de noticias leyendo el boletín meteorológico—. Adiós.

A Pitt no le hizo falta un comunicado por escrito para saber lo que ocurriría a continuación. Se arrojó detrás de un montículo de hielo en el preciso instante en que la ametralladora abrió fuego. La lluvia de balas perforó el aire y provocó ruidos sibilantes al dar contra el hielo. Pitt permaneció acurrucado tras el montículo, sin posibilidad de moverse y fue entonces cuando, por primera vez, lamentó llevar puesto el equipo turquesa de la NUMA. Su color chillón lo convertía en un blanco perfecto.

Desde donde estaba, podía levantar la mirada hacia el Polar Storm, tan lejos y sin embargo tan cerca. Empezó a desprenderse de la ropa hasta quedarse solo con un suéter y unos pantalones de lana. Las botas iban a ser un obstáculo para moverse con agilidad, de modo que se las quitó y se quedó solo con sus calcetines térmicos. La lluvia de balas cesó; el artillero seguramente se estaba preguntando si había alcanzado a Pitt. Éste se puso un poco de nieve en la cabeza para que su pelo negro no fuese tan evidente. A continuación se asomó por un reborde del montículo. El artillero estaba apoyado en su arma, pero el comandante del submarino estaba mirando con los prismáticos en la dirección de Pitt. Al cabo de unos minutos, vio al comandante volverse y señalar con la mano hacia el barco y acto seguido, el artillero movió su ametralladora en la dirección que le indicaba su capitán.

Pitt inspiró hondo y echó a correr por el hielo, avanzando en zigzag casi con la misma agilidad de años atrás, cuando jugaba como quarterback en la academia aeronáutica, aunque esta vez no estaba Al Giordino para cubrirlo. El hielo le acuchilló los calcetines y le hirió la planta de los pies, pero hizo caso omiso del dolor.

Ya había recorrido treinta metros cuando la tripulación del submarino se percató de su carrera y abrió fuego de nuevo, pero esta vez los proyectiles le pasaron por encima. Cuando corrigieron la trayectoria, ya era demasiado tarde; se había agazapado tras el Polar Storm un segundo antes de que las balas chocaran contra el acero y descascarillaran la pintura como un enjambre de abejas furiosas.

Una vez a salvo, se detuvo para recuperar el aliento. Habían subido la plancha y Gillespie había ordenado un giro de ciento ochenta grados a toda máquina, pero le arrojaron una escala de cuerda que Pitt asió con todas sus fuerzas mientras la nave iba tomando velocidad. Empezó a trepar justo cuando los trozos de hielo que la proa del barco iba apartando le rozaron los pies.

En cuanto alcanzó la borda, Cox lo ayudó a subir y llegar a la cubierta.

—Bienvenido de nuevo —le dijo con una amplia sonrisa.

—Gracias, Ira —contestó Pitt, jadeando.

—El capitán quiere verle en el puente de mando.

Pitt se limitó a asentir con la cabeza y echó a andar en dirección a la escalera que llevaba hasta el puente.

—¿Señor Pitt?

—¿Sí? —dijo, volviéndose.

Cox señaló con la cabeza las huellas de sangre que Pitt iba dejando sobre la cubierta.

—Será mejor que le diga al médico que le eche un vistazo a sus pies.

—Eso haré.

De pie en el ala del puente, Gillespie estaba estudiando el submarino, con su casco negro y rígido flotando en medio del hielo donde había emergido. Se volvió cuando Pitt apareció por la escalera.

—Veo que has tenido un encuentro desagradable.

—Debe de ser por algo que he dicho.

—Sí, he oído vuestra conversación.

—¿Se ha puesto en contacto contigo el comandante?

Gillespie negó con la cabeza.

—Ni una palabra.

—¿Y puedes comunicarte con el mundo exterior?

—No, tal como sospechábamos, ha interferido todas las comunicaciones por satélite.

Pitt se quedó observando el submarino.

—Me pregunto a qué espera.

—Si estuviera en su lugar, esperaría hasta que el *Polar Storm* diese la vuelta y se dirigiera a mar abierto. Entonces seremos un blanco fácil.

—Pues en ese caso, no debe de faltar mucho para que actúen —señaló Pitt con aire pesimista.

Como si hubiese leído el pensamiento del comandante del submarino, vio una bocanada de humo en el tubo del cañón seguida por una explosión que hizo impacto en el hielo justo detrás de la popa del rompehielos.

—Nos hemos salvado por los pelos —murmuró Bushey, frente al timón.

Evie, que estaba en la puerta del puente, los miraba con gesto perplejo.

—¿Por qué nos disparan?

—¡Baje ahora mismo! —le gritó el capitán—. Quiero que todo el equipo técnico de la tripulación, los científicos y los pasajeros permanezcan abajo.

Con actitud rebelde, Evie sacó varias fotos del submarino con su cámara antes de bajar a la parte más segura del barco. Tuvo lugar una segunda detonación, pero esta vez se oyó un ruido distinto: el proyectil acertó a la plataforma de helicópteros de popa y la convirtió en una masa humeante de escombros. Al poco, otro proyectil pasó silbando por el aire helado, y destrozó el conducto de ventilación del barco con un

ruido ensordecedor. El *Polar Storm* se estremeció y pareció vacilar unos instantes, hasta que con gran esfuerzo reanudó su marcha a través del hielo.

—Nos estamos alejando —señaló Cox.

—Sí, pero todavía nos falta mucho para estar fuera de alcance —repuso Pitt—, y aun entonces, se puede sumergir y perseguirnos.

La ametralladora del submarino abrió fuego de nuevo y sus proyectiles taladraron una línea irregular en la popa del rompehielos y en la superestructura delantera hasta llegar a los ventanales del puente de mando y hacerlos añicos. Las balas destrozaron por completo el puente, aniquilando cualquier cosa que estuviese a más de seis palmos del suelo. Pitt, Gillespie y Cox se tiraron al suelo instintivamente y permanecieron tumbados boca abajo, pero Bushey no reaccionó a tiempo. Una primera bala le atravesó el hombro y una segunda le arañó la mandíbula.

El cañón del submarino disparó de nuevo e hizo impacto en la popa del puente, en el comedor, un golpe feroz que destrozó el mamparo e hizo temblar al *Polar Storm* de proa a popa. La sacudida hizo que todo se moviese, y todos los hombres que había en el puente de mando empezaron a rodar por la cubierta como muñecas de trapo: el impacto arrojó a Gillespie y Cox contra la mesa de las cartas de navegación, mientras que Bushey, que ya estaba en el suelo, fue a parar bajo los restos destrozados de la cabina del timón.

Pitt acabó con medio cuerpo fuera de la puerta que daba al ala del puente de mando, pero logró ponerse en pie, sin molestarse en contar los moratones y cortes producidos por los cristales rotos. Un humo acre le anegaba las fosas nasales y le zumbaban los oídos, de manera que no oía nada más. Se acercó con paso vacilante a Gillespie y se arrodilló a su lado. La explosión lo había hecho estrellarse contra la mesa de las cartas de navegación y tenía rotas tres costillas, tal vez cuatro. Le sangraban los oídos y también se veía sangre resbalándole por una pierna de los pantalones. El capitán tenía los ojos abiertos pero vidriosos.

—Mi barco... —gimió suavemente—. Esos cabrones han destrozado mi barco.

—No te muevas —le ordenó Pitt—. Podrías tener lesiones internas.

—¿Qué diablos pasa ahí arriba? —Era la voz del jefe de máquinas, amortiguada por el fragor de la sala de máquinas, que se oía a través del único altavoz que seguía en funcionamiento.

Pitt cogió el teléfono interno.

—Nos está atacando un submarino. Sáquenos de aquí a toda máquina; necesitamos la máxima potencia para salir de su alcance antes de que nos reduzca a cenizas.

—Aquí abajo tenemos daños y heridos.

—Pues será mucho peor si no salimos de aquí a todo gas —le aclaró Pitt.

—Jake —gimió Gillespie—. ¿Dónde está Jake?

El primer oficial permanecía tumbado en el suelo, sangrando e inconsciente, con Cox a su lado, muy aturdido.

—Está fuera de combate —se limitó a contestar Pitt—. ¿Quién es el siguiente en la escala de mandos?

—Joe Bascom era mi segundo oficial, pero regresó a Estados Unidos cuando estábamos en Montevideo porque su mujer iba dar a luz. Llama a Cox.

Pitt le hizo señas al tercer oficial.

—Ira, el capitán te necesita.

—¿Hemos dado ya toda la vuelta? —preguntó Gillespie.

Cox asintió.

—Sí, señor, estamos saliendo de la masa flotante de hielo con rumbo cero-cinco-cero.

Mientras, Pitt contemplaba el submarino con fascinación hipnótica, esperando sin siquiera pestañear al siguiente proyectil. No tuvo que esperar demasiado: en ese momento, un impacto destruyó el bote salvavidas de estribor, una lancha enorme capaz de transportar a sesenta personas, y su onda expansiva hizo que el barco se tambalease a babor entre convulsiones y sacudidas, antes de volar el mamparo que separaba la cubierta de la cocina. Se produjo un remolino de llamas y humo entre astillas y restos carbonizados del bote: muy pronto, la totalidad de la cubierta de estribor estaba en llamas, y el fuego se propagaba a través de las grietas destrozadas en la cubierta y el mamparo.

Antes de que nadie pudiese reponerse, otro proyectil provocó una serie de explosiones *in crescendo* que por poco destrozan la proa, arrojando las cadenas del ancla por los aires como si fuera un molinillo. Pese a todo, el *Polar Storm* siguió avanzando.

El barco estaba aumentando rápidamente su distancia del submarino, de tal forma que la ametralladora perdió eficacia y enmudeció. Sin embargo, la distancia no era todavía suficiente; cuando la tripulación del submarino se dio cuenta de que cabía la posibilidad de que el rompehielos escapara de su alcance, redobló sus esfuerzos para disparar el cañón. Los disparos se producían cada quince segundos, pero no todos alcanzaban al barco. El aumento de la velocidad hacía menos preciso el objetivo, pero uno de los proyectiles arrancó el radar y el mástil de la radio.

El ataque y la destrucción habían ocurrido tan deprisa que Gillespie no tuvo tiempo de considerar la posibilidad de rendirse, entregando la nave para salvar los que se hallaban a bordo. Sin embargo, Pitt sabía que no había tal posibilidad, que el Cuarto Imperio no iba a permitir que ninguno de ellos saliese con vida. Su objetivo consistía en que todos muriesen, con sus cadáveres sepultados en el interior del rompehielos mientras éste se hundía, a trescientos metros de profundidad en aquel gélido mar.

A medida que el *Polar Storm* se acercaba a mar abierto, el hielo se iba haciendo menos denso y la maltrecha nave daba bandazos a través del témpano, destrozándolo bajo su proa, con los motores vibrando y las hélices sacudiendo las aguas. Pitt sopesó la posibilidad de poner rumbo hacia el submarino y estrellar la nave contra él, pero la distancia era demasiado grande: el barco no solo tendría que sufrir las consecuencias de una nueva lluvia de proyectiles disparados a quemarropa, sino que además el submarino conseguiría sumergirse antes de que el *Polar Storm* lo alcanzase.

El bote salvavidas de estribor era poco más que un montón de astillas carbonizadas. El humo salía por los boquetes abiertos por los proyectiles, pero mientras la sala de máquinas no sufriese ningún golpe mortal, el *Polar Storm* podría seguir avanzando. El puente era un vertedero de escombros y cristales rotos, decorado en algunos sitios con manchas de sangre roja.

—¡Otro cuarto de milla y estaremos fuera de su alcance! —exclamó Pitt.

—Mantened la velocidad —ordenó Gillespie, incorporándose con gesto dolorido para sentarse, apoyando la espalda contra la mesa.

—Los mandos electrónicos no funcionan —le informó Cox—. El timón está encallado y es imposible controlarlo. Me temo que estamos describiendo un círculo, volviendo hacia ese maldito submarino.

—¿Algún herido? —preguntó Gillespie.

—Al parecer, los científicos y la mayor parte de la tripulación están ilesos —respondió Pitt—. La zona del barco en que se refugiaron sigue intacta.

—Menudo combate... —murmuró Cox con un labio sangrante—. Ni siquiera les podemos lanzar bolas de nieve...

El cielo se desgarró de nuevo. Un proyectil perforante penetró en el casco, atravesó la sala de máquinas y dañó los cables eléctricos y los conductos de combustible antes de estrellarse contra el otro lado sin hacer explosión. Ningún hombre de la sala de máquinas resultó herido, pero el daño ya estaba hecho: los enormes motores diésel perdieron revoluciones y se pararon.

—El último impacto ha reventado los conductos de combustible —gritó el jefe de máquinas por el altavoz.

—¿Puede repararlos? —inquirió Cox con desesperación.

—Creo que sí.

—¿Cuánto tardará?

—Dos horas, puede que tres.

Cox miró a Pitt, quien se volvió y miró al submarino.

—Se acabó lo que se daba —sentenció Cox.

—Eso parece. —El tono de Pitt era grave—. Pueden quedarse ahí y molernos a cañonazos hasta dejar un agujero en el hielo. Será mejor que des la orden de abandonar el barco, Dan. A lo mejor parte de la tripulación y los científicos pueden

llegar al témpano y refugiarse en la cueva de hielo hasta que lleguen los refuerzos.

Gillespie se limpió un hilo de sangre de la mejilla y asintió.

—Ira, pásame el teléfono del barco.

Pitt salió con aire derrotado al ala del puente, que parecía haber sido destrozada por una bola de demolición. Miró a popa hacia las barras y estrellas, que ondeaban con actitud desafiante. Luego levantó la mirada hacia la bandera turquesa de la NUMA, que se agitaba al compás de la brisa marina. Al final, volvió a concentrar su atención en el submarino. Vio un destello en la boca del cañón y oyó el silbido del proyectil entre el mástil del radar y el conducto de ventilación destrozado, explotando en el hielo cien metros más allá. Se trataba solo de un aplazamiento, y Pitt lo sabía perfectamente.

A continuación, un fogonazo que vio con el rabillo del ojo lo obligó a mirar de nuevo al submarino, y exhaló de pronto un suspiro de alivio al ver una diminuta columna de humo blanco y fuego elevarse en el cielo azul.

A diez millas de distancia, un misil tierra-tierra hizo su aparición en el cielo, alcanzó su cenit y luego se abatió con precisión infalible sobre el submarino. Si un momento antes el submarino estaba flotando en el hielo, al minuto siguiente estaba envuelto en una espectacular cortina de llamas que se hinchaban como un hongo gigantesco bajo un techo de nubarrones grises. El casco del submarino se partió en dos y la proa y la popa se elevaron hacia el cielo como entes completamente separados. En el centro de la nave se veía un torbellino de fuego y humo, y se formó una nube de vapor cuando una última lengua de fuego arrasó el hielo circundante. Acto seguido, el submarino desapareció tragado por las aguas.

Todo sucedió tan rápido que Pitt no podía creer lo que habían visto sus ojos.

—Se ha hundido —murmuró boquiabierto.

Una voz en los altavoces interrumpió el apabullante silencio que se hizo después del hundimiento del submarino.

—*Polar Storm*, ¿me reciben?

Pitt agarró el micrófono de la radio.

—Le recibimos, buen samaritano.

—Les habla el capitán Evan Cunningham, comandante del submarino nuclear Tucson, de la marina de Estados Unidos. Lamento no haber podido llegar antes.

—Más vale tarde que nunca, y nunca mejor dicho, se lo aseguro —respondió Pitt—. ¿Puede prestarnos su equipo de control de daños? Tenemos serios problemas.

—¿Están haciendo agua?

—No, pero la superestructura está muy dañada, y la sala de máquinas ha recibido un fuerte impacto.

—Mandaré un equipo inmediatamente. Llegaremos dentro de veinte minutos.

—Les recibiremos con champán y caviar.

—¿De dónde han salido? —preguntó Cox con perplejidad.

—El almirante Sandecker —contestó Pitt—. Debe de haberse puesto en contacto con el jefe de Estado Mayor de la marina.

—Ahora que el submarino ya no interfiere nuestras señales del satélite... —empezó Gillespie, interrumpiéndose para respirar— propongo que llames al almirante. Querrá un informe de nuestros daños y víctimas.

Cox estaba ayudando a Bushey, quien parecía estar recuperando el conocimiento.

—Me ocuparé de ello —le aseguró Pitt al capitán—. Tú descansa hasta que lleguemos a la enfermería y te vea el médico.

—¿Cómo está Bushey?

—Se pondrá bien. Tiene una herida muy fea, pero volverá a andar en un par de semanas. Tú has sufrido más que cualquier otra persona a bordo.

—Y le doy gracias a Dios por eso —dijo Gillespie con valentía, entre jadeos.

Mientras Pitt marcaba el número del cuartel general de la NUMA en Washington, sus pensamientos volaron hasta Giordino en la isla Saint Paul, a casi dos mil quinientos kilómetros de allí. Maldito cabrón con suerte, pensó. Se imaginó a su buen amigo sentado en un restaurante para sibaritas de Ciudad del Cabo en compañía de una mujer de belleza deslumbrante y pidiendo una botella del mejor vino sudafricano.

En esta vida, todo es cuestión de suerte, se dijo Pitt para sus adentros en el esqueleto del puente. Él estará calentito y yo estoy aquí congelándome de frío.

—¿Por qué a Dirk siempre le tocan las mejores misiones? —se quejó Giordino—. Apuesto a que ahora mismo está durmiendo en un camarote cómodo y calentito a bordo del *Polar Storm* abrazado a una guapísima experta en biología marina.

Estaba empapado y tiritando bajo la lluvia de aguanieve y las ráfagas de viento mientras avanzaba penosamente por la pendiente montañosa en dirección a la cueva, cargado de pequeñas ramas que él y Gunn habían cortado de los escasos arbustos que habían encontrado por la montaña.

—Nosotros también nos calentaremos en cuanto la leña esté lo bastante seca para prender —dijo Gunn. Unos pasos por delante de Giordino, también caminaba con los brazos cargados de ramas.

Cruzaron el arco de la entrada y entraron en el túnel. Gunn arrojó su carga al suelo de roca y se desplomó en un rincón, contra la pared.

—Me parece que lo único que vamos a hacer con todo esto será un montón de humo —murmuró Giordino al tiempo que se desprendía de la ropa mojada y se secaba el agua que le resbalaba por el cuello con una toalla pequeña.

Gunn le ofreció una taza de café ya frío del termo y la última barra de cereales que les quedaba.

—La última cena —anunció con aire solemne.

—¿Por casualidad te ha dado Sandecker alguna pista acerca de cuándo va a sacarnos de este peñasco?

—Solo que el equipo de rescate estaba en camino.

Giordino consultó su reloj.

—Han pasado cuatro horas. Me gustaría llegar a Ciudad del Cabo antes de que cierren los pubs.

—No habrá podido fletar otro avión como el nuestro, porque de lo contrario ya estarían aquí.

Giordino ladeó la cabeza, como tratando de oír algo. Avanzó por el túnel hasta llegar al arco de entrada. El aguanieve había amainado hasta convertirse en una lluvia fina. El cielo encapotado se estaba despejando, y unos trozos de cielo azul surgieron entre las nubes, que se movían rápidamente. Por primera vez en varias horas vio el mar a lo lejos.

Estaba allí, delante de sus ojos, como una mosca pegada a una ventanilla helada. Poco a poco, la mosca fue creciendo hasta convertirse en un helicóptero negro. Un minuto más tarde lo reconoció como un McDonnell Douglas Explorer de doble cola y sin rotor trasero.

—Tenemos compañía —anunció—. Un helicóptero se acerca por el noroeste. Vuela deprisa y bajo por encima del agua. Parece armado con misiles aire-tierra.

Gunn se acercó a Giordino.

—Un helicóptero no tiene autonomía suficiente para volar hasta aquí desde Ciudad del Cabo. Debe de haber salido de un barco.

—No lleva ningún distintivo. Qué raro...

—No se trata de ningún aparato de la aviación sudafricana —dijo Gunn.

—No creo que vengan para traernos regalos —comentó Giordino con sarcasmo—, o nos habrían llamado para avisarnos.

El ruido de las turbinas y los rotores del helicóptero enseguida quebró el aire frío. El piloto no era ningún imprudente, sino que se acercaba a la isla con sumo cuidado. Sobrevolando los acantilados a una distancia segura, permaneció suspendido en el aire durante al menos tres minutos mientras estudiaba el saliente donde anteriormente había aterrizado el aparato de Gunn y Giordino. A continuación fue bajando despacio, atento a las corrientes ascendentes. Los patines tocaron la superficie de roca y las palas del rotor fueron deteniéndose poco a poco.

Después solo se oyó el silencio; sin el azote del viento, las laderas de las montañas permanecían inmóviles. Al cabo de unos minutos, la enorme puerta corredera del helicóptero se abrió y seis hombres vestidos con monos negros saltaron al suelo. Parecían llevar armas y munición suficiente para invadir un país pequeño.

—Este equipo de rescate tiene una pinta muy rara —dijo Giordino.

Gunn ya estaba marcando un número de su teléfono Global-star, llamando al almirante en Washington. Cuando Sandecker respondió, Gunn se limitó a decir:

—Tenemos visita: un helicóptero negro sin distintivos y repleto de hombres armados.

—Vaya, parece que hoy es mi día para apagar incendios —señaló Sandecker en tono cáustico—. Primero Pitt y ahora vosotros. —Luego su tono no pudo disimular su preocupación—. ¿Cuánto tiempo podéis permanecer escondidos?

—Veinte minutos, treinta a lo sumo —respondió Gunn.

—Una fragata lanzamisiles se dirige hacia allí en estos momentos. Daré órdenes al capitán de que en cuanto avisten el helicóptero lo hagan saltar por los aires.

—¿Tiene idea, almirante, de cuándo será eso?

Se produjo una larga pausa, y luego la respuesta:

—Dos horas, esperemos que menos.

—Al menos lo ha intentado —dijo Gunn con serenidad y comprensión en su voz—, y se lo agradecemos de todo corazón. —Sabía que la dura coraza del comandante estaba a punto de romperse—. No se preocupe. Al y yo estaremos de vuelta en la oficina el lunes.

—Cuento con eso —contestó con gravedad Sandecker.

—Adiós, señor.

—Adiós, Rudi. Que Dios te bendiga. Y dile a Al que le debo un habano.

—Lo haré.

—¿Cuánto van a tardar? —preguntó Giordino al ver la expresión de desasosiego de Gunn y esperando lo peor.

—Dos horas.

—Estupendo... Me gustaría que alguien me explicase cómo esos cabrones asesinos sabían que estábamos aquí —gruñó Giordino.

—Buena pregunta. Formábamos parte de un grupo selecto: solo cinco personas conocíamos el lugar exacto donde los del *Madrás* encontraron la calavera negra.

—Empiezo a pensar que existe un ejército internacional de soplones —dijo Giordino.

Los intrusos se dividieron. Tres de los hombres armados se separaron en intervalos de cincuenta metros y empezaron a rastrear la montaña, mientras los otros tres salieron en la dirección opuesta. Parecía evidente que iban a escalar la montaña en espiral hasta encontrar el túnel.

—Una hora —murmuró Gunn—. Tardarán casi una hora en encontrar el viejo sendero.

—Di más bien cinco minutos —lo contradijo Giordino, señalando con la mano hacia el helicóptero, que se elevaba en el aire—. El piloto va a guiar a sus amiguitos justo hasta nuestras narices.

—¿Crees que servirá de algo negociar?

Giordino negó con la cabeza.

—Si estos tipos pertenecen a la misma banda con la que Dirk y yo nos topamos en Telluride, no dan apretones de manos, abrazos ni nada por el estilo.

—Dos hombres desarmados contra seis armados hasta los dientes. Necesitamos equilibrar la balanza.

—¿Tienes algún plan? —quiso saber Giordino.

—Pues claro que sí.

Giordino lanzó una mirada divertida a aquel hombre de aspecto de empollón.

—¿Y es un plan malvado, tramposo y astuto?

Gunn asintió con una malévola sonrisa.

—Todo eso y más.

El helicóptero dio casi cuatro vueltas alrededor de la montaña antes de que el piloto avistase el antiguo sendero que conducía al túnel. Después de informar de su hallazgo a los dos equipos de tierra, uno de los cuales estaba al otro extremo de la montaña, permaneció suspendido encima del sendero como punto de referencia. El primer grupo de tres hombres se reunió en el sendero y empezaron a avanzar por él en fila, separados entre sí por más de veinte metros. Se trataba de un modelo clásico de penetración: el primer hombre se concentraba en el terreno que tiene delante, el segundo en la ladera superior de la montaña, y el tercero centraba su atención en la

ladera inferior. El helicóptero se desplazó entonces hasta el segundo grupo para guiarlos por el camino más fácil hasta el sendero.

El primer grupo sorteó los desprendimientos de tierra y se acercó a la roca gigante que Gunn y Giordino habían dejado atrás, justo a la entrada del túnel. El primer hombre rodeó la roca y se encontró ante el arco de la entrada. Se volvió y gritó a los hombres que venían detrás:

—He encontrado un túnel. Voy a entrar.

—Cuidado con las emboscadas, Número Uno —le respondió dando voces el segundo hombre.

—Si tuviesen armas ya las habrían utilizado.

El hombre desapareció detrás de la roca. Al cabo de dos minutos, el segundo hombre hizo lo propio. Después de perder el contacto visual con sus compañeros, el tercer hombre se estaba acercando a la roca cuando una figura silenciosa se levantó de entre las rocas donde había estado agazapada hasta entonces. Concentrado en alcanzar el túnel, el tercer hombre no se percató del suave golpeteo de la grava suelta ni oyó el casi imperceptible crujido de unos pasos a su espalda. Nunca llegó a saber qué le había golpeado cuando Gunn le lanzó una piedra con tal brutalidad que le fracturó el cráneo: el mercenario cayó al suelo sin siquiera soltar un gemido.

Menos de un minuto después, el cuerpo estaba completamente tapado y escondido bajo un montón de piedras. Tras echar un rápido vistazo para asegurarse de que el helicóptero no podía verlo desde el otro extremo de la isla, Gunn salió con movimientos furtivos de detrás de la roca. Esta vez, sin embargo, iba armado con un fusil de asalto, una pistola automática de 9 mm y un cuchillo de combate, y protegido por un chaleco antibalas. También le había quitado la radio a su víctima. El astuto plan de supervivencia de Gunn empezaba a cobrar forma.

Número Uno se internó cautelosamente en el túnel, con una linterna larga bajo la axila iluminándole el camino. Avanzó despacio desde el túnel a la primera cámara, se agachó en posición de disparar e hizo un giro de derecha a izquierda, rastreando el espacio con la linterna al mismo tiempo. Solo vio el esqueleto del viejo marino, los muebles destrozados y las pieles de foca que colgaban de una pared.

Se relajó y bajó el arma para hablar por la radio.

—Aquí Número Uno. No hay nadie en el túnel ni en la cueva salvo los huesos de un viejo náufrago. ¿Me recibes?

—Te recibo, Número Uno —respondió la voz del piloto del helicóptero, acompañada del ruido de los motores—. ¿Estás seguro de que no hay señales de la presencia de agentes de la NUMA?

—Créeme, aquí no están.

—En cuanto Número Cuatro, Cinco y Seis os alcancen iniciaré un rastreo por los acantilados.

Número Uno apagó la radio. Fue el último acto de su vida, porque Giordino surgió de detrás de una piel de foca y le clavó en la garganta una de las viejas lanzas de punta de obsidiana. Se oyó un horrible gorgoteo, una especie de tos, seguido de un profundo silencio. El hombre se desplomó en el suelo, muerto.

Giordino le quitó el fusil de asalto casi antes de que tocara el suelo. Rápidamente, arrastró el cuerpo a un lado de la entrada del túnel y le arrebató el equipo de radio para colocárselo en la cabeza. A continuación hizo un ovillo con su abrigo impermeable y lo apretó contra la boca del fusil.

—¡Número Uno! —gritó una voz desde la entrada del túnel—. ¿Qué has encontrado?

Giordino se hizo bocina con las manos y contestó dando gritos al fondo de la cámara.

—Solo un viejo esqueleto.

—¿Nada más? —El hombre parecía reticente a entrar en la cueva.

—Nada. —Giordino decidió arriesgarse—. Entra y compruébalo por ti mismo, Número Dos.

Como si fuera un ciervo que olisquea el aire antes de dar un paso, Número Dos entró en la cámara con sumo cuidado. Giordino encendió una linterna enfocándola a los ojos de su presunto compañero y le disparó un solo tiro entre los ojos, utilizando el abrigo impermeable para amortiguar el ruido del disparo. Gunn entró corriendo en la cámara, enarbolando el fusil, sin saber qué encontraría allí.

—Ahora somos dos contra tres —dijo Giordino con aire triunfante.

—No cantes victoria todavía. En cuanto vuelva el helicóptero estaremos atrapados aquí dentro.

—Si se tragan mi interpretación de Número Uno tal como se la ha tragado Número Dos, es posible que monte otro numerito y se lo traguen también.

El siguiente grupo de individuos no era tan cándido como el primero. Se acercaban por el sendero que conducía hasta la cueva con la misma cautela que un inspector de correos examinando una posible carta-bomba. Mientras el helicóptero permanecía suspendido encima de sus cabezas, avanzaban uno a uno, dos cubriendo a su compañero, quien se echaba cuerpo a tierra para cubrir a los demás con una táctica de avance que los acercaba cada vez más a la entrada del túnel. Estaban en guardia porque Giordino había decidido no responder a sus llamadas por temor a que su voz les resultase rara o desconocida.

Gunn y Giordino desvistieron el cadáver que más se ajustaba a la estatura y peso de este último. Después de ponerse el mono negro del que le sobraban cinco centímetros en las mangas y siete en los pantalones, se limitó a arremangarse, se echó el fusil al hombro y salió con aplomo al exterior. Habló con la comisura de los labios por la radio, tratando de emplear el mismo timbre de voz que el hombre al que había

matado.

—¿Por qué tardas tanto, Número Cuatro? —preguntó con sangre fría y sin levantar la mirada hacia el helicóptero—. Te comportas como una vieja. Ya te he dicho que aquí no hay más que los huesos de un náufrago.

—¿Qué te pasa en la voz, Número Uno?

Giordino sabía que no podía engañarlos por mucho tiempo.

—Me parece que he pillado un resfriado. No me extraña, con este clima de mierda...

—¿Y el resfriado te ha hecho perder diez centímetros de estatura?

—Tómalo a cachondeo si quieres —masculló Giordino—. Yo vuelvo adentro para protegerme de la lluvia, y te sugiero que hagas lo mismo.

Se volvió y entró en la cueva, con la seguridad de que no iba a recibir un balazo en la espalda, al menos no hasta que los otros estuvieran seguros de que no le estaban disparando a uno de los suyos.

—Son listos —dijo Gunn—. He oído vuestra conversación por la radio.

—¿Cuál es el plan B? —preguntó Giordino lacónicamente.

—Volvemos a la segunda cámara a través del derrumbe del techo y les tendemos una emboscada desde allí.

—Tendremos suerte si acabamos con uno o dos de ellos.

—Al menos así estaremos empatados en número, más o menos —señaló Gunn, casi con entusiasmo.

Solo disponían de unos minutos, de modo que se afanaron en reabrir un agujero por el que pudieran pasar a la cripta. Pese al húmedo frío, estaban sudando a mares para cuando arrastraron los dos cadáveres por la estrecha abertura y luego entraron ellos, trayendo consigo las mochilas. Sus cálculos con respecto al tiempo habían sido casi perfectos. En cuanto colocaron las piedras de nuevo en su sitio y espionaron la primera cámara por unos orificios diminutos, Número Cuatro apareció en la cueva y se arrojó al suelo mientras Número Cinco surgía detrás de él, recorriendo el espacio con las linternas y los cañones de sus armas dibujando arcos rápidos de pared a pared.

—Te lo dije —le susurró Giordino a Gunn al oído para que el micrófono que llevaba ante la boca no captara su voz—. Han dejado a Número Seis fuera por si las moscas.

—Aquí no hay nadie —anunció Número Cuatro—. La cueva está vacía.

—Imposible —dijo la voz del piloto del helicóptero—. No hace ni quince minutos que los tres se estaban acercando al túnel.

—Tiene razón —convino Número Cinco—. Número Uno, Dos y Tres han desaparecido.

Hablaban en voz baja, pero Gunn oyó cada una de sus palabras a través de los auriculares. Pese a seguir en guardia y atentos a cualquier movimiento, se relajaron

un poco al ver que no había escondite posible en el interior de la cámara.

—Tú encárgate del que está de pie —dijo Giordino en un susurro—. Llevan chaleco antibalas, así que apunta a la cabeza. Yo me ocuparé del que está en el suelo.

Deslizando los cañones de sus armas por unos orificios de menos de tres centímetros de diámetro, lo suficiente para apuntar, dirigieron los fusiles hacia los hombres que habían venido a matarlos y dispararon dos tiros al unísono que retumbaron como un trueno en la cámara de paredes de roca. El hombre del suelo solo se estremeció, mientras que el que estaba de pie levantó los brazos en el aire, soltó un gemido y se desplomó lentamente sobre el cuerpo que yacía a sus pies.

Giordino apartó las rocas, pasó el brazo por el agujero para enfocar con la linterna y examinó el resultado de su trabajo. Luego se volvió hacia Gunn e hizo el gesto de cortarse la garganta. Éste lo entendió al instante y apagó su radio.

—Tenemos que quedarnos donde estamos —murmuró Giordino.

Antes de darle tiempo a explicarse, se oyó una voz brusca en la radio.

—¿Qué ha pasado ahí dentro?

Giordino, que ya no tenía ningún interés en andarse con subterfugios, respondió:

—Nada interesante. Hemos disparado a unos conejos.

—¿Conejos? —inquirió el piloto del helicóptero—. ¿Qué coño dices?

—Me temo que nuestros compañeros están muertos —dijo Número Seis con tono serio—. Esos canallas de la NUMA deben de haberlos matado.

—Ésos eran los conejos de los que os hablaba antes —explicó Giordino, añadiendo sal a la herida.

—Vosotros sí que vais a morir, cabrones —anunció el piloto del helicóptero.

—Como los viejos gánsters solían decirles a los polis, venid a por nosotros.

—Eso no será necesario —concluyó el piloto.

—¡Agáchate! —le dijo Giordino a Gunn—. Ahí viene...

El piloto apuntó el morro del aparato hacia la entrada del túnel y disparó uno de sus misiles, que impactó contra una de las paredes del túnel. La detonación en el interior de un recinto de roca dura fue ensordecedora. La sacudida fue como si les hubiese caído encima un piano de cola desde el décimo piso. La roca pulverizada explotó en una lluvia mortal que hizo trizas todos los objetos de la cámara y el humo y el polvo se comprimieron juntos en el reducido espacio, rebullendo y formando un torbellino de fuerza huracanada antes de tomar la vía de menor resistencia y salir hacia la atmósfera exterior a través del túnel. Todos los objetos inflamables del interior de la cámara ardieron de inmediato.

Increíblemente, ni el techo del túnel ni los de las cámaras se vinieron abajo: la onda expansiva había sido expulsada por el túnel junto con el humo y el polvo. Giordino y Gunn se sentían como si unos puños enormes les hubieran arrancado el aire de los pulmones de un solo puñetazo. Reaccionando al instante, ambos se

colocaron las capuchas de los monos en la cara a fin de filtrar el polvo y el humo antes de resguardarse en la cripta.

—Dios... espero que no se repita —dijo Gunn sin dejar de toser—. Eso sí que sería nuestro fin.

Giordino casi no podía oírlo por los zumbidos de sus oídos.

—Tengo la impresión de que creerán que con uno ha habido suficiente —dijo con voz áspera. Recuperando poco a poco los sentidos embotados, empezó a apartar a un lado las rocas y a abrir un agujero—. Estoy hasta el gorro de mover piedras, que lo sepas.

Una vez al otro lado, buscaron a tientas entre el polvo y el humo más armas en los cadáveres de sus atacantes hasta reunir cinco fusiles y cinco pistolas automáticas. Luchando con todas sus fuerzas por respirar un aire inexistente y trabajando a ciegas, Giordino ató tres fusiles en paralelo. A continuación pasó una cuerda por los gatillos y la sujetó debajo de los seguros.

—Lo último que se esperan es que salgamos corriendo del túnel disparando a diestro y siniestro —le dijo a Gunn—. Tú ocúpate de Número Seis, que yo me encargo del helicóptero.

Gunn se limpió las gafas en la manga y asintió.

—Será mejor que salga yo primero. No tendrás posibilidad de dispararle al helicóptero si antes no eliminamos a Número Seis.

Giordino no estaba del todo seguro de querer dejar al menudo subdirector de la NUMA realizar semejante misión suicida. Iba a protestar cuando Gunn levantó su arma y desapareció entre la cortina de humo y fuego.

Gunn tropezó y cayó boca abajo en el túnel, se levantó con paso vacilante y avanzó de nuevo con el temor de que las balas lo acribillasen en cuanto hiciese su aparición entre los escombros que aún seguían humeando en la entrada del túnel. Sin embargo, Número Seis no podía creer que alguien siguiese con vida en el interior de aquel agujero y había bajado la guardia mientras hablaba con el piloto del helicóptero.

La desventaja de Gunn era que apenas veía, y no tenía ni idea de dónde podía estar situado Número Seis con respecto a la entrada. Con las gafas sucias y los ojos llorosos, le pareció distinguir una figura borrosa y vestida de negro diez metros a la derecha del arco de entrada. Apretó el gatillo y abrió fuego, pero las balas solo rozaron al hombre y no acertaron de pleno. Número Seis se volvió y descargó cinco disparos sobre Gunn, dos de los cuales erraron el blanco, uno le acertó en la pantorrilla izquierda y el resto se estrelló contra el chaleco antibalas y obligó a Gunn a retroceder hacia el túnel. A continuación, inesperadamente, Giordino apareció de golpe entre la cortina de humo disparando sin tregua con las tres armas a la vez, y las balas por poco le arrancan la cabeza a Número Seis. Sin vacilar, giró los tres fusiles

hacia arriba y apuntó al vientre del helicóptero, vaciando el cargador a un ritmo de tres mil balas por minuto.

Perplejo ante la escena que se desarrollaba en tierra —dos hombres vestidos con el uniforme de los suyos disparándose el uno al otro—, el piloto dudó unos instantes antes de reaccionar. Para cuando abrió fuego con la ametralladora instalada bajo el morro del M-C Explorer, Giordino ya estaba descargando un volumen asombroso de balas contra el helicóptero, que no estaba blindado. Como una máquina de coser dando puntadas a un dobladillo, la ráfaga constante de fuego se desplazó por el costado del fuselaje y perforó la cabina. A continuación se hizo un profundo silencio, pues los fusiles se habían quedado sin munición.

En principio, el Explorer parecía mantenerse suspendido en el aire, inmóvil, pero al punto empezó a dar bandazos bruscos, perdió el control y se precipitó hacia abajo, chocando contra la ladera de la montaña cien metros por debajo de la cueva y estallando en llamas. Giordino tiró los fusiles al suelo y acudió junto a Gunn, quien se sujetaba con fuerza la pierna herida.

—¡Quédate donde estás! —le ordenó Giordino—. No te muevas.

—Solo es un rasguño —protestó Gunn apretando los dientes y con el rostro crispado de dolor.

—¿Un rasguño dices? ¡Y una mierda! ¡Esa bala te ha roto la jodida tibia!

Gunn lo miró con los ojos nublados por el dolor, pero logró esbozar una débil sonrisa.

—No puedo decir que me gusten tus modales de enfermera.

Giordino hizo caso omiso de los esfuerzos heroicos de Gunn; se quitó un cordón del zapato y le hizo un torniquete provisional por encima de la rodilla.

—¿Puedes sujetar esto un minuto?

—Supongo que sí, si no quiero morir desangrado —gimió Gunn.

Giordino regresó al túnel, atravesó la cámara humeante a todo correr y recuperó de entre los escombros su mochila, que contenía un kit de primeros auxilios. Volvió junto a Gunn y se puso a trabajar con rapidez y eficacia, desinfectando la herida e intentando contener la hemorragia.

—Ni siquiera miraré la fractura —dijo Giordino—. Eso lo hará un médico cuando lleguemos a Ciudad del Cabo.

No quería mover a su menudo compañero, por lo que lo dejó en la postura más cómoda y lo protegió de la lluvia con una lona de plástico que sacó de su mochila. A continuación tenía que llamar al almirante, informarle de lo ocurrido y pedir con insistencia que el rescate se acelerase.

Cuando terminó su conversación con Sandecker, se guardó el teléfono en el bolsillo y contempló el helicóptero envuelto en llamas, allá abajo.

—Es una locura —se dijo en voz baja—. Una auténtica locura. ¿Qué razón

absurda puede motivar a tantos hombres a matar y morir?

Solo podía esperar que alguien hallase la respuesta lo antes posible.

—Cuarenta metros de profundidad —dijo Ira Cox, observando el siniestro agujero en el hielo que señalaba la tumba del submarino hundido—. ¿Está seguro de que quiere hacer esto?

—Los de la marina aún tardarán dos horas en reparar los desperfectos en la sala de máquinas y el puente de mando del *Polar Storm*—explicó Pitt—, y puesto que disponemos de todo el equipo necesario para inmersiones árticas, no puedo dejar pasar la oportunidad de investigar el interior del submarino.

—¿Qué esperas encontrar? —preguntó Evie Tan, que había acompañado a Pitt y a un pequeño grupo de hombres de la tripulación.

—El diario de a bordo, papeles, informes... cualquier documento que pueda decirnos quién estaba al mando y desde dónde zarpó.

—La Alemania nazi de 1945 —dijo Cox con una leve sonrisa, pero sin tratar de hacerse el listo.

Pitt se sentó en el hielo y se puso las aletas.

—Sí, pero ¿dónde ha estado escondido los últimos cincuenta y seis años?

Cox se encogió de hombros y comprobó el sistema de comunicación submarina de Pitt.

—¿Me oye bien?

—Me estás reventando los tímpanos. ¿Puedes bajar el volumen?

—¿Y ahora?

—Eso está mejor. —La voz de Pitt se oyó a través de un altavoz instalado en una tienda de campaña junto a la abertura del hielo.

—No debería ir solo —sugirió Cox.

—Otro submarinista solo conseguiría estorbarme. Además, tengo más de veinte inmersiones en el hielo ártico en mi haber, así que no es una experiencia nueva para mí.

Al calor de un sistema de calefacción por generador en la tienda, Pitt se colocó un traje Divex Armadillo Hot Water provisto de tubos internos y externos que hacían circular agua caliente por todo el cuerpo, incluyendo manos, pies y cabeza. El agua caliente procedía de una combinación de calefactor y bomba que a través de un conducto umbilical la introducía en el colector de admisión del traje, que permitía a Pitt regular el flujo. Llevaba una máscara integral AGA MK-II para comunicaciones inalámbricas. También había optado por llevar botellas de oxígeno para tener mayor libertad de movimiento en lugar de depender del sistema de soporte en la superficie. Después de una rápida comprobación de la linterna submarina Substrobe Ikelite, ya estaba listo para la inmersión.

—¡Buena suerte! —exclamó Evie, gritando para que la oyera pese a la capucha y

la máscara. Acto seguido empezó a hacer fotos de Pitt sentado en el borde del agujero antes de lanzarse al agua helada—. ¿Estás seguro de que no puedo convencerte de que lleves una cámara sumergible para sacar fotos ahí abajo?

Pitt negó con la cabeza al tiempo que se oía su respuesta por el altavoz.

—No tendré tiempo de jugar a fotógrafos.

Se despidió moviendo la mano y se arrojó al agua, empujándose con las aletas para apartarse del hielo. Buceó hasta una profundidad de casi tres metros antes de estabilizarse para expulsar el aire del traje seco y comprobar si el sistema de calefacción compensaba el fuerte descenso de temperatura. En todos sus años de submarinista, la prudencia había hecho que rara vez se encontrase con problemas; hablaba consigo mismo constantemente, siempre con la mente despierta a base de preguntas sobre todo cuanto lo rodeaba y controlando sus indicadores y su condición física.

Bajo la masa flotante de hielo, de poco menos de un metro de espesor, encontró un mundo completamente diferente. Al mirar arriba, comparó la parte inferior del hielo con la superficie de un planeta desconocido en los confines de la galaxia. Transfigurada por la luz que se filtraba a través del hielo, la capa blanca y plana se transformó en un paisaje invertido de montes y valles color azul verdoso cubierto por oscilantes nubes amarillas de algas que servían de alimento al ejército infinito de camarones antárticos. Se detuvo para ajustar el flujo de agua caliente antes de bajar la vista y ver un inmenso vacío verde que se teñía de negro en lo más hondo. Aquel vacío lo llamaba, y se sumergió para arrojarse en sus brazos.

La macabra escena se fue revelando poco a poco, como si una cortina tupida se fuese abriendo despacio a medida que Pitt bajaba hasta el fondo. Allí no había algas ni coral ni peces multicolores. Miró hacia arriba para orientarse con la luz fantasmagórica que se filtraba por el agujero del hielo. Luego hizo una breve pausa para encender su linterna y enfocar los restos del submarino mientras reajustaba la presión en los oídos.

Los restos del submarino estaban diseminados por todas partes: la parte central del casco bajo la torre había resultado completamente destrozada por el impacto del misil. La propia torre había volado en pedazos y yacía junto al casco en medio de un cementerio de escombros. La popa parecía estar unida a la quilla únicamente por los ejes de las hélices, y la sección de la proa estaba retorcida pero se sostenía en posición vertical sobre el limo. El fondo marino había acogido en su suave seno los restos del naufragio y Pitt se sorprendió al ver que casi una cuarta parte de estos ya estaban enterrados.

—He llegado al submarino —anunció a Cox—. Está muy dañado. Voy a entrar.

—Tenga mucho cuidado. Si se hace un agujero en el traje con algún trozo de metal, se congelará antes de alcanzar la superficie.

—Vaya, eso sí que me ha animado, gracias.

Pitt no trató de internarse en la nave inmediatamente, sino que pasó diez minutos del precioso tiempo del que disponía nadando alrededor e inspeccionando el terreno jalonado de restos. La cabeza del misil había sido diseñada para destruir un objetivo de mayor envergadura y había dejado al submarino casi irreconocible. Los tubos, las válvulas y las placas de acero del casco yacían en el fondo como si la mano de un gigante las hubiese estrujado. Pasó junto a varios restos humanos, nadando por encima de aquel espectáculo dantesco como si fuese un espíritu flotando sobre el espantoso escenario de un atentado terrorista.

Nadó contra la corriente y entró en el casco por el enorme boquete que se abría bajo el soporte de la que fuera la torre. La linterna descubrió dos cuerpos aprisionados bajo los controles de inmersión. Reprimiendo la bilis que le subía por la garganta, registró los cuerpos en busca de documentos que los identificasen, pero no halló nada: ni carteras con tarjetas de crédito ni carnets de identidad plastificados. Le pareció extraño que los miembros de la tripulación no tuviesen efectos personales.

—Ocho minutos —anunció Cox—. Le quedan ocho minutos para la ascensión.

—Entendido. —Por lo general, Giordino era el encargado de transmitirle esa clase de advertencias, pero Pitt se sintió agradecido a aquel marinero grandote por su consideración. De este modo se ahorra segundos vitales al no tener que detenerse todo el tiempo para alumbrar con su linterna la esfera anaranjada de su reloj de inmersión Doxa.

Adentrándose aún más en la oscuridad del casco e iluminando con la linterna el amasijo de acero y tubos enmarañados, avanzó por un estrecho pasillo y empezó a inspeccionar los camarotes que lo flanqueaban. Todos estaban vacíos. Después de registrar los cajones y los armarios, no encontró documentos de ninguna clase.

Comprobó el oxígeno de las botellas para preparar la ascensión y las paradas de descompresión necesarias. A continuación se internó en lo que había sido la sala de oficiales, que estaba aplastada en un lado del casco. El armario, las sillas y las mesas sujetas a la cubierta estaban destrozadas.

—Cuatro minutos.

—Cuatro minutos —repitió Pitt.

Continuó adelante y encontró las dependencias del capitán. Sin apenas tiempo, empezó a buscar con movimientos frenéticos cartas o informes, diarios incluso, pero tampoco encontró nada. Ni siquiera había una bitácora. Era casi como si el submarino y su tripulación fuesen un espejismo. Empezó a temer que pudiese volatilizarse y desaparecer en cualquier momento.

—Dos minutos. —El tono era ahora más apremiante.

—Ya voy.

De pronto, notó el contacto de una mano en el hombro. Se quedó inmóvil y se le

aceleró el corazón. La mano no lo agarraba con fuerza, sino que era más bien como si estuviese apoyada entre su brazo y el cuello. Tras el susto inicial siempre sobreviene el miedo, un terror paralizante e incontrolable que puede devenir en locura. Se trata de un estado caracterizado por una absoluta falta de comprensión y percepción. La mayoría de las personas permanece sumida en un aturdimiento absoluto, casi como anestesiadas, y son incapaces de pensar racionalmente.

La mayoría de las personas, pero no Pitt.

Pese a su estupor inicial, tenía la mente lúcida hasta extremos casi sobrenaturales. Era demasiado pragmático y escéptico para creer en duendes y fantasmas, y no creía posible que otro submarinista hubiese aparecido de la nada. El miedo y el terror desaparecieron al instante, y la percepción de lo desconocido se convirtió en un estado consciente y racional. Permaneció inmóvil como una estatua para luego, con sumo cuidado, parar la linterna a la mano izquierda y extraer el cuchillo de su funda con la derecha. Agarrando el mango con el guante térmico, se volvió bruscamente para enfrentarse a la amenaza.

La aparición que vio ante sus ojos fue una imagen que llevaría consigo hasta la tumba.

Era una mujer, una mujer muy hermosa, o al menos lo había sido en vida, y lo miraba con ojos grandes e inertes. El brazo y la mano que le habían tocado el hombro seguían extendidos, como llamándolo. La mujer llevaba el uniforme negro del Cuarto Imperio, pero el tejido estaba hecho jirones, como si un gato gigantesco lo hubiese arañado con sus garras. Unos tentáculos de carne asomaban por las aberturas y flotaban en la suave corriente. La ropa desgarrada dejaba al descubierto un pecho de contornos delicados, y le faltaba un brazo bajo el codo. Llevaba los galones de su rango en los tirantes, pero Pitt no reconoció su significado.

El rostro exhibía una serenidad extraña, teñido de blanco por obra del agua helada. Sus rasgos faciales estaban acentuados por una melena rubia que flotaba como un halo. Entre unos pómulos marcados, la nariz estaba ligeramente torcida y tenía los labios entreabiertos, como si quisiese decir algo. Sus ojos grises azulados parecían mirar directamente a los ojos verdes opalinos de Pitt, a menos de dos palmos de distancia. Estaba a punto de apartarla de sí como si fuese un espíritu de ultratumba cuando se lo pensó mejor y comprendió lo que debía hacer.

Registró rápidamente los bolsillos de la mujer y no se sorprendió al encontrarlos vacíos, sin ningún tipo de identificación. Acto seguido echó mano de un cable delgado que llevaba atado al cinto y sujetó un extremo a un pie del cadáver. Luego ascendió a través del boquete del casco y se dirigió hacia la tenue aura de luz a cincuenta metros por encima de su cabeza.

Tras las paradas de descompresión, Pitt salió a la superficie justo en el centro del agujero irregular del hielo y nadó hasta el borde, donde Cox y varios miembros de la tripulación lo estaban esperando. Evie Tan estaba de pie junto a ellos, tomando fotos mientras los poderosos brazos de aquellos hombres tiraban de Pitt y de su pesado lastre.

—¿Ha encontrado lo que buscaba? —preguntó Cox.

—Nada que podamos ingresar en el banco —respondió Pitt después de quitarse la máscara de buceo. Luego le pasó a Cox el extremo del cable.

—¿Puedo preguntar qué hay al otro extremo?

—Me he traído a un tripulante del submarino.

Los ojos de Evie escrutaron la oscura forma que surgía del agua. Cuando salió a la superficie, la melena rubia se desplegó en abanico y los ojos parecieron mirar directamente al sol.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Evie con un grito ahogado y pálida de repente como el hielo—. ¡Es una mujer! —Estaba tan horrorizada que se olvidó de sacar fotos del cuerpo antes de que la envolvieran en una lona y la colocaran en un trineo.

Tras quitarse las botellas de oxígeno con la ayuda de los hombres, Pitt vio alejarse

el trineo con el cuerpo en dirección al *Polar Storm*.

—Si no me equivoco, era una oficial.

—Qué lástima... —exclamó Cox con tristeza—. Debió de ser una mujer muy hermosa.

—Incluso muerta tenía un aire sofisticado —señaló Evie con tono afligido—. Si soy buena juzgando el carácter de las personas, debió de ser una mujer extraordinaria.

—Tal vez —concedió Pitt—, pero ¿qué estaba haciendo en un submarino que debería haber sido destruido hace cinco décadas? Con un poco de suerte, nos proporcionará una pista que haga encajar las piezas de este rompecabezas, siempre y cuando puedan identificarla.

—Voy a seguir esta historia hasta el final —concluyó Evie con aire decidido.

Pitt se quitó las aletas y se puso unas botas de piel.

—Será mejor que hables antes con la marina y el almirante Sandecker; es posible que no quieran que este asunto salga a la luz pública todavía.

Evie empezó a protestar, pero Pitt ya se había encaminado hacia el barco.

Pitt se duchó y afeitó, regodeándose en el vapor de la ducha antes de relajarse con un trago de Agavero Liqueur de tequila de una botella que había comprado durante una misión en México. No fue hasta que hubo ordenado todos sus pensamientos cuando llamó por teléfono a Sandecker en Washington.

—¿Un cuerpo, dices? —exclamó el almirante después de escuchar el relato de los hechos ocurridos tras el ataque a la nave—. Una oficial femenina del submarino...

—Sí, señor. En cuanto sea posible haré que la envíen por avión a Washington para realizar la autopsia y la identificación.

—No será fácil si es extranjera.

—Estoy convencido de que se podrá rastrear su historial.

—¿Sufrieron daños los objetos hallados en el *Madras* durante el ataque? —preguntó Sandecker.

—Todos están intactos y a salvo.

—Tú y los demás tuvisteis suerte de escapar con vida.

—Nos salvamos por los pelos, almirante. Si el comandante Cunningham no hubiese aparecido en el Tucson cuando lo hizo, sería el *Polar Storm* el que yacería en el fondo del mar en lugar del submarino.

—Yaeger ha realizado una investigación sobre el U-2015 en sus archivos informáticos. El submarino era un enigma: los registros oficiales indican que se perdió en la costa de Dinamarca a principios de abril de 1945. Sin embargo, algunos historiadores aseguran que escapó indemne y que su tripulación lo llevó de forma clandestina hasta el Río de la Plata, entre Argentina y Uruguay, cerca del lugar donde volaron el Graf Spee, pero nadie ha conseguido pruebas.

—¿De modo que nunca se ha podido determinar su paradero?

—No —respondió Sandecker—. Lo único que sabemos con certeza es que se botó en noviembre de 1944 y que entró en servicio, pero nunca participó en ningún combate.

—¿Para qué lo utilizaba la marina alemana?

—Puesto que pertenecía a una nueva generación de electrodiseño, era considerado muy superior a cualquier otro submarino por entonces en servicio. La parte inferior del casco, provista de potentes baterías, le permitía superar en velocidad a la mayor parte de naves de superficie, permanecer sumergido durante meses, literalmente, y recorrer grandes distancias por debajo del agua. La escasa información que Yaeger logró extraer de los viejos documentos militares alemanes es que el submarino formó parte de un proyecto conocido como operación Nuevo Destino.

—¿Dónde habré oído yo ese nombre antes? —murmuró Pitt.

—Se trataba de un proyecto elaborado por altos cargos del partido nazi, en colaboración con el gobierno argentino de Perón, para canalizar el transporte de la inmensa riqueza acumulada por los nazis durante la guerra. Mientras los otros submarinos seguían hundiendo los barcos aliados, el U-2015 transportaba en sus travesías de ida y vuelta entre Alemania y Argentina cientos de millones de dólares en oro y plata en lingotes, platino, diamantes y obras de arte robadas de las grandes colecciones de Europa. Junto con el tesoro, el submarino también transportaba a los oficiales nazis de alto nivel y a sus familias; desembarcaban en absoluto secreto en un puerto remoto de la Patagonia.

—¿Y todo esto sucedía antes de que terminase la guerra?

—Hasta su amargo final —respondió Sandecker—. La historia que circulaba en los informes no confirmados indica que la operación Nuevo Destino fue creación de Martin Bormann, quien puede que fuese un adorador fanático de Adolf Hitler, pero fue lo bastante listo para anticipar que el Tercer Reich se desmoronaría y ardería en llamas. Poner a salvo a los altos mandos de la jerarquía nazi, amén de una increíble cantidad de objetos valiosos en una nación amiga de Alemania, era su objetivo primordial antes incluso de que los aliados cruzasen el Rin. Su plan más ambicioso consistía en llevar a Hitler a un refugio secreto en los Andes, pero se fue al traste cuando Hitler insistió en morir en su búnker de Berlín.

—¿El U-2015 era el único submarino que transportaba riquezas y pasajeros a Sudamérica? —quiso saber Pitt.

—No; hubo al menos doce más, pero después de la guerra todos fueron localizados. Los aviones y buques aliados hundieron unos cuantos y el resto fueron entregados a países neutrales o hundidos por su tripulación.

—¿Se sabe qué ocurrió con el dinero y los pasajeros?

—Nada de nada —admitió Sandecker—. Uno de los tripulantes de un submarino que fue entrevistado mucho después de la guerra y que, por cierto, desapareció poco

después de la entrevista, contó que, al llegar a Argentina, las enormes cajas de madera eran llevadas a camiones que los esperaban en un muelle desierto. Los pasajeros, vestidos de civil, se comportaban como si fueran personajes importantes del partido nazi y subían a coches que los estaban esperando. Nadie sabe qué les ocurrió a ellos o al tesoro.

—Argentina era un hervidero de antiguos nazis. ¿Qué mejor lugar para reclutar y organizar un nuevo orden mundial sobre las cenizas del viejo?

—Probablemente solo un puñado de ellos siguen con vida. Cualquier nazi que ocupase un cargo elevado en el partido o el ejército ha de tener noventa años o más.

—La cosa se pone aún más interesante... —murmuró Pitt—. ¿Por qué motivo querría un puñado de viejos nazis achacosos resucitar el U-2015 para destruir un barco de investigación oceanográfica?

—Por la misma razón que intentaron matarte a ti en Telluride y a Al y Rudi en la isla Saint Paul.

—Vaya, había olvidado preguntar por ellos —se lamentó Pitt—. ¿Cómo les fue? ¿Encontraron la cámara con los objetos?

—Sí —respondió Sandecker—, pero estuvieron a las puertas de la muerte cuando su avión fue destruido antes de que pudieran regresar a Ciudad del Cabo. Por lo que sabemos, un helicóptero con seis hombres armados intentó matarlos y echarle el guante a los objetos dejados por los pasajeros del *Madrás* después de su visita en 1779. Al y Rudi acabaron con ellos, además de derribar el helicóptero, pero Rudi recibió un balazo que le fracturó la tibia. Se recuperará, pero va a llevar escayola durante una buena temporada.

—¿Siguen en la isla?

—Solo Al. Rudi ha sido recogido hace una hora por un helicóptero de una fragata lanzamisiles británica que pasaba por allí de vuelta a Southampton desde Australia. Pronto estará en Ciudad del Cabo para que lo operen en un hospital sudafricano.

—Seis asesinos y un helicóptero —dijo Pitt con admiración—. Me muero de ganas de escuchar la historia de sus labios.

—Es muy impresionante, sobre todo teniendo en cuenta que estaban desarmados durante la fase inicial del enfrentamiento.

—La red de inteligencia del Cuarto Imperio también es muy impresionante —señaló Pitt—. Antes de que el submarino empezase a disparar contra el *Polar Storm*, tuve una breve charla con el capitán. Cuando le dije mi nombre, me preguntó cómo había llegado hasta la Antártida desde Colorado. Verá, almirante, me duele decirlo, pero creo que podríamos tener un infiltrado en la NUMA.

—Lo investigaré —replicó Sandecker, furioso solo de pensar en esa posibilidad—. Mientras tanto, voy a enviar a la doctora O'Connell a la isla de Saint Paul para que haga un examen sobre el terreno de la cámara y los objetos que encontraron Al y

Rudi. Estoy organizando el transporte para que te reúnas con ella y supervises el traslado de los objetos a Estados Unidos.

—¿Qué me dice de los franceses? ¿No les pertenece la isla?

—Ojos que no ven corazón que no siente.

—¿Y cuándo regreso yo a la civilización?

—Estarás en tu casa a finales de semana. ¿Alguna cosa más?

—¿Han tenido suerte Pat y Hiram con las inscripciones?

—Han descifrado el sistema numérico. Según el análisis por ordenador de la posición de las estrellas en el techo de la cámara, las inscripciones datan de hace nueve mil años.

Pitt no estaba seguro de haber oído bien.

—¿Ha dicho nueve mil?

—Hiram dató la construcción de la cámara en el 7100 A.C. aproximadamente.

Pitt se quedó atónito.

—¿Está diciendo que había ya una civilización cuatro mil años antes de los sumerios o los egipcios?

—No he ido a clases de historia antigua desde mis tiempos en la academia de Anápolis —contestó Sandecker—, pero que yo recuerde, a mí no me enseñaron eso.

—A los arqueólogos no les va a hacer ninguna gracia tener que reescribir el libro de las civilizaciones prehistóricas.

—Yaeger y la doctora O'Connell también han empezado a descifrar las inscripciones alfabéticas. Al parecer, se trata de la descripción de una catástrofe mundial en los albores de la historia.

—Una civilización antigua desconocida borrada del mapa por culpa de una terrible catástrofe. Si no fuese tan escéptico, diría que me está hablando de la Atlántida, almirante.

Sandecker no respondió inmediatamente, y Pitt habría jurado oír cómo los engranajes de la cabeza del almirante se ponían en movimiento. Al final, Sandecker murmuró:

—La Atlántida... —Repitió el nombre como si se tratase de un lugar sagrado—. Por extraño que parezca, es posible que estés más cerca de la verdad de lo que crees.

III.
EL ARCA DEL SIGLO XXI

4 de abril de 2001, Buenos Aires, Argentina.

Los cantantes y los músicos juzgan a los principales teatros de ópera de todo el mundo según la acústica, la calidad del sonido que va desde el escenario hasta los asientos del palco y que luego sube hasta el gallinero, allá en la estratosfera. Por el contrario, para los amantes de la ópera, es decir, para quienes compran las entradas, el juicio se basa sobre todo en la elegancia y vistosidad del teatro: algunos destacan por su barroquismo, otros por su pomposidad y otros por la riqueza ornamental. Sin embargo, ninguno de ellos tiene parangón con la exquisita grandilocuencia del teatro Colón de la avenida 9 de Julio en Buenos Aires.

La construcción del teatro, iniciada en 1890 y para la cual no se reparó en gastos, terminó en 1908, época en que Puccini hacía furor. El edificio ocupa una manzana entera y exhibe una fascinante mezcla de *art déco* francés, Renacimiento italiano y clasicismo griego; sobre su escenario han bailado personajes de la talla de Pavlova y Nijinsky, Toscanini dirigió la orquesta desde el podio y todos los grandes cantantes, desde Caruso a la Callas, han actuado allí.

El interior en forma de herradura está revestido de una suntuosidad ornamental que apabulla al espectador: molduras de bronce de intrincados dibujos en las balaustradas superiores, impresionantes hileras de palcos con sillas tapizadas de terciopelo y cortinas con brocados de oro bajo unos techos jalonados de auténticas obras maestras de la pintura. En las esplendorosas noches de estreno, la flor y nata de la sociedad argentina cruza el vestíbulo, revestido de mármol italiano y adornado con fabulosas vidrieras de colores, para subir por las suntuosas escaleras que conducen a sus lujosos asientos.

Un minuto antes de que comenzase la obertura de *La coronación de Popea*, de Claudio Monteverdi, todos los asientos estaban ocupados, todos excepto el palco a la derecha del escenario, que aún seguía vacío. Popea fue la amante del emperador romano Nerón durante los años de esplendor de Roma, y sin embargo los intérpretes iban vestidos con atuendos del siglo xvii. Además, por si fuera poco, todos los papeles masculinos habían sido adjudicados a cantantes de sexo femenino. Para algunos amantes de la ópera es una auténtica obra maestra; para otros, en cambio, son cuatro horas de verdadero suplicio.

Segundos antes de que se apagarán las luces, un grupo formado por un hombre y cuatro mujeres entró discretamente en el único palco que quedaba vacío y se sentó en las sillas de terciopelo granate. Tras las cortinas, dos guardaespaldas, vestidos con esmoquin y con porte elegante, permanecían alerta. Todas las cabezas del teatro, todos los anteojos, se volvieron hacia las personas que acababan de entrar en el palco.

Las mujeres eran espectacularmente hermosas; no eran solo guapas o exóticas,

sino que poseían una clásica belleza escultural. Los tirabuzones de sus melenas rubias les caían en cascada sobre los hombros desnudos, con una trenza perfecta en el centro de la cabeza a modo de diadema. Estaban sentadas con aire regio, con las delicadas manos sobre el regazo, contemplando el foso de la orquesta con unos ojos grises azulados que brillaban como la luz de la luna sobre el ala de un cuervo. Los pómulos marcados acentuaban los rasgos de una tez bronceada por el sol tras las sesiones de esquí en los Andes o las horas a bordo de un yate anclado en Bahía Blanca. Todas ellas podrían haber pasado por Jovencitas de veinticinco años, aunque en realidad tenían diez años más. No hacía falta tener mucha imaginación para adivinar que las cuatro eran hermanas; de hecho, formaban parte de una prole de sextillizos. Sus vestidos dejaban entrever unas formas corporales bien proporcionadas, conseguidas tras sesiones regulares de ejercicio físico.

Sus largos vestidos de seda reluciente con adornos de piel de zorro teñida eran todos idénticos salvo por el color. Sentadas en semicírculo en el palco, destellaban como zafiros de color amarillo, azul, verde y rojo, y todas llevaban una variedad equiparable de gargantillas, pendientes y brazaletes de diamantes. De una sensualidad y capacidad de seducción espectaculares, emanaba de ellas un aura etérea y distante que las convertía en auténticas diosas. Parecía inconcebible, pero todas estaban casadas y cada una había dado a luz cinco hijos. Asistían al estreno de la ópera como un acontecimiento familiar, asintiendo y sonriendo con aire afable al hombre que estaba sentado en medio de ellas. Con la espalda erguida, el foco de atención masculino tenía el mismo color de pelo y ojos que sus hermanas, pero ahí terminaban todas las semejanzas. Era tan atractivo como hermosas eran sus hermanas, pero con facciones más duras, con cintura y caderas finas realzadas por unas espaldas anchas y unos poderosos bíceps y cuádriceps. Tenía cara cuadrada, con un hoyuelo en el mentón, nariz aguileña y una melena rubia muy espesa por la que las mujeres suspiraban. Era alto, de más de metro noventa y cinco, veinte centímetros más que sus hermanas.

Cuando se volvía para hablar con ellas, sonreía exhibiendo una dentadura blanquísima en una boca incapaz de esbozar una mueca de disgusto. Los ojos, sin embargo, no mostraban ningún rastro de calor humano; parecían los de una pantera que escrutase la pradera en busca de una presa.

Karl Wolf era un hombre muy rico y poderoso: presidente de un imperio financiero de tradición familiar que se extendía desde China hasta Europa pasando por la India, y luego atravesaba el Atlántico para, desde Canadá y Estados Unidos, llegar hasta México y Sudamérica. Era multimillonario. Su patrimonio personal se valoraba en más de cien mil millones de dólares, y su enorme multinacional, consagrada a multitud de proyectos científicos y tecnológicos, era conocida en todo el mundo como Destiny Enterprises Limited. A diferencia de sus hermanas, Karl no

estaba casado.

Wolf y otros miembros de su familia muy bien podrían haber entrado a formar parte de la nueva alta sociedad argentina, pues era un hombre sofisticado, seguro de sí mismo y próspero, pero tanto él como los demás miembros de su familia vivían de manera frugal, teniendo en cuenta su inmensa fortuna. La dinastía Wolf —que constaba, aunque parezca mentira, de más de doscientos miembros— rara vez aparecía por los restaurantes selectos o en las recepciones de la alta sociedad. Las mujeres Wolf casi nunca frecuentaban las *boutiques* y las tiendas exclusivas de Buenos Aires y, con la excepción de Karl, quien sí gustaba de mostrarse en público, el resto de la familia prefería pasar inadvertida y llevar una vida reclusa. Constituían un gran misterio para los argentinos. Nunca trababan amistad con extraños y nadie, ni siquiera los famosos ni los altos funcionarios del gobierno, había conseguido penetrar en el círculo familiar. Los hombres que se casaban con las mujeres de la familia parecían salidos de la nada, carecían de pasado y, curiosamente, todos adoptaban el apellido familiar: todos, desde el recién nacido hasta el recién casado, llevaban el apellido Wolf. Eran una élite familiar.

Cuando Karl y sus cuatro hermanas asistían a los estrenos de la ópera, era un acontecimiento de máxima trascendencia social. La obertura terminó, se levantó el telón y el público volvió la cabeza a regañadientes del palco de la deslumbrante familia Wolf a los cantantes del escenario.

Maria Wolf, la hermana sentada inmediatamente a la izquierda de Karl, se inclinó hacia él y susurró:

—¿Por qué tienes que someternos a esta terrible tortura?

Wolf se volvió hacia Maria y sonrió.

—Porque, querida hermana, si no exhibiésemos a la familia en algunas ocasiones, el gobierno y el público podrían pensar que somos una gigantesca conspiración envuelta en un enigma. Es mejor realizar apariciones ocasionales para que sepan que no somos extraterrestres empeñados en controlar el país en secreto.

—Tendríamos que haber esperado a que Heidi volviese de la Antártida.

—Estoy de acuerdo —susurró Geli, la hermana a la derecha de Wolf—. Ella es la única que habría disfrutado con este tostón.

Wolf le dio unas palmaditas a Geli en la mano.

—La compensaré la semana que viene cuando estrenen *La Traviata*.

Hicieron caso omiso de las miradas del público, que se debatía entre observar a la escurridiza familia Wolf y seguir la actuación de los intérpretes en el escenario. Se acababa de levantar el telón del tercer acto cuando uno de los guardaespaldas entró desde el pasillo y le susurró algo a Wolf al oído. Al instante, éste se puso tenso en la silla, la sonrisa desapareció de su semblante y su expresión facial se volvió grave. Se inclinó hacia sus hermanas y les habló en voz baja:

—Queridas hermanas, ha ocurrido un imprevisto, tengo que marcharme. Vosotras debéis quedaros. He reservado una habitación privada en el Plaza Grill para una pequeña cena después del espectáculo. Id para allá, que yo ya iré luego.

Las cuatro mujeres se volvieron y lo miraron con ansiedad contenida.

—¿Puedes decirnos de qué se trata? —preguntó Geli.

—Nos gustaría saberlo —añadió Maria.

—Cuando yo lo sepa, vosotras también lo sabréis —les prometió—. Ahora, disfrutad del espectáculo.

Wolf se levantó y abandonó el palco acompañado por uno de los guardaespaldas mientras el otro permanecía en la entrada. Salió a toda prisa por una salida lateral y subió a la limusina que lo esperaba en la calle, una Mercedes-Benz 600 de 1969, un vehículo que después de más de cuarenta años seguía conservando su reputación como la limusina más lujosa del mundo. Había mucho tráfico, pero lo cierto era que siempre hay mucho tráfico en Buenos Aires. El conductor dirigió el enorme vehículo hacia el barrio de Recoleta, que se extendía alrededor de los exuberantes jardines de la plaza Francia y la plaza Intendente Alvear, los equivalentes en Buenos Aires a la avenida Michigan de Chicago y a Rodeo Drive en Beverly Hills, con sus bulevares flanqueados por árboles, tiendas de moda, hoteles exclusivos y residencias palaciegas.

El coche pasó junto al célebre cementerio de Recoleta, donde sus estrechos senderos empedrados serpentean entre más de siete mil mausoleos adornados con estatuas y ejércitos de ángeles de cemento que custodian a sus habitantes. Eva Perón descansa en un mausoleo perteneciente a la familia Duarte, y los turistas suelen sorprenderse de que en el epitafio de la verja de entrada a la cripta se lea realmente: «No llores por mí, Argentina. Mi alma está contigo».

El chófer franqueó una puerta con servicio de vigilancia, una verja espectacular de hierro forjado, enfiló una entrada circular y detuvo el vehículo frente al portal de una mansión del siglo XIX con altas columnatas y muros cubiertos de hiedra; había sido la embajada alemana antes de la Segunda Guerra Mundial. Cuatro años después de la guerra, el gobierno alemán había trasladado a sus diplomáticos a un barrio de moda, Palermo Chico. Desde entonces, la mansión había servido de cuartel general de la empresa Destiny Enterprises Limited.

Wolf bajó del coche y entró en la mansión, cuyo interior lo era todo excepto lujoso: los suelos y las columnas de mármol, las paredes revestidas con paneles decorativos y los techos cubiertos de azulejos eran un recordatorio de un pasado fabuloso, pero los muebles eran escasos y era notoria la ausencia de elaborados motivos ornamentales. Una escalera de mármol blanco conducía a las oficinas del piso superior, pero Wolf utilizó un pequeño ascensor oculto. El ascensor subió en silencio y se abrió a una enorme sala de reuniones, donde diez miembros de la familia

Wolf, cuatro mujeres y seis hombres, esperaban sentados alrededor de una mesa de teca de casi diez metros de largo.

Todos se levantaron y saludaron a Karl quien, siendo el más astuto y perspicaz de la familia, con solo treinta y ocho años era aceptado y respetado como consejero jefe y director del negocio familiar.

—Perdonad mi retraso, hermanos y hermanas, pero he venido en cuanto he tenido noticias de la tragedia. —A continuación se acercó a un hombre de pelo canoso y lo abrazó—. ¿Es cierto, padre, que hemos perdido el U-2015, y con él a Heidi?

Max Wolf asintió con tristeza.

—Es cierto. Tu hermana, además del hijo de Kurt, Eric, y el resto de la tripulación yacen ahora en el fondo del mar en la costa de la Antártida.

—¿Eric? —exclamó Karl Wolf—. En la ópera no me dijeron que también había muerto. ¿Estamos seguros de todo esto?

—Hemos interceptado las transmisiones vía satélite de la NUMA —dijo un hombre alto sentado al otro lado de la mesa y que podría haber pasado perfectamente por el hermano gemelo de Karl. La expresión de Bruno Wolf era la encarnación de la ira—. Las transmisiones lo cuentan todo. Durante la puesta en práctica de nuestro plan para eliminar a todos los testigos de los objetos amenes, nuestro submarino estaba disparando contra el barco de investigación de la NUMA cuando apareció un submarino nuclear estadounidense y lanzó un misil que destruyó el submarino y a todos cuantos se hallaban a bordo. No mencionaron ningún superviviente.

—Una pérdida terrible —murmuró Karl con aire solemne—. Dos miembros de la familia y el venerable U-2015. No olvidemos que transportó a nuestros abuelos y al núcleo de nuestro imperio desde Alemania después de la guerra.

—Sin olvidar el valioso servicio que nos ha prestado a lo largo de los años —añadió Otto Wolf, uno de los ocho médicos de la familia—. Sin duda lo echaremos de menos.

Los hombres y mujeres sentados a la mesa permanecieron en silencio. Se trataba obviamente de un grupo de personas que jamás había experimentado el sentimiento de fracaso. Durante cincuenta y cinco años, desde sus comienzos, Destiny Enterprises Limited había acumulado éxito tras éxito. Cada proyecto, cada operación, había sido planeada con detallada disciplina, sin dejar pasar una sola contingencia. Se preveían los problemas y se solucionaban; la negligencia y la incompetencia no existían, sencillamente. Hasta entonces la familia Wolf había sido invencible y les parecía imposible encajar una derrota.

Wolf se arrellanó en una silla a la cabecera de la mesa.

—¿Cuáles han sido las pérdidas en el transcurso de las últimas dos semanas en cuanto a miembros familiares y personal contratado?

Bruno Wolf, marido de la hermana de Karl, Geli, abrió un archivo y examinó una

columna de números.

—Siete agentes en Colorado; siete en la isla de Saint Paul, incluyendo a nuestro primo Fritz, que dirigía la operación desde su helicóptero; y los cuarenta y siete tripulantes del U-2015, además de Heidi y Eric.

—Sesenta y siete de nuestros mejores hombres y tres miembros de la familia en menos de diez días —concluyó Elsie Wolf—. Parece imposible.

—Sobre todo teniendo en cuenta que los responsables son una pandilla de oceanógrafos, meras medusas sin espina dorsal —añadió Otto, furioso.

Karl se restregó los ojos con gesto cansado.

—Permíteme recordarte, querido Otto, que esas medusas sin espina dorsal han matado a doce de nuestros mejores agentes, sin incluir a los dos que tuvimos que eliminar para impedir que hablasen.

—Los científicos y los técnicos oceanográficos no son asesinos profesionales —dijo Elsie—. Nuestro agente infiltrado en NUMA de Washington me ha enviado los archivos personales de los hombres responsables de las muertes en Colorado y la isla de Saint Paul. No son hombres normales y corrientes: sus historiales parecen sacados de una novela de aventuras. —Hizo una pausa y pasó una serie de fotos alrededor de la mesa—. La primera foto es del almirante James Sandecker, el director de la NUMA. Sandecker es un hombre muy respetado entre la élite política del gobierno de Estados Unidos. Después de un envidiable historial de guerra en Vietnam, fue seleccionado personalmente para crear y dirigir la Agencia Nacional Marina y Submarina. Tiene un peso enorme entre los miembros del Congreso.

—Lo conocí una vez en un congreso de ciencias oceanográficas en Marsella —dijo Karl—. No se le puede subestimar como adversario.

—La siguiente foto corresponde a Rudolph Gunn, subdirector de la NUMA.

—Parece un tipo insignificante —señaló Felix Wolf, el abogado de la familia—. No creo que tenga fuerza suficiente para matar una mosca.

—No hace falta que sepa matar con las manos —intervino Elsie—. Por lo que hemos averiguado, es el responsable de la muerte de nuestros hombres en la isla Saint Paul. Licenciado en la Academia Naval de Estados Unidos, realizó una brillante carrera en la marina antes de entrar en la NUMA y convertirse en la mano derecha del almirante Sandecker.

Bruno levantó una tercera foto.

—Este sí parece capaz de arrancarte la cabeza de cuajo con la mano.

—Albert Giordino, ayudante del director de proyectos especiales de la NUMA —explicó Elsie—. Licenciado en la Academia Aeronáutica de Estados Unidos. Sirvió en Vietnam con honores. Bruno tiene razón, Giordino es un tipo duro. Su historial en la NUMA es extraordinario. El archivo de los proyectos que ha llevado a buen término es bastante voluminoso. Se sabe que ha matado en más de una ocasión, y por

la escasa información que hemos podido reunir, él fue junto con Gunn el responsable de nuestro fracaso en Saint Paul.

—¿Y la última foto? —inquirió Otto.

—Dirk Pitt, una auténtica leyenda en los círculos oceanográficos. Director de proyectos especiales de la NUMA, es una especie de hombre renacentista. Soltero, colecciona coches de época. También se graduó en la Academia Aeronáutica y posee varias condecoraciones por actos de heroísmo en Vietnam. Sus logros son numerosos e impresionantes. Fue él quien frustró nuestros planes en Colorado. También estuvo presente en la Antártida durante el hundimiento del U-2015.

—Una pérdida lamentable —señaló Otto con enfado contenido. Miró uno por uno a los rostros de los presentes—. Fue un error por nuestra parte utilizar el U-2015 en lugar de una nave moderna de superficie.

—Fue un torpe intento de confundir a nuestro enemigo —admitió Karl.

Bruno golpeó la mesa con el puño.

—Debemos clamar venganza. Esos hombres tienen que morir.

—Diste la orden de asesinar a Pitt sin nuestro consentimiento —le recriminó Karl con aspereza—, un intento que fracasó, dicho sea de paso. No podemos permitirnos el lujo de la venganza. Tenemos que seguir con el plan previsto y no quiero que distraigamos nuestra atención con venganzas absurdas.

—A mí no me parecen absurdas —replicó Bruno—. Esos cuatro hombres son responsables directos de las muertes de nuestros hermanos y hermana y sus actos no pueden quedar impunes.

Karl le lanzó una mirada glacial.

—¿Se te ha ocurrido, querido hermano, que cuando el proyecto Nuevo Destino alcance su punto culminante todos ellos sufrirán una muerte inexorable?

—Karl tiene razón —intervino Elsie—. No podemos permitirnos distracciones que nos alejen de nuestro objetivo, independientemente de lo trágico que resulte para la familia.

—El asunto está zanjado —concluyó Karl con firmeza—. Nos concentraremos en nuestra misión y aceptaremos nuestro dolor como parte del precio que hay que pagar.

—Ahora que esos extraños han descubierto las cámaras de Colorado y de la isla Saint Paul —dijo Otto—, no veo razón para seguir invirtiendo más tiempo, dinero y vidas en ocultar la existencia de nuestros viejos antepasados.

—Estoy de acuerdo con Otto —convino Bruno—. Con las inscripciones ahora en poder del gobierno estadounidense, deberíamos permanecer en la sombra mientras descifran el mensaje y anuncian a través de los medios de comunicación internacionales la advertencia de los amenes sobre el desastre, ahorrándonos de ese modo el esfuerzo de hacerlo nosotros.

Karl se quedó contemplando la mesa con expresión taciturna.

—Nuestro mayor riesgo es que la historia salga a la luz demasiado pronto, antes de que se ponga en marcha el proyecto Nuevo Destino y la desinformación conduzca hasta nuestro plan.

—En ese caso debemos enturbiar las aguas antes de que los investigadores científicos descubran nuestra estratagema.

—Gracias a esos entrometidos de la NUMA, el mundo estará tras nuestros talones dentro de dos semanas. —Bruno miró a Karl al otro lado de la mesa—. ¿Hay alguna posibilidad, hermano, de que nuestra gente en Valhalla pueda adelantar los planes?

—Si les explico los motivos de la urgencia y les informo de los peligros que nos acechan, sí, creo que podré conseguir que adelanten la fecha de inicio en diez días a contar a partir de hoy.

—Diez días —repitió Christa con excitación—. Solo diez días para que el viejo mundo sea destruido y el Cuarto Imperio renazca de sus cenizas.

Karl asintió con aire solemne.

—Si todo sale según los planes que con tanto cuidado ha elaborado nuestra familia desde 1945, cambiaremos por completo la vida de la humanidad para los próximos diez mil años.

Después de un viaje en avión hasta una estación polar y desde allí a través del océano Índico hasta Ciudad del Cabo, Pitt se reunió con Pat O'Connell, que había llegado en un vuelo procedente de Washington. Iba acompañada por el doctor Bradford Hatfield, un forense-arqueólogo especializado en el estudio de momias antiguas. Juntos volaron hasta la isla Saint Paul a bordo de un avión de rotor basculante. Una intensa llovizna, provocada por unas nubes hostiles y sostenida por una brisa implacable, les azotaba el rostro como proyectiles de escopetas de aire comprimido. Una vez en la isla, se encontraron con un equipo de la SEAL^[1], un cuerpo de élite de la marina de Estados Unidos compuesto por hombres robustos y de pocas palabras, con la mente concentrada en su objetivo y vestidos con uniformes de camuflaje que hacían juego con las piedras volcánicas grises de la isla.

—Bienvenidos a los confines del infierno —dijo un hombre fornido y desgarrado con una sonrisa amistosa. Llevaba un arma enorme colgada del revés por encima del hombro que parecía una mezcla de fusil automático, lanzamisiles, arma de precisión y escopeta del calibre 12—. Soy el teniente Miles Jacobs y seré su guía en la isla.

—Veo que el almirante Sandecker ha tomado todas las precauciones por si vuelven los terroristas —comentó Pitt mientras estrechaba la mano de Jacobs.

—Puede que se haya retirado de la marina —repuso Jacobs—, pero sigue teniendo mucha influencia en los niveles más altos. Mis órdenes de proteger a todo el personal de la NUMA vienen directamente del secretario de Defensa.

Sin más dilación, Jacobs y cuatro de sus hombres —dos delante y dos cubriendo la retaguardia— condujeron a Pitt y sus compañeros ladera arriba hasta el viejo sendero que llevaba a la entrada del túnel. Pat estaba empapada bajo el impermeable y no veía la hora de ponerse a cubierto de la lluvia. Cuando llegaron al arco de entrada, Giordino salió del túnel para saludarlos; parecía cansado, pero se movía con la energía del capitán de un equipo de fútbol americano.

Pat se quedó un poco sorprendida al ver a dos hombres tan duros y fuertes saludarse con efusivos abrazos. Había tanto sentimiento en sus ojos que se diría que estaban al borde de las lágrimas.

—Me alegro de verte, colega —dijo Pitt con alegría.

—Yo también —contestó Giordino con una amplia sonrisa—. Me han dicho que hundiste un submarino con bolas de nieve.

Pitt se echó a reír.

—Bah, han exagerado un poco... Lo único que hicimos fue amenazarlos con el puño e insultarlos hasta la llegada providencial de los chicos de la marina.

—Doctora O'Connell, es un placer verla de nuevo. —Giordino inclinó cortésmente la cabeza y besó la mano enfundada en un guante—. Necesitábamos a

alguien como usted para que iluminase este lugar tan sombrío.

Pat sonrió e hizo una delicada reverencia.

—El placer es mío, señor.

Pitt se volvió y le presentó al arqueólogo.

—Al Giordino, el doctor Brad Hatfield. Brad ha venido a examinar las momias que encontrasteis.

—Tengo entendido que usted y el comandante Gunn han dado con un auténtico tesoro arqueológico —dijo Hatfield. Era alto y flaco, con ojos castaño claro, de cara estrecha y tersa y voz suave. Se encorbaba un poco al hablar y llevaba unas gafas de montura redonda que parecían hechas en los años veinte.

—Entre a resguardarse de la lluvia y compruébelo usted mismo.

Giordino guió el camino a través del túnel hacia la primera cámara. Después de recorrer quince metros, un fuerte hedor a humo y carne chamuscada les anegó las fosas nasales. Los hombres de la SEAL habían traído un generador y conectado un conducto para expulsar el humo; la energía eléctrica del generador servía a su vez para alimentar una serie de reflectores.

Ninguno de ellos esperaba encontrar semejante devastación en el interior de la cueva, que estaba completamente ennegrecido por el fuego y cubierto de hollín. Los escasos objetos diseminados por la cámara antes de la explosión habían desaparecido.

—¿Qué ha pasado aquí dentro? —preguntó Pitt, atónito.

—Al piloto del helicóptero se le ocurrió lanzar un misil por el túnel —explicó Giordino con la misma parsimonia que emplearía para describir cómo se come una manzana.

—Pero tú y Rudi estabais aquí dentro...

Giordino esbozó una sonrisa burlona.

—Claro que no. Hay un túnel que conduce a otra cámara detrás de ésta. Estábamos protegidos por una pared de rocas, los restos de un derrumbamiento. Rudi y yo no oiremos nada que nos digan en voz baja durante dos semanas y tenemos los pulmones congestionados, pero hemos sobrevivido.

—Es un milagro que no os asaseis como vuestros amigos de aquí abajo —dijo Pitt observando los restos chamuscados de los atacantes.

—Los SEAL van a limpiar todo esto y a transportar los cuerpos a Estados Unidos para su identificación.

—Qué horror... —murmuró Pat, palideciendo por momentos. Sin embargo, su profesionalidad se impuso y empezó a recorrer con los dedos los restos de inscripciones en la pared. Se quedó mirando con expresión lastimera la roca resquebrajada y hecha pedazos—. La han destruido —concluyó con un débil murmullo—. La han borrado completamente. No quedan signos suficientes para poder descifrarlos.

—No es una gran pérdida —dijo Giordino sin inmutarse—. Lo bueno de verdad ha sobrevivido en el interior de la segunda cámara sin un solo rasguño. Las momias tenían un poco de polvo, eso es cierto, pero por lo demás están tan frescas como el día en que las dejaron ahí sentadas.

—¿Sentadas? —repitió Hatfield—. ¿No están tumbadas en cajas funerarias?

—No, están sentadas con la espalda recta en sillas de piedra.

—¿Y están envueltas en trapos?

—No —respondió Giordino—. Están sentadas como si estuvieran en la reunión de una junta de accionistas, vestidas con túnicas, sombreros y botas.

Hatfield meneó la cabeza con asombro.

—He visto enterramientos antiguos en los que los cuerpos estaban envueltos en gasas en ataúdes, en posición fetal en el interior de ánforas de arcilla, tumbados boca arriba o boca abajo y también de pie, pero nunca había oído hablar de momias sentadas al descubierto.

—He colocado unas luces en el interior para que puedan examinar las momias y los demás objetos.

Durante las horas que Giordino había pasado esperando que apareciesen Pitt y Pat O'Connell, había pedido a los SEAL que lo ayudasen a despejar el derrumbamiento, a trasladar las rocas fuera de la cueva y a tirarlas por la montaña. El túnel que conducía a la cripta interior estaba ahora despejado y pudieron atravesarlo sin tener que escarbar entre los escombros. Los reflectores alumbraban la cripta con más luminosidad que la propia luz del día y exponían a las momias y sus trajes con todo lujo de detalles.

Hatfield enseguida puso manos a la obra y empezó a examinar el rostro de la primera momia casi pegándose a su nariz. Parecía un hombre perdido en el paraíso. Fue de una figura a otra, examinando la piel, las orejas, la nariz y los labios. Abrió una cartera de piel y extrajo una cinta metálica de cirujano con una lámpara y una lupa a la altura de los ojos. Después de ajustarse la cinta en la cabeza, encender la luz y enfocar las lentes, sacudió con delicadeza el polvo de las pestañas de una momia con una brocha de cerdas suaves. Los demás lo observaron en silencio hasta que se volvió, se quitó la cinta metálica y habló como si estuviera dando un sermón en la iglesia.

—En todos los años que llevo examinando cadáveres antiguos —dijo—, nunca había visto unos cuerpos tan bien conservados; hasta los globos oculares parecen intactos, porque se puede ver el color del iris.

—Tal vez solo tengan cien años de antigüedad o menos —señaló Giordino.

—No lo creo. El tejido de sus túnicas, el modelo de las botas, el corte y el estilo de los tocados de la cabeza y la ropa no se parece a nada que haya visto antes, desde luego no en los libros de historia. Sean cuales fueren sus métodos de

embalsamamiento, las técnicas de esta gente eran muy superiores a las utilizadas en las momias egipcias. Los egipcios mutilaban los cuerpos para extraer los órganos internos, por ejemplo la extracción del cerebro a través de la nariz y la extracción de los pulmones y órganos abdominales. Estos cuerpos no están desfigurados, ni por dentro ni por fuera: da la impresión de que los embalsamadores ni siquiera los tocaron.

—Las inscripciones que hallamos en las montañas de Colorado datan de hace nueve mil años —explicó Pat—. ¿Es posible que esta gente y sus objetos sean del mismo milenio?

—No puedo contestar a esa pregunta sin la tecnología adecuada —contestó Hatfield—. No soy partidario de sacar conclusiones cronológicas así como así, pero apostaría mi reputación a que estas personas pertenecían a una cultura antigua que desconocemos históricamente.

—Debieron de ser navegantes de primera para haber encontrado esta isla y utilizarla como tumba —comentó Pitt.

—¿Por qué aquí? —inquirió Giordino—. ¿Por qué no enterraron a sus muertos en un lugar más cómodo cerca de una costa continental?

—Probablemente es que no querían que nadie los encontrara —respondió Pat.

Pitt contempló las momias con gesto pensativo.

—No estoy tan seguro. Creo que en el fondo querían que alguien los descubriera. Dejaron mensajes en otras cámaras subterráneas a miles de kilómetros de distancia y, según tengo entendido, lo que tú y Hiram Yaeger habéis logrado descifrar hasta ahora no son mensajes dirigidos a los dioses de los muertos.

—Eso es cierto de momento, pero todavía nos queda un largo trecho para acabar de descifrar todos los símbolos y su significado. Lo poco que hemos descubierto hasta ahora es que las inscripciones no tienen carácter funerario, sino que son una advertencia sobre una catástrofe futura.

—¿Futura para quién? —preguntó Giordino—. A lo mejor ya ha sucedido en estos últimos nueve mil años.

—Todavía no hemos determinado ninguna proyección temporal —contestó Pat—. Hiram y Max siguen trabajando en ello. —Se acercó a una de las paredes y limpió el polvo que cubría lo que parecían figuras esculpidas en la roca. Abrió los ojos como platos por la emoción—. No se trata de la misma clase de símbolos que encontramos en Colorado... Éstos son glifos que representan figuras humanas y animales.

Todos se pusieron a limpiar el polvo y la mugre acumulados en la roca pulida a lo largo de los siglos. Comenzando por las cuatro esquinas de la pared, avanzaban hacia el centro hasta que las inscripciones aparecieron con lujo de detalles a la potente luz de los reflectores.

—¿Qué creéis que representa? —preguntó Giordino, sin dirigirse a nadie en

particular.

—Un puerto o una localidad costera —dictaminó Pitt en voz baja—. Yo veo una flota de naves antiguas con velas y remos rodeada por un rompeolas en cuyos extremos se yerguen unas torres muy altas, probablemente faros o atalayas.

—Sí —convino Hatfield—, y yo además veo edificios alrededor de los muelles donde están atracados varios barcos.

—Parece que están cargando o descargando algo —añadió Pat, mirando con la lupa que siempre llevaba a todas partes—. Estos personajes están esculpidos con minucioso detalle y llevan el mismo tipo de ropa que las momias. Aquí parece que uno de los barcos está descargando animales.

Giordino se acercó a Pat y escudriñó la imagen entrecerrando los ojos.

—Unicornios —anunció—. Son unicornios. ¿Veis esto? Solo tienen un cuerno en la frente.

—Qué curioso... —dijo Hatfield—. Tan curioso como las esculturas de dioses griegos inexistentes.

—¿Cómo lo sabe? —repuso Pitt—. Tal vez los unicornios sí existían hace nueve mil años, antes de que se extinguieran junto con los mamuts y los macairodos.

—Sí, junto con las medusas con serpientes por cabello y los cíclopes de un solo ojo en la frente.

—No se olvide de las gárgolas y los dragones —añadió Giordino.

—Hasta que se encuentren los huesos o los fósiles que demuestren que sí existieron —dijo Hatfield—, seguirán siendo criaturas mitológicas.

Pitt optó por no prolongar la discusión con Hatfield, de modo que se aproximó a los tronos de piedra donde permanecían las momias y observó una enorme cortina de pieles de animales cosidas que cubría la pared opuesta. Muy despacio, levantó un extremo de la cortina y miró debajo. En su rostro se dibujó una expresión de perplejidad.

—Tenga cuidado —le advirtió Hatfield—. Eso es muy frágil.

Pitt hizo caso omiso de sus palabras y enroscó la cortina con ambas manos hasta que la tuvo encima de la cabeza.

—No debería tocar eso —le reprendió Hatfield con irritación—. Es una reliquia de valor incalculable y podría convertirse en polvo. Debe manejarse con delicadeza hasta que se la someta a un tratamiento de conservación...

—Lo que hay debajo tiene un valor aún más incalculable —dijo Pitt, impasible. Le hizo señas a Giordino—. Coge un par de esas lanzas de ahí para sostener la cortina.

Con el rostro rojo de ira, Hatfield intentó detener a Giordino, pero era como intentar parar un tractor; éste lo apartó a un lado de un manotazo sin siquiera dedicarle una mirada, tomó dos antiguas lanzas de obsidiana, clavó las puntas en el

suelo de la cámara y empleó los extremos romos para apuntalar la cortina. A continuación, Pitt ajustó un par de reflectores para enfocar la pared.

Pat contuvo la respiración y contempló los cuatro enormes círculos grabados en la pared pulida, con extraños diagramas en su interior.

—Son una especie de glifos —sentenció.

—Parecen mapas —apuntó Giordino.

—¿Mapas de qué?

Una sonrisa de desconcierto afloró a los labios de Pitt.

—Cuatro proyecciones diferentes de la Tierra.

—Eso es ridículo —dijo Hatfield—. Esos glifos no se parecen a ningún mapa antiguo que haya visto en mi vida. Son demasiado detallados, y desde luego no se parecen en nada a ningún mapa geográfico.

—Eso es porque su mente estrecha no le permite ver los continentes y las costas tal como eran hace nueve mil años.

—Pues yo coincido con el doctor Hatfield —dijo Pat—. Solo veo una serie de islas, o eso parece, grandes y pequeñas, con costas irregulares y rodeadas por signos ondulantes que sugieren un mar inmenso.

—Yo voto por una mariposa alcanzada por la artillería antiaérea —murmuró Giordino con cinismo.

—Acabas de bajar cincuenta puntos en la escala de la materia gris —repuso Pitt—. Creía que podía contar contigo, más que con cualquier otra persona, para resolver el enigma.

—¿Qué ves tú? —le preguntó Pat.

—Cuatro imágenes distintas del mundo visto desde la Antártida hace nueve mil años.

—Bromas aparte —dijo Giordino—, tienes razón.

Pat retrocedió unos pasos para obtener una visión más general.

—Sí, ahora empiezo a distinguir otros continentes, pero están en posiciones distintas. Es casi como si el mundo se hubiese inclinado.

—No veo qué tiene que ver la Antártida con todo esto —insistió Hatfield.

—Está justo delante de sus ojos.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —preguntó Pat.

—Me gustaría saber cómo ha llegado a esa conclusión —se mofó Hatfield.

Pitt miró a Pat.

—¿Llevas algún trozo de tiza en tu bolsa que utilices para subrayar inscripciones en las rocas?

Ella esbozó una sonrisa.

—La tiza pasó a la historia. Ahora preferimos los polvos de talco.

—Muy bien, pues dámelos, y también unos cuantos kleenex. Todas las mujeres

llevan kleenex en el bolso.

Pat hurgó en su bolsillo y le dio un paquete de pañuelos de papel. Luego rebuscó en su bolsa entre los cuadernos, el equipo fotográfico y las herramientas utilizadas para examinar símbolos antiguos en la roca, hasta que encontró un recipiente de plástico con polvos de talco.

Pitt empleó la breve espera en humedecer un pañuelo de papel con agua y mojar con él los glifos esculpidos en la pared para que el talco se adhiriese a la roca grabada. Pat le pasó el talco y él empezó a arrojarlo con suaves golpecitos sobre la superficie lisa que rodeaba las incisiones antiguas. Al cabo de tres minutos, retrocedió unos pasos y admiró su obra.

—Señoras y señores, aquí tienen la Antártida.

Los tres observaron con atención la capa de talco blanco que Pitt había arrojado sobre la roca pulida y luego limpiado de nuevo para resaltar el contorno grabado en la piedra. Ahora guardaba un parecido sorprendente con el continente del polo Sur.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Pat, confusa.

—Lo que significa —explicó Pitt al tiempo que hacía un amplio movimiento con el brazo para abarcar las momias que, mudas, seguían sentadas en sus tronos— es que estos seres se pasearon por la Antártida miles de años antes que el hombre moderno. Navegaron alrededor de ella y trazaron su mapa antes de que quedara cubierta de hielo y nieve.

—¡Tonterías! —exclamó Hatfield—. Es un hecho científicamente demostrado que todo el continente, excepto un tres por ciento, lleva millones de años cubierto por una capa de hielo.

Pitt permaneció en silencio varios segundos, contemplando las antiguas figuras como si estuvieran vivas, trasladando la mirada de un rostro a otro como intentando comunicarse con ellos. Al final, señalando las momias, dijo con convicción:

—Las respuestas nos las darán ellos.

Después de almorzar Hiram Yaeger volvió a su centro informático cargado con una enorme caja de cartón con un cachorro de basset en su interior: lo había salvado de la inyección letal que iban a ponerle apenas unas horas después en la perrera municipal. Desde que el golden retriever de la familia había muerto de viejo, Yaeger había jurado que era el último perro de la familia que enterraba y se había negado a sustituirlo. Sin embargo, sus dos hijas adolescentes le habían suplicado mil veces que trajese otro a casa y lo habían amenazado incluso con descuidar sus estudios si no sustituía al retriever. El único consuelo de Yaeger consistía en que no era el primer padre de familia que se veía coaccionado por sus hijos para traer un animal a casa.

Su primera intención había sido encontrar otro golden retriever, pero al mirar los ojos tristes y enternecedores del basset y ver el cuerpo escuchimizado de patas cortas, pies grandes y orejas que se arrastraban por el suelo, se había quedado prendado. Colocó varias hojas de periódico alrededor de su escritorio y dejó suelto al cachorro, pero éste prefirió tumbarse en la toalla que había en la caja y mirar a Yaeger, a quien le resultó casi imposible desviar la atención de aquellos ojos tristes.

Al final, se obligó a concentrarse en el trabajo y llamó a Max. Ésta apareció en el monitor y le echó una regañina.

—¿Siempre tienes que hacerme esperar?

Yaeger se agachó y levantó al cachorro para que lo viese Max.

—He salido un rato y he recogido un cachorro para mis hijas.

El rostro de Max se dulcificó de inmediato.

—Qué mono... Las niñas estarán entusiasmadas.

—¿Has avanzado con las inscripciones? —le preguntó.

—He descifrado el significado de los símbolos, pero se tarda bastante en transformarlos en palabras que puedan interpretarse en nuestro idioma.

—Dime qué tienes hasta ahora.

—Bueno, la verdad es que bastante —repuso Max con orgullo.

—Te escucho.

—Alrededor del año 7000 A.C. el mundo sufrió una gran catástrofe.

—¿Qué clase de catástrofe? —inquirió Yaeger.

—Estaba registrada en el mapa celeste del techo de la cámara de Colorado —explicó Max—. No he descifrado el mensaje completo, pero al parecer dos cometas procedentes del espacio llegaron a la Tierra y provocaron una hecatombe mundial.

—¿Estás segura de que no fueron dos asteroides? No soy astrónomo, pero nunca he oído hablar de cometas que orbiten en paralelo.

—El mapa celeste mostraba dos objetos con largas colas desplazándose unidos, el

uno al lado del otro, con rumbo directo hacia la Tierra.

Yaeger acarició al perro mientras hablaba.

—Dos cometas chocando al mismo tiempo... Dependiendo del tamaño, debieron de provocar un auténtico cataclismo.

—Perdona, Hiram —dijo Max—. No pretendía inducirte a error, pero solo uno de los cometas se estrelló contra la Tierra. El otro rodeó el sol y luego desapareció en el espacio.

—¿Y el mapa astral indica dónde cayó ese cometa?

Max negó con la cabeza.

—La descripción del lugar del impacto sugería Canadá, probablemente en las cercanías de la bahía de Hudson.

—Estoy orgulloso de ti, Max. —Yaeger se había colocado al cachorro en el regazo, el cual enseguida se quedó dormido—. Serías una detective fabulosa.

—Solucionar un crimen de la gente normal y corriente sería para mí un juego de niños —respondió Max dándose aires.

—Muy bien, tenemos un cometa que choca con la Tierra en una provincia canadiense alrededor del 7000 a. C. y que provoca una destrucción de dimensiones mundiales.

—Eso es solo el primer acto. El meollo de la historia viene más tarde, con la descripción de la civilización que existía antes del cataclismo y las consecuencias de éste. Los poquísimos supervivientes, demasiado débiles para reconstruir su mundo, asumieron como misión divina errar por el planeta, educar a los primitivos habitantes de la Edad de Piedra que sobrevivían en las zonas remotas y construir monumentos advirtiendo del próximo cataclismo.

—¿Por qué esperaban otro cataclismo?

—Por lo que he podido deducir, previeron el retorno del segundo cometa, que acabaría el trabajo de destrucción total.

Yaeger se quedó prácticamente sin habla.

—Max, ¿acaso estás sugiriendo que sí hubo una civilización llamada Atlántida?

—Yo no he dicho eso —exclamó Max con irritación—. No he determinado cómo se llamaba este antiguo pueblo. Es cierto que presenta vagas semejanzas con la historia de Platón; su transcripción de una conversación que tuvo lugar doscientos años antes de su época entre Solón, el gran estadista ateniense, y un sacerdote egipcio es el primer testimonio escrito de una isla denominada Atlántida.

—Todo el mundo conoce la leyenda —dijo Yaeger mientras echaba a volar su imaginación—. El sacerdote hablaba de una isla-continente mayor que Australia y situada en pleno Atlántico, al oeste de las Columnas de Hércules, o estrecho de Gibraltar, tal como lo conocemos hoy en día. Hace miles de años resultó destruida, hundiéndose y desapareciendo en el mar después de un gran terremoto. Un enigma

que deja perplejos a cuantos creen en él y que sigue provocando las burlas de los historiadores hasta el día de hoy. Personalmente, tiendo a estar de acuerdo con los historiadores en que no es más que la primera saga de ciencia ficción.

—Tal vez no fuese del todo ficticia, Hiram.

Yaeger miró a Max con ceño.

—No hay ninguna base geológica que avale la existencia de un continente perdido que desapareció en medio del océano Atlántico hace nueve mil años. Nunca existió, y mucho menos entre el norte de África y el Caribe. Ahora se aceptaba la teoría que vincula la leyenda con un terremoto y una inundación devastadores provocados por una erupción volcánica que tuvo lugar en la isla de Tera, o Santorini, como se la conoce hoy en día, y que acabó con la gran civilización minoica de Creta.

—De modo que crees que el retrato que hace Platón de la Atlántida en sus obras *Critias* y *Timeo*, es pura invención, ¿no?

—No es un retrato, Max —la corrigió Yaeger—. Contó la historia en forma de diálogo, un género muy popular en la antigua Grecia. La historia no está relatada en tercera persona por el autor, sino que es presentada al lector por uno o más narradores, uno que interroga al otro. Y la respuesta es sí, creo que Platón se inventó la Atlántida, regocijándose al pensar que las futuras generaciones se tragarían el camelo, escribirían cientos de libros sobre el tema y se enzarzarían en discusiones interminables.

—Eres un hueso duro de roer, Yaeger —dijo Max—. Entonces, supongo que no crees en las predicciones de Edgar Cayce, el famoso vidente.

Yaeger negó con la cabeza.

—Cayce aseguró haber visto el hundimiento y la ascensión de la Atlántida en el Caribe. Si una civilización avanzada hubiese existido alguna vez en esa región, sus cientos de islas nos habrían dado alguna pista, pero hasta la fecha no se ha encontrado ni siquiera un miserable trozo de cerámica de una cultura antigua.

—¿Y qué me dices de los grandes bloques de piedra que forman un camino bajo el mar en la costa de Bimini?

—Una formación geológica que puede encontrarse en otras partes de los mares.

—¿Y las columnas de piedra que encontraron en el lecho marino de la costa de Jamaica?

—Se demostró que eran barriles de cemento seco que se habían solidificado en el agua después de que el barco que los transportaba se hundiese y las duelas se estropeasen por la erosión. Enfrentate a los hechos, Max. La Atlántida es un mito.

—Eres un coñazo, Hiram. ¿Lo sabías?

—Solo te digo cómo son las cosas —insistió Yaeger, irritado—. Prefiero no creer en una antigua civilización avanzada acerca de la cual algunos ilusos aseguran que tenía cohetes espaciales y vertederos de basura.

—¡Ajá! —exclamó Max con brusquedad—. Ahí está el meollo de la cuestión; la Atlántida no era una ciudad inmensa habitada por Leonardos da Vinci y Thomas Edison y rodeada de canales en una isla-continente como Platón la describió. Según lo que he podido averiguar, este antiguo pueblo era una alianza de pequeñas naciones marineras que surcaban y trazaban mapas del mundo cuatro mil años antes de que los egipcios construyeran las pirámides. Conquistaron los mares, sabían cómo utilizar las corrientes y desarrollaron amplísimos conocimientos sobre astronomía y matemáticas que los convirtieron en navegantes expertos. Establecieron una serie de ciudades-puerto y consolidaron un imperio comercial, excavando minas y transportando minerales que transformaban en metal, a diferencia de otros pueblos del mismo milenio que vivían en cotas más elevadas y llevaban una vida nómada, y de este modo sobrevivieron al desastre. Los navegantes tuvieron la mala suerte de ser destruidos por los maremotos y desaparecieron sin dejar rastro. Sean cuales fueren los restos de sus ciudades portuarias, ahora yacen bajo el agua, sepultados bajo capas y capas de limo.

—¿Has descifrado y recopilado todos esos datos entre ayer y hoy? —inquirió Yaeger sin disimular su asombro.

—No dejes que la hierba crezca bajo mis pies —pontificó Max—, ni tampoco me quedo sentada esperando a que se me oxiden los terminales, ¿sabes?

—Max, eres un genio.

—Ya. Al fin y al cabo, fuiste tú quien me creó.

—Me has dado tanta información que no sé por dónde empezar.

—Vete a casa, Hiram. Llévate a tu mujer y tus hijas al cine, duerme a pierna suelta mientras yo me devano los chips y entonces, cuando te sientes aquí por la mañana... entonces sí tendré información que te pondrá de punta esa coleta que llevas.

Cuando Patt hubo fotografiado las inscripciones y los extraños mapas de la cripta funeraria, ella y Giordino se desplazaron en avión hacia Ciudad del Cabo, donde visitaron a Rudi Gunn en el hospital poco después de su operación. Después de armar un escándalo negándose a obedecer las prescripciones médicas, Gunn convenció a Giordino de que lo subiese a hurtadillas a un avión para salir de Sudáfrica. Giordino, con la inestimable ayuda de Pat, llevó a escondidas de médicos y enfermeras al tozudo subdirector de la NUMA hasta el sótano del hospital y allí lo metió en una limusina que partió a toda prisa hacia el aeropuerto de la ciudad, donde un jet privado de la NUMA los esperaba para llevarlos a todos de vuelta a Washington.

Pitt se quedó en la isla con el doctor Hatfield y el equipo de los SEAL. Juntos, empaquetaron con cuidado todos los objetos y controlaron el transporte por helicóptero a un barco de investigación oceanográfica de la NUMA que había sido desviado de su ruta hasta la isla Saint Paul. Hatfield se ocupó de las momias, envolviéndolas delicadamente en mantas y colocándolas con extremo cuidado en cajas de madera para el viaje hasta su laboratorio en la Universidad de Stanford, donde llevaría a cabo un estudio en profundidad.

Una vez la última momia hubo sido embarcada en el helicóptero de la NUMA, Hatfield subió y el aparato se dispuso a emprender el breve trayecto hasta el barco.

Pitt se volvió y le estrechó la mano al teniente Jacobs, que junto con sus hombres también se aprestaba a marchar.

—Gracias por su ayuda, teniente, y por favor dé las gracias a sus hombres de mi parte. No lo habríamos conseguido sin ustedes.

—No suelen ordenarnos custodiar a una panda de viejas momias demasiado a menudo —bromeó Jacobs—. Casi lamento que los terroristas no intentasen venir a robárnoslas.

—No creo que fuesen terroristas en el sentido estricto de la palabra.

—Un asesino es un asesino, se haga llamar como se haga llamar.

—¿Regresan a Estados Unidos?

Jacobs asintió.

—Nos han ordenado escoltar los cuerpos de los atacantes, que tan hábilmente liquidaron sus amigos, al hospital Walter Reed de Washington para la autopsia y posible identificación.

—Buena suerte —le deseó Pitt.

Jacobs se despidió con un saludo breve.

—Tal vez nos encontremos de nuevo en alguna parte.

—Si hay una próxima vez, espero que sea en una playa de Tahiti.

Pitt se detuvo bajo la constante lluvia y observó cómo los marines subían a bordo

del Osprey de rotor basculante. Seguía allí de pie cuando la aeronave desapareció en una nube baja. Ahora era el único hombre que quedaba en la isla.

Regresó a la cripta funeraria, ahora vacía, y echó un último vistazo a los mapas esculpidos en la pared del fondo. Los marines se habían llevado los reflectores e iluminó las antiguas cartas de navegación con su linterna.

¿Quiénes eran los antiguos cartógrafos que habían dibujado mapas tan extraordinariamente detallados tantos milenios atrás? ¿Cómo pudieron trazar el mapa de la Antártida cuando aún no estaba enterrada bajo una capa inmensa de hielo? ¿Era posible que el continente del polo Sur gozase de un clima más cálido miles de años antes? ¿Pudo haber sido habitable para los humanos?

El retrato de una Antártida sin hielo no era la única incongruencia; Pitt no se lo había mencionado a los otros, pero le confundía la posición de los demás continentes y de Australia, pues no estaban donde se suponía que debían estar. Tenía la impresión de que América, Europa y Asia aparecían al menos tres mil kilómetros más al norte. ¿Por qué aquella antigua civilización —que, por otra parte, había calculado el perímetro de las costas con tanta exactitud— había colocado los continentes tan lejos de sus ubicaciones establecidas en relación con la circunferencia de la Tierra? Aquel detalle lo desconcertaba.

Era evidente que los navegantes poseían una capacidad científica mucho más adelantada que las distintas culturas y civilizaciones posteriores. Su época histórica también parecía más avanzada en el arte de la escritura y la comunicación que otras llegadas miles de años después. ¿Qué mensaje trataban de transmitir a través del tiempo mediante aquellas inscripciones indelebles en la piedra? ¿Un mensaje de esperanza o una advertencia sobre desastres naturales venideros?

Los pensamientos que acuciaban a Pitt se vieron interrumpidos por el sonido del helicóptero que regresaba para transportarlo al barco de investigación oceanográfica. No sin cierta reticencia, se olvidó de sus reflexiones en el mismo momento en que apagó la linterna y salió de la oscura cripta.

Sin perder tiempo esperando un medio de transporte del gobierno, Pitt voló desde Ciudad del Cabo hasta Johannesburgo, donde tomó un vuelo de la South African Airlines a Washington. Pasó la mayor parte del viaje durmiendo y dio un pequeño paseo para estirar las piernas cuando el aparato hizo escala en las islas Canarias para repostar combustible. Cuando salió del aeropuerto de Dulles, era casi medianoche. Se llevó una grata sorpresa al descubrir un deslumbrante Ford cabriolet del 1936 trucado con la capota bajada, esperándolo. El vehículo evocaba la California de los años cincuenta, con la carrocería y los guardabarros pintados de un granate metálico que brillaba bajo las luces de la terminal. Los parachoques eran del tipo estriado, de un De Soto del 36. Las ruedas delanteras estaban cubiertas por unos discos que hacían ondas, mientras que las traseras llevaban unos tapacubos aerodinámicos. Los asientos

traseros y delanteros estaban tapizados en piel de color marrón claro. El vehículo, pequeño y elegante, llevaba un motor V-8 que había sido reconstruido para producir 225 caballos de potencia. En la parte trasera había instalado un compresor Columbia de cincuenta años de antigüedad.

Si el coche era despampanante, no lo era menos la mujer que iba al volante, con pañuelo de vistoso colorido que le protegía su larga melena de color canela de la ligera brisa que soplaba en los alrededores del aeropuerto. Tenía los pómulos prominentes de una modelo, resaltados por unos labios carnosos, una nariz recta y pequeña y unos carismáticos ojos de tono violáceo. Llevaba un jersey de cuello alto de alpaca beige con unos pantalones a juego de tweed bajo un abrigo también de color marrón forrado de borreguillo que le llegaba hasta las rodillas.

Loren Smith, congresista por el estado de Colorado, esbozó una encantadora sonrisa.

—¿Cuántas veces te he venido a recoger, como ahora, y te he dicho «Bienvenido a casa, marinero»?

—Por lo menos ocho, que yo recuerde —dijo Pitt, feliz de que su amor de juventud hubiese sacado tiempo de su apretada agenda para ir a recogerlo al aeropuerto en uno de los coches de su propia colección.

Arrojó la bolsa al asiento trasero, se acomodó en el asiento del copiloto, y la besó, reteniéndola entre sus brazos durante largo rato. Cuando al fin la soltó, la mujer jadeó tratando de recuperar la respiración.

—Ten cuidado, no quiero acabar como Clinton.

—Los votantes aplauden las aventuras amorosas de las mujeres que se dedican a la política.

—Eso es lo que tú crees —replicó Loren, manipulando la palanca de cambios en la barra de la dirección y apretando el botón del estárter. El motor se encendió a la primera y emitió un rugido suave y gutural por el tubo de escape doble y los silenciadores Smitty—. ¿Adónde? ¿A tu hangar?

—No; antes quiero pasar por el cuartel general de la NUMA para consultar mi ordenador y ver qué novedades tiene Hiram Yaeger en un proyecto que estamos trabajando.

—Debes de ser el único hombre del país que no tiene ordenador en su casa.

—No quiero tener un ordenador en casa —repuso con semblante serio—. Tengo demasiados proyectos en marcha como para encima perder tiempo navegando por Internet y contestando mensajes de correo electrónico.

Loren apartó el Ford del bordillo y enfiló la ancha autopista que conducía a la ciudad. Pitt permaneció en silencio y seguía enfrascado en sus pensamientos cuando el monumento a Washington apareció ante sus ojos, iluminado desde abajo. Loren lo conocía lo suficiente como para dejarlo tranquilo en esos momentos: sabía que en

cuestión de minutos regresaría a la tierra.

—¿Qué pasa estos días en el Congreso? —preguntó Pitt al fin.

—Como si te importase... —respondió ella con indiferencia.

—¿Tan aburrido es?

—Los debates presupuestarios no son exactamente afrodisíacos. —A continuación su voz adquirió un tono más dulce—. He oído que Rudi Gunn resultó herido.

—El cirujano de Sudáfrica, especialista en reconstrucciones óseas, hizo un trabajo excelente. Rudi cojeará durante unos meses, pero eso no le impedirá dirigir las operaciones de la NUMA desde su despacho.

—Al me dijo que las pasaste canutas en la Antártida.

—No tanto como ellos en ese peñasco que hace que la isla de Alcatraz parezca un jardín botánico. —Se volvió hacia ella con una mirada pensativa y dijo—: Tú estás en el Comité de Relaciones Comerciales Internacionales, ¿verdad?

—Sí.

—¿Te suenan los nombres de las grandes multinacionales de Argentina?

—He viajado hasta allí en varias ocasiones y me he reunido con sus ministros de Economía y Finanzas —respondió Loren—. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Has oído hablar de alguna empresa que se haga llamar Nuevo Destino o Cuarto Imperio?

Loren caviló unos instantes.

—Una vez conocí al presidente de una empresa llamada Destiny Enterprises durante una misión comercial a Buenos Aires. Si la memoria no me falla, se llamaba Karl Wolf.

—¿Cuánto tiempo hace de eso? —preguntó Pitt.

—Unos cuatro años.

—Tienes buena memoria para los nombres.

—Karl Wolf era un hombre atractivo y con clase, un verdadero encanto. Las mujeres no olvidamos a esa clase de hombres fácilmente.

—En ese caso, ¿por qué sigues saliendo conmigo de vez en cuando?

Lo miró y le lanzó una mirada provocativa.

—A las mujeres también nos atraen los hombres primitivos, duros y carnales.

—Duro y carnal, ese soy yo. —Pitt le acarició el hombro y le mordió el lóbulo de la oreja.

Ella ladeó la cabeza.

—Ahora no; estoy conduciendo.

Pitt le apretó cariñosamente la rodilla y se relajó en el asiento, contemplando las estrellas que titilaban en la fresca noche primaveral entre las ramas de los árboles, cargadas de retoños verdes. Karl Wolf... Empezó a darle vueltas al nombre. Muy

teutón, decidió. Valía la pena investigar la compañía Destiny Enterprises, aunque al final no llevase a ninguna parte.

Loren condujo con suavidad, adelantando con destreza a los pocos coches que seguían en la carretera a aquellas horas de la madrugada, y giró en la entrada que conducía al aparcamiento subterráneo del cuartel general de la NUMA. Un guardia salió del edificio, reconoció a Pitt y lo saludó con un gesto, admirando las elegantes líneas del viejo Ford. Solo había tres coches en el aparcamiento principal. Detuvo el Ford junto a los ascensores.

—¿Quieres que suba contigo? —preguntó Loren.

—Solo tardaré unos minutos —respondió Pitt al tiempo que bajaba del coche.

Tomó el ascensor hasta el vestíbulo principal, donde se detuvo y tuvo que dejar constancia de su presencia ante el guardia de la sala de seguridad, rodeado de monitores que ofrecían imágenes de diversas áreas del edificio.

—¿Haciendo horas extras? —preguntó el guardia con simpatía.

—Solo un ratito —contestó Pitt, reprimiendo un bostezo.

Antes de subir en ascensor hasta su despacho, Pitt bajó en la décima planta para confirmar que Hiram Yaeger seguía quemándose las cejas con su trabajo. Levantó la cabeza cuando Pitt entró en sus dominios privados, con los ojos rojos por la falta de sueño. Max los miraba desde su cibernundo.

—Dirk —murmuró, levantándose de la silla para estrecharle la mano—. No esperaba verte por aquí a estas horas de la noche.

—Se me ha ocurrido echar una ojeada a lo que tú y la doctora O'Connell habéis desenterrado de los vertederos de la Antigüedad.

—Odio las metáforas banales —repuso Max.

—Tú cállate —intervino Yaeger con irritación fingida. Luego le dijo a Pitt—. He dejado un informe de nuestras últimas averiguaciones en la mesa del almirante Sandecker a eso de las diez de la noche.

—Lo tomaré prestado y lo devolveré a primera hora de la mañana.

—No tengas prisa. Estará reunido con el director de la Agencia Oceánica y Atmosférica hasta mediodía.

—Deberías estar en casa con tu mujer e hijas —señaló Pitt.

—Me he quedado trabajando hasta tarde con la doctora O'Connell —dijo Yaeger frotándose los ojos—. Acaba de marcharse.

—¿Ha venido directamente a trabajar aquí sin descansar después del viaje? —preguntó Pitt con asombro.

—Una mujer verdaderamente excepcional. Si no fuera porque estoy casado, le tiraría los tejos sin dudar.

—Siempre te han gustado las intelectuales.

—Prefiero la inteligencia a la belleza, siempre lo he dicho.

—¿Hay algo que puedas adelantarme antes de que lea tu informe? —inquirió Pitt.

—Es una historia increíble —señaló Yaeger, casi con nostalgia.

—Opino lo mismo —intervino Max.

—Es una conversación privada —le dijo Yaeger antes de apagarla. Se levantó de la silla y se despezó—. Tenemos una historia asombrosa sobre una civilización de navegantes anterior a los albores de la historia conocida. Fueron aniquilados después de que un cometa se estrellase contra la Tierra y provocase unas olas de colosal magnitud que se tragaron las ciudades portuarias que habían construido en casi todos los rincones del globo. Vivieron y murieron en una era olvidada y en un mundo completamente distinto del que conocemos hoy en día.

—Cuando hablé por última vez con el almirante, no descartó la leyenda de la Atlántida.

—El continente perdido en mitad del Atlántico no se ajusta a los hechos —replicó Yaeger, muy serio—. Sin embargo, no hay duda de que existió una alianza de naciones marítimas cuyos ciudadanos surcaron los siete mares y trazaron los mapas de todos los continentes. —Hizo una pausa y miró a Pitt—. Las fotos que tomó Pat de las inscripciones de la cripta funeraria y el mapamundi están en el laboratorio. Deberían estar listos para que las escanee en el ordenador a primera hora de la mañana.

—Muestran unas posiciones de los continentes muy distintas de las actuales —opinó Pitt pensativamente.

Los ojos inyectados en sangre de Yaeger lo miraron de hito en hito.

—Empiezo a creer que ocurrió algo mucho más catastrófico que el impacto de un cometa. He escaneado los datos geológicos que mi gente ha acumulado durante los últimos diez años. La era glacial terminó muy bruscamente, coincidiendo con una enorme fluctuación del mar. El nivel del mar está más de noventa metros por encima de donde estaba hace nueve mil años.

—Eso significa que los restos de los edificios u otros objetos de los atlántides deberían estar a mucha profundidad en las aguas costeras.

—Por no hablar de la profundidad del limo en que estarán enterrados.

—¿Se llamaban a sí mismos atlántides? —preguntó Pitt.

—Dudo que supieran el significado de la palabra —respondió Yaeger—. Atlántida es una palabra griega que significa «hija de Atlas». Gracias a Platón, a través de los años pasó a denominar el mundo antes de que comenzase la historia, o lo que se suele llamar una civilización antediluviana. Hoy en día, cualquiera que sepa leer, e incluso muchos que no lo saben, han oído hablar de la Atlántida. Toda clase de cosas, desde hoteles, empresas tecnológicas y financieras, tiendas y fabricantes de piscinas, hasta bienes de consumo como vinos y productos alimenticios llevan el nombre de Atlántida. Se han escrito infinidad de libros y artículos sobre el continente

perdido, y además ha servido de inspiración a películas y series de televisión; pero hasta ahora solo los que creían en Papá Noel, los ovnis y los sucesos sobrenaturales pensaban que era algo más que una simple ficción inventada por Platón.

Pitt se encaminó a la puerta y se volvió.

—Me pregunto qué dirá la gente —murmuró— cuando se entere de que esa civilización existió en realidad.

Yaeger sonrió.

—Muchos dirán: «Ya lo decía yo».

Cuando Pitt salió del ascensor que llevaba a los despachos de los altos cargos de la NUMA, se fijó en que las luces del pasillo que conducía a la oficina del almirante Sandecker estaban en su intensidad mínima. Le pareció extraño que todavía estuviesen encendidas, pero supuso que podía haber un buen número de razones que explicasen la escasa iluminación. Al final del pasillo, empujó la puerta de cristal que daba a la antesala del despacho y de la sala de reuniones privada de Sandecker. Cuando atravesó el umbral y pasó junto a la mesa que normalmente ocupaba Julie Wolf, la secretaria del almirante, percibió el aroma inconfundible del azahar.

Se detuvo en la puerta y palpó la pared tratando de localizar el interruptor de la luz. En ese instante, una figura surgió de entre las sombras y se abalanzó sobre Pitt, quien estaba inclinado hacia delante. Pitt reaccionó incorporándose, pero demasiado tarde, pues en ese momento el intruso le embistió con la cabeza directamente en el estómago. Pitt se tambaleó hacia atrás, manteniendo el equilibrio pero con el cuerpo doblado y sin respiración. Trató de agarrar a su asaltante mientras giraban en espiral, pero éste se zafó de su abrazo con pasmosa facilidad.

Tratando de recobrar el aliento y sujetándose la barriga con una mano, Pitt encontró el interruptor y encendió la luz. Un rápido vistazo a la mesa de Sandecker y enseguida adivinó la misión del intruso. El almirante tenía la costumbre obsesiva de mantener su escritorio bien ordenado; guardaba los papeles y los informes cuidadosamente en los cajones todas las noches antes de marcharse a su apartamento de Watergate. En la superficie de la mesa no había rastro del informe de Yaeger sobre los antiguos navegantes.

Sintiendo un nudo gigantesco en el estómago, Pitt corrió hacia los ascensores, uno de los cuales bajaba con el ladrón, mientras que el otro estaba parado una planta más abajo. Apretó el botón con furia y esperó, inspirando hondo varias veces para recuperar el aliento. Las puertas del ascensor se abrieron, Pitt entró de un salto y pulsó el botón del aparcamiento. El ascensor bajó rápidamente sin detenerse. Gracias a Dios que existen los ascensores, pensó.

Salió antes de que las puertas se abriesen del todo y corrió hacia el descapotable justo cuando un par de luces rojas traseras desaparecían por la rampa de salida. Abrió de golpe la puerta del conductor, empujó a Loren a un lado y arrancó el motor.

Loren le lanzó una mirada de perplejidad.

—¿Qué prisas tienes?

—¿Has visto al hombre que acaba de salir? —preguntó mientras cambiaba de marchas y pisaba el acelerador a fondo.

—No he visto a ningún hombre, pero sí a una mujer con un abrigo de pieles muy caro encima de un traje pantalón de piel.

Es propio de Loren fijarse en esas cosas, pensó Pitt mientras el motor del Ford rugía y los neumáticos dejaban marcas de caucho en el aparcamiento en medio de espantosos chirridos. Tras subir la rampa, detuvo el coche en la garita del guardia, quien se hallaba de pie junto a la entrada, contemplando algo a lo lejos.

—¿Hacia dónde han ido? —gritó Pitt.

—Pasaron como una exhalación antes de que pudiera detenerlos —explicó el guardia con gesto perplejo—. Han girado hacia el sur en la avenida. ¿Llamo a la policía?

—¡Sí! —vociferó Pitt antes de sacar el coche a la calle y dirigirse hacia la avenida Washington Memorial, a solo una manzana de distancia—. ¿Qué clase de coche era? —le preguntó a Loren.

—Un Chrysler negro 300M con motor de 3,5 litros y 253 caballos de potencia. De cero a cien kilómetros en ocho segundos.

—¿Cómo sabes todo eso? —inquirió él, atónito.

—Debería —se limitó a contestar Loren—. Tengo uno, ¿es que no te acuerdas?

—Lo había olvidado, con toda esta confusión.

—¿Cuántos caballos de potencia tiene este trasto? —gritó para que la oyera pese al ruido del motor.

—Unos doscientos veinticinco —contestó Pitt, cambiando de marchas y lanzándose a toda velocidad por la avenida.

—El otro coche tiene más potencia.

—Ten en cuenta que pesamos casi cuatrocientos cincuenta kilos menos —replicó Pitt—. Puede que nuestra ladrona tenga una velocidad máxima superior y se agarre bien en las curvas, pero puedo adelantarla.

El Ford aullaba a medida que aumentaban las revoluciones. El cuentakilómetros rozaba los ciento cincuenta cuando Pitt accionó el compresor Columbia y puso el coche en superdirecta. Las revoluciones del motor disminuyeron al instante mientras el coche aceleraba y superaba los ciento sesenta kilómetros por hora.

No había demasiado tráfico a la una de la madrugada de un día laborable, y Pitt enseguida localizó el Chrysler negro 300M bajo las farolas de la avenida. Empezó a acercarse. La conductora superaba el límite de velocidad en treinta kilómetros, pero todavía no había puesto el coche al máximo de su potencia. La mujer se desplazó al carril derecho, por donde no transitaba ningún vehículo, aparentemente más

preocupada por evitar a la policía que por la posibilidad de que la persiguiera un coche desde el edificio de la NUMA.

Cuando el Ford se encontró a menos de cien metros del Chrysler, Pitt redujo la velocidad, escondiéndose detrás de otros coches más lentos para no dejarse ver. Empezaba a sentirse muy seguro, convencido de que su presa no lo había visto, cuando el Chrysler dio un brusco volantazo para enfilarse el puente Francis Scott Key. Al llegar a la otra orilla del río Potomac, giró bruscamente a la izquierda y luego a la derecha hacia la zona residencial de Georgetown, coleando al doblar la esquina y con los neumáticos chirriando.

—Creo que te ha visto —dijo Loren, tiritando por el viento frío.

—Es muy lista —murmuró Pitt con frustración por haber perdido la partida. Giró el volante e hizo que el Ford diese un giro de noventa grados—. En lugar de darse a la fuga en línea recta, está doblando todas las esquinas para ganar distancia y así poder girar sin que veamos qué dirección ha tomado.

La persecución era como jugar al gato y el ratón: el Chrysler sacando ventaja en cada giro y el Ford de sesenta y cinco años recuperando los metros perdidos con su mayor potencia en la aceleración. Habían pasado siete manzanas y ambos coches seguían separados por la misma distancia, sin que ninguno de los dos lograra acercarse o alejarse.

—Esto sí que es toda una novedad —masculló Pitt, aferrándose al volante.

—¿A qué te refieres?

La miró y le lanzó una sonrisa burlona.

—Es la primera vez que soy yo quien persigue a otro coche.

—Podemos estar así toda la noche —señaló Loren, agarrándose a la manija de la puerta como dispuesta a saltar en caso de accidente.

—O hasta que uno de los dos coches se quede sin gasolina —repuso Pitt en pleno volantazo.

—¿No hemos rodeado ya esta manzana una vez?

—Sí.

Doblando a toda velocidad la siguiente esquina, Pitt vio las luces de freno del Chrysler parpadear de repente cuando se detenía de golpe frente a una casa de ladrillo, una de las muchas que había en la manzana bordeada de árboles. Pisó el freno y detuvo el Ford detrás del Chrysler justo cuando la conductora desaparecía por la puerta principal.

—Menos mal que le ha dado por abandonar la carrera —dijo Loren señalando el humo que salía del radiador.

—No la habría abandonado si esto no fuese una trampa —dijo Pitt, contemplando la casa a oscuras.

—¿Y ahora qué, *sheriff*? ¿Abandonamos la caza?

Pitt le lanzó una mirada astuta.

—No. Tú irás a la casa y llamarás a la puerta.

La mujer lo miró con expresión aterrorizada bajo la luz de una farola próxima.

—Ni hablar.

—Ya sabía yo que dirías que no. —Pitt abrió la portezuela y bajó del coche—. Aquí tienes mi teléfono Globalstar. Si no he vuelto en diez minutos, llama a la policía y luego al almirante Sandecker. En cuanto oigas el menor ruido o movimiento sospechoso en las sombras, lárgate de aquí, y hazlo de prisa, ¿entendido?

—¿Por qué no llamamos a la policía ahora y denunciemos un robo?

—Porque antes quiero entrar en esa casa.

—¿Vas armado?

Pitt esbozó una amplia sonrisa.

—¿Quién quería llevar un arma en un coche trucado? —Abrió la guantera y sacó una linterna—. Esto tendrá que servir. —Luego se inclinó, besó a Loren y a continuación se fundió en la oscuridad que rodeaba la casa.

Pitt no utilizó la linterna. Las farolas daban suficiente luz para encontrar el camino de una estrecha acera empedrada que conducía a la parte trasera de la casa. Por todas partes reinaba una oscuridad y un silencio inquietantes. Por lo que veían sus ojos, el jardín estaba bien cuidado, y las altas paredes de ladrillo cubiertas de hiedra separaban la casa de las demás casas vecinas, también a oscuras; lo más probable era que sus ocupantes estuviesen durmiendo plácidamente en sus camas.

Pitt estaba casi seguro de que aquella casa disponía de un sistema de seguridad, pero decidió que, siempre y cuando no le saliese ningún perro asesino, esperaría a que la mujer y sus secuaces se dejasen ver y solo entonces se preocuparía de entrar en la casa. Llegó a la puerta trasera y se sorprendió al encontrarla abierta de par en par. Entonces comprendió que la mujer había entrado por la puerta principal de la casa para salir por la trasera. Corrió hacia el garaje que daba a un callejón.

De repente, el silencio nocturno se quebró bruscamente con el fuerte rugido de una motocicleta. Pitt abrió la puerta del garaje y se precipitó en el interior. Las anticuadas puertas traseras estaban abiertas hacia fuera. Una figura vestida con un abrigo negro de pieles sobre unos pantalones y botas de piel había encendido una motocicleta y estaba a punto de darle al acelerador cuando Pitt tomó carrerilla y se abalanzó sobre su espalda, atenazándole el cuello. Acto seguido ambos cayeron al suelo.

Pitt supo de inmediato que Loren estaba en lo cierto: aquel cuerpo no pesaba lo suficiente para tratarse de un hombre, ni tampoco era tan musculoso. Se estrellaron contra el suelo de cemento del garaje y Pitt cayó encima. La motocicleta cayó de lado y se deslizó en círculos dando vueltas sobre sí misma mientras la rueda trasera chirriaba contra el suelo de cemento hasta que el motor se paró. La fuerza de la

inercia empujó la motocicleta hacia ellos y la rueda delantera golpeó la cabeza de la motorista mientras el manillar chocaba contra la cadera de Pitt, provocándole un enorme morado que tardaría semanas en desaparecer.

Se puso de rodillas con grandes dolores y encontró la linterna, que seguía encendida en el suelo. Avanzó a gatas, la recogió y alumbró el cuerpo inerte junto a la motocicleta. La mujer no había tenido tiempo de ponerse el casco, por lo que sobre el suelo se veía extendida una larga melena rubia. Pitt puso el cuerpo boca arriba e iluminó la cara.

Sobre una ceja se estaba formando un chichón, pero era imposible no reconocer sus rasgos. La rueda delantera de la motocicleta la había dejado sin sentido, pero estaba viva. Pitt estaba perplejo, tanto que por poco se le cayó la linterna de una mano que jamás había temblado hasta entonces.

Es un hecho médicamente demostrado que la sangre no puede congelarse en las venas, a menos que se inyecte en ellas agua helada, y sin embargo Pitt se sentía como si su corazón estuviese redoblando esfuerzos para bombear una sangre que rozaba los cero grados. Se balanceó sobre sus rodillas por la impresión y de pronto el ambiente del garaje se le hizo muy denso por la sensación de horror. La persona que en esos momentos yacía inconsciente a sus pies no le era desconocida.

Sin la menor duda, tenía ante sí la viva imagen de la mujer muerta que le había tocado el hombro en el submarino hundido.

A diferencia de la mayoría de los funcionarios de alto nivel o de los presidentes de las grandes empresas, el almirante James Sandecker siempre llegaba el primero a las reuniones. Prefería estar preparado con sus archivos de datos para dirigir la reunión de manera eficiente; era una práctica que había consolidado dirigiendo operaciones de la marina.

A pesar de que tenía una enorme sala de reuniones a su disposición para los dignatarios, científicos y funcionarios del gobierno importantes, prefería una pequeña habitación junto a su despacho para las reuniones en *petit comité* o de índole más privada. La habitación era un refugio dentro de su propio refugio, tranquila y mentalmente estimulante. Sobre la moqueta turquesa se extendía una mesa de reuniones de cuatro metros y medio, rodeada de elegantes sillas de piel. La mesa había sido fabricada con una parte del casco de una goleta del siglo XIX rescatada de las profundidades del lago Erie. En las llamativas paredes revestidas de paneles de caoba había una serie de cuadros que describían batallas navales históricas.

Sandecker dirigía la NUMA como un dictador benevolente, con mano firme y comprensiva, y era leal a sus hombres hasta extremos inverosímiles. Elegido personalmente por un ex presidente para crear de cero la Agencia Nacional Marina y Submarina, había construido una base de operaciones de gran envergadura con dos mil empleados que realizaban investigaciones científicas en todos los rincones de las profundidades marinas. La NUMA inspiraba mucho respeto en todo el mundo por sus proyectos científicos, y el Congreso casi siempre aprobaba sus presupuestos.

Fanático del ejercicio físico, a sus sesenta y dos años se mantenía en excelente forma, y en su cuerpo no había un solo gramo de grasa. Medía poco más de un metro sesenta y sus ojos avellana destacaban en un pelo y una barba pelirrojos. Bebedor ocasional, sobre todo en las cenas oficiales de Washington, solo tenía un vicio: los habanos aromáticos y elegantes que ordenaba seleccionar y liar según sus instrucciones concretas a una pequeña empresa familiar de la República Dominicana. Nunca ofrecía ninguno a los visitantes, y se enfurruñaba cuando a menudo sorprendía a Giordino con un puro idéntico a los suyos en la boca y sin embargo no faltaba ninguno de su reserva personal.

Estaba sentado al extremo de la mesa y se levantó cuando entraron Pitt y Pat O'Connell. Avanzó unos pasos y saludó a Pitt como a un hijo, estrechándole la mano mientras le agarraba del hombro.

—Me alegro de verte.

—Siempre es un placer volver de nuevo al redil —respondió Pitt con una sonrisa radiante. El almirante era como un segundo padre para él y ambos estaban muy unidos.

Sandecker se dirigió a Pat.

—Por favor, siéntese, doctora. Estoy ansioso por escuchar lo que usted y Hiram han descubierto.

Giordino y Yaeger enseguida se reunieron con ellos, seguidos por el doctor John Stevens, un renombrado historiador y autor de diversos libros sobre el estudio y la identificación de objetos antiguos. Stevens procedía del mundo académico y se notaba en su aspecto: llevaba un jersey sin mangas debajo de una chaqueta deportiva de lana de cuyo bolsillo sobresalía una pipa de espuma de mar, y ladeaba la cabeza de una manera muy curiosa, como si fuese un petirrojo tratando de percibir el ruido que hace un gusano bajo tierra. Traía consigo una nevera de plástico, que dejó en la moqueta junto a su silla.

Sandecker colocó ante sí la base dentada de la cubierta de un arma naval a modo de cenicero y encendió un puro. Luego miró a Giordino, como esperando a que encendiese uno él también. Giordino decidió no enfurruñar a su jefe e hizo todo lo posible por adoptar un aire intelectual.

Pitt advirtió que tanto Yaeger como Pat tenían cara de preocupación y de no haber dormido demasiado.

Sandecker abrió la reunión preguntando si todos habían tenido ocasión de leer el informe de Pat y Yaeger. Todos asintieron en silencio salvo Giordino.

—Me ha parecido una lectura interesante —dijo—, pero como relato de ciencia ficción no puede compararse con Isaac Asimov o Ray Bradbury.

Yaeger le lanzó una mirada asesina.

—Te aseguro que no es ciencia ficción.

—¿Habéis descubierto cómo se llamaban a sí mismos los miembros de esta raza? —preguntó Pitt—. ¿Su civilización tenía algún nombre aparte de Atlántida?

Pat abrió una carpeta que tenía ante sí encima de la mesa, sacó una hoja de cuaderno y leyó lo que había escrito en ella.

—Por lo que he podido descifrar y traducir, se referían a su alianza de ciudades-estado como Amenes.

—Amenes... —repitió Pitt—. Suena a griego.

—He descifrado cierto número de palabras que podrían ser el origen de lenguas más recientes, como el griego y el egipcio.

Sandecker se dirigió al historiador apuntándole con la punta del habano.

—Doctor Stevens, supongo que habrá examinado las calaveras de obsidiana...

—Sí. —Stevens se agachó, abrió la nevera, extrajo una de las calaveras y la depositó encima de un cojín de seda sobre la mesa alargada. La obsidiana brilló bajo los focos del techo—. Una obra de arte verdaderamente admirable —señaló con fascinación—. Los artesanos de Amenes empezaron con un bloque sólido de obsidiana, excepcionalmente desprovisto de imperfecciones, una auténtica rareza en

sí mismo. Durante noventa a cien años, o tal vez más, tallaron la cabeza a mano, usando lo que creo era polvo de obsidiana como pulimento.

—¿Por qué no algún tipo de cincel de metal templado y un mazo?

Stevens negó con la cabeza.

—No utilizaron ninguna clase de herramientas. No hay signos de muescas ni arañazos. La obsidiana, pese a ser extremadamente dura, es muy propensa a sufrir fracturas. Un solo desliz, una mala colocación del cincel y la calavera entera se habría hecho añicos. No, la forma y el pulimento tuvieron que ser realizados como si hubieran empleado cera abrillantadora para pulir un busto de mármol.

—¿Cuánto se tardaría en reproducirla con herramientas modernas?

Stevens esbozó una sonrisa débil.

—Técnicamente, sería casi imposible crear una réplica exacta. Cuanto más la estudio, más me convenzo de que no debería existir más que ésta.

—¿Hay alguna señal en la base que pueda indicarnos el origen? —preguntó Sandecker.

—Ni una —respondió Stevens—. Pero dejen que les enseñe algo verdaderamente asombroso. —Con cuidado, realizó un movimiento giratorio y levantó la mitad superior de la calavera hasta que ésta quedó suelta. A continuación extrajo una esfera perfecta de la cavidad interior. Sosteniéndola con devoción con ambas manos, la depositó en una base acolchada preparada a tal efecto—. Me cuesta imaginar el grado de habilidad artística necesaria para elaborar semejante objeto —dijo con admiración—. Solo cuando examiné la calavera bajo una potente lente de aumento me di cuenta de que había una línea alrededor, invisible a simple vista.

—Extraordinario —murmuró Pat, maravillada.

—¿Hay algún tipo de inscripción en la esfera? —inquirió Pitt.

—Sí, una representación del globo terráqueo. Si quieren verla más de cerca, he traído una lupa.

Se la tendió a Pitt, quien examinó las líneas inscritas en la esfera, del tamaño de una pelota de béisbol. Al cabo de un minuto deslizó la esfera con sumo cuidado por la mesa hasta colocarla delante de Sandecker y le dio a éste la lupa.

Mientras el almirante examinaba la esfera, Stevens siguió hablando.

—Comparando las fotografías tomadas en la cámara de Colorado con las de la isla Saint Paul, he descubierto que los continentes coinciden a la perfección con los de la esfera de obsidiana.

—¿Y qué significa eso? —quiso saber Sandecker.

—Si estudia el alineamiento de los continentes y las islas de gran tamaño como Groenlandia y Madagascar, verá que no se corresponden con la geografía del mundo actual.

—Yo también advertí esas diferencias —dijo Pitt.

—¿Y eso qué demuestra, salvo que es un mapa primitivo e inexacto? —preguntó Giordino, haciéndose el escéptico.

—¿Primitivo? Sí. ¿Inexacto? Tal vez según nuestros estándares modernos, pero afirmo que estos pueblos antiguos surcaron los siete mares y trazaron los mapas de miles de kilómetros de costas. Si observan detenidamente la esfera de obsidiana, verán que hasta definieron Australia, Japón y los Grandes Lagos de Norteamérica. Y todo esto es obra de personas que vivieron hace más de nueve mil años.

—A diferencia de los atlántides descritos por Platón como habitantes de una sola isla o continente —intervino Pat—, los amenes se dedicaron al comercio internacional y llegaron más allá que otras civilizaciones mucho más tardías. No estaban limitados por la tradición o el miedo a los mares desconocidos. Las inscripciones describen con detalle sus rutas marítimas y la inmensa red comercial que los llevó a cruzar el Atlántico y remontar el río San Lorenzo hasta Michigan, donde excavaron las minas de cobre, y hasta Bolivia y las islas Británicas, donde excavaron las minas de estaño utilizando técnicas avanzadas en la metalurgia para crear y producir bronce, permitiendo a la humanidad pasar de la Edad de Piedra a la de Bronce.

Sandecker se inclinó.

—Seguro que excavaron y comerciaron con oro y plata.

—Por raro que parezca, no consideraban el oro ni la plata metales útiles y preferían el cobre para fabricar sus ornamentos y obras de arte. Sin embargo, viajaron por todo el mundo en busca de turquesas y ópalos negros, que utilizaban sobre todo para fabricar joyas, y por supuesto, obsidianas, que eran casi sagradas para ellos. Por cierto, la obsidiana todavía se emplea en las operaciones a corazón abierto porque tiene un borde más afilado que causa menos lesiones en los tejidos que el acero.

—Tanto las turquesas como los ópalos negros aparecían en las momias que encontramos en la cripta funeraria —añadió Giordino.

—Lo que demuestra hasta dónde llegaron —dijo Pat—. La fabulosa turquesa del tamaño de un huevo de petirrojo que vi en la cámara solo podía proceder de los desiertos del sudoeste norteamericano.

—¿Y el ópalo negro? —preguntó Sandecker.

—De Australia.

—Esto confirma que, como mínimo, los amenes tenían nociones de las ciencias de la navegación y que aprendieron a construir barcos capaces de surcar los mares hace miles de años —señaló Pitt.

—También explica por qué construyeron sus poblados como ciudades portuarias —añadió Pat—, y de acuerdo con lo que han revelado las fotos de la cripta funeraria, muy pocas sociedades primitivas llegaron a rincones tan remotos. He localizado más de veinte de sus ciudades portuarias en lugares tan variopintos como México, Perú,

India, China, Japón y Egipto. Varias de ellas se encuentran en el océano Índico y otras cuantas en islas del Pacífico.

—Puedo respaldar los descubrimientos de la doctora O’Connell con los míos propios en las esferas de la calavera —dijo Stevens.

—¿De modo que su mundo no giraba en torno a la cuenca mediterránea, como ocurrió con las civilizaciones posteriores? —preguntó el almirante.

Stevens negó con la cabeza.

—El Mediterráneo no era un mar propiamente dicho durante la era de Amenes. Hace nueve mil años, el Mediterráneo tal como lo conocemos hoy en día estaba compuesto por valles fértiles y lagos que se alimentaban de los ríos europeos al norte y del Nilo al sur, que se fundían en uno solo y luego desembocaban en el Atlántico por Gibraltar. Puede que también les parezca interesante saber que el mar del Norte era una llanura seca y que las islas Británicas formaban parte de Europa. El mar Báltico también era un valle enorme por encima del nivel del mar. Los desiertos de Gobi y del Sáhara eran territorios tropicales y de vegetación exuberante que servían de pasto a numerosas manadas de animales. Los antiguos habitantes de la Tierra vivían en un planeta muy distinto del actual.

—¿Qué les sucedió a los amenes? —preguntó Sandecker—. ¿Por qué no nos ha llegado ninguna prueba de su existencia hasta ahora?

—Su civilización resultó completamente destruida cuando un cometa se estrelló contra la Tierra hacia el 7000 a. C. y provocó un cataclismo a escala mundial. Fue entonces cuando se rompió el punto de unión entre Marruecos y Gibraltar y el Mediterráneo se convirtió en un mar. Las costas se inundaron y se transformaron para siempre. En el tiempo que tarda una gota de lluvia en caer de una nube, los navegantes, sus ciudades y toda su cultura fueron borrados de la faz de la Tierra.

—¿Toda esa información estaba en las inscripciones?

—Todo eso y más —respondió Yaeger con gesto grave—. Describen vívidamente todo su horror y sufrimiento. El impacto del cometa fue colosal, repentino, terrible y mortal. Las inscripciones narran con lujo de detalles que las montañas temblaban como sauces en un temporal, que los terremotos sacudieron las entrañas de la Tierra con una magnitud y una violencia impensables en nuestros días, que los volcanes erupcionaron con la fuerza de miles de bombas nucleares, inundando el cielo con capas de ceniza de cientos de kilómetros de espesor. Los mares quedaron cubiertos de piedra pómez hasta una altura de tres metros, los ríos de lava sepultaron la mayor parte de lo que hoy en día es el noroeste del Pacífico, los incendios se multiplicaron bajo vientos huracanados, provocando columnas altísimas de humo que anegaron el cielo. Los maremotos, con olas de hasta tal vez cinco kilómetros, asolaron la tierra y las islas desaparecieron, engullidas por las aguas para siempre. La mayoría de los seres humanos y todos excepto un puñado de animales terrestres y marinos

desaparecieron en veinticuatro horas.

Giordino se puso las manos en la cabeza y miró hacia el techo, tratando de imaginarse aquella terrible catástrofe.

—Eso lo explica todo: la súbita extinción en el continente americano del macairodo, el dromedario, el buey almizclero, el bisonte gigante con cornamenta de un metro ochenta, del mamut y del pequeño caballo lanudo que poblaba las llanuras de Norteamérica, además de la petrificación instantánea de moluscos, medusas, ostras y estrellas de mar... ¿Os acordáis que los descubrimos durante los proyectos de excavación de los sedimentos? Estas incongruencias siempre han sido un enigma para los científicos. Ahora tal vez puedan relacionarlas con el impacto del cometa.

Sandecker miró a Giordino con renovado respeto. Aquel hombre poseía una inteligencia brillante, pero se esforzaba por ocultarla bajo un sarcástico sentido del humor.

Stevens sacó su pipa y jugueteó con ella.

—La comunidad científica conoce de sobras que las extinciones en masa a nivel global de los animales de más de cuarenta y cinco kilos ocurrieron al final de la era glacial, hacia las mismas fechas en que se produjo el impacto del cometa. En Siberia se encontraron mastodontes conservados en hielo, con la comida aún sin digerir en el estómago, hecho que establecía que habían muerto repentinamente, como si se hubieran congelado instantáneamente. Lo mismo ocurrió con las plantas y los árboles encontrados congelados con las hojas y las flores.

Ninguno de los presentes podía imaginar el horror de todo aquello; la magnitud de la tragedia era difícil de calibrar del todo.

—Yo no soy geofísico —prosiguió Stevens, en voz baja—, pero no puedo creer que un cometa, por grande que fuese, causara semejante destrucción. Me resulta inconcebible.

—Hace sesenta y cinco millones de años, un cometa o un asteroide aniquiló los dinosaurios —le recordó Giordino.

—Debió de ser un cometa enorme —dijo Sandecker.

—Los cometas no pueden medirse como los asteroides o los meteoros, que tienen masa sólida —explicó Yaeger—. Los cometas son un compuesto de hielo, gas y rocas.

Pat continuó narrando la historia de las inscripciones sin leer sus notas.

—Algunos supervivientes trabajaban la tierra y cazaban en las montañas y las altas llanuras. Lograron escapar de la catástrofe refugiándose bajo tierra o escondiéndose en cuevas, y subsistieron gracias a la escasa vegetación y flora que creció en condiciones precarias y a los pocos animales que quedaron para cazar. Muchos murieron de hambre o por las nubes gaseosas que contaminaban la atmósfera. Solo un pequeño grupo de amenes que por casualidad estaban en la alta

montaña durante los maremotos lograron sobrevivir.

—La historia que ha llegado hasta nosotros como el Diluvio Universal —aclaró Stevens— fue registrada en las tablas sumerias de hace cinco mil años en Mesopotamia; la leyenda de Gilgamesh y del Diluvio es anterior al relato bíblico del arca de Noé. Los testimonios en piedra de los mayas, los escritos de los sacerdotes babilónicos y las leyendas transmitidas de generación en generación en todas las razas y culturas del mundo, incluyendo las tribus de América del Norte, hablan todas de una gran inundación, de modo que casi nadie duda de que el hecho ocurrió en realidad.

—Y ahora —dijo Yaeger—, gracias a los amenes disponemos de una fecha: aproximadamente el 7100 A.C.

—La historia nos enseña que cuanto más avanzada es una civilización —comentó Stevens—, más fácilmente se extingue sin dejar rastros de su existencia. Al menos el noventa y nueve por ciento del conocimiento antiguo se ha perdido a lo largo del tiempo a causa de los desastres naturales y la destrucción provocada por el hombre.

Pitt asintió con la cabeza.

—Una era dorada de navegación oceánica siete mil años antes de Cristo, de la que no queda más que unas inscripciones en la roca. Es una pena que no hayamos heredado nada más de ellos.

Sandecker exhaló una voluta de humo azul.

—Espero de todo corazón que ése no sea nuestro destino.

Pat tomó el relevo de Yaeger.

—Los supervivientes de Amenes formaron una pequeña secta y se dedicaron a educar a los restantes individuos de la Edad de Piedra en las artes y la comunicación escrita, además de enseñarles a construir edificios y barcos. Trataron de prevenir a las generaciones venideras del riesgo de un nuevo cataclismo, pero los que no habían vivido los tiempos de destrucción del cometa y sus horribles consecuencias, se negaban a aceptar que un episodio tan apocalíptico pudiera repetirse. Los amenes comprendieron que la terrible verdad pronto se perdería en la bruma del tiempo y que solo sería recordada en los mitos, de modo que intentaron dejar constancia de su legado construyendo grandes monumentos de piedra que sobreviviesen al paso de los siglos, grabados con su mensaje del pasado y el futuro. La gran secta megalítica que crearon se propagó por todo el mundo y duró cuatro mil años, pero el tiempo y los elementos erosionaron las inscripciones y borraron las advertencias.

»Cuando los amenes se extinguieron del todo, se sucedieron siglos de parálisis antes de que los sumerios y los egipcios empezaran a surgir de las culturas primitivas y construyesen paulatinamente nuevas civilizaciones, utilizando fragmentos de conocimiento del pasado remoto.

Pitt tamborileó con un lápiz en la mesa.

—Por lo poco que sé respecto al tema de los monolitos, todo apuntaría a que las culturas posteriores, tras haber perdido el propósito original de los amenes con el paso de los siglos, utilizaron las estructuras monumentales como templos, tumbas y calendarios de piedra, llegando a construir al final millares ellos mismos.

—Al estudiar los datos disponibles sobre megalitos —intervino Yaeger—, las propias estructuras primitivas muestran que los amenes tenían una arquitectura bien diferenciada. Su estilo de construcción era casi siempre circular, con bloques de piedra de forma triangular tallados como piezas de un puzzle gigante que los hacía invulnerables a cualquier movimiento de la Tierra, por violento que fuese.

Stevens habló pausadamente al tiempo que volvía a colocar la esfera en la cavidad de la calavera negra.

—Gracias a los esfuerzos del señor Yaeger y la doctora O’Connell, empieza a hacerse patente que los elementos de la cultura de los amenes y su antiguo legado fueron transmitidos a través de los siglos y finalmente absorbidos por egipcios, sumerios, chinos y olmecas, quienes precedieron a los mayas, y también por los indígenas asiáticos y norteamericanos. Los fenicios, más que cualquier otra civilización, tomaron el relevo de la navegación marítima. Sus revelaciones también ayudan a explicar por qué gran parte de las divinidades de casi todas las civilizaciones posteriores llegaron del mar, y por qué todos los dioses que pisaron el continente americano venían del éste, mientras que todos los que llegaron a las primeras culturas europeas venían del oeste.

Sandecker se quedó mirando las volutas de humo de su habano, que se elevaban hacia el techo.

—Una observación interesante, doctor, y responde a un sinfín de las preguntas sobre nuestros antepasados que nos hemos hecho durante siglos.

Pitt gesticuló hacia Pat.

—¿Qué les pasó a los últimos amenes?

—Sintiéndose frustrados al ver que la humanidad no iba a recibir su mensaje ni a obrar en consecuencia, construyeron cámaras en distintas partes del mundo que esperaban que nadie encontrase en miles de años, cuando las futuras generaciones tuviesen los conocimientos científicos necesarios para entender su advertencia.

—¿En qué consiste esa advertencia exactamente? —preguntó Sandecker.

—Era la fecha en que tendría lugar el regreso del segundo cometa a la Tierra y el lugar del impacto.

Stevens agitó el dedo para intervenir.

—Un tema recurrente en la mitología es que el cataclismo y el diluvio que lo acompaña se repetirá algún día.

—Desde luego, no suena muy halagüeño —masculló Giordino.

—¿Qué les hacía estar tan seguros de que habría otro devastador visitante del

espacio exterior? —preguntó Sandecker.

—Las inscripciones describen con detalle dos cometas que llegaron al mismo tiempo —respondió Yaeger—. Uno hizo impacto, y el otro pasó de largo y regresó al espacio.

—¿Estás sugiriendo que los amenes podían predecir con exactitud la fecha del regreso del segundo cometa?

Pat se limitó a asentir con la cabeza.

—Los amenes —explicó Yaeger— no solo eran magníficos navegantes, sino también expertos astrónomos. Medían el movimiento de las estrellas con una precisión asombrosa, y sin la ayuda de telescopios.

—Supongamos que el cometa regresa de verdad —dijo Giordino—. ¿Cómo sabían que no iba a pasar de largo y volver al espacio de nuevo? ¿Tan avanzada era su ciencia que podían calcular el momento del impacto en la posición exacta de la órbita de la Tierra en el espacio?

—Podían hacerlo y lo hicieron —repuso Pat—. Calculando y comparando las distintas posiciones de las estrellas y constelaciones entre el mapa astral de la cámara de Colorado con las posiciones astronómicas actuales de las estrellas, conseguimos llegar a nuestra fecha actual. Coincidió con la predicción de Amenes con una hora de diferencia.

»Los egipcios idearon un calendario doble mucho más complejo que el que utilizamos hoy en día. Los mayas medían la longitud del año en 365,2420 días. Nuestro cálculo empleando relojes atómicos es de 365,2423. También calculaban calendarios increíblemente precisos basándose en las conjunciones de Venus, Marte, Júpiter y Saturno. Los babilonios determinaron el año sideral en 365 días, 6 horas y 11 minutos, con un margen de error inferior a dos minutos. —Pat hizo una pausa de efecto—. El margen de error del cómputo de los amenes respecto al circuito de la Tierra alrededor del sol era de dos décimas de segundo. Basaron su calendario en un eclipse solar que tenía lugar el mismo día del año en el mismo punto del zodiaco cada 521 años. Su mapa celeste, elaborado a partir de los cálculos y observaciones de hace nueve mil años, era totalmente exacto.

—La pregunta que nos hacemos todos —dijo Sandecker— es en qué momento del tiempo predijeron los amenes la reaparición del cometa.

Pat y Yaeger intercambiaron miradas graves. Yaeger fue el primero en contestar.

—Descubrimos a través de una búsqueda en el ordenador de antiguos archivos de arqueoastronomía y otros documentos de varias universidades que los amenes no fueron los únicos astrónomos de la Antigüedad que predijeron el día del Juicio Final. Los mayas, los indios hopi, los egipcios, los chinos y otras civilizaciones precristianas establecieron fechas para el fin del mundo. Lo más preocupante es que todas las fechas coinciden con un margen de tiempo de un año de diferencia.

—¿Podría tratarse de una coincidencia o de que una cultura tomase prestada esa fecha de la otra?

Yaeger negó con la cabeza, sin convicción.

—Es posible que copiasen lo que transmitieron los amenes, pero todo indica que sus estudios de las estrellas solo confirmaron la fecha del impacto que le habían legado sus ancestros.

—¿Quiénes crees que fueron los más precisos con su predicción?

—Los supervivientes de los amenes, porque estuvieron presentes durante la catástrofe real. No solo predijeron el año, sino también el día exacto.

—¿Y qué día es ése? —apremió Sandecker con expectación.

Pat se hundió en la silla como si quisiera desvincularse de la realidad. Yaeger vaciló unos instantes, mirando a los rostros de todos los presentes. Al final, anunció con voz titubeante:

—La fecha en que según los amenes el cometa regresará a la Tierra y la destruirá es el 20 de mayo de 2001.

Pitt frunció el ceño.

—Estamos en el 2001.

Yaeger se masajeó las sienes.

—Lo sé perfectamente.

Sandecker se encorvó hacia adelante.

—¿Estás diciendo que faltan menos de dos meses para el fin del mundo?

Yaeger asintió con aire solemne.

—Sí, eso es exactamente lo que estoy diciendo.

Tras la reunión, Pitt volvió a su despacho, donde lo recibió su secretaria de siempre, Zerri Pochinsky. Una mujer preciosa con una sonrisa arrebatadora, había sido bendecida además con un cuerpo capaz de poner verde de envidia a cualquier corista de Las Vegas. La melena clara le caía en cascada sobre los hombros y tenía unos ojos avellana de mirada cautivadora. Vivía sola, con un gato que respondía al nombre de Murgatroyd, y rara vez salía con hombres. Pitt sentía una intensa atracción por ella, pero se había autoimpuesto la férrea disciplina de no cortejarla. A pesar de las muchas veces que la imaginaba entre sus brazos, tenía una regla muy estricta en cuanto a las relaciones personales con cualquier miembro del sexo opuesto que trabajase en la NUMA, pues había visto demasiadas aventuras en el entorno laboral terminar inevitablemente en desastre.

—Te ha llamado el agente especial del FBI Ken Helm, y quiere que le devuelvas la llamada —anunció, dándole un papel con el número de la línea privada de Helm—. ¿Has vuelto a meterte en líos con el gobierno?

Pitt le sonrió y se inclinó sobre la mesa de Zerri hasta que apenas los separaban dos centímetros de distancia.

—Siempre estoy metido en líos con el gobierno.

Zerri lo miró con un destello malicioso.

—Todavía estoy esperando a que me seduzcas para llevarme a una playa de Tahiti.

Pitt retrocedió hasta colocarse a una distancia prudencial, pues el aroma de su perfume Chanel empezaba a provocarle sensaciones demasiado instintivas.

—¿Por qué no buscas a un hombre estable, bueno y hogareño con el que casarte para que puedas dejar de acosar a un viejo decrépito y vagabundo como yo?

—Porque los hombres estables, buenos y hogareños son muy aburridos.

—¿Quién dice que las mujeres solo piensan en casarse y formar un hogar? —suspiró él.

Pitt se alejó y entró en su despacho, que parecía un camping después de un tornado: montones de libros, papeles, cartas de navegación y fotografías estaban desperdigados por todas partes, incluyendo la moqueta. Había decorado su lugar de trabajo con antigüedades compradas en una subasta del elegante trasatlántico *President Cleveland*, de la American President Lines. Se sentó detrás de su escritorio, cogió el teléfono y marcó el número de Helm.

—¿Sí? —respondió una voz seca.

—Señor Helm, soy Dirk Pitt.

—Señor Pitt, gracias por llamar. He pensado que le gustaría saber que hemos identificado el cuerpo que envió desde la Antártida y también a la mujer que detuvo

anoche.

—A eso lo llamo yo rapidez.

—Es gracias a nuestro nuevo departamento computerizado para identificaciones fotográficas —le explicó Helm—. Han escaneado todos los periódicos, revistas, emisiones de televisión, carnets de conducir, fotos de las compañías de seguros e informes policiales para construir la mayor red de identificación fotográfica del mundo. Consta de cientos de millones de primeros planos faciales optimizados, y combinándolo con nuestros archivos de huellas dactilares y de ADN, ahora podemos cubrir un amplio espectro para identificar los cadáveres y a los fugitivos. Obtuvimos una identificación positiva de ambas mujeres en apenas veinte minutos.

—¿Qué han descubierto?

—El nombre de la mujer del submarino era Heidi Wolf, y la mujer a la que atrapó anoche es Elsie Wolf.

—Entonces son hermanas gemelas.

—No, en realidad son primas. Y lo realmente llamativo es que ambas pertenecen a una familia muy rica y prominente y son ejecutivas de alto nivel de la misma multinacional comercial.

Pitt se quedó absorto mirando por la ventana de su despacho, sin ver el río Potomac ni el Capitolio al fondo.

—¿Por casualidad tienen algo que ver con Karl Wolf, el presidente de Destiny Enterprises de Argentina?

Helm se quedó callado unos instantes y luego contestó:

—Parece que va usted dos pasos por delante de mí, señor Pitt.

—Llámame Dirk, por favor.

—De acuerdo, Dirk, has dado en el clavo. Heidi era la hermana de Karl, y Elsie es su prima. Y sí, Destiny Enterprises es un imperio comercial con sede en Buenos Aires. Forbes estima el patrimonio familiar en doscientos mil diez millones de dólares.

—No puede decirse que vivan en la calle, precisamente, ¿verdad?

—Y pensar que yo tuve que casarme con la hija de un albañil... No comprendo por qué una mujer tan rica ha tenido que rebajarse a cometer un robo tan insignificante.

—Cuando averigües las respuestas, espero que me las pases.

—¿Dónde está Elsie ahora? —preguntó Pitt.

—Bajo vigilancia en una clínica privada dirigida por nosotros en Wall Street, enfrente del Mount Vernon College.

—¿Puedo hablar con ella?

—Por nosotros no hay ningún problema, pero tendrás que hablar con el médico responsable del caso. Se llama Aaron Bell; lo llamaré y le informaré de tu visita.

—¿Está lúcida?

—Está consciente, pero le diste un buen golpe en la cabeza. La contusión por poco le provoca una fractura craneal.

—Yo no la golpeé, fue su motocicleta.

—Da lo mismo —repuso Helm con tono humorístico—. No le sacarás gran cosa. Uno de nuestros mejores agentes ya ha intentado interrogarla, pero es un hueso duro de roer. A su lado, hasta una ostra parece comunicativa.

—¿Sabe que su prima está muerta?

—Sí, y también que los restos mortales de Heidi están en el depósito de cadáveres de la clínica.

—Esto va a ser interesante —dijo Pitt despacio.

—¿El qué? —inquirió Helm.

—Ver la cara que pondrá Elsie cuando le diga que fui yo quien recuperó el cuerpo de Heidi en la Antártida y quien la envió a Washington.

Casi inmediatamente después de colgar, Pitt abandonó el edificio de la NUMA y se dirigió hacia la clínica, de uso exclusivo del FBI y otras agencias nacionales de seguridad. Aparcó el Ford cabriolet del 36 en una plaza vacía junto al edificio y se dirigió a la entrada principal, donde le pidieron que se identificase y realizaron unas llamadas telefónicas antes de permitirle pasar. Un administrador le condujo directamente al despacho del doctor Bell.

Pitt ya conocía al doctor de otras ocasiones, no para recibir tratamiento ni atención médica sino para recaudar dinero para una fundación contra el cáncer de la que su padre, el senador George Pitt, y Bell eran directores. Aaron Bell era un hombre de sesenta y cinco años, hiperactivo, de rostro sonrosado, con exceso de peso y sometido a un intenso nivel de estrés. Fumaba dos paquetes de cigarrillos diarios y tomaba veinte tazas de café. Resumía su filosofía de vida con la frase: «Vive al máximo y vete a la tumba satisfecho».

Salió de detrás de su mesa como un oso caminando sobre sus patas traseras.

—¡Dirk! —exclamó—. Me alegro de verte. ¿Cómo está el senador?

—Planeando presentarse a la próxima legislatura.

—Nunca lo dejará, y yo tampoco. Siéntate. ¿Has venido por la mujer que ingresó anoche?

—¿Ha llamado Ken Helm?

—No habrías traspasado el umbral si no hubiese llamado.

—No parece que haya mucha vigilancia en la clínica.

—Quédate contemplando a la cámara de seguridad y ya verás lo que pasa.

—¿Ha sufrido lesiones cerebrales permanentes?

Bell negó con la cabeza.

—Se recuperará al ciento por ciento después de unas semanas. Posee una

constitución física increíble. No es como la mayoría de las mujeres.

—Es muy atractiva —dijo Pitt.

—No, no estoy hablando de su aspecto; esa mujer es un ejemplar extraordinario desde el punto de vista fisiológico, como también lo es, o debería decir lo era, el cuerpo de su prima, el que enviaste desde el polo.

—Según el FBI, son primas.

—Sea cual sea el parentesco, son una pareja genética perfecta —señaló Bell con rostro grave—. Demasiado perfecta.

—¿Qué quiere decir?

—Asistí a la autopsia, anoté los resultados y comparé las características físicas con la señorita que es nuestra huésped. Aquí hay algo más que simples semejanzas familiares.

—Helm me dijo que el cuerpo de Heidi está aquí en la clínica.

—Sí, en el depósito de cadáveres del sótano.

—¿Los familiares con los mismos genes, especialmente si se trata de primos, no pueden tener un aspecto idéntico? —preguntó Pitt.

—No es imposible, pero sí extremadamente insólito —repuso Bell.

—Se dice que todos tenemos un doble en alguna parte del mundo.

Bell sonrió.

—Que Dios se apiade del mío...

—¿Adónde nos lleva todo esto?

—No puedo demostrarlo sin realizar pruebas y experimentos durante meses y solo se trata de mi opinión, pero estoy dispuesto a apostar que esas dos mujeres, una muerta y otra viva, han sido creadas en un laboratorio.

Pitt lo miró con gesto perplejo.

—No estará sugiriendo que se trata de androides...

—No, no. —Bell agitó las manos—. Eso sería ridículo.

—¿Clonación, entonces?

—Ni por asomo.

—¿En ese caso...?

—Creo que son el resultado de un experimento de ingeniería genética.

—¿Es eso posible? —exclamó Pitt, incrédulo—. ¿Existen los medios tecnológicos y científicos para conseguir semejante logro?

—Hay laboratorios que trabajan en el perfeccionamiento del cuerpo humano mediante la genética, pero que yo sepa, todavía se encuentran en la etapa de experimentación con ratones. Lo único que puedo decirte es que si Elsie no muere del mismo modo que Heidi, o atropellada por un camión o asesinada por un amante celoso, seguramente vivirá para celebrar su ciento veinte cumpleaños.

—No estoy muy seguro de querer vivir tanto tiempo —comentó Pitt.

—Ni yo tampoco —repuso Bell, sonriendo—. Desde luego, no en este cuerpo viejo y ajado.

—¿Puedo ver a Elsie ahora?

Bell se levantó de la silla y le indicó que le siguiera por el pasillo. Desde que había entrado en la clínica, las únicas dos personas que Pitt había visto eran el administrativo del vestíbulo y el doctor Bell. El lugar parecía increíblemente limpio, aséptico y carente de vida.

Bell se dirigió a una puerta en la que no había guardia, insertó una tarjeta en una ranura automática y abrió la puerta. Había una mujer sentada en una cama de hospital, mirando por una ventana cuya vista estaba bloqueada por una tupida persiana y una serie de barrotes. Era la primera vez que Pitt veía a Elsie a la luz del día, y se quedó estupefacto al comprobar el increíble parecido con su prima muerta. La misma mata de pelo rubio y los mismos ojos grises azulados. Le resultaba difícil creer que solo fuesen primas.

—Señorita Wolf —dijo Bell con tono afable—, le traigo a una visita. —Miró a Pitt y asintió con la cabeza—. Os dejaré a solas. Intenta no quedarte demasiado rato.

El doctor no advirtió a Pitt sobre el modo de comunicarse con él en caso de problemas, pero a pesar de que no veía ninguna cámara de televisión, éste sabía que todos y cada uno de sus movimientos y palabras estaban siendo vigilados y registrados.

Acercó una silla a la cama y se sentó, guardando silencio durante casi un minuto, mirando a aquellos ojos que parecían atravesar su cabeza para observar fijamente la litografía del Gran Cañón que colgaba de la pared de detrás.

—Me llamo Dirk Pitt —dijo al fin—. No sé si ese nombre significa algo para ti, pero al parecer el comandante del U-2015 sí lo reconoció cuando hablamos en la banquisa.

La mujer entrecerró los ojos casi imperceptiblemente, pero permaneció en silencio.

—Realicé una inmersión para explorar los restos del submarino —prosiguió Pitt—, y recuperé el cuerpo de tu prima Heidi. ¿Quieres que dé las disposiciones necesarias para transportar su cadáver a Buenos Aires, con Karl, para que reciba digna sepultura en el cementerio privado de los Wolf?

Pitt estaba dando por sentado que los Wolf disponían de un cementerio privado, y dio en el blanco.

La mujer se quedó pensativa mientras intentaba asimilar las palabras de Pitt, pero al fin apretó los labios con palpable ira y empezó a temblar y a moverse.

—¡Tú! —exclamó con asco—. Tú eres el responsable de las muertes de nuestros hombres en Colorado.

—El doctor Bell estaba equivocado: sí tienes lengua.

—¿También estabas presente cuando nuestro submarino fue hundido? —preguntó la mujer, como si estuviese confusa.

—Alego defensa propia para justificar mis actos en Colorado y sí, estaba en el *Polar Storm* cuando vuestro submarino fue hundido, pero yo no fui el responsable del incidente. Échale las culpas a la armada de Estados Unidos si quieres, pero de no haber sido por su oportuna intervención, tu prima y su maldita banda de piratas habrían hundido un inofensivo buque de investigación oceanográfica y matado a más de cien inocentes tripulantes y científicos. No me pidas que lamente la muerte de Heidi. Por lo que a mí respecta, ella y sus compañeros recibieron su merecido.

—¿Qué habéis hecho con su cuerpo? —preguntó Elsie Wolf.

—Está aquí, en el depósito de cadáveres de la clínica. Me han dicho que las dos os parecéis como dos gotas de agua.

—Somos genéticamente perfectas —repuso ella con arrogancia—. A diferencia del resto de la raza humana.

—¿Cómo es posible?

—Hicieron falta tres generaciones de selección y experimentación. Mi generación posee cuerpos físicamente perfectos y la capacidad mental de auténticos genios. También poseemos una extraordinaria creatividad artística.

—¿Ah, sí? —exclamó Pitt con sarcasmo—. Y yo que creía que la endogamia solo producía individuos imbéciles.

Elsie lo miró fijamente y luego esbozó una sonrisa glacial.

—Tus insultos carecen de sentido. Dentro de muy poco, tú y el resto de seres defectuosos de este planeta estaréis muertos.

Pitt contestó con estudiada indiferencia.

—Ya; el gemelo del cometa que destruyó a los amenes hace nueve mil años volverá, destruirá la Tierra y aniquilará la raza humana. Ya me sé toda esa historia.

Pitt vio un fugaz destello de euforia y éxtasis en los ojos de Elsie. La malevolencia que en ella se concentraba era tan intensa que Pitt tenía la impresión de poder tocarla con las manos, y esto lo inquietaba; era como si la mujer guardara un secreto mucho más terrible.

—¿Cuánto tiempo tardaron vuestros expertos en descifrar las inscripciones? —preguntó con indiferencia.

—Cinco o seis días.

En su rostro se dibujó una expresión de suficiencia.

—Los nuestros tardaron solo tres.

Pitt estaba seguro de que mentía, de modo que continuó con su estrategia.

—¿La familia Wolf está preparando algún tipo de festejos para el día del Juicio Final?

Elsie negó con la cabeza.

—No tenemos tiempo para celebraciones estúpidas. Hemos invertido todos nuestros esfuerzos en la supervivencia.

—¿De veras crees que un cometa se estrellará contra la Tierra dentro de unas semanas?

—Los amenes fueron muy precisos en la elaboración de sus mapas astrales y astronómicos. —Su mirada se desplazó hasta el suelo; esto y la falta de convicción en su voz hicieron que Pitt dudara de ella.

—Eso me han dicho.

—Tenemos... contactos con algunos de los mejores astrónomos de Europa y Estados Unidos, quienes verificaron las predicciones de los amenes. Todos llegaron a la conclusión de que el regreso del cometa fue calculado y pronosticado con una precisión asombrosa.

—Así que tu familia de clones deshumanizados ha decidido guardarse el secreto en lugar de advertir al resto del mundo de la catástrofe —señaló Pitt con dureza—. Y vuestros contactos han hecho que los astrónomos mantengan la boca cerrada. La palabra «benevolencia» no debe de figurar en el diccionario de los Wolf.

—¿Por qué hacer cundir el pánico en todo el mundo? —replicó la mujer despreocupadamente—. ¿De qué serviría? Es mejor dejar que la gente muera sin saberlo y sin angustia psicológica.

—Tienes un corazón de oro.

—La vida está hecha para los mejores, y para los que saben prevenir y planificar.

—¿Y qué me dices de los magníficos Wolf? ¿Qué os impedirá morir con el resto de la chusma?

—Llevamos más de cincuenta años planeando nuestra supervivencia —dijo con contundencia—. Mi familia no perecerá en las inundaciones ni en los incendios. Estamos preparados para hacer frente a la catástrofe y soportar las consecuencias.

—Cincuenta años —repitió Pitt—. ¿Fue entonces cuando descubristeis una cámara con las inscripciones de los amenes que hablaban de su extinción tras el impacto del cometa?

—Sí —respondió la mujer lacónicamente.

—¿Cuántas cámaras hay en total?

—Los amenes hablaban de seis.

—¿Cuántas encontró tu familia?

—Una.

—Y nosotros encontramos dos. Eso deja tres que siguen sin ser localizadas.

—Una desapareció en Hawai después de que un volcán la destruyera arrojando toneladas de lava sobre ella, otra se perdió para siempre durante un terremoto en el Tíbet alrededor del año 800. Solo una sigue sin descubrir, y se supone que se halla en algún lugar de las laderas del monte Lascar de Chile.

—Y si nadie la ha descubierto —dijo Pitt con cuidado—, ¿por qué asesinasteis a un grupo de estudiantes universitarios que exploraban una cueva en la montaña?

Elsie lo miró, pero se negó a contestar.

—Muy bien, dime la localización exacta de la cámara de los amenes que descubrió tu familia —la presionó.

La mujer lo miró como si Pitt fuese un alma en pena.

—Las primeras inscripciones de los amenes que encontramos se hallan en un templo que hay entre las ruinas de la que fuera una de sus ciudades portuarias. No hace falta que me hagas más preguntas, ya he dicho todo cuanto tenía que decir, salvo que te sugiero que te despidas de tus amigos y seres queridos porque muy pronto lo que quede de vuestros cuerpos destrozados y hechos jirones flotará en las aguas de un mar que no habrá existido hasta entonces.

Y tras estas palabras, Elsie Wolf cerró los ojos y se aisló de Pitt y del mundo como si acabase de entrar en estado de hibernación.

Para cuando Pitt abandonó la clínica, era ya última hora de la tarde y decidió dirigirse a su hangar en vez de regresar al cuartel general de la NUMA. Avanzaba despacio por el tráfico de la hora punta que se extendía por el puente de Rocheambeau antes de tomar la salida del Washington Memorial Parkway. Estaba acercándose a la entrada de la carretera de mantenimiento del aeropuerto que conducía a su hangar cuando el teléfono Globalstar le indicó que tenía una llamada.

—Diga...

—Hola, cariño... —dijo la sensual voz de Loren Smith.

—Siempre es un placer oír la voz de mi congresista favorita.

—¿Qué haces esta noche?

—Tenía pensado prepararme una tortilla de salmón ahumado, darme una ducha y ver la tele —respondió Pitt mientras el guardia le daba paso, contemplando el Ford del 36 con una mirada de envidia.

—Los solterones llevan una vida muy aburrida —comentó Loren a modo de provocación.

—Dejé de ir de bar en bar en cuanto cumplí los veintiuno.

—Sí, claro. —Hizo una pausa para contestar a una pregunta de uno de sus ayudantes—. Perdona, ha llamado un elector para quejarse de los boquetes en la carretera enfrente de su casa.

—Las congresistas llevan una vida muy aburrida... —contraatacó Pitt.

—Por contestón, me vas a invitar a cenar en St. Cyr's.

—Tienes buen gusto —contestó Pitt—, pero me va a costar el sueldo de un mes. ¿Qué celebramos?

—Tengo un informe muy voluminoso acerca de Destiny Enterprises encima de la mesa, pero te va a costar caro.

—¿Te han dicho alguna vez que te equivocaste de carrera?

—He vendido mi alma para conseguir que aprueben una ley más veces que cualquier prostituta haya vendido su cuerpo a sus clientes.

Pitt detuvo su coche frente a una entrada del hangar y pulsó los botones de un código de acceso en un mando a distancia.

—Espero que hayas hecho una reserva. En St. Cyr's no suelen admitir a la gente que pasa por la calle y decide ir a cenar allí.

—Le hice un favor al chef una vez. Confía en mí, tendremos la mejor mesa del restaurante. Pasa a recogerme por casa a las siete y media.

—¿Podrás conseguir que me hagan descuento en el vino?

—Eres el colmo del romanticismo —repuso Loren con dulzura—. Hasta luego.

Pitt no estaba de humor para ponerse corbata solo por el hecho de ir a cenar a un

restaurante caro. Cuando detuvo el Ford frente al edificio donde vivía Loren en Alexandria, llevaba pantalones grises, una chaqueta deportiva azul oscuro y un suéter de cuello alto de color azafrán. Loren lo vio desde el balcón de su cuarto piso, lo saludó con la mano y bajó a la calle. Elegante y seductora, llevaba un cárdigan de color antracita de encaje y pedrería con pantalones de pinzas en la parte delantera bajo un abrigo negro de imitación piel que le llegaba hasta la rodilla. Su maletín negro armonizaba con su vestuario. Había visto desde el balcón que Pitt había subido la capota del Ford, y puesto que no tendría que preocuparse de que el viento la despeinara, optó por no llevar sombrero.

Pitt le abrió la portezuela.

—Me alegro de ver que todavía quedan caballeros —dijo Loren con una sonrisa coqueta.

Él se inclinó y le besó la mejilla.

—Yo soy de la vieja escuela.

El restaurante estaba a solo tres kilómetros, justo al otro lado de la Capitol Beltway en el condado de Fairfax, Virginia. La cara del aparcacoches se iluminó como una calabaza de Halloween al ver detenerse el descapotable frente al restaurante. El tono melodioso de los tubos de escape hizo que un estremecimiento le recorriese la espina dorsal.

El muchacho le dio a Pitt un recibo, pero antes de que se llevase el coche, Pitt se asomó por la ventanilla y echó un vistazo al salpicadero.

—¿Algún problema, señor? —preguntó el aparcacoches.

—Solo estoy leyendo el cuentakilómetros —repuso Pitt al tiempo que lanzaba al chico una mirada cómplice.

Su sueño de dar una vuelta con aquella maravilla mientras su dueño cenaba en el restaurante se desvaneció de repente, de modo que condujo despacio hasta el aparcamiento y lo estacionó junto a un Bentley.

Cenar en St. Cyr's era una experiencia inolvidable. Situado en un edificio colonial de ladrillo del siglo XVIII, el chef y propietario había llegado a Washington después de trabajar en Cannes y París, donde un par de ricos inversores de Washington con paladares exquisitos para la buena comida y el buen vino habían descubierto sus dotes culinarias. Habían financiado el restaurante, a medias con el chef. El comedor estaba decorado en tonos azul oscuro y dorado, con muebles y piezas de estilo marroquí. No había más de doce mesas atendidas por seis camareros y cuatro ayudantes de camarero, pero lo que más le gustaba a Pitt de St. Cyr's era la acústica. Con gruesas cortinas y grandes extensiones de tela en las paredes, el rumor de las conversaciones se veía reducido al mínimo, a diferencia de la mayoría de los restaurantes, en los que no se podía escuchar lo que tu acompañante estaba diciendo y el barullo no dejaba disfrutar de una comida de *gourmet*.

Después de que el *maître* los condujese a una mesa en un pequeño reservado lejos del comedor principal, Pitt le preguntó a Loren:

—¿Vino o champán?

—¿Por qué lo preguntas? Sabes bien que un buen Cabernet me pone de un estado de ánimo vulnerable.

Pitt pidió una botella de Martin Ray Cabernet Sauvignon al sumiller y se arrellanó en la silla de cuero.

—Mientras esperamos para pedir la comida, ¿por qué no me cuentas lo que has averiguado sobre Destiny Enterprises?

Loren sonrió.

—Primero debería dejar que me invites a cenar, ¿no?

—Eso me suena al típico chantaje de los políticos —ironizó Pitt con sarcasmo.

Loren abrió el maletín y extrajo varias carpetas que pasó a Pitt discretamente por debajo de la mesa.

—Desde luego Destiny Enterprises no es una empresa que se prodigue en el campo de las relaciones públicas, los programas de promoción o la publicidad. Nunca ha puesto en venta sus acciones y pertenece íntegramente a la familia Wolf, que consta de tres generaciones. No elaboran ni distribuyen declaraciones de pérdidas y beneficios ni informes anuales. Es evidente que nunca podrían operar con semejante nivel de secretismo en Estados Unidos, Europa o Asia, pero ejercen una enorme influencia sobre el gobierno argentino, y empezaron con los Perón poco después de la Segunda Guerra Mundial.

Pitt estaba leyendo las páginas iniciales del informe cuando llegó el vino. Después de que el sumiller vertiese una pequeña cantidad en su copa, Pitt estudió el color, inhaló el aroma y dio un sorbo. Lo mantuvo en el paladar unos segundos antes de tragarlo. Miró al sumiller y sonrió.

—Siempre me sorprende el refinamiento y a la vez el sólido cuerpo de un Martin Ray Cabernet Sauvignon.

—Una elección excelente, señor —opinó el sumiller—. Pocos de nuestros clientes conocen su existencia.

Pitt se concedió un nuevo sorbo de vino antes de proseguir su estudio del informe.

—Destiny Enterprises parece haberse materializado de la nada en 1947.

Loren escrutó el líquido rojo oscuro de su copa.

—Contraté a un experto para que examinase los periódicos de Buenos Aires de la época. No hubo ninguna mención de los Wolf en las páginas de economía. El experto solo pudo recoger algunos rumores de que la empresa fue fundada por oficiales nazis de alto rango que habían escapado de Alemania antes de la capitulación.

—El almirante Sandecker me habló de los viajes en submarino de los nazis y sus

riquezas robadas a Argentina durante los últimos meses de la guerra. La operación fue orquestada por Martin Bormann.

—¿No murió cuando trataba de escapar durante la caída de Berlín? —preguntó Loren.

—No creo que llegase a demostrarse nunca que los huesos encontrados años más tarde fuesen suyos.

—He leído en algún sitio que el mayor misterio sin resolver de la guerra fue la total desaparición del tesoro alemán. Nunca llegó a encontrarse un solo marco alemán ni un gramo de oro. ¿Es posible que Bormann sobreviviese y pasase de contrabando a Sudamérica las riquezas robadas por su país?

—Encabeza la lista de sospechosos —respondió Pitt. Empezó a hojear el resto de papeles del informe, pero no halló nada de interés. La mayor parte eran simples recortes de periódico que hablaban de los negocios de Destiny Enterprises cuya envergadura era demasiado importante para permanecer en secreto. El análisis más detallado procedía de un informe de la CIA en el que se enumeraban las diversas actividades y proyectos en que estaba involucrada la empresa, pero no aparecían demasiados detalles de sus operaciones—. Parecen estar muy diversificados. Operaciones mineras para la extracción de piedras preciosas, oro, platino y otros minerales raros. Su departamento de programación y comercialización de software informático es el cuarto más importante del mundo después de Microsoft y participan muy activamente en la explotación de yacimientos petrolíferos. También son líderes mundiales en el campo de la nanotecnología.

—No creo saber qué demonios es eso —dijo Loren.

Antes de que Pitt contestase, el camarero se acercó a la mesa para tomarles nota.

—¿Qué te apetece?

—Confío en tu paladar —contestó Loren con dulzura—. Pide por mí.

Pitt no intentó pronunciar los nombres en francés de los platos del menú.

—Como aperitivo, tomaremos el paté de la casa con trufas, seguido de vichyssoise. Como plato principal, la señora tomará el conejo estofado en salsa de vino blanco, mientras que yo probaré las mollejas en salsa marrón.

—¿Cómo puedes comer mollejas? —exclamó Loren con expresión de asco.

—Siempre he tenido debilidad por unas buenas mollejas —se limitó a contestar Pitt—. ¿Por dónde íbamos? Ah, sí; la nanotecnología. Por lo poco que sé al respecto, es una nueva ciencia que trata de controlar la disposición de los átomos para permitir la construcción de casi cualquier cosa posible según las leyes naturales. Hará posibles las rehabilitaciones moleculares en el interior del cuerpo humano y revolucionará las técnicas de producción; cualquier cosa podrá ser producida a bajo coste y con altos niveles de calidad. Unas máquinas increíblemente diminutas capaces de reproducirse a sí mismas serán programadas para crear nuevos combustibles, fármacos, metales y

materiales de construcción que no serían posibles con las técnicas normales. He oído que se pueden construir unidades centrales de procesamiento o CPU de las dimensiones de un micrón cúbico. La nanotecnología será la ciencia del futuro.

—No alcanzo a comprender cómo es posible.

—Si no estoy equivocado, el objetivo es crear lo que los expertos en nanotecnología denominan un *assembler*, un robot submicroscópico dotado de brazos articulados dirigidos por ordenador. Supuestamente podrían construir objetos enormes y atómicamente precisos mediante reacciones químicas controladas, molécula a molécula. Los *assemblers* pueden incluso ser diseñados para replicarse a sí mismos. En teoría, se podrían programar para que construyesen una serie personalizada de palos de golf de metales aún por desarrollar, un aparato de televisión de una forma particular para que quepa en un mueble determinado e incluso un automóvil o un avión, incluyendo combustible especial para su funcionamiento.

—Vaya por Dios...

—Los avances a lo largo de los próximos treinta años deberían ser espectaculares.

—Eso explica el archivo sobre el proyecto de Destiny en la Antártida —dijo Loren, haciendo una pausa para tomar un sorbo de vino—. Lo encontrarás en el archivo 5-A.

—Sí, ya lo veo. Una instalación gigante para extraer minerales del mar. Tienen que ser los primeros en haber obtenido beneficios de la explotación de minerales del agua del mar.

—Parece ser que los ingenieros y científicos de Destiny han desarrollado un dispositivo molecular capaz de separar minerales como el oro del agua del mar.

—¿Quieres decir que están teniendo éxito?

—Mucho éxito —respondió Loren—. Según un documento sobre sus depósitos en Suiza obtenido en secreto por la CIA (por cierto, les juré que esta información sería estrictamente confidencial), los depósitos de oro de Destiny en las cámaras suizas se acercan a los de Fort Knox.

—Sus extracciones de oro tendrán que permanecer dentro de un nivel muy selectivo, o el precio del oro caería en picado.

—Según mis fuentes, Destiny todavía no ha vendido ni un solo gramo.

—¿Para qué querrían entonces guardar semejante tesoro?

Loren se encogió de hombros.

—No tengo ni la más remota idea.

—A lo mejor lo han vendido despacio y discretamente para mantener los precios del mercado elevados. Si inundaran de repente el mercado con toneladas de oro, sus beneficios se irían al garete.

El camarero llegó con el paté de trufas. Loren probó un minúsculo bocado y su rostro se iluminó.

—Esto está riquísimo.

—Sí, es una delicia —convino Pitt.

Saborearon el paté en silencio y terminaron el plato antes de que Loren reanudara la conversación.

—A pesar de que la CIA ha acumulado ingentes datos sobre movimientos neonazis después de la guerra, no han encontrado pruebas de una conspiración clandestina en la que esté involucrada Destiny Enterprises o la familia Wolf.

—Sin embargo, según estos informes —repuso Pitt sosteniendo unos papeles grapados— no era ningún secreto que el botín robado por los nazis de los tesoros de Austria, Bélgica, Noruega, Francia y los Países Bajos, además de buena parte del oro y los activos financieros de los judíos, fue transportado a Argentina a bordo de submarinos tras la guerra.

Loren asintió con la cabeza.

—La mayor parte del oro y otros bienes materiales fueron convertidos en moneda y luego desviados a través de bancos centrales.

—¿Y el depositario de los fondos?

—¿Quién si no? Destiny Enterprises, poco después de su fundación en 1947. Lo extraño es que no hay constancia de ningún Wolf en su junta directiva en los primeros años.

—Debieron de asumir el control después —sugirió Pitt—. Me pregunto cómo se deshizo la familia de los viejos nazis que huyeron de Alemania en 1945.

—Buena pregunta —dijo Loren—. En los últimos cincuenta y cuatro años, el imperio Destiny ha crecido hasta el punto de que influye en los bancos y gobiernos mundiales de forma inimaginable. Son literalmente los amos de Argentina. Uno de mis ayudantes tiene un confidente que asegura que una cantidad muy significativa de dinero va a parar a la financiación de las campañas de los miembros de nuestro propio Congreso. Seguramente por esa razón nunca se ha llevado a cabo ninguna investigación gubernamental de Destiny Enterprises.

—Sus tentáculos alcanzan hasta los bolsillos de nuestros honorables senadores y representantes, amén de numerosas personas que han prestado servicio en la Casa Blanca.

Loren levantó ambas manos.

—A mí no me mires. Nunca he recibido un solo centavo bajo mano de Destiny para financiar mi campaña.

Pitt le lanzó una mirada maliciosa.

—¿De verdad?

Ella le dio una patada por debajo de la mesa.

—Déjalo ya, sabes perfectamente que nunca me he dejado sobornar. Resulta que soy uno de los miembros más respetables del Congreso.

—Puede que seas la más guapa, pero tus estimados colegas no te conocen como yo.

—No tiene gracia.

Los platos de vichyssoise aparecieron de pronto ante ellos, que paladearon su exquisito sabor, enriquecido por sorbos de Martin Ray Cabernet. El vino no tardó en distenderles la mente, siempre bajo la mirada atenta del camarero, que no dejaba de rellenar sus copas.

—Empieza a parecer como si lo que los nazis no lograron con sus matanzas masivas, su destrucción y su guerra, lo están consiguiendo mediante el poder económico —señaló Loren.

—El dominio del mundo es un concepto superado —discrepó Pitt—. Puede que los líderes chinos aún acaricien la idea, pero cuando su economía convierta el país en una superpotencia se darán cuenta de que una guerra solo serviría para destruirla. Desde la caída de la Rusia comunista, las principales guerras del futuro serán económicas. Los Wolf entienden que el poder económico conduce en última instancia al poder político. Poseen los recursos para comprar cuanto quieran y a quien quieran, la única duda es en qué dirección se dirigen.

—¿Le has sacado alguna información a la mujer que detuviste anoche?

—Solo que el fin del mundo está a la vuelta de la esquina y que la raza humana, salvo la familia Wolf, por supuesto, será aniquilada cuando un cometa se estrelle contra la Tierra.

—Pero no creerás eso, ¿verdad? —preguntó Loren.

—¿Lo crees tú? —exclamó Pitt con cinismo—. El fin del mundo ha ocurrido ya miles de veces sin que haya habido más consecuencias que un chubasco pasajero. Por qué motivo los Wolf están propagando semejante historia es un misterio para mí.

—¿En qué basan sus razonamientos?

—En las predicciones de una antigua civilización desaparecida llamada Amenes.

—No lo dirás en serio... —exclamó perpleja—. Una familia tan próspera y astuta como los Wolf creyendo en un mito de un pueblo que se extinguió hace miles de años...

—Eso decían las inscripciones en las cámaras que encontramos en Colorado.

—El almirante Sandecker me habló brevemente de vuestros hallazgos durante nuestra conversación telefónica antes de ir a recogerte al aeropuerto, pero todavía tienes que contarme tus descubrimientos.

Pitt hizo un gesto de impotencia con las manos.

—No he tenido oportunidad.

—A lo mejor debería empezar a poner mis asuntos en orden.

—Antes de prepararte para reunirte con tu Creador, espera a que contrastemos los datos con los astrónomos que estudian los asteroides y los cometas.

El camarero retiró los platos de sopa y luego sirvió los platos principales. Las presentaciones del chef tanto del conejo estofado como de las mollejas eran auténticas obras de arte. A ambos se les hizo la boca agua solo con verlos y no quedaron decepcionados.

—El conejo ha sido una elección excelente —dijo Loren entre bocado y bocado—. Está delicioso.

En el rostro de Pitt había una expresión de éxtasis.

—Cuando un chef experto me sirve un buen plato de mollejas, oigo música celestial cada vez que pruebo un bocado. La salsa es una maravilla.

—Prueba el mío —le ofreció Loren.

—¿Quieres probar mis mollejas?

—No, gracias —contestó ella frunciendo la nariz—. Las tripas no me apasionan, la verdad.

Por suerte, las porciones no eran tan abundantes como en los restaurantes de menor categoría, por lo que no se sintieron demasiado llenos cuando llegó la hora de los postres. Pitt pidió melocotones cardinal: melocotones escalfados con salsa de frambuesa. Más tarde, tomando una copa de coñac Rémy Martin, reanudaron la conversación.

—Nada de cuanto he visto u oído sobre los Wolf tiene sentido —dijo Pitt—. ¿Por qué amasar una fortuna si creen que su imperio financiero se volatilizará tras el impacto del cometa?

Loren bebió un sorbo del coñac, contemplando su brillo dorado frente a la luz de la vela de la mesa.

—Tal vez pretenden sobrevivir a la catástrofe.

—Eso dijo Elsie y también uno de los asesinos de Colorado —repuso Pitt—. Pero ¿cómo van a sobrevivir solo ellos a una catástrofe mundial?

—¿Has leído el informe 18? —inquirió Loren.

Pitt no respondió inmediatamente, sino que hojeó los informes hasta dar con una carpeta marcada con el número dieciocho. La abrió y leyó el informe. Al cabo de dos o tres minutos, levantó la vista y miró los ojos violáceos de Loren.

—¿Esto ha sido verificado?

Ella asintió con la cabeza.

—Es como si Noé hubiese construido una flota de arcas.

—Cuatro barcos colosales —dijo Pitt despacio—. Un barco de pasajeros, de hecho, una comunidad flotante de seiscientos metros de eslora por cuarenta y cinco de manga, de treinta y dos pisos de altura, capaz de desplazar trescientas cincuenta mil toneladas. —Levantó la vista, frunciendo el entrecejo—. Un concepto muy imaginativo, pero no lo veo nada práctico.

—Sigue leyendo —dijo Loren—; se pone aún más interesante.

—El gigantesco trasatlántico cuenta con un enorme hospital, escuelas, centros de entretenimiento y lo último en ingeniería tecnológica. Un aeropuerto con una enorme pista de aterrizaje en la cubierta superior albergará y mantendrá una pequeña flota de aviones y helicópteros, y las dependencias destinadas a vivienda y a oficinas darán cabida a cinco mil pasajeros y miembros de la tripulación. —Pitt meneó la cabeza con incredulidad—. Una nave de ese tamaño debería tener capacidad para alojar al menos cincuenta mil personas.

—De hecho, el doble de esa cifra. Lee la información acerca de los demás barcos. Pitt siguió leyendo.

—También tienen las mismas dimensiones descomunales. Uno es un barco de carga y de mantenimiento que alberga instalaciones para maquinaria y para fabricación de productos con una carga inmensa de vehículos y materiales de construcción. El tercero es un auténtico zoo...

—¿Lo ves? —lo interrumpió Loren—. Hay un arca.

—El último barco es un superpetrolero diseñado para transportar cantidades ingentes de petróleo, gas natural y otras clases de combustible. —Pitt cerró la carpeta y miró a Loren—. Había oído que esa clase de barcos estaban empezando a ser diseñados sobre el papel, pero no tenía ni idea de que los hubiesen empezado a construir de verdad, y mucho menos una empresa como Destiny Enterprises.

—Construyeron los cascos por secciones y luego los mantuvieron guardados en un astillero que pertenece a Destiny Enterprises en un fiordo remoto del extremo meridional de Chile. Allí completaron la superestructura exterior y el interior y cargaron y amueblaron los barcos. Se cree que los pasajeros y la tripulación de la flota deberían ser autosuficientes, con suficiente comida y suministros para más de veinte años.

—¿Es que no ha habido personas ajenas a la empresa que visitasen los barcos? ¿Qué me dices de los medios de comunicación? ¿No se han escrito artículos sobre lo que va a ser la mayor flota de barcos de altura del mundo?

—Lee el informe de la CIA sobre el astillero —sugirió Loren—. El acceso al área está fuertemente restringido y vigilado por un pequeño ejército de guardias de seguridad. El personal ajeno a las instalaciones tiene prohibida la entrada o la salida. Los trabajadores del astillero y sus familias se hospedan en una pequeña comunidad en tierra sin abandonar nunca los barcos o el astillero. Rodeado por los Andes, un centenar de islas montañosas y dos penínsulas, el único modo de penetrar o salir del fiordo es por mar o aire.

—La investigación de la CIA parece superficial. No han estudiado el proyecto de Destiny Enterprises en profundidad.

Loren apuró el último sorbo de coñac.

—Un agente asignado a mi oficina aseguró que la agencia no realizó una

investigación detallada porque no vieron ninguna amenaza para la seguridad o los intereses de Estados Unidos.

Pitt se quedó absorto con la mirada perdida en las paredes del restaurante.

—Al Giordino y yo estuvimos en un fiordo chileno hace varios años durante la búsqueda de un trasatlántico secuestrado por unos terroristas, quienes habían escondido el barco cerca de un glaciar. Por lo que recuerdo de las islas y las vías fluviales al norte del estrecho de Magallanes, no hay canales lo bastante anchos o profundos para permitir el paso de unos barcos tan gigantescos.

—A lo mejor no tienen intención de surcar los siete mares —apuntó Loren—. A lo mejor los construyeron simplemente para refugiarse del supuesto cataclismo.

—Por fantástico que parezca —dijo Pitt, tratando de aceptar la increíble idea—, creo que te acercas a la verdad. Los Wolf deben de haberse gastado miles de millones apostando por el fin del mundo.

Se quedó en silencio y Loren vio que estaba ensimismado en sus pensamientos, de modo que se levantó y se dirigió al lavabo de señoras, dándole tiempo para que asimilara las posibilidades que se le agolpaban en la cabeza. Aunque le resultaba difícil de aceptar, Pitt empezaba a ver por qué las últimas generaciones de la familia Wolf habían sido diseñadas genéticamente.

Hacía ya mucho tiempo que los viejos nazis huidos de Alemania habían desaparecido, pero habían dejado en su lugar una familia de superhombres que podían ser suficientemente fuertes para sobrevivir al cataclismo que se avecinaba y luego asumir el control de lo que quedase del mundo civilizado y reconstruirlo para convertirlo en uno nuevo, controlado y dirigido bajo sus inflexibles convicciones de superioridad.

Las paredes de granito gris del desfiladero se erguían como sombras gigantescas antes de ser engullidas por el cielo nocturno. Debajo, el hielo azul blanquecino del glacial relucía y reflejaba el brillo de la luna en cuarto menguante. La cima nevada de Cerro Murallón, de 3596 metros de altura, se alzaba por encima de las laderas occidentales de los Andes meridionales, iluminada por las estrellas y despejada de nubes, antes de caer en picado y sumergirse en el mar, mientras sus simas se llenaban de antiguos glaciares de un pasado remoto. Era una noche clara y limpia, con el cielo luminoso. El brillo de la Vía Láctea reveló la presencia de un pequeño vehículo que recorría a toda velocidad las paredes amenazadoras del desfiladero como un murciélago explorando el cañón de un desierto en busca de comida.

Era otoño en el hemisferio sur y la nieve ya había formado una ligera capa en las laderas más altas. Las coníferas de gran altura poblaban las pendientes escarpadas antes de detenerse en el límite de la vegetación arbórea, donde las rocas desnudas tomaban el relevo y se multiplicaban hasta alcanzar los picos irregulares de las montañas. No se veía ningún vestigio de luz artificial en ninguna dirección. Pitt se imaginó que la misma escena a la luz del día sería de una belleza espectacular, pero a las diez de la noche los abruptos acantilados y los peñascos adquirían un aire sombrío y amenazador.

El tamaño del Moller M400 Skycar era solo un poco más grande que el de un jeep Cherokee, pero en el aire era tan estable como un avión mucho más grande y tenía la ventaja de poder ser pilotado por las calles de una ciudad y aparcado en un garaje convencional. El diseño aerodinámico, caracterizado por un morro cónico e inclinado, le confería un aspecto a medio camino entre un coche futurista de General Motors y una nave de combate de *La guerra de las galaxias*. Las cuatro barquillas móviles contenían cada una dos motores contrarrotativos que permitían al Moller elevarse en el aire como un helicóptero y desplazarse horizontalmente como un avión convencional a una velocidad de crucero de 480 kilómetros por hora, con un techo operativo de noventa metros. Aun con la pérdida de uno o dos motores, podía aterrizar sin causar molestias a los pasajeros y ante la eventualidad de un fallo súbito de cualquiera de sus componentes, los paracaídas dobles permitían llevar al Skycar y sus ocupantes hasta el suelo sanos y salvos.

Los sensores y los sistemas de seguridad servían de protección contra cualquier fallo en los mecanismos o los ordenadores de vuelo. Los cuatro ordenadores del vehículo realizaban un seguimiento continuo de todos los sistemas, y mantenían un control automático sobre una ruta de vuelo preprogramada dirigido mediante satélites GPS que lo guiaban por encima de ríos y montañas y a través de valles y cañones. El eficaz sistema de guía eliminaba la necesidad de que lo condujese un piloto.

La vista que Pitt tenía del paisaje que rodeaba la cabina era limitada; rara vez se molestaba en mirar por la cubierta transparente. No sentía ningún interés por ver la sombra del avión a la tenue luz de la luna, agitándose sobre las rocas irregulares, revoloteando sobre las copas de los árboles y elevándose de repente frente a las bruscas elevaciones antes de que éstas se hiciesen visibles, pero, sobre todo, le traía sin cuidado ver cómo el avión y su sombra casi se fundían. Podía seguir la ruta de vuelo a través de la visualización topográfica de realidad virtual mientras el equipo de navegación automática pilotaba el Skycar hasta su destino programado. Las turbulencias desaparecían bajo la rápida reacción automática de las paletas que había bajo los motores dirigidas por un sistema de estabilización automática.

A Pitt le resultaba desconcertante tener que permanecer sentado de brazos cruzados mientras la aeronave sobrevolaba y atravesaba las montañas en plena noche sin la menor ayuda de un cerebro o manos humanas. No tenía otra elección que confiar en el sistema de guía del ordenador y dejar que hiciese el trabajo. Si a Giordino, que iba sentado a su lado, le preocupaba que el ordenador no lograra evitar una colisión con la ladera de una montaña, no había indicios de semejante preocupación en su rostro: se limitaba a leer tranquilamente una novela de aventuras bajo una de las luces de la cabina mientras Pitt centraba su atención en una carta de navegación que mostraba las profundidades submarinas del fiordo que conducía al astillero de los Wolf.

No era intención de Pitt ni de Giordino sobrevolar a una altura de seguridad por encima de los picos más altos: aquélla era una misión clandestina. Los potentes y eficaces propulsores rotativos los estaban llevando a su destino muy lejos del alcance de cualquier radar o láser.

Ambos hombres estaban sudando enfundados en trajes secos DUI de la serie CF200, colocados encima de la ropa interior termoaislante, pero ninguno de los dos se quejaba. Vistiéndose para la inmersión en agua helada antes del vuelo, ahorraban tiempo después del aterrizaje.

Pitt introdujo los dígitos de un código y leyó los números del recuadro.

—Trescientos cuarenta kilómetros desde que despegamos del barco en Punta Entrada, a las afueras de Santa Cruz.

—¿Cuánto falta todavía? —preguntó Giordino sin levantar la vista de la novela.

—En menos de quince minutos deberíamos estar en las colinas que dominan el astillero de los Wolf. —El punto exacto para el aterrizaje había sido programado en el ordenador a partir de una fotografía tomada desde un satélite espía.

—El tiempo justo para pulirme otro capítulo.

—¿Qué hay en ese libro que no puedes despegar la vista de él?

—Acabo de llegar al momento en que el héroe llega a tiempo de rescatar a la preciosa heroína, quien está a punto de ser violada por unos malvados terroristas.

—Ya he leído esa trama antes —repuso Pitt en tono cansino. Volvió a concentrar la mirada en la visualización de realidad virtual que mostraba el terreno que tenían por delante con gran detalle a través de un potente dispositivo de visión nocturna instalado en el morro del M400. Era como viajar en el interior de una máquina del millón: el paisaje montañoso se aproximaba y luego desaparecía a sus espaldas como un rayo. En un recuadro de la esquina aparecía la velocidad, la altitud, el nivel de combustible y la distancia hasta su destino en números digitales de color naranja y rojo. Pitt recordó haber utilizado un sistema similar en la aeronave que habían utilizado en su búsqueda del barco secuestrado por encima de los fiordos chilenos, a menos de 160 kilómetros al sur de su posición en aquellos momentos.

Pitt miró por la burbuja de la cubierta transparente al glaciar que tenían debajo y lanzó un suspiro de alivio al comprobar que ya habían dejado atrás la peor parte de las montañas. La luz de la luna se reflejaba en un glaciar liso con grietas irregulares que arañaban su superficie cada kilómetro más o menos. El hielo se extendía cada vez más a medida que se acercaba a su lugar de encuentro con el fiordo antes de derretirse y vaciarse en el mar.

Habían pasado ya la peor parte de las montañas cuando Pitt divisó unas luces en el horizonte, más allá del glaciar. Sabía que no podían ser estrellas porque estaban demasiado juntas y brillaban a una altitud demasiado baja. También sabía que a causa de lo límpido de la atmósfera, esas luces estaban mucho más lejos de lo que parecía. Entonces, poco a poco, empezó a advertir otros grupos de luces que contrastaban con un fondo negro azabache. Al cabo de cinco minutos descubrieron que habían llegado a su destino, sin posibilidad de error, ante las luces de cuatro barcos monstruosos que brillaban como pequeñas ciudades en la noche.

—Objetivo a la vista —anunció con tono inexpresivo.

—¡Mierda! —exclamó Giordino—. Justo cuando estaba llegando al punto culminante de la historia.

—Tranquilo, todavía tienes diez minutos para terminarla. Además, yo ya sé cómo acaba.

Giordino levantó la vista para mirarle.

—¿Ah, sí?

Pitt asintió con gesto grave.

—El asesino es el mayordomo.

Giordino esbozó una expresión amenazadora digna de Fumanchú y reanudó la lectura del libro.

El Moller M400 no se dirigió directamente a las luces del astillero y los enormes barcos atracados en el fiordo, sino que, como si tuviera un cerebro propio —de hecho, así era—, viró tomando una ruta hacia el suroeste. Pitt no pudo hacer otra cosa que contemplar el fulgor de las luces que se alzaban a la izquierda del aparato.

—He terminado. —Giordino lanzó un suspiro—. Y si por casualidad estás interesado, no era el mayordomo quien había matado a diez mil personas, sino un científico loco. —Miró por la cubierta transparente hacia los millares de luces—. ¿No nos detectarán con sus sistemas de control?

—Las probabilidades son muy escasas; el Moller M400 es tan pequeño que resulta invisible para todo el mundo menos para los radares militares más sensibles.

—Espero que tengas razón —dijo Giordino, desprecizándose—. Soy muy tímido cuando se trata de comités de bienvenida.

Pitt apuntó con su lápiz-linterna a un lugar de su carta de navegación.

—En este punto el ordenador nos ofrece la opción de nadar bajo el agua durante tres kilómetros o caminar seis kilómetros por un glaciar para llegar hasta el astillero.

—Atravesar un glaciar andando en la oscuridad no suena demasiado sugerente —contestó Giordino—. ¿Y si el pequeñín de la señora Giordino se cae por una grieta y no lo encuentran hasta dentro de diez mil años?

—La verdad, me cuesta imaginarte en la vitrina de la exposición de un museo, bajo la atenta mirada de miles de visitantes.

—Pues no sé qué tiene de malo ser una atracción venida del pasado... —repuso Giordino con aire pomposo.

—¿Se te ha ocurrido pensar que seguramente estarías desnudo en esa vitrina? Dudo mucho que pudieras ser un buen ejemplo del modelo de hombre del siglo XXI.

—Pues te comunico que no tengo nada que envidiarles a muchos de los cachas que circulan por ahí.

La conversación se interrumpió en cuanto el Moller empezó a perder velocidad y altitud. Pitt decidió realizar la aproximación al astillero por la vía acuática y programó el ordenador para que aterrizase en un lugar cerca de la costa señalado por los analistas de las fotografías por satélite de la CIA. Al cabo de unos minutos, los sistemas de paletas en cascada de los motores del M400 modificaron la propulsión de los conductos y el aparato se detuvo por completo antes de quedar suspendido en el aire, preparándose para posarse sobre el suelo. Lo único que Pitt veía en la oscuridad era que se encontraban a una decena de metros de una estrecha quebrada. A continuación el Moller descendió y rozó el suelo rocoso. Al cabo de unos segundos, los motores se detuvieron y los sistemas se apagaron. La lectura del navegador señalaba que había aterrizado solo a diez centímetros de distancia del lugar previsto.

—Nunca me he sentido tan inútil en mi vida —dijo Pitt.

—La verdad es que le hace sentir a uno que está de más —añadió Giordino antes de mirar por primera vez a través de la cubierta transparente—. ¿Dónde estamos?

—En una quebrada a unos cincuenta metros del fiordo.

Pitt desbloqueó la cubierta, la levantó y salió del vehículo volador de un salto para caer en el suelo duro. No era una noche silenciosa; el agua traía hasta ellos los

ruidos de la maquinaria del astillero, que trabajaba ininterrumpidamente. Abrió la parte trasera y la sección de almacenaje y empezó a pasarle el equipo de submarinismo a Giordino, quien dispuso las botellas de oxígeno, los compensadores de flotabilidad, los plomos, las aletas y las máscaras en hileras paralelas. Ambos se colocaron el calzado y las capuchas y luego los compensadores, y acto seguido se colgaron las bibotellas a la espalda, ayudándose el uno al otro. Los dos llevaban mochilas que contenían pistolas, linternas y, en el caso de Pitt, su fiel teléfono Globalstar. Los últimos artículos que extrajeron del M400 fueron dos vehículos de propulsión subacuática Torpedo 2000, accionados por dos baterías gemelas y montados en paralelo, que parecían dos cohetes en miniatura. Su velocidad máxima debajo del agua era de siete kilómetros por hora, con un tiempo de funcionamiento de una hora.

Pitt se sujetó un pequeño ordenador direccional, similar al que había empleado en la mina El Paraíso, en el brazo izquierdo y lo ajustó para que se alinease con los satélites GPS. A continuación introdujo un código que traducía los datos en un monitor minúsculo que mostraba su posición exacta en relación con el astillero y el canal del fiordo que llevaba hasta él.

Giordino se colocó un visor de imagen espectral bajo la máscara de buceo y, al encenderlo, el paisaje se materializó de repente ante sus ojos, ligeramente borroso pero lo bastante nítido para ver los guijarros del suelo de un centímetro de diámetro. Se volvió hacia Pitt.

—¿Nos vamos?

Pitt asintió con la cabeza.

—Puesto que puedes ver el camino en tierra, ve tú delante y yo te relevaré cuando lleguemos al agua.

Giordino se limitó a asentir sin decir nada. Hasta que lograsen atravesar las defensas de seguridad que rodeaban el barco, no había absolutamente nada que decir. A Pitt no le hacía falta tener telepatía para saber qué le estaba pasando a Giordino por la cabeza: estaba reviviendo la misma escena que Pitt.

Ambos estaban a 9600 kilómetros de distancia, veinticuatro horas antes, en el despacho del almirante Sandecker en el cuartel general de la NUMA, tratando de desentrañar los enigmas de un plan que parecía concebido por un ejército de locos.

—Se han cometido algunos errores —dijo el almirante con aire solemne—. La doctora O'Connell ha desaparecido.

—Creía que estaba bajo la vigilancia de los agentes de seguridad las veinticuatro horas del día —señaló Pitt, disgustado con Ken Helm.

—Lo único que sabemos en este momento es que salió con su hija a comprar un helado. Mientras los guardias esperaban en el coche fuera de la tienda, la doctora O'Connell y su hija entraron y no volvieron a salir. Me resulta imposible creer que

los secuestradores pudiesen estar al corriente de que la doctora querría salir a comprar helado precisamente en esa tienda.

—Querrá decir los Wolf. —Pitt dio un puñetazo en la mesa—. ¿Por qué siempre subestimamos a esa gente?

—Creo que te va a hacer menos gracia todavía oír el resto —añadió Sandecker.

Pitt lo miró, con el rostro ensombrecido por la exasperación.

—A ver si lo adivino: Elsie Wolf ha desaparecido de la clínica, además del cuerpo de su prima Heidi.

Sandecker quitó una mota imaginaria de la superficie de la mesa de reuniones.

—Créame, tiene que ser obra de un verdadero mago —intervino el agente del FBI, Ken Helm—. La clínica cuenta con lo último en sistemas de seguridad y vigilancia.

—¿Y vuestras cámaras de vigilancia no captaron el momento de la huida? —preguntó Pitt con irritación—. Evidentemente, Elsie no salió por la puerta principal de la clínica con el cadáver de su prima a cuestas.

Helm ladeó la cabeza.

—Las cámaras estaban en funcionamiento y los monitores vigilaban las veinticuatro horas del día. Lamento, es más, me horroriza decir que no ha quedado registrado el menor rastro de la fuga.

—Esa gente debe de tener la habilidad de deslizarse a través de la pared —dijo Giordino, que se había sentado en el extremo opuesto a Sandecker—, o han inventado la *píldora para hacerse invisibles*.

—Ninguna de las dos cosas —repuso Pitt—: son más astutos que nosotros.

—La única información que tenemos por el momento, y en un cincuenta por ciento se trata de simple especulación —admitió Helm—, es que un jet privado de la Destiny Enterprises despegó de un aeropuerto de Baltimore con rumbo al sur hacia...

—Argentina —terminó Pitt.

—¿Adónde si no iban a llevarla? —añadió Giordino—. No tendría sentido que la escondieran en Estados Unidos, donde ejercen muy poca o ninguna influencia sobre las agencias gubernamentales.

Ron Little, de la CIA, carraspeó.

—La cuestión es por qué. Al principio nos inclinábamos a creer que querían eliminar al señor Pitt, al señor Giordino y a la doctora O'Connell a causa de los descubrimientos de la cámara de Colorado y sus inscripciones, pero ahora hay demasiadas personas al corriente de los mensajes que dejaron los pueblos del pasado, de modo que el esfuerzo por mantenerlos en secreto resulta inútil.

—La única respuesta que parece evidente es que necesitan a la doctora O'Connell por sus conocimientos —sugirió Helm.

—Cuando le pregunté a Elsie Wolf cuántas cámaras habían construido los

amenos, me aseguró que seis —explicó Pitt—. Nosotros encontramos dos y ellos habían encontrado una; del resto, dos fueron destruidas por catástrofes naturales y solo hay una que nadie ha descubierto todavía, al parecer en algún lugar de los Andes chilenos, pero las indicaciones eran muy vagas. Apuesto a que a pesar de todos los expertos que trabajan en su departamento informático, no lograron descifrar el código que daba las instrucciones para localizar la última cámara que queda por descubrir.

—Y por eso secuestraron a O’Connell, confiando en que ella sabrá descifrar el código —dijo Sandecker.

—Tiene sentido —añadió Helm.

Giordino se inclinó hacia delante.

—A pesar de que hace muy poco que conozco a Pat, tengo mis dudas de que acepte cooperar con ellos.

Little sonrió.

—También tienen en su poder a la hija de catorce años de O’Connell. Lo único que tienen que hacer los Wolf es amenazarla.

—Hablará —sentenció Helm en tono grave—. No tiene otra opción.

—Así que vamos y la sacamos de ahí, ¿no es eso? —dijo Pitt.

Little lo miró con reserva.

—No sabemos dónde está retenida exactamente.

—En su astillero de Chile. Los Wolf están tan paranoicos con la llegada del fin del mundo que apostarían todo a que la familia se ha reunido en los barcos para prepararse para la catástrofe.

—Puedo proporcionarte fotografías por satélite del astillero —ofreció Little—, pero debes saber que nuestros analistas creen que sus sistemas de seguridad vuelven inaccesible el acercamiento a los barcos por tierra, mar o aire.

—Entonces recurriremos a la vía submarina.

—Lo más probable es que también tengan sensores subacuáticos.

—Ya encontraremos una solución a eso.

—No puedo dar mi consentimiento —intervino Sandecker con calma—. Es una misión demasiado peligrosa para la NUMA, éste es un trabajo para las Fuerzas Especiales o para un equipo de SEAL de la marina.

—Encontrar y liberar a Pat O’Connell solo es una parte de nuestro plan —explicó Pitt—. No hay nadie mejor cualificado que Al y yo para investigar el fabuloso proyecto de construcción naval de Destiny Enterprises. Hace menos de un año, realizamos una búsqueda submarina bajo el casco de un antiguo buque de pasajeros, el *United States*, a bordo de un sumergible en un astillero de Hong Kong. En este caso, tiene que haber una lógica detrás de la locura que supone que la familia Wolf se haya gastado miles de millones de dólares en construir unos barcos que no pueden salir al mar.

—El FBI no puede ayudaros en esta misión —les informó Helm—: está a medio mundo de distancia de nuestra jurisdicción.

Little unió y separó las manos con nerviosismo.

—Aparte de facilitar información, me temo que en mi agencia tenemos las manos atadas. El Departamento de Estado se negaría en redondo a cualquier tipo de intervención por parte de la CIA.

Pitt miró a Sandecker y esbozó una sonrisa tensa.

—Parece que somos los elegidos.

Sandecker no le devolvió la sonrisa.

—¿Estáis seguros de que es absolutamente necesario y urgente que os infiltréis en la operación de los Wolf?

—Sí —contestó Pitt, categórico—. Y también creo, aunque no sé decirle por qué, que hay un objetivo mucho más siniestro detrás de su plan, un objetivo de consecuencias terribles.

La estrecha quebrada serpenteaba a lo largo de cien metros antes de abrirse a las aguas del fiordo. La costa occidental ascendía en pendiente hasta llegar a una península con el extraño nombre de Exmouth. La costa oriental estaba dividida por canales abiertos por el retroceso de los glaciares. Las brillantes luces del astillero de los Wolf y de las cuatro ciudades flotantes se reflejaban al otro lado del agua en el extremo norte del fiordo.

Giordino se detuvo e indicó a Pitt que se quedase en las sombras de un peñasco. Dos lanchas patrulleras navegando en paralelo por los lados opuestos del canal se deslizaron por el agua negra, barriendo la superficie y la costa con sus reflectores. Giordino las examinó con sus sensores de imagen espectral, que convertían la oscuridad en una tenue luz diurna.

—Tú eres el experto en lanchas motoras —dijo Pitt—. ¿Puedes identificarlas?

—Son lanchas de once metros sesenta, de Dvichak Industries —respondió Giordino con naturalidad—. Suelen utilizarse como barcas de señalización de las mareas negras, pero en este caso las han artillado. Se trata de una buena embarcación, resistente y fiable. No es muy rápida, alcanza unos dieciocho nudos como máximo, pero el motor de trescientos caballos le da potencia suficiente para empujar y remolcar barcos de mayor tamaño. Su uso como lanchas patrulleras es nuevo para mí.

—¿Qué clase de armas llevan?

—Un par de ametralladoras de gran calibre, a popa y proa —respondió Giordino—. Es *lo único* que veo desde aquí.

—¿Velocidad?

—Me parece que cuatro nudos; se lo toman con calma para avistar posibles intrusos.

—Lo bastante despacio para que nuestros Torpedo 2000 puedan seguir el ritmo

—reflexionó Pitt.

—¿Se puede saber qué idea diabólica se te está ocurriendo?

—Esperaremos bajo el agua hasta que den la vuelta y empiecen a retroceder de nuevo hacia el barco. Entonces, cuando la lancha nos pase por encima, la seguiremos. La estela de la hélice encubrirá nuestra presencia ante los sensores submarinos de seguridad.

—Una idea estupenda.

Mientras las lanchas continuaban su vigilancia en dirección sur, Pitt y Giordino comprobaron el estado de su equipo por última vez antes de colocarse las capuchas del traje estanco y los guantes de neopreno, de seis milímetros de espesor. A continuación desplegaron las aletas de buceo y se pusieron las máscaras integrales, que llevaban incorporadas un sistema de comunicación Aquacom. Por último, cada uno sujetó un delgado hilo umbilical a su cinturón, hilo que iba de un hombre al otro para evitar que se separaran y se perdieran de vista en las negras profundidades.

Después de purgar el aire de su traje estanco, Giordino levantó el pulgar para indicar que estaba listo. Pitt le correspondió y entró en el agua. El fondo era rocoso y resbaladizo, con vegetación viscosa. Por el peso del equipo, tuvieron que caminar con cuidado para mantener el equilibrio hasta que el nivel del agua les llegó a la cintura y pudieron arrojarse hacia delante y nadar justo debajo de la superficie. El fondo del mar desapareció rápidamente y Pitt descendió hasta los tres metros de profundidad, donde se detuvo y expulsó el último vestigio de aire de su traje. Respiraba superficialmente, y fue adquiriendo velocidad en su descenso hasta que la presión del agua comprimió el traje y él añadió una pequeña cantidad de aire para mantener neutra la flotabilidad y así quedarse suspendido en el agua sin moverse.

Una vez a cincuenta metros de la orilla, emergió a la superficie y miró en dirección sur: las lanchas habían llegado al fin de su recorrido y estaban dando la vuelta para regresar.

—Nuestra escolta está a punto de llegar —anunció por el micrófono—. Espero que tengas razón y de verdad avancen a cuatro nudos, porque ésa es la velocidad máxima de nuestros vehículos de propulsión.

La cabeza de Giordino surgió de entre las aguas negras, a su lado.

—Creo que lograremos mantener su velocidad, aunque sea por los pelos. Esperemos que no tengan cámaras submarinas de infrarrojos.

—El fiordo tiene al menos ochocientos metros de anchura, un área demasiado extensa para cubrirlo con cámaras. —Pitt se volvió y observó las luces del norte—. Tienen tres turnos trabajando las veinticuatro horas del día; los Wolf deben de gastarse una fortuna en los sueldos de sus vigilantes.

—¿Qué te apuestas a que han prohibido los sindicatos de trabajadores?

—¿Cuánto calculas que es el calado de la lancha?

—Menos de sesenta centímetros, pero lo que me preocupa es la hélice. Seguramente mide cerca de un metro de diámetro.

Observaron cómo se acercaba la lancha de su lado del fiordo. Después de calcular su rumbo, nadaron otros diez metros y luego descendieron a cuatro metros y medio, antes de que los reflectores iluminasen sus cabezas. Bajo el agua, el ruido del motor y la hélice era cuatro veces más estridente que en la superficie. Colocándose de espaldas, ambos permanecieron a la espera. Observaron la superficie desde abajo, viendo cómo los reflectores se acercaban bailando por encima del agua helada.

En ese momento, el oscuro casco de la lancha les pasó por encima, impulsado por una enorme hélice y dejando tras de sí un caos de espuma y burbujas enloquecidas. Casi al instante, Pitt y Giordino apretaron los encendidos magnéticos del vehículo de propulsión, agarraron los mangos y se fundieron con la estela espumeante de la lancha.

A una velocidad de cuatro nudos, la estela de la hélice no era tan intensa como lo habría sido si la lancha hubiese avanzado a su velocidad máxima de dieciocho nudos, por lo que ambos hombres lograron mantener sin problemas un rumbo bastante estable detrás de la lancha. Su problema más acuciante era que les resultaba casi imposible ver hacia dónde se dirigían. Por suerte, Pitt divisó una potente luz de proa entre el agua borrosa y mantuvo la vista fija en ella, aferrándose a los mangos del vehículo de propulsión para mantener un rumbo constante en el agua turbulenta.

Siguieron la lancha durante más de tres kilómetros, a una profundidad de unos dos metros bajo las frías aguas del fiordo, forzando al límite su vehículo de propulsión. Las baterías se estaban gastando rápidamente y Pitt solo pensaba en que quedase energía suficiente para el viaje de vuelta. Su único consuelo era que él y Giordino no serían visibles fácilmente tan cerca de la superficie bajo las potentes luces del astillero. No obstante, a pesar de que iban protegidos por la estela y de que sus trajes les servían de camuflaje, fundiéndolos con la negrura de las profundidades heladas, un tripulante de mirada aguda podría avistar algo sospechoso. Sin embargo, no se produjo ningún incidente. Pitt había previsto acertadamente que la tripulación tendría la vista fija al frente, en el barrido de los reflectores.

—¿Me recibes? —preguntó Pitt por el micrófono de su máscara integral.

—Alto y claro.

—El monitor indica que hemos cubierto más de tres kilómetros. En cualquier momento, la lancha debería empezar a virar para dar su próxima batida del fiordo. En cuanto sintamos que gira hacia la derecha o la izquierda, descenderemos unos minutos hasta un nivel seguro de profundidad antes de emerger a la superficie para orientarnos con la vista.

—Te seguiré —dijo Giordino con toda tranquilidad, como si estuviese esperando el autobús en una parada.

En menos de tres minutos, la lancha inició un amplio giro de 180 grados. Pitt y Giordino se sumergieron hasta los seis metros y permanecieron suspendidos en el agua hasta que la luz del reflector se difuminó a lo lejos y dejó de ser visible bajo el agua. Poco a poco, con suma cautela, movieron las aletas para ascender, sin saber exactamente en qué lugar del astillero emergerían.

Tras asomar la cabeza a la superficie, ambos escrutaron el agua que los rodeaba. Se hallaban a menos de cien metros del primero de cuatro muelles enormes que se extendían a lo largo del fiordo durante casi dos kilómetros. Una colosal ciudad flotante estaba atracada en el muelle más cercano, mientras que los tres barcos restantes estaban amarrados a otros muelles. Con sus luces brillando bajo el cielo nocturno, ofrecían un panorama espectacular. A los ojos de Pitt y Giordino, que los contemplaban desde el agua, sus dimensiones eran descomunales: no podían concebir que semejante mole no solo flotase sino que además pudiese surcar los mares.

—¿Será real? —exclamó Giordino, boquiabierto.

—«Formidable» me resulta un término más adecuado —respondió Pitt con un hilo de voz.

—¿Por dónde empezamos?

—Olvídate de los barcos por ahora. Tenemos que encontrar un lugar donde quitarnos los trajes antes de buscar las oficinas de los astilleros.

—¿Crees que tienen a Pat ahí?

—No lo sé, pero es un sitio por donde empezar tan bueno como cualquier otro.

—Podemos avanzar por debajo del muelle hasta encontrar las rocas de la costa —dijo Giordino al tiempo que levantaba la mano señalando el agua entre los enormes pilares del muelle—. A la derecha veo unos cobertizos sin luz. Con un poco de suerte, podremos entrar y ponernos la ropa de trabajo.

La ropa de trabajo consistía en unos monos de color naranja, similares a los uniformes de los presos estadounidenses, que habían sido confeccionados a medida a partir de unas fotos ampliadas y digitalizadas de los trabajadores del astillero. Las fotos habían sido tomadas desde un satélite espía y entregadas al almirante Sandecker, además de varios mapas detallados del astillero y una identificación de los numerosos edificios.

Tras introducir un programa en su localizador de dirección, Pitt miró el monitor y vio cómo los pilares del muelle se materializaban ante sus ojos como si estuviera en tierra firme y a pleno sol. Se sintió como si estuviese nadando por un pasillo submarino con unas luces brillantes filtrándose desde arriba.

Avanzaron por encima de enormes tubos y conductos eléctricos que iban desde la costa hasta el extremo del muelle. La visibilidad había aumentado hasta más de treinta metros bajo el reflejo de millares de luces tan brillantes que parecían las de Las Vegas.

Pitt siguió avanzando, seguido de Giordino, ligeramente por detrás a su lado, sobre un fondo de rocas lisas. Paulatinamente, el fondo rocoso empezó a subir de altura hasta que los submarinistas tuvieron que avanzar ayudándose con las manos. Tras detenerse y tumbarse en un bajío, vieron unos senderos que empezaban en un pequeño embarcadero de cemento no muy lejos de los pilares del muelle. En contraste con la galaxia de luces del astillero, un solo farol redondo derramaba su tenue brillo sobre el embarcadero, iluminando la fachada de unos edificios pequeños que Pitt había reconocido por las fotos del satélite como cobertizos para herramientas. Solo las paredes laterales quedaban sumidas en las sombras.

—¿Qué te parece? —preguntó Giordino.

—Que está desierto —respondió Pitt—, pero no tenemos forma de saber si hay alguien dentro acechando en la oscuridad.

No había acabado de hablar cuando Giordino, que estaba mirando alrededor a través de su visor de imagen espectral, detectó movimiento en el lateral del cobertizo más cercano. Le apretó el hombro a Pitt cuando un guardia uniformado con un arma automática colgada al hombro salió a la luz y echó un breve vistazo al embarcadero. Los dos compañeros permanecieron inmóviles y medio sumergidos en el agua, ocultos parcialmente por los pilares del muelle.

Tal como Pitt había supuesto, el guardia parecía aburrido, pues ¿quién querría entrar furtivamente en aquel astillero? Ningún ladrón, delincuente o gamberro se habría interesado en unas instalaciones que se hallaban a más de cien kilómetros de la ciudad más próxima, y menos tratándose de edificios situados al otro lado de varios glaciares y la cordillera de los Andes. Enseguida dio media vuelta y volvió a adentrarse en la penumbra que flanqueaba la hilera de cobertizos.

Antes incluso de que el guardia desapareciese en la oscuridad, Pitt y Giordino ya estaban en el embarcadero, con las aletas en la mano, los vehículos de propulsión bajo el brazo y subiendo con paso sigiloso los escalones, alejándose con rapidez del brillo de las luces. La puerta del primer cobertizo no estaba cerrada con llave, de modo que la franquearon con un suspiro de alivio. Pitt la cerró tras de sí.

—Por fin en casa —exclamó Giordino con regocijo.

Pitt encontró una lona de pintor y la colgó en la única ventana, remetiéndolo los bordes en las rendijas. A continuación encendió su linterna y enfocó el interior del cobertizo, que contenía diversos objetos: botes llenos de tornillos y piezas de recambio de latón y cromo; estantes ordenados con material eléctrico como bobinas y balas de cable; armarios repletos de latas de pintura para embarcaciones... Todo ello ordenado con precisión y etiquetado.

—Tengo la impresión de que son unos maniáticos del orden.

—Lo habrán heredado de sus ancestros alemanes.

Rápidamente se quitaron el equipo de buceo y los trajes. Extrajeron los monos

anaranjados de las mochilas y se los pusieron encima de la ropa interior termoaislante. A continuación se quitaron los escaarpines y se calzaron zapatillas de deporte.

—Se me acaba de ocurrir una cosa —anunció Giordino con aire pensativo.

—¿Sí?

—¿Y si los empleados de los Wolf llevan sus nombres o alguna clase de distintivo en los monos que las fotos del satélite no lograron reflejar?

—Eso no es un problema comparado con lo que estoy pensando yo.

—¿Qué puede ser peor?

—Estamos en Sudamérica —señaló Pitt—. Y ninguno de los dos sabe imitar el español de América de manera que resulte convincente.

—Puede que no se me dé muy bien imitar acentos, pero me atrevería a intentarlo.

—Bien, en ese caso, tú te encargarás de hablar y yo haré como si tuviese problemas de oído.

Mientras Giordino examinaba el mapa fotográfico del astillero, tratando de trazar el camino más corto hasta las oficinas, Pitt marcó un número en su teléfono Globalstar.

El ambiente que reinaba en el piso de Sandecker, en el edificio Watergate, estaba impregnado de presagios funestos. El fuego ardía en la chimenea, un fuego cálido y apacible que resultaba reconfortante aun cuando no desprendiese gran calor. Había tres hombres sentados en sofás opuestos a los lados de una mesita de cristal sobre la que descansaba una bandeja con tazas de café y una cafetera medio vacía. El almirante Sandecker y Ron Little, inmóviles, miraban fascinados a un hombre mayor, de unos ochenta y cinco años, con el pelo completamente blanco, quien les estaba relatando una historia que jamás había contado a nadie.

El almirante Christian Hozafel era un antiguo oficial de alto rango de la Kriegsmarine alemana, condecorado con numerosas medallas durante la Segunda Guerra Mundial. Había servido como comandante a bordo de submarinos alemanes desde junio de 1942 hasta julio de 1945, cuando había entregado oficialmente su nave en Veracruz, México. Después de la guerra, Hozafel había adquirido del gobierno estadounidense un barco Liberty, según las normas del plan Marshall, y en los cuarenta años sucesivos había forjado una empresa de navegación comercial de gran éxito, hasta vender su cuota de participación para retirarse cuando la flota de Hozafel Marine contaba con 37 barcos. Se había convertido en ciudadano estadounidense y vivía en Seattle, en el estado de Washington, en una enorme finca en la isla de Whidbey, donde conservaba un bergantín de sesenta metros de eslora con el que él y su esposa navegaban por todo el mundo.

—Lo que está diciendo —repuso Little— es que los rusos no encontraron los restos carbonizados del cuerpo de Hitler en el exterior de su búnker de Berlín.

—No —dijo Hozafel con resolución—. No hubo restos carbonizados. Los cuerpos de Adolf Hitler y Eva Braun ardieron durante cinco horas; se utilizaron varios litros de gasolina procedentes de los vehículos destrozados que rodeaban la Cancillería del Reich para rociar los cuerpos, tendidos en un cráter que un obús soviético había excavado en los alrededores del búnker. Dejaron que el fuego siguiese ardiendo hasta que solo quedaron cenizas y fragmentos diminutos de huesos. Unos oficiales de las SS depositaron entonces las cenizas y los huesos en una urna de bronce. No quedó nada. Cada pavesa de ceniza y cada pedazo de hueso fue recogido cuidadosamente y colocado en la urna. Luego, los oficiales de las SS ordenaron depositar en el cráter los cuerpos irreconocibles de un hombre y una mujer muertos durante un ataque aéreo, y fueron enterrados junto a la perra de Hitler, *Blondi*, a la que habían obligado a ingerir las cápsulas de cianuro que luego emplearon Hitler y Eva Braun.

Sandecker tenía la mirada fija en Hozafel.

—Y esos fueron los cuerpos que encontraron los rusos —dijo Sandecker.

El ex comandante asintió con la cabeza.

—Más tarde aseguraron que los moldes dentales establecían con certeza las identidades de Hitler y Braun, pero sabían que estaban mintiendo. Durante cincuenta años, los rusos mantuvieron en secreto la mentira, pero Stalin y otros oficiales soviéticos de alto rango creían que Hitler había huido a España o Argentina.

—¿Qué pasó con las cenizas? —inquirió Little.

—Un aeroplano ligero aterrizó cerca del búnker entre las llamas y el fuego de los obuses soviéticos mientras los rusos cercaban el centro de la ciudad. En cuanto el piloto hubo completado la maniobra para virar el aeroplano y colocarse en posición de despegue, los oficiales de las SS depositaron la urna de bronce en el compartimiento de carga. Sin mediar palabra, el piloto arrancó y el avión desapareció rápidamente en la cortina de humo que había sobre la ciudad. El piloto aterrizó en Dinamarca para repostar y luego sobrevoló el mar del Norte hasta Bergen, Noruega. Allí entregó la urna de bronce al comandante Edmund Mauer, quien a su vez la transportó a bordo del U-621. Se cargaron numerosas urnas y cajas que contenían reliquias y otras piezas valiosas del partido nazi, como la Sagrada Lanza y la Bandera de Sangre sagrada, así como otros tesoros artísticos pertenecientes al Tercer Reich, a bordo de otro submarino, el U-2015, al mando del comandante Rudolph Harger.

—Todo esto formaba parte del plan concebido por Martin Bormann y recibió el nombre clave de Nuevo Destino —explicó Sandecker.

Hozafel lo miró con respeto.

—Está usted muy bien informado, señor.

—La Sagrada Lanza y la Bandera de Sangre —repitió Sandecker—. ¿Estaban incluidas en la carga del U-2015?

—¿Está familiarizado con la Lanza? —inquirió Hozafel.

—Estudié y escribí un trabajo sobre la Lanza cuando estudiaba en Anápolis —respondió Sandecker—. Las leyendas recogidas en la Biblia aseguran que un herrero llamado Tubal Caín, descendiente directo de Caín, el hijo de Adán, forjó la Lanza con el hierro hallado en un meteorito que había sido enviado por Dios. Esto ocurría alrededor del año 3000 a.C. La Sagrada Lanza pasó de Tubal Caín a Saúl, y a David y Salomón y otros reyes de Judea. Al final llegó a las manos del conquistador romano Julio César, quien la utilizó en las batallas contra sus enemigos. Antes de ser asesinado, se la entregó a un centurión que le había salvado la vida durante la guerra con los galos. El hijo del centurión se la pasó a su hijo, y éste al suyo, que también servía como centurión en las legiones romanas. Fue él quien, en lo alto del Calvario, presencié la crucifixión de Cristo. La ley vigente exigía que todos los criminales fuesen declarados muertos antes de la puesta de sol para que no pudieran deshonorar el *sabbath*. A los ladrones de las cruces que flanqueaban a Jesús les rompieron las piernas para acelerar su muerte, pero cuando se acercaron a Jesús, vieron que ya estaba muerto. El centurión, por motivos que se llevó consigo a la tumba, atravesó el costado de Jesús con su lanza y provocó un inexplicable reguero de agua y sangre. Cuando la sangre santa empezó a manar a borbotones, la lanza manchada se convirtió al instante en la reliquia más sagrada de la cristiandad, junto con la Santa Cruz y el Santo Grial.

»La Sagrada Lanza, como se la viene llamando desde entonces, llegó a manos del emperador Carlomagno y fue heredada por cada uno de los emperadores del Sacro Imperio Romano a lo largo de los mil años siguientes antes de acabar en manos de la casa de Habsburgo y expuesta en el palacio real de Viena.

—Supongo que también conoce la leyenda del poder que se le atribuye a la lanza y que indujo a Hitler a poseerla —dijo Hozafel.

—«Aquél que posea esta Sagrada Lanza y comprenda el poder que esta ofrece, tendrá en sus manos el destino del mundo en el bien y en el mal» —citó Sandecker—. Por eso Hitler robó la lanza de Austria y la conservó hasta el día de su muerte. Supuso que le otorgaría el dominio del mundo. Sería interesante saber si Hitler habría intentado igualmente hacerse con el dominio absoluto de no haber oído hablar de la Lanza. Su último deseo fue que no cayera nunca en manos de sus enemigos.

—Ha mencionado una Bandera de Sangre —dijo Little—. Esa reliquia tampoco me resulta familiar.

—En 1923 —explicó Hozafel—, Hitler intentó llevar a cabo un golpe de Estado contra el gobierno alemán en Munich. Fue un desastre: el ejército abrió fuego contra la multitud y murieron varias personas. Hitler escapó pero más tarde fue juzgado y condenado a la cárcel, donde pasó nueve meses escribiendo *Mein Kampf*. La tentativa de golpe pasó a conocerse con el nombre del *Putsch* de Múnich. Una de las primeras

banderas nazis con la esvástica había sido transportada por uno de los aspirantes a revolucionarios, quien recibió un disparo y la manchó con su sangre. Naturalmente, se convirtió en el símbolo manchado de sangre de un mártir nazi. Esta misma Bandera de Sangre se utilizó después en las ceremonias para consagrar futuras banderas nazis en los mítines del partido, acercándola a las otras para bendecirlas.

—Y así los tesoros nazis fueron sacados de Alemania de forma clandestina y desaparecieron para siempre —dijo Little con gesto pensativo—. Según los antiguos informes de la CIA, no se ha encontrado ningún rastro de la Lanza ni de los otros tesoros nazis, incluyendo objetos de arte robados y el botín de bancos e instituciones financieras.

—Su submarino era el U-699 —señaló Sandecker.

—Sí, yo era su comandante —admitió Hozafel—. Poco después de que un buen número de influyentes oficiales militares nazis, altos mandos del partido y las cenizas de Hitler fueran cargados a bordo, zarpé de Bergen tras la estela del U-2015. Hasta ahora, la desaparición de Hitler ha sido un misterio. Le cuento esta historia únicamente a petición del señor Little y por la posibilidad, si no lo he entendido mal, de la inminente destrucción del mundo a causa del impacto de un cometa. Si esto es cierto, mi juramento de mantener esta información en secreto carece de sentido en estos momentos.

—No estamos listos todavía para anunciar el fin del mundo —aclaró Sandecker—. Lo que queremos saber es si la familia Wolf de veras está gastando sumas exorbitantes en la construcción de unos barcos colosales con el fanático convencimiento de que un cataclismo destruirá la Tierra y a todas las criaturas que en ella habitan... o si tienen algún otro motivo.

—Una familia interesante, esos Wolf... —dijo Hozafel con aire pensativo—. El coronel Ulrich Wolf era uno de los hombres de mayor confianza de Hitler y se encargaba de hacer cumplir todos sus deseos y órdenes, por irracionales que fuesen. El coronel también era el líder de una pandilla de nazis devotos que formaron un grupo de élite de oficiales de las SS dedicados en cuerpo y alma a la causa. Se hacían llamar los Guardianes. La mayoría de ellos murió en combate los últimos días de la guerra, casi todos excepto el coronel Wolf y otros tres oficiales. Él y toda su familia (su esposa, cuatro hijos y tres hijas, dos hermanos y tres hermanas y sus familias) zarparon a bordo del U-2015. Un viejo camarada marino que sigue con vida me contó que Wolf fue el último de los pocos Guardianes que sobrevivieron y que creó una especie de sociedad secreta llamada Nuevo Destino.

—Es cierto. Operan como una gigantesca multinacional, Destiny Enterprises —informó Sandecker a Hozafel.

El viejo lobo de mar alemán sonrió.

—De modo que cambiaron sus uniformes y su propaganda por el traje y la

corbata y las cuentas de resultados.

—Ya no se hacen llamar nazis, han modernizado su programa electoral —apuntó Little.

—También han creado una raza de seres humanos superiores —añadió Sandecker—. Mediante la ingeniería genética, la nueva generación de los Wolf no solo se parecen unos a otros en su aspecto sino que sus características físicas y anatómicas son idénticas. Tienen cerebros geniales y un extraordinario sistema inmunológico que les permite vivir muchísimos años.

Hozafel se puso tenso y en sus ojos se reflejó una expresión de terror absoluto.

—¿Ha dicho ingeniería genética? Uno de los recipientes que iban a bordo de mi submarino permaneció congelado a todas horas. —Hizo una pausa para inspirar hondo—. Contenía muestras de esperma y de tejido extraídas a Hitler una semana antes de que se suicidase.

Sandecker y Little intercambiaron una mirada tensa.

—¿Cree que es posible que se empleara el esperma de Hitler para procrear futuras generaciones de los Wolf? —preguntó Little.

—No lo sé —contestó Hozafel con nerviosismo—, pero me temo que cabe la posibilidad de que el coronel Wolf, trabajando con ese monstruo de Auschwitz conocido como el Ángel de la Muerte, el doctor Joseph Mengele, hubiese experimentado con el esperma congelado de Hitler para fecundar a las mujeres Wolf.

—Es la cosa más espantosa que he oído en mi vida —murmuró Little.

De pronto, una señal sorda interrumpió la conversación. Sandecker apretó el botón del altavoz del teléfono que tenía encima de la mesita.

—¿Hay alguien en casa? —preguntó la voz de Pitt.

—Sí —respondió Sandecker lacónicamente.

—Aquí Pizza Torre Inclinada. ¿Han llamado para realizar un pedido?

—Sí.

—¿Quiere salami o jamón en la pizza?

—Preferiríamos salami.

—Está entrando en el horno en este momento. Le llamaremos cuando nuestro repartidor se ponga de camino. Gracias por llamar a Pizza Torre Inclinada.

Acto seguido, se cortó la comunicación y una señal de línea se oyó a través del altavoz.

Sandecker se pasó una mano por la cara. Cuando levantó la vista, tenía una expresión sombría.

—Están dentro del astillero.

—Ahora, que Dios los ayude —dijo Little en voz baja.

—No lo entiendo. ¿Era eso alguna especie de código? —preguntó Hozafel.

—Las llamadas por satélite no son inmunes a las interceptaciones, si se cuenta

con el equipo adecuado —explicó Little.

—¿Tiene relación con los Wolf?

—Creo, almirante —Sandecker bajó el tono y respondió despacio—, que ha llegado el momento de que escuche nuestra versión de la historia.

Pitt y Giordino acababan de salir del cobertizo cuando una voz con acento latinoamericano los llamó desde la esquina del edificio.

Giordino respondió con calma e hizo aspavientos con las manos.

El guardia asintió y regresó a su vigilancia de la zona. Pitt y Giordino esperaron un momento y luego salieron al camino que llevaba al corazón del astillero.

—¿Qué te ha dicho el guardia, y qué le has contestado? —le preguntó Pitt.

—Quería un cigarrillo, y le he dicho que no fumamos.

—¿Y no se ha extrañado?

—No.

—Tu acento debe de ser mejor de lo que pensaba. ¿Cómo sabes imitarlo tan bien?

—A fuerza de regatear con los vendedores en la playa en mi hotel en Mazatlán — contestó Giordino con modestia—, y porque cuando iba al instituto, la chica de la limpieza de mi madre me enseñó unas frases coloquiales.

—Seguro que no fue eso lo único que te enseñó.

—Ésa es otra historia —repuso Giordino sin inmutarse.

—De ahora en adelante, será mejor que no hablemos en absoluto cuando nos acerquemos a los trabajadores del astillero.

—Por curiosidad, ¿qué arma has traído contigo?

—Mi viejo y fiel Colt del 45. ¿Por qué lo preguntas?

—Llevas esa antigualla desde que te conozco. ¿Por qué no la cambias por algo más moderno?

—Es como una vieja amiga —contestó Pitt—. Me ha salvado el pellejo tantas veces que no sabría contarlas. —Señaló el bulto que sobresalía del mono de Giordino—. Y tú ¿qué llevas?

—Una de las Para-Ordnance 10+1 que les quitamos a aquellos payasos de la mina El Paraíso.

—Al menos tienes buen gusto.

—Y además me salió gratis —añadió Giordino, sonriendo. A continuación señaló los edificios principales del astillero—. ¿A cuál vamos?

Pitt consultó el ordenador compacto de coordenadas, cuyo monitor mostraba la distribución del astillero. Estudió el camino que se prolongaba adyacente a los muelles por un lado y que limitaba por el otro con unos gigantescos almacenes. Señaló un edificio de veinte pisos que sobresalía entre los almacenes casi dos kilómetros más adelante.

—Al edificio alto de la derecha.

—Nunca había visto un astillero tan grande —comentó Giordino al tiempo que recorría con la mirada el gigantesco complejo—. Supera a cualquier cosa parecida en

Japón o Hong Kong.

Se detuvieron de repente para observar la supernave más cercana, como si fueran un par de paletos de pueblo con la cabeza hacia atrás contemplando unos rascacielos por primera vez. Un jet privado zumbó al acercarse al complejo antes de posarse sobre la pista de aterrizaje de la inmensa nave. El ruido de los motores retumbaba en las laderas de las montañas y regresaba de nuevo. El espectáculo era impresionante: ni siquiera los más sofisticados efectos especiales de Hollywood habrían podido imitar algo semejante.

—Ningún astillero en el mundo tiene capacidad para construir barcos de este tamaño —dijo Pitt sin dejar de contemplar boquiabierto el descomunal barco atracado en el muelle, con un casco que parecía extenderse hasta el infinito. No había ningún edificio en la faz de la Tierra capaz de compararse con el tamaño inconcebible del arca de los Wolf.

Salvo por la enorme proa, la nave no se asemejaba en absoluto a un barco, parecía más bien un moderno rascacielos tumbado. La superestructura estaba recubierta por cristales tintados y reforzados, con la resistencia de la aleación del acero. Se veían varios jardines con árboles al otro lado del cristal, floreciendo en medio de construcciones de roca colocadas en ambientes que recordaban a parques. No había pasillos de borda ni cubiertas exteriores ni balcones. Todas las cubiertas estaban completamente cerradas. Una proa puntiaguda convencional levantaba la superestructura en una pendiente suave hasta la cubierta de desembarco, en lo que Pitt reconoció como una técnica para reducir el impacto apabullante de un maremoto.

Observó la popa con especial interés: a partir de la línea de flotación, se sucedían hacia la popa veinte salientes paralelos semejantes a embarcaderos y que, según sus cálculos, medían sesenta metros de largo, debajo de un techo alto soportado por unas columnas helénicas de al menos veinte metros de altura. Los embarcaderos cumplían la doble función de proteger las hélices de la nave y de servir de atracaderos a auténticas flotas de lanchas motoras, hidrodesslizadores y aerodesslizadores. Unas amplias escaleras y unos ascensores de cristal ascendían desde el extremo delantero de los embarcaderos hacia la superestructura principal. Por asombroso que pudiera parecer, la nave contaba con su propio puerto deportivo, donde podían atracar las barcas e incluso levantarlas del agua cuando el barco estaba en movimiento.

Pitt observó a los miles de trabajadores que poblaban los muelles y las cubiertas. La operación de abastecer y cargar el barco parecía en pleno apogeo: unas grúas gigantescas se desplazaban por raíles por todo el muelle, subiendo cajas de madera hasta las enormes escotillas de carga abiertas en el casco. Parecía increíble que aquellas ciudades flotantes fuesen a navegar por el fiordo hasta alcanzar el mar abierto. Su principal objetivo era soportar los violentos maremotos antes de ser arrastradas hacia aguas profundas.

Era imposible escabullirse entre las sombras, porque las potentes luces las eliminaban todas. Pitt y Giordino se pasearon con naturalidad por el amplio muelle, saludando de vez en cuando a algún guardia que no les prestaba atención. Pitt enseguida advirtió que la mayoría de los trabajadores se desplazaba por las inmensas instalaciones y los barcos en una especie de carritos de golf eléctricos. Empezó a buscar uno alrededor y pronto localizó varios aparcados frente a un almacén de grandes dimensiones.

Pitt se dirigió hacia los carritos seguido de Giordino, quien no podía apartar la vista de los barcos.

—Este sitio es demasiado grande para cubrirlo a pie —dijo Pitt—. Yo prefiero ir en uno de éstos.

Los carritos eléctricos parecían estar a disposición de cualquier trabajador que los necesitase. Había varios aparcados alrededor de una extensa unidad de recarga, con unos cables conectados a unos enchufes debajo de los asientos delanteros. Pitt tiró del cable del primero de la fila. Después de arrojar unas bobinas de cable eléctrico y unos botes de pintura a la parte posterior, se subieron a los asientos delanteros. Pitt puso en marcha el vehículo como si llevase años haciéndolo.

Pasaron por una larga hilera de almacenes hasta que llegaron al alto edificio donde se hallaban las oficinas. La entrada del segundo muelle se extendía desde la carretera por la orilla. El segundo coloso flotante que estaba atracado allí tenía una apariencia más austera que el anterior, el que se suponía que debía transportar a sus residentes a un nuevo mundo. Esta nave estaba diseñada para transportar una carga agrícola: unos tráileres de grandes dimensiones, remolcados al interior del casco por unas rampas de carga, introducían a bordo árboles y arbustos, y había cientos de contenedores largos y cilíndricos con la etiqueta de «semillas de plantas» apilados en el muelle esperando a ser cargados. Un convoy de vehículos de granja, camiones y tractores de diferentes tamaños, máquinas cosechadoras, arados y otras maquinarias estaba siendo conducido al interior del cavernoso casco.

—Esta gente pretende poner en marcha un nuevo orden mundial a gran escala —murmuró Pitt, tratando aún de asimilar la enormidad de todo aquello.

—¿Qué te apuestas a que alguno de los otros barcos transporta a dos ejemplares de cada especie animal?

—No acepto la apuesta —respondió Pitt—. Solo espero que hayan tenido el buen tino de dejarse a las moscas, los mosquitos y los reptiles venenosos en tierra.

Giordino separó los labios para soltar algún comentario adecuado, pero se lo pensó mejor y se bajó del vehículo de un salto mientras Pitt lo aparcaba junto a las escaleras que conducían al moderno edificio de oficinas de paredes de cristal. Tras recoger los cables eléctricos y las latas de pintura, entraron en el edificio y se acercaron a un largo mostrador donde había dos guardias de seguridad. Giordino

esbozó su mejor sonrisa y se dirigió a uno de ellos en voz baja.

El guardia se limitó a asentir con la cabeza y señaló los ascensores.

—¿Qué has dicho esta vez? —quiso saber Pitt, que se había quedado rezagado. Al entrar en el ascensor, echó un vistazo alrededor y vio cómo uno de los guardias cogía un teléfono y hablaba con nerviosismo. Luego retrocedió un paso y las puertas del ascensor se cerraron.

—Le he dicho que uno de los Wolf nos ha ordenado realizar unas reparaciones eléctricas en el apartamento del décimo piso y luego arreglar y repintar la pared cuando hubiésemos terminado. No ha puesto ninguna objeción.

Pitt examinó el ascensor para localizar alguna cámara de televisión, pero no vio ninguna. Es casi como si no temiesen ningún tipo de acción sorpresa, pensó. O tal vez saben que estamos aquí y nos han tendido una trampa. Puede que fuese demasiado aprensivo, pero no confiaba en los Wolf, sobre todo después de haber visto la monstruosidad flotante que había fuera del edificio. También tenía la sensación de que los guardias del vestíbulo los estaban esperando.

—Ha llegado la hora de poner en práctica algo imaginativo —dijo.

Giordino lo miró.

—¿El plan C?

—Pararemos en el quinto piso para deshacernos de los guardias que seguramente están controlando nuestros movimientos, pero nos quedamos dentro y enviamos el ascensor al décimo. Mientras, subimos al techo y el resto de pisos lo cubrimos por los cables del ascensor.

—No está mal —comentó Giordino al tiempo que apretaba el botón para detener el ascensor en el quinto.

—De acuerdo —dijo Pitt—. Súbeme a hombros para que pueda llegar al techo. — Sin embargo, Pitt no se movió: estaba seguro de que en el ascensor había aparatos de escucha. Se quedó en silencio y le lanzó una sonrisa irónica a Giordino.

Su compañero comprendió el truco y sacó su P-10 automática.

—¡Joder, cómo pesas! —gruñó.

—Dame la mano y te ayudaré a subir —dijo Pitt con calma mientras desenfundaba el viejo Colt del 45 con la mano derecha. Se colocaron a ambos lados de las puertas y se apretaron contra los rincones.

Las puertas se abrieron y tres guardias, vestidos con monos de color negro y pasamontañas en la cabeza, se precipitaron en el interior, pistola en mano, y con la mirada fija en la trampilla del techo del ascensor. Pitt estiró la pierna y le hizo la zancadilla al tercer hombre, quien aterrizó encima de los otros dos y los tres acabaron en un amasijo de cuerpos en el suelo. A continuación pulsó el botón del décimo, esperó hasta que hubieron subido unos metros y pulsó el botón rojo de parada de emergencia, de manera que el ascensor se paró entre dos plantas.

Giordino les había dado un golpe en la cabeza a dos de los guardias con la culata de su automática antes de que pudiesen recuperarse y ahora encañonó el arma contra la frente del tercero.

—Tira el arma o disparo —le ordenó.

El guardia era un tipo tan duro y con la misma sangre fría que los mercenarios a los que se habían enfrentado en la mina El Paraíso. Pitt se puso en guardia, presintiendo que el hombre tal vez intentaría una jugarreta, pero éste advirtió la mirada fría de Pitt y se contuvo. A sabiendas de que al menor movimiento recibiría un balazo en la cabeza, optó por tirar el arma al suelo, el mismo modelo de Para-Ordnance con el que Giordino le estaba apuntando.

—¡No vais a ir a ninguna parte, payasos! —gritó el hombre.

—Vale —dijo Pitt—. A ver qué tenemos aquí... Otro mercenario como los que conocimos en Colorado. Karl Wolf debe de pagaros una bonita suma para que seáis capaces de matar y morir por él.

—Cállate, tío, porque el que va a morir eres tú.

—Tú y tus amigos tenéis la mala costumbre de repetir siempre la misma cantinela. —Pitt colocó el cañón de su Colt a dos centímetros del ojo izquierdo del hombre—. La doctora O'Connell y su hija. ¿Dónde las tenéis? —Pitt no pretendía imitar el siseo de una serpiente de cascabel, pero su tono se le acercaba mucho—. Habla o aprieto el gatillo. Seguramente sobrevivirías, pero sin ojos para verlo. Por última vez, ¿dónde están?

Pitt era un hombre duro, pero no un sádico. La expresión de su rostro crispado y la malicia en sus ojos bastaron para hacer creer al guardia que un loco estaba a punto de volarle los sesos.

—Están encerradas en uno de los barcos.

—¿En cuál? —le presionó Pitt—. Hay cuatro.

—No lo sé, juro que no lo sé.

—Está mintiendo —dijo Giordino en tono glacial.

—Di la verdad —lo amenazó Pitt— o te estamparé los globos oculares en la pared. —Amartilló el Colt y apretó el cañón contra el ojo derecho del guardia, en línea con el izquierdo.

La expresión del guardia no pasó de la arrogancia al terror más puro, pero aun así, con los ojos rezumando odio, susurró:

—En el Ulrich Wolf, están en el Ulrich Wolf.

—¿Qué barco es ése?

—La ciudad flotante que transportará a los habitantes del Cuarto Imperio al mar después del cataclismo.

—Se tardarían dos años en registrar un barco de ese tamaño —insistió Pitt—. Dame su posición exacta o te dejo ciego. ¡Rápido!

—En el nivel seis, sección K. No sé en qué residencia.

—Sigue mintiendo —reiteró Giordino—. Aprieta el gatillo, pero espera a que me vuelva. No soporto ver cómo salpica la sangre.

—Entonces matadme y acabemos con esto —gruñó el guardia.

—¿De dónde sacan los Wolf a asesinos de pacotilla como tú?

—¿A ti qué te importa?

—Eres norteamericano. No te han reclutado en la calle, así que debes de haber salido del ejército, o de un cuerpo de élite. Tu lealtad para con la familia Wolf es irracional. ¿Por qué?

—Dar mi vida por el Cuarto Imperio es un honor. Mi única recompensa, como la de todos, es saber que mi mujer y mis hijos estarán a salvo a bordo del Ulrich Wolf cuando el resto de la humanidad sea aniquilada.

—De modo que ésa es tu póliza de seguros.

—¿Este tipo tiene una familia humana? —exclamó Giordino con asombro—. Habría jurado que era un animal.

—¿De qué sirve una cuenta bancaria con millones de dólares cuando la humanidad está a punto de extinguirse?

—Odio a los pesimistas —dijo Giordino, y le dio un golpe en la nuca con la culata de su automática que le dejó tumbado en el suelo inconsciente junto a los cuerpos inertes de sus camaradas. Casi en el mismo instante, una serie de alarmas empezaron a sonar por todo el edificio—. Ya está. Tendremos que salir de aquí a tiros.

—Estilo y sofisticación —sentenció Pitt sin inmutarse—. Siempre estilo y sofisticación.

Al cabo de seis minutos, el ascensor se detuvo en la planta baja y se abrieron las puertas. En el vestíbulo, casi dos docenas de hombres con armas automáticas apuntando hacia el ascensor, estaban de pie y arrodillados en posición de abrir fuego.

Dos hombres vestidos con los uniformes negros de los guardias de seguridad y con pasamontañas en la cabeza levantaron las manos y gritaron:

—¡No disparéis! ¡Hemos abatido a dos intrusos!

A continuación, arrastraron por los pies dos cuerpos vestidos con monos anaranjados hasta el suelo de mármol del vestíbulo y los soltaron con rudeza.

—Hay más intrusos allí arriba —explicó Giordino con excitación—. Se han atrincherado en el décimo piso.

—¿Dónde está Max? —inquirió el guardia que parecía al mando.

Tapándose la cara con el brazo como si estuviese enjugándose el sudor, Pitt señaló hacia arriba.

—Tuvimos que dejarlo arriba —contestó Giordino—. Resultó herido y hay que enviar un médico enseguida.

Los guardias de seguridad, bien entrenados, se dividieron de inmediato en dos unidades: la primera se dirigió al ascensor y la segunda se precipitó hacia las escaleras de incendios. Pitt y Giordino se arrodillaron junto a los dos guardias inconscientes que habían arrastrado fuera del ascensor y fingieron examinarlos hasta que vieron la oportunidad de marcharse por la puerta principal sin despertar sospechas.

—No puedo creer que lo hayamos logrado —dijo Giordino mientras se subían a un carrito y conducían a toda velocidad en dirección al muelle del Ulrich Wolf.

—Por suerte, estaban demasiado excitados con la captura de los intrusos como para mirarnos con atención.

—Mi uniforme de guardia de seguridad es demasiado largo y me queda demasiado apretado. ¿Qué tal el tuyo?

—Demasiado corto y ancho, pero no tenemos tiempo para ir al sastre —murmuró Pitt al tiempo que dirigía el carrito hacia el primer muelle y esquivaba una grúa que se movía peligrosamente sobre sus raíles. Pitt pisaba a fondo el acelerador, pero la velocidad máxima del carrito no superaba los veinte kilómetros por hora y la marcha se les hacía exasperantemente lenta.

Pasaron por delante de la ciudad flotante, evitando las zonas donde las operaciones de carga parecían más intensas. El muelle estaba repleto de trabajadores, muchos de ellos en carritos eléctricos, otros en bicicleta, y unos pocos sorteaban los obstáculos montados en patines. Pitt tenía que pisar el freno con frecuencia para evitar chocar con los empleados que, distraídamente, se cruzaban en su camino, absortos en su trabajo. Unas enormes carretillas elevadoras también hicieron caso omiso de su presencia y se les cruzaron por delante para realizar sus entregas, subiendo por las rampas y adentrándose en las cavernosas bodegas. Muchos operarios les lanzaban gritos furiosos y les amenazaban con el puño cada vez que Pitt sorteaba obstáculos, ya fuesen seres humanos u objetos sólidos.

De no haber sido por los uniformes negros, seguramente los habrían detenido y amenazado con una paliza por conducción temeraria. Al ver la ocasión de subir al barco sin necesidad de encaramarse a largas planchas, Pitt dio un volantazo hacia la derecha y enfiló una rampa despejada al otro lado de la cubierta principal, que luego volvía a descender para adentrarse en las entrañas de la ciudad flotante, donde se almacenaba la carga y se realizaban todas las operaciones de mantenimiento del barco. En el interior de una enorme bodega con largos pasillos que se prolongaban en todas direcciones por las plataformas de carga más bajas del barco, Pitt vio a un hombre de mono rojo que parecía estar al mando de las operaciones de carga de equipo y suministros. Indicó a Giordino lo que debía preguntarle y detuvo bruscamente el carrito.

—Rápido, tenemos una emergencia en el nivel seis, sección K —gritó Giordino

—. ¿Cuál es el camino más corto para llegar allí?

El hombre se mostró suspicaz al reconocer el uniforme negro de los guardias de seguridad del astillero.

—¿Es que no lo saben?

—Nos acaban de trasladar de la sección de seguridad costera —respondió Giordino con naturalidad—, y todavía no nos hemos familiarizado con el Ulrich Wolf.

Aceptando como lógica la presencia de los hombres de seguridad en una misión de emergencia, el hombre señaló hacia un pasillo.

—Tienen que ir al segundo ascensor de la derecha, luego aparquen el carro y tomen el ascensor hasta la planta cuarta de la cubierta. Ahí está la estación de tranvía número ocho. Tomen el tranvía hasta la sección K. Luego sigan el corredor que lleva a la mitad del barco, a la oficina de seguridad, y pregunten de nuevo, a menos que sepan qué residencia están buscando.

—La residencia donde están confinadas la científica americana y su hija.

—No tengo ni idea sobre eso. Tendrán que preguntárselo al jefe de seguridad o al encargado de la sección K cuando lleguen.

—Muchas gracias —dijo Giordino por encima del hombro mientras Pitt salía disparado en la dirección indicada—. «De momento todo va bien», dijo un hombre en su caída después de lanzarse del Empire State Building. —Y añadió—: Te felicito; la idea de cambiar nuestros monos naranja por estos uniformes ha sido genial.

—Era la única manera que se me ocurría para salir del apuro —repuso Pitt con modestia.

—¿Cuánto tiempo crees que tenemos antes de que nos pillen?

—Si le diste al guardia un buen golpe, no despertará durante un buen rato, así que no podrá alertar a los otros. Lo único que descubrirán en los próximos diez minutos es que condujimos directamente hasta el Ulrich Wolf y que subimos a bordo. Todavía no saben quiénes somos ni qué andamos buscando.

Siguieron las instrucciones del hombre del mono rojo y se detuvieron junto al segundo ascensor, diseñado para transportar grandes pesos, y por tanto muy espacioso. Unos trabajadores custodiaban un palet con cajas de comida enlatada. Pitt y Giordino subieron con ellos y se bajaron en el nivel seis, cerca de una estrecha plataforma que, elevada sobre dos raíles, rodeaba la totalidad del barco. Esperaron con impaciencia durante cinco minutos, hasta que un tranvía eléctrico de cinco vagones y pintado de amarillo por fuera y violeta por dentro se detuvo delante de ellos. Las puertas se abrieron con un sonido sibilante y ambos entraron en el primer vagón de un vehículo con capacidad para cuarenta pasajeros que iba semilleno de gente con uniformes de todos los colores del arco iris. Como atraído por un imán, Pitt se sentó junto a una mujer muy atractiva de pelo rubio platino y ojos azules cuyo

uniforme era gris azulado. Pitt se puso tenso al reconocer la imagen inconfundible de un miembro del clan Wolf.

La mujer miró a ambos y les dedicó una sonrisa.

—Parecen ustedes norteamericanos —dijo.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Pitt.

—La mayoría de nuestros agentes de seguridad provienen de las filas del ejército estadounidense —respondió.

—Y usted pertenece a la familia Wolf —dijo Pitt respetuosamente, como si estuviese dirigiéndose a un miembro de la élite.

La mujer se echó a reír.

—A los ojos de los extraños debemos de parecer todos iguales...

—Desde luego, el parecido es impresionante.

—¿Cómo se llama? —preguntó ella con tono autoritario.

—Mi nombre es Dirk Pitt —contestó él con audacia, sin duda insensatamente, pensó, al tiempo que escudriñaba sus ojos para detectar su reacción. Sin embargo, la mujer no reaccionó de manera especial; al parecer, no había sido informada de nada—. Y éste es mi amigo Al Capone.

—Rosa Wolf —se presentó ella.

—Es un gran honor, señorita Wolf —dijo Pitt—, poder participar en la gran aventura emprendida por su familia. El Ulrich Wolf es un logro extraordinario. A mi amigo y a mí nos reclutaron entre los marines hace solo dos semanas. Sin duda es un privilegio servir a una familia que ha creado una obra tan extraordinaria y genial.

—Mi primo Karl fue el impulsor de la construcción del Ulrich Wolf y de las otras tres ciudades flotantes del Cuarto Imperio —explicó Rosa con orgullo, complacida con las alabanzas de Pitt—. Reunió a los mejores arquitectos navales e ingenieros aeronáuticos del mundo para diseñar y construir nuestros barcos, desde los planos técnicos hasta la construcción final, todo ello bajo un secreto absoluto. A diferencia de la mayoría de los grandes trasatlánticos y superpetroleros, nuestros barcos no poseen un solo casco sino que tienen novecientos compartimientos estancos independientes. Si, durante los violentos maremotos que se esperan tras el cataclismo, en cualquiera de nuestras naves resultan dañados e inundados cien compartimientos, no se hundirán más de veinticinco centímetros.

—Es asombroso —exclamó Giordino, fingiéndose fascinado—. ¿Y cuál es la fuente de energía?

—Noventa motores de diez mil caballos de propulsión diésel, capaces de alcanzar una velocidad de veinticinco nudos.

—Una ciudad de cincuenta mil habitantes capaz de moverse por el mundo —añadió Pitt—. Parece imposible.

—No son cincuenta mil, señor Pitt. Este barco transportará a ciento veinticinco

mil personas, mientras que las otras tres naves transportarán cincuenta mil personas cada una, con un total de doscientas setenta y cinco mil personas, todas formadas y entrenadas para erigir el Cuarto Imperio sobre las cenizas de los arcaicos sistemas democráticos.

Pitt reprimió el impulso de replicar, y distrajo su atención mirando por la ventanilla. Vio cómo un parque de al menos ocho hectáreas se extendía a lo largo de los raíles del tranvía. El impacto de semejante proyecto no dejaba de sorprenderlo. Los carriles para ir en bicicleta y hacer *jogging* serpenteaban entre los árboles y los estanques llenos de cisnes, gansos y patos.

Rosa advirtió su fascinación por aquella escena pastoril.

—Ése es uno de los numerosos parques y zonas de ocio y recreo que suman un total de doscientas hectáreas. ¿Han visto ya las instalaciones deportivas, las piscinas y los balnearios?

Pitt negó con la cabeza.

—Llevamos poco tiempo aquí.

—¿Está casado? ¿Tiene hijos?

Recordando su conversación con el guardia de seguridad, Pitt asintió.

—Un niño y una niña.

—Hemos reclutado a los mejores educadores del mundo para que den clases y dirijan nuestras escuelas, desde el nivel de guardería hasta cursos universitarios y estudios de posgrado.

—Resulta muy reconfortante saberlo.

—Usted y su esposa podrán disfrutar de funciones teatrales, seminarios educativos y conferencias, bibliotecas y galerías repletas de maravillas artísticas de la historia del arte. También disponemos de compartimientos que contienen el legado de nuestros antepasados, para que pueda ser estudiado mientras esperamos a que el entorno terrestre se regenere después de la catástrofe.

—¿Nuestros antepasados? —inquirió Pitt, haciéndose el tonto.

—La civilización que nuestros abuelos descubrieron en la Antártida, llamada Amenes. Eran una raza muy avanzada que fue destruida cuando un cometa se estrelló contra la Tierra hace nueve mil años.

—Nunca había oído hablar de ellos —dijo Giordino, siguiéndole la corriente.

—Nuestros científicos están estudiando sus vestigios para que podamos saber a qué atenemos en los meses y años venideros.

—¿Cuánto tiempo cree que tardaremos en poder iniciar nuestra labor en tierra firme? —preguntó Pitt.

—Pasarán cinco años, puede que diez, antes de que podamos instaurar un nuevo orden —explicó Rosa.

—¿Y pueden ciento veinticinco mil personas sobrevivir tanto tiempo?

—Se olvida de los otros barcos —dijo con jactancia—. La flota será del todo autosuficiente. El Karl Wolf dispone de veinte mil hectáreas de terrenos de cultivo con plantaciones de frutas y hortalizas; el Otto Wolf transportará miles de animales como alimento, además de la cría de los mismos, y el último barco, el Hermann Wolf, fue concebido exclusivamente como buque de carga: transportará todo el equipo y la maquinaria necesarios para construir nuevas ciudades, carreteras, ranchos y granjas cuando podamos volver a tierra firme.

Giordino indicó una señal digital encima de las puertas.

—Estamos llegando a la sección K.

—Ha sido un placer conocerla, señorita Wolf —dijo Pitt con galantería—. Confío en que le dará recuerdos de mi parte a su primo Karl.

La mujer le lanzó una mirada de asombro y luego asintió.

—Estoy segura de que volveremos a vernos.

El tranvía redujo la velocidad antes de detenerse por completo y Pitt y Giordino se apearon. Caminaron por el andén hasta una antecámara con pasillos que se abrían en abanico como los radios de una rueda, intrincados en un inmenso laberinto.

—Y ahora, ¿hacia dónde? —preguntó Giordino.

—Iremos directamente a la parte central del barco y luego seguiremos las indicaciones de la sección K —respondió Pitt mientras se dirigía hacia el pasillo principal—. Tenemos que huir de la oficina de seguridad como de la peste.

Avanzando por lo que parecía un pasillo interminable, atravesaron unas puertas numeradas, algunas de ellas abiertas para facilitar las labores de colocación del mobiliario. Se asomaron al interior y vieron unas estancias espaciosas similares a apartamentos de lujo. Pitt comprendió entonces por qué el guardia se había referido a ellas como residencias. El plan consistía en que los ocupantes viviesen de la manera más cómoda posible durante la larga espera hasta que pudieran establecer su comunidad en lo que quedase de la Tierra después de la colisión del cometa.

Algunos cuadros colgaban de las paredes entre las puertas de las residencias. Giordino se detuvo un instante y examinó un paisaje de colores vivos. Se acercó un poco más y observó el garabato de la rúbrica del artista.

—Es imposible que esto sea un Van Gogh —exclamó con escepticismo—. Tiene que ser una falsificación o una copia.

—Es auténtico —dijo Pitt con convicción. Se aproximó al resto de cuadros que decoraban las paredes—. Estas obras provienen sin duda de los museos y las colecciones privadas de las víctimas del Holocausto que los nazis saquearon.

—¡Qué detalle por su parte conservar obras de arte que nunca les pertenecieron!

—Los Wolf piensan llevar consigo las grandes obras maestras de la pintura a la tierra prometida.

¿Cómo podían estar tan seguros los Wolf de que la llegada del segundo cometa

destruiría la Tierra?, se preguntó Pitt. ¿Acaso era imposible que el cometa pasase de nuevo de largo, como había ocurrido nueve mil años antes? De momento no había respuestas a aquellas preguntas, pero en cuanto él y Giordino escapasen del astillero con Pat y su hija, estaba decidido a encontrarlas.

Después de recorrer una distancia que Giordino cifró en cuatrocientos metros, llegaron a una puerta grande con un cartel que decía: «Seguridad, nivel K». La atravesaron y al fin llegaron a una recepción decorada con muy buen gusto: varias mesas, sillas y sofás colocados alrededor de una enorme chimenea hacían que la sala pareciese el vestíbulo de un hotel de cinco estrellas. Un hombre y una mujer vestidos con monos verdes estaban sentados detrás de un mostrador bajo un enorme cuadro que representaba el arca de Noé.

—Alguno de los altos mandos debe de tener la manía de los códigos de colores —murmuró Giordino entre dientes.

—Pregúntales dónde está recluida la epigrafista americana que está descifrando las inscripciones antiguas —le instruyó Pitt.

Giordino se acercó al mostrador y se dirigió a la mujer, pensando que sería más amable que el hombre.

—Nos han enviado para trasladar a la doctora O’Connell y a su hija a otra parte del barco —dijo en voz baja, tratando de que no se le notase el acento.

La mujer, atractiva pese a su aire masculino, de tez clara y con el pelo recogido en un moño, miró a Giordino y se fijó en su uniforme de seguridad.

—¿Por qué no se me ha notificado con antelación que iban a trasladarla?

—A mí me lo han dicho hace solo diez minutos.

—Tengo que verificarlo —dijo la mujer en tono oficial.

—Tengo una idea mejor: mi superior viene de camino, así que ¿por qué no lo comprueba con él?

La mujer asintió.

—Está bien.

—Mientras tanto, podría decirnos en qué residencia está retenida para que podamos prepararla para el traslado.

—¿Cómo? ¿Es que no lo saben? —preguntó con tono suspicaz.

—¿Cómo íbamos a saberlo? —preguntó Giordino con aire inocente—. La doctora está a su cargo como jefa de sección. Mi compañero y yo simplemente cumplimos órdenes. Y ahora, dígame dónde está y esperaremos a que mi superior aparezca con la autorización correspondiente, si eso la hace sentirse mejor.

La mujer cedió.

—Encontrarán a la doctora O’Connell en la residencia K-37, pero no puedo darles la llave hasta que vea una orden firmada.

—No tenemos ninguna prisa por entrar —contestó Giordino encogiéndose de

hombros—. Esperaremos fuera. —Hizo señas a Pitt de que le siguiera y los dos volvieron por el mismo camino por el que habían venido. Una vez estuvieron a una distancia prudencial de los dos guardias, dijo—: Está en la K-37. Creo que pasamos por las residencias numeradas con el treinta cuando veníamos del ascensor.

—¿Hay guardias apostados en la puerta de su residencia? —preguntó Pitt.

—Con este uniforme de seguridad, se supone que sé si hay guardias apostados o no. No quería parecer un idiota sospechoso.

—Será mejor que nos demos prisa —dijo Pitt—. Ahora deben de estar pisándonos los talones.

Cuando llegaron a la residencia K-37, encontraron un guardia en la puerta. Giordino se acercó con paso tranquilo y se dirigió a él.

—Vengo a relevarte.

El guardia, un hombre que le sacaba una cabeza a Giordino, le lanzó una mirada de recelo.

—Todavía faltan dos horas para que acabe mi turno.

—Pues menuda suerte tienes de que me hayan enviado tan temprano...

—Tu cara no me suena —dijo el guardia.

—La tuya a mí tampoco. —Acto seguido, Giordino hizo amago de darse media vuelta—. Olvídalo, mi compañero y yo esperaremos en el comedor hasta que acabe tu turno.

De repente, el guardia cambió de opinión.

—Bien, no me vendrán mal unas horas extra de sueño. —Sin más, el vigilante echó a andar hacia el ascensor con paso veloz.

—Una interpretación muy convincente —felicitó Pitt a Giordino.

—Tengo mucho poder disuasorio —contestó Giordino sin dejar de sonreír.

En cuanto el guardia desapareció en el ascensor al fondo del largo pasillo, Pitt dio una patada a la puerta y la abrió de golpe y ambos se precipitaron en el interior de la residencia. Había una chica de pie en la cocina, vestida con un mono azul, a punto de tomarse un vaso de leche. Con el susto, derramó el contenido del vaso sobre la moqueta. Pat salió corriendo del dormitorio vestida también con un mono azul y con su larga melena pelirroja ondeando como un abanico. Se quedó paralizada y miró con ojos incrédulos a Pitt y Giordino, boquiabierta e incapaz de articular palabra, con una expresión de perplejidad absoluta.

Pitt la agarró por el brazo mientras Giordino levantaba en volandas a la niña.

—No hay tiempo para intercambiar besos y abrazos —dijo rápidamente—. Tenemos que tomar un avión.

—¿De dónde han salido estos dos hombres tan guapos? —balbuceó ella al fin, todavía confundida e incrédula.

—No sé si «guapo» es el calificativo que mejor me define —dijo Pitt mientras la

agarraba por la cintura y la empujaba hacia el pasillo.

—¡Espera! —gritó Pat, zafándose. Volvió al interior de la estancia y reapareció al cabo de unos segundos con un maletín apretado contra el pecho.

Ya no había lugar para la cautela y los movimientos furtivos, si es que lo había habido en algún momento en la mente de ambos hombres. Corriendo a toda prisa por el largo pasillo y pasando junto a los trabajadores que estaban dando los últimos retoques al barco, todo el mundo los miraba de modo extraño, pero nadie hizo amago de detenerlos o hacerles preguntas.

Si para entonces habían saltado las alarmas, y Pitt estaba seguro de que así era, la idea de una confrontación con los despiadados Wolf lo alentó más aún a apretar el paso. Salir del barco, llegar al extremo del muelle y desaparecer entre las aguas del fiordo solo era la mitad de sus problemas. A pesar de que los vehículos de propulsión podían hacer que avanzaran más rápido que su capacidad natatoria, Pat y su hija seguramente morirían de hipotermia antes de alcanzar el Skycar.

Sus temores se incrementaron cuando las alarmas empezaron a sonar por todo el astillero, justo cuando llegaban al ascensor más cercano.

La suerte los había acompañado hasta ese momento. El ascensor se detuvo en el nivel seis con las puertas abiertas. Tres hombres con monos rojos estaban descargando mobiliario de oficina. Sin mediar palabra, Pitt y Giordino sacaron a empellones hasta el vestíbulo a los perplejos hombres, empujaron a Pat y a su hija hacia el interior y enviaron el ascensor hacia abajo en cuestión de segundos.

Mientras recuperaban el aliento provisionalmente, Pitt le dedicó una sonrisa a la hija de Pat una niña muy guapa con el pelo de color topacio y los ojos azules.

—¿Cómo te llamas, bonita?

—Megan —contestó ella con ojos temerosos.

—Inspira hondo y relájate —le dijo con voz suave—. Me llamo Dirk, y este fortachón de aquí es mi amigo Al. Vamos a llevarte de vuelta a casa sana y salva.

Sus palabras tuvieron un efecto tranquilizador y la expresión de pura ansiedad de la chica se fue transformando en simple desazón. Pitt empezó a temer por segunda vez qué se encontrarían cuando el ascensor se detuviese. No podían salir de allí a tiros, no con las dos mujeres junto a ellos.

Sus temores resultaron infundados: no había ningún ejército de guardias armados hasta los dientes esperándolos en el nivel de carga.

—Estoy completamente perdido —dijo Giordino mirando un laberinto de pasillos.

Pitt señaló un carrito de golf aparcado frente a una puerta con el cartel de «Sala de circuitos».

—Nuestra salvación —anunció al tiempo que subía de un salto al asiento del conductor.

Todos los demás lo siguieron y él pisó el acelerador a fondo antes incluso de que hubieran acabado de subirse. Sin posibilidad de usar su pequeño aparato direccional salvo para seguir las indicaciones generales, optó por confiar en su sentido de la orientación tras cruzar los raíles del tranvía y encontraron un pasillo para mercancías que iba a parar a una rampa de carga que bajaba hasta el muelle.

El ejército de guardias armados hasta los dientes que tanto le preocupaba había llegado.

Estaban saliendo de varios camiones y dispersándose por el muelle, con las armas listas para disparar mientras se agrupaban en torno a las rampas de carga. Pitt calculó que eran unos cien hombres, sin contar el millar que estaban de servicio a bordo del barco. Evaluando de inmediato su situación, gritó:

—¡Esperad! Voy a volver al ascensor. —Pisó el freno, dio media vuelta y se dirigió de nuevo al pasillo destinado a las mercancías.

Mirando hacia atrás, Giordino solo vio un trajín de monos negros que, como un ejército de hormigas, cercaban el muelle.

—Detesto el momento en que las cosas empiezan a salir mal —dijo con aire taciturno.

—Nunca conseguiremos escapar de aquí... —gimió Pat, abrazando a su hija—. No ahora.

Pitt miró a Giordino.

—¿No había una vieja canción de guerra llamada «Lo conseguimos una vez y volveremos a conseguirlo»?

—Yo todavía no había nacido en la Segunda Guerra Mundial —repuso Giordino—, pero sé a qué te refieres.

Llegaron al ascensor, pero Pitt no se detuvo. Las puertas seguían abiertas y entró con el carrito justo en el momento en que empezaban a cerrarse. Apretó el botón del nivel seis, sacó su Colt 45 e hizo señas a Giordino para que hiciese lo propio. En cuanto se abrieron las puertas, se encontraron frente a frente con los tres hombres a los que habían sacado a empellones del ascensor poco antes, quienes, aún perplejos, estaban gritando y haciendo aspavientos a un hombre vestido con un mono amarillo que parecía estar al mando. Al ver a Pitt y Giordino salir del ascensor en el carrito como pastores alemanes hambrientos y con las armas en la mano, los cuatro hombres se quedaron paralizados y levantaron las manos.

—¡Entrad en el ascensor! —ordenó Pitt.

Repitieron el procedimiento que habían improvisado a toda prisa en el edificio de oficinas: al cabo de seis minutos, ya estaban en marcha de nuevo, habiendo dejado atrás a los cuatro hombres en paños menores y maniatados en el suelo del ascensor. En cuanto las puertas se abrieron del todo, Pitt condujo el carrito hacia la cubierta de carga principal, se detuvo y bajó de un salto para regresar corriendo al ascensor.

Envió el ascensor arriba y bloqueó el tablero de control antes de salir de un salto justo cuando se cerraban las puertas. A continuación siguió los carteles indicadores que llevaban hasta el tranvía. Ahora, tres de ellos llevaban puesto el mono rojo de los trabajadores del barco, mientras que el cuarto —él mismo— iba vestido con el uniforme amarillo de los supervisores.

Había varios guardias apostados en un cruce poco antes de la estación del tranvía. Uno de ellos dio un paso hacia delante y levantó la mano. Pitt detuvo el carrito bruscamente y lanzó al guardia una mirada de impaciencia.

Sin saber que Pat y su hija habían sido liberadas, el guardia no se extrañó de ver dos mujeres vestidas con el uniforme de los trabajadores de carga y descarga, puesto que habían reclutado a muchas para las operaciones con las carretillas elevadoras y los vehículos de remolque. Pat apretó el brazo de su hija a modo de advertencia, para que no hablase ni hiciese ningún movimiento. También hizo que volviese la cara hacia ella para que el guardia no advirtiese su tierna edad.

Pitt supuso que el mono amarillo del que se había adueñado representaba algún tipo de autoridad, y la mirada respetuosa del guardia confirmó sus suposiciones.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Giordino, con un acento sudamericano que mejoraba con la práctica.

—Dos intrusos vestidos con uniformes de agentes de seguridad se han infiltrado en el astillero y se cree que han subido a bordo del Ulrich Wolf.

—¿Intrusos? ¿Y por qué no los han detenido antes de que se colasen en el astillero?

—No lo sé —respondió el guardia—. Lo único que sé es que han matado a cuatro de nuestros hombres cuando intentaban escapar.

—¡Cuatro muertos! —exclamó Giordino—. Qué pena. Espero que cacéis a esos cerdos asesinos. ¿Verdad que sí? —Se volvió a los otros y asintió enérgicamente con la cabeza.

—Sí, sí —dijo Pitt con una expresión de disgusto muy convincente.

—Tenemos que comprobar la identidad de todos los que entren o salgan de cada barco —dijo el guardia—. Tengo que ver sus tarjetas de identificación.

—¿Es que parecemos intrusos con uniformes de guardias de seguridad? —exclamó Giordino con indignación.

El guardia negó con la cabeza y sonrió.

—No.

—¡Pues entonces déjanos pasar! —La voz amigable de Giordino adquirió de repente un tono frío y autoritario—. Tenemos que cargar unas mercancías y no vamos a perder el tiempo de cháchara contigo. Ya llego tarde a una cita con Karl Wolf. A menos que quieras que te dejen en tierra cuando ocurra el cataclismo, te aconsejo que nos dejes pasar ahora mismo.

Intimidado, el guardia bajó su arma y les dejó pasar.

—Siento haberles dado el alto.

Pitt pisó el acelerador en cuanto Giordino le dio un codazo en las costillas. Pensando que lo mejor sería seguir aparentando que eran un grupo de trabajadores de camino hacia una tarea ordinaria, se dirigió hacia la estación de tranvías más cercana a velocidad moderada, reprimiendo el impulso de pisar el pedal a fondo. Con una mano en el volante, utilizó la otra para marcar un número en su teléfono Globalstar.

Sandecker apretó el botón del altavoz al primer timbre del teléfono.

—¿Sí?

—Aquí Pizza Torre Inclinada. Su pedido está de camino.

—¿Cree que podrá encontrar la calle sin problemas?

—No sé si podremos llegar antes de que la pizza se enfríe.

—Espero que se den prisa —dijo Sandecker, reprimiendo el tono de apremio en su voz—. Estamos hambrientos.

—Hay mucho tráfico. Haré lo que pueda.

—Dejaré las luces encendidas. —Sandecker colgó el teléfono y miró al almirante Hozafel con gesto compungido—. Perdone esta conversación absurda, almirante.

—Lo comprendo perfectamente —repuso el alemán con cortesía.

—¿Cuál es la situación? —preguntó Little.

—Nada buena —contestó Sandecker—. Tienen a la doctora O'Connell y a su hija, pero están teniendo dificultades para salir del astillero. «Hay mucho tráfico» significa que los están persiguiendo las fuerzas de seguridad de Wolf.

Little miró a Sandecker.

—¿Qué probabilidades tienen de salir con vida?

—¿Probabilidades? —La expresión de Sandecker reflejaba su sufrimiento. Parecía haber envejecido diez años en el transcurso de una hora—. Ninguna.

El tranvía se alejó despacio de la estación y se cruzó con otro que venía en dirección contraria. A pesar de aumentar la velocidad hasta los cincuenta kilómetros por hora, Pitt tenía la sensación de que el tranvía iba a paso de tortuga y le daban ganas de salir y empujarlo por detrás. Las estaciones señaladas con las letras del abecedario eran interminables y cada vez que se detenían ellos temían ver un grupo de guardias subiendo a bordo para darles caza. Cuando el tranvía se detuvo en la estación W, Pitt empezó a albergar esperanzas, pero en la estación X se les acabó la suerte.

Seis guardias de seguridad subieron en el último vagón y empezaron a comprobar las tarjetas de identidad de los ocupantes, quienes —Pitt se dio cuenta entonces— las llevaban en unas pulseras en la muñeca. Maldijo su suerte por no haberlo sabido antes, pues podían habérselas quitado a los tres hombres encargados del traslado del mobiliario. Se le ocurrió, demasiado tarde, que los guardias buscarían primero al personal que fuese sin ellas y también se fijó en que parecían entretenerse más tiempo de lo normal comprobando la identidad de los pasajeros que llevaban monos amarillos o rojos.

—Se están acercando —señaló Giordino sin inmutarse cuando los guardias pasaron al segundo vagón del tren de cinco.

—De uno en uno —indicó Pitt—, vamos a ir hasta el primer vagón, con naturalidad.

Sin mediar palabra, Giordino se levantó el primero, seguido de Megan y luego Pat, mientras que Pitt se levantó el último.

—Puede que lleguemos a la próxima estación antes de que pasen a este vagón —dijo Giordino—, pero será por los pelos.

—Dudo que resulte tan fácil —señaló Pitt con aire sombrío—. Seguramente también habrá guardias esperando allí.

Avanzó unos pasos y se asomó a la ventanilla de la puerta que daba a una pequeña cabina de control a la cabeza del vagón. Había un tablero de mandos con luces, botones e interruptores, pero no había ningún conductor. El tranvía era íntegramente automático. Trató de abrir el pestillo, pero la puerta estaba cerrada con llave.

Estudió los símbolos y las marcas del cuadro de mandos, y le llamó la atención uno en particular. Echando mano de su Colt, destrozó la ventanilla de cristal con la culata. Haciendo caso omiso de las expresiones de sorpresa de los demás pasajeros, metió la mano en el interior y abrió el pestillo de la puerta. Sin vacilar, accionó el primero de los cinco interruptores conectados con los enganches electrónicos del tranvía y a continuación modificó la velocidad del vagón.

El efecto le provocó una intensa oleada de placer. Los cuatro vagones posteriores se soltaron del primer vagón y empezaron a quedarse rezagados. Pese a que cada vagón tenía su propia fuente de alimentación, su velocidad predeterminada era ahora más lenta que la del vagón delantero. Los guardias de seguridad no pudieron hacer otra cosa que alertar por radio a sus compañeros y observar con impotencia cómo la distancia entre los vagones aumentaba cada vez más rápidamente y su presa les sacaba una ventaja cada vez mayor.

Al cabo de cuatro minutos, el vagón en el que iban Pitt y los demás pasó por la estación Y, para mayor frustración de los guardias de seguridad que los estaban esperando y ante las caras de sorpresa de los trabajadores que había en el andén. Pitt sintió como si una mano fría le agarrotara el estómago y tenía la boca completamente seca: estaba jugando una partida desesperada, en la que los dados estaban cargados contra él. Miró por encima del hombro y vio a Pat, sentada con un brazo alrededor de Megan y con el otro agarrando con fuerza el maletín, con la cara pálida e inusitadamente triste y desamparada. Se acercó a ella y le acarició la melena pelirroja.

—Saldremos de ésta, no te preocupes —le dijo con convicción—. El viejo Dirk te llevará a través de mares y montañas.

Ella esbozó una tímida sonrisa.

—¿Me lo prometes?

—Con la mano en el corazón —respondió él con mayor convicción todavía.

Pitt regresó a la cabina de control y vio que se estaban acercando al puerto deportivo en la popa del barco. También vio cómo los raíles se empezaban a curvar, donde se suponía que el tranvía debía detenerse, en la estación Z, antes de proseguir su vuelta por el barco. No le hacía falta ser una lumbrera para saber que los guardias ya habrían llegado a la estación y estarían esperándolos para dar buena cuenta de ellos.

—Voy a aminorar hasta unos quince kilómetros por hora —dijo Pitt—. Cuando dé la orden, saltaremos. El borde de las vías está flanqueado por plantaciones de vegetación, así que el aterrizaje debería ser bastante suave. Intentad salir rodando hacia delante cuando toquéis el suelo. Ahora no podemos permitirnos el lujo de que uno de nosotros se rompa una pierna o se tuerza el tobillo.

Giordino rodeó los hombros de Megan con el brazo.

—Saltaremos juntos. Así habrá un montón de grasa que te servirá de cojín cuando caigas. —Era una mentira monumental, pues Giordino no tenía un gramo de grasa en su cuerpo musculoso.

Pitt modificó los controles y el vagón aminoró bruscamente. En el momento en que los números rojos de la escala de velocidad alcanzaron los quince kilómetros por hora, gritó:

—¡Muy bien, todo el mundo fuera!

Esperó unos instantes, asegurándose de que todos habían saltado del tranvía. A continuación manipuló de nuevo el teclado hasta que el indicador señaló los cien kilómetros por hora antes de saltar mientras el vagón se aceleraba rápidamente. Sus pies aterrizaron en la tierra blanda antes de rodar con el impulso hasta un lecho de bonsáis ornamentales, donde destrozó sus ramas torcidas y las aplastó con el peso de su cuerpo. Al levantarse, una de sus rodillas protestó de dolor, pero aún era capaz de moverse con agilidad.

Giordino acudió a su lado para ayudarlo a levantarse. Sintió un gran alivio al ver a Pat y Megan sin rastro de dolor en sus rostros; parecían más preocupadas por quitarse la tierra y las agujas de pino del pelo. El tranvía había desaparecido en la curva, la escalera que conducía al primer embarcadero estaba a menos de veinte metros de distancia y no había indicios de guardias en los alrededores.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Pat, recuperando la compostura.

—Antes de tomar nuestro avión —explicó Pitt—, tenemos que dar un pequeño paseo en barca.

La cogió del brazo y la arrastró tras él mientras Giordino acompañaba a Megan. Corrieron por la vía hasta alcanzar las escaleras que conducían al embarcadero número uno. Tal como sospechaba Pitt, los guardias habían rodeado la estación Z doscientos metros más adelante, en el centro del puerto deportivo. Se produjo un gran caos cuando el vagón pasó por la estación como un cohete y dobló la siguiente curva en su ruta por el costado del barco. Los guardias, convencidos de que sus presas seguían en el vagón descontrolado, salieron en su persecución mientras el director de seguridad daba la orden de apagar los circuitos eléctricos del sistema de tranvías.

Pitt calculó que los guardias tardarían otros siete minutos en dar caza al vagón detenido y descubrir que estaba vacío. Si él y los demás no estaban fuera del barco para entonces, su captura sería inevitable.

Ninguno de los trabajadores del embarcadero les prestó atención cuando bajaron tranquilamente las escaleras que conducían al muelle. Había tres barcos amarrados entre el primer y el segundo embarcadero: un velero de siete metros, una embarcación que Pitt reconoció como un yate de motor Grand Banks de doce metros de eslora y una clásica lancha de ocho metros.

—Subid a bordo de la barca más grande —ordenó Pitt sin dejar de caminar tranquilamente por el embarcadero.

—Vaya, supongo que no vamos a recuperar nuestro equipo de buceo —dijo Giordino.

—Pat y Megan no lograrían salir con vida del agua. Es mejor que lo intentemos en la superficie.

—Pero la lancha motora es más rápida —señaló Giordino.

—Sí, pero los de seguridad sospecharían al ver una lancha motora saliendo a toda

velocidad del embarcadero. El Grand Banks, deslizándose con calma por el agua, no llamará la atención.

Había un marinero lavando la cubierta con una manguera cuando Pitt se acercó a la plancha.

—Bonito barco —dijo sonriendo.

—¿Cómo dice? No le oigo.

Pitt enfiló la plancha, señalando las elegantes líneas del yate.

—¡Es un barco muy bonito! —repitió, adentrándose con audacia en el puente de mando.

El marinero lo siguió al interior del barco, protestando por su intrusión, pero en cuanto estuvieron fuera de la vista de los demás trabajadores del muelle, Pitt le dio un violento puñetazo y lo dejó tendido en el suelo. Acto seguido, se asomó por la puerta y anunció:

—¡Al, suelta las amarras! ¡Señoras, todo el mundo a bordo!

Pitt se paró unos minutos a estudiar los mandos antes de hacer girar la llave de contacto para arrancar los motores. Bajo sus pies, en el compartimiento de los motores, se accionaron dos motores diésel y el combustible de sus cámaras de combustión empezó a comprimirse y a hacer ignición a gran velocidad. Abrió la ventanilla de estribor y asomó la cabeza. Giordino había soltado amarras y estaba subiendo a bordo.

Pitt puso marcha atrás y empezó a alejar la barca del muelle muy despacio mar adentro. Pasó junto a dos trabajadores que estaban instalando unas vías en el embarcadero y, al saludarlos con la mano, éstos le devolvieron el saludo. Es más fácil actuar con astucia que salir de aquí como un toro en estampida, pensó.

La barca abandonó el muelle y se encontró justo debajo de la popa de la inmensa nave. Pitt movió los mandos y puso el Grand Banks en rumbo paralelo al Ulrich Wolf. Para llegar al fiordo y escapar del astillero, tenían que circunnavegar por completo el titán flotante. Pitt maniobró las palancas de aceleración hasta que el indicador señaló los ocho nudos, una velocidad que esperaba no despertase sospechas. Hasta entonces no habían oído ningún grito, ni alarmas ni sirenas, ningún indicio que les hiciese suponer que los habían descubierto.

A aquella velocidad, tardarían quince minutos en recorrer la eslora de la supernave antes de poder virar para alejarse hasta una distancia segura, lejos de la batería de luces del astillero. Quince minutos agónicos que les parecerían quince años. Y eso era solo el primer obstáculo: todavía quedaban las lanchas patrulleras, y para entonces cabía la posibilidad de que ya hubiesen sido alertadas de la huida de los fugitivos en el yate Grand Banks.

No podían hacer nada más que permanecer escondidos en la cabina principal y contemplar el monstruo descomunal mientras se deslizaban por su lado. De proa a

popa, la gigantesca masa era una hoguera de luz tanto por dentro como por fuera, y producía el efecto de un estadio durante un partido nocturno. Los famosos trasatlánticos como el *Titanic*, el *Lusitania*, el *Queen Mary*, el *Queen Elizabeth* y el *Normandie*, anclados y puestos en fila unos junto a otros, habrían seguido pareciendo pequeños al lado del Ulrich Wolf.

—No me importaría comerme una hamburguesa ahora mismo —dijo Giordino, tratando de aliviar la tensión.

—A mí tampoco —repuso Megan—. Lo único que nos han dado de comer son alimentos nutritivos asquerosos.

Pat sonrió, aunque su rostro todavía reflejaba tensión.

—Ten un poco de paciencia, cariño, y muy pronto tendrás tu hamburguesa.

Pitt se volvió desde el timón.

—¿Os han maltratado?

—No, nada de eso —respondió Pat—, pero nunca me habían dado órdenes tantos tipos desagradables y arrogantes. Me hacían trabajar veinticuatro horas al día.

—¿Para descifrar las inscripciones amenes de otra cámara?

—No eran de otra cámara, eran fotos de inscripciones que encontraron en una ciudad perdida de la Antártida.

Pitt la miró con curiosidad.

—¿La Antártida?

Ella asintió.

—Congelada en el hielo. Los nazis la descubrieron antes de la guerra.

—Elsie Wolf me dijo que habían encontrado pruebas de que había seis cámaras.

—No sé nada de eso —admitió Pat—. Lo único que puedo decirte es que tuve la impresión de que estaban usando esa ciudad de hielo con algún propósito, pero no he averiguado cuál es.

—¿Y averiguaste algo más en las inscripciones que te obligaron a descifrar?

Pat pareció animarse un poco al hablar.

—Acababa de empezar el proyecto cuando aparecisteis vosotros. Tenían muchísimo interés por saber qué habíamos descifrado nosotros de las inscripciones de las cámaras de Colorado y la isla Saint Paul. Al parecer, los Wolf están desesperados por descifrar los mensajes de los amenes sobre las consecuencias del cataclismo.

—Eso es porque las inscripciones que hallaron en el interior de la ciudad perdida eran de antes del cataclismo. —Hizo una pausa y señaló el maletín con la cabeza.

—¿Es eso lo que llevas ahí dentro?

Pat levantó el maletín.

—Las fotos de la cámara de la Antártida. No podía dejarlas.

Pitt la miró fijamente.

—Ya no hacen mujeres como tú.

Pitt podría haber seguido hablando, pero una barca estaba cruzando por delante de ellos a unos cien metros de distancia. Parecía un barco de operarios, y mantuvo un rumbo estable mientras viraba para pasar por la izquierda del Grand Banks. Los tripulantes parecían enfrascados en sus tareas y no prestaron atención al yate.

Relajándose un poco, mientras se acercaban a la sección de proa del Ulrich Wolf sin señales de sus perseguidores, Pitt preguntó:

—¿Has dicho que están estudiando en qué condiciones quedará la Tierra después del cataclismo?

—Con todo detalle. Supongo que quieren reunir el máximo de información para asegurar su supervivencia.

—Sigo sin entender por qué los Wolf están tan seguros de que un cometa va a estrellarse contra la Tierra según unas predicciones de los amenes hechas hace nueve mil años —insistió Pitt.

Pat meneó la cabeza.

—No sabría responder a eso.

Manteniendo la velocidad de ocho nudos, Pitt viró el timón con suavidad y describió un amplio arco alrededor de la proa del Ulrich Wolf para atravesar el extremo del muelle, repleto de trabajadores y agentes de seguridad que comprobaban la identidad de todos los hombres y mujeres vestidos con monos rojos. Se cruzó con una pequeña lancha que navegaba sin luces y que dio un inquietante giro de ciento ochenta grados y empezó a seguirlos. Después de colocar su ordenador direccional en el marco del parabrisas, Pitt estudió las indicaciones que lo llevarían a través de la oscuridad hasta la quebrada donde habían dejado el Skycar.

Faltaban tres millas marinas para la quebrada, tres millas en un barco que no ofrecía protección alguna contra los reflectores, las armas automáticas o las ametralladoras. Lo único que llevaban encima eran un par de pistolas, y además, todavía quedaban las lanchas patrulleras que sin duda ya habrían sido alertadas de su fuga a bordo del yate. Su único consuelo era saber que las lanchas estaban al otro extremo del fiordo, cosa que todavía les aseguraba unos minutos de ventaja. No era un gran consuelo, desde luego. Capaces de una velocidad muy superior, las lanchas patrulleras podían interceptar fácilmente al Grand Banks antes de que este alcanzase la quebrada.

—¡Al!

Giordino se acercó a él.

—Sí, capitán.

—Busca unas botellas. Tiene que haber alguna a bordo. Vacíalas y luego llénalas de cualquier cosa inflamable. El carburante para motores diésel tarda demasiado en quemarse. Busca gasolina o disolvente.

—¡Cócteles molotov! —exclamó Giordino con una sonrisa diabólica—. No he

lanzado ninguno desde que iba a la guardería. —Al cabo de unos segundos ya estaba bajando una escalerilla para acceder al compartimiento de los motores.

Pitt reprimió el impulso de forzar la velocidad al máximo, considerando más juicioso seguir con serenidad. Observó por encima del hombro a la lancha de veinticinco metros de eslora que los estaba siguiendo, con un poderoso motor fueraborda sujeto a su popa: había incrementado la velocidad y se estaba acercando. Las luces del astillero revelaron solo dos hombres vestidos con uniformes negros, uno maniobrando el timón y el otro de pie en la popa y blandiendo un fusil automático. El timonel se estaba señalando la oreja con la mano. Pitt captó el mensaje y encendió la radio, dejándola en la frecuencia preestablecida.

Una voz les ordenó detenerse con tono tajante. Pitt se acercó al micrófono y respondió:

—No le oigo.

—¡Alto, alto! —gritó la otra voz.

—Id abajo y tumbaos en el suelo —ordenó a Pat y a Megan, quienes se precipitaron por las escaleras de la cabina principal.

Pitt aminoró la marcha y se preparó. Un guardia de la lancha se preparó para saltar a bordo del Grand Banks.

Pitt mantuvo un avance ligero, calculando la distancia entre ambas embarcaciones y avanzando a la misma velocidad para que el guardia pudiese subir por la borda. El cálculo del tiempo tendría que ser exacto. Esperó pacientemente, como un cazador a la espera de ver un pato sobrevolar el cielo.

En el preciso instante en que el guardia se dispuso a saltar entre los dos barcos. Pitt imprimió una breve aceleración y el movimiento brusco hizo que el guardia perdiera el equilibrio y cayera de bruces en la estrecha cubierta del Grand Banks.

Pitt salió con agilidad de la cabina, plantó su pie derecho en el cuello del guardia, le arrebató su fusil automático, un Bushmaster M17s, y le dio un golpe en la nuca con la culata. Luego apuntó al guardia del timón de la lancha y disparó, pero el guardia se inclinó, giró el timón y aceleró dando un brusco giro para alejarse del Grand Banks. Con un fuerte rugido del motor, la barca se alejó envuelta en un remolino de agua. Sin esperar a ver qué sucedía, Pitt regresó a toda prisa al puente de mandos y dio la máxima aceleración. La proa del Grand Banks se levantó y salió disparada por las aguas negras a una velocidad de veinte nudos.

Pitt, se concentró en las lanchas patrulleras que habían dado media vuelta de su ruta de vigilancia del fiordo y se estaban acercando a toda velocidad, barriendo con los reflectores una porción de agua cada vez más próxima al Grand Banks. Era de suponer que el guardia que conducía el fueraborda había enviado un mensaje por radio. La primera lancha patrullera iba casi un kilómetro por delante de su compañera. Para Pitt era imposible saber cuándo la primera lancha patrullera se

encontraría con el Grand Banks en un rumbo convergente. Lo único que sabía con seguridad era que se encontrarían antes de que el yate alcanzase la quebrada. Otros seis o siete minutos marcarían la diferencia entre la vida y la muerte.

Ahora ya estaban lejos del astillero, a menos de dos millas marinas de distancia de su objetivo.

La lancha fueraborda también venía detrás, a menos de cien metros. La única razón por la que el otro guardia no había abierto fuego con su propio fusil Bushmaster era porque temía herir a su compañero.

Giordino regresó a la cabina con cuatro botellas rellenas de un disolvente que había encontrado en una lata para limpiar grasa y aceite en el compartimiento de motores. Había colocado unas tiras de trapo en los cuellos de las botellas, y las depositó con suavidad sobre los cojines de un banco. Pitt se fijó en que su compañero tenía un moratón en la frente.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó.

—Pues que alguien que yo me sé no sabe pilotar un barco. Me caí en el compartimiento de motores y me golpeé la cabeza contra una tubería durante una serie de giros salvajes. —A continuación, Giordino vio el cuerpo inconsciente del guardia de seguridad tendido en el suelo—. Perdona, chico, no sabía que habías tenido un invitado.

—Ése era el problema: que no tenía invitación.

Giordino miró por el parabrisas a la lancha patrullera, que se acercaba rápidamente.

—No han lanzado siquiera un disparo de advertencia. Van armados hasta los dientes y quieren hacernos volar por los aires.

—Tal vez no —dijo Pitt—. Siguen necesitando la experiencia de Pat para descifrar sus inscripciones. Puede que les griten y les den unas bofetadas, pero no matarán a Pat y a Megan. Nosotros, en cambio, seremos historia. Pero tengo planeado darles una sorpresa. Si conseguimos que se acerquen lo suficiente, a lo mejor les preparamos una hoguera para celebrarlo.

Giordino miró a Pitt a los ojos; la mayoría de los hombres habría llevado escrita en ellos la expresión de la derrota, pero Giordino no leyó tal cosa, sino una firme determinación y un débil brillo de impaciencia por saborear la victoria.

—Me pregunto qué pensaría John Paul Jones.

Pitt asintió con la cabeza.

—Tú estarás ocupado con tus juguetes. Préstame tu arma y luego quédate agachado al otro lado del puente hasta que oigas disparos.

—¿Tuyos o de ellos?

Pitt le lanzó una mirada adusta.

—Eso no importa.

Giordino le entregó su Para-Ordnance automática sin rechistar mientras Pitt volvía a empujar al máximo las palancas en un vano intento de exprimir unas cuantas revoluciones más de los motores. El Grand Banks estaba dando lo mejor de sí, pero era un barco diseñado para cruceros de placer, no para ganar carreras.

Los tripulantes de la lancha patrullera no vacilaron en acercarse al Grand Banks, pues no tenían motivo para sospechar que hubiese alguien a bordo tan loco como para enfrentarse a una embarcación armada con dos ametralladoras, eso sin contar con las armas que empuñaban unos hombres entrenados para matar a la menor provocación. El oficial examinó al Grand Banks con prismáticos de visión nocturna, vio un solo hombre al timón y cometió el error más grave que puede cometer un agresor: subestimar a su adversario.

Los reflectores iluminaban el Grand Banks con una luz cegadora. La línea de espuma que cortaba la proa se disipó a medida que la lancha de once metros y medio de eslora fue acercándose al yate y colocándose a su lado hasta hallarse a una distancia de menos de seis metros. Desde su posición en la cabina, Pitt entrecerró los ojos ante los potentes reflectores y divisó a un hombre detrás de cada ametralladora, que lo apuntaban directamente. Había otros tres en la cubierta de popa, armados con fusiles automáticos Bushmaster. Pitt no podía ver a Giordino agachado al otro extremo de la cabina, pero sabía que su amigo iba pertrechado con cerillas o un mechero para encender los cócteles molotov. Era un momento de gran tensión, pero no de desesperación total, al menos no para Pitt.

No tenía el menor deseo de matar a nadie, ni siquiera a aquellos asesinos crueles que tenía frente a él y a cuyos camaradas mercenarios había conocido en Colorado. No era ningún secreto que tanto su vida como la de Giordino no valdrían ni dos centavos si los capturaban. Vio cómo el oficial de la lancha le dio el alto con un megáfono y profirió una amenaza: si no hacía lo que le ordenaban, sus hombres abrirían fuego. Pitt hizo una señal con la mano para dar a entender que había comprendido la orden, observó por última vez la distancia que lo separaba de la quebrada —menos de ochocientos metros— y echó un rápido vistazo a la segunda lancha patrullera para calcular cuánto tardaría en llegar para ayudar a su compañera: cinco o seis minutos. A continuación comprobó que las dos pistolas seguían encajadas en su cinturón, a la espalda, y fue entonces cuando colocó las palancas en posición de punto muerto pero mantuvo el motor en marcha para que avanzase muy despacio.

Se acercó a la puerta de la cabina, pero no salió fuera; levantó las manos y cerró los ojos con gesto molesto bajo la luz cegadora.

—¿Qué quiere? —gritó.

—No oponga resistencia —ordenó el oficial, ya suficientemente cerca como para prescindir del altavoz—. Voy a enviar a mis hombres a bordo.

—¿Cómo voy a oponer resistencia? —exclamó Pitt con impotencia—. No tengo armas.

—¡Dígale a los otros que salgan a cubierta!

Pitt mantuvo las manos en el aire, y fingió comunicar las órdenes a los demás.

—Tienen miedo de que les disparen.

—No vamos a disparar a nadie —mintió el oficial.

—Por favor, apaguen las luces —imploró Pitt—. Me están cegando y asustan a las mujeres.

—¡Quédese donde está y no se mueva! —gritó el oficial, exasperado.

Al cabo de poco, dos de los guardias dejaron sus armas en el suelo y empezaron a arrojar los parachoques por la borda de la lancha. Era la ocasión que Pitt estaba esperando. Incluso los hombres apostados detrás de las ametralladoras habían bajado la guardia. Sin ver indicios de peligro, uno encendió un cigarrillo. La tripulación y su comandante, sin ver ninguna señal de peligro, creían tener la situación bajo control.

Su actitud era exactamente la que Pitt esperaba. A sangre fría y con precisión, sacó las dos automáticas, apuntó con la derecha al hombre de la ametralladora de proa y con la izquierda al de popa, apretando ambos gatillos con la máxima rapidez que le permitieron sus dedos. A una distancia de tres metros, no podía fallar. El guardia de proa cayó de rodillas sobre cubierta con una herida en el hombro, mientras que el artillero de popa levantó las manos en el aire, se tambaleó hacia atrás y cayó al agua por la borda.

Casi simultáneamente, los cócteles molotov volaron desde la cabina del Grand Banks y cayeron sobre la patrullera, explotando con un atronador rugido mientras el vidrio se hacía añicos y el contenido se incendiaba. El líquido ardiente se extendió por toda la lancha y la transformó en una pira funeraria. Casi toda la cubierta de popa y la mitad de la cabina estallaron en llamas. Muy pronto las llamaradas empezaron a salir de todas las portillas y, ante el temor de morir consumidos por el fuego, los tripulantes se arrojaron al agua sin vacilar un instante. El artillero herido de proa también avanzó tambaleándose por la cubierta entre las llamas y saltó por la borda. A pesar de que su uniforme se había prendido fuego, el oficial lanzó una mirada feroz a Pitt antes de blandir un puño amenazador y arrojarse por la borda.

Menudo gilipollas, pensó Pitt, y se abalanzó a los mandos para dirigir al Grand Banks a toda máquina hacia la quebrada. No fue hasta entonces cuando se permitió volver la vista atrás para mirar la lancha, envuelta en llamas que se retorcían y bailoteaban en el cielo nocturno. Una columna de humo se enroscaba y ascendía en espiral, tapando las estrellas. Un minuto después, los depósitos de combustible explotaron y arrojaron al aire cientos de restos ardientes, como en un espectáculo de fuegos artificiales. La nave empezó a hundirse por la popa, deslizándose hacia atrás con un ruido sibilante mientras el agua helada engullía las llamas abrasadoras. Luego,

lanzando un enorme suspiro, como si poseyese un alma, la lancha desapareció por completo.

Giordino salió de la cabina y se quedó de pie contemplando los fragmentos y los restos de escombros llameantes y combustible que flotaban en la superficie.

—Buen disparo —comentó con tranquilidad.

—Buen lanzamiento.

Giordino señaló con la cabeza hacia la segunda lancha, que se acercaba a toda máquina por el fiordo. A continuación miró la orilla.

—Si lo conseguimos, será de milagro —dijo con objetividad.

—No van a caer en ninguna trampa como sus compinches. Se quedarán a una distancia segura e intentarán detenernos disparándonos a los motores.

—Pat y Megan están ahí abajo —le recordó Giordino.

—Súbelas aquí —ordenó Pitt al tiempo que comprobaba el ordenador direccional. Realizó un pequeño ajuste e hizo virar al Grand Banks otros cinco grados al sudoeste. Quedaban cuatrocientos metros, pero la distancia que los separaba de sus perseguidores disminuía rápidamente—. Diles que se preparen para abandonar el barco en cuanto alcancemos la orilla.

—¿Vas a chocar contra las rocas a toda máquina?

—No tenemos tiempo para arrojar el ancla y bajar a tierra rodeados de bandas de música y confeti.

—A sus órdenes —obedeció Giordino con un breve saludo.

La lancha patrullera se dirigía directamente hacia ellos, sin saber que la intención de Pitt era encallar contra la costa. El reflector iluminó el Grand Banks con precisión, como un foco iluminando a una bailarina sobre el escenario. Los dos barcos se acercaban rápidamente, en ruta de colisión, pero los de la lancha patrullera adivinaron las intenciones de Pitt y maniobraron para bloquear el paso al Grand Banks e impedir que se acercara a la orilla. A una velocidad mucho menor que la de su enemigo, Pitt se vio obligado a aceptar que estaba participando en una carrera que seguramente iba a perder. Pese a ello, permaneció al timón sin pestañear y con una determinación absoluta. El combate era extremadamente desigual, pero no estaba dispuesto a ofrecer la otra mejilla. La idea de la derrota nunca le pasaba por la cabeza.

Viendo una oportunidad inesperada, Pitt dio una repentina marcha atrás con el Grand Banks, que se estremeció por el esfuerzo a toda máquina y se detuvo, mientras las hélices golpeaban el agua con un remolino de espuma. Luego empezó a deslizarse hacia atrás, con su popa apartando el agua como un bulldozer.

Giordino apareció acompañado de Pat y Megan. Vio perplejo cómo sus perseguidores estaban a punto de cruzar la proa del Grand Banks mientras éste navegaba hacia atrás.

—No me lo digas. A ver si lo adivino: se te ha ocurrido otro plan ingenioso.

—No es ingenioso, solo desesperado.

—Vas a estrellarlo contra el patrullero.

—Si jugamos bien nuestras cartas —respondió Pitt—, creo que podremos machacarle el morro. Bien, ahora todos al suelo. Utilizad cualquier cosa que encontréis para protegeros, porque os aseguro que va a empezar a llover.

No hubo tiempo de decir nada más. El oficial de la lancha patrullera, sin comprender la maniobra de marcha atrás de su presa, alteró el rumbo para pasar a tres metros de la proa del Grand Banks, detenerse y disparar al yate a quemarropa. Era una táctica naval llamada «ponerle el palito a la t». Permaneció al timón y levantó una mano para que sus artilleros abriesen fuego.

A continuación, ocurrieron dos cosas al mismo tiempo: Pitt puso la palanca de velocidad a toda máquina y las ametralladoras de la lancha abrieron fuego. Las hélices del Grand Banks se hincaron en el agua e impulsaron el barco hacia delante mientras una lluvia de balas caía sobre la cabina. El cristal del parabrisas se hizo añicos que cayeron por toda la cabina. Pitt ya se había arrojado al suelo, manejando con una mano el arco inferior del timón. No se dio cuenta de que un trozo de cristal le había arañado el dorso de la mano hasta que la sangre empezó a resbalarle hasta los ojos. La cabina del Grand Banks se estaba cayendo literalmente a trozos, y los artilleros seguían disparando para aterrorizar a los ocupantes de la otra nave. El interior del puente era un revoltijo de escombros que salían volando en todas direcciones mientras las balas de 9 mm destrozaban todo cuanto hallaban a su paso.

El oficial de la lancha había reducido la velocidad y estaba deteniéndola poco a poco, pues sus artilleros parecían disfrutar con la práctica de disparar a quemarropa. Pero su satisfacción resultó prematura, mientras que el cálculo del tiempo de Pitt no podía haber sido mejor. El oficial no supo captar las intenciones de Pitt hasta que fue demasiado tarde: antes de que pudiera apartar la patrullera, el Grand Banks avanzaba a toda máquina directamente hacia ella.

A continuación se oyó el ruido de la fibra de vidrio y la madera retorciéndose y resquebrajándose: la proa del Grand Banks había abordado a la patrullera por estribor y atravesado su quilla. La lancha se escoró hacia la izquierda mientras la tripulación trataba por todos los medios de agarrarse a cualquier objeto fijo para no caer por la borda, pero la embarcación empezó a hundirse de inmediato.

Pitt dio nuevamente marcha atrás y sacó al Grand Banks del boquete abierto en el casco, dejando que una enorme masa de agua ocupase el lugar en el agujero. Por un momento, la lancha intentó recuperar la estabilidad de la quilla, pero las aguas inundaron la cubierta y se hundió de súbito; la luz del reflector seguía brillando cuando la nave tocó el fondo del fiordo, dejando a sus tripulantes la labor de mantenerse a flote en las aguas gélidas.

—Al —dijo Pitt con tono tranquilo—, comprueba el compartimiento delantero.

Giordino desapareció por una escotilla y regresó al cabo de unos segundos.

—Estamos tragando agua como un sediento. Dentro de cinco minutos nos reuniremos con nuestros amiguitos en el agua, antes incluso si no detienes esta bañera.

—¿Y quién ha dicho que queremos seguir a bordo? —Pitt tenía la mirada fija en el ordenador direccional. La distancia a la quebrada era solo de cincuenta metros, pero era un espacio insalvable para un barco que se hundía rápidamente. Si trataban de seguir navegando hacia delante solo conseguiría que aumentase el nivel del agua en el interior de la proa destrozada. Su mente se puso a trabajar con singular lucidez, como ocurría siempre en los momentos de crisis, considerando los pros y los contras de todas las opciones. Hizo que el Grand Banks se deslizase por el agua marcha atrás para que la proa se levantase y bajase la popa. Con el problema de la inundación resuelto provisionalmente, avisó a los demás:

—Salid a cubierta y preparaos para el choque cuando llegemos a las rocas.

—¿A cubierta? —preguntó Pat, perpleja.

—En caso de que el barco se dé la vuelta cuando encallemos, será mejor que permanezcáis al descubierto para poder lanzaros al agua.

Giordino cogió a las dos mujeres y las hizo sentarse en la cubierta, con la espalda apoyada contra la cabina mientras se agarraban a la barandilla de la borda. Él se sentó en medio rodeándoles la cintura con los brazos. Pat estaba paralizada de miedo pero Megan, mirando el rostro impertérrito de Giordino, se armó de valor. El y el hombre del timón las habían llevado hasta allí. No podía concebir que faltasen a su palabra y no las llevasen de vuelta a casa sanas y salvas.

El Grand Banks se estaba hundiendo poco a poco a causa del agua que inundaba la proa dañada bajo la línea de flotación. Estaban muy cerca de la boca de la quebrada. Los peñascos de roca negra que Pitt y Giordino habían dejado atrás antes de iniciar su viaje submarino hasta el astillero se erguían entre las sombras, altaneros y desafiantes. Pitt hizo todo lo posible por bordear el peñasco más grande, distinguiendo apenas sus formas con la ayuda de la espuma blanca de las olas de medio metro que lo envolvían y se estrellaban contra él.

Entonces, una de las hélices golpeó la roca con un fuerte sonido metálico y resultó destrozada. Acto seguido, el motor quedó fuera de control. Luego se oyó un golpe más fuerte y el barco se estremeció, pero siguió avanzando un par de metros, hasta que el lado de estribor del espejo de popa se estrelló contra una roca y la madera se hizo pedazos. Como si se hubiese abierto un agujero en una presa, un chorro de agua inundó la parte posterior de la cubierta y empujó la popa hacia abajo. El siguiente impacto se produjo con una fuerza arrolladora, mientras el barco arremetía contra la roca y la quilla se hacía trizas; pero entonces, el terrible fragor cesó de repente y el Grand Banks por fin se detuvo por completo, con la popa

destrozada a solo tres metros de la orilla rocosa.

Pitt cogió el ordenador direccional y salió de la cabina de mando.

—¡Todo el mundo a tierra! —gritó. Se echó a Megan al hombro y le sonrió—. Perdona mis modales, jovencita, pero no podemos perder tiempo buscando una escalera.

A continuación se deslizó por la borda y se metió con Megan en el agua helada hasta que sus pies tocaron el fondo, a un metro veinte. A sabiendas de que Pat y Giordino iban detrás de él, avanzó por las rocas resbaladizas y cubiertas de limo hasta alcanzar tierra.

En cuanto sacó los pies del agua, soltó a Megan y comprobó el ordenador para cerciorarse de que estaban en la quebrada correcta; así era: el Skycar se encontraba a escasos minutos de distancia.

—Estás herido —señaló Pat al ver el reguero de sangre que resbalaba por la mano de Pitt bajo la luz de las estrellas y la luna creciente—. Ese corte tiene muy mala pinta.

—Me he cortado con un cristal —se limitó a decir.

Pat introdujo la mano en su mono rojo, se quitó el sujetador y lo utilizó para vendar la mano de Pitt y así detener la hemorragia.

—Vaya, es la primera vez que veo una venda como ésta —murmuró él con una sonrisa.

—Teniendo en cuenta las circunstancias —repuso ella al tiempo que ataba los extremos en un fuerte nudo—, es lo máximo que puedo hacer.

—¿Quién se ha quejado? —Le dio un abrazo y se volvió hacia las sombras para dirigirse a Giordino—. ¿Estamos todos presentes e ilesos?

Giordino tenía a Megan cogida de la mano.

—La adrenalina sigue fluyendo por las venas.

—En ese caso, adelante —dijo Pitt—. Nuestro avión privado nos espera.

A Sandecker y al agente Little, la espera hasta el siguiente contacto con Pitt y Giordino se les hizo eterna. El fuego había quedado reducido a unas brasas humeantes, y el almirante no parecía tener ningún interés por reavivarlo. Dio unas caladas a su habano y exhaló volutas de humo azul. Tanto él como Little pasaron el tiempo escuchando fascinados las historias que les contaba el almirante Hozafel, historias que no había contado a nadie en más de cincuenta y seis años.

—Estaba diciendo, almirante —dijo Sandecker—, que los nazis enviaron varias expediciones para explorar la Antártida algunos años antes de la guerra.

—Sí, Adolf Hitler tenía mucha más imaginación de lo que la gente cree. No sé qué le inspiró, pero desarrolló una gran fascinación por la Antártida, primordialmente para poblarla y utilizarla como una gigantesca base militar. Creía que si ese sueño se hacía realidad, sus fuerzas aéreas y navales controlarían todos los mares al sur del

trópico de Capricornio. Colocó al capitán Alfred Ritscher al mando de una gran expedición para explorar el subcontinente. El *Scwabensland*, uno de los primeros portaaviones alemanes que se emplearon para reabastecer de combustible a los hidroaviones que sobrevolaban el Atlántico a principios de los años treinta, se reconvirtió en un buque de investigación de la Antártida y zarpó de Hamburgo en diciembre de 1938 con la excusa de estudiar las posibilidades de establecer una colonia ballenera. Tras alcanzar su destino a mitad del verano meridional, Ritscher envió aeronaves con las mejores cámaras alemanas de último modelo. Sus aviones cubrieron un territorio de casi 650 000 kilómetros cuadrados y tomaron más de once mil fotografías aéreas.

—He oído rumores acerca de esa expedición —dijo Sandecker—, pero no conocía los datos reales.

—Ritscher regresó con una expedición mayor al año siguiente, esta vez con aeronaves dotadas de esquís para aterrizar sobre el hielo. También se llevaron consigo un pequeño zepelín. En esa ocasión cubrieron 950 000 kilómetros cuadrados y aterrizaron en el polo Sur para plantar banderas con la esvástica cada cincuenta kilómetros para reivindicar el territorio nazi.

—¿Descubrieron algo de especial interés? —inquirió Little.

—Ya lo creo —repuso Hozafel—. Las fotografías aéreas mostraron un buen número de zonas desprovistas de hielo, lagos congelados cuya superficie helada era inferior a un metro veinte de espesor y orificios que desprendían vapor con signos de vegetación alrededor. Sus fotografías también detectaron lo que parecían trechos de carreteras y caminos bajo el hielo.

Sandecker se incorporó en su asiento y miró al ex comandante alemán.

—¿Los alemanes encontraron pruebas de la existencia de una civilización en la Antártida?

Hozafel asintió con la cabeza.

—Con la ayuda de motonieves, varios equipos encontraron cuevas de hielo naturales. Durante la exploración de dichas cuevas, se toparon con los restos de una antigua civilización y este hallazgo inspiró a los nazis emplear su ingenio tecnológico y sus técnicas de ingeniería para construir una inmensa base subterránea en la Antártida. Fue el secreto mejor guardado de la guerra.

—Que yo sepa —intervino Little—, los servicios de inteligencia aliados no prestaron credibilidad a los rumores sobre una base nazi en la Antártida, sino que los consideraban una exageración más de la propaganda.

Hozafel esbozó una amarga sonrisa.

—Y eso era lo que se pretendía, pero en cierta ocasión, el almirante Donitz estuvo a punto de hacer que se descubriera el pastel. Durante un discurso a los comandantes de los submarinos, anunció: «La flota de submarinos alemanes se enorgullece de

haber construido para el Führer, en otra parte del mundo, un Shangri-la sobre la tierra, una fortaleza inexpugnable». Por suerte para nosotros, nadie prestó atención a sus palabras. Los submarinos que capitaneé al principio de la guerra nunca fueron enviados a la Antártida, por lo que no fue hasta casi el final, cuando me nombraron comandante del U-699, cuando me enteré de la existencia de la base secreta, cuyo nombre en clave era Nuevo Berlín.

—¿Cómo la construyeron? —inquirió Sandecker.

—Tras el inicio de la guerra, el primer paso que dieron los alemanes fue enviar un par de navíos de asalto a las aguas del sur para hundir a todas las naves hostiles y evitar que los aliados obtuviesen información con respecto al proyecto. Hasta que la armada británica las hundió, esas naves capturaron o destruyeron muchos barcos aliados y todos los pesqueros o balleneros que fondeaban en la zona. Luego, una flota de buques mercantes, camuflados como mercantes aliados, y una flota de enormes submarinos construidos no para entrar en combate sino para transportar grandes cargamentos, empezaron a trasladar hombres, equipo y suministros a la zona de la antigua civilización, que pensaban podía ser la Atlántida.

—¿Por qué construir una base sobre ruinas antiguas? —preguntó Little—. ¿Qué objetivo podía tener como base militar?

—La ciudad perdida en sí no era importante, sino que lo verdaderamente interesante era la inmensa cueva de hielo que se extendía en los alrededores de la ciudad. La cueva tenía casi cincuenta kilómetros de extensión y terminaba en un lago geotérmico de casi ciento ochenta kilómetros cuadrados. Varios científicos, ingenieros, equipos de construcción, así como delegaciones del ejército, la aviación y la marina y, por supuesto, un nutrido contingente de SS para mantener la seguridad y supervisar la operación, aterrizaron y comenzaron las labores de un vasto proyecto de excavación. También llevaron un verdadero ejército de esclavos como mano de obra, sobre todo prisioneros rusos de Siberia, dotados de una gran resistencia a los climas fríos.

—¿Qué pasó con los prisioneros rusos una vez terminada la construcción de la base? —preguntó Little, imaginándose la respuesta.

El rostro de Hozafel se ensombreció.

—Los nazis no podían permitir que, una vez liberados, revelasen el secreto mejor guardado de Alemania, de modo que los dejaron morir de extenuación o los asesinaron.

Sandecker estudió con aire lúgubre la espiral de humo que desprendía su habano.

—Así que hay millares de rusos enterrados bajo el hielo, desconocidos y olvidados.

—La vida no tenía demasiado valor para los nazis —dijo Hozafel—. El sacrificio de construir una fortaleza desde la cual crear el Cuarto Imperio bien valía el precio

que debían pagar.

—El Cuarto Imperio —repitió Sandecker con tristeza—. El último bastión nazi y su último intento de someter al mundo.

—Los alemanes son un pueblo muy obstinado.

—¿Ha visto usted esa base? —quiso saber Little.

Una vez más, Hozafel asintió con la cabeza.

—Después de zarpar de Bergen, el capitán Harger y el U-2015, seguidos por nosotros en el U-699, atravesamos el Atlántico sin salir a la superficie hasta un puerto desierto de la Patagonia.

—Donde descargaron a sus pasajeros y los tesoros —añadió Sandecker.

—¿Conoce los pormenores de la operación?

—Solo conozco los hechos esenciales, pero no los detalles.

—Entonces no puede saber que solo desembarcaron los pasajeros y las muestras de interés médico. Las obras de arte, los lingotes de oro y otros objetos de gran valor, además de las reliquias nazis, permanecieron a bordo del U-2015 y el U-699. El capitán Harger y yo zarpamos entonces en dirección a la base de la Antártida. Tras reunirnos con un barco de reabastecimiento para reponer provisiones, proseguimos el viaje y llegamos a nuestro destino a principios de junio de 1945. El resultado de la ingeniería alemana era algo extraordinario, digno de ver. Un piloto salió del puerto para conducir al U-2105, y nosotros lo seguimos hasta una cueva enorme que era invisible desde el mar. Apareció ante nuestra mirada atónita una gigantesca instalación portuaria excavada en el hielo, capaz de dar cabida a varios submarinos y grandes buques de carga. Nos ordenaron atracar detrás de una nave de transporte militar que estaba descargando piezas de aviones desmontados...

—¿De la base también despegaban aeronaves? —lo interrumpió Little.

—Lo último en tecnología aeronáutica alemana: Junkers 287, bombarderos a reacción convertidos en aviones de transporte, provistos de esquís y modificados para adaptarse a las condiciones subárticas. La mano de obra esclava había excavado un hangar inmenso en el hielo, mientras que la maquinaria de construcción pesada había pulido una pista de aterrizaje de casi dos kilómetros de largo. En cinco años, se había vaciado por completo el interior de una montaña de hielo para formar una pequeña ciudad capaz de albergar a cinco mil obreros y esclavos.

—¿Y no se derretía el hielo del interior de las cuevas y los túneles con el calor generado por los hombres y la maquinaria? —preguntó Little.

—Los científicos alemanes habían ideado un aislante químico con el que rociaban las paredes de hielo e impedían que se derritiesen. La temperatura en el interior del complejo se mantenía constante en torno a los cero grados.

—Y si se había terminado la guerra —le subrayó Sandecker a Hozafel—, ¿qué propósito podía tener la base?

—El plan, por lo que sé, era que los supervivientes nazis de élite del viejo régimen operasen en secreto desde la base, se infiltrasen en Sudamérica y comprasen grandes extensiones de tierra y numerosas empresas técnicas y de producción. También invirtieron mucho dinero en la nueva Alemania y en los países asiáticos, utilizando el oro del viejo tesoro nacional, parte del botín que había sido vendido en América y dólares falsos estampados con el timbre auténtico del Tesoro estadounidense que habían obtenido los rusos y luego confiscados por los alemanes. Las finanzas no eran un problema para fundar el Cuarto Reich.

—¿Cuánto tiempo permaneció en la base? —preguntó Little.

—Dos meses. Luego tomé mi submarino con la tripulación y zarpé rumbo a Río de la Plata para entregarme a las autoridades locales. Un oficial de la armada argentina subió a bordo y me dio instrucciones de continuar hasta la base naval de Mar del Plata. Di la orden, mi última como oficial de la Kriegsmarine antes de entregar el submarino, completamente vacío.

—¿Cuánto tiempo había pasado entonces desde el final de la guerra?

—Faltaba una semana para que se cumplieran cuatro meses.

—Y entonces, ¿qué sucedió?

—Nos detuvieron a mí y a mi tripulación hasta que llegaron los agentes de inteligencia británicos y estadounidenses y nos interrogaron. El interrogatorio se prolongó durante seis semanas enteras hasta que al fin nos liberaron y nos permitieron volver a casa.

—Supongo que ni usted ni su tripulación revelaron nada de esto a los agentes.

Hozafel sonrió.

—Tuvimos tres semanas durante la travesía desde la Antártida hasta Argentina para ensayar nuestras versiones. Tal vez fuesen un poco melodramáticas, pero ninguno de nosotros flaqueó y los interrogadores no averiguaron nada. Se mostraron muy escépticos, pero... ¿quién podía culparlos? Un submarino alemán se esfuma durante cuatro meses, aparece de repente y su comandante afirma que creía que todos los partes por radio en que se daba la noticia de la rendición de Alemania no eran más que una estratagema de los aliados para hacer que revele su posición... No era una historia demasiado convincente, pero no podían rebatirla con nada. —Hizo una pausa con la mirada fija en los rescoldos del fuego—. Entonces, el U-699 fue entregado a la armada de Estados Unidos y remolcado hasta Norfolk, Virginia, donde fue desmantelado y luego desguazado.

—¿Y el U-2015? —lo puso a prueba Sandecker.

—No lo sé. Nunca supe qué había pasado con él ni volví a ver a Harger.

—En ese caso tal vez le interese saber —explicó Sandecker, complacido— que el U-2015 fue hundido hace solo unos días por un submarino nuclear estadounidense en la Antártida.

Hozafel entrecerró los ojos.

—Había oído rumores de actividades de un submarino alemán en los mares del polo Sur mucho después de la guerra, pero nunca parecieron consistentes.

—Porque muchos de los submarinos alemanes de clase XXI y XXII siguen apareciendo en las listas como desaparecidos —dijo Little—. Tenemos la fuerte sospecha de que los altos mandos nazis conservaron una flota entera de submarinos con la intención de utilizarlos como transporte de contrabando durante la posguerra.

—Tengo que admitir que seguramente así fue.

Sandecker estaba a punto de hablar cuando el teléfono sonó de nuevo. Activó el altavoz con el temor de oír noticias que tal vez no le gustasen.

—Le llamo solo para confirmar —dijo la voz de Pitt— que la pizza está en su puerta y el repartidor viene de regreso a la tienda, aunque el tráfico de la hora punta es muy intenso.

—Gracias por llamar —dijo Sandecker, sin rastro de emoción en su voz.

—Espero que vuelva a llamarnos cada vez que le apetezca una pizza.

—Prefiero una calzone. —Sandecker cortó la comunicación—. Bien —anunció con aire abatido—, han llegado a la aeronave y están de camino.

—Entonces van a volver a casa sanos y salvos —dijo Little con súbito entusiasmo.

Sandecker meneó la cabeza con desánimo.

—No. Cuando Dirk ha hablado del tráfico de la hora punta, se refiere a que están siendo atacados por aviones. Me temo que han escapado de los tiburones para caer en manos de las barracudas.

Con su sistema de orientación automática, el Moller Skycar se elevó en la noche y acarició la superficie de las aguas negras del fiordo, aumentando su altitud poco a poco mientras atravesaba el glaciar que bajaba de las montañas. Si cualquiera de las personas que iban a bordo pensaba que, una vez en el Skycar, les esperaba un vuelo tranquilo de vuelta al barco de la NUMA que los esperaba en Punta Entrada, estaban muy equivocadas.

Cuatro helicópteros de combate despegaron de la cubierta del Ulrich Wolf para interceptar al Skycar. Con uno habría bastado, pero los Wolf no querían nuevos fallos. No volaban en formación ni realizaron maniobras de aproximación, sino que se acercaron realizando un despliegue calculado para cortar el paso del Skycar antes de que este alcanzase el santuario de las montañas.

El helicóptero Bo 105LS-7, adquirido por la Destiny Enterprises a la Messerschmitt-Bolkow Corporation, había sido diseñado y construido para el ejército de Alemania Federal sobre todo como apoyo a acciones terrestres y paramilitares. El helicóptero que perseguía al Skycar llevaba a bordo dos hombres y contaba con dos motores que alcanzaban una velocidad máxima de 450 kilómetros por hora. En

cuanto a la potencia de fuego, disponía de un cañón giratorio de 20 mm instalado en posición ventral.

Esta vez, Giordino ocupaba el asiento del piloto, mientras que Pitt controlaba los instrumentos de a bordo y las mujeres iban abrazadas en el estrecho compartimiento posterior. En una repetición del vuelo de ida, Giordino no podía hacer más que forzar las palancas a la velocidad máxima. Todas las demás maniobras estaban dirigidas y operadas por el ordenador. Junto a él, Pitt observaba el rumbo de los helicópteros perseguidores en la pantalla del radar.

—Pero ¿por qué narices no nos dejarán en paz esos matones? —exclamó Giordino.

—Parece que han enviado al equipo completo de persecución —señaló Pitt con la mirada fija en las señales intermitentes del margen externo de la pantalla, que se acercaban al esquema del Skycar, en el centro, como si fuese una diana magnética.

—Si cuentan con misiles termodirigidos capaces de zigzaguear por un cañón, pueden ser un verdadero incordio —dijo Giordino.

—Reza para que no sea así.

—¿Podremos darles esquinazo en las montañas?

—Si lo conseguimos, será por los pelos —contestó Pitt—. Su única esperanza es disparar antes de que salgamos de su alcance. Creo que su velocidad máxima es unos cincuenta kilómetros inferior a la nuestra.

Giordino se asomó por la cubierta transparente.

—Estamos alejándonos del glaciar y acercándonos a las montañas. Si zigzagueamos entre los cañones, seguramente les resultará más difícil disparar.

—¿No deberíais concentraros en conducir este trasto en vez de charlar entre vosotros? —señaló Pat mientras observaba con inquietud la silueta de las montañas que empezaban a flanquear el Skycar bajo la tenue luz de la luna.

—¿Cómo vais ahí detrás? —preguntó Pitt con aire solícito.

—Es como subirse a la montaña rusa —contestó Megan con entusiasmo.

Pat era más consciente del peligro y no estaba tan entusiasmada como su hija.

—Creo que mantendré los ojos cerrados, gracias.

—Nos van a zarandear las turbulencias y los cambios de dirección al pasar entre las montañas, porque vamos a ir a la velocidad máxima —explicó Pitt—. Pero no te preocupes: el ordenador se encarga de pilotar la nave.

—Eso es un gran consuelo —murmuró Pat con ironía.

—Los malos se están acercando por la cima a las nueve en punto —anunció Giordino, observando con preocupación las potentes luces que proyectaban los reflectores de los helicópteros, sobrevolando las laderas irregulares de las montañas.

Los pilotos de los helicópteros de asalto conducían con gran habilidad: no trataron de dar caza al Skycar, que volaba a mayor velocidad, a través de los

vericuetos y recovecos de las quebradas que dividían la cadena montañosa. Sabían que solo tenían una oportunidad, y solo una, de disparar a aquella aeronave de aspecto extraño, por lo que ganaron altitud, todos a la vez, y abrieron fuego contra la quebrada, lanzando sus proyectiles de 20 mm a través de la oscuridad en trayectorias que pasaban junto al Skycar, sin acertarlo.

Pitt comprendió de inmediato cuál era la táctica y dio un codazo a Giordino.

—¡Toma el control manual! —le ordenó—. ¡Detén el aparato en el aire y da marcha atrás!

Giordino obedeció y completó la maniobra antes incluso de que las palabras hubiesen acabado de salir de la boca de Pitt. Desactivó el control automático y tomó el mando, realizando una parada brusca que los hizo clavarse los cinturones de seguridad, y luego volvió hacia el interior de la quebrada.

—Si intentamos atravesar esa descarga de artillería, nos harán pedazos —exclamó Pitt.

—Solo es cuestión de segundos antes de que cambien de posición y abran fuego en esta dirección.

—Ésa es la idea. Cuento con que virarán y dispararán detrás de nosotros, esperando que nos pongamos en medio, pero nosotros saldremos disparados hacia delante de nuevo y los obligaremos a realinearse, el mismo truco que utilizamos con la lancha patrullera. Si las cosas nos salen bien, ganaremos tiempo suficiente para poner una montaña entre nosotros y ellos antes de que puedan abrir fuego de nuevo.

Justo en ese momento los helicópteros rompieron la formación para concentrar la línea de fuego sobre ellos. Al cabo de unos segundos, se habían realineado y apuntado los cañones, y dispararon directamente sobre el Skycar. Era la señal para que Giordino enfilase de nuevo la quebrada. El plan estuvo a punto de salir bien, pero los segundos empleados en la marcha atrás permitieron acercarse a los helicópteros. No hubo descarga concentrada esta vez, sino que los pilotos reaccionaron con rapidez y empezaron a disparar a discreción contra el Skycar.

La lluvia de proyectiles destrozó las palas verticales de la cola. Las ruedas de aterrizaje se desprendieron y la parte superior de la cubierta transparente se hizo añicos de repente y salió despedida en la oscuridad, mientras una ráfaga de aire frío entraba en la cabina. El fuego asesino pero impreciso de los helicópteros cayó de pleno sobre el aparato, pero por fortuna los motores permanecieron intactos. Incapaz de esquivar la lluvia de balas haciendo virar al Skycar en ángulo oblicuo —puesto que las paredes laterales de la quebrada estaban a menos de quince metros de las alas del aparato—, Giordino optó por zarandear el aparato arriba y abajo.

Los proyectiles de 20 mm que pasaban de largo sin acertar en el casco del Skycar se incrustaban en los profundos precipicios y arrojaban auténticos géiseres de fragmentos rocosos. Como un gato perseguido por una jauría de perros, Giordino

dirigió el Skycar por el cañón en una serie frenética de maniobras ondulantes. Doscientos metros más, luego otros cien, y de pronto, Giordino hizo girar el aparato en un ángulo brusco de noventa grados para bordear una ladera cubierta de rocas que, en saliente, bloqueaba la lluvia de proyectiles.

Cuando los helicópteros de Destiny Enterprises llegaron al promontorio y lo rodearon, el Skycar había desaparecido en medio de la oscuridad de las montañas.

IV.
CIUDAD BAJO EL HIELO

10 de abril de 2001, Buenos Aires, Argentina.

Las limusinas formaban un arco alargado en la entrada circular de la embajada británica en Buenos Aires. Varias mujeres vestidas con trajes de noche y acompañadas de hombres con esmoquin salían de los largos coches negros y entraban en el vestíbulo a través de las altas puertas de bronce, donde eran recibidos por el embajador de Gran Bretaña en Argentina, Charles Lexington, y su esposa Martha, una mujer alta y de aire sereno con el pelo blanco cortado a lo paje. El evento social del año era una celebración en honor de la subida al trono del príncipe Carlos, después de que su madre, la reina Isabel, hubiese decidido por fin abdicar.

La flor y nata de la sociedad argentina había sido invitada al acto, y todos habían aceptado la invitación: el presidente, el líder del Congreso de la Nación, el alcalde de la ciudad, financieros e industriales y las celebridades más admiradas de la nación. Todos los que entraban en el salón de baile bajo los compases de una orquesta vestida con trajes del siglo XVIII se quedaban admirados con el suntuoso bufet preparado por los mejores chefs de Inglaterra, que habían venido especialmente para la ocasión.

Cuando Karl Wolf y su singular cortejo de hermanas hicieron su majestuosa entrada en el salón, atrajeron inevitablemente las miradas de todos los presentes. Su séquito personal de guardaespaldas permanecía junto a ellos a todas horas, y las hermosísimas hermanas, de acuerdo con la tradición familiar, iban vestidas con trajes del mismo diseño pero de colores distintos. Después del saludo del embajador británico, entraron en el salón de baile, bajo las miradas de envidia de casi todas las mujeres presentes.

Karl iba acompañado de Geli, Maria y Luci, quienes habían traído consigo a sus maridos, y de Elsie, que acababa de regresar de Estados Unidos. Cuando sus hermanas y sus respectivos consortes empezaron a bailar al compás de una melodía de Cole Porter, Karl condujo a Elsie al bufet, deteniéndose por el camino para aceptar una copa de champán de un camarero de librea. Escogieron una selección de platos exóticos y se dirigieron a la biblioteca, donde encontraron una mesa vacía con dos sillas junto a una librería que ocupaba toda la pared.

Elsie estaba a punto de llevarse un bocado de queso exquisito a la boca cuando su mano se quedó paralizada en el aire y su rostro adoptó una expresión de incredulidad. Karl advirtió su gesto pero no se volvió, sino que esperó pacientemente una explicación, que llegó con la presencia de un hombre alto de aspecto rudo, acompañado por una bellísima mujer con una melena pelirroja que le caía en cascada hasta la cintura. El hombre llevaba un esmoquin con un chaleco de brocado granate y una leontina de oro colgada de la parte delantera. La mujer iba vestida con una

chaqueta de terciopelo negro encima de un vestido ajustado de seda negra que le llegaba hasta los tobillos y con cortes a los lados. Una gargantilla de cuentas de vidrio adornaba su cuello esbelto.

Se acercaron a los Wolf y se detuvieron junto a ellos.

—Me alegro mucho de verte de nuevo, Elsie —dijo Pitt en tono cordial. Antes de que la mujer pudiera responderle, se dirigió a Wolf—: Y usted ha de ser el famoso Karl Wolf, de quien tanto he oído hablar. —Hizo una pausa y se volvió hacia Pat—. Permítanme presentarles a la doctora Patricia O’Connell.

Wolf lanzó a Pitt la mirada glacial de un cortador de diamantes que estudia una pieza antes de levantar el mazo para abrir la cuña y tallarla. Aunque no pareció reconocer a Pitt, Pat sintió cómo un escalofrío le recorría la espina dorsal. El multimillonario era muy atractivo, pero la expresión de sus ojos era fría y amenazadora. Había una dureza en él que hacía presentir una crueldad sin límites. Si Karl sabía quién era ella, no dio señales de reconocer su nombre, como tampoco mostró modales de caballero al no levantarse de la silla.

—A pesar de que nunca nos habíamos visto —continuó Pitt en tono amigable—, siento como si ya nos conociésemos.

—No tengo ni idea de quién es usted —contestó Wolf. Su voz conservaba un leve acento teutón.

—Me llamo Dirk Pitt.

Por un instante, los ojos de Wolf mostraron un atisbo de confusión, pero entonces su rostro adoptó una expresión de pura animosidad.

—¿Es usted Dirk Pitt? —preguntó con tono glacial.

—El mismo. —Lanzó una sonrisa a Elsie—. Pareces sorprendida de verme. Te fuiste de Washington con tanta prisa que no tuvimos oportunidad de charlar de nuevo.

—¿De dónde has salido? —le espetó ella.

—Del Ulrich Wolf —respondió Pitt educadamente—. Después de hacer una visita turística por el barco, Pat y yo vinimos a Buenos Aires y pensamos que no estaría mal pasarnos por aquí para saludaros.

Si los ojos de Elsie hubiesen sido rayos láser, habrían abrasado a Pitt allí mismo.

—Podemos hacer que te maten.

—Ya lo habéis intentado, pero sin éxito —respondió Pitt como si tal cosa—. Y no os aconsejo que lo intentéis de nuevo, y menos en la embajada británica y delante de toda esta gente.

—Cuando salga a la calle, señor Pitt, estará en mi país. No conseguirán que nadie los proteja.

—No es una buena idea, Karl. Solo conseguiría provocar el enfado de los marines de Estados Unidos que nos han escoltado hasta aquí esta noche por orden del embajador estadounidense, John Horn.

Uno de los corpulentos guardaespaldas de Wolf hizo amago de agredir a Pitt, pero Giordino apareció por detrás y le impidió cualquier movimiento. El guardaespaldas, que pesaba veinte kilos más que Giordino y lo superaba en quince centímetros de estatura, le lanzó una mirada de desdén y dijo:

—¿Qué te hace creerte un tipo tan duro, enano?

Giordino esbozó una sonrisa condescendiente.

—¿Te impresionaría saber que acabo de exterminar a media docena de tus indeseables compañeros?

—No bromea —confirmó Pitt.

La reacción del guardaespaldas fue muy cómica: no sabía si montar en cólera o ponerse en guardia. Wolf levantó la mano y despidió a su lacayo con gesto indolente.

—Los felicito por su fuga del Ulrich Wolf. Mis agentes de seguridad han demostrado ser unos incompetentes.

—En absoluto —replicó Pitt en tono afable—. Eran muy buenos. La verdad es que tuvimos suerte.

—Por los informes que he recibido, la suerte no intervino para nada.

Era lo más parecido a un cumplido que Karl Wolf era capaz de pronunciar. Se levantó despacio de la silla y se puso frente a Pitt. Era cinco centímetros más alto que éste y saltaba a la vista que disfrutaba teniendo que bajar la cabeza para mirar a aquella espina clavada en el costado de Destiny Enterprises. Sus ojos azul grisáceo brillaron, pero Pitt le sostuvo la mirada sin pestañear.

—Comete un grave error enfrentándose a mí, señor Pitt. Sin duda ha de saber que estoy decidido a utilizar todos los medios a mi alcance para hacer que este mundo sea tan puro y libre de defectos como hace nueve mil años.

—Pues tiene una forma muy rara de conseguir su objetivo.

—¿Por qué ha venido aquí esta noche?

Pitt no se dejó intimidar.

—He sufrido muchísimas molestias por culpa de su familia, y estaba decidido a conocer al hombre que planea convertirse en el nuevo señor del universo.

—¿Y ahora que por fin me ha conocido?

—Me parece que ha apostado muy fuerte por un fenómeno que puede que no se produzca. ¿Cómo puede estar tan seguro de que el cometa gemelo del que aniquiló a los amenes va a volver el mes próximo para destruir la Tierra? ¿Cómo sabe que no va a pasar de largo, tal como ocurrió entonces?

Wolf le lanzó una mirada pensativa y esbozó una sonrisa maliciosa. Era evidente que un hombre de su estatus social y su poder no estaba acostumbrado a personas que no le tuviesen miedo y que no se arrastrasen a sus pies en su divina presencia.

—El cataclismo inminente es un hecho demostrado. El mundo, tal como lo conocemos, dejará de existir. Con la excepción de mi familia, todos los presentes en

esta habitación, incluido usted mismo, morirán sin remedio. —Se inclinó hacia delante con una sonrisa malévola—. Pero me temo, señor Pitt, que ocurrirá antes de lo que cree. Verá, la fecha se ha adelantado. El fin del mundo... empezará justo dentro de cuatro días y diez horas.

Pitt trató de disimular su estupor. ¡Menos de cinco días! ¿Cómo era posible?

Pat no se molestó en esconder su consternación.

—¿Cómo ha podido hacer esto? ¿Por qué se ha obstinado en mantenerlo en secreto? —exclamó con vehemencia—. ¿Por qué no ha advertido a todos los habitantes de la Tierra para que pudiesen prepararse para la catástrofe? ¿Es que ni usted ni sus maravillosas hermanas tienen conciencia? ¿No tienen compasión? ¿Las muertes de millones de niños no le atormentan, como a cualquier persona normal? Es usted igual de cruel que sus ancestros, que asesinaron a millones de...

Elsie se levantó de repente.

—¿Cómo se atreve a insultar a mi hermano? —exclamó indignada.

Pitt tomó a Pat por la cintura.

—No malgastes tu aliento con estos seres nauseabundos —dijo, con el rostro crispado por la ira. La confrontación se estaba volviendo demasiado tensa, pero no pudo resistirse a hacer un último comentario. Miró a Elsie y dijo en tono agradable, con una sonrisa escalofriante—: ¿Sabes una cosa, Elsie? Apuesto a que acostarse contigo o tus hermanas es como hacerlo con una estatua de hielo.

Elsie alzó la mano para darle una bofetada, pero Pat se adelantó y la agarró por el brazo. Elsie retiró el brazo inmediatamente, escandalizada porque alguien ajeno a su familia se atreviese a tratarla de aquella manera. Por un instante, tanto Pitt como Wolf pensaron que las mujeres iban a enzarzarse en una pelea, pero Pat esbozó una sonrisa descarada y se volvió hacia Pitt y Giordino.

—Estoy aburrida. ¿Por qué no me sacáis a bailar alguno de vosotros dos, caballeros?

Pitt decidió que era mejor quedarse junto a los Wolf para tratar de sacarles más información, de modo que le hizo una seña a Giordino.

—Tú primero.

—Será un placer. —Giordino tomó a Pat de la mano y la condujo a la pista de baile, donde la orquesta estaba tocando *Night and Day*.

—Muy ingenioso por su parte lo de adelantar la fecha —le dijo Pitt a Wolf—. ¿Cómo lo ha hecho?

—Ah, señor Pitt... Debo guardarme alguno de mis secretos, ¿no cree?

Pitt probó una táctica diferente.

—Le felicito por sus barcos. Son verdaderas obras maestras de la arquitectura y la ingeniería naval. Solo la *Freedom*, la ciudad flotante construida por Norman Nixon de Engineering Solutions, puede compararse con sus dimensiones descomunales.

—Eso es cierto. —Muy a pesar suyo, Wolf se sentía intrigado—. Lo cierto es que muchas de las características que incorporamos al Ulrich Wolf provienen de esos diseños.

—¿De veras cree que esas naves tan gigantescas saldrán al mar tras los violentos maremotos?

—Mis ingenieros me han asegurado que sus cálculos son exactos.

—¿Y qué ocurrirá si se equivocan?

La expresión de Wolf sugería que nunca había pensado en esa posibilidad.

—El cataclismo tendrá lugar en el momento exacto en que he dicho que ocurrirá y nuestros barcos permanecerán a salvo.

—No estoy muy seguro de querer sobrevivir a un cataclismo después de que la Tierra quede destruida y se extinga la mayoría de los seres humanos y los animales.

—Ésa es la diferencia entre usted y yo, señor Pitt. Usted lo ve como el fin y yo lo veo como un nuevo y excitante principio. Y ahora, buenas noches. Nos queda mucho por hacer. —Recogió a su hermana y se marchó.

Pitt quería convencerse de que Wolf no era más que otro lunático, pero la pasión de aquel hombre y de toda su familia iba más allá del mero fanatismo. Pitt permaneció allí de pie, inquieto. Ningún hombre de la inteligencia de Karl Wolf construiría un imperio por valor de muchos miles de millones de dólares para luego arrojarlo por la borda por una profecía descabellada. Tenía que haber una lógica detrás de todo aquello, algo demasiado horroroso para poder imaginarlo siquiera. Pero ¿el qué? Según el calendario previsto por el propio Wolf, a Pitt ahora solo le quedaban cuatro días y diez horas para averiguar la respuesta. ¿Y por qué estaba Wolf tan comunicativo con respecto a la fecha prevista para el cataclismo? Era casi como si no le importase que Pitt lo supiese. ¿Acaso pensaba que, sencillamente, ya no tenía importancia, que no había nada que hacer al respecto? ¿O acaso había alguna otra oscura razón en aquella mente perversa?

Pitt salió de la sala. Se acercó a la barra y pidió un añejo, tequila de agave puro con hielo. El embajador Horn se le acercó y se colocó de pie junto a él. Horn, un hombre bajito y de pelo claro, tenía el aspecto de un halcón surcando el cielo por encima de un bosque, más interesado en preservar su soberanía que en buscar una presa.

—¿Qué tal le ha ido con Karl Wolf? —preguntó.

—No demasiado bien —contestó Pitt—. Tiene la obsesión de jugar a ser Dios, y a mí nunca se me ha dado demasiado bien hacer genuflexiones.

—Es un hombre extraño. Nadie que yo conozca ha logrado nunca acercarse a él. No tenemos el menor indicio de los motivos que le inducen a creer que se avecina el fin del mundo. He hablado de ellos con mis colegas aquí y en Washington, y dicen que no hay ninguna prueba de la inminencia de semejante evento, al menos de

momento.

—¿Tiene mucha información sobre él?

—No demasiada, solo lo que he leído en los informes del servicio de inteligencia. Su abuelo era un nazi importante que huyó de Alemania a finales de la guerra. Llegó aquí con su familia y con un grupo de camaradas nazis, además de los mejores científicos e ingenieros. Poco después de llegar a Argentina, fundaron una enorme multinacional financiera en menos de dos años, comprando y dirigiendo las mayores granjas y haciendas, bancos y empresas del país. Una vez establecida su base de operaciones, se ramificaron a nivel internacional en todos los sectores, desde la industria química hasta la electrónica. Solo se pueden hacer conjeturas sobre la procedencia del capital original: se rumorea que provino del oro del tesoro alemán y de los bienes confiscados a los judíos que murieron en los campos de exterminio. Sea cual sea el origen, debió de ser una riqueza inmensa para que hayan podido fundar tantas empresas en tan poco tiempo.

—¿Qué me dice de la familia?

Horn hizo una pausa para pedirle un martini al barman.

—Casi todo son rumores. Mis amigos argentinos hablan en voz baja cada vez en una conversación surge el tema de los Wolf. Se dice que el doctor Josef Mengele, el llamado Ángel de la Muerte de Auschwitz, mantuvo relaciones con los Wolf hasta que se ahogó hace varios años. Debo admitir que las historias que se oyen por ahí parecen muy rocambolescas, pero aseguran que Mengele, prosiguiendo con experimentos genéticos, trabajó con las primeras generaciones de los Wolf para producir descendencia de un elevado coeficiente de inteligencia y una capacidad atlética excepcional. Éstas, a su vez, dieron origen a una raza aún más seleccionada, característica que puede apreciarse en el extraordinario parecido de la tercera generación Wolf, a la que pertenecen Karl y sus hermanas, quienes, por cierto, son idénticos a sus hermanos y primos. Uno de los rumores más descabellados es que durante las últimas horas de la guerra se trajo desde Berlín el esperma de Adolf Hitler, que fue utilizado por Mengele para fecundar a las mujeres de la familia Wolf.

—¿Y usted da credibilidad a todos los *rumores*? —preguntó Pitt.

—La verdad es que no quiero hacerlo —contestó Horn, y bebió un sorbo de su martini—. Los servicios secretos británicos no dicen nada al respecto, pero mi experto de inteligencia de la embajada, el mayor Steve Miller, ha comparado las fotos de Hitler con las de los Wolf mediante el ordenador. Por aberrante que parezca, salvo por el color de los ojos y el pelo, lo cierto es que hay un notable parecido en la estructura facial.

Pitt se enderezó y extendió la mano.

—Embajador, no sabe cuánto le agradezco su invitación y su protección. La idea de venir a Buenos Aires era un poco arriesgada, y usted se ha mostrado muy generoso

con su tiempo al ayudarme a conocer a Karl Wolf en persona.

Horn estrechó la mano de Pitt.

—Ha sido una suerte el que los Wolf hayan venido a la fiesta, pero debo decirle que ha sido un verdadero placer ver cómo alguien le para los pies a ese demonio arrogante. Puesto que soy un diplomático, no puedo permitirme el lujo de hacerlo yo mismo.

—Ahora Wolf afirma que se ha adelantado la fecha, que solo faltan cuatro días para el Armagedón. Creo que la familia pronto embarcará a bordo de las supernaves.

—¿Ah, sí? Qué raro... —exclamó Horn—. Sé de buena tinta que Karl tiene previsto realizar una visita de inspección a sus instalaciones de extracción de minerales en la Antártida pasado mañana.

Pitt entrecerró los ojos.

—Pues no le va a quedar mucho margen de tiempo.

—Ese proyecto siempre ha sido un misterio. Por lo que sé, la CIA nunca ha logrado infiltrar a ninguno de sus agentes.

Pitt sonrió.

—Desde luego, está usted muy bien informado con respecto a los asuntos de inteligencia, embajador.

Horn se encogió de hombros.

—Vale la pena estar metido en el ajo.

Pitt removió el tequila en el vaso, observando con gesto pensativo cómo el líquido envolvía los cubitos de hielo. ¿Qué habrá en la Antártida que le importe tanto a Wolf como para hacerle una visita pasado mañana?, se preguntó Pitt. Lo más lógico era que el nuevo líder del Cuarto Imperio se dirigiese hacia su flota para prepararse para el gran acontecimiento en lugar de volar hasta el continente polar. Contando el viaje de ida y vuelta, tardaría dos días... Allí había algo que no cuadraba.

Al día siguiente, veintisiete de los doscientos miembros de la dinastía Wolf, los directivos de la Destiny Enterprises y los principales artífices del Cuarto Imperio se reunieron en la sede de la compañía. La reunión se celebró en la amplia sala de juntas de paredes revestidas con madera de teca y con una mesa de reuniones de doce metros de largo, tallada a mano, también de teca. Un enorme retrato al óleo de Ulrich Wolf colgaba sobre la repisa de la chimenea al fondo de la sala. El patriarca de la familia aparecía de pie, completamente erguido, con el uniforme negro de las SS, la mandíbula hacia fuera y los ojos negros fijos en un horizonte lejano.

Las doce mujeres y los quince hombres esperaron pacientemente mientras les servían vino de oporto añejo de unas vasijas de cristal. A las diez en punto, Karl Wolf salió de la suite presidencial y tomó asiento a la cabeza de la mesa. Durante unos minutos, recorrió con la mirada los rostros de sus hermanos, hermanas y primos, sentados con gesto expectante alrededor de la mesa. Su padre, Max Wolf, estaba sentado a su izquierda, mientras que Bruno Wolf estaba a su derecha. Karl tenía los labios separados en una leve sonrisa y parecía estar de buen humor.

—Antes de dar comienzo a nuestra última reunión en las oficinas de Destiny Enterprises y nuestra queridísima ciudad de Buenos Aires, me gustaría expresar mi admiración por el modo en que vosotros y vuestros seres queridos habéis logrado tantos objetivos en tan poco tiempo. Todos los miembros de la familia Wolf han cumplido de sobras con lo que se esperaba de ellos, y deberíamos estar orgullosos de que ninguno nos haya decepcionado.

—¡Bien dicho! —exclamó Bruno, y la exclamación se repitió en boca de todos los presentes, acompañada por una ronda de aplausos.

—Sin el liderazgo de mi hijo —anunció Max Wolf—, la gran cruzada emprendida por vuestros abuelos nunca habría tenido éxito. Estoy orgulloso de vuestra eminente contribución al futuro nuevo orden, y me siento eufórico por el hecho de que nuestra familia, con la sangre del Führer corriendo por vuestras venas, esté ahora a punto de convertir el Cuarto Reich en una realidad.

En torno a la mesa se oyeron nuevos aplausos. Para cualquier persona ajena, todos los presentes, con la excepción de Max Wolf, parecían clónicos: los mismos rasgos faciales, la misma constitución física, los mismos ojos, el mismo pelo... era como si la sala de juntas se hubiese transformado en la casa de los espejos.

Karl se dirigió a Bruno.

—¿Los que no están presentes aquí hoy se hallan a bordo del Ulrich Wolf?

Bruno asintió con la cabeza.

—Todos los miembros de la familia se hallan instalados cómodamente en sus residencias.

—¿Y los suministros y el equipo?

Wilhelm Wolf levantó una mano y respondió.

—Las provisiones de comida han sido cargadas y almacenadas a bordo de las cuatro naves. Todo el personal del barco se halla a bordo y se ha efectuado un recuento. Se han realizado comprobaciones de todas las piezas de maquinaria y todos los sistemas electrónicos: todos funcionan a la perfección. No se ha dejado lugar para la improvisación ni cabos sueltos. Se han tenido en cuenta todas las posibles contingencias y preparado las alternativas. Los barcos están preparados para soportar el peor de los maremotos pronosticado por nuestras proyecciones por ordenador. Lo único que falta es que el resto de nosotros volemos hasta el Ulrich Wolf y esperemos la resurrección.

Karl sonrió.

—Tendréis que marcharos sin mí. Yo iré luego. Es necesario que supervise los preparativos finales en nuestras instalaciones mineras de Okuma Bay.

—No te retrases —dijo Elsie, sonriendo—. Puede que tengamos que zarpar sin ti.

Karl se echó a reír.

—No temas, querida hermana. No tengo intención de perder el barco.

Rosa levantó la mano.

—¿Descifró la científica americana las inscripciones de los amenes antes de escapar?

Karl negó con la cabeza.

—Por desgracia, se ha llevado consigo toda la información.

—¿Y no pueden recuperarla nuestros agentes? —preguntó Bruno.

—Me temo que no. La mujer está muy bien protegida en la embajada estadounidense. Para cuando hubiésemos acabado de organizar una operación para secuestrarla de nuevo, sería demasiado tarde. El plazo final se nos echaría encima.

Albert Wolf, el paleoecólogo de la familia, un experto en ecosistemas antiguos y en sus efectos sobre la vida animal y vegetal primigenia, tomó la palabra.

—Habría sido más provechoso estudiar la descripción de aquéllos que sobrevivieron al último cataclismo, pero creo que nuestras proyecciones por ordenador ya nos han dado una descripción bastante exacta sobre lo que debemos esperar.

—Una vez los barcos hayan salido a mar abierto —intervino Elsie—, nuestra prioridad principal consistirá en asegurarnos de que están debidamente aislados de la contaminación de las cenizas, los gases volcánicos y el humo.

—Puedes estar muy tranquila a ese respecto, prima —dijo Berndt Wolf, el genio en ingeniería—. Los interiores del barco se vuelven completamente herméticos en cuestión de segundos. Luego le tocará el turno al equipo de filtración diseñado específicamente. Todos los sistemas han sido comprobados con exactitud y se han

demostrado ciento por ciento eficaces. La existencia de una atmósfera pura y respirable por un período de tiempo prolongado es una realidad probada.

—¿Hemos decidido ya en qué parte del mundo desembarcaremos una vez se den las condiciones necesarias? —inquirió Maria Wolf.

—Todavía estamos reuniendo datos y calculando las proyecciones —contestó Albert—. Debemos determinar exactamente el modo en que el cataclismo y los maremotos alterarán las costas terrestres. En realidad, lo principal es analizar la situación una vez el caos haya remitido.

Karl miró a sus parientes.

—Casi todo dependerá de la manera en que se alteren las masas continentales. Es posible que Europa se inunde hasta la altura de los Urales, en Rusia; el agua puede inundar el desierto del Sáhara, y el hielo cubrirá Canadá y Estados Unidos. Nuestra prioridad consiste en sobrevivir al cataclismo y esperar pacientemente antes de decidir dónde establecer nuestra ciudad-base de operaciones para nuestro nuevo orden mundial.

—Estamos considerando varios lugares —añadió Wilhelm—. El requisito fundamental es que sea un puerto, por ejemplo San Francisco, donde poder atracar los barcos, preferentemente una zona rodeada de tierras aptas para cultivos y un área centralizada que facilite el transporte y la consolidación de nuestra autoridad en el nuevo mundo. Buena parte dependerá del alcance del cataclismo.

—¿Sabemos cuánto tiempo deberemos permanecer a bordo hasta que podamos aventurarnos a pisar tierra firme? —preguntó Gerda Wolf, la experta en educación y responsable de los sistemas de enseñanza.

Albert la miró y le dedicó una sonrisa.

—No más del tiempo necesario, hermana mía. Pasarán años, pero no podemos predecir con exactitud cuánto tiempo hará falta para que podamos empezar nuestra conquista de la Tierra con seguridad.

—¿Y la gente que sobreviva en las cotas altas? —inquirió Maria—. ¿Cómo los trataremos?

—Serán muy pocos —respondió Bruno—. Todos los individuos que encontremos con vida serán trasladados a zonas seguras para que sobrevivan como puedan.

—¿No vamos a ayudarles?

Bruno negó con la cabeza.

—No podemos distraer recursos alimentarios antes de que nuestra gente tenga la posibilidad de subsistir en tierra firme.

—Con el tiempo, salvo los miembros del Cuarto Reich —explicó Max Wolf—, el resto de la humanidad se extinguirá. La supervivencia del más fuerte, ésa es la historia de la evolución. El Führer dispuso que algún día una raza de superhombres dominaría la Tierra. Nosotros somos esos superhombres.

—Seamos honestos, tío —dijo Felix Wolf—. No somos nazis fanáticos; el partido nazi murió con nuestros abuelos. Nuestra generación rinde homenaje a Adolf Hitler solo por su capacidad de previsión. No veneramos la esvástica ni gritamos «*Heil!*» ante su retrato. Somos nuestra propia raza, creada para liberar al mundo actual del crimen, la corrupción y la enfermedad mediante el establecimiento de un nivel superior de humanidad, el que construirá una nueva sociedad libre de los pecados de la antigua. De nuestros genes surgirá una nueva raza, pura e inmune a los males del pasado.

—Bien dicho —intervino Otto Wolf, tras haber permanecido callado durante toda la reunión—. Felix ha resumido de forma muy elocuente nuestro objetivo y nuestro compromiso. Ahora lo único que nos queda es llevar a término nuestra gloriosa empresa, hasta su conclusión triunfal.

Siguió un silencio. A continuación, Karl Wolf entrelazó las manos y habló despacio.

—Será muy interesante ver en qué condiciones viviremos el año que viene por estas fechas. Desde luego, será un mundo inimaginable para aquéllos que ya lo hayan abandonado.

Un pequeño camión cerrado, pintado de blanco pero sin distintivos a los lados, pasó con estruendo junto a la terminal del aeropuerto Jorge Newbery, situado en el distrito federal de Buenos Aires, y se detuvo a la sombra de un hangar de mantenimiento. El aeropuerto solía acoger a las compañías aéreas que realizaban vuelos nacionales dentro de Argentina, incluyendo los vuelos procedentes de Paraguay, Chile y Uruguay. Ninguno de los empleados de las aerolíneas pareció fijarse en el jet privado de color turquesa que con las siglas «NUMA» grabadas llamativamente en el fuselaje, acababa de aterrizar y se dirigía hacia el hangar donde aguardaba el camión.

Tres hombres y una mujer salieron del compartimiento de pasajeros y bajaron al pavimento, que hervía con el calor de mediodía. Cuando estaban a punto de llegar a la puerta de las oficinas de mantenimiento del hangar, doblaron la esquina y se acercaron al camión. Una vez estuvieron a diez metros de distancia, la puerta trasera se abrió y cuatro marines de Estados Unidos vestidos con uniformes de camuflaje saltaron al suelo y formaron un perímetro alrededor del vehículo. El sargento al mando ayudó entonces a la congresista Smith, al almirante Sandecker, a Hiram Yaeger y a un tercer hombre a subir al camión antes de volver a cerrar la puerta.

El interior del vehículo era un despacho y puesto de mando amueblado muy confortablemente. Se trataba de uno de los cincuenta vehículos construidos específicamente para las embajadas estadounidenses en todo el mundo. Y estaba diseñado para proteger y ayudar al personal de la embajada a escapar de sus residencias en caso de ataque, como ocurrió en el secuestro y la toma de rehenes en Irán en noviembre de 1979.

Pitt abrazó a Loren Smith, que había subido primero al camión.

—Hola, guapísima. No esperaba verte.

Pat O’Connell sintió una punzada de celos al ver a Pitt abrazando a Loren. La congresista de Colorado era mucho más atractiva de lo que había imaginado.

—El almirante me pidió que viniera, y como no había ninguna votación urgente, aquí estoy, aunque solo sea por un par de horas.

—Qué pena —dijo él—. Podríamos haber visitado Buenos Aires juntos.

—Eso habría estado muy bien —contestó ella con voz pícaro. Luego vio a Giordino—. Al, me alegro de verte.

El hombre le dio un beso en la mejilla.

—Siempre es un placer ver trabajar a mi gobierno.

El almirante se limitó a saludar con la cabeza a Pitt y Giordino y se dirigió directamente a Pat O’Connell.

—No sabe cuánto me alegro de volver a verla, doctora.

—Y usted no sabe cuánto me alegro de estar aquí —respondió ella besándole en la frente, para bochorno del almirante—. Mi hija y yo estamos en deuda con usted por haber enviado a Dirk y Al a rescatarnos.

—No tuve que enviarlos —repuso con ironía—. Habrían ido de todos modos.

Yaeger saludó a sus viejos amigos y a Pat, quien fue presentada a Loren por primera vez. A continuación Sandecker presentó al doctor Timothy Friend.

—Tim es un viejo compañero del colegio; me ayudó a aprobar el álgebra en el instituto. Cuando entré en la academia naval, él se matriculó en la Facultad de Mineralogía de Colorado para graduarse en geofísica. No contento con eso, obtuvo su doctorado en astronomía en Stanford y se convirtió en uno de los astrónomos más respetados del país y en el director del Laboratorio de Cálculo y Simulación Estratégica del gobierno federal. Tim es un mago de las técnicas más innovadoras de visualización.

La calva de Friend estaba rodeada por mechones de pelo gris que parecían pececillos plateados nadando alrededor de un banco de coral. De escasa estatura, tuvo que echar la cabeza ligeramente hacia atrás para mirar a las dos mujeres, mucho más altas. Giordino, que medía un metro sesenta, era al único a quien podía mirar directamente a los ojos. Taciturno y callado cuando se hallaba en compañía de amigos, se convertía en un hombre dicharachero y hablador durante las lecciones delante de sus alumnos, los directores de empresa o los altos funcionarios del gobierno. Saltaba a la vista que allí se encontraba como pez en el agua.

—¿Quieren sentarse? —sugirió Pitt, señalando varias sillas y sofás de cuero de aspecto cómodo que formaban un cuadrado en el centro de la caja del camión. Cuando se sentaron, un miembro del personal de la embajada sirvió café y bocadillos que sacó de una pequeña cocina detrás de la cabina.

—Loren y sus ayudantes del Congreso han investigado a Destiny Enterprises y han averiguado una información muy intrigante —dijo Sandecker, sin más preámbulos.

—Lo que he descubierto en estos dos días es bastante preocupante —empezó Loren—. Con gran discreción, bajo un secretismo asombroso, la familia Wolf y Destiny Enterprises han vendido todos sus negocios, todas y cada una de sus acciones en empresas nacionales e internacionales, todos los *holding* financieros, todas las obligaciones, todos los bonos y todas las propiedades, incluyendo hasta el último mueble de sus casas. Han liquidado todas las cuentas bancarias, así como todos los activos. Han convertido miles de millones de dólares en lingotes de oro que han sido transportados a un lugar secreto...

—Donde ahora mismo los están cargando en las bodegas de su flota de barcos —terminó Pitt.

—Es como si la familia entera, de unos doscientos miembros, no hubiese existido

nunca.

—No son estúpidos —señaló Pitt—. Me parece inconcebible que sean capaces de tomar decisiones irracionales, de modo que ¿va a venir un cometa o no va a venir un cometa?

—Ésa es precisamente la razón por la que he pedido a Tim que venga —explicó Sandecker.

Friend colocó varias carpetas encima de una mesa entre las sillas y los sofás. Cogió la primera y la hojeó antes de consultar sus notas.

—Antes de responder a esa pregunta, permítanme retroceder un poco en el tiempo, para que entiendan para qué se han estado preparando los Wolf. Creo que lo mejor será empezar con el impacto del cometa contra la Tierra en algún momento alrededor del año 7000 A.C. Por suerte, no se trata de un hecho que ocurra con regularidad. A pesar de que la Tierra recibe impactos a diario, se trata de pequeños fragmentos de asteroides que se queman al entrar en la atmósfera. Una vez cada cien años más o menos, cae sobre la Tierra un meteorito de un diámetro de casi medio metro, como el que creó el cráter de Winslow, Arizona, y el otro que explotó antes de hacer impacto en Siberia en 1908 y que devastó casi dos mil kilómetros cuadrados. Una vez cada millón de años, un asteroide de ochocientos metros de diámetro se estrella contra la Tierra con una potencia equivalente a la explosión simultánea de todos los dispositivos nucleares existentes. Más de dos mil de estos grandes misiles celestes atraviesan nuestra órbita con regularidad.

—No es un panorama muy halagüeño —comentó Pat.

—Pero no se preocupe —dijo Friend, sonriendo—, sus probabilidades de morir a causa del impacto de un asteroide son mínimas. Sin embargo, no podemos descartar la posibilidad lógica de que sea solo cuestión de tiempo el que se nos acabe la suerte.

Pitt se sirvió una taza de café.

—Supongo que está hablando de una explosión verdaderamente devastadora.

—Sí, claro —contestó Friend, asintiendo con energía—. Una vez cada cien millones de años, un asteroide o cometa gigante se estrella contra la Tierra, como el que cayó en el mar de la costa de Yucatán hace sesenta y cinco millones de años y provocó la extinción de los dinosaurios. Dicho impacto fue causado por un cuerpo celeste de casi diez kilómetros de diámetro que dejó un cráter de ciento noventa kilómetros de ancho. —Friend hizo una pausa para revisar sus papeles antes de continuar—. Ese fue más pequeño que el que se estrelló hace nueve mil años. El modelo que hemos replicado en el ordenador indica que medía casi dieciséis kilómetros de diámetro y se precipitó sobre la bahía de Hudson, Canadá. La reacción en cadena resultante aniquiló casi el noventa y nueve por ciento de la vida animal y vegetal del planeta, un veinte por ciento más que el asteroide que causó la extinción de los dinosaurios hace sesenta y cinco millones de años.

Loren miró a Friend fascinada.

—¿Qué clase de desastres provocó esa reacción en cadena? —preguntó la congresista.

—Si toma un objeto de dieciséis kilómetros de diámetro y que pesa varios miles de millones de toneladas y lo arroja a través del vacío contra una esfera blanda a una velocidad de doscientos mil kilómetros por hora, provocará una explosión absolutamente impresionante, cuyas dimensiones escapan a nuestra comprensión. La Tierra seguramente vibró como una campana, pues las ondas del impacto se transmitieron a todos los rincones. Con las técnicas de visualización y de simulación por ordenador, determinamos que el cometa llegó en ángulo, que se estrelló contra la parte sudoriental de la bahía de Hudson y que provocó un cráter de trescientos sesenta kilómetros de diámetro, o más del doble del tamaño de la isla de Hawai. El agua de la bahía se evaporó mientras el grueso del cometa, que se estaba desintegrando, se hundía en la tierra más de tres kilómetros. Los astronautas han tomado fotos que muestran una esfera perfecta donde la costa rodea los restos del cráter.

—¿Cómo sabe que fue un cometa y no un asteroide o un meteorito? —preguntó Yaeger.

—Un asteroide es un cuerpo pequeño o un planeta menor que vaga por el interior del sistema solar y que gira alrededor del sol. Algunos son ricos en carbono, otros contienen hierro, silicio y otros minerales. Los meteoritos, en su mayor parte, son fragmentos más pequeños de asteroides que han chocado unos contra otros y se han desintegrado. El mayor que se ha encontrado pesaba setenta toneladas. Un cometa es muy distinto. A menudo se lo define como una bola de nieve sucia formada por hielo, gas y partículas de polvo de roca. Suelen viajar en órbitas ovaladas muy largas en la orilla externa del sistema solar, y a menudo más allá. A causa de la interacción gravitacional del sol y los planetas, algunos sufren una desviación y giran alrededor del sol. Cuando se acercan a éste, la superficie helada del cometa se evapora y forma una cola o un cono alargado espectacular. Se suele creer que son restos de la formación de los planetas. Después de extraer y analizar la composición de los restos microscópicos hallados en el interior y en los alrededores del cráter de la bahía de Hudson, los geofísicos descubrieron partículas diminutas que identificaron como parte del cometa que se estrelló contra la Tierra en el 7000 A.C. Las pruebas no revelaron restos de los minerales y metales habituales asociados a los asteroides.

—Muy bien, ahora sabemos que hubo un impacto —dijo Sandecker—. ¿Qué ocurrió entonces?

—Un cono invertido de dimensiones incalculables formado por roca incandescente, vapor, polvo y escombros se elevó hacia arriba, hacia la atmósfera, y volvió a caer sobre la Tierra en forma de una lluvia feroz que incendió los bosques de

todo el mundo. Cantidades ingentes de azufre, nitrógeno a temperaturas elevadas y grandes dosis de fluoruro salieron disparados hacia la atmósfera. La capa de ozono quedó destruida y el cielo se oscureció mientras los vientos huracanados asolaban la tierra y los mares. Nuestra simulación indica que dicha nube de escombros y humo no duró menos de catorce meses. Solo eso ya habría aniquilado la mayor parte de la vida terrestre y destrozado la cadena alimentaria.

—Es demasiado horrible como para imaginármelo —murmuró Loren en voz baja. Friend esbozó una sonrisa tensa.

—Por desgracia, eso es solo el primer acto. Como la bahía de Hudson se abría al océano Atlántico, se formaron olas de doce o trece metros de altura que se abatieron sobre las tierras bajas. Florida quedó completamente inundada, así como la mayoría de las islas del mundo. Buena parte de Europa y África vio cómo las olas se adentraban cientos de kilómetros en sus costas, y puesto que la mayoría de los primitivos habitantes de Australia vivían en las costas o sus alrededores, el continente sufrió una mortalidad del noventa y nueve por ciento en cuestión de minutos. El sudeste asiático quedó sepultado bajo el agua, y gran parte de la vida marina fue arrastrada tierra adentro por las olas para morir cuando las olas gigantes remitieron por fin. El equilibrio químico de los océanos quedó alterado, y de lo que la catástrofe no aniquiló en los océanos, se encargaría el limo, el barro y los escombros.

»Provocados por el impacto del cometa, unos terremotos descomunales y de magnitud muy superior al máximo en la escala de Richter cambiaron para siempre las dimensiones de las montañas, las llanuras y los desiertos. Luego, los volcanes de todo el planeta, activos o inactivos, entraron en erupción: la lava líquida en capas de casi dos kilómetros de grosor arrasó la tierra que no había quedado sumergida. Si un astronauta hubiese volado a Marte antes del cataclismo y regresado dos años después, no habría reconocido el mundo, como tampoco habría encontrado con vida a nadie a quien hubiese conocido o amado; lo más probable es que hubiese sido el único hombre sobre la faz de la Tierra.

Pitt miró al astrónomo.

—No pinta una escena demasiado alegre.

—Las repercusiones posteriores fueron terribles. Una vez remitieron las aguas del diluvio, rocas de todas las formas y tamaños se dispersaron por toda la superficie, donde aún siguen hoy en día y constituyen un gran enigma para los geólogos, quienes no saben explicar cómo llegaron hasta ahí. Inmensos depósitos de árboles destrozados, junto con los cuerpos de la fauna marina y terrestre que habían sido arrastrados tierra adentro, quedaron amontonados en enormes depósitos, los mismos depósitos que encontramos en las regiones heladas del mundo, cosa que demuestra que fueron elevados hasta allí por un cataclismo gigantesco. Quedaron atrapadas inmensas cantidades de agua que formaron grandes lagos. En un caso en particular, el

estrecho de tierra que separaba el océano Atlántico del valle y los ríos del Mediterráneo desapareció y se formó el mar. Los viejos glaciares se derritieron y se formaron otros nuevos. Los bosques tropicales empezaron a crecer en climas templados donde antes habían soplado vientos glaciales e imperado temperaturas bajo cero. Las regiones de Gobi, el Sáhara y Mojave, antes bosques tropicales, se convirtieron en zonas secas y áridas. Las plataformas continentales que antes se erguían por encima del agua, quedaron hundidas bajo ella. Los polos magnéticos invirtieron su polaridad. Las civilizaciones existentes quedaron enterradas hasta ciento cincuenta metros bajo la superficie. Es posible que el mundo tardara hasta veinte años en volver a estabilizarse. Los pocos humanos que lograron sobrevivir pese a todo tuvieron que enfrentarse a una existencia muy deprimente, y es un milagro que llegasen a vivir lo suficiente para llegar a ser nuestros ancestros.

Pat dejó su taza de café sobre la mesa.

—Los pueblos primitivos de la Tierra estaban tan dispersos y su número era tan reducido que no conservaron ninguna constancia de sus actividades durante miles de años. Con la excepción de las inscripciones de los amenes, la mayoría de las cuales se perdieron o quedaron sepultadas, los únicos recuerdos del cataclismo que pasaron de generación en generación lo hicieron gracias a la tradición oral. Las versiones y los relatos del Diluvio universal no empezaron a propagarse hasta que los primeros egipcios, los sumerios y las civilizaciones del Indo reinventaron el lenguaje escrito.

—¿Quién sabe cuántas ciudades, cuántos palacios con sus tesoros arqueológicos yacen en el fondo del mar o sepultados bajo cientos de metros de cieno y roca? —dijo Pitt—. Salvo por las inscripciones de los amenes, no tenemos forma de conocer el esplendor de ese pasado remoto antes de que las civilizaciones empezaran a reconstruirse a sí mismas.

Friend había permanecido en silencio mientras cada miembro del grupo se imaginaba la pesadilla. Recorrió con la mirada el recinto del camión, observando con curiosidad la expresión de horror en los ojos de los presentes. Solo Pitt parecía sereno: era como si estuviese pensando en algo completamente distinto, a muchos kilómetros de distancia de allí.

—Y así es como termina el cataclismo —dijo Sandecker con aire taciturno.

Friend meneó despacio la cabeza.

—Ahora viene la peor parte —anunció, esta vez sin sonreír—. Los científicos no descubrieron hasta estos últimos años las principales convulsiones que ha experimentado la Tierra en el pasado, con y sin la influencia de objetos procedentes del espacio exterior. Ahora sabemos que un impacto significativo producido por un cometa o un asteroide de grandes dimensiones puede modificar la corteza terrestre. Charles Hapgood formuló la teoría de que, puesto que la Tierra flota literalmente sobre un núcleo interior en estado líquido, la corteza terrestre, de entre cuarenta y

sesenta y cinco kilómetros de grosor, puede rotar, y en realidad ya lo ha hecho, alrededor del eje del núcleo, y de este modo provocar graves oscilaciones en el clima y el movimiento de los continentes. Este fenómeno recibe el nombre de desplazamiento de la corteza terrestre, y sus consecuencias pueden ser catastróficas. Al principio, la teoría de Hapgood fue objeto de las burlas de otros científicos, pero después Albert Einstein empezó a estudiarla y acabó coincidiendo con Hapgood.

—Es decir que es como el revestimiento de un balón de fútbol —sugirió Yaeger.

—Es el mismo principio —admitió Friend—. Nuestra simulación por ordenador indicó que el impacto ejerció presión suficiente para mover la corteza. El resultado fue que algunos continentes, islas y otras masas continentales se acercaron al ecuador, mientras que otras se alejaron de él. El movimiento también hizo que los polos Norte y Sur se desplazasen de sus posiciones originales hacia climas más cálidos y que desprendiesen trillones de toneladas de agua que aumentaron la superficie de los océanos casi ciento veinte metros. A modo de ejemplo, antes del diluvio, un ser humano podía ir de Londres a Francia a través del canal de la Mancha sin mojarse los pies.

»Al final, el mundo entero había cambiado de lugar. El polo Norte, que estaba en el centro de Canadá, se desplazó mucho más hacia el norte en lo que ahora conocemos como el Ártico. Siberia también se desplazó hacia el norte en un lapso de tiempo increíblemente corto, tal como prueban los árboles frutales con hojas y los mamuts que se han encontrado en estado de congelación, con vegetales aún sin digerir en el estómago, plantas que ya no crecen en un radio de miles de kilómetros alrededor del lugar donde fueron encontrados. Puesto que Norteamérica y la mayor parte de Europa se desplazó hacia el sur, la era glacial terminó bruscamente. La Antártida también se desplazó hacia el sur, hasta tres mil doscientos kilómetros de la región que había ocupado en los mares meridionales, entre las regiones inferiores de Sudamérica y África.

—¿Se alteró la órbita de la Tierra? —preguntó Yaeger.

—No, la órbita no sufrió alteraciones y siguió como hasta ahora, alrededor del sol. Tampoco se modificó el eje terrestre. El ecuador permaneció donde había estado desde el principio. Las cuatro estaciones se sucedieron como siempre. Solo la faz de la Tierra había cambiado.

—Eso explica muchas cosas —dijo Pitt—, como por ejemplo, el hecho de que los amenes trazaran un mapa de la Antártida sin su masa de hielo.

—Y su ciudad bajo el hielo, la que descubrieron los alemanes —añadió Pat—. Su clima la hacía habitable antes del cambio.

—¿Y qué ocurrió con el eje de rotación de la Tierra? —inquirió Giordino—. ¿Sufrió alteraciones?

Friend negó con la cabeza.

—La inclinación de 23,4 grados permaneció constante. El ecuador también permaneció constante. Solo se movió la corteza que recubre el núcleo líquido.

—Si pudiésemos volver al cometa por un instante... Ha llegado el momento de que respondas a la pregunta de Dirk. ¿Estaban en lo cierto los amenes, y con ellos la familia Wolf, al predecir una colisión catastrófica con el cometa gemelo del que chocó contra la Tierra en el año 7000 A.C?

—¿Puedo tomar otra taza de café? —preguntó Friend.

—Por supuesto —dijo Loren, y le sirvió de la cafetera que había en el centro de la mesa.

Friend bebió unos sorbos y dejó la taza en la mesa.

—Bien, antes de responder a su pregunta, almirante, me gustaría describir resumidamente el nuevo sistema de alarma contra cometas y asteroides, que entró en funcionamiento hace solo un año. Se ha establecido un buen número de instalaciones telescópicas y de instrumentos diseñados específicamente en distintas partes del mundo con el propósito expreso de descubrir asteroides y cometas cuyas órbitas se aproximen a la Tierra. Los astrónomos que dirigen las instalaciones ya han descubierto más de cuarenta asteroides que, de manera inquietante, se aproximarán a la Tierra en algún punto dentro de su órbita, pero los cálculos detallados indican que todos pasarán de largo por un margen bastante amplio en los años venideros.

—¿Saben ellos que un segundo cometa se está aproximando y han optado por guardar en secreto la información sobre la colisión? —preguntó Loren con consternación.

—Rotundamente no —contestó Friend—. Aunque lo cierto es que los astrónomos acordamos mantener la información sobre posibles colisiones en secreto durante cuarenta y ocho horas, hasta que las proyecciones por ordenador puedan probar que el impacto es inminente. Solo cuando estemos seguros de que la colisión es inminente se harían públicos los datos sobre el descubrimiento.

—De modo que está diciendo... —terció Yaeger.

—Que en este momento no hay ninguna situación de emergencia.

Pitt miró a Friend.

—Repita eso, por favor.

—El hecho ocurrido en el 7000 A.C. tiene una probabilidad entre un millón de repetirse de nuevo —explicó Friend—. El cometa que se estrelló contra la Tierra y el cometa que llegó al cabo de unos días y pasó de largo no eran gemelos: eran objetos independientes en órbitas distintas, y la casualidad quiso que cruzaran sus caminos con la Tierra casi al mismo tiempo. Una coincidencia increíble, nada más.

—¿Cuánto tiempo falta para que regrese el segundo cometa? —inquirió Pitt con cautela.

Friend se quedó pensativo unos instantes y luego contestó:

—Según nuestros cálculos, no se acercará a la Tierra a menos de 1 288 000 kilómetros... dentro de diez mil años.

Se sucedieron varios minutos de silencio absoluto, pues todos los presentes habían enmudecido por la perplejidad producida por las palabras del doctor Friend. Pitt soltó unos juramentos en voz baja y miró fijamente a Friend, como intentando leer algo en los ojos del astrónomo, incertidumbre tal vez, pero no había rastro de ella.

—El cometa... —empezó.

—Se llama Baldwin, por el astrónomo aficionado que lo descubrió —lo interrumpió Friend.

—¿Quiere decir que el cometa Baldwin y el segundo cometa descrito por los amenes son el mismo?

Friend asintió vigorosamente.

—No hay ninguna duda. Los cálculos confirman que su órbita coincidió con el cometa que provocó el cataclismo del 7000 A.C.

Pitt miró a Sandecker y a Pat y luego de nuevo a Friend.

—¿Puede haber algún error?

Friend se encogió de hombros.

—Tal vez un margen de error de doscientos años, pero no más, eso seguro. El único objeto de grandes dimensiones que ha entrado en la atmósfera de la Tierra a lo largo de la historia aparte de aquel cometa fue el que devastó dos mil kilómetros cuadrados en Siberia. Ahora los astrónomos están empezando a creer que, en lugar de un impacto colosal, en realidad estuvo a punto de producirse una colisión, pero no ocurrió por los pelos.

—Sin duda los Wolf deben de haber tenido acceso a los mismos datos —comentó Loren, perpleja—. No tiene sentido liquidar todos los bienes de la familia después de haberse gastado miles de millones de dólares construyendo una flota de barcos para sobrevivir a un cataclismo que no va a tener lugar.

—Todos estamos de acuerdo contigo —convino Sandecker—. Podría ser que la familia Wolf no fuese más que un hatajo de chiflados, sencillamente.

—No se trata solo de la familia —intervino Giordino—, sino de doscientas setenta y cinco mil personas que trabajan para ellos y que esperan con ansia el viaje a ninguna parte.

—A mí no me parece una secta de locos insignificante —dijo Loren.

—Es cierto —afirmó Pitt—. Cuando Al y yo nos infiltramos en el superbarco, encontramos un fanatismo absoluto obsesionado con la idea de sobrevivir al diluvio.

—Yo llegué a la misma conclusión —añadió Pat—. Las conversaciones que escuché por ahí con respecto al cataclismo inminente mostraban una convicción total. No había la menor duda en sus mentes de que la catástrofe destruiría el mundo y que

a ellos les había sido concedido el don de reconstruir una nueva civilización sin los defectos de la antigua.

Giordino miró a Pat.

—Un eco de Noé y su arca.

—Pero a una escala mucho mayor —le recordó Pitt.

Sandecker meneó la cabeza despacio.

—Debo admitir que todo esto es un misterio para mí.

—La familia Wolf debe de tener motivos sólidos. —Pitt hizo una pausa, pues todos lo miraban en silencio—. No puede haber otra respuesta. Si están convencidos de que el mundo civilizado va a ser aniquilado y enterrado para siempre, deben de saber algo que nadie más sabe.

—Le aseguro, almirante —intervino Friend—, que ninguna catástrofe se está fraguando dentro del sistema solar, y mucho menos dentro de los próximos días. Nuestro sistema de detección no ha visto ningún asteroide o cometa de gran tamaño aproximándose a la órbita de la Tierra en el futuro inmediato, y desde luego no antes del fin del próximo siglo.

—Y entonces, ¿qué otra cosa podría provocar un desastre semejante? ¿Existe alguna forma de predecir un desplazamiento de la corteza terrestre o una alteración polar? —preguntó Yaeger a Friend.

—No sin la posibilidad de estudiar un fenómeno similar de primera mano. Los terremotos, las erupciones volcánicas y las tsunamis... todos esos fenómenos ya han sido observados y descritos, pero no se ha registrado ningún movimiento de la corteza terrestre o de los polos desde que nació la ciencia, en la época de los griegos. Así, no disponemos de ningún dato sólido sobre el que basar suficientes conclusiones como para intentar siquiera realizar predicciones.

—¿Existen condiciones en la Tierra capaces de provocar el desplazamiento de la corteza y los polos? —preguntó Pitt.

—Sí —respondió Friend—. Hay fuerzas naturales que podrían alterar el equilibrio terrestre.

—¿Como por ejemplo?

—La situación más probable sería un desplazamiento del hielo que recubre los polos.

—¿Es eso posible?

—La Tierra es como una peonza o un giroscopio gigante que rota sobre su eje mientras rota a lo largo de un año entero alrededor del sol y, como las peonzas, no está en equilibrio perfecto, porque las masas continentales y los polos no están colocados en una posición ideal para la estabilización perfecta. De aquí que nuestro planeta oscile mientras gira. Ahora bien, si uno de los polos terrestres aumenta de tamaño hasta hacerse desproporcionado, este hecho afectaría a la oscilación, igual

que una rueda desnivelada en nuestro coche. Entonces podría provocar un desplazamiento de la corteza terrestre o un movimiento polar. Conozco a científicos muy respetados que creen que esto sucede de forma regular.

—¿Con cuánta frecuencia?

—Cada seis u ocho mil años, aproximadamente.

—¿Cuándo fue el último movimiento?

—Analizando partes del núcleo extraídas del fondo del mar, los oceanógrafos han datado el último desplazamiento hace nueve mil años, el momento aproximado en que vuestro cometa se estrelló contra la Tierra.

—Así que se podría decir que ya nos toca —dijo Pitt.

—En realidad, ya nos tendría que haber tocado. —Friend hizo un gesto de impotencia con las manos—. No podemos decirlo con seguridad. Lo único que sabemos es que cuando llegue el día, el desplazamiento será muy brusco. No habrá aviso.

Loren lanzó a Friend una mirada de inquietud.

—¿Cuál será la causa?

—La formación de hielo que se acumula sobre la Antártida no está distribuida equitativamente. Un lado del continente recibe mucho más hielo que el otro. Cada año, más de cincuenta mil millones de toneladas de hielo se acumulan sobre la banquisa de Ross, una masa creciente que acentúa la oscilación de la Tierra. Con el tiempo, y con el desplazamiento del peso, también se desplazarán los polos, que harán converger sobre el ecuador, tal como el propio Einstein predijo, trillones de toneladas de agua y hielo desde ambos polos. El polo Norte se desplazará hacia el sur y el polo Sur se desplazará hacia el norte. Todas las fuerzas desatadas por el impacto del cometa se repetirán. La diferencia principal es que, mientras que hace nueve mil años el mundo contaba con una población de cerca de un millón de personas, ahora el mundo cuenta con siete mil millones de seres humanos que serán aniquilados. Nueva York, Tokio, Sidney, Los Angeles, quedarán completamente inundadas, mientras que las ciudades del interior bajarán al nivel del suelo y desaparecerán. Ni siquiera una losa de cemento quedará en pie en el mismo lugar donde solo unos días antes paseaban millones de personas.

—¿Y si la banquisa de Ross se soltase de repente del continente y se adentrase en el mar? —preguntó Pitt a Friend, dejando la pregunta suspendida en el aire.

El rostro del astrónomo se ensombreció.

—Ya hemos tenido en cuenta esa posibilidad. Una de nuestras simulaciones muestra que un movimiento drástico de la banquisa provocaría un desequilibrio lo bastante importante como para desencadenar un desplazamiento repentino de la corteza terrestre.

—¿Qué quiere decir con un movimiento drástico?

—Nuestra simulación demostró que si la banquisa entera se separase y se adentrase unas sesenta millas en el mar, la dislocación de su masa aumentaría la oscilación terrestre lo suficiente para provocar un movimiento de los polos.

—¿Cuánto tiempo tardaría en avanzar sesenta millas marinas?

Friend reflexionó unos instantes y dijo:

—Teniendo en cuenta la fuerza de las corrientes en esa parte de la Antártida, no creo que más de treinta y seis horas.

—¿Y no habría forma de detener el avance? —preguntó Loren.

—No sé cómo. —Friend negó con la cabeza—. No; dudo que un millar de bombas nucleares pudiesen derretir suficiente hielo de la banquisa. Pero escuchen, todo esto es puramente teórico. ¿Por qué motivo se iba a soltar la banquisa para adentrarse en el mar?

Pitt miró a Sandecker, quien le devolvió la mirada. Ambos se estaban imaginando la misma pesadilla, y ambos leyeron la mente del otro. Pitt miró a Loren.

—La instalación de nanotecnología de los Wolf que procesa minerales del agua del mar... ¿a cuánto está de la banquisa de Ross? —le preguntó.

Loren abrió los ojos como platos.

—¿No estarás pensando...?

—¿A cuánto está? —insistió Pitt.

La congresista inspiró hondo.

—La planta está justo en el borde de la banquisa.

Pitt miró a Friend.

—¿Sabe cuál es el tamaño de la banquisa de Ross, doctor?

—Es inmensa —contestó el astrónomo, separando los brazos para dar una idea de su extensión—. No puedo darles las dimensiones exactas. Solo sé que es la mayor masa de hielo flotante del mundo.

—Dadme unos minutos —intervino Yaeger al tiempo que abría su ordenador portátil y empezaba a aporrear el teclado. Todos permanecieron en silencio observando cómo se conectaba con su red de ordenadores en el cuartel general de la NUMA. Al cabo de unos minutos, estaba leyendo los datos en su monitor—. Los cálculos muestran una masa en torno a los 540 000 kilómetros cuadrados, es decir, más o menos la superficie de Texas. La circunferencia, sin contar el perímetro que toca con el mar, es de casi 2250 kilómetros. El espesor varía de 335 a 700 metros. Los científicos la comparan con una balsa flotante gigantesca. —Yaeger miró los rostros absortos en su informe—. Por supuesto, hay una montaña de datos adicionales sobre la banquisa, pero ésta era la información básica.

—¿Cómo puede alguien conseguir que 540 000 kilómetros cuadrados de hielo se separen del continente para adentrarse en el mar? —preguntó Pat.

—No tengo ni la menor idea —contestó Pitt—, pero apuesto a que las tres últimas

generaciones Wolf llevan planificando y preparando eso mismo.

—¡Dios mío! —murmuró Friend—. Es inconcebible...

—Las piezas del puzzle empiezan a encajar —masculló Giordino.

—Sea cual sea el medio que empleen, pretenden separar la banquisa de hielo del continente y hacerla avanzar mar adentro para alterar la rotación de la Tierra y provocar un aumento en su oscilación. Una vez el desequilibrio llegue a la fase crítica, tendrá lugar un movimiento de los polos y un desplazamiento de la corteza terrestre. Luego, las supernaves de los Wolf, después de sobrevivir a los maremotos resultantes, serán lanzadas a mar abierto, donde permanecerán a la deriva durante varios años hasta que remitan las convulsiones. Cuando estén convencidos de que el planeta es habitable de nuevo, desembarcarán en tierra firme para fundar un nuevo orden, el Cuarto Imperio, sobre los cadáveres de siete mil millones de personas, sin contar con la destrucción masiva de la vida animal y marina.

Todos los presentes parecían consternados, con la viva imagen del desánimo y la desesperación dibujada en sus rostros. Ninguno de ellos era capaz de concebir semejante horror, ni sus mentes podían asimilar la crueldad infinita de semejante acto.

—Que Dios nos ayude —murmuró Loren.

Pitt miró a Sandecker.

—Debe informar al presidente.

—He mantenido informados acerca de nuestra investigación a su comité científico y su consejero especial, Joe Flynn, pero de momento ninguno de ellos se ha tomado en serio la amenaza.

—Pues será mejor que recapaciten, y que lo hagan ya mismo —dijo Giordino.

—Y será mejor que nosotros reconsideremos nuestras opciones —añadió Pitt— y esbochemos un plan de acción. Con solo tres días por delante, no nos queda mucho tiempo para impedir que los Wolf provoquen un apocalipsis.

El piloto del jet privado de Destiny Enterprises completó la maniobra de aproximación y se posó sobre la pista de aterrizaje sin la menor sacudida. El avión, el último de una flota que acababa de ser vendida, era un bimotor Dragonfire de fabricación japonesa sin ningún distintivo en el fuselaje, las alas o la cola. Estaba pintado de blanco y se confundía con el paisaje nevado mientras se dirigía hacia lo que parecía la pared vertical de una montaña cubierta de hielo.

Cuando faltaban menos de cien metros para que el avión chocase contra la montaña, la pared de hielo se abrió como por arte de magia y dejó al descubierto una inmensa gruta interior. El piloto tiró de las palancas con suavidad y detuvo el aparato en mitad del hangar que los prisioneros rusos habían excavado en el hielo casi sesenta años antes. Los motores del avión soltaron un leve gemido antes de que sus turbinas aminorasen la rotación hasta detenerse lentamente. Detrás, las pesadas puertas de hielo se cerraron sobre una serie de gruesas ruedas de caucho macizo.

Había otros dos aviones aparcados en el hangar, ambos versiones militares del A340-300 de la empresa Airbus Industrie. Uno tenía capacidad para transportar 295 pasajeros y veinte toneladas de carga, mientras que el otro había sido diseñado únicamente para el transporte de mercancías. Ambos aparatos estaban rodeados por equipos de mantenimiento que realizaban las comprobaciones de los motores y llenaban los depósitos de combustible para la evacuación inminente del personal de Wolf a los enormes superbarcos que aguardaban al abrigo del fiordo chileno.

El gigantesco hangar era un hervidero de actividad silenciosa. Los trabajadores, vestidos con los uniformes de distintos colores de las industrias Wolf, se movían sin hacer ruido y hablaban en voz baja mientras cargaban las más de cien cajas de madera con los objetos y riquezas de los amenes, además de las obras de arte saqueadas de la Segunda Guerra Mundial y las sagradas reliquias nazis, todo ello listo para el traslado al Ulrich Wolf.

Cincuenta hombres del servicio de seguridad aguardaban atentos al pie del avión mientras de este descendía Karl Wolf y su hermana Elsie. Karl llevaba un par de pantalones de esquí y una chaqueta de ante forrada de alpaca, mientras que Elsie iba vestida con un mono de esquiar debajo de un abrigo de piel que le llegaba hasta la rodilla.

El hombre que dirigía las operaciones de transporte esperaba al pie de la escalerilla.

—Primo Karl, prima Elsie, vuestra visita es un gran honor para mí.

—Primo Horst —lo saludó Karl—. Creo que es mi deber supervisar las últimas etapas del sistema previsto para la llegada del fin del mundo.

—Momento que está a punto de ocurrir —añadió Elsie con orgullo.

—¿Cómo va la evacuación? —preguntó Karl.

—La llegada de los pasajeros y la carga al Ulrich Wolf está prevista diez horas antes del cataclismo —le explicó Horst.

A continuación, su hermano Hugo y su hermana Blondi salieron a recibirlos.

—Bienvenido de nuevo a Valhalla —dijo Blondi, saludando a Karl.

—Otros asuntos me han retenido lejos de aquí demasiado tiempo —explicó Karl.

Hugo, que era el jefe de las fuerzas de seguridad de la familia, gesticuló hacia un pequeño automóvil eléctrico, perteneciente a una flota de maquinaria y vehículos pesados que se alimentaban con baterías para evitar la acumulación de anhídrido carbónico en el interior de las cuevas.

—Os llevaremos al centro de control, donde podréis comprobar cómo ponemos fin al viejo mundo.

—Después de pasar revista a tus guardias —dijo Karl. Seguido de Elsie, se paseó por la fila de guardias de seguridad vestidos con sus uniformes negros, quienes formaban en posición de firmes, con las automáticas P-10 sujetas a las caderas y los fusiles Bushmaster M17S colgados del hombro. Karl se detenía de vez en cuando para preguntarle a alguno de los guardias su nacionalidad y su historial militar. Cuando llegó al final de la fila, sonrió con satisfacción.

—Una compañía de hombres intrépidos. Has hecho un buen trabajo, Hugo. Parecen capaces de enfrentarse a cualquier emergencia.

—Tienen órdenes de disparar a cualquier intruso sin identificación que entre en nuestro perímetro.

—Espero que resulten más eficientes que los hombres de Erich en el astillero.

—No habrá ningún error aquí —le aseguró Hugo—. Te lo prometo, hermano.

—¿Alguna señal de intrusos?

—Ninguna —respondió Blondi—. Nuestra unidad de control no ha detectado ninguna actividad en un radio de doscientos cuarenta kilómetros.

Elsie la miró.

—Doscientos cuarenta kilómetros no me parecen muchos.

—Es la distancia hasta Little América V, la estación de investigación antártica de los yanquis. Desde que están allí no han mostrado el menor interés por nuestras operaciones. Nuestra vigilancia aérea todavía no ha detectado ni un solo intento de entrar sin autorización en nuestras instalaciones mineras.

—Los norteamericanos están tranquilos —añadió Hugo—. No nos causarán problemas.

—Yo no estoy tan seguro —replicó Karl—. Mantened los ojos abiertos. Me temo que sus servicios de inteligencia están a punto de descubrir nuestro secreto.

—Cualquier intento de detenernos llegará demasiado tarde —aseguró Hugo con convicción—. El Cuarto Imperio es ya inevitable.

—Espero de todo corazón que así sea —dijo Karl, entrando en el automóvil delante de las dos mujeres. Pese a que solía comportarse con galantería con las mujeres, provenía de la vieja escuela alemana, según la cual los hombres nunca ceden el paso a las damas.

El conductor del coche eléctrico salió de la zona del hangar y entró en un túnel. Al cabo de unos cuatrocientos metros, atravesaron la entrada de una enorme cueva de hielo que contenía un pequeño puerto con largos muelles flotantes que subían y bajaban por la oscilación de la marea del mar de Ross. El canal de techos altos que conducía del puerto interno hacia el mar describía una curva suave para permitir que los barcos grandes navegasen por el pasaje mientras los precipicios de hielo tapaban la vista desde el exterior. La luz de todo el complejo procedía de unos dispositivos en el techo que contenían docenas de bombillas halógenas. Había cuatro submarinos y un pequeño buque de mercancías atracados en los muelles. Las instalaciones portuarias estaban desiertas. Las grúas de carga y descarga yacían abandonadas, además de una pequeña flota de camiones y maquinaria. No se veía una sola persona en los muelles ni en las naves. Era como si la tripulación hubiese bajado a tierra y hubiese decidido no regresar.

—Es una pena que vayan a desaparecer los submarinos alemanes que han servido a nuestra causa todos estos años —se lamentó Elsie.

—Tal vez se salven —la animó Blondi.

Hugo sonrió.

—Cuando llegue el momento, yo personalmente vendré a Valhalla para ver qué les ha ocurrido. Merecen convertirse en reliquias consagradas por los servicios prestados al Cuarto Imperio.

El viejo túnel que recorría quince kilómetros a través del hielo entre la terminal portuaria escondida, el hangar para los aviones y, por último, la instalación de extracción de minerales también había sido excavado por prisioneros de la antigua Unión Soviética, y cuyos cadáveres congelados yacían en una fosa común en el interior del témpano de hielo. Desde 1985, el túnel había sido expandido y reestructurado constantemente debido al movimiento del hielo.

Al principio, los intentos de extraer minerales valiosos del mar habían fracasado, pero con la revolución de la nanotecnología, cuyos pioneros habían sido el californiano Eric Drexler y su mujer Chris Peterson, Destiny Enterprises había puesto su inmensa riqueza y todos sus recursos al servicio de un proyecto para controlar la estructura de la materia. Reordenando los átomos y creando motores increíblemente diminutos, habían revolucionado los procesos de fabricación. Las máquinas moleculares podían crear hasta un árbol desde cero. Sin embargo, los Wolf concentraron sus esfuerzos en extraer minerales valiosos como el oro del agua del mar, un proceso que habían llegado a dominar hasta el extremo de que extraían mil

onzas troy de oro al día del mar de Ross, además de platino, plata y muchos otros elementos raros. A diferencia de los minerales extraídos del suelo y luego sometidos a procesos muy costosos con ayuda de la maquinaria y los productos químicos, los minerales extraídos del mar ya estaban en forma casi pura.

El centro de ingeniería de la instalación de minería marítima de Destiny Enterprises era una enorme estructura abovedada cuyo interior se asemejaba muchísimo a la gigantesca sala de control de la NASA. Treinta científicos e ingenieros manejaban los tableros electrónicos para controlar los procedimientos de la extracción mediante nanotecnología. Sin embargo, aquel día todas las operaciones de extracción de metales raros del mar se habían detenido, y todo el personal concentraba sus esfuerzos en la separación inminente de la banquisa.

Karl Wolf entró en la amplia sala y se detuvo frente a un amplio tablón electrónico que colgaba del centro del techo. En el centro del tablón aparecía un mapa gigante de la banquisa de Ross. Alrededor de las orillas, unos largos tubos de neón distinguían el hielo de la tierra que lo rodeaba. Los tubos, que se extendían desde la compañía minera alrededor de la banquisa y que terminaban después de 483 kilómetros al otro lado, eran de color verde. La sección a partir del punto en que acababa el verde continuaba en rojo hasta la orilla del mar.

—¿El área de color rojo todavía debe ser programada? —preguntó Karl al ingeniero jefe, Jurgen Holtz, quien se acercó al grupo formado por los Wolf e inclinó la cabeza marcialmente a modo de saludo.

—Sí, eso es correcto. —Holtz levantó la mano y señaló el tablón—. Estamos preparando los dispositivos de activación molecular. Nos quedan unos 644 kilómetros por programar hasta el final del túnel, en el mar.

Karl estudió los números y letras rojos que cambiaban constantemente en las pantallas de visualización digital que rodeaban el mapa.

—¿Cuándo será el momento crítico?

—Según nuestros cálculos, la fase final del procedimiento para la fractura de la banquisa terminará dentro de seis horas... —Holtz hizo una pausa para mirar una serie de números que mostraban el tiempo que quedaba para el apocalipsis— veintidós minutos y cuarenta segundos.

—¿Algún problema que pueda provocar un retraso?

—Ninguno, que sepamos. Todos los procedimientos computerizados y sus sistemas de seguridad han sido inspeccionados y supervisados docenas de veces. No hemos encontrado ningún indicio de posibles fallos técnicos.

—Un logro impresionante de la ingeniería —señaló Karl en voz baja mientras observaba los tubos de colores que rodeaban la banquisa—. Es una pena que el mundo nunca llegue a saber de su existencia.

—Sin duda es un verdadero prodigio técnico —coincidió Holtz— excavar en el

hielo un túnel de tres metros de diámetro y de 2254 kilómetros de longitud en solo dos meses.

—Todo el mérito es suyo y de los ingenieros que diseñaron y construyeron la máquina de perforación de túneles molecular —dijo Elsie, señalando una enorme foto colgada de la pared. La foto mostraba una perforadora circular de treinta metros de largo con un martillo, una cinta transportadora de escombros y una unidad de aspecto extraño en la parte delantera que separaba los enlaces moleculares del interior del hielo para producir trozos del tamaño de la nieve en polvo, lo bastante diminutos para ser transportados con la cinta hacia la parte posterior de la máquina hasta mar abierto. Una unidad secundaria enlazaba de nuevo los trozos diminutos hasta convertirlos en hielo sólido y cristalino casi perfecto y que se empleaba para revestir las paredes del túnel. A pleno rendimiento, la perforadora podía excavar hasta ochenta kilómetros de túnel en veinticuatro horas. Después de haber cumplido con su cometido, la perforadora descansaba ahora bajo un manto creciente de hielo en el exterior de la instalación minera.

—Tal vez después de que se derrita el hielo tendremos oportunidad de utilizar la perforadora en la roca subterránea —dijo Karl con aire pensativo.

—¿Crees que el hielo se derretirá? —preguntó Elsie, perpleja.

—Si nuestros cálculos son un noventa y cinco por ciento correctos, esta sección de la Antártida acabará a 2898 kilómetros al norte de aquí después del cataclismo.

—Nunca he entendido del todo cómo todo esto va a fracturar la banquisa entera y enviarla al mar —dijo Elsie.

Karl sonrió.

—Había olvidado que tú has sido nuestra fuente de información secreta en Washington estos últimos tres años y que no conoces los detalles del proyecto Valhalla.

Holtz señaló el enorme tablón de visualización.

—Lo explicaré de la forma más sencilla posible, señorita Wolf. Nuestra máquina nanocomputerizada construyó un gran número de *assemblers* moleculares replicantes, que a su vez construyeron varios millones de diminutas máquinas moleculares para disolver el hielo.

Elsie se quedó pensativa.

—Es decir que los *assemblers* replicantes, mediante la ingeniería molecular, pueden crear máquinas capaces de producir cualquier cosa.

—Eso es lo más bonito de la nanotecnología —señaló Holtz—: el *assembler* replicante puede copiarse a sí mismo en cuestión de minutos. En menos de veinticuatro horas, toneladas de máquinas replicadas capaces de mover trillones de átomos, excavaron agujeros en el hielo cada quince centímetros, por encima y por debajo del túnel. Una vez realizados dichos agujeros a una profundidad

preestablecida, la nanocomputadora detuvo toda la actividad de las máquinas. Dentro de dieciséis horas, el momento en que nuestros meteorólogos han pronosticado un fuerte viento en combinación con una corriente favorable, se enviará una señal para reactivar las máquinas, que terminarán la tarea de disolver el hielo y separar la banquisa del continente, que se adentrará en el mar a la deriva.

—¿Cuánto tiempo tardarán las máquinas en hacer eso? —preguntó Elsie.

—Menos de dos horas —respondió Holtz.

—Luego, diez horas después de la fractura final —explicó Karl—, el peso desplazado de la banquisa de Ross se habrá alejado lo bastante del continente antártico para trastocar la rotación delicadamente equilibrada de la Tierra justo lo suficiente para provocar un movimiento polar y un desplazamiento de la corteza terrestre al mismo tiempo, hechos que desencadenarán en el mundo un cataclismo inimaginable.

—Un mundo al que luego podremos dar forma a nuestra imagen y semejanza —concluyó Elsie en tono jactancioso.

Un hombre vestido con el uniforme negro de los guardias de seguridad salió a toda prisa de un despacho y se acercó al grupo.

—Señor —dijo, dirigiéndose a Karl y entregándole una hoja de papel.

El rostro de Karl se ensombreció por un instante, antes de adoptar una expresión pensativa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Elsie.

—Un informe de Hugo —respondió Karl—. Al parecer, una aeronave no identificada se está acercando desde el mar de Amundsen y se niega a responder a nuestras señales.

—Probablemente se trata del avión de suministros de la estación de Little América —sugirió Holtz—. No hay de qué preocuparse. Sale y vuelve a la estación cada diez días.

—¿Y siempre pasa por encima de Valhalla? —inquirió Karl.

—No directamente, pero se aproxima dentro de un radio de varios kilómetros mientras efectúa el descenso hacia la base.

Karl se dirigió al guardia de seguridad que le había traído el mensaje.

—Dígale a mi hermano que observe atentamente todas las maniobras del aparato. Si se desvía de su ruta habitual en dirección a Little América, deberá comunicármelo de inmediato.

—¿Estás preocupado, hermano? —preguntó Elsie.

Karl la miró con inquietud.

—No estoy preocupado, hermana, solo quiero ser prudente. No confío en los americanos.

—Estados Unidos está muy lejos de aquí —apuntó Elsie—. Tardarían más de

veinticuatro horas en movilizar una fuerza de asalto y hacerla volar más de dieciséis mil kilómetros hasta la bahía de Okuma.

—Aun así, nunca está de más ser precavido —repuso Karl con paciencia. Luego miró a Holtz—. Si ocurre algún imprevisto, ¿se podría enviar antes la señal de activación de las máquinas?

—No si queremos un éxito rotundo. El tiempo es un factor crucial. Debemos esperar que la marea llegue al límite para activar las máquinas moleculares de disolver el hielo, pues solo así el reflujo arrastrará la banquisa hacia mar abierto.

—Me parece que no tenemos nada que temer —dijo Elsie en tono optimista.

Karl bajó la voz y habló despacio, como en un murmullo.

—Espero que tengas razón, hermana.

En ese momento, otro guardia de seguridad entregó a Karl una nota de Hugo. La leyó, alzó la vista y esbozó una leve sonrisa.

—Hugo dice que el avión norteamericano de suministros sigue su ruta normal a dieciséis millas de nuestro perímetro y a una altitud de diez mil metros.

—No es la altura más adecuada para lanzar un ataque, eso seguro —comentó Holtz.

—Ningún país del mundo se atrevería a lanzar misiles sobre nuestra base sin que antes sus servicios de inteligencia se hubiesen infiltrado en nuestra operación, y ninguno ha conseguido hacerlo. Las fuerzas de seguridad de Hugo han desviado y bloqueado todos los intentos de infiltración en Valhalla.

—Desviado y bloqueado —repitió Karl, pero en su fuero interno no estaba tan seguro. Recordaba a un hombre que ya había puesto en peligro demasiados objetivos de la familia Wolf, y Karl no pudo dejar de preguntarse dónde estaría aquel hombre.

Bajo un cielo cubierto por una gruesa capa de nubes, un jet privado de la NUMA aterrizó sobre una pista helada, se dirigió a un edificio abovedado y se detuvo. Little América V era la quinta de la serie de estaciones de investigación estadounidenses en la Antártida que llevaban el mismo nombre desde que el almirante Byrd había establecido la primera en 1928. Situada en sus orígenes a varios kilómetros de la orilla de la banquisa de Ross en las cercanías de la bahía de Kainan, el mar quedaba ahora a solo unos metros de distancia debido a la dispersión de la banquisa con el paso de los años. La base servía de estación de llegada para el camino de hielo, de 1014 kilómetros de longitud y muy frecuentado, que iba al campo Byrd en la Rockefeller Plateau.

Un hombre enfundado en una parka verde chillón y con una capucha forrada de piel se quitó las gafas de sol y sonrió al ver a Pitt saltar al suelo helado.

—¿Es usted Pitt o Giordino? —preguntó con voz grave.

—Soy Pitt, y usted ha de ser Frank Cash, el director de la estación de investigación.

Cash se limitó a asentir con la cabeza.

—No le esperaba hasta dentro de dos horas.

—Nos hemos dado mucha prisa.

Pitt se volvió mientras Giordino, que acababa de bajar, se reunía con ellos. Giordino se presentó y dijo:

—Gracias por cooperar con nosotros con tan escaso margen de tiempo, pero se trata de una operación de máxima prioridad.

—No tengo razones para dudar de su palabra, aunque tampoco he recibido instrucciones de una autoridad superior... —repuso Cash con perspicacia.

Incapaces de convencer a su jefe de que les permitiese incorporarse el equipo de fuerzas especiales que se estaba organizando para tomar el complejo Wolf y detener el cataclismo inminente, habían recibido instrucciones muy claras por parte del almirante Sandecker de quedarse en Buenos Aires, lejos del campo de batalla. El razonamiento de Pitt había sido que él y Giordino eran elementos esenciales en el plan de ataque, pues habían sido ellos quienes habían descubierto la terrible verdad que se ocultaba tras todo aquello y tenían más información acerca de los Wolf y sus sistemas de seguridad que cualquier otra persona. Además, puesto que ya estaban en Buenos Aires —ocho mil kilómetros más cerca del escenario de operaciones—, podrían llegar allí antes que el equipo de asalto y vigilar las instalaciones.

Sin embargo, sus súplicas y su razonamiento habían caído en saco roto. El alto mando militar había argumentado que ni él ni Giordino eran hombres de combate profesionales ni estaban entrenados ni capacitados para una operación tan difícil y

agotadora. Y en cuanto a Sandecker, no estaba dispuesto a permitir que sus mejores hombres se lanzaran a una muerte segura en las frías aguas del polo Sur. Sin embargo, como cabía esperar, Pitt y Giordino habían tomado un jet privado de la NUMA y en lugar de volar de vuelta a Washington tal como les habían ordenado, lo habían llenado de combustible y habían puesto rumbo a la Antártida con la esperanza de entrar en el complejo Wolf por la puerta trasera, pero sin la menor idea de cómo atravesar noventa y seis kilómetros de desierto helado hasta sus instalaciones una vez hubiesen aterrizado en Little América.

«Ya se nos ocurrirá algo cuando llegemos allí». Pitt solía recurrir a menudo a esa frase. A lo que Giordino solía contestar: «Te acompañaré porque no tengo nada mejor que hacer».

—Pasen, si no quieren convertirse en estatuas de hielo —dijo Cash.

—¿Qué temperatura tenemos? —preguntó Giordino.

—Hoy se está bien porque no sopla viento. La última vez que miré el termómetro estábamos a quince bajo cero.

—Al menos no tendré problemas para encontrar cubitos de hielo para mi tequila —comentó Pitt.

El edificio abovedado, recubierto de hielo en un ochenta por ciento, solo sobresalía un par de metros por encima del suelo. Las dependencias destinadas a la vivienda y al trabajo eran un laberinto de habitaciones y pasillos esculpidos bajo el hielo. Cash los condujo a la zona de comedor junto a la cocina y pidió para ellos al cocinero un almuerzo caliente a base de lasaña antes de sacar una botella de borgoña.

—No es un vino añejo, pero cumple su función —dijo sonriendo.

—Todas las comodidades de un hogar —comentó Giordino.

—La verdad es que no —contestó Cash con una sonrisa torcida—. Hay que ser deficiente mental para querer vivir esta vida.

—Entonces, ¿por qué no busca un trabajo en un clima más benigno? —preguntó Pitt, advirtiendo que todos los hombres que había visto en la estación llevaban barba y que las mujeres habían abandonado el hábito de maquillarse y peinarse.

—Las personas que se ofrecen voluntarias para trabajar en las regiones polares lo hacen por el entusiasmo de realizar un trabajo útil explorando lo desconocido. Algunos vienen para huir de sus problemas en casa, pero la mayoría son científicos que quieren realizar investigaciones específicas en sus campos. Pero al cabo de un año están más que dispuestos a volver a casa. Para entonces, ya se han vuelto zombis o empiezan a sufrir alucinaciones.

Pitt miró a Cash: no tenía una expresión enloquecida en los ojos, al menos no todavía.

—Hace falta mucha fuerza de carácter para resistir en un entorno tan hostil.

—La clave es la edad —explicó Cash—: los hombres menores de veinticinco

años no son del todo fiables, y los que superan los cuarenta y cinco ya no tienen resistencia.

Tras esperar unos minutos a que Pitt y Giordino se comiesen la lasaña, Cash preguntó al fin:

—Cuando se pusieron en contacto conmigo desde Argentina, ¿oí bien cuando dijeron que querían atravesar la banquisa hasta la bahía de Okuma?

Pitt asintió.

—Nuestro destino son las instalaciones mineras de Destiny Enterprises.

Cash meneó la cabeza.

—Esa gente son unos fanáticos de la seguridad. Ninguna de nuestras expediciones de científicos ha logrado acercarse nunca a menos de quince kilómetros sin que los detengan sus gorilas.

—Conocemos muy bien a sus gorilas —dijo Giordino, relajándose tras aplacar su estómago.

—¿Qué tienen pensado como medio de transporte? Aquí no tenemos helicópteros.

—Solo necesitamos un par de motonieves —respondió Pitt mirando a Cash. La expresión del director de la estación no era demasiado alentadora.

—Me temo que han venido hasta aquí para nada. Dos de nuestras motonieves están en el taller esperando a que nos envíen piezas de repuesto, y las otras cuatro se las llevaron los científicos para estudiar el hielo de los alrededores de la isla Roosevelt, al norte de aquí.

—¿Cuánto tardarán sus científicos en volver? —preguntó Pitt.

—Al menos tres días.

—¿Y no dispone de otro medio de transporte? —inquirió Giordino.

—De un bulldozer y de un gato para la nieve de diez toneladas.

—¿Qué me dice del gato para la nieve?

Cash se encogió de hombros.

—Una sección de la correa se cayó a causa del frío. Estamos esperando que nos envíen la pieza de repuesto desde Auckland.

Giordino miró a su amigo, al otro lado de la mesa.

—Bien, tendremos que ir en avión y esperar encontrar un sitio donde aterrizar.

Pitt negó con la cabeza.

—No podemos poner en peligro la misión de las fuerzas especiales apareciendo así, de repente. Esperaba que con las motonieves hubiésemos podido cubrir la distancia, aparcarlas a unos tres kilómetros del complejo minero y luego entrar sin ser vistos.

—Hablan como si se tratase de un asunto de vida o muerte —dijo Cash.

Pitt y Giordino intercambiaron una mirada y luego miraron al director de la estación con gesto grave.

—Sí —repuso Pitt muy serio—, se trata de un asunto de vida o muerte para una cantidad de personas mucho mayor de la que pueda imaginar.

—¿Pueden decirme de qué va todo esto?

—No, no podemos —respondió Giordino—. Además, no querría saberlo, créame. Le estropearía el día.

Cash se sirvió una taza de café y contempló en silencio el líquido oscuro.

—Hay otra posibilidad —dijo al fin—, pero es muy poco factible.

Pitt lo miró.

—Le escuchamos.

—El Snow Cruiser del almirante —anunció Cash, como si estuviese a punto de dar un discurso, cosa que así fue—. Se trata de un vehículo gigantesco con tracción a las cuatro ruedas, el más grande construido en su tiempo.

—¿Cuándo fue eso? —inquirió Giordino.

—En 1939. —Hizo una pausa—. Fue un invento de Thomas Poulter, un explorador polar, quien diseñó y construyó una máquina monstruosa con la que esperaba transportar a cinco hombres y a su perro al polo Sur y volver. Supongo que se podría decir que fue el primer vehículo de exploración pesado del mundo. Solo las ruedas medían casi un metro de ancho y más de tres metros de diámetro, y el vehículo en sí medía diecisiete metros de largo por seis de ancho, y pesaba treinta y siete toneladas. Créanme, es todo un espectáculo.

—Parece muy elaborado para tratarse de un vehículo de expedición al polo Sur —comentó Pitt.

—Y lo era. Además de una enorme cabina de control en la parte delantera, tenía su propio taller, camarotes para la tripulación y una cocina que también hacía las veces de cuarto oscuro para el revelado fotográfico. La parte trasera contaba con espacio para almacén, con provisiones para un año, ruedas de repuesto y suficiente combustible para ocho mil kilómetros. Por si todo esto fuera poco, tenía capacidad para transportar un avión Beechcraft con esquíes en el techo.

—¿Qué clase de motor utilizaba semejante monstruo?

—Dos diésel de ciento cincuenta caballos de potencia unidos a cuatro motores de tracción eléctrica de setenta y cinco caballos, capaces de alimentar a una sola rueda o a todas a la vez. Todas las ruedas se podían modificar para realizar giros o movimientos bruscos e incluso podían extraerse al cruzar una grieta en un glaciar. Cada una de las ruedas pesaba 2721 kilos, y los neumáticos, fabricados por Goodyear, tenían doce capas de caucho.

—¿Está diciendo que esa máquina colosal no solo existe sino que además está disponible? —preguntó Pitt con incredulidad.

—Oh, sí, ya lo creo que existe, pero no sé si está disponible o en condiciones de atravesar cien kilómetros de banquisa. Puede que así, de buenas a primeras, no

parezca una distancia demasiado exagerada, pero después de que se construyera el Snow Cruiser, de que se enviara a la Antártida y de que se descargara en Little América III, no muy lejos de esta estación, los planes de su diseñador se fueron al garete. Los motores tenían potencia suficiente, pero Poulter había calculado mal las proporciones del cambio: aquel mastodonte podía avanzar a cincuenta kilómetros por hora sobre camino llano, pero no podía arrastrarse entre la nieve y el hielo, sobre todo en las cuestas. Considerado una especie de elefante blanco, el Snow Cruiser fue abandonado. Con los años, quedó cubierto por varias capas de hielo y relegado al olvido. Siempre se ha dicho que, con el desplazamiento de la banquisa hacia el mar, el Snow Cruiser acabaría en el fondo del océano cuando se derritiera el témpano.

—¿Dónde está ahora? ¿Sigue enterrado bajo el hielo? —preguntó Pitt.

Cash negó con la cabeza y sonrió.

—El Snow Cruiser está a tres kilómetros de aquí, peligrosamente cerca de la orilla de la banquisa. A un rico y viejo ingeniero de minas se le metió en la cabeza la idea de encontrar y rescatar el vehículo para transportarlo a Estados Unidos y exhibirlo en un museo. Él y su tripulación lo descubrieron bajo una capa de hielo de diez metros de espesor y tardaron tres semanas para desenterrarlo. Levantaron a su alrededor una tienda para protegerlo y lo último que sé es que llegaron a ponerlo en marcha.

—¿Cree que nos lo prestarían?

—No se pierde nada con preguntar —contestó Cash—, pero creo que le costaría menos convencer a un león de que se comiese una lechuga.

—Tenemos que intentarlo —insistió Pitt.

—¿Tienen ropa adecuada para el frío?

—En el avión.

—Será mejor que se la pongan. Tendremos que ir andando hasta el lugar donde se halla el Snow Cruiser. —Acto seguido, Cash puso cara de haber recordado algo—. Por cierto, haré que los de mantenimiento arrojen una lona por encima de su avión e instalen un calefactor auxiliar para que no se congelen los motores, el carburante ni los sistemas hidráulicos y para que el hielo no se adhiera al fuselaje ni a las alas. Si se deja un avión a la intemperie por estos pagos, al cabo de poco empieza a desaparecer bajo un cúmulo de hielo.

—Buena idea —dijo Giordino—. Es posible que tengamos que recurrir al avión si todo lo demás falla.

—Me reuniré de nuevo con ustedes dentro de media hora y los guiaré hasta el vehículo.

—¿Quién es el viejo ingeniero que lidera la operación de rescate del mastodonte? —preguntó Pitt.

Cash pensó un momento.

—Pues la verdad, no lo sé. Es un tipo muy excéntrico. Sus hombres suelen llamarle Papá.

Guiados por Cash, avanzaron por un camino señalizado con banderines de color naranja durante una hora. Al cabo de un rato, Pitt distinguió unas figuras alrededor de una tienda azul de gran tamaño rodeada de una serie de tiendas más pequeñas de color anaranjado. Caía una nieve ligera que formaba una delgada capa blanca encima de las tiendas. Por extraño que parezca, en la Antártida rara vez nieva con fuerza: es uno de los continentes más secos de la Tierra, y unos centímetros por debajo de la superficie, la nieve es antigua.

A pesar de que casi no soplaba viento, Pitt y Giordino no se habían acostumbrado todavía a las temperaturas extremas, por lo que sentían frío bajo sus ropas polares. El sol brillaba entre los restos de la capa de ozono, y el resplandor les habría cegado de no ser por las lentes especiales de sus gafas.

—Esto es muy bonito y tranquilo —comentó Pitt al observar la magnífica vista que ofrecía el paisaje—. No hay tráfico ni contaminación ni ruido.

—No se deje engañar —le advirtió Cash—. El tiempo puede transformarse en un auténtico infierno en cuestión de minutos. No sabría decirle cuántos dedos de los pies y las manos se ha llevado la congelación. Encontramos cuerpos congelados con regularidad, por eso cualquiera que trabaje en la Antártida debe presentar una radiografía completa de su dentadura y llevar placas de identificación encima. Nunca se sabe cuándo habrá que identificar unos restos mortales.

—¿Tan malo es?

—Lo peor son las heladas producidas por el viento. Hay gente que sale a dar una breve excursión y que se encuentra con un temporal de viento y nieve que bloquea la visión. Se congelan antes de poder encontrar el camino de vuelta a la base.

Avanzaron el último medio kilómetro en silencio, pisando el hielo crujiente. Pitt estaba empezando a sentir los efectos del cansancio, la falta de sueño y la tensión de los últimos días, pero no le pasó por la cabeza la idea de meterse en la cama: había muchísimo en juego, demasiado. Pero a pesar de todo, sus pasos no eran tan enérgicos como de costumbre y advirtió que tampoco Giordino avanzaba a paso ligero.

Llegaron al campo y entraron en la tienda principal. La primera imagen del Snow Cruiser los dejó anonadados, tanto como cuando habían visto los barcos gigantes de los Wolf por primera vez. Las ruedas y los neumáticos descomunales hacían que los hombres que trabajaban alrededor del vehículo pareciesen enanitos. La cabina de mandos, al mismo nivel que el morro, medía casi cinco metros de altura y rozaba el techo de la tienda. La parte superior del vehículo, detrás de la cabina, era plana para albergar el avión Beechcraft, que no había sido enviado a la Antártida junto con el vehículo en 1940. Estaba pintado de un rojo vivo, con una raya horizontal de color

naranja en los costados.

El sonido estridente que habían oído al acercarse por el hielo procedía de un par de sierras de cadena que manejaban unos hombres que estaban haciendo hendiduras en las ruedas gigantes. Un señor mayor de pelo y barba gris supervisaba aquel método primitivo de aumentar la capacidad de agarre en los neumáticos. Cash se acercó y le dio una palmadita en el hombro. El viejo se volvió, reconoció a Cash y les hizo señas de que lo siguieran. Los condujo al exterior de la tienda y luego a una tienda vecina más pequeña que contenía la cocina, con un hornillo. Los invitó a sentarse en unas sillas alrededor de una larga mesa metálica plegable.

—Bueno, esto está mejor, no hay tanto ruido —dijo con una sonrisa cálida, mirándolos con sus ojos azul verdoso.

—Le presento a Dirk Pitt y a Al Giordino, de la NUMA —dijo Cash—. Tienen una misión urgente para el gobierno y esperan que usted pueda ayudarles.

—Mi nombre es un poco extraño, así que mis hombres, que tienen todos cuarenta años menos que yo, me llaman Papá —explicó, estrechándoles la mano—. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

—¿No nos hemos visto antes? —le preguntó Pitt, escrutando el rostro de aquel hombre.

—Es posible. Me he movido mucho por el mundo.

—El Snow Cruiser —dijo Pitt, yendo directamente al grano—: ¿está en condiciones de viajar al polo Sur?

—Para eso fue construido, pero si me hubiese hecho esa pregunta hace sesenta años, o incluso la semana pasada, le habría dicho que no. En tierra seca demostró ser una máquina excepcional, pero en el hielo fue un fracaso absoluto. Por un lado, las ruedas eran lisas y giraban sin avanzar, sin agarre; además, el engranaje de la caja de cambios estaba fatal. Subirlo por una ligera cuesta era como intentar subir por las montañas Rocosas con un semirremolque con tráiler de dieciocho ruedas: el motor se ahogaba cada dos por tres. Cambiando los engranajes y realizando cortes en los neumáticos creemos poder demostrar que habría cumplido las expectativas y llegado al polo sin problemas.

—¿Y si se encontrase con una grieta sobre el hielo demasiado ancha para atravesarla? —inquirió Giordino.

—A Thomas Poulter, el diseñador y constructor del Cruiser, se le ocurrió una idea muy ingeniosa: las ruedas y los neumáticos grandes se colocaron en el centro del vehículo, lo cual dejaba un espacio libre de cinco metros y medio por delante y por detrás. Además, las ruedas eran retráctiles, es decir, que podían retraerse hacia arriba hasta el mismo nivel que la parte inferior del vehículo. Cuando el conductor llegaba a una grieta, levantaba las ruedas delanteras y, a continuación, la tracción de las ruedas traseras elevaba la sección delantera por encima de la grieta. Una vez las ruedas

delanteras se hallaban al otro lado, las hacía bajar. Por último, retraía las ruedas traseras y entonces eran las delanteras las que tiraban del vehículo hacia este lado de la grieta. Un sistema muy ingenioso que además funciona.

—¿Dónde ha encontrado engranajes de sesenta años de antigüedad que se ajusten a la caja de cambios?

—La transmisión no es la única cosa que se incorporó. Analizamos el problema y cómo solucionarlo antes de venir aquí. El fabricante original sigue dedicándose al mismo negocio y tenía un cubo lleno de piezas viejas en un rincón de su almacén. Por suerte, tenían los engranajes que necesitábamos para hacer los cambios pertinentes.

—¿Ha probado ya el vehículo? —preguntó Giordino.

—Han llegado en un momento muy oportuno —contestó Papá—. Dentro de una hora tenemos previsto sacarlo al hielo por primera vez desde 1940 y ver qué sabe hacer. Ha sido el momento justo, porque dentro de un par de semanas el témpano se habría soltado y se habría llevado el vehículo al mar, donde se habría hundido para siempre.

—¿Cómo piensa llevarlo de vuelta a Estados Unidos? —inquirió Giordino.

—He alquilado un pequeño buque mercante que está fondeado en la orilla de la banquisa. Lo conduciremos por el hielo, lo subiremos a una rampa y lo meteremos en el barco, así de sencillo.

—Si responde según las expectativas, ¿nos lo prestaría un par de días? —dijo Pitt. Papá se quedó perplejo. Luego se volvió y miró a Cash.

—Está de broma.

Cash negó con la cabeza.

—No, no bromea. Estos hombres necesitan desesperadamente un medio de transporte que los lleve hasta el complejo minero Wolf.

Papá miró a Pitt entrecerrando los ojos mientras éste se llenaba la copa de vino.

—No, no creo que se lo prestase. Para cuando termine, me habré gastado más de trescientos mil dólares en sacar ese trasto del hielo, restaurarlo hasta dejarlo en condiciones de funcionamiento y transportarlo de vuelta al museo Smithsonian en Washington. Cuando expuse por primera vez mi sueño de rescatar el vehículo, todos se rieron de mí. Mis hombres y yo hemos trabajado en las peores condiciones imaginables. Fue un verdadero logro sacarlo de nuevo a la superficie, y todos estamos muy orgullosos, así que no pienso prestárselo a un par de desconocidos que quieren darse un paseíto por la banquisa.

—Le aseguro que no queremos darnos ningún paseíto —contestó Pitt con seriedad—. Puede sonar muy raro, pero estamos tratando de evitar una catástrofe mundial.

—¡La respuesta es no!

Pitt y Giordino intercambiaron miradas frías. A continuación, Pitt extrajo una

pequeña carpeta del bolsillo de su abrigo polar y la puso encima de la mesa, delante de Papá.

—Aquí dentro encontrará varios números de teléfono. Son, por orden, el número del Despacho Oval de la Casa Blanca, del comité conjunto de jefes del Estado Mayor del Pentágono, del director de la NUMA y del Comité de Seguridad Nacional del Congreso. También están los nombres de otras personas influyentes que corroborarán nuestra historia.

—¿Y cuál es su historia, si puede saberse? —preguntó el viejo con escepticismo. Y así, Pitt se la contó.

Al cabo de una hora y media, Papá y sus hombres, acompañados por Frank Cash, estaban de pie observando en silencio cómo el enorme vehículo rojo avanzaba por el paisaje helado hacia el horizonte, escupiendo una nube negra de gases por el tubo de escape.

—No he llegado a enterarme del nombre de Papá —dijo Pitt quien, sentado al volante del vehículo, miraba a través del parabrisas atento a grietas u obstáculos que surgiesen en su camino.

Giordino iba de pie detrás de Pitt, en el interior de la reducida cabina, estudiando un mapa topográfico de la banquisa.

—El nombre que se leía en un sobre que sobresalía de su bolsillo era «Clive Cussler».

—Qué nombre más raro... Sin embargo, me suena de algo.

—Pues muy bien —respondió Giordino con indiferencia.

—Espero no haberme metido en camisa de once varas al prometerle que le devolvería el vehículo en las mismas condiciones en que nos lo ha prestado.

—Si lo rayamos, le diremos que le envíe la factura al almirante Sandecker.

—¿Me indicas la ruta? —pidió Pitt.

—¿Y dónde está tu unidad de GPS?

—Se me ha olvidado con las prisas. Además, en 1940 no tenían GPS.

—Tú sigue por ahí —le sugirió Giordino, señalando a lo lejos.

Pitt arqueó las cejas.

—¿No sabes hacerlo mejor?

—No se ha inventado todavía el indicador direccional capaz de superar al ojo humano.

—Tu lógica desafía a la razón.

—¿Cuánto tiempo crees que tardaremos en llegar allí? —preguntó Giordino.

—Noventa y seis kilómetros, a treinta kilómetros por hora... —calculó Pitt en voz baja—. Tres horas; eso si no nos encontramos con ningún obstáculo que nos obligue a dar un rodeo. Solo espero llegar allí antes que el equipo de asalto: un ataque a gran escala podría forzar a Karl Wolf a separar la banquisa del continente antes de

tiempo.

—Algo me dice que entrar ahí no va a resultar tan sencillo como en el astillero.

—Espero que te equivoques, amigo mío, porque si fallamos, un montón de gente no nos lo perdonará nunca.

El sol brillaba en el cielo azul con una intensidad triplicada por el reflejo de los rayos sobre la superficie cristalizada mientras el enorme Snow Cruiser rojo se arrastraba por el paisaje helado como un gusano sobre las sábanas blancas de una cama deshecha. Cubierto por un fino velo de nieve, dejaba tras de sí un reguero de humo azulado procedente de sus dos tubos de escape. Las gigantescas ruedas emitían un ruido ensordecedor al avanzar por el hielo y la nieve, agarrándose a la superficie sin problemas gracias a los toscos cortes en zigzag. El vehículo se desplazaba sin esfuerzo, casi majestuosamente, tal como se suponía que debía hacer, concebido por unos hombres que no habían vivido para verlo cumplir sus expectativas.

Pitt iba sentado cómodamente en el asiento del conductor y conducía el Cruiser en línea recta hacia una cadena montañosa que se erguía a lo lejos en el horizonte. Observaba el paisaje a través de sus gafas de sol polarizadas, pues la ceguera a causa de la nieve es una amenaza constante en los climas fríos. Viene provocada por una inflamación de la conjuntiva causada por el sol, cuya luz proyecta rayos ultravioleta: cualquier persona que haya tenido la desgracia de padecer la enfermedad describirá cómo, al principio, se tiene la sensación de que se te ha metido arena en los ojos, seguida de una ceguera que puede durar entre dos y cuatro días.

El riesgo de congelación, por el contrario, no era una amenaza. El sistema de calefacción del Snow Cruiser mantenía el interior del vehículo en torno a los dieciocho grados, una temperatura bastante respetable. El único problema, pequeño pero molesto, era la constante acumulación de hielo en los tres parabrisas. Los ventiladores de las ventanillas no expulsaban aire suficiente para mantenerlas limpias. A pesar de que conducía solo con un suéter de lana encima, tenía a mano la ropa de protección especial contra el frío por si debía abandonar el vehículo en caso de emergencia. Por muy buen tiempo que pareciese reinar fuera, cualquier persona familiarizada con los polos sabía que podía volverse infernal en cuestión de segundos.

En total, se habían contabilizado más de ciento cincuenta muertes en la Antártida desde el inicio de su exploración, cuando un marinero noruego a bordo de un ballenero, Carstens Borchgrevink, había sido el primer hombre en pisar el continente en 1895. La mayoría de los muertos eran hombres que habían perecido a causa del frío, como el capitán Robert Falcon Scott y los miembros de su expedición, congelados en su viaje de vuelta tras su llegada al polo Sur. Otros se habían perdido y vagado sin rumbo hasta morir, y muchos habían fallecido en accidentes aéreos o de otra clase.

Pitt no estaba de humor para morir, desde luego no todavía, no si él y Giordino tenían que impedir que los Wolf provocasen una terrible catástrofe. Además de

conducir el Snow Cruiser por la banquisa, su principal objetivo era llegar al complejo minero lo antes posible. Su aparato portátil de GPS era inútil, pues la pantalla de visualización no podía mostrar su posición exacta a mil seiscientos kilómetros del polo. Puesto que los satélites que transmitían las posiciones pertenecían al ejército — que no tenía en mente provocar una guerra en la Antártida—, no estaban en órbita en dicha parte del globo terrestre.

Llamó a Giordino, que estaba detrás de él examinando un mapa de la banquisa.

—¿Por qué no me facilitas unas coordenadas?

—Limítate a seguir apuntando el morro de esta antigualla hacia el pico más alto de esas montañas de ahí delante, asegúrate de que el mar quede siempre a tu izquierda.

—Que el mar quede siempre a mi izquierda —repitió Pitt con exasperación.

—Bueno, no querrás que nos caigamos por la orilla y nos ahoguemos, ¿verdad?

—¿Y si cambia el tiempo y nos quedamos sin visibilidad?

—Tú querías una dirección —contestó Giordino con cinismo—. Escoge *una* cualquiera. Tienes trescientas sesenta posibilidades.

—Me lo merezco —dijo Pitt con un resoplido—. Tenía la cabeza en otra parte. Se me había olvidado que todas las direcciones de la brújula señalan el norte.

—Así nunca ganarás ningún concurso de cultura general de éstos de la tele.

—La mayoría de las preguntas superan mi reducida capacidad mental. —Se volvió hacia Giordino y esbozó una sonrisa maliciosa—. Apuesto a que eres de los que les cuentan historias de terror a los niños antes de irse a la cama.

Giordino lo miró tratando de descifrar sus palabras.

—¿Que yo qué?

—Los acantilados que hay en la orilla de la banquisa de Ross miden sesenta metros por encima del nivel del mar y 274 por debajo. Desde lo alto hasta al mar hay un buen salto: si nos cayéramos por la orilla, no nos quedaría mucho espacio.

—En eso llevas razón —admitió Giordino a regañadientes.

—Aparte de caernos en una grieta sin fondo o de perdernos y morir congelados en una ventisca, nuestro único problema es si el hielo sobre el que conducimos se separa del continente y nos lleva mar adentro a la deriva. Entonces lo único que podremos hacer es sentarnos a esperar que un maremoto provocado por el movimiento polar acabe con nosotros.

—¡Mira quién habla! —exclamó Giordino con sarcasmo—. Comparadas con las tuyas, las historias que yo les cuento a los niños son auténticos cuentos de hadas...

—Está oscureciendo —señaló Pitt, mirando por el parabrisas.

—¿Todavía crees que conseguiremos llegar a tiempo? —preguntó Giordino.

Pitt echó un vistazo al salpicadero.

—En una hora hemos recorrido treinta y tres kilómetros. Si no nos encontramos

con ningún imprevisto, deberíamos llegar en menos de dos horas.

Tenían que llegar a tiempo. Si el equipo especial de asalto fracasaba, él y Giordino serían la última esperanza, por poco idóneos que pareciesen para la misión. Pitt no rezumaba optimismo, pues sabía muy bien que el terreno que tenían por delante estaba plagado de obstáculos. Su mayor temor era no ver el hielo derretido ni las grietas a tiempo: si no estaba atento, se arriesgaba a meter el Snow Cruiser en una grieta profunda y caer varios metros. Hasta entonces, el páramo helado había sido bastante llano; salvo por los miles de surcos y hendiduras similares a los que podían encontrarse en el campo arado de un granjero, el viaje había sido razonablemente suave. De vez en cuando había divisado una grieta escondida en el hielo, se había detenido para evaluar la situación y luego la había rodeado.

La idea de estar conduciendo un mastodonte letárgico de treinta y cinco toneladas de acero por una llanura con amplias fisuras en todas direcciones no era demasiado tranquilizadora. Pocas palabras en el diccionario podían describir la sensación. De pronto, una grieta en el hielo se hizo visible, pero cuando ya estaba encima de ella. Con un volantazo, viró el Snow Cruiser y lo detuvo a medio metro de la fisura. Tras conducir paralelamente a la grieta durante casi dos kilómetros, encontró al fin una superficie firme a cinco metros de donde desaparecía en el hielo.

Consultó el indicador de velocidad y descubrió que había aumentado la marcha hasta los cuarenta kilómetros por hora. Giordino se estaba peleando con los dos motores diésel, ajustando con delicadeza las válvulas de las bombas de inyección y aumentando el flujo de combustible. Puesto que el aire terrestre es más fino en los polos debido a la mayor velocidad de rotación, y puesto que es extremadamente seco y frío, era necesario regular la proporción de combustible, una tarea que ni Papá ni sus hombres habían realizado todavía. La inyección de combustible era regular en los motores diésel nuevos, pero en el Cummins de hacía sesenta años, la afluencia de combustible en los inyectores podía alterarse.

El desierto helado que se abría ante ellos era un páramo, desolado y amenazador, y un paisaje de gran belleza y magnificencia al mismo tiempo. Podía estar tranquilo un instante, y al cabo de un minuto transformarse en una escena terrible. En la mente de Pitt se transformó en un paisaje terrible de repente. Pisó el freno y el embrague del Snow Cruiser y vio atónito cómo una grieta a menos de treinta metros de distancia se abría y se separaba, extendiéndose en ambas direcciones de la banquisa.

Después de bajar por la escalerilla de la cabina de mandos, salió al exterior y se acercó al borde de la grieta. Era una imagen aterradora: el color del hielo a los lados que desaparecían en el horizonte pasaba del blanco de los bordes a un hermoso verde plateado, y el abismo alcanzaba casi seis metros. Al oír los pasos de Giordino a sus espaldas, se volvió.

—¿Y ahora qué? —preguntó Giordino—. Seguro que se extiende hasta el infinito.

—Frank Cash mencionó que las ruedas podían retraerse para cruzar una grieta. Consultemos el manual que nos dio Papá.

Tal como el viejo ingeniero les había dicho, el diseñador del Snow Cruiser, Thomas Poulter, había ideado una solución muy ingeniosa para el problema de las grietas. La parte inferior de la panza del vehículo era plana como un esquí, con una parte en saliente de 5,48 metros por delante y otros tantos por detrás. Siguiendo las instrucciones del manual, Pitt apretó las palancas que retraían las ruedas delanteras en sentido vertical hasta quedar al mismo nivel que el cuerpo del vehículo. A continuación, usando las ruedas traseras para la tracción, condujo el Snow Cruiser despacio hacia delante hasta que la sección delantera se deslizó por encima de la grieta y alcanzó la orilla opuesta a una distancia adecuada para mantener la estabilidad. Acto seguido, Pitt extendió las ruedas delanteras y retrajo las traseras. Utilizando la tracción delantera, tiró de la mitad posterior del vehículo por encima de la grieta. Después de extender las ruedas traseras, se pusieron en marcha de nuevo.

—A esto lo llamo yo un gran invento —dijo Giordino con admiración.

Pitt cambió de marcha y dirigió el vehículo hacia el pico que se había convertido en una cordillera de montañas.

—Es asombroso lo clarividente que fue Poulter con ese mecanismo y lo mal que resolvió el problema del cambio y el agarre de las ruedas.

—Nadie es perfecto. Salvo yo, por supuesto.

—Por supuesto —repuso Pitt.

Giordino se llevó consigo el manual al compartimiento de motores, no sin antes señalar los dos indicadores de temperatura del panel de instrumentos.

—Los motores están más calientes de lo normal. Será mejor que los vigiles.

—¿Cómo pueden calentarse cuando la temperatura externa es de veinte grados bajo cero?

—Porque los radiadores no están expuestos. Están colocados directamente enfrente de los motores en el compartimiento. Es casi como si se recalentasen solos.

Pitt tenía la esperanza de que la oscuridad ocultase su llegada al complejo minero, pero en aquella época del año en la Antártida, apenas acababa de producirse la puesta de sol cuando este ya había salido de nuevo. No intentó engañarse pensando que podrían infiltrarse en las instalaciones sin ser detectados, sobre todo a bordo de un gigantesco vehículo de color rojo fuego. Sabía que se le tendría que ocurrir algo en la hora y media siguiente. Pronto, muy pronto, los edificios de la planta de extracción de minerales aparecerían en el horizonte al pie de las montañas.

Empezó a sentir una pizca de esperanza, pero justo entonces, como si una fuerza invisible se hubiese conjurado en su contra, el aire se fue haciendo cada vez más pesado y espeso como una gruesa cortina de terciopelo. El viento empezó a soplar de repente desde el interior del continente con la fuerza de un huracán. Si unos minutos

antes las condiciones de visibilidad le permitían ver hasta el horizonte, ahora era como mirar a través de una película de agua, un fluido en movimiento, iridiscente y efímero. El cielo desapareció en un abrir y cerrar de ojos, y el sol se ocultó de repente mientras el viento embestía contra la banquisa con el rugido de un monstruo iracundo. El mundo se había transformado en un remolino de color blanco inmaculado.

Mantuvo el acelerador apretado y se agarró con fuerza al volante, sin girarlo, obligando al vehículo a avanzar en línea recta. Tenían prisa, y no había fenómeno de la Madre Naturaleza capaz de provocarles un retraso.

Una persona puede vagar en círculos durante una tormenta de nieve, no porque quiera caminar en esa dirección, sino porque la mayoría de los seres humanos, aunque no lo saben, tienen una pierna un milímetro más corta que la otra. El mismo factor se aplicaba al Snow Cruiser, ninguna de cuyas ruedas habían salido del molde simétricamente perfectas con respecto a las demás. Si el volante estaba fijo en una dirección mientras el vehículo avanzaba hacia delante, poco a poco empezaría a trazar una curva.

Nada tenía sustancia: era como si el mundo ya no existiese. El vendaval parecía exprimir el color de todas las cosas. La tormenta arremetía contra los cristales del parabrisas con tanta fuerza, que sobre este caían como clavos diminutos las esquirlas de hielo. El impacto contra el vidrio se producía con un *crescendo* de sonidos tintineantes. Pitt empezó a preguntarse si el bombardeo destrozaría el viejo cristal de seguridad. El vehículo empezó a dar bandazos al pasar por encima de un saliente de hielo invisible bajo el torbellino blanco. Se preparó para una segunda sacudida, pero ésta no se produjo. El hielo era liso de nuevo.

El viejo dicho de «las desgracias nunca vienen solas» se hizo realidad en la mente de Pitt cuando Giordino gritó desde el compartimiento de motores:

—¡Comprueba los indicadores! Los motores siguen recalentándose. Aquí abajo el aire no circula y empieza a salir humo del radiador.

Pitt comprobó los indicadores en el salpicadero. Se había concentrado tanto en conseguir que el vehículo avanzara hacia delante sin desviarse, que había descuidado la comprobación de los indicadores. La presión del aceite era solo ligeramente baja, pero la temperatura del agua ya llegaba a la zona roja. En cualquier momento, los radiadores entrarían en ebullición y empezaría a salir agua por todas partes. Después de eso no había forma de saber cuánto tiempo tardarían los pistones en quemarse en el interior de los cilindros. Ya oía cómo los motores empezaban a fallar porque la combustión se adelantaba debido al calor intenso.

—¡Ponte la ropa para el frío! —gritó Pitt—. Cuando estés listo, abre la puerta exterior. La ráfaga de aire frío debería enfriar los motores.

—Y convertirnos a nosotros en cubitos de hielo —replicó Giordino.

—Tendremos que sufrir un poco hasta que vuelvan a funcionar a temperatura normal.

Ambos se pusieron los abrigos especiales para temperaturas extremas y las *parkas* con capucha. Para Pitt resultó una odisea, pues debía mantener el vehículo en rumbo fijo a través de la tormenta. Cuando acabaron de vestirse, Giordino abrió la puerta. Un caos huracanado se apoderó de la cabina de control, mientras el viento ululaba al pasar por la puerta de entrada. Pitt se hizo un ovillo sobre el volante y miró con los ojos entrecerrados cómo la explosión de frío estallaba en la cabina con aullidos desgarradores que ahogaban todos los sonidos de los motores diésel.

Jamás habría imaginado ver cómo la temperatura del interior de la cabina bajaba a doce grados bajo cero en treinta segundos. Cuando una persona va vestida adecuadamente para el frío extremo, puede soportar temperaturas de cuarenta grados bajo cero durante veinte o treinta minutos sin sufrir lesiones, pero cuando el factor viento sustrae otros diez grados, la congelación puede ser mortal en cuestión de minutos. Las ropas de Pitt podían protegerle del frío, pero el viento helado le paralizaba todo el cuerpo.

Abajo, en el compartimiento de los motores, Giordino estaba sentado entre los dos motores y se aprovechaba del escaso calor que le proporcionaban los circuitos de calefacción del tubo de escape y los ventiladores del radiador. Estaba muy preocupado por Pitt, pues temía que no pudiese sobrevivir hasta que acabasen de enfriarse los motores. Toda comunicación con él era ahora imposible, pues el aullido del viento sofocaba cualquier intento de intercambio con la voz.

Los minutos siguientes fueron los más largos de la vida de Pitt. Nunca había pasado tanto frío. Era como si el viento le atravesase el cuerpo y le cortase las entrañas con sus zarpas. Con la vista clavada en los indicadores de temperatura de los motores, vio cómo bajaban con lentitud exasperante. Los cristales de hielo se estrellaban contra el parabrisas como un enjambre enloquecido. Invadieron la cabina de mandos, y rápidamente cubrieron a Pitt y el panel de instrumentos con un manto blanco. La calefacción ya no podía competir con el aire helado, y el interior del parabrisas se congeló de inmediato, mientras que los limpiaparabrisas quedaron bloqueados por una capa de hielo cada vez más gruesa. Sin poder ver más allá del cristal, Pitt permaneció inmóvil mientras el torrente de hielo se iba acumulando a su alrededor. Se sintió como si un fantasma con miles de dientes diminutos lo estuviese masticando y engullendo.

Apretó sus propios dientes para que dejaran de castañetearle. El luchar contra fuerzas que escapaban a su control y el ser consciente de que tenía en sus manos la salvación de millones de personas no eran pensamientos placenteros, pero lo animaban a soportar las punzadas del viento y las dentelladas del hielo. Lo que más le asustaba era la posibilidad de meterse en una grieta imposible de detectar. Lo más

sensato era reducir la velocidad del Snow Cruiser y enviar a Giordino fuera para que comprobase el estado del hielo, pero además de poner en peligro la vida de su amigo, con eso solo conseguiría perder un tiempo precioso, y el tiempo no era un lujo a su alcance. Ya no podía mover el pie derecho, entumecido de frío, en el acelerador, por lo que lo mantuvo apretado a fondo, congelado a ras de suelo.

El viaje a través de aquel páramo de hielo engañoso y traicionero se había convertido en una auténtica pesadilla.

Ahora ya no había marcha atrás: solo podían llevar a cabo la misión o morir. La furia de la tormenta no daba muestras de remitir. Al fin, Pitt consiguió limpiar la gruesa capa de hielo del panel de instrumentos. Las agujas de los indicadores de temperatura estaban saliendo de la zona roja poco a poco, pero si él y Giordino querían alcanzar su destino sin más interrupciones, las agujas tendrían que bajar otros veinte grados.

Se sentía como un ciego en un mundo de ciegos. Ni siquiera se le permitía el sentido del tacto, pues los brazos y las piernas se le durmieron rápidamente y se quedó sin sensaciones. Su cuerpo ya no formaba parte de él y se negaba a responder a sus órdenes. Casi no podía respirar: el frío le oprimía los pulmones. El espesor de la sangre, el helor recorriéndole la piel y el dolor insostenible que le torturaba la carne, a pesar del aislamiento que en teoría le proporcionaban sus ropas, estaban acabando con sus fuerzas. No sabía que una persona podía morir congelada tan rápido. Hacía falta muchísima fuerza de voluntad para resistir la tentación de ordenar a Giordino que cerrase la puerta, pero su determinación contra el fracaso era tan fuerte como el implacable viento.

Pitt ya se había enfrentado a la muerte antes y le había escupido en la cara. Mientras pudiese seguir respirando y pensando con cordura, todavía le quedaba una oportunidad. Ojalá el maldito viento dejase de soplar, pensó. Sabía que las tormentas podían desaparecer con la misma rapidez con que habían empezado, así que ¿por qué no acababa aquella de una vez? Una horrible sensación de vacío se apoderó de él. Su visión empezó a oscurecerse en las comisuras de los ojos, y aquellas estúpidas agujas seguían sin bajar al nivel normal.

No creía en milagros improbables, solo confiaba en sí mismo, en Giordino y en la suerte. También podía incluir al Todopoderoso en un momento dado, pero solo si se mostraba agradable. Pitt no tenía ningunas ganas de recibir el más allá con los brazos abiertos. Siempre había imaginado que, tanto ángeles como demonios, tendrían que llevárselo a rastras, luchando hasta el final. El jurado seguía deliberando si sus virtudes superaban a sus defectos. La única realidad irrefutable era que tenía muy poco que decir al respecto y, en cuestión de minutos, se convertiría en un bloque de hielo.

Si las adversidades tenían una razón de ser, Pitt todavía tenía que descubrirla. En

algún momento, dejó de ser un simple mortal para convertirse en un hombre que ve las cosas desde fuera: todavía tenía la mente lúcida, aún era capaz de sopesar las posibilidades y las consecuencias. Apartó a un lado la pesadilla que se cernía sobre él. El sufrimiento y la aprensión ya no tenían sentido; se negaba a aceptar un final inevitable. Cualquier pensamiento sobre la muerte se le hacía abominable y absurdo.

Estuvo a punto de ceder a un instinto irresistible de tirar la toalla y rendirse, pero tomó la firme determinación de aguantar otros diez minutos. No dudó que él y Giordino lo conseguirían juntos, y tampoco sintió pánico. Salvar los motores, salvarse a sí mismo y luego salvar al mundo: ésa era la prioridad. Se restregó la escarcha de las gafas y vio que las agujas de los indicadores estaban bajando con rapidez y acercándose a la temperatura normal de funcionamiento.

Veinte segundos más, se dijo, y luego otros veinte. Y luego, la alegría y el júbilo, pues los indicadores ya marcaban de nuevo la temperatura normal.

No tuvo necesidad de gritarle a Giordino: su compañero advirtió que había llegado el momento al tocar un radiador con la mano. Cerró la puerta de golpe y expulsó la fuerza espantosa del viento y el hielo, no sin antes poner al máximo el sistema de calefacción interior. Acto seguido, se precipitó hacia la cabina de mandos y desalojó a Pitt del volante sin contemplaciones.

—Ya has hecho bastante por la causa —dijo, muy preocupado al verlo al borde de la hipotermia—. Te ayudaré a bajar al compartimiento de los motores para que entres en calor.

—El Snow Cruiser... —murmuró Pitt con los labios congelados—. Que no se desvíe...

—No te preocupes, sabré conducir este mastodonte tan bien como tú.

Después de colocar a Pitt en el suelo entre los dos grandes motores para que entrase en calor, Giordino subió de nuevo a la cabina helada, se sentó al volante y puso la primera. Al cabo de un minuto, el gigantesco vehículo avanzaba de nuevo a través de la tormenta a una velocidad de treinta y ocho kilómetros por hora.

El sonido regular de los motores, que volvían a funcionar con normalidad, era más que música para los oídos de Pitt, era un símbolo de esperanza renovada. Nunca en su vida se había sentido tan bien como junto al calor que desprendían los motores y que absorbía su cuerpo medio congelado. La sangre enseguida empezó a circular de nuevo por sus venas y se permitió el lujo de relajarse tranquilamente durante una hora y media mientras Giordino conducía.

Entonces, casi de manera morbosa, se preguntó si el equipo de fuerzas especiales habría aterrizado ya o si habría encontrado la muerte en aquella misma ventisca traicionera.

El McDonnell Douglas C-17, pintado de gris antracita y sin más distintivo que una pequeña bandera estadounidense en el estabilizador vertical, sobrevolaba un mar de nubes blancas sobre el hielo brillante de la Antártida como un pterodáctilo gigante y sin plumas sobre un paisaje del mesozoico.

El capitán Lyle Stafford de la fuerza aérea se sentía casi como en casa dentro de la cabina del avión que pilotaba sobre el continente helado. Por lo general, solía realizar la ruta entre Christchurch, Nueva Zelanda, y las estaciones de investigación estadounidenses repartidas por toda la Antártida, transportando científicos, equipo y suministros. Esta vez habían reclamado sus servicios de una manera un tanto precipitada para transportar a los equipos de asalto a la banquisa de Ross y soltarlos encima del complejo minero de Destiny Enterprises.

Stafford se parecía más a un director de relaciones públicas que a un piloto. Con un pelo plateado siempre impecable y de sonrisa fácil, siempre se ofrecía voluntario para ayudar a las fuerzas aéreas y a las organizaciones benéficas. En la mayoría de los vuelos leía un libro mientras su copiloto, el teniente Robert Brannon, un californiano de huesos largos cuyas rodillas le llegaban casi a la barbilla cuando estaba sentado, manejaba los controles y los instrumentos. Medio de mala gana, levantó la vista de su libro, *The Einstein Papers*, de Craig Dirgo, para mirar por la ventanilla y luego a la pantalla del GPS.

—Es hora de volver al trabajo —anunció al tiempo que dejaba el libro a un lado. Se volvió y sonrió al mayor Tom Cleary, quien iba sentado en un taburete detrás de los pilotos—. Es casi la hora de empezar la hiperventilación, mayor, para que se aclimaten al oxígeno.

Cleary estiró el cuello para mirar por el parabrisas, pero no vio más que una capa de nubes. Supuso que en aquel momento estarían sobrevolando una esquina de la banquisa de Ross, invisible bajo el aparato.

—¿Cómo voy de tiempo?

Stafford señaló el tablero de instrumentos.

—Llegaremos a su punto de lanzamiento dentro de una hora. ¿Sus hombres están listos y ansiosos?

—Listos puede, pero yo no diría que ansiosos. Todos han saltado de un avión desde diez mil metros de altura en alguna ocasión, pero ninguno mientras el avión vuela a seiscientos cincuenta kilómetros por hora. Estamos acostumbrados a sentir cómo el avión reduce la velocidad antes de bajar la rampa.

—Siento no poder acercarlos más, ni lanzarlos a menor velocidad y menor altura —dijo Stafford en tono comprensivo—, pero el éxito de la misión depende de que usted y sus hombres aterricen sobre el hielo sin que nadie descubra sus paracaídas en

el aire. Mis órdenes son muy claras al respecto: debo realizar mi vuelo de rutina de suministro de provisiones hasta el estrecho de McMurdo según mi ruta habitual de vuelo. He tratado de acercarme al máximo sin levantar sospechas. Tal como están las cosas, tendrán que deslizarse poco más de quince kilómetros hasta la zona del objetivo, justo fuera de las vallas de seguridad.

—El viento sopla del mar, así que eso juega a su favor —explicó Brannon.

—Y la capa de nubes también nos va a resultar útil —apuntó Cleary—. Y si tienen algún sistema de radar en funcionamiento, el operario tendrá que tener cuatro ojos para detectarnos desde el instante en que salgamos hasta que despleguemos los paracaídas.

Stafford realizó una leve maniobra en el rumbo y añadió:

—Desde luego, no le tengo ninguna envidia, mayor, al pensar que tienen que saltar desde un avión cómodo y calentito a una tormenta de hielo y nieve a casi treinta grados bajo cero.

Cleary sonrió.

—Al menos no me ha soltado eso que dicen todos los pilotos, lo típico de «saltar de un avión que funciona a las mil maravillas», y se lo agradezco.

Todos rieron del chiste que solo los profesionales podían entender: durante décadas, a todos los paracaidistas les hacían la misma pregunta: «¿Por qué saltáis desde un avión que funciona a las mil maravillas?», casi siempre los pilotos, a lo que Cleary solía contestar: «El día que exista un avión que funcione a las mil maravillas, entonces dejaré de saltar».

—En cuanto al frío —prosiguió Cleary—, nuestros trajes térmicos de calefacción eléctrica impedirán que nos convirtamos en cubitos de hielo durante el descenso.

—Las nubes se extienden hasta una cota inferior a los trescientos metros, así que tendrán que realizar la mayor parte del descenso a ciegas porque sus brújulas y aparatos de GPS no estarán activos —aclaró Brannon.

—Los hombres están muy bien entrenados para eso. La clave del éxito de un salto de infiltración a gran altura consiste en arrojarlos del aparato en el punto exacto indicado por las coordenadas cartográficas, contra el viento, y en abrir todos los paracaídas aproximadamente a la misma altura.

—Vamos a lanzarlos con el máximo grado de aproximación al objetivo, pero no va a ser ningún picnic.

—No —convino Cleary—, estoy seguro de que justo después de saltar desearíamos caer sobre el infierno en llamas en lugar de hacerlo sobre un bloque de hielo.

Stafford volvió a comprobar el tablero de instrumentos.

—Cuando usted y sus hombres terminen con la hiperventilación, someteré la cabina a descompresión y a continuación les daré los avisos de veinte y diez minutos.

Y también cuando estemos a seis minutos del punto de lanzamiento. Cuando falten dos minutos, bajaré la rampa.

—Entendido.

—Y cuando falte un minuto —continuó Stafford—, haré sonar el timbre de alarma una vez. A continuación, cuando estemos justo encima del punto de lanzamiento, encenderé la luz verde. A la velocidad a la que volaremos, tendrán que salir muy rápido y en grupo.

—Eso es justo lo que queremos.

—Buena suerte —dijo Stafford al tiempo que se volvía en su asiento y estrechaba la mano del mayor.

Cleary esbozó una sonrisa.

—Gracias por el viaje.

—Ha sido un placer —contestó Stafford—, pero espero que no tengamos que hacerlo otra vez.

—Yo también.

Cleary salió de la cabina de mando para entrar en el cavernoso compartimiento de carga del aparato. Los sesenta y cinco hombres que iban sentados allí formaban un grupo de caras serias, ceñudos y tranquilos, teniendo en cuenta el peligro incierto al que iban a enfrentarse. Eran jóvenes, con edades comprendidas entre los veinte y los veinticuatro años. No se oían risas ni comentarios superficiales, no había juramentos ni quejas. A simple vista, parecían absortos en la tarea de comprobar y volver a comprobar el equipo. Eran un grupo formado por los mejores soldados de combate de Estados Unidos, reunidos a toda prisa en el mismo avión procedentes de distintas unidades especiales que realizaban operaciones antidroga en toda Sudamérica. Un equipo de SEAL de la marina, miembros del cuerpo de élite Delta Force y un equipo de las fuerzas de reconocimiento de los marines, una banda variopinta de guerreros en una misión sin precedentes.

En cuanto la Casa Blanca hubo dado la alerta al Pentágono, lo único de lo que andaban escasos era de tiempo. Una nutrida unidad de las Fuerzas Especiales estaba de camino desde Estados Unidos, pero no se esperaba que llegase a la bahía Okuma hasta al cabo de tres horas, un tiempo que podía resultar demasiado largo. El aviso del almirante Sandecker no fue acogido con entusiasmo por los ayudantes de gabinete del presidente, como tampoco por el jefe de las Fuerzas Armadas. Al principio, ninguno de ellos daba crédito a aquella increíble historia. No fue hasta que Loren Smith y varios científicos apoyaron la exigencia de una acción inmediata, cuando el presidente ordenó al Pentágono que enviase un equipo de Fuerzas Especiales para evitar el cataclismo.

Rápidamente se descartó un ataque aéreo con misiles a causa de la ausencia de datos por parte de los servicios de inteligencia: la Casa Blanca y el Pentágono

tampoco podían estar del todo seguros de no estar cometiendo un error ante los ojos del mundo si destruían una planta minera con cientos de empleados inocentes, como tampoco sabían con seguridad la ubicación específica del centro de operaciones para la destrucción de la Tierra. Por lo poco que sabían, podía estar escondido en una cámara de hielo subterránea a kilómetros de las instalaciones. Los jefes del Estado Mayor decidieron que un ataque llevado a cabo por hombres de las Fuerzas Especiales ofrecía mayores posibilidades de éxito, sin necesidad de provocar un escándalo internacional en caso de error.

Los hombres iban sentados encima de sus pesadas mochilas, con los paracaídas ya sujetos a la espalda, y estaban comprobando las verificaciones anteriores al salto. Las mochilas estaban repletas de equipos de supervivencia y de municiones para el nuevo Spartan Q-99 Eradicator, un arma asesina que pesaba cuatro kilos y medio y que reunía un fusil automático del calibre 12, un fusil automático de 5,56 milímetros con mira telescópica y un cañón de grueso calibre en el centro que disparaba pequeños proyectiles de metralla. Los cargadores de reserva, los proyectiles de fusil y los proyectiles de metralla pesaban casi diez kilos y eran transportados en riñoneras que llevaban a la cintura. La parte superior de la riñonera, que era plana, contenía un dispositivo de navegación equipado con brújula marina Silva y altímetro digital, ambos claramente visibles para el paracaidista durante la caída.

El capitán Dan Sharpsburg estaba al frente de los Delta Force del ejército, mientras que el teniente Warren Garnet estaba al mando del equipo de reconocimiento de los marines. El teniente Miles Jacobs y su equipo de SEAL, que habían ayudado a la NUMA en la isla Saint Paul, también formaban parte de las fuerzas de asalto. El conjunto del grupo estaba bajo las órdenes de Cleary, un veterano de las Fuerzas Especiales que se encontraba de permiso con su esposa en la reserva natural de Kruger Park, Sudáfrica, cuando lo llamaron de repente para que se hiciera cargo del improvisado cuerpo de asalto. Era la primera vez en la historia militar de Estados Unidos que unidades especiales independientes se unían en una sola para el combate.

En aquella misión, todos los hombres iban a utilizar un nuevo sistema de paracaídas ram-air, llamado el MT-1Z o Zulu. Con una proporción de propulsión-tracción de cuatro a uno, el paracaídas podía recorrer cuatro metros en dirección horizontal por cada metro de descenso, una característica que los tres equipos agradecían.

Cleary estudió las dos hileras de hombres. El oficial más próximo, Dan Sharpsburg, ladeó la cabeza y sonrió. Pelirrojo y con un gran sentido del humor, era un viejo amigo y uno de los pocos que en realidad se moría de ganas de dar el salto suicida. Dan llevaba años «cazando aviones», y había conseguido el título de instructor de caída libre militar en la prestigiosa academia que el ejército tenía en

Yuma, Arizona. Cuando no estaba en una misión o en fase de entrenamiento, Dan se iba a hacer submarinismo con civiles solo para divertirse.

Cleary apenas había tenido tiempo de echar un vistazo a la hoja de servicios de Jacobs y Garnet, pero sabía que eran lo mejor de lo mejor para misiones de las Fuerzas Especiales. Aunque pertenecía en cuerpo y alma al ejército, sabía que tanto los SEAL como los equipos de reconocimiento de los marines se hallaban entre los mejores soldados de combate del mundo.

Al ir mirándolos de uno en uno, pensó que si sobrevivían al salto y lograban llegar hasta el objetivo, les quedaba enfrentarse a las fuerzas de seguridad de los Wolf, un pequeño ejército de mercenarios bien entrenados y armados —según le habían dicho—, muchos de los cuales habían servido en las mismas fuerzas que los ocupantes del avión. No, concluyó Cleary, aquello no iba a ser ningún picnic.

—¿Cuánto falta? —preguntó Sharpsburg.

—Menos de una hora —contestó Cleary, avanzando por la fila de hombres para avisar a Jacobs y Garnet. Luego se detuvo en medio del grupo y les dio las últimas instrucciones. En un bolsillo de sus trajes térmicos, todos llevaban una fotografía aérea tomada por el satélite que deberían examinar en cuanto saltasen al vacío y abriesen los paracaídas. El punto de aterrizaje era un enorme campo de hielo justo en el exterior del complejo minero, cuyo paisaje desproporcionado e irregular les ofrecía un grado relativo de protección cuando se reagrupasen tras el descenso. La siguiente parte del plan era el ataque al centro de ingeniería principal, donde esperaban que se hallasen los mecanismos de control del inminente apocalipsis. Los expertos militares creían que se producirían menos bajas si aterrizaban y atacaban desde el exterior en lugar de aterrizar en el laberinto de edificios, antenas, maquinaria y material eléctrico.

La coordinación debía tener lugar una vez cada unidad estuviese en el suelo y lista para el asalto. Aquél que resultase herido durante el aterrizaje tendría que arreglárselas y no recibiría ayuda hasta después, una vez tomado el complejo y destruido todos los sistemas o instrumentos destinados a separar la banquisa.

Con la satisfacción de comprobar que cada hombre sabía lo que se esperaba de él, Cleary se fue a la parte posterior del compartimiento de carga y se puso el paracaídas y la mochila. Luego ordenó a uno de los hombres de Sharpsburg que le hiciese una inspección completa, poniendo especial atención en el equipo de respiración necesario para el largo salto en el vacío.

Por último, se colocó al inicio de la rampa de carga y empezó a hacer gestos con las manos para atraer la atención de los hombres. A partir de aquel momento, toda la comunicación entre ellos se realizaría a través de señales con las manos y los brazos, el procedimiento estándar de comunicación. Las únicas comunicaciones mediante la voz hasta el salto serían entre Cleary, Sharpsburg, Jacobs, Garnet y Stafford en la cabina. Una vez en el aire, cada hombre se comunicaría con radios Motorola

individuales en frecuencias seguras.

—Piloto, aquí jefe de lanzamiento.

—Le recibo, mayor —respondió Stafford—. ¿A punto para el salto?

—Verificaciones completadas. Hiperventilación en curso.

Cleary tomó un asiento vacío y estudió a los hombres. Hasta entonces todo iba bien, casi demasiado bien, pensó. Aquél era el momento en que la ley de Murphy entraba en escena, pero Cleary no estaba dispuesto a dejar que el señor Murphy hiciese de las suyas. Le complacía ver a los hombres completamente alertas y preparados.

Llevaban capuchas bajo los cascos de vuelo Gentex de color gris para conseguir un poco más de protección contra las duras temperaturas bajo cero. Incorporadas a los cascos llevaban las gafas de lentes amarillas Adidas Galeforce para la niebla y el resplandor, que en esos momentos estaban colocadas encima del casco para que tanto Cleary como el técnico en oxígeno pudiesen ver con claridad los ojos de los hombres y detectar posibles indicios de anoxia. Las unidades térmicas de los trajes estaban activadas y cada hombre comprobó el equipo de su compañero para asegurarse de que todo estuviese en orden. Alrededor de los trajes y el equipo de cada hombre había colocadas estratégicamente cuerdas elásticas para evitar que el violento impacto con el aire en el momento del salto les rompiese las articulaciones.

Después de comprobar los radios para confirmar que todas podían transmitir y recibir, Cleary se levantó y se dirigió a la rampa aún cerrada. De cara a su equipo de asalto, vio que todos los hombres le miraban con atención. Una vez más, le hizo una señal al hombre que tenía a su izquierda levantando los pulgares de ambas manos.

En la cabina de mando, el capitán Stafford, que estudiaba su ruta computerizada y el objetivo programado, estaba poniendo todo su empeño en el reto de lanzar a los hombres sobre el punto que les ofrecería mayores garantías de éxito. Su principal preocupación consistía en no enviarlos diez segundos antes del momento justo ni cinco segundos después, repartiéndolos por todo el paisaje helado. Desconectó el piloto automático y pasó los controles a Brannon para no ser distraído mientras calculaba el momento exacto del lanzamiento y examinaba la perspectiva. Stafford accionó el interfono de la cabina para hablar con Brannon a través de su máscara de oxígeno.

—Si te desvías un solo grado, nos meteremos en un lío muy gordo.

—Yo los pondré sobre el objetivo —dijo Brannon con total seguridad en sí mismo—, pero tú tendrás que colocarlos justo en él.

—¿Acaso no confías en la capacidad de navegación del comandante de tu aeronave? Debería darte vergüenza.

—Le pido perdón, mi capitán.

—Eso está mejor —dijo Stafford con satisfacción. Accionó el botón de

comunicación con el compartimiento de carga—. Mayor Cleary, ¿listo?

—Sí —respondió Cleary.

—Tripulación, ¿listos?

Los hombres de la tripulación, que llevaban arneses de seguridad sujetos a anillas y sistemas de oxígeno portátiles, estaban de pie a unos metros de la rampa, a ambos lados.

—Sargento Hendricks listo, capitán.

—Cabo Joquin listo, señor.

—Veinte minutos, mayor —anunció Stafford—. Descompresión de la cabina en curso.

Hendricks y Joquin se acercaron con cuidado a la rampa, guiando con cautela las cuerdas de fijación de los arneses, comprobando los últimos detalles y preparándose para lo que iba a ser una de las misiones más insólitas de su carrera militar.

Mientras la cabina se descomprimía, los hombres sintieron cómo descendía la temperatura, aun a pesar de sus trajes térmicos. El aire silbaba por el compartimiento de carga mientras poco a poco se iba equilibrando con la atmósfera exterior.

El tiempo pasó muy deprisa, y luego la voz de Stafford se oyó de nuevo por el interfono.

—Mayor, diez minutos.

—Recibido. —Se produjo una pausa y Cleary preguntó con sarcasmo—: ¿No puede encender la calefacción aquí detrás?

—¿Es que no se lo he dicho? —replicó Stafford—. Necesitamos hielo para prepararnos unos cócteles cuando se hayan ido.

Durante los siguientes dos minutos, Cleary repasó mentalmente el plan de infiltración en el complejo minero. Combinarían los elementos de un salto desde cotas altas y apertura del paracaídas en cotas bajas y de un salto desde cotas bajas y apertura inmediata del paracaídas para correr menos riesgos de ser descubiertos. El plan era que el equipo bajase en caída libre hasta los 7620 metros, abriese los paracaídas y se reagrupase en el aire para planear hasta la zona de aterrizaje.

Los Delta Force de Sharpsburg saltarían primero, seguidos por Jacobs y sus SEAL y luego por Garnet y sus marines. Cleary sería el último hombre en saltar para disponer de una situación de ventaja y ordenar posibles correcciones en la ruta. Sharpsburg sería el primero en lanzarse y luego lo seguirían todos los demás.

—Seis minutos para el lanzamiento —anunció Stafford, e interrumpió los pensamientos de Cleary.

Stafford tenía la mirada fija en el monitor del ordenador, que estaba conectado a un sistema fotográfico de instalación reciente que revelaba el suelo por debajo de las nubes con todo lujo de detalles. Brannon manejaba el aparato con la misma ternura que si se tratase de un niño, con la ruta estable en la línea que atravesaba el monitor,

con un pequeño círculo que rodeaba el blanco del salto.

—¡A la mierda con las órdenes! —soltó Stafford de repente—. ¡Brannon!

—¿Señor?

—A la señal de un minuto, reduce la velocidad a 135 nudos. Voy a darles a esos chicos todas las posibilidades de sobrevivir que pueda. Cuando el sargento Hendricks informe de que ha saltado el último hombre, recupera los doscientos nudos.

—¿Y el radar de tierra de los Wolf no detectará nuestra reducción de velocidad?

—Llama a la estación de radio de McMurdo por una frecuencia abierta y diles que tenemos problemas con un motor, que tenemos que reducir la velocidad y que llegaremos tarde.

—No está mal como tapadera —señaló Brannon—. Si nos están controlando desde tierra, no tendrán motivos para dudar de nuestra historia.

Brannon encendió la radio y explicó los falsos problemas con el motor a todo aquél que estuviese escuchando. A continuación señaló los números que parpadeaban en el monitor del ordenador y que indicaban la inminencia del salto.

—Dos minutos.

Stafford asintió con la cabeza.

—Empieza a reducir la velocidad muy despacio. A un minuto del lanzamiento, justo cuando haga sonar el timbre, reduce a 135.

Brannon flexionó los dedos como si fuera un pianista y sonrió.

—Dirigiré las palancas como si fuera un concierto.

Stafford activó el interfono de la sección de carga.

—Dos minutos, mayor. Sargento Hendricks, empiece a abrir la rampa.

—Apertura de la rampa en curso —repuso la voz pausada de Hendricks.

Stafford se dirigió a Brannon.

—Luego me haré cargo de los controles. Tú ocúpate de las palancas para que yo pueda concentrarme en la sincronización de los saltos.

Tras comprobar la transmisión, Cleary se acercó al lado izquierdo de la rampa, con la espalda apoyada contra el fuselaje para poder ver sin problemas a sus hombres, las luces de salto/ atención y la rampa. Levantó el brazo derecho e hizo la señal de levantarse.

Los hombres se pusieron de pie, comprobaron una vez más sus cuerdas y su equipo y se ajustaron las pesadas mochilas que llevaban detrás bajo la bolsa principal del paracaídas. La enorme rampa empezó a abrirse y una ráfaga de aire helado barrió el interior del avión.

Los siguientes segundos pasaron con una lentitud cruel y exasperante.

Con fiera determinación, se agarraron a los cables de acero de fijación para resistir los embates del huracán de viento que se produciría cuando la rampa se abriese por completo, y se acercaron al borde de la rampa para realizar la salida. A

pesar de que intercambiaban miradas de seguridad en sí mismos, era como si no viesen a sus compañeros a su alrededor. No eran necesarias palabras para describir lo que experimentarían una vez se abriese la rampa y se lanzasen a un aire tan increíblemente frío como insoportable.

En la cabina del piloto, Stafford se dirigió a Brannon.

—Ahora me haré cargo de los controles para concentrarme en la sincronización. Ocúpate de las palancas.

Brannon levantó ambas manos.

—Es todo tuyo, capi.

—¿Capi? ¿Has dicho «capi»? —repitió Stafford, escandalizado—. ¿Es que no puedes mostrarme ni una pizca de respeto? —A continuación habló a través del interfono—. Un minuto, mayor.

Cleary no respondió, pues no tenía por qué hacerlo. El timbre de la alarma sonó una vez. Hizo la siguiente señal, la de colocarse hacia el fondo, de manera que la primera fila se detuviese a noventa centímetros de la rampa. Se colocó las gafas antiniebla y empezó a contar en silencio los segundos que faltaban para el salto. De repente, sintió que algo iba mal: el aparato estaba reduciendo la velocidad.

—Apertura de la rampa completada, capitán —informó Hendricks a Stafford.

La voz del sargento pilló a Cleary por sorpresa. Se dio cuenta de que había olvidado desconectar su auricular de la caja del interfono.

Cleary le hizo a sus hombres la señal que indicaba que faltaban quince segundos para el salto. Tenía la mirada fija en la luz roja de precaución: los sesenta y cinco hombres estaban amontonados en un grupo muy apretujado, con Sharpsburg a escasos centímetros del borde de la rampa.

De manera simultánea, mientras la luz roja de precaución se apagaba y se encendía la verde que señalaba el inicio del salto, Cleary señaló la rampa abierta.

Como sacudido por una descarga eléctrica, el teniente Sharpsburg se arrojó del avión y descendió en picado hacia la nada cubierta de nubes. Con las piernas y los brazos extendidos, desapareció tan deprisa como si hubiera saltado a una piscina gigantesca. Su equipo le siguió a escasos metros de distancia; siendo engullidos por las nubes, seguidos rápidamente por Jacobs y su equipo de SEAL. A continuación les tocó el turno a Garnet y sus marines. Cuando el último marine desapareció por el borde de la rampa, Cleary dio un salto y también desapareció.

Hendricks y Joquin permanecieron inmóviles contemplando el vacío blanco, incapaces de creer lo que acababan de presenciar. Casi como en estado de trance, Hendricks habló por el interfono bajo su máscara de oxígeno.

—Capitán, se han ido.

Brannon no perdió ni un segundo en recuperar la velocidad de doscientos nudos, la mitad de la velocidad máxima del C-17. La compuerta de carga se cerró y el

sistema de oxígeno en el interior recuperó su funcionamiento normal. La siguiente maniobra de Stafford consistía en establecer contacto a través de una frecuencia segura con el cuartel general del Alto Mando de Estados Unidos en el Atlántico Sur para informarles que el lanzamiento se había llevado a cabo según lo previsto. Se volvió hacia Brannon.

—Ojalá lo consigan —dijo en voz baja.

—Si lo consiguen, será porque les has permitido saltar con una corriente de aire inferior a los cuatrocientos kilómetros por hora, por debajo de nuestra velocidad normal de crucero.

—Espero que no los hayan descubierto por mi culpa —dijo Stafford—, pero me parecía que soltarlos a la velocidad normal era enviarlos a una muerte segura.

—No seré yo quien te contradiga —contestó Brannon con gravedad.

Stafford resopló al reactivar el piloto automático.

—En fin, en cualquier caso ya no es responsabilidad nuestra. Los hemos soltado justo encima del objetivo. —A continuación hizo una pausa, observando las nubes blancas que, como un mal presagio, bloqueaban la vista—. Rezaré porque lleguen al suelo sanos y salvos.

Brannon lo miró con recelo.

—No sabía que fueses un hombre religioso.

—Solo en momentos traumáticos.

—Llegarán al suelo —dijo Brannon con optimismo—. Será a continuación de tocar el suelo cuando tal vez lleguen al infierno.

Stafford meneó la cabeza con gesto resignado.

—No me gustaría tener que enfrentarme a los tipos que acaban de saltar de este avión. Apuesto a que su asalto será coser y cantar.

Stafford no tenía ni la menor idea de lo mucho que se equivocaba.

El operario del radar en el cuartel general de seguridad junto al centro de control cogió un teléfono mientras seguía con la mirada el barrido de su pantalla del radar.

—Señor Wolf, ¿puede venir un momento?

Al cabo de unos minutos, Hugo Wolf entró a paso ligero en la pequeña habitación oscura repleta de artilugios electrónicos.

—¿De qué se trata?

—Señor, el avión de suministros estadounidense ha reducido la velocidad de repente.

—Sí, lo sé. Nuestra radio interceptó un mensaje en que decían que tenían problemas con un motor.

—¿Cree que podría ser un farol?

—¿Se ha desviado de su ruta habitual? —preguntó Hugo.

El operario del radar negó con la cabeza.

—Negativo, señor. El avión está a dieciséis kilómetros de distancia.

—¿No has visto nada más en la pantalla?

—Solo las típicas interferencias que se producen durante e inmediatamente después de una tormenta de hielo.

Hugo apoyó la mano en el hombro del operario.

—Sigue su ruta para estar seguros de que no vuelve atrás y permanece atento a cualquier posible intrusión hostil por mar o aire.

—¿Y a nuestras espaldas, señor?

—¿Quién crees que sería capaz de atravesar las montañas o avanzar caminando por la banquisa en plena tormenta de hielo? El operario se encogió de hombros.

—Nadie. Desde luego, nadie que sea humano. Hugo sonrió. —Exactamente.

El general de la fuerza aérea Jeffrey Coburn colgó el receptor y miró al otro lado de la larga mesa de la War Room, la sala para reuniones de emergencia de carácter militar en las entrañas del Pentágono.

—Señor presidente, el mayor Cleary y su comando de asalto han saltado del avión.

Los jefes del Estado Mayor y sus ayudantes estaban sentados en una sección en forma de anfiteatro de una larga sala cuyas altas paredes estaban cubiertas de monitores y pantallas gigantes que mostraban escenas de bases del ejército, barcos de la armada y campos de la fuerza aérea en todo el planeta. La situación de los barcos en el mar y de los aviones militares en el aire estaba sometida a vigilancia constante, sobre todo los medios de transporte que trasladaban a toda prisa a las Fuerzas Especiales.

En una pantalla gigante al fondo de la sala aparecía un montaje de imágenes fotográficas del complejo minero de Destiny Enterprises en la bahía de Okuma. Las fotos del montaje no eran vistas aéreas, sino que parecían haber sido encajadas y conceptualizadas después de haber sido tomadas desde una aeronave a varios kilómetros del suelo. No había vistas aéreas porque los militares no tenían ningún satélite espía que orbitase alrededor del polo Sur. El único contacto directo por radio con la fuerza de asalto de Cleary procedía de un satélite de comunicaciones civil empleado por las estaciones de investigación estadounidenses de la banquisa de Ross, conectado con el Pentágono.

En otra pantalla aparecía el presidente Dean Cooper Wallace, seis miembros de su gabinete y un equipo de sus consejeros personales, sentados en torno a una mesa en el búnker bajo la Casa Blanca. Los directores de la CIA, el FBI, Ron Little y Ken Helm también estaban presentes en comunicación directa con la War Room, junto con la congresista Loren Smith, quien había sido invitada por sus profundos conocimientos acerca de Destiny Enterprises. Mientras actuaban como consejeros del presidente en la operación que había recibido el nombre en clave de proyecto Apocalipsis, el

almirante Sandecker estaba reunido con los jefes del Estado Mayor en el Pentágono y actuaba como consejero en dicho grupo.

—¿Cuánto tiempo falta, general? —preguntó el presidente.

—Una hora y cuarenta y dos minutos, señor —contestó Amos South, jefe del Estado Mayor—. Ésa es la hora en que nuestros científicos calculan que las corrientes de la marea se hallarán en su punto de máxima capacidad para separar la banquisa y arrastrarla hacia el mar.

—¿Cómo sabemos que esa información es exacta?

—Podría decirse que procede de la mismísima fuente —respondió Loren—. El calendario fue revelado por el propio Karl Wolf y luego confirmado por los mejores glaciólogos y expertos en nanotecnología del mundo.

—Desde que los hombres del almirante Sandecker penetraron en la organización Wolf —explicó Ron Little—, hemos reunido muchísima información acerca de lo que los Wolf denominan «proyecto Valhalla». Toda esa información parece confirmar que van a realizar aquello con lo que amenazan: separar la banquisa de Ross y alterar el equilibrio de rotación de la Tierra para provocar un movimiento polar.

—Causaría un cataclismo de una magnitud inimaginable —añadió Loren.

—Hemos llegado a la misma conclusión en el FBI —dijo Helm, corroborando las tesis de Little—. Hemos pedido a los expertos en nanotecnología que estudien los hechos y todos coinciden: los Wolf poseen la capacidad científica y técnica para ejecutar semejante barbaridad.

El presidente miró al general South en el monitor.

—Sigo diciendo que deberíamos lanzarles un misil y acabar con esta locura antes de que se nos escape de las manos.

—Solo como último recurso, señor presidente. El Estado Mayor al completo y yo coincidimos en que eso sería demasiado peligroso.

El almirante Morton Elridge, jefe de la armada, intervino en la discusión.

—Uno de nuestros aviones, equipado con sistemas de interceptación de radar ha llegado al lugar: ya han informado de que las instalaciones mineras de los Wolf cuentan con equipos de radar capaces de detectar la aproximación de un misil lanzado desde un avión o desde un submarino cercano con tres minutos de antelación. Eso es más que suficiente para alertarlos y hacer que cunda el pánico entre ellos, hasta el punto de que podrían adelantar el momento de apretar el botón que desencadenará el fin del mundo. El riesgo es demasiado.

—Si, como usted dice —repuso Wallace—, su equipo de radar es tan sofisticado, ¿no habrán descubierto ya la presencia de su aeronave?

El almirante Elridge y el general Coburn intercambiaron una mirada de desconcierto antes de que Elridge contestase.

—Como se trata de un asunto de máximo secreto, solo unos pocos sabemos que

nuestros nuevos sistemas antirradar son casi imposibles de detectar. Podemos leer sus señales, pero ellos no pueden encontrar ni leer las nuestras.

—Si nuestras fuerzas terrestres no fuesen capaces de penetrar las defensas de los Wolf —explicó South—, entonces, por supuesto, como último recurso, lanzaríamos un misil desde el submarino nuclear Tucson.

—¿Ya ha llegado a la estación de la Antártida? —preguntó Wallace, incrédulo.

—Sí, señor —respondió Elridge—. Se trata de una afortunada coincidencia. Estaba en una zona para recoger datos sobre el hielo cuando consiguió destruir el submarino de los Wolf que estaba atacando un buque de la NUMA, el *Polar Storm*. El almirante Sandecker me avisó a tiempo para enviarlo a la bahía de Okuma.

—¿Y qué me dicen de los aviones?

—Dos bombarderos Stealth están ya en vuelo y dentro de una hora y diez minutos establecerán una férrea vigilancia a ciento cincuenta kilómetros de las instalaciones —explicó Coburn.

—Así que tenemos cubierto el mar y el aire —dijo Wallace.

—Correcto —respondió el general South.

—¿Cuánto falta para que el mayor Cleary y sus fuerzas inicien el ataque?

South consultó un enorme reloj digital que había en la pared.

—Dependiendo de las condiciones del viento y del cielo cubierto, deberían estar planeando hacia su objetivo y aterrizando dentro de pocos minutos.

—¿Recibiremos un seguimiento minuto a minuto del asalto?

—Tenemos contacto directo con las comunicaciones terrestres del mayor Cleary a través del satélite que sirve a nuestras estaciones de investigación en el polo y el estrecho de McMurdo, pero puesto que él y sus hombres estarán bastante ocupados durante la próxima hora y acaso sometidos a fuego hostil, no nos parece sensato interferir o interrumpir sus comunicaciones terrestres.

—Entonces no podemos hacer más que esperar y escuchar —señaló Wallace.

El silencio acogió sus palabras. Ninguno de los presentes en una u otra sala le respondió.

Al cabo de una larga pausa, el presidente murmuró:

—Dios mío, ¿cómo nos hemos metido en este embrollo?

Precipitándose a una velocidad de más de 193 kilómetros por hora a través de la espesa capa de nubes y desde una altura de 10 700 metros, Cleary separó los brazos y se encaró hacia lo que suponía era el suelo, puesto que el manto de nubes ocultaba cualquier rastro del horizonte. Se esforzó por combatir la ráfaga de aire helado que lo envolvía, y se concentró en mantener una posición estable. Se recordó mentalmente que algún día debía darle las gracias en persona a Stafford por reducir la velocidad del avión. Era un gesto que había proporcionado al equipo de asalto unas condiciones casi perfectas para saltar en un grupo compacto y para alcanzar una altitud estable sin caer entre convulsiones y sacudidas durante varios metros. Esa situación habría separado a los hombres varios kilómetros y habría hecho casi imposible la infiltración de un grupo de combate unido e intacto.

Acercó la muñeca izquierda a las gafas para ver el cuadrante del altímetro MA2-30: estaba descendiendo rápidamente bajo los diez mil metros. Teniendo en cuenta la baja densidad del aire a aquella altura, esperaba que su velocidad aumentase de forma considerable.

Cleary se concentró en mantener la dirección, a ciento ochenta grados de la ruta del C-17 en el momento del salto, y escrutó el espacio en busca de los demás hombres que descendían en caída libre. Pasó a través de una gruesa capa de humedad y sintió cómo las puntiagudas bolas del granizo se le clavaban en el cuerpo, la máscara y las gafas. A su derecha, a una docena de metros, distinguió apenas el parpadeo de unas luces de gran intensidad en el vacío gris.

Las luces estaban incorporadas en lo alto del casco Gentex de cada hombre con el haz luminoso vuelto hacia atrás para saber si alguno estaba cayendo encima de otro en el momento de la apertura del paracaídas.

De repente se preguntó si no habrían saltado sobre coordenadas incorrectas. Bueno, pensó, ahora daba lo mismo: la suerte ya estaba echada. O se encontraban contra el viento encima de la zona de aterrizaje o no; las probabilidades eran del 50 por ciento. Solo su fe en la capacidad como piloto de Stafford le inyectaba una buena dosis de optimismo.

En los escasos segundos transcurridos entre el salto del capitán Sharpsburg y el de Cleary, el punto de no retorno había pasado al olvido. Contempló el espacio que se abría bajo sus pies y no vio a nadie. A continuación comprobó su altitud: se estaba aproximando a los 8500 metros.

El plan era bajar en caída libre hasta los 7620 metros, abrir los paracaídas, reagruparse y planear hasta la zona de aterrizaje. Poco antes de alcanzar dicha altitud, cada hombre debería iniciar su secuencia de apertura, lo que significaba comprobar que el espacio estaba despejado, y arquear el cuerpo lo mejor posible, luego deberían

localizar y mantener el contacto visual con el cordón de apertura principal, situado en el lado derecho y externo del arnés del paracaídas. El siguiente paso consistía en tirar del cordón de apertura y comprobar, por encima del hombro derecho, que el paracaídas se estaba desplegando correctamente: para que se abriese a la altura de 7620 metros, necesitaban casi trescientos metros de altitud operativa.

Ahora, a lo lejos, vio más luces parpadeantes, diez, tal vez doce. La capa de nubes se estaba diluyendo y la visibilidad aumentaba. El altímetro de Cleary indicaba 7924 metros. Todo pensamiento abandonó su cabeza mientras los años de entrenamiento se hacían con el control de su cuerpo. Sin vacilar, Cleary reaccionó con decisión, repitiendo mentalmente las órdenes mientras ejecutaba la secuencia de acción: arquear el cuerpo, mirar, tirar del cordón, comprobar, comprobar y comprobar.

Su paracaídas MT-1Z se desplegó a una altitud y dirección casi perfectas con total suavidad y sin señales bruscas de que hubiese reducido su velocidad de descenso de los 240 kilómetros por hora hasta casi cero. Ahora estaba suspendido en el aire bajo el cono inflado, dejándose llevar por las corrientes de aire como si fuera una marioneta soñolienta.

El aullido del viento que envolvía a Cleary había cesado por completo. Los auriculares incorporados a su casco Gentex emitían crujidos por las interferencias, y por primera vez desde que había saltado distinguió claramente el sonido de su respiración a través de la máscara de oxígeno. Levantó la vista e inspeccionó con cuidado el paracaídas en busca de posibles rasguños, incluyendo los cordones de suspensión, desde los puntos de unión hasta los extremos.

—Mago, aquí el Hombre de Hojalata, solicitando una comprobación común, cambio —dijo la voz del teniente Garnet a través de los auriculares. Todos los hombres podían comunicarse mediante unos micrófonos sujetos al cuello y conectados a radios Motorola en frecuencia segura.

Cleary respondió e inició una comprobación de comunicación que utilizaba las señales de reconocimiento de los subelementos del equipo.

—A todos los equipos, les habla Mago, informen de su posición en secuencia, cambio. —A causa de la falta de visibilidad, Cleary no podía ver a todo el grupo, de modo que tenía que consultar a los jefes respectivos para obtener la información.

El capitán Sharpsburg fue el primero en responder.

—Mago, aquí León. Tengo el punto en 7010 metros. Contacto visual con todos mis hombres excepto dos. Listo para llevar el bastón hasta el objetivo. —«Bastón» era el término empleado para un equipo de hombres descendiendo en fila.

—Recibido, León —contestó Cleary.

—Mago, aquí Espantapájaros —anunció Jacobs—. A 7315 metros y en contacto visual con todos mis hombres. Cambio.

Garnet, de los marines, fue el siguiente.

—Mago, aquí el Hombre de Hojalata. Tengo contacto visual con todos mis hombres excepto uno.

—Recibido, Hombre de Hojalata —dijo Cleary.

Cleary levantó los brazos para sujetar las manijas de control de los tirantes de derecha e izquierda y tiró de forma simultánea para desbloquear el freno y conseguir así que el paracaídas alcanzase la secuencia plena de vuelo. Sintió el vértigo de la aceleración mientras aumentaba la velocidad de descenso. Los auriculares de Cleary zumbaban con el sonido de las voces de los hombres que estaban comunicando su posición a sus respectivos jefes. Repasó una vez más los siguientes pasos: si el equipo de asalto había sido lanzado sobre las coordenadas correctas, deberían aterrizar en medio de un espacio abierto helado de grandes dimensiones cerca de la valla de seguridad de las instalaciones mineras. El terreno les facilitaría un escondite seguro donde reagruparse y realizar una comprobación final del equipo antes de avanzar hasta la posición de asalto.

Sintió la caricia del viento mientras su paracaídas ganaba velocidad, una señal de que estaba planeando con el viento a favor en lugar de en contra. A 5790 metros de altura, la capa de nubes se disipó y dejó al descubierto el crudo páramo blanco del paisaje helado de la Antártida. Los paracaídas formaban una hilera irregular y escalonada ante sus ojos, mientras que los focos de los cascos parecían un cable de luces de Navidad colgadas sobre un horizonte vacío.

De pronto, Garnet lo llamó por el auricular.

—Mago, aquí el Hombre de Hojalata. He perdido un hombre, repito, he perdido un hombre.

Maldita sea, pensó Cleary. Todo iba demasiado bien, pero ahora Murphy acababa de hacer acto de presencia.

Cleary no preguntó el nombre del hombre desaparecido, pues no era necesario. Si había sufrido un fallo del equipo y había tenido que deshacerse de su paracaídas principal, debía de estar en algún lugar bajo el bastón en dirección al área de reagrupamiento, suspendido bajo el paracaídas de reserva. No cabía pensar en la posibilidad de que hubiese muerto durante el descenso, pues rara vez sucedía. Una vez en el suelo, el desaparecido tendría que arreglárselas para sobrevivir hasta que un equipo de rescate acudiese en su búsqueda después de asaltar y asegurar las instalaciones.

La única preocupación de Cleary era el equipo del hombre.

—Hombre de Hojalata, aquí Mago. ¿Qué llevaba el hombre?

—Mago, un kit de demolición completo y dos LAW, cambio.

Eso nos traerá problemas, se dijo Cleary. Un LAW era un arma antitanque ligera, una potente unidad capaz de destruir de un solo disparo un vehículo blindado. Dos hombres más llevaban consigo un LAW cada uno, por lo que todavía tenían dos. El

kit de demolición era un elemento esencial, ya que contenía trece kilos de explosivo plástico C-4, cable de detonación y mechas. Sin duda lo necesitarían si se encontraban con barricadas o fortificaciones. Cleary se maldijo una y otra vez por haber perdido al único hombre del equipo que llevaba consigo el único kit de demolición y dos LAW.

—A todas las unidades, aquí Mago. Objetivo a tres kilómetros. Apagad todas las luces y mantened un silencio máximo por radio. Cerrad el bastón al máximo. Mago, corto.

Se encontraban a pocos minutos de la zona de aterrizaje. Seguían operando contrarreloj, con muy poco tiempo de reserva. Esperaba que el hombre perdido no fuese un mal presagio. Había muchas cosas que podían ir mal a lo largo de la siguiente media hora. No podían permitirse el lujo de perder a otro hombre y con él, partes vitales del equipo. El viento de cola los estaba empujando con suavidad. Cleary miró hacia delante y abajo, satisfecho de que la formación en escalón fuese compacta y los paracaídas último modelo estuviesen cumpliendo todas las expectativas de planeamiento y estabilidad. El plan era alcanzar la zona de aterrizaje a una altitud de 152 metros.

El complejo minero se aproximaba cada vez más. Ahora podían distinguir los detalles de los edificios a través de rendijas ocasionales entre las nubes. Se hallaban a 2438 metros de altura y acercándose a la fase de la operación en que eran más vulnerables antes de alcanzar el suelo.

A 2133 metros, Cleary sintió que algo iba mal: estaba perdiendo velocidad. Su paracaídas empezó a dar sacudidas y a zarandearse por culpa de un repentino viento de sesgado. Intuitivamente, levantó las manos para sujetar las manijas de los tirantes delanteros: los reguladores del paracaídas que aumentaban el ángulo de ataque para contrarrestar los efectos del viento sesgado.

—Mago, aquí León. Tenemos un viento sesgado infernal.

—Recibido, León. Yo también lo tengo a mi altitud. A todas las unidades, utilizad los reguladores y mantened la posición.

Cleary bajó la vista y vio el paisaje helado acercarse mucho más despacio que antes. Por suerte, el viento de cola empezó a soplar de nuevo y el viento de costado desapareció. Cleary examinó la planta de extracción minera en busca de señales de movimiento o actividad, pero todo parecía tranquilo. Unas bocanadas de vapor blanco indicaban de qué lugar emanaban el aire caliente y los gases procedentes del complejo. El lugar parecía engañosamente inofensivo.

Por fin, Cleary oyó el mensaje que estaba esperando.

—Mago, aquí León. He atravesado la valla de seguridad y establecido contacto visual con la zona de aterrizaje. Casi estamos en casa.

—Recibido, León —respondió Cleary con un suspiro de alivio.

Vio cómo la unidad delantera del bastón se desplazaba ligeramente a la derecha. Estaban preparándose para la última fase del descenso, en la dirección del viento, listos para aterrizar. Sharpsburg, a la cabeza del grupo, se volvió en perpendicular hacia la dirección del vuelo, y la fila de paracaídas que había justo detrás de él lo siguieron de inmediato, volviéndose en el mismo punto imaginario del espacio donde se había vuelto Sharpsburg.

—Mago —dijo León, sin molestarse en identificarse—, estamos a 152 metros y listos para el aterrizaje.

Cleary no respondió. Vio cómo el primer paracaídas aterrizaba sobre el objetivo y se desinflaba, seguido por el segundo y el tercero. A medida que los hombres iban tocando la tierra, se deshacían del máximo equipo posible y echaban a correr para formar un perímetro defensivo lo antes posible.

A los 152 metros, Cleary observó al equipo de SEAL de Jacob imitar la maniobra de aterrizaje del equipo Delta. A continuación le tocó el turno a Garnet y sus marines. Luego, justo en el punto imaginario previsto, tiró de la manija izquierda y giró noventa grados durante cien metros, repitiendo la maniobra hasta colocarse de cara al viento. Sintió cómo éste empujaba su cuerpo, reduciendo la velocidad del paracaídas. A continuación, Cleary llevó ambas manijas hasta el punto medio y estudió el suelo helado y su altímetro.

Los sesenta metros llegaron enseguida; el suelo se apresuraba en darle la bienvenida. Pasada la marca de los treinta, soltó las manijas y realizó el resto en caída libre. Acto seguido, confiando en su capacidad y experiencia, Cleary tiró de las manijas hasta abajo del todo hasta que alcanzaron la extensión completa y tocó la superficie helada de la Antártida con la misma suavidad con que hubiese bajado el bordillo de una acera.

Se desabrochó el arnés rápidamente y arrojó al suelo el paracaídas que lo había transportado sano y salvo a su destino. A continuación se arrodilló y preparó su Spartan Q-99 Eradicator, armándolo y cargándolo para su uso inmediato.

Garnet, Sharpsburg y Jacobs acudieron a su encuentro al cabo de treinta segundos. Se coordinaron con rapidez, comprobando su posición y realizando los preparativos finales para su desplazamiento hacia el centro de control de las instalaciones. Tras dar las instrucciones finales a Sharpsburg, quien asumiría el mando de la misión si Cleary resultaba muerto o herido, éste observó las instalaciones con sus prismáticos. Al no ver ningún signo de actividad inusual, Cleary ordenó a los equipos que avanzaran en formación táctica y se colocó en el centro de la unidad conjunta.

El viento no dejó de soplar hasta que se le agotaron las fuerzas. Después desapareció y dejó que el sol transformase las últimas esquirlas de hielo en un polvo diamantino y resplandeciente. La luz sombría y gris dejó paso a un cielo azul limpiísimo mientras el Snow Cruiser proseguía su avance implacable por la banquisa. La poderosa máquina había demostrado ser un vehículo más que resistente: las ruedas habían seguido deslizándose por la nieve y el hielo, los motores habían seguido funcionando, sin detenerse ni ahogarse durante la terrible ventisca. Salvo por el ruido sordo del tubo de escape, la quietud que se había apoderado del páramo de hielo desolado hacía que la tormenta solo fuese un lejano recuerdo.

Después de entrar en calor gracias a los motores, Pitt se sentía dispuesto a enfrentarse de nuevo a la realidad. Relevó a Giordino al volante, quien encontró una escoba en el compartimiento trasero y la utilizó para quitar el hielo acumulado en los parabrisas. Liberados de su prisión helada, los limpiaparabrisas limpiaron los cristales. Las montañas Rockefeller se materializaron a lo lejos y se irguieron imponentes delante del vehículo. Pitt señaló una serie de manchas negras en el horizonte blanco e iluminado por el sol, ligeramente a la izquierda.

—Ahí están las instalaciones mineras de los Wolf.

—Lo hemos hecho muy bien —comentó Giordino—. No creo que nos hayamos desviado más de un kilómetro y medio de nuestra ruta original durante la ventisca.

—Aún quedan cinco o seis kilómetros. Llegaremos dentro de veinte minutos.

—¿Vamos a aparecer en la fiesta sin avisar?

—No me parece muy sensato con ese ejército de guardias de seguridad —contestó Pitt—. ¿Ves esa cadena rocosa que sobresale del hielo y se desvía hacia el pie de las montañas?

—Sí.

—Podemos avanzar por detrás de ella mientras recorremos los últimos tres kilómetros.

—Creo que lo conseguiremos, siempre y cuando no vean el humo del tubo de escape —repuso Giordino.

—Cruza los dedos —sugirió Pitt con una sonrisa tensa.

Abandonaron la banquisa de Ross para adentrarse en el terreno recubierto de hielo y bordear la cadena rocosa que sobresalía del pie de la montaña como una lengua gigante, manteniéndose invisibles desde el complejo minero. Enseguida se encontraron bajo una serie de picos altísimos de color grisáceo, con estalactitas que colgaban de la cima como cascadas heladas, emitiendo un brillo azul verdoso bajo el sol radiante. El camino que siguieron a lo largo del pie de las montañas no era llano ni suave, sino plagado de recovecos ondulantes.

Pitt redujo a segunda para escalar la serie de montículos y valles de escasa pendiente, y la pesada máquina enfiló el terreno irregular sin problemas, mientras las ruedas anchas desplazaban su mole arriba y abajo por las cuestas sin el menor esfuerzo. Pitt examinó el tablero de instrumentos por enésima vez en escasos minutos: los indicadores de temperatura señalaban que la escasa velocidad combinada con el elevado número de revoluciones estaba haciendo que los motores se recalentasen de nuevo, pero esta vez podían dejar la puerta abierta sin sufrir los rigores de la ventisca.

Estaban atravesando la boca de un estrecho desfiladero cuando Pitt paró de repente el Snow Cruiser.

—¿Qué pasa? —preguntó Giordino—. ¿Has visto algo?

Pitt señaló hacia abajo a través del parabrisas.

—Veo huellas en la nieve que conducen al interior del desfiladero. Solo puede haberlas dejado un vehículo para la nieve de gran tamaño.

Giordino siguió con la vista el dedo extendido de Pitt.

—Tienes ojos de lince. Las huellas apenas son visibles.

—La ventisca debería haberlas borrado —dijo Pitt—, pero todavía se ven porque el vehículo que las ha dejado debe de haber pasado justo cuando la tormenta estaba acabando.

—¿Por qué iba un vehículo de esas características a entrar en un barranco sin salida?

—¿Otra entrada al complejo minero, tal vez?

—Podría ser.

—¿Y si lo averiguamos?

Giordino sonrió.

—Me muero de ganas.

Pitt giró el volante y entró bruscamente en el desfiladero. Las paredes verticales se alzaban con aspecto inquietante a ambos lados, elevándose hacia lo alto hasta que la luz del sol palidecía en el punto de confluencia con las montañas. Por fortuna, el camino no era demasiado tortuoso, de modo que el Snow Cruiser logró avanzar sin problemas, recorriendo las curvas y los recovecos. El único temor de Pitt era que, si no encontraban más que una pared de roca al fondo, tendrían que salir del cañón dando marcha atrás, pues no había espacio suficiente para dar media vuelta. A cuatrocientos metros de la boca del cañón, Pitt detuvo el vehículo frente a una sólida pared de hielo.

Era un callejón sin salida, por lo que un sentimiento de desolación se apoderó de ellos.

Ambos bajaron del vehículo y observaron la pared vertical de hielo. Pitt examinó las huellas que recorrían el cañón y se detenían frente a la pared.

—Esto se pone aún más interesante: ese vehículo no puede haber salido de aquí dando marcha atrás.

—No sin dejar un segundo rastro de huellas, eso seguro —señaló Giordino.

Pitt avanzó hasta colocarse a escasos centímetros del hielo, se hizo pantalla con las manos en los ojos e inspeccionó la superficie. Distinguió unas sombras imprecisas a través de la barrera de hielo.

—Ahí dentro hay algo —anunció.

Giordino escrutó el hielo y asintió con la cabeza.

—¿Es ahora cuando hay que decir «¡Ábrete, Sésamo!»?

—Estoy seguro de que ésa no es la contraseña —dijo Pitt con gesto pensativo.

—El hielo debe de tener al menos un metro de espesor.

—¿Estás pensando lo mismo que yo?

Giordino asintió.

—Yo me quedaré fuera y te cubriré con mi Bushmaster.

Pitt subió de nuevo al Snow Cruiser, puso la marcha atrás y retrocedió unos quince metros, manteniendo las ruedas sobre las leves cavidades dejadas por el vehículo anterior para disponer de mejor tracción. Hizo una pausa, aferró el volante con ambas manos y se hundió en el asiento, por si el hielo rompía el parabrisas. A continuación puso primera y pisó el acelerador a fondo. Con un rugido del tubo de escape, el mastodonte mecánico brincó hacia delante, tomó velocidad y se estrelló contra la pared helada, haciendo temblar el suelo bajo los pies de Giordino.

El hielo estalló en una lluvia de fragmentos brillantes que salpicaron la superficie roja del Snow Cruiser como las esquirlas de una araña de cristal rota. El ruido del impacto recordaba a un gigante haciendo rechinar los dientes. Giordino creía que el vehículo tendría que chocar varias veces contra la pared de hielo sólido antes de atravesarla, pero la máquina destrozó la barrera al primer intento y desapareció al otro lado. Fue corriendo tras ella, empuñando el arma como un soldado de infantería siguiendo a un tanque para ponerse a cubierto.

Una vez dentro, Pitt detuvo el Snow Cruiser y se quitó el hielo de la cara y el pecho. Un bloque de hielo había atravesado el centro del parabrisas, y no le había dado de milagro antes de romperse en mil pedazos. Pitt tenía un corte en la mejilla y otro en la frente, y a pesar de que ninguno era lo bastante profundo como para requerir puntos de sutura, la sangre que le resbalaba por el rostro hacía que pareciese herido de gravedad. Se limpió los ojos con la manga y miró alrededor para ver dónde se había detenido el vehículo.

Se hallaban en el interior de un túnel de hielo de gran tamaño, y el morro de la máquina se había incrustado en una pared helada al otro lado de la entrada destrozada. El túnel parecía desierto en ambas direcciones. Al no ver ningún signo de hostilidad, Giordino se precipitó en el interior del Snow Cruiser y subió la escalerilla

que conducía a la cabina de mando. Encontró a Pitt sonriendo con una mueca horrorosa y con el rostro empapado en sangre.

—Tienes muy mal aspecto —señaló al tiempo que lo intentaba ayudar a salir del asiento del conductor.

Pitt lo apartó con suavidad.

—No tan mal como parece, ni mucho menos. No podemos perder tiempo en curas médicas. Puedes hacerme un apaño con ese kit de primeros auxilios que hay abajo. Mientras tanto, voto porque sigamos el túnel hacia la izquierda. Si no me equivoco, nos llevará directamente al complejo minero.

Giordino sabía que era inútil tratar de razonar con él, de modo que fue por el kit de primeros auxilios que nadie había abierto desde 1940. Después de limpiarle la cara a Pitt, retirando la sangre que se estaba coagulando, empapó los cortes con el antiséptico de la época, la tintura de yodo, cuya acción desinfectante escoció a Pitt, quien no dejó de soltar juramentos a diestro y siniestro. A continuación Giordino colocó una venda en los cortes.

—Una nueva vida salvada por las hábiles manos del doctor Giordino, el cirujano de la Antártida.

Pitt se miró la cara en uno de los espejos de la cabina y exclamó:

—Pero ¿se puede saber qué has hecho? ¡Parezco una momia!

Giordino se hizo el ofendido.

—La estética no es una de mis especialidades.

—Tampoco la medicina.

Pitt arrancó los motores y maniobró el pesado vehículo hasta poder enfilarse el túnel. Por primera vez, bajó su ventanilla para calcular la anchura del túnel. El espacio entre el hielo y las ruedas del vehículo o el techo no era superior al medio metro. Centró su atención en una enorme tubería redonda que recorría el suelo del túnel, con tubos más pequeños que salían de la primera y se extendían en sentido vertical.

—¿Tú qué crees? —preguntó señalando la tubería.

Giordino salió del Snow Cruiser, se agachó entre la rueda delantera y la tubería y puso las manos sobre ella.

—No es un conducto eléctrico —anunció—. Debe de servir para otra cosa...

—Si es lo que creo que es... —Pitt bajó la voz con gesto solemne.

—Es parte del mecanismo para separar la banquisa del resto del continente. — Giordino terminó la frase.

Pitt asomó la cabeza por la ventanilla para contemplar el largo túnel que se extendía hasta desaparecer.

—Seguramente va desde el complejo minero hasta el extremo opuesto de la banquisa, recorriendo más de cuatrocientos kilómetros.

—Excavar un túnel que equivale a la distancia entre San Francisco y Phoenix es todo un logro de la ingeniería.

—Logro o no —dijo Pitt—, los Wolf lo han hecho, pero recuerda que es más fácil excavar un túnel en el hielo que en la roca.

—¿Y si cortamos el conducto para estropear el sistema de activación que hayan ideado para separar la banquisa? —sugirió Giordino.

—Si lo rompemos, podría activarse de forma prematura —respondió Pitt—. No podemos correr el riesgo a menos que no nos quede alternativa.

El túnel parecía una boca negra gigantesca. Salvo por el débil resplandor del sol a través del hielo espeso, no había ningún tipo de iluminación. Por el techo se extendía un conducto eléctrico con bombillas halógenas colocadas a intervalos de seis metros, pero estaban apagadas. Pitt encendió los dos faros pequeños incorporados en la parte baja del morro del Snow Cruiser, arrancó e hizo avanzar el vehículo, aumentando la velocidad hasta los cuarenta kilómetros por hora. Aunque era una velocidad que un ciclista podía adelantar sin problemas, parecía vertiginosa entre las estrechas paredes del túnel.

Mientras Pitt se concentraba en impedir que el Snow Cruiser rozase el hielo, Giordino iba sentado en el asiento del copiloto, con el fusil apoyado en la rodilla y la mirada fija en donde acababa el haz de los faros, vigilando cualquier indicio de movimiento o la aparición de objetos aparte de la tubería, aparentemente interminable, con los tubos en perpendicular que atravesaban el techo del túnel.

El hecho de que el túnel estuviese desierto no presagiaba nada bueno, y sugería a Pitt que los Wolf y sus trabajadores estaban abandonando el complejo y preparándose para escapar en sus barcos gigantes. Condujo el Snow Cruiser a la máxima velocidad posible, rozando de vez en cuando las paredes de hielo con las ruedas y cavando zanjás para enderezar el vehículo. El miedo empezó a apoderarse de él: habían perdido demasiado tiempo cruzando la banquisa. El plazo de tiempo que Karl Wolf había anunciado a bombo y platillo en la fiesta del embajador británico en Buenos Aires había sido de cuatro días y diez horas.

Los cuatro días habían pasado, además de ocho horas y cuarenta minutos, por lo que solo quedaba una hora y veinte minutos para que Karl Wolf apretase el botón que provocaría el fin del mundo.

Pitt calculó que un kilómetro y medio, tal vez dos, los separaban del corazón del complejo. Él y Giordino no contaban con ningún mapa trazado por satélite de la distribución de las instalaciones, por lo que encontrar el centro de control una vez dentro iba a ser cuestión de pura intuición. ¿Habrían llegado ya las fuerzas especiales y conseguido reducir al ejército de mercenarios? Este último sin duda habría opuesto una fiera resistencia, pues los Wolf les habían prometido salvarlos a ellos y a sus familias del cataclismo. Desde cualquier ángulo, la situación no era nada optimista.

Después de recorrer el túnel en silencio durante dieciocho minutos más, Giordino se inclinó hacia delante y señaló al frente.

—Nos estamos acercando a un cruce.

Pitt redujo la velocidad al llegar a una intersección donde cinco túneles se adentraban en el hielo en distintas direcciones. El dilema era exasperante: el tiempo no les permitía el lujo de tomar la dirección equivocada. Se asomó de nuevo por la ventanilla y examinó el suelo helado del túnel. Huellas de ruedas se ramificaban en todos ellos, pero las más profundas se encaminaban hacia el de la derecha.

—Parece que el de la derecha es el que tiene tráfico más intenso.

Giordino se bajó del vehículo y se internó en el túnel. Regresó al cabo de unos minutos.

—Parece ensancharse y conducir a una cámara enorme a unos doscientos metros.

Pitt asintió, hizo girar el vehículo y enfiló el túnel de la derecha. Unas estructuras extrañas empezaron a aparecer en el hielo, difusas e irreconocibles salvo por las líneas rectas que indicaban que se trataba de obras realizadas por el hombre. Tal como Giordino había anunciado, el túnel se ensanchó hasta llegar a una cámara de grandes dimensiones cuyo techo curvo estaba cubierto por cristales de hielo que pendían como estalactitas. La luz se filtraba a través de varias aberturas del techo que iluminaban el interior con un brillo fantasmagórico. El efecto era irreal, mágico, extemporáneo y prodigioso. Sobrecogido por la escena, Pitt detuvo el Snow Cruiser muy despacio.

Los dos hombres se quedaron en silencio, atónitos: se hallaban en medio de lo que en otros tiempos había sido la plaza principal, rodeada por edificios completamente cubiertos de hielo, de una ciudad antigua y perdida.

Desprovisto de la capa de protección de la tormenta de hielo y después de que el viento hubiese menguado a la velocidad de ocho kilómetros por hora, Cleary se sentía desnudo, mientras sus hombres vestidos de blanco se desplegaban en abanico y empezaban a avanzar hacia el complejo minero. Aprovecharon una serie de montículos de hielo que sobresalían como jibas de camello para cubrirse, hasta alcanzar la valla de gran altura que iba desde el pie de la montaña hasta el acantilado sobre el mar y que rodeaba el complejo principal.

Cleary desconocía por completo la situación a la que sus hombres estaban a punto de enfrentarse: ninguno de ellos había recibido información sobre las instalaciones, por el simple motivo de que la CIA nunca las había considerado una amenaza. El descubrimiento en el último momento del verdadero horror que se ocultaba tras aquella valla no les había permitido organizar una infiltración bajo cobertura ni planear una sencilla estrategia de ataque masivo. Era una operación quirúrgica que exigía una rápida conclusión. Las órdenes consistían en neutralizar las instalaciones y desactivar el sistema de separación de la banquisa antes de ser relevados por otro equipo de las Fuerzas Especiales, éste de doscientos hombres, que se encontraba a solo una hora de distancia.

Lo único que sabía Cleary era que los guardias de seguridad de los Wolf eran profesionales curtidos que procedían de unidades de combate de élite de todo el mundo, información que le había sido facilitada por la NUMA, una organización que, según la opinión errónea de Cleary, no estaba especializada en conseguir información. Confiaba en que sus hombres podrían enfrentarse a cualesquiera hostilidades que encontrasen. No sabía entonces que su pequeña unidad de combate se hallaba en clara inferioridad numérica: los enemigos eran tres contra uno.

Avanzando en dos columnas, llegaron a lo que al principio parecía una sola valla pero que luego se convertía en dos divididas por una zanja. Parecía construida hacía décadas. Había un viejo cartel descolorido donde todavía podía leerse «Prohibido el paso» en alemán. Se trataba de una simple valla de tela metálica coronada por varias hileras de alambre de espino cuyas púas habían dejado de cumplir sus funciones a causa de una gruesa capa de hielo. Aunque antiguamente debía de haber sido mucho más alta, el peso del hielo la había doblado de tal manera que bastaba con levantar la pierna para pasar por encima de ella. La zanja también estaba repleta de hielo y era poco más que un surco bajo y cóncavo. La segunda valla era más alta y aún sobresalía por encima de la nieve casi dos metros, pero no representaba un obstáculo serio. Perdieron unos minutos preciosos cortando la valla hasta poder entrar en los terrenos del complejo. Cleary interpretó como una buena señal el que hubiesen atravesado el perímetro exterior sin ser descubiertos.

Una vez en el interior, sus movimientos hallaron la protección de una serie de edificios sin ventanas. Cleary ordenó un alto, e hizo una pausa para examinar una fotografía aérea del complejo. Si bien se había grabado en la mente cada calle y cada estructura durante el vuelo desde Ciudad del Cabo, al igual que Sharpsburg, Garnet y Jacobs, quería localizar en el mapa el punto por donde habían atravesado el recinto externo. Se alegró al comprobar que estaban a apenas quince metros del punto de infiltración. Por primera vez desde que habían aterrizado, se habían reagrupado y avanzado por el hielo, habló por la radio Motorola.

—¿Hombre de Hojalata?

—Te recibo, Mago —contestó la voz ronca del teniente Warren Garnet.

—Aquí nos separamos —dijo Cleary—. Ya sabes lo que se espera de ti y de tus marines. Buena suerte.

—Entramos en acción, Mago —repuso Garnet, cuya misión consistía en asaltar el generador de energía y cortar la corriente de todo el complejo.

—¿Espantapájaros?

El teniente Miles Jacobs de los SEAL respondió de inmediato.

—Te recibo, Mago. —Jacobs y su equipo debían rodear y asaltar el centro de control desde el lado que daba al mar.

—Tú eres el que debe ir más lejos, Espantapájaros. Será mejor que te pongas en marcha cuanto antes.

—Vamos de camino —contestó Jacobs con plena confianza en sí mismo, mientras él y sus hombres enfilaban una carretera secundaria que conducía al centro de control.

—¿León?

—Listo para el avance —respondió en tono jovial el capitán Sharpsburg, de la Delta Force.

—Yo te acompañaré.

—Me alegro de contar con un veterano.

—Adelante.

No hubo necesidad de sincronizar los relojes ni de establecer ningún otro contacto por radio mientras los equipos se dividían y se dirigían a los objetivos asignados. Todos sabían lo que debían hacer, pues habían sido informados acerca de las catastróficas consecuencias si fracasaba su misión. Cleary no tenía ninguna duda de que sus hombres lucharían como leones o morirían sin vacilar con tal de impedir que los Wolf provocasen el apocalipsis.

Avanzaron ágilmente en formación de ataque, con dos hombres que precedían al resto del grupo por cada flanco y otros dos que cubrían la retaguardia. Cada cincuenta metros se detenían y se arrojaban cuerpo a tierra o se ocultaban detrás de cualquier parapeto, mientras Cleary estudiaba el terreno y realizaba las comprobaciones

pertinentes con los equipos de marines y de SEAL.

—Hombre de Hojalata, informe.

—Área despejada. Acercándonos a trescientos metros del objetivo.

—¿Espantapájaros? ¿Has encontrado algo?

—Si no estuviese seguro de lo contrario, diría que este lugar está abandonado — contestó Jacobs.

Cleary no respondió, levantándose de la posición de cuclillas mientras Sharpsburg hacía avanzar al equipo de León.

A simple vista, el complejo parecía tranquilo. Cleary no advirtió nada especial, pero entonces tuvo un extraño presentimiento. Las instalaciones parecían desiertas, no había rastro de trabajadores y no circulaba ningún vehículo. Todo estaba demasiado tranquilo, y el interior del complejo estaba sumido en un silencio frío e inquietante.

Karl Wolf estaba atento a una serie de monitores en el cuartel de sus guardias de seguridad, en una planta debajo del centro de control principal. Observaba con asombro e interés el avance de Cleary y sus equipos de asalto por las calles del complejo.

—¿Podrás impedirles que frustren nuestros proyectos? —le preguntó a Hugo, que estaba de pie junto a él.

—Por supuesto —le aseguró Hugo—. Ya hemos previsto y ensayado la estrategia contra una intrusión similar muchas veces. Nuestras fortificaciones están en su sitio, las barricadas preparadas y los vehículos blindados esperan mis órdenes para atacar.

Karl asintió.

—Has hecho un buen trabajo, pero se trata de la élite de las fuerzas de combate estadounidenses.

—No tienes por qué preocuparte, hermano. Mis hombres están tan bien entrenados como los norteamericanos. Los superamos ampliamente en número y contamos con la ventaja de combatir en nuestro terreno. El factor sorpresa juega a nuestro favor. Ni siquiera sospechan que se están metiendo en una trampa, y podemos desplazarnos por los túneles subterráneos de las instalaciones, salir a la superficie en el interior de los edificios y atacar sus flancos y su retaguardia antes de que se den cuenta de lo que pasa.

—¿Cuál es tu estrategia general? —preguntó Karl.

—Acorralarlos poco a poco en el área frente al centro de control, donde podremos acabar con ellos.

—Nuestros ancestros, que combatieron en tantas batallas gloriosas contra los aliados, estarían orgullosos de ti.

Complacido con el comentario de su hermano, Hugo entrechocó los talones e hizo una rígida inclinación.

—Es para mí un honor servir al Cuarto Imperio. —A continuación levantó la vista y miró los monitores, estudiando el avance de los norteamericanos—. Ahora debo irme, hermano, a dirigir nuestras defensas.

—¿Cuánto tardarán tus hombres en reducir a los asaltantes?

—Treinta minutos, ni uno más.

—Eso no os deja mucho tiempo a ti ni a tus hombres para subir al aeroplano. No te retrases, Hugo. No quiero tener que marcharme sin ti ni tus valerosos soldados.

—¿Y renunciar a nuestro sueño de convertirnos en los padres fundadores de un nuevo mundo? —exclamó Hugo con vehemencia—. Eso ni pensarlo.

Karl señaló el reloj digital instalado entre los monitores.

—Dentro de veinticinco minutos activaremos el control automático de los sistemas de separación de la banquisa. Luego, todo el personal del centro de control deberá abandonarlo a través del túnel subterráneo que conduce al dormitorio principal de los trabajadores. Desde allí, todos subiremos a vehículos eléctricos para dirigirnos al hangar.

—No faltaremos —dijo Hugo con férrea determinación.

—Buena suerte —respondió Karl antes de estrecharle la mano con aire solemne. Luego entró en el ascensor que lo llevaría a la sala de control del piso superior.

Cleary y el equipo de León se encontraban a solo ciento cincuenta metros del centro de control cuando la voz de Garnet se oyó por el interfono.

—Mago, aquí Hombre de Hojalata. Algo va mal...

En ese preciso instante, Cleary vio la barricada que bloqueaba la carretera frente al centro de control y los cañones de las armas apoyadas en el tejado del edificio. Abrió la boca para gritar, pero era demasiado tarde. Una descarga atronadora se abatió sobre los Delta Force procedente de todas direcciones. Los disparos de doscientos fusiles retumbaron en los edificios y agujerearon el aire helado con un rugido ensordecedor.

La descarga sorprendió a Garnet y sus marines en campo abierto, pero reaccionaron abriendo fuego de cobertura y se pusieron a cubierto rápidamente entre los edificios. Pese a la implacable lluvia de disparos, continuaron avanzando hacia el generador eléctrico, hasta que Garnet avistó una barricada de hielo a menos de cien metros. Sus hombres empezaron a responder al fuego, disparando proyectiles de fragmentación con sus fusiles Eradicator contra las barricadas.

Delante del centro de control, casi al mismo tiempo, Cleary se enfrentaba al mismo tipo de pared de hielo y fuego implacable que Garnet. Expuesto a los disparos, el cabecilla del flanco izquierdo de la Delta Force sufrió heridas en una rodilla y el muslo y cayó al suelo. Avanzando sobre su estómago, Sharpsburg agarró por las botas al hombre herido y lo arrastró hasta la esquina del edificio.

Cleary se puso a cubierto bajo el hueco de una escalera que conducía a un

pequeño almacén. Las esquirlas de hielo le apuñalaban los hombros y una lluvia de casquillos de bala rompió los carámbanos de hielo que colgaban del techo, justo encima de su cabeza. A continuación, un proyectil impactó en su chaleco antibalas a la altura del corazón y lo hizo tambalear con un terrible dolor en el pecho. El sargento Carlos Mendoza, el mejor tirador del escuadrón, apuntó con la mira de su Eradicator hacia el guardia de seguridad que había disparado a Cleary y apretó el gatillo. La figura negra sufrió convulsiones en lo alto de la barricada antes de caer hacia atrás y desaparecer. El sargento escogió a continuación su siguiente objetivo y disparó de nuevo.

Otros proyectiles impactaron contra el tejado de encima de Cleary, haciendo saltar esquirlas de hielo en todas direcciones. Comprendió que las fuerzas de seguridad de Wolf los estaban esperando. Las fortificaciones habían sido diseñadas y construidas para un ataque similar y descubrió que la falta de información estaba acabando con las vidas de sus hombres. También empezó a percibir que los defensores de las instalaciones los superaban ampliamente en número.

Cleary se maldijo por haber confiado en una información no contrastada, y maldijo también al Pentágono y a la CIA, quienes habían calculado que los guardias de seguridad de Wolf no superaban los veinte o veinticinco hombres. Maldijo su falta de intuición y, en un momento de exaltación, se maldijo por haber cometido el mayor error de su carrera militar: subestimar al enemigo.

—¡Hombre de Hojalata! —gritó al micrófono—. ¡Informe sobre la situación!

—Hay sesenta o más enemigos bloqueando la carretera delante de nosotros —contestó Garnet con tono monótono y calmado, como si estuviera describiendo el número de vacas pastando en un prado—. Estamos sometidos a un fuego intenso.

—¿Puedes forzar la situación y tomar la planta de energía?

—No podemos avanzar debido a un fuego hostil extremadamente preciso. No nos enfrentamos a los guardias de seguridad de un parque municipal: estos saben lo que hacen. ¿Puedes enviarnos apoyo, Mago? Si unimos nuestras fuerzas para realizar una maniobra lateral, podríamos hacernos con el control de la barricada.

—Negativo, Hombre de Hojalata —replicó Cleary, quien sabía muy bien que el equipo de reconocimiento era la élite de los marines. Si ellos no podían avanzar, nadie más podía hacerlo—. También estamos atrapados bajo fuego intenso de al menos ochenta enemigos y no podemos enviar apoyo. Repito: no puedo enviar apoyo. Replegaos como podáis y contactad con León.

—Entendido, Mago. Emprendemos la retirada ahora.

Con sus marines expuestos a la lluvia de proyectiles, Garnet sintió frustración al enterarse de que no iba a recibir apoyo, sino que debía batirse en retirada y reunirse con Cleary y el equipo de Delta Force de Sharpsburg a través del laberinto de caminos que rodeaban el complejo. No perdió el tiempo cuestionando las órdenes

recibidas ni prosiguiendo con el asalto. Arremeter contra una barricada controlada por una fuerza que triplicaba en número a sus hombres a campo abierto era una acción suicida, por lo que solo conseguiría provocar la masacre de su comando. No tenía más opción que emprender una retirada ordenada, llevándose consigo a sus heridos.

El estallido del combate y los preocupantes informes de Cleary y Garnet sorprendieron a Jacobs y su equipo de SEAL, quienes habían cubierto la mitad del camino que llevaba al centro de control. Jacobs ordenó avanzar a sus hombres con la esperanza de tomar el centro de control por la retaguardia para aliviar la presión sobre los escuadrones de Hombre de Hojalata y León. Los SEAL se hallaban a apenas cien metros del edificio cuando dos vehículos blindados aparecieron por la esquina del mismo y abrieron fuego contra ellos.

Jacobs vio impotente cómo caían dos de sus hombres. Furioso, vació el cargador de su Eradicator contra el enemigo. A continuación, su sargento lo agarró por el cuello de la parka y lo arrastró hasta detrás de un contenedor de basura antes de que lo derribara una descarga enemiga. Una lluvia de proyectiles de fragmentación de los SEAL detuvo momentáneamente el ataque de los vehículos blindados, pero luego empezaron a avanzar de nuevo.

Los SEAL lucharon con arrojo mientras emprendían la retirada carretera arriba, poniéndose a cubierto bajo cualquier cosa que pudiera servirles de protección. Luego, inesperadamente, dos vehículos blindados más aparecieron por detrás de ellos y descargaron un torrente de fuego. Jacobs sintió un nudo en el estómago. Él y sus hombres no tenían escapatoria salvo por un estrecho callejón lateral. Rezó porque no fuese una emboscada, pero el callejón parecía despejado, al menos en los primeros setenta metros.

Mientras corría detrás de sus hombres esperando ponerse a cubierto antes de que los vehículos blindados alcanzaran la boca del callejón y tuviesen campo libre para disparar sin obstáculos, se puso en contacto con Cleary para informarle de la situación.

—Mago, aquí Espantapájaros. Cuatro vehículos blindados nos están atacando.

—Espantapájaros, ¿llevan armas pesadas?

—Ninguna a la vista. He contado cuatro individuos hostiles con armas automáticas en cada vehículo. Nuestros proyectiles de fragmentación tienen escaso efecto sobre ellos.

Cleary avanzó hasta el hueco de una escalera, utilizándola como escudo, y estudió el mapa del complejo minero.

—Dame tu situación, Espantapájaros.

—Estamos avanzando por una carretera estrecha que va hacia el mar, detrás de lo que parece una hilera de talleres de mantenimiento a unos ciento cincuenta metros del

centro de control.

—Espantapájaros, avanza cincuenta metros más y luego dobla a la derecha para avanzar entre una serie de tanques de combustible. Eso debería acercarnos a la parte delantera del centro de control desde un camino secundario, donde podréis flanquear a los elementos hostiles que nos están acorralando.

—Recibido, Mago. Estamos de camino. —Acto seguido, Jacobs preguntó—: ¿De qué armas disponemos contra los vehículos blindados?

—Hombre de Hojalata tiene dos LAW.

—Necesitaremos cuatro.

—El hombre que transportaba los otros dos se perdió durante el salto.

—Hombre de Hojalata está en la planta de energía —replicó Jacobs con frustración—. Él no se enfrenta a los vehículos blindados, y nosotros sí.

—Le ordené que se retirase de su objetivo a causa del fuego enemigo. Debería reunirse con León en breve.

—Dile que se dé prisa, porque esos blindados nos pisarán los talones en cuanto entremos en el patio delantero de su casa.

Jacobs y los SEAL rodearon rápidamente los tanques de combustible sin encontrar fuego hostil. Consultando con frecuencia el mapa de las instalaciones, guió a sus hombres alrededor de una pared muy larga que terminaba justo enfrente del centro de control. Parecía una cobertura perfecta, mientras avanzaban para flanquear a los guardias de seguridad que desde la barrera sometían a un acoso implacable a Sharpsburg y a su equipo de Delta Force. Los SEAL estaban a cincuenta metros del final de la pared cuando una andanada de fuego concentrado los alcanzó por detrás.

Aunque ellos lo desconocían, un grupo de guardias de seguridad había recorrido un túnel subterráneo y aparecido en el edificio posterior, una táctica que ocurría con una frecuencia alarmante. Jacobs advirtió que era prácticamente imposible proseguir con la maniobra destinada a flanquear al enemigo, por lo que llevó a sus hombres por la vía de menor resistencia y los guió por una calle en la que, extrañamente, no había indicios de fuego hostil.

A solo ochenta metros de distancia, Cleary se arrojó cuerpo a tierra y utilizó los prismáticos para buscar un punto débil en la barricada que bloqueaba la entrada del centro de control. Al no ver ninguno, descubrió que, como Garnet, su posición era cada vez más insostenible. Sin embargo, estaba decidido a proseguir con el asalto al centro de control en cuanto los marines llegasen y los SEAL hubiesen iniciado su maniobra para flanquear la barricada.

Pero en el fondo, comenzaba a albergar serias dudas de que lograra llevar a cabo con éxito aquella peligrosa misión, vital para la supervivencia de la raza humana.

Los guardias de seguridad se habían entregado en cuerpo y alma a aquella lucha feroz. En sus mentes, no solo combatían por sus propias vidas, sino por las de sus

familias, que los esperaban a bordo del Ulrich Wolf. El propio Hugo se hallaba en primera línea de fuego, frente a la entrada del centro de control, dirigiendo sus fuerzas y cerrando el cerco en torno a los estadounidenses. Su arrogancia al dar las órdenes reflejaba su plena confianza en la victoria, amén de un optimismo recalcitrante. Su estrategia de combate estaba saliendo según lo planeado, y se encontraba en la envidiable posición del comandante que puede dictar los términos del combate.

Estaba acorralando al enemigo en una zona concentrada para su posterior aniquilación, tal como le había prometido a su hermano Karl.

Habló por el micrófono de un interfono incorporado en el casco.

—¿Hermano Karl?

Hubo un par de minutos de interferencias antes de que Karl respondiese.

—¿Sí, Hugo?

—Los intrusos están rodeados. Tú, Elsie y los demás podéis dirigiros hacia el hangar en cuanto los ingenieros activen el control automático de los sistemas de nanotecnología.

—Gracias, hermano. Pronto nos veremos a bordo del avión.

Al cabo de dos minutos, mientras Hugo ordenaba a los otros dos vehículos blindados que cargasen contra los norteamericanos, un guardia de seguridad se acercó a toda prisa tras la barricada y gritó:

—¡Señor! ¡Tengo un mensaje urgente del control del hangar!

—¿De qué se trata? —gritó Hugo entre el fragor del combate.

Pero en ese instante el sargento Mendoza centró la vista en la mira de su Eradicator, hizo puntería y apretó el gatillo con suavidad: el guardia cayó muerto en el acto a los pies de Hugo, sin haber oído ni sentido cómo la bala le entraba por la sien derecha y le salía por la izquierda. El mensaje que debía transmitir —sobre la destrucción provocada en el hangar por un extraño vehículo— había muerto con él.

Los marines de Garnet se reagruparon con el equipo Delta de Sharpsburg y se pusieron a cubierto mientras los cuatro vehículos blindados dejaban de perseguir a Jacobs para atacarles a ellos en formación de doble columna por la retaguardia. Se acercaron haciendo caso omiso de las dos armas antitanque con que los marines los estaban apuntando y que eran infalibles a una distancia inferior a cien metros. Los vehículos delanteros estallaron en una llamarada de fuego, cascotes y cadáveres calcinados, provocando un bloqueo de la carretera que impidió al resto de vehículos avanzar para disparar contra los norteamericanos sitiados.

Cleary advirtió enseguida que la tregua solo iba a ser momentánea: solo sería cuestión de tiempo el que los guardias de seguridad se diesen cuenta de que no les disparaban más proyectiles antitanque porque se habían quedado sin munición. Luego, los vehículos blindados reanudarían el ataque y no habría forma de

detenerlos. Con un poco de suerte, cuando Jacobs y su equipo alcanzasen el flanco de la barricada, la ventaja se pondría de su parte.

En Washington, los informes que llegaban desde el campo de batalla ponían de relieve que las fuerzas de asalto estaban en graves apuros. Cada minuto que pasaba, se hacía más evidente que Cleary y sus hombres estaban a punto de ser abatidos. El presidente y los jefes del Estado Mayor no podían creer lo que oían: lo que había empezado como una misión audaz se había convertido en una matanza y en un auténtico desastre. Estaban aterrorizados ante la perspectiva de que la misión fracasase, y con ella la última esperanza de evitar que la humanidad corriese el peligro de extinguirse, una pesadilla imposible de aceptar.

—El avión que transporta a las Fuerzas Especiales —dijo el presidente, un tanto confuso—, ¿cuándo...?

—No llegarán al complejo hasta dentro de cuarenta minutos —respondió el general South.

—¿Y la cuenta atrás?

—Faltan veintidós minutos para que las corrientes sean favorables para la separación de la banquisa.

—Entonces tenemos que lanzar los misiles.

—También mataremos a nuestros hombres —advirtió South.

—¿Tenemos opción? —replicó el presidente.

South se miró las manos y negó despacio con la cabeza.

—No, señor presidente, no la tenemos.

—¿Debo ordenar al comandante del Tucson que se prepare para lanzar los misiles? —inquirió el almirante Elridge.

—Si me permiten una sugerencia —intervino el jefe del Estado Mayor de la fuerza aérea, el general Coburn—, creo que será mejor que enviemos a los bombarderos Stealth. Son más precisos para guiar los misiles hacia el objetivo que un Tomahawk lanzado desde un submarino.

El presidente tomó su decisión con rapidez.

—Está bien, alerte a los pilotos de los bombarderos, pero dígales que no disparen hasta que reciban la orden explícita. No sabemos si todavía puede ocurrir un milagro para que el mayor Cleary logre detener la cuenta atrás.

—Un milagro es exactamente lo que haría falta —murmuró el general South mientras el general Coburn comunicaba la orden.

Las calles confluían en la plaza alrededor de unos edificios que sobresalían del hielo. No poseían las dimensiones monumentales de civilizaciones más tardías, y sus características arquitectónicas no se parecían a ninguna de las que Pitt y Giordino habían visto en sus viajes. Era imposible calcular cuántos kilómetros cuadrados ocupaba la ciudad. Lo que tenían ante sus ojos era solo una fracción de la magnificencia de la civilización de los amenes.

En un extremo de la plaza se alzaba una estructura inmensa y lujosamente ornamentada con columnas triangulares que sostenían un frontón decorado con flotas de antiguos barcos en relieve sobre un friso labrado con intrincadas figuras de animales mezclados con gente que llevaba las mismas túnicas que las momias de la isla Saint Paul. El diseño básico del colosal edificio no se parecía a ninguno de los propios de la Antigüedad que aún seguían en pie. Para un arquitecto, habría resultado obvio que su forma estructural básica había sido transmitida a la posteridad a través de los siglos e imitada por los constructores posteriores de los grandes templos de Luxor, Atenas y Roma. Sin embargo, las columnas eran triangulares y parecían muy extrañas en comparación con las redondas y aflautadas columnas dóricas, jónicas y corintias, mucho más tardías.

Más allá de las columnas se abría una gran entrada. No había escalones, por lo que se accedía a los niveles superiores mediante unas rampas que aumentaban paulatinamente su grado de inclinación. Fascinados, Pitt y Giordino salieron del Snow Cruiser y atravesaron las columnas. En el interior de la cámara principal, un enorme techo triangular se alzaba sobre el pavimento de roca tallada cubierto de hielo. Las paredes estaban jalonadas por unos nichos de gran tamaño que contenían estatuas de piedra de los que parecían reyes de Amenes, creaciones impactantes de ojos redondos y rostros estrechos esculpidas en granito rico en cuarzo, que relucía al pasar junto a ellas. Había varios bustos esculpidos de hombres y mujeres diseminados por el suelo, mirando hacia arriba a través de la capa de hielo, con inscripciones amenes encima y debajo.

En el centro de la vasta cámara, una escultura a tamaño real de un barco antiguo, provisto de bancos de remos, velas desplegadas y hombres de la tripulación: era un espectáculo digno de admiración. El valor artístico, la artesanía y la maestría técnica de la piedra le confería un aire místico y estremecedor que ridiculizaba la escultura moderna.

—¿A ti qué te parece? —preguntó Giordino en tono reverente, como si estuvieran en el interior de una catedral—. ¿Un templo para sus dioses?

—Más bien un mausoleo o un santuario —contestó Pitt al tiempo que señalaba los bustos que se alzaban del suelo—. Parecen monumentos, tal vez en memoria de

los hombres y mujeres que exploraron el mundo antiguo y de los que perecieron en el mar.

—Es asombroso que el techo no se derrumbase después del impacto del cometa o por la acumulación del hielo.

—Sus constructores debían de poseer una habilidad inimaginable en una civilización aún no desarrollada y estructurada plenamente.

Contemplaron fascinados una serie de pasillos sin ventanas cuyas paredes estaban decoradas con bellas escenas de paisajes marinos que empezaban con aguas tranquilas y terminaban en olas feroces arremetiendo contra las costas rocosas. Si el hombre moderno miraba hacia el cielo para ver a Dios, los amenes habían mirado hacia el mar. Sus estatuas eran de hombres y mujeres de carne y hueso, no versiones humanizadas de dioses.

—Una raza desaparecida hace siglos que descubrió el mundo —dijo Giordino con aire filosófico—. Y sin embargo no hay objetos a su alrededor, ninguna señal de los restos de los habitantes.

Pitt señaló con la cabeza el laberinto de pasillos estrechos excavados en el hielo.

—Estoy seguro de que fueron saqueados por los nazis que descubrieron la ciudad y transportados más adelante por los Wolf a sus museos del Ulrich Wolf.

—No parece que hayan excavado más del diez por ciento de la ciudad.

—Tenían otras preocupaciones más mundanas —repuso Pitt con sarcasmo—, como esconder los tesoros nazis y las reliquias secretas, extraer oro del agua del mar y planear la destrucción del mundo para reconstruirlo a su imagen y semejanza.

—Qué pena que no tengamos tiempo para explorar la ciudad...

—Nada me gustaría más que hacer una ruta turística —dijo Pitt—, pero tenemos veinticinco minutos o incluso menos para encontrar el centro de control.

Deseando poder quedarse un poco más, Pitt y Giordino corrieron de nuevo a la plaza para subir al Snow Cruiser. Siguiendo aún las huellas dejadas por el vehículo anterior, Pitt condujo su mastodonte a través del corazón de la ciudad fantasma y enfiló un túnel más allá del mausoleo de los amenes. Pitt conducía con menor precaución a medida que se aproximaba al complejo minero, mientras Giordino se agazapaba con el cañón del Bushmaster asomando por el boquete central del parabrisas.

Al cabo de casi dos kilómetros, doblaron una curva y se encontraron de frente con un vehículo eléctrico que avanzaba en sentido contrario. Los tres guardias de seguridad que iban a bordo, fácilmente reconocibles por sus uniformes negros, miraron atónitos al monstruo que se abalanzaba sobre ellos. El conductor pisó a fondo el freno, derrapando por el suelo helado del túnel sin reducir la velocidad. Los otros dos guardias, demostrando un mayor instinto de supervivencia, saltaron despavoridos del vehículo en marcha.

Cuando el Snow Cruiser arremetió contra el vehículo eléctrico y lo arrolló como una apisonadora, se oyeron chirridos metálicos agudos y estridentes. El conductor desapareció, junto con su vehículo machacado, bajo las ruedas del Snow Cruiser, mientras que los otros dos guardias fueron aplastados contra las paredes de hielo del túnel por la presión de las ruedas mastodónticas. Cuando Pitt miró por el retrovisor, solo vio un amasijo de hierros y miembros humanos desperdigados por el suelo del túnel.

Giordino se volvió y miró por la ventanilla trasera.

—Espero que hayas pagado las primas del seguro.

—Solo tengo contratado el seguro por daños a terceros. Nunca me acuerdo de incluir la cláusula de todo riesgo.

—Pues deberías reconsiderarlo.

Doscientos metros más adelante, varios grupos de operarios vestidos con monos rojos estaban cargando unas cajas de madera en un convoy de plataformas unido a un vehículo blindado especial para la nieve. Las carretillas elevadoras transportaban las cajas a través de una gruesa puerta de acero cuyos pernos estaban firmemente sujetos a las paredes de hielo. La puerta gigantesca se parecía a las de las cámaras acorazadas de los bancos. Una breve entrada en el hielo conducía a una espaciosa cueva.

Dos guardias de seguridad se quedaron perplejos al ver al monstruoso Snow Cruiser aparecer de lo que se suponía era un túnel abandonado y permanecieron inmóviles, deslumbrados por los faros. No fue hasta que Giordino disparó contra la carretilla una breve ráfaga cuando los trabajadores y guardias de seguridad cobraron vida de nuevo y corrieron al interior de la cueva para protegerse de la masa mecánica que se abalanzaba sobre ellos.

—¡La puerta! —gritó Pitt, pisando los frenos.

Giordino no contestó ni hizo preguntas. Casi como leyendo el pensamiento de Pitt, se bajó de un salto del Snow Cruiser y corrió hacia la puerta de acero mientras Pitt disparaba con su Colt 45 contra la entrada de la cueva para cubrir a su compañero. Giordino se sorprendió al ver lo fácil que le resultó empujar la puerta para cerrarla: esperaba tener que emplear todas sus fuerzas para mover aquella mole y, sin embargo, la pesada puerta cedió como si fuese ingrávida. Una vez cerrada, Giordino hizo girar la rueda de bloqueo hasta que las barras sellaron la cueva. A continuación encontró una cadena en la carretilla y trabó la rueda hasta que fue imposible hacerla girar. Ahora los guardias de seguridad y los empleados de los Wolf estaban encerrados sin posibilidades de escapar.

—¿Qué habrá en las cajas? —preguntó Giordino mientras se subía de nuevo a la cabina de mando.

—Objetos de la ciudad de los amenes, supongo. —Pitt pisó el acelerador hasta alcanzar de nuevo la velocidad máxima.

Puede que algún ángel les hubiese ayudado hasta entonces en su peligrosa aventura, pero todavía les quedaba mucho camino por recorrer. Si bien el factor sorpresa estaba de su parte, parecía sospechoso que hubiesen logrado llegar hasta allí sin haber recibido un solo disparo, y Pitt sabía muy bien que las tornas podían volverse en cualquier momento. Los poderes de su ángel de la guarda tenían sus límites —si es que verdaderamente era un ángel de la guarda—, y aunque hasta entonces habían solucionado todos los contratiempos y complicaciones, en cuanto el Snow Cruiser saliese a campo abierto, la cosa sería muy diferente, pues todas las armas del complejo abrirían fuego contra él.

Tras recorrer una amplia curva del túnel, aparecieron de pronto en el inmenso hangar que albergaba el jet privado de Destiny Enterprises. Sin levantar el pie del acelerador, Pitt examinó rápidamente los dos aviones Airbus A340-300 de pasajeros y de carga aparcados en el centro del hangar. Había un vehículo blindado con un convoy de plataformas bajo el compartimiento de carga del primer avión, mientras las habituales cajas de madera se adentraban en el interior del fuselaje por una cinta transportadora. Varios ingenieros y trabajadores estaban subiendo la escalerilla de embarque del otro avión para realizar el viaje hasta los superbarcos, y más allá había un elegante jet privado repostando combustible.

Pitt se sintió aliviado al no ver ningún guardia de seguridad.

—Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí?

—¡No! —exclamó Giordino al ver a Pitt tensar la pierna como si estuviese a punto de pisar a fondo el acelerador. Acto seguido, lo miró con gesto contrito y dijo con aire lastimero—: ¿Vas a hacer lo que creo que vas a hacer?

—Sabes bien que es muy difícil quitarse el gusanillo una vez has probado qué se siente al estrellarse contra otro cacharro —respondió Pitt con un brillo malévolo en los ojos.

La reacción de los ocupantes del hangar al ver al Snow Cruiser fue idéntica a la de los pobres desgraciados del túnel que lo habían visto minutos antes. Todos se quedaron paralizados de asombro y sus expresiones pasaron de la confusión inicial al terror al ver a la mismísima encarnación del diablo en un vehículo rojo.

Pitt tardó menos de tres segundos en calcular su ruta de destrucción, y los espectadores tardaron casi el mismo tiempo en adivinar que sus intenciones eran inequívocas. Con una determinación rayana en la locura, arremetió en línea recta hacia el primer Airbus. Al avión lo separaban varios metros del suelo, pero no los suficientes para escapar a los alerones del Snow Cruiser. La sección delantera que había debajo de las ventanillas laterales de la cabina de mando se incrustó hasta dos metros en la sección de popa del ala izquierda y destrozó los alerones y el extremo del ala.

Los operarios de carga y el equipo de mantenimiento del aparato reaccionaron

huyendo despavoridos mientras el mastodonte se incrustaba contra el avión y lo hacía girar en un ángulo de noventa grados y las ruedas del tren de aterrizaje derrapaban contra el suelo. Todos los presentes huyeron por piernas de aquel titán que se había vuelto loco. Los únicos ruidos que reconocían eran los del cambio de marchas: no había nada más en aquella máquina infernal que les resultase familiar. Sin embargo, sí lograron ver por unos instantes el rostro cubierto de vendas de Pitt girando el volante hacia uno y otro lado, y a Giordino apuntando su Bushmaster con aire amenazador por la ventanilla lateral. Habían visto más que suficiente para llamar a los guardias de seguridad, pero el aviso llegaría demasiado tarde para impedir la destrucción.

El Snow Cruiser arrancó un ala del segundo Airbus. Esta vez, Pitt se incrustó demasiado y, con un terrible chirrido, el ala destrozada se plegó alrededor de una rueda del Snow Cruiser y se quedó allí colgada. Pitt puso marcha atrás y pisó a fondo el acelerador. El Cruiser retrocedió con brusquedad, arrastrando consigo al avión. Pitt giró el volante al máximo para zafarse del avión, pero el ala destrozada no cedió y las ruedas del Cruiser empezaron a perder agarre sobre el hielo y a girar inútilmente.

Pitt hizo avanzar el vehículo y luego dio marcha atrás, como si estuviese intentando sacar a un coche atrapado en el barro. Por fin, tras una serie de espantosos chirridos metálicos, el ala se soltó y cayó al suelo con estruendo, con el aspecto de un desecho de cementerio de automóviles. A continuación, sin siquiera pestañear, Pitt lanzó el Snow Cruiser contra el jet privado.

—¿Es que nunca te das por vencido? —exclamó Giordino, entre resignado y divertido.

—¡Escucha! —gruñó Pitt—. Si ese cabrón quiere provocar un apocalipsis en el mundo, que se quede aquí y lo sufra como todos los demás.

Acababa de pronunciar las últimas palabras cuando el maltrecho Snow Cruiser pulverizó el ensamblaje de la cola del jet privado de los Wolf, mucho más cerca del suelo que el resto del aparato. Sin encontrar obstáculos esta vez, el Snow Cruiser arrancó los estabilizadores verticales y horizontales como si fuesen la cola de madera de un avión de aeromodelismo. El fuselaje se partió en dos y el jet privado se derrumbó en el suelo de forma incongruente, con el morro y las alas apuntando hacia arriba como si estuviera listo para el despegue.

Giordino meneó la cabeza asombrado y señaló con admiración:

—No te volverán a invitar a ninguna fiesta si sigues destrozándolo todo.

Pitt se volvió hacia su amigo con una sonrisa radiante.

—El tiempo vuela cuando te lo estás pasando bien.

Pitt vio aparecer un vehículo blindado especial para la nieve a través del retrovisor resquebrajado. Aquello no le preocupó demasiado, al menos no de momento: según sus cálculos, el Snow Cruiser corría al menos ocho kilómetros por

hora más que aquel trasto.

Enfiló el túnel dando bandazos contra las paredes de hielo en un audaz intento de sacarles ventaja a los guardias de seguridad del vehículo blindado. Dobló las curvas a toda velocidad, momentáneamente fuera de la línea de fuego, ganando tiempo y aumentando la distancia hasta que su perseguidor quedó fuera de su vista.

—Los has perdido —dijo Giordino al tiempo que de los hombros se sacudía cristales rotos con la misma parsimonia que si fuese caspa.

—No por mucho tiempo —repuso Pitt con paciencia—. En cuanto salgamos a campo abierto, seremos presa fácil.

Al cabo de cuatro minutos, superaron la última curva del túnel, dejando atrás piezas de maquinaria abandonadas y puertas que daban a almacenes vacíos. Dos minutos más tarde, el Snow Cruiser se encontró de repente bajo un cielo azul, a menos de un kilómetro del centro del complejo principal.

Finalmente habían llegado a su destino y vieron por primera vez la superficie de la planta de extracción de minerales. Habían salido del túnel en uno de los extremos del complejo. A diferencia de la mayoría de las estaciones de investigación, casi todas sepultadas bajo el hielo y la nieve, los Wolf habían mantenido los edificios y las carreteras que los unían limpios y despejados. Los edificios más pequeños se desplegaban en círculo alrededor de las dos estructuras principales, que albergaban la planta de extracción y el centro de control.

El estruendo de disparos perforó de repente el aire helado, mientras las llamas devoraban varios edificios y columnas de humo negro se elevaban hacia el cielo. Las explosiones arrojaban escombros por todas partes, acompañadas por el fragor de armas automáticas. Se veían cuerpos diseminados por el suelo, empapados en sangre y con aspecto grotesco por el contraste con la nieve, y dos uniformes negros por cada hombre vestido con traje blanco de camuflaje.

—Vaya, al parecer han empezado la fiesta sin nosotros —señaló Pitt.

Pese al largo y duro entrenamiento y la valentía y dedicación de los hombres en su intento de impedir el cataclismo, la misión estaba a punto de fracasar. El número de bajas no dejaba de aumentar y no habían conseguido un solo momento de ventaja. Los desastres se sucedían uno tras otro cuando los peores temores de Cleary se hicieron realidad: los SEAL de Jacobs, incapaces de alcanzar el flanco de la barricada, se vieron empujados inexorablemente hacia el mismo perímetro donde se hallaban los demás hombres. Habían caído en la trampa sin escapatoria posible. El grupo de asalto al completo estaba acorralado y no tenía escapatoria.

La metralla de una granada alcanzó a Cleary en la barbilla y una bala le hirió una mano. De sus oficiales, Sharpsburg estaba tendido en el suelo con heridas en un brazo y un hombro. Garnet escupía sangre por un tiro en la garganta. Solo Jacobs seguía ileso, sin dejar de dar gritos de aliento a sus hombres y de dirigir el fuego.

Entonces, inesperadamente, los guardias de seguridad dejaron de disparar. Las Fuerzas Especiales siguieron haciéndolo hasta que Cleary ordenó alto el fuego, preguntándose qué carta jugarían los Wolf a continuación.

Una voz clara y de acento refinado se oyó por los altavoces de los edificios que rodeaban las instalaciones y retumbó por las carreteras, una voz cuyo mensaje llegó hasta Washington a través de los micrófonos que llevaban los equipos de asalto.

«Un momento de atención. Les habla Karl Wolf. Envío mis saludos a los soldados estadounidenses que tratan de infiltrarse en el complejo minero de Destiny Enterprises. A estas alturas ya deben de saber que los superamos ampliamente en número, que están rodeados y atrapados sin posibilidad de escapar. Continuar con este derramamiento de sangre carece de sentido. Les aconsejo que se rindan y se retiren a la banquisa, donde podrán ser evacuados por su propia gente. Les permitiremos llevarse a sus muertos y heridos. Si no obedecen en los próximos dos minutos, todos morirán. La elección está en sus manos».

El mensaje fue como una sacudida.

Cleary se negó a aceptar una derrota inevitable. Observó con impotencia los cadáveres acribillados y los cuerpos ensangrentados de los heridos. Los ojos de aquellos capaces de seguir luchando reflejaban tenacidad y arrojo. Habían peleado a muerte, habían caído heridos y algunos habían muerto. Habían dado de sí todo lo humanamente posible, pero no podían hacer otra cosa que seguir luchando hasta morir, librar la última batalla destinados a caer en el olvido, sin que una sola lágrima se derramase por ellos.

De los sesenta y cinco hombres que habían saltado del C-17, al valeroso Cleary solo le quedaban veintiséis en condiciones de seguir luchando. Los vehículos blindados les atacaban desde el frente y la retaguardia. Sintió un pesimismo y una

amargura que no había conocido hasta ese momento: parecía inútil lanzar un nuevo asalto. Pero estaba decidido a intentarlo por última vez. Seguir adelante significaba un suicidio, y sin embargo no consideró la idea de rendirse ni por un instante. Todos sabían que si no morían en el campo de batalla, sin duda morirían cuando la Tierra empezase a temblar. Así pues, Cleary reagrupó a sus hombres para llevar a cabo un último intento de asalto del centro de control.

En ese instante, en el silencio de la tregua transitoria, oyó un sonido parecido a la bocina de un coche que se aproximaba a lo lejos. El sonido se hizo cada vez más fuerte, y todos se volvieron para mirar, desconcertados.

Y de repente, aquella cosa se les echó encima.

—¿Qué sucede? —exclamó Loren entre el murmullo de voces masculinas al oír las palabras de confusión por los altavoces.

Todos los miembros del gobierno que se hallaban en el Pentágono y la Casa Blanca levantaron la vista hacia los monitores que mostraban fotos estáticas de las instalaciones. Por unos instantes que se hicieron eternos, todos se quedaron boquiabiertos, con la incredulidad reflejada en sus ojos y escuchando perplejos lo que oían a través de los altavoces.

—¡Dios mío! —exclamó atónito el almirante Elridge.

—¿Qué diablos pasa ahí abajo? —preguntó el presidente.

—No tengo ni idea, señor presidente —murmuró el general South, incapaz de comprender las palabras caóticas de los hombres de las Fuerzas Especiales—. No tengo ni idea.

Algo completamente insólito y macabro estaba sucediendo en el campo de batalla del complejo minero. Los hombres de las Fuerzas Especiales, así como los guardias de seguridad, se volvieron con estupor absoluto. Cleary, estupefacto, vio aparecer ante sus ojos incrédulos un monstruoso gigante rojo que avanzaba sobre unas enormes ruedas como recién salido de la pesadilla de un demente. Presenció con fascinación hipnótica cómo el titán arrollaba los dos vehículos blindados y los aplastaba por los costados mientras la fuerza del impacto lanzaba a sus perplejos ocupantes por los aires. Las llamas envolvieron rápidamente el amasijo de portezuelas chirriantes, esquirlas de acero y chapa blindada. El monstruo no se detuvo y tampoco redujo la velocidad sino que continuó sembrando la destrucción con determinación implacable.

Jacobs ordenó a sus hombres que se apartaran mientras que Sharpsburg, olvidándose de sus heridas, se quitaba de en medio para no ser arrollado por el monstruo, que avanzaba con una rapidez vertiginosa. Garnet y su equipo contemplaban la escena boquiabiertos, antes de tener que reaccionar aplastándose contra las paredes para no ser arrollados.

Aquella cosa se les echó encima, pasando a toda velocidad con un rugido

ensordecedor procedente de los tubos de escape, cuyos silenciadores habían sido arrancados de cuajo al chocar contra los vehículos blindados. Era un sonido que ninguno de aquellos soldados, perplejos y agazapados en la nieve, olvidaría jamás. Y entonces atravesó la barricada de hielo como si fuese de cartón.

Los guardias de seguridad se quedaron paralizados de asombro, al igual que los soldados estadounidenses, estuviesen heridos o no, y observaron con fascinación involuntaria cómo el coloso, no contento con destrozarse la barricada, avanzaba hacia la entrada del centro de control como un tren expreso fuera de control, ajeno a la devastación que estaba provocando.

Y entonces se armó una buena: los guardias de seguridad se rehicieron y corrieron frenéticamente en todas direcciones, tratando de escapar. Por un breve instante, Cleary creyó que el artífice del rescate era un ejército de alienígenas y demonios producto de su imaginación. La mente de Cleary volvió a la realidad y se dio cuenta de que, gracias a aquella máquina infernal, la victoria había renacido de sus cenizas.

Cleary siempre conservaría la imagen de aquel vehículo en su memoria, con su pintura roja brillante al resplandor del sol y el conductor aferrado al volante con una sola mano mientras con la otra disparaba con un viejo Colt automático de 1911 contra los guardias de seguridad, mientras otro hombre abatía uniformes negros con un fusil Bushmaster. Era un espectáculo del todo inesperado, sin precedentes, un espectáculo que hacía dudar a los hombres de su cordura mental.

Los treinta guardias de seguridad —si no menos— que no habían caído pronto se recuperaron y empezaron a disparar contra aquel vehículo extraño y letal. Los disparos se sucedían de manera implacable y con un ruido ensordecedor. Las balas acribillaron la masa roja y las enormes ruedas, golpeando contra el metal y el caucho, y sin embargo el monstruo se negaba a detenerse, haciendo sonar las bocinas del techo hasta que las silenció el fuego enemigo. En la cabina no quedaba una sola esquirla de cristal, y pese a todo el conductor y su pasajero seguían disparando contra los guardias de seguridad.

Con una ferocidad brutal, el Snow Cruiser arremetió contra el centro de control, arrastrando sus más de treinta toneladas a una velocidad de treinta y cinco kilómetros por hora, a través de las paredes como un puño golpeando una casa de muñecas. El impacto demoledor arrancó de cuajo el techo de la cabina de control del Cruiser, como si un hacha gigante lo hubiese sesgado de golpe. La parte delantera del monstruo quedó aplastada al avanzar hasta el fondo, irrumpiendo en la sala de control en un caos de fragmentos retorcidos de metal y una explosión de material electrónico, cables, muebles de oficina y sistemas informáticos.

Con la carrocería perforada por un millar de balas, la cabina de control prácticamente destrozada y los neumáticos gigantes hechos jirones, el Snow Cruiser perdió su arrojo, chocó contra la pared del fondo y se detuvo al fin.

En situaciones como aquélla, la lógica desaparece y los hombres responden con audacia sin pensar en las consecuencias. Llevados por el impulso de entrar en acción, gritando, soltando juramentos y sin haber recibido ninguna orden explícita, los marines, los miembros de la Delta Force y los SEAL abandonaron sus precarias posiciones en el hielo y se abalanzaron hacia el centro de control. Atravesando a todo correr la brecha abierta por el Snow Cruiser, concentraron todo su fuego contra los guardias de seguridad, quienes, pillados por sorpresa, no pudieron defenderse hasta que fue demasiado tarde, tan ocupados estaban disparando al vehículo sanguinario.

Hugo Wolf se había quedado paralizado por el horror: aquel monstruo rojo había vuelto las tornas del combate en apenas dos minutos, destrozando dos vehículos blindados y aplastando a casi veinte de sus hombres. Hugo no podía creer lo que estaba sucediendo. Con un súbito ataque de pánico, se subió a una motonieve y desapareció en dirección al hangar. Abandonados y sin líder, los guardias tenían pocas esperanzas de escapar con vida, por lo que uno a uno fueron entregando sus armas y colocándose las manos sobre la cabeza. Unos cuantos desaparecieron y rodearon a los equipos de asalto de Cleary en un intento de alcanzar el hangar antes de que despegase el avión. De pronto, felizmente, el escenario de la carnicería quedó sumido en un silencio extraño. La lucha cruenta y encarnizada había terminado.

En la sala de control reinaba el caos más absoluto: las consolas habían salido catapultadas y se habían estrellado contra las paredes. El contenido de escritorios, estantes y armarios estaba desparramado por el suelo, cubierto por una alfombra de papeles y documentos. Las mesas y las sillas estaban completamente destrozadas, y los monitores colgaban de sus soportes en ángulos grotescos. El Snow Cruiser estaba anclado en medio del caos como una especie de dinosaurio abatido por un millar de balas. De manera sorprendente, aún seguía con vida. Desafiando todas las leyes de la mecánica, sus motores seguían encendidos al ralentí, haciendo un rumor grave que salía por los maltrechos tubos de escape.

Pitt empujó la puerta acribillada del Snow Cruiser y observó cómo se desprendían sus goznes fracturados y caía al suelo. Milagrosamente, él y Giordino habían logrado sobrevivir. Pitt había recibido un impacto de bala en el antebrazo izquierdo y Giordino sangraba por una herida superficial en la cabeza, pero no tenían heridas graves, superando sus expectativas más optimistas.

Pitt registró la sala de control para localizar los cuerpos, pero los Wolf, sus ingenieros y científicos habían evacuado el edificio para dirigirse al hangar. Giordino contempló la escena del caos con sus ojos negros, sonrientes pero de mirada inquietante.

—¿Sigue la cuenta atrás? —preguntó con voz grave.

—No creo. —Pitt señaló con la cabeza los restos del reloj digital que yacía en medio de los escombros y leyó los numerales: se habían detenido en diez minutos y

veinte segundos—. Destruyendo los ordenadores y todos los equipos informáticos, hemos detenido la secuencia de cuenta atrás.

—¿La banquisa ya no se va a separar del continente?

Pitt se limitó a negar con la cabeza.

—¿No hay fin del mundo?

—No hay fin del mundo —confirmó Pitt.

—Entonces se ha terminado —murmuró Giordino, sin poder creer que lo que había empezado en una mina de Colorado hubiese llegado a su fin en una sala destrozada en la Antártida.

—Casi. —Pitt se apoyó sin fuerzas contra el maltrecho Snow Cruiser, sintiendo una mezcla de alivio y rabia contra Karl Wolf—. Todavía tenemos que atar unos cabos sueltos.

Giordino parecía estar en otro planeta.

—Diez minutos y veinte segundos —dijo despacio—. ¿De veras hemos estado tan cerca del fin del mundo?

—Si el Proyecto Valhalla hubiese funcionado como Wolf pretendía, seguramente. ¿Se habría alterado de veras la corteza terrestre? Con un poco de suerte, nunca lo sabremos.

—¡Quietos! ¡No os mováis! —La orden procedía de una voz fría como el mármol.

Pitt alzó la vista y se encontró cara a cara con una figura de uniforme blanco que le apuntaba con un arma. Al extraño le sangraba la barbilla y una herida de la mano.

Pitt observó a la aparición, tratando sin éxito de sondear los ojos que se ocultaban tras unas gafas polarizadas.

—¿Puedo mover las orejas? —preguntó con toda la tranquilidad del mundo.

Según su experiencia, Cleary no sabía si aquellos dos personajes indescriptibles que tenía delante eran amigos o enemigos. El más bajo parecía un toro, mientras que el alto estaba completamente despeinado y llevaba varias vendas mal puestas alrededor de la cara. Parecían muertos vivientes, con ojos hundidos y mirada semiperdida, y unas mejillas y mandíbulas demacradas con signos de barba incipiente.

—¿Quiénes sois y de dónde habéis salido? Contesta tú, el gracioso.

—Me llamo Dirk Pitt, y éste es mi amigo Al Giordino. Trabajamos para la Agencia Nacional Marina y Submarina.

—¿La NUMA? —dijo Cleary, aunque la respuesta le parecía poco menos que una locura—. ¿Es eso cierto?

—Sí, es cierto —respondió Pitt—. ¿Y quién es usted?

—Soy el mayor Tom Cleary, de las Fuerzas Especiales del ejército de Estados Unidos. Estoy al mando del equipo que asaltó las instalaciones.

—Siento no haber podido llegar antes y salvar a más de sus hombres —dijo Pitt con sinceridad.

Cleary dejó caer los hombros al bajar el arma.

—No podían haber muerto hombres mejores.

Pitt y Giordino no dijeron nada, pues no había nada que decir.

Cleary se recompuso.

—No puedo creer que un par de oceanógrafos de la NUMA, sin entrenamiento de combate de ninguna clase, puedan haber provocado tantos daños —dijo Cleary sin dejar de observar a los hombres que tenía ante sí.

—Salvarle a usted y sus hombres ha sido producto de las circunstancias, pero nuestro objetivo principal era impedir que los Wolf provocasen un cataclismo.

—¿Y lo habéis conseguido? —preguntó Cleary, mirando las ruinas de lo que hasta entonces había sido un centro de control operativo de alta tecnología—. ¿O sigue funcionando el reloj?

—Como puede ver —explicó Pitt—, todas las funciones electrónicas están desactivadas. Las órdenes electrónicas de activar las máquinas cortahielo han sido abortadas.

—Gracias a Dios —exclamó Cleary, sintiendo una enorme sensación de alivio. Se quitó el casco y las gafas con gesto cansino, dio un paso al frente y extendió la mano sana—. Caballeros, los que aún seguimos en pie estamos en deuda con vosotros. Solo Dios sabe cuántas vidas habéis salvado con vuestra providencial intervención con este... —Mientras les estrechaba la mano, miró los restos del colosal Snow Cruiser, cuyos motores diésel seguían castañeteando débilmente como un par de corazones enfermos—. ¿Qué es exactamente?

—Un souvenir del almirante Byrd —contestó Giordino.

—¿De quién?

Pitt esbozó una leve sonrisa.

—Es una larga historia.

Cleary cambió de tema.

—No veo ningún cuerpo.

—Deben de haber evacuado el centro durante la batalla para subir al avión y escapar —supuso Giordino.

—En mi mapa de las instalaciones aparece una pista de aterrizaje, pero no vimos ninguna señal de aviones durante el descenso.

—Su hangar no se ve desde el aire: fue excavado en el hielo.

Cleary se puso furioso de repente.

—¿Me estáis diciendo que los canallas responsables de esta carnicería se han esfumado?

—Tranquilícese, mayor —dijo Giordino con una sonrisa astuta—. No han

abandonado las instalaciones.

Cleary vio la expresión de complacencia en los ojos de Pitt.

—¿También os habéis encargado de eso?

—Bueno, la verdad es que sí —respondió Pitt con gesto inocente—. Cuando veníamos hacia aquí, arrollamos sus aviones por casualidad. Me complace anunciar que todos los vuelos del complejo han sido cancelados.

Las exclamaciones de júbilo y alegría estallaron en el Pentágono y la Casa Blanca al oír la voz de Cleary anunciar la desactivación de los sistemas de separación de la banquisa, seguida de las palabras del teniente Jacobs explicando que los supervivientes de las fuerzas de seguridad de los Wolf estaban rindiéndose y entregando las armas. La euforia inundó ambas salas al comprobar que lo peor de la crisis había terminado. También oyeron la conversación de Cleary con los salvadores de la misión, quienes no llevaban radios y cuyas palabras no se entendían muy bien a través del micrófono de Cleary.

Incapaz de contener su alegría, el presidente cogió un teléfono y se puso a hablar bruscamente.

—Mayor Cleary, soy el presidente. ¿Me recibe?

Se oyeron unas interferencias y luego la voz de Cleary respondió:

—Sí, señor presidente, le recibo alto y claro.

—Hasta ahora me habían dicho que no interviniese en sus comunicaciones, pero a todos nos gustaría oír por fin un informe coherente de lo sucedido.

—Lo comprendo, señor —repuso Cleary, sin acabarse de creer que estuviese hablando con su comandante en jefe—. Tendré que hacerlo rápido, señor presidente. Todavía tenemos que atrapar a los Wolf, a sus técnicos y a los últimos miembros de sus fuerzas de seguridad.

—Lo entiendo, pero por favor explíquenos algo acerca de ese misterioso vehículo que apareció en escena. ¿A quién pertenece y quién lo conducía?

Cleary le transmitió la información, pero no supo describir el monstruoso vehículo que había irrumpido en el último minuto y convertido en victoria una derrota segura.

Todos escucharon sus palabras con desconcierto, pero ninguno se quedó tan perplejo como el almirante Sandecker cuando le informaron que dos hombres bajo su autoridad directa habían atravesado noventa y seis kilómetros de banquisa a bordo de un grotesco vehículo para la nieve de 1940 y ayudado a derrotar a un pequeño ejército de mercenarios. Se quedó aún más atónito al oír los nombres de Dirk Pitt y Al Giordino, a quienes suponía a punto de aterrizar en Washington.

—Pitt y Giordino —dijo meneando la cabeza con asombro—. Tendría que haberlo sabido. Si hay alguien capaz de hacer una gran entrada cuando nadie se lo espera, ésos son ellos...

—No me sorprende —añadió Loren con una sonrisa en su bello rostro—. Era imposible que Dirk y Al se quedaran de brazos cruzados esperando la llegada del fin del mundo.

—¿Quiénes son esos tipos? —preguntó el general South, airado—. ¿Por qué ha tenido que interferir la NUMA en una operación militar? ¿Quién ha autorizado su presencia?

—Me enorgullecería poder decir que he sido yo —respondió Sandecker, mirando a South a los ojos—, pero no sería verdad. Esos hombres, es decir, *mis hombres*, actuaron por propia iniciativa, y me parece que ha sido cojonudo que lo hayan hecho.

La discusión se dio por zanjada en ese mismo instante. Todos los presentes en el Pentágono y la Casa Blanca sabían con total seguridad que, de no ser por la intervención de Pitt y Giordino, el desastre habría sido inevitable.

A Pitt y Giordino les debían pitar los oídos, pero sin conexión al aparato de radio de Cleary, no podían oír lo que se estaba diciendo a medio mundo de allí. Pitt se sentó en el estribo del Snow Cruiser y se quitó las vendas de la cara, dejando al descubierto varios cortes para los que iba a necesitar puntos.

Cleary lo miró.

—¿Estás seguro de que los Wolf siguen ahí?

Pitt asintió.

—Karl, el cabeza de familia, y una hermana suya, Elsie, deben de estar llorando al ver reducido a escombros el jet privado en que planeaban abandonar las instalaciones.

—¿Podéis conducirme hasta el hangar?

—Será un honor —dijo Pitt con una sonrisa.

La voz del general South interrumpió la breve conversación.

—Mayor Cleary, le ordeno que se reagrupe, que asista a sus heridos y que tome el resto del complejo. Luego espere a la unidad principal de las Fuerzas Especiales, que debería aterrizar dentro de media hora.

—Sí, señor —respondió Cleary—, pero antes tenemos que resolver un pequeño asunto. —Tiró del conector que había entre su micrófono y el receptor, se volvió hacia Pitt y le lanzó una mirada enigmática—. ¿Y bien? ¿Dónde está ese hangar?

—A casi un kilómetro de aquí —contestó Pitt—. ¿Está planeando rodear a un centenar de personas con los pocos hombres que le quedan?

Cleary esbozó una sonrisa maliciosa.

—¿No te parece que es justo y necesario que los hombres que han peleado a muerte estén en la batalla final?

—No seré yo quien se lo discuta.

—¿Vais a hacerme de guías?

—¿Ha obtenido permiso de Washington?

—Se me olvidó pedirlo.

Los ojos verdes de Pitt despidieron un brillo malicioso.

—Bien, vamos allá. Al y yo no sabemos resistirnos a ningún pecado.

Decir que Karl Wolf montó en cólera al ver horrorizado los restos de su avión sería quedarse muy corto. Su magnífico plan se había ido al traste mientras él y sus científicos se arremolinaban en el hangar en medio de la confusión y el miedo. Según su información, el mecanismo que debía separar la banquisa del continente se pondría en marcha al cabo de cuatro minutos.

Llevado a engaño por las palabras de Hugo, quien le había dicho que sus guardias en el centro de control tenían la situación bajo control, Karl no tenía la menor idea de que el Cuarto Imperio se había derrumbado antes de ponerse en pie ni de que el proyecto Valhalla había fracasado por completo.

Los Wolf estaban reunidos en un grupo cariacontecido, incapaces de asimilar el alcance del desastre y sin dar crédito a la inverosímil historia de que un vehículo gigantesco había irrumpido de improviso en el hangar para destrozar sus aviones antes de dirigirse hacia la batalla que se estaba librando frente a las puertas del centro de control. Se quedaron atónitos ante el súbito revés que habían sufrido los planes que tanto tiempo habían tardado en elaborar. Hugo era el único miembro de la familia que no estaba allí: comprometido con la causa hasta las últimas consecuencias, estaba organizando febrilmente a los restantes miembros de sus fuerzas de seguridad para la maniobra de resistencia final contra los norteamericanos, pues sabía con certeza que estos atacarían el hangar en escasos minutos.

—Bueno, pues eso es todo —dijo Karl antes de dirigirse a Blondi—: Envía un mensaje a nuestro hermano Bruno, que está a bordo del Ulrich Wolf. Explícale la situación y dile que nos envíe aviones de refuerzo inmediatamente. No hay tiempo que perder.

Blondi optó por no hacer preguntas y corrió hacia la radio que había en la sala de control al fondo del hangar.

—¿Podremos aterrizar en el Ulrich Wolf durante las primeras fases del cataclismo? —preguntó Elsie Wolf a su hermano en tono angustioso.

Karl miró a su ingeniero jefe, Jurgen Holtz.

—¿Tienes una respuesta para mi hermana, Jurgen?

El asustado Holtz miró hacia el suelo de hielo del hangar y respondió con un hilo de voz.

—Me es imposible calcular el momento exacto de la llegada de los vientos huracanados y los maremotos. Tampoco puedo predecir su intensidad inicial, pero si llegan al Ulrich Wolf antes de que aterricemos con los aviones, me temo que no será posible.

—¿Estás diciendo que vamos a morir? —exclamó Elsie.

—Digo que no lo sabremos hasta que llegue el momento —contestó Holtz con

gravedad.

—No tendremos tiempo de trasladar los objetos de los amenes de los aviones dañados después de que llegue Bruno —señaló Karl al tiempo que observaba con consternación los restos del jet privado, que parecía un juguete pisoteado—. Solo nos llevaremos las reliquias del Tercer Reich.

—Voy a necesitar a todos los hombres y mujeres capaces de disparar un arma —dijo una voz a la espalda de Karl. Era Hugo, cuyo uniforme negro estaba salpicado con la sangre del guardia de seguridad muerto antes de poder comunicarle la noticia de la destrucción en el hangar—. Ya sé que todos están muy asustados y confusos, pero si queremos sobrevivir hasta que nuestros hermanos del astillero acudan en nuestro rescate, debemos resistir el ataque de los estadounidenses.

—¿Cuántos de tus hombres han sobrevivido? —preguntó Karl.

—Doce. Por eso necesito todos los refuerzos que pueda reunir.

—¿Tienes armas suficientes para todos nosotros?

Hugo asintió con la cabeza.

—Las armas y la munición están en el arsenal que hay a la entrada del hangar.

—En ese caso, tienes mi permiso para reclutar a todos los que quieran volver a ver a sus seres queridos.

Hugo miró a su hermano a los ojos.

—No me corresponde a mí, hermano, pedirles que luchen hasta la muerte. Tú eres el líder de nuestro nuevo destino y eres tú a quien respetan y veneran. Si tú se lo pides, te seguirán.

Karl miró a su hermano y sus dos hermanas y advirtió la misma aprensión que él sentía. Con la cabeza fría como un iceberg y un corazón de piedra, no vaciló en ordenar a su gente que arriesgase sus vidas para que él y sus hermanos pudiesen sobrevivir.

—Reúnelos —le dijo a Elsie— y les diré lo que tienen que hacer.

Tras dejar a cuatro hombres a cargo de los heridos y de la vigilancia de los guardias de seguridad supervivientes, Cleary y veintidós hombres que aún seguían en condiciones de luchar entraron en el túnel principal en formación táctica, guiados por Pitt y Giordino y con dos miembros de la Delta Force en avanzadilla de exploración.

El teniente Jacobs se quedó muy sorprendido al volver a encontrarse con Pitt y Giordino, y aún más estupefacto al enterarse de que habían sido ellos los locos que habían conducido el Snow Driver hasta la zona de batalla minutos antes de que Cleary y sus hombres acabasen como Custer y el Séptimo de Caballería en la batalla de Little Bighorn.

Avanzando con cautela, la columna rodeó la primera curva del túnel y dejó atrás el material de construcción abandonado y las puertas que conducían a los almacenes vacíos. A Pitt y Giordino se les hizo muy extraño recorrer a pie los mismos lugares

que habían cubierto a bordo del Snow Cruiser a toda velocidad unos minutos antes. Pitt sonrió para sus adentros al ver los enormes boquetes en el hielo que había provocado su conducción temeraria.

Cuando llegaron a un tractor abandonado, todavía unido a un pequeño convoy de cuatro remolques utilizados para transportar los suministros y la carga por el laberinto del túnel, hicieron un alto y se pusieron a cubierto en el vehículo mientras Cleary interrogaba a Pitt y Giordino.

—¿Cuánto falta para llegar al hangar?

—Otros quinientos metros, más o menos —respondió Pitt.

—¿Hay algún punto, desde aquí hasta allí, donde puedan colocar una barricada?

—Cada tres metros, si tuvieran tiempo y bloques de hielo, pero dudo que hayan podido hacer algo realmente serio en los escasos minutos que han pasado desde que perdieron la batalla por el control de las instalaciones. —Señaló el hielo del suelo. Además de las huellas voluminosas de los neumáticos del Snow Cruiser, se veían las marcas de una única motonieve y las pisadas de varios hombres que indicaban que habían escapado corriendo del lugar de la batalla.

—No pueden quedar más de una docena de guardias de seguridad. Si pretenden organizar una barrera de defensa, tendrá que ser en un radio de cien metros del hangar.

—No te olvides del vehículo blindado —le recordó Giordino en voz baja—, el único que no redujiste a escombros.

—¿Hay otro de esos vehículos infernales rodando suelto por ahí? —exclamó Cleary.

Pitt asintió.

—Podría ser. ¿Dispone de algún arma para destruirlo?

—Nada capaz de atravesar ese blindaje —admitió Cleary.

—Tenga listos a sus hombres, mayor. Veo algo que tal vez nos sea de utilidad.

Pitt registró la caja de herramientas del tractor hasta encontrar una lata vacía de combustible. Cogió una palanca de acero y perforó la tapa de la lata. A continuación, con la misma barra, agujereó el tanque de combustible del vehículo. Cuando acabó de llenar la lata, la levantó en el aire.

—Ahora, lo único que necesitamos es algo para encenderlo.

El teniente Jacobs, que estaba observando los movimientos de Pitt, hurgó en su mochila y sacó una pequeña bengala para hacer disparos de señalización durante la noche o en condiciones meteorológicas adversas.

—¿Esto sirve?

—Como una mujer hermosa y una copa de buen Cabernet —contestó Pitt.

Cleary levantó el brazo y señaló hacia delante.

—¡En marcha!

Ya no sentían temor a lo desconocido, ni ansiedad ni inquietud. Los hombres que iban a la cabeza se movían con una agilidad felina, seguidos por unos soldados intrépidos y entregados en cuerpo y alma, decididos a vengar la muerte de sus camaradas caídos en el centro de control, avanzando por el túnel como espectros bajo la tenue luz que se reflejaba a través del hielo. Pitt sintió una punzada de orgullo al pensar que aquellos hombres los aceptaban a él y Giordino como iguales.

De pronto, los soldados en cabeza dieron el alto. Todos se quedaron inmóviles, atentos a cualquier ruido. A lo lejos se oía el débil ronroneo de un motor, que señalaba la aproximación de un vehículo. El sonido fue aumentando en intensidad y retumbó por todo el túnel. Luego aparecieron dos faros, cuyos haces bailaban por las paredes de hielo.

—El vehículo blindado —anunció Pitt con calma—. Aquí viene. —Señaló hacia uno de los almacenes vacíos—. Sugiero que usted y sus hombres se metan ahí dentro, antes de que los faros nos descubran.

Cleary dio una orden silenciosa, y diez segundos más tarde todos los soldados se hallaban en el interior del almacén, con la puerta casi cerrada. Las luces se hacían cada vez más potentes a medida que el vehículo avanzaba por el túnel. Justo detrás de la puerta del almacén, Pitt estaba agachado con la lata de combustible sujeta con ambas manos. Detrás de él, Jacobs estaba de pie, listo para disparar la bengala, y detrás de éste, todo el equipo a punto para irrumpir de nuevo en el túnel y descargar una andanada de fuego letal sobre los ocupantes del vehículo blindado o los guardias que pudiesen estar siguiéndolo a pie.

Calcular el momento preciso era crucial: si Pitt arrojaba la lata demasiado pronto o demasiado tarde y los guardias a bordo del vehículo sobrevivían, las Fuerzas Especiales quedarían atrapadas en el interior del almacén como patos en un armario, y serían eliminados en un abrir y cerrar de ojos. Jacobs también tenía que dar en el blanco exacto: un solo error y todo habría acabado para ellos.

El vehículo se acercó. Pitt calculó la velocidad en unos quince kilómetros por hora: el conductor avanzaba con cautela. Por la estrecha rendija de la puerta, no vio rastros de ningún guardia siguiendo el vehículo a pie.

—Viene demasiado deprisa para que nadie pueda seguirlo —explicó Pitt a Cleary en voz baja—. Creo que están en misión de reconocimiento.

—A bordo hay espacio para cuatro hombres —murmuró Cleary—. Eso es todo lo que sé.

Pitt agachó la cabeza y cerró los ojos para que no le cegasen las potentes luces del vehículo. Estaba tan cerca que oía el crujido de las ruedas contra el suelo helado del túnel. Con cuidado, sin hacer ningún movimiento brusco que pudiese delatarlo, abrió la puerta unos centímetros. El morro del vehículo estaba casi a la altura del almacén, y Pitt, con un movimiento ágil y preciso, abrió la puerta del todo, y arrojó la lata de

combustible al compartimiento descubierto del vehículo. Acto seguido, se arrojó al suelo de hielo.

Jacobs no era de los que perdían el tiempo haciendo comprobaciones: antes de que Pitt abriese la puerta de par en par, ya estaba apuntando con la bengala. Modificó la trayectoria un milímetro y disparó; el proyectil pasó a dos centímetros de la cabeza de Pitt una milésima de segundo después de que la lata de combustible hubiese caído dentro del vehículo y derramado su contenido en el interior.

El vehículo estalló y los guardias, horrorizados y con el uniforme envuelto en llamas, saltaron y se echaron a rodar por el hielo para sofocar el fuego. Aun cuando hubiesen sobrevivido, no habrían salido con vida del túnel, pues los hombres del comando de Cleary, los mismos que habían sufrido en carnes propias la fiereza de los guardias frente al centro de control, no estaban de humor para mostrar misericordia. Salieron del almacén y acabaron con la agonía de los guardias con una ráfaga de disparos. El vehículo, que ya nadie podía identificar como tal, avanzaba a duras penas por el túnel, sin conductor, incendiado y arañando las paredes resbaladizas de hielo que poco podían hacer para detenerlo.

Los hombres no perdieron el tiempo contemplando aquella escena. Cleary los reagrupó y ordenó ponerse en marcha de nuevo. Ninguno se volvió para mirar atrás ni mostró indicios de remordimientos. Reanudaron su avance implacable por el túnel, ansiosos por terminar con la pesadilla y castigar a los culpables. Con gran fuerza de voluntad, Pitt se levantó y se apoyó en el poderoso hombro de Giordino para caminar unos pasos hasta que sus piernas le respondieron de nuevo y reinició la marcha detrás de Cleary.

Cuando nadie respondió a las llamadas por radio al vehículo blindado y el sonido de los disparos retumbó por todo el túnel, Hugo Wolf se temió lo peor. Sin más vehículos como aquél, todavía tenía que jugar una carta antes de que los norteamericanos llegasen al hangar para librar una nueva batalla a vida o muerte contra los ocho guardias de seguridad que todavía le quedaban. Tenía escasa confianza en el pequeño ejército de ingenieros, que poco o nada sabían acerca del manejo de armas y carecían del coraje necesario para disparar a otro ser humano, sobre todo a un profesional entrenado que devolvería todos los disparos. Solo le quedaba una última posibilidad, pensó con aire taciturno, y no iba a desaprovecharla.

Se acercó al lugar donde Karl, Elsie y Blondi estaban conversando con Jurgen Holtz. Karl se volvió y miró a Hugo, advirtiendo su expresión sombría.

—¿Problemas, hermano?

—Creo que he perdido mi último vehículo blindado y a cuatro de mis mejores hombres.

—Tenemos que resistir —dijo Elsie—. Bruno está de camino con dos aviones y llegará dentro de cinco horas.

—Tres horas y media después de que la banquisa se desgaje del continente — señaló Holtz—. La secuencia de activación de las máquinas de hielo ha empezado y no hay forma de detenerla.

Karl soltó una imprecación en voz baja.

—¿Podremos resistir hasta entonces?

Hugo miró el túnel que conducía al complejo minero como si esperase la aparición de un ejército de fantasmas.

—No pueden ser más que un puñado de hombres. Si mis guardias consiguen eliminarlos en el túnel o al menos reducir a unos cuantos, entre el resto de nosotros tendremos armas suficientes para deshacernos de todos ellos.

Karl miró a Hugo y apoyó una mano en su hombro.

—Sea cual sea el resultado, hermano, sé que habrás obrado con valentía y honor.

Hugo abrazó a Karl y se alejó para reunirse con los guardias restantes y conducirlos hasta el túnel. Los seguía un tractor que arrastraba una plataforma cargada con una cisterna de doscientos litros y un ventilador de casi dos metros de diámetro.

El equipo de las Fuerzas Especiales se detuvo a escasos metros de la última curva del túnel antes de que éste se ensanchase y recorriese otros cincuenta metros para llegar al hangar. Frente a ellos apareció una neblina que parecía ir espesándose cada vez más a medida que avanzaba por el túnel y que empezó a envolver a los hombres.

—¿Tú qué crees? —le preguntó Cleary a Pitt.

—No puede ser nada bueno. No vimos nada parecido cuando pasamos por aquí con el Snow Cruiser. —Pitt levantó un dedo para comprobar la dirección del viento—. No es un fenómeno natural. Además de que tiene un olor extraño, lo transmite algún tipo de mecanismo, seguramente un ventilador gigante.

—No es venenoso —dijo Cleary, olisqueando la niebla—. Reconocer los gases tóxicos forma parte de nuestro entrenamiento. Yo diría que nos están arrojando una niebla inofensiva para ocultar sus movimientos.

—Puede que anden escasos de hombres e intenten una jugada desesperada — sugirió Jacobs.

—Cerrad filas —ordenó Cleary a sus hombres por la radio—. Seguiremos avanzando. Preparaos para poneros a cubierto en cualquier momento si salen de la neblina y empiezan a disparar.

—No recomiendo esa maniobra —le advirtió Pitt.

—¿Por qué? —preguntó Cleary.

Pitt sonrió a Giordino.

—Creo que ya hemos pasado por eso.

—Sí, en alguna que otra ocasión —confirmó su compañero.

Pitt examinó atentamente la niebla y tomó a Giordino por el brazo.

—Al, llévate a uno de los hombres del mayor, vuelve al tractor y trae la rueda de repuesto.

Cleary lo miró con curiosidad.

—¿De qué nos va a servir una rueda?

—Es una de nuestras triquiñuelas.

Al cabo de unos minutos, una terrible detonación estremeció el corazón del túnel. No se veían llamas ni columnas de humo, sino un resplandor cegador seguido por una enorme onda expansiva que aplastó el aire del recinto antes de salir disparada como un misil a través de un tubo neumático. El estruendo de la explosión llegó en forma de trueno ensordecedor antes de menguar de intensidad y desaparecer por completo.

Asombrados por la intensidad de la onda expansiva y con pitidos en los oídos, Hugo Wolf y ocho guardias de seguridad se pusieron de pie con paso vacilante y los sentidos embotados y empezaron a avanzar por los montículos de hielo desprendido, esperando encontrar los cuerpos desintegrados de los norteamericanos. La sacudida había superado todas sus expectativas, por lo que sus esperanzas de haber acabado con el enemigo se habían fortalecido.

Rodeando la curva y utilizando linternas para perforar la capa de niebla y gases de la explosión, avanzaron despacio hasta distinguir unos cuerpos tendidos en posturas grotescas en y bajo el hielo que se había desprendido del techo del túnel. Los ojos de Hugo recorrieron un cuerpo tras otro mientras la euforia crecía en su interior al ver los cadáveres de los norteamericanos. No había sobrevivido ninguno. Miró a los dos hombres que yacían en el suelo con ropa de civiles y se preguntó quiénes serían y de dónde habrían salido. Estaban tumbados boca abajo, por lo que no supo reconocerlos como a los que habían conducido el vehículo que había provocado tantas muertes y destrucción en el centro de control.

—Felicidades, señor Wolf —le dijo uno de sus guardias.

Hugo asintió despacio.

—Sí, pero este triunfo nos ha salido muy caro. —Acto seguido, de forma mecánica, él y sus hombres dieron la espalda a la aparente carnicería y echaron a andar hacia el hangar.

—¡Quietos! —gritó Cleary.

Hugo y sus hombres se volvieron, horrorizados al ver a los muertos ponerse en pie y apuntarles con sus armas. Habría podido rendirse en ese preciso instante: cualquier hombre en su sano juicio habría visto que oponer resistencia solo le llevaría a una muerte segura. Sin embargo, Hugo, que actuaba por instinto más que por los dictados de la razón, abrió fuego con su arma y sus hombres lo imitaron.

Las Fuerzas Especiales dispararon al unísono y los guardias de seguridad cayeron acribillados. Hugo se tambaleó hacia atrás, se quedó inmóvil y dejó caer el arma, contemplando con estupor los orificios de bala que le atravesaban el uniforme negro

desde el pecho hasta la cintura. Al fin, con la certeza absoluta de que había fracasado y consciente de que apenas le quedaban unos segundos de vida, se desplomó.

Los disparos habían cesado y Jacobs, seguido con cautela por sus hombres, empezó a inspeccionar los cuerpos y a retirar todas las armas de los puños que las aferraban. Pitt, con el revólver en la mano derecha, se arrodilló junto a Hugo. El jefe de la fuerza de seguridad de la familia Wolf advirtió la presencia de alguien a su lado y abrió los ojos con mirada inexpresiva.

—¿Cómo lo han hecho? —murmuró.

—Vuestra gente utilizó el mismo truco conmigo en la mina de Colorado.

—Pero... ¿la explosión?

Pitt sabía que el hombre se estaba muriendo, así que le quedaban pocos segundos.

—Trajimos la rueda de repuesto de un tractor del túnel y la hicimos rodar hasta la mecha que activaba la carga explosiva mientras nos escondíamos en un almacén. Después de la explosión, salimos corriendo, nos tumbamos entre los escombros de hielo y nos hicimos los muertos.

—¿Quién eres tú? —susurró.

—Me llamo Dirk Pitt.

Por un instante, sus ojos se abrieron como platos.

—No puede ser... —murmuró. A continuación, la expresión de sus ojos perdió intensidad y la cabeza cayó hacia un lado.

La explosión, seguida de una andanada de disparos, retumbó en las paredes del túnel y se propagó hasta el hangar. Luego el estruendo cesó de repente y se sofocaron los sonidos, hasta que un silencio que no presagiaba nada bueno inundó todos los rincones del hangar. Pasaron varios minutos sin que ninguno de los presentes hiciese ningún movimiento, atentos a la boca oscura del túnel, esperando con ansiedad. De repente, el ruido de unos pasos acercándose retumbaron en el túnel y quebraron el silencio.

Poco a poco la figura de un hombre fue cobrando forma y avanzando hacia la luz que se filtraba por el techo del hangar. Un hombre alto, sosteniendo un palo con un trapo blanco en la punta, se dirigió hacia el semicírculo formado por un centenar de hombres y mujeres que apuntaban con sus armas al extraño. Éste llevaba un pañuelo que le cubría la mitad inferior de la cara, y se dirigió directamente al grupo de Karl Wolf y sus hermanas. Se detuvo, se quitó el pañuelo y reveló un rostro de facciones marcadas, oscurecido por una barba incipiente y demacrado por el cansancio.

—Hugo envía sus disculpas, pero no podrá asistir a vuestra fiesta de despedida.

Se produjo un momento de confusión e incredulidad en todo el hangar. Blondi lo miraba con cara de perplejidad absoluta, mientras que Elsie adoptó una expresión de puro horror y rabia contenida. Como era de esperar, Karl fue el primero en recuperarse y reaccionar.

—Así que es usted, señor Pitt —dijo, mirándolo con ojos suspicaces—. Es como una maldición.

—Perdonen que me presente con ropa tan informal —se disculpó en tono cordial—, pero tengo el esmoquin en la tintorería.

Con una mirada furiosa en sus ojos azules, Elsie dio un paso e hincó el cañón de su pistola automática en el estómago de Pitt. Éste aulló de dolor, retrocedió y se llevó la mano a la barriga, pero su sonrisa no abandonó sus labios.

—Se habrán dado cuenta de que no voy armado y de que traigo una bandera blanca para solicitar una tregua.

Karl apartó a un lado el arma de Elsie.

—Deja que lo mate —insistió su hermana con malevolencia.

—Todo a su tiempo —replicó Karl en tono tranquilo antes de mirar a Pitt a los ojos—. ¿Hugo está muerto?

—Como se suele decir, ha estirado la pata, sí.

—¿Y sus hombres?

—Otro tanto.

—¿Es usted el responsable de la destrucción de mis aviones?

Pitt miró alrededor y se encogió de hombros.

—Debo admitir que conduzco un poco a lo loco.

—¿De dónde ha salido usted? —preguntó Wolf bruscamente.

Pitt sonrió, hizo caso omiso de su pregunta y dijo:

—Le sugiero que ordene a su gente soltar las armas antes de que se hagan daño. Hoy ya se ha derramado demasiada sangre en este lugar. Sería el colmo de la estupidez seguir con esta carnicería.

—Sus hombres, señor Pitt... ¿cuántos soldados norteamericanos siguen con vida?

—Véalo usted mismo. —Pitt se volvió y señaló el túnel.

Giordino, Cleary y sus veinte hombres aparecieron en el hangar y se distribuyeron en una hilera regular a intervalos de diez pasos, con las armas listas para abrir fuego.

—Veinte contra cien. —Karl sonrió por primera vez.

—Esperamos refuerzos de un momento a otro.

—Demasiado tarde —dijo Karl, seguro de que era un farol de Pitt—. Los sistemas para separar la banquisa ya deben de haberse activado. El mundo se prepara para sufrir un cataclismo mientras hablamos. Nada podrá detenerlo.

—Discrepo de usted —dijo Pitt con tono inexpresivo—. Todos los sistemas quedaron desactivados diez minutos antes de la puesta en marcha. Lamento defraudarte, Karl, pero no va a haber ningún cataclismo, ni Nuevo Destino ni Cuarto Imperio. El mundo seguirá girando alrededor del sol como siempre, lejos de la perfección, con sus defectos y puntos débiles provocados por la mano del hombre. El verano y el invierno, el cielo azul y las nubes, la lluvia y la nieve... todo seguirá igual hasta mucho después de que la raza humana haya dejado de existir. Si nos extinguimos, será por causas naturales, no por culpa de un plan demencial concebido por un megalómano con ansias de dominar el mundo.

—¿Qué está diciendo? —exclamó Elsie alarmada.

—No te preocupes, querida hermana —repuso Karl con tono agrio—. Este hombre miente.

Pitt meneó la cabeza con gesto cansino.

—Todo ha acabado para la familia Wolf. Si hay alguien que merece ser condenado por un tribunal internacional por tentativa de crímenes contra la humanidad, ese eres tú, Karl. Cuando siete mil millones de personas sepan que tú y tu familia de chiflados habéis intentado exterminar a la humanidad, no vas a ser muy popular. Tus barcos gigantes, tus riquezas y tesoros serán confiscados. Y si algún miembro de tu familia consigue librarse de una condena de cadena perpetua, los servicios de inteligencia y la policía vigilarán todos y cada uno de sus movimientos para asegurarse de que no alberga ninguna ambición de fundar el Quinto Imperio.

—Si lo que dice es verdad —repuso Karl con desdén y una ligera pizca de incertidumbre—, ¿qué piensa hacer con mis hermanas y conmigo?

—Eso no depende de mí —contestó Pitt, lanzando un suspiro—. No sé cuándo ni

dónde, pero algún día te colgarán por tus crímenes, por todos los asesinatos que has ordenado. Mi mayor satisfacción será asistir al espectáculo en primera fila.

—Tiene usted mucha imaginación, señor Pitt. Qué pena que todo eso sea pura fantasía.

—Eres un hueso duro de roer, ¿eh?

—Da la orden de disparar, hermano —exigió Elsie—. Mata a este gusano. Si no lo haces tú, lo haré yo.

Karl Wolf miró a los veteranos de rostro exhausto que formaban el comando de Cleary.

—Mi hermana tiene razón. Si sus hombres no se rinden dentro de diez segundos daré la orden de disparar a los míos.

—Ni lo sueñes —dijo Pitt con voz firme y dura.

—¿Cien armas contra veinte? La batalla no será muy larga y solo tendrá una conclusión posible. Verá, señor Pitt, hay demasiado en juego. Mis hermanas y yo estamos dispuestos a sacrificar nuestras vidas en nombre del Cuarto Imperio.

—Es absurdo sacrificar tantas vidas por un sueño que ya está muerto y enterrado —dijo Pitt con tranquilidad.

—Palabras huecas de un hombre desesperado. Al menos tendré la satisfacción de saber que será el primero en morir.

Pitt miró a Wolf durante largo rato y a continuación miró el fusil que empuñaba aquel loco. Acto seguido, se encogió de hombros.

—Como quieras, pero antes de ceder a la tentación de la sangre, te sugiero que mires a tus espaldas.

Wolf negó con la cabeza.

—No pienso quitarle la vista de encima, señor Pitt.

Pitt se volvió ligeramente hacia Elsie y Blondi.

—¿Por qué no le explicáis la situación a vuestro querido hermano, chicas?

Las hermanas Wolf se volvieron y miraron atrás.

Todos los presentes se volvieron para mirar hacia la pared opuesta del hangar y a la entrada del túnel del fondo. Si había algo que sobraba en el hangar, ese algo era otro arsenal de armas: doscientos fusiles automáticos se habían incorporado a la dramática escena que desarrollaba en esos momentos alrededor de los aviones destrozados, doscientos fusiles Eradicator de aspecto aterrador apuntando a los científicos e ingenieros de Destiny Enterprises y en manos de unos hombres cuyos rostros estaban ocultos bajo gafas y cascos. Estaban distribuidos formando un semicírculo ordenado, la hilera delantera arrodillada y la segunda de pie, vestidos con trajes de camuflaje antártico similares a los que llevaban Cleary y sus hombres.

Una de las figuras dio un paso al frente y habló en voz alta y autoritaria.

—¡Bajen las armas muy despacio y retrocedan! ¡De lo contrario, ordenaré a mis

hombres que abran fuego! ¡Por favor, colaboren y nadie resultará herido!

No hubo el menor atisbo de duda ni de resistencia, más bien al contrario. Los hombres y mujeres que formaban el equipo científico de Destiny Enterprises se sintieron aliviados de poder deshacerse de unas armas que muy pocos de ellos sabían manejar. Se oyó un suspiro de alivio general mientras se apartaban de los fusiles Bushmaster y levantaban las manos.

A Elsie parecía que acabasen de clavarle un cuchillo en el corazón: se quedó inmóvil con una expresión de perplejidad y abatimiento absolutos. Blondi estaba a punto de desmayarse, con la mirada atónita. Karl Wolf, con el rostro tenso y esculpido en piedra, estaba furioso ante la certeza de que su magnífico plan para fundar un nuevo mundo se había evaporado de repente.

—¿Quién de ustedes es Dirk Pitt? —inquirió el jefe del recién llegado grupo de las Fuerzas Especiales.

Pitt levantó la mano.

—Soy yo.

El oficial se acercó y le dedicó una leve inclinación de la cabeza.

—Soy el coronel Robert Wittenberg, al mando de este operativo. ¿Cuál es la situación de la banquisa de Ross?

—Sin novedad —respondió Pitt con tranquilidad—. El proyecto Valhalla quedó desactivado diez minutos antes de la puesta en marcha del sistema de separación del hielo.

Wittenberg se relajó.

—Gracias a Dios —suspiró.

—No podría haber llegado en mejor momento, coronel.

—Después de establecer contacto por radio con el mayor Cleary, seguimos sus instrucciones para avanzar por el boquete en el hielo que abrió con su vehículo. —Hizo una pausa y preguntó con asombro—: ¿Han visto la ciudad antigua?

Pitt sonrió.

—Sí, la hemos visto.

—Desde allí fue muy fácil llegar hasta el hangar —continuó Wittenberg— y desplegarlos sin que nadie advirtiese nuestra presencia.

—Fue un momento de máxima tensión, pero el mayor Cleary y yo logramos desviar la atención de todos mientras ustedes tomaban posiciones.

—¿Están todos aquí? —preguntó Wittenberg.

Pitt asintió.

—Salvo algunos heridos, que están en el centro de control.

Cleary se aproximó y los dos militares intercambiaron un saludo formal antes de darse un caluroso apretón de manos. La sonrisa de Cleary era tensa pero radiante.

—Bob, no sabes cuánto me alegro de ver esa fea cara que tienes.

—¿Cuántas veces te he salvado ya el pellejo contando ésta? —repuso Wittenberg con ojos chispeantes.

—Dos veces, y no me avergüenza admitirlo.

—No me has dejado mucho trabajo por hacer.

—Es cierto, pero si tú y tus hombres no hubieseis aparecido en el momento oportuno, os habríais encontrado con un baño de sangre.

Wittenberg miró a los hombres de Cleary, que parecían demacrados y exhaustos pero que seguían vigilantes, observando todos los movimientos del personal de Wolf mientras arrojaban las armas al suelo y se reunían en grupos silenciosos alrededor de los despojos del avión.

—Parece que se han cargado a unos cuantos de los tuyos.

—He perdido a muchos de mis mejores hombres —admitió Cleary con tristeza.

Pitt señaló a los Wolf.

—Coronel Wittenberg, le presento a Karl Wolf y a sus hermanas, Elsie y... — Como no conocía a Blondi, hizo una pausa.

—Mi hermana Blondi —precisó Karl. Se sentía el protagonista de una auténtica pesadilla—. ¿Qué piensa hacer con nosotros, coronel?

—Si de mí dependiera —gruñó Cleary—, los fusilaría a los tres ahora mismo.

—¿Ha recibido órdenes con respecto a los Wolf después de su captura? —le preguntó Pitt a Wittenberg.

El coronel negó con la cabeza.

—No hubo tiempo para discutir las cuestiones relacionadas con los prisioneros.

—En tal caso, ¿me puede hacer un favor?

—Después de lo que habéis hecho tú y tu amigo, no tienes más que pedirlo —contestó Cleary.

—Solicito la custodia temporal de los Wolf.

Wittenberg miró a Pitt a los ojos, como tratando de leerle el pensamiento.

—No acabo de entender...

Pero Cleary sí lo entendía.

—Puesto que no has recibido órdenes con respecto a los prisioneros —le dijo al coronel—, me parece más que justificado acceder a la petición del hombre que nos ha salvado de un horror inimaginable.

Wittenberg reflexionó unos instantes antes de acceder.

—De acuerdo. Lo consideraremos un botín de guerra. Tiene la custodia de los Wolf hasta el momento en que puedan ser trasladados a Washington bajo vigilancia.

—Ningún gobierno tiene jurisdicción legal sobre un individuo de la Antártida —dijo Karl en tono arrogante—. Es ilegal que nos retenga como rehenes.

—Solo soy un simple soldado —contestó Wittenberg con indiferencia—. Dejaré que los políticos y los abogados decidan su destino cuando esté en sus manos.

Mientras las Fuerzas Especiales se disponían a garantizar la seguridad del complejo y vigilar a los prisioneros, encerrándolos en un dormitorio reservado a los trabajadores de la planta de extracción, Pitt y Giordino se llevaron discretamente a Karl, Elsie y Blondi Wolf por las enormes puertas del hangar. Luego los obligaron a pasar por una pequeña puerta de mantenimiento que daba a la pista de aterrizaje externa. Una súbita ráfaga de aire frío los sacudió, después de la temperatura de quince grados en el interior del hangar.

Karl Wolf se volvió y sonrió con aire sombrío a Pitt y Giordino.

—¿Es aquí donde van a ejecutarnos?

Blondi parecía estar en trance, pero Elsie lanzó a Pitt una mirada feroz.

—¡Mátanos si te atreves! —le espetó con desdén.

La cara de Pitt estaba marcada por una expresión de asco.

—Por lo más sagrado de este mundo, todos vosotros merecéis morir. Toda vuestra asquerosa familia merece morir, pero no seremos ni mi amigo ni yo quienes haremos los honores. Dejaré que las fuerzas de la naturaleza se encarguen de vosotros.

La revelación pilló a Karl por sorpresa.

—¿Nos van a dejar escapar?

Pitt asintió.

—Sí.

—Entonces no nos verá ni a mí ni a mis hermanas ante un tribunal ni yendo a la cárcel.

—Una familia tan poderosa y rica como la vuestra jamás llegaría a pisar un tribunal. Utilizaríais todos los medios a vuestro alcance para escapar de la horca o de una cadena perpetua.

—Eso que dice es cierto —convino Karl con desprecio—. Ningún gobierno se arriesgaría a sufrir las consecuencias de condenar a la familia Wolf.

—Ni de provocar nuestra ira —añadió Elsie—. No hay ningún alto funcionario ni líder nacional que no nos deba un favor. Si nosotros caemos, ellos caerán con nosotros.

—No pueden encerrarnos con toda esa chusma —dijo Blondi, recuperando su insolencia—. Nuestra familia es demasiado importante, demasiado poderosa. Renaceremos de nuestras cenizas, y la próxima vez no fallaremos.

—En mi opinión, ésa no es una buena idea —replicó Giordino con sorna.

—Todos descansaremos más tranquilos sabiendo que no podéis andar sueltos por ahí para satisfacer vuestras ansias de poder —dijo Pitt fríamente.

Karl Wolf entrecerró los ojos y contempló el paisaje helado.

—Adivino sus intenciones —murmuró con voz apagada—. Nos va soltar para que muramos congelados en la nieve.

—Sí. —Pitt asintió con la cabeza.

—Sin ropa adecuada para soportar el frío, no aguantaremos más de una hora.

—Yo calculo más bien unos veinte minutos.

—Parece que lo he subestimado como enemigo, señor Pitt.

—Tengo la teoría de que el mundo sabrá arreglárselas sin el presidente de Destiny Enterprises y su imperio familiar.

—¿Por qué no nos pega un tiro y acabamos con esto de una vez?

Pitt miró a Wolf con un destello de pérfido placer en sus ojos verdes.

—Eso sería demasiado rápido. De este modo tendréis tiempo para reflexionar sobre el horror que pretendíais infligir a millones de inocentes.

Las sienes de Wolf se tiñeron de un leve tono rojizo. Con gesto protector, rodeó los hombros de sus hermanas con los brazos.

—Su sermón me aburre, señor Pitt. Prefiero mil veces morir congelado que tener que escuchar su estúpida moralina.

Pitt miró con aire pensativo a Karl Wolf y sus hermanas. Se preguntó si era posible conmover de alguna forma a aquella familia cruel e incorregible. La pérdida de su imperio los había afectado, pero la amenaza de la muerte no les impresionaba en absoluto. Como mucho, los enfurecía. Los miró de uno en uno.

—Una advertencia: no os molestéis en intentar entrar de nuevo en el complejo o en los túneles. Todas las entradas y salidas estarán vigiladas. —Luego señaló su revólver—. Empezad a caminar.

Blondi, al igual que Karl, parecía resignada a aceptar su destino y empezó a tiritar de frío, pero Elsie no. Arremetió contra Pitt pero recibió una bofetada de Giordino que la tiró al suelo. Cuando se levantaba con la ayuda de su hermano, Pitt vio en su rostro la viva imagen del odio.

—¡Juro que te mataré! —exclamó con los labios ensangrentados.

Pitt esbozó una sonrisa cruel.

—Adiós, Elsie. Que tengas un buen día.

—Si andáis a paso ligero, entraréis en calor —añadió Giordino con cinismo.

Y acto seguido, cerró la puerta de golpe.

Al cabo de cuarenta y ocho horas, el complejo minero estaba abarrotado de científicos e ingenieros que habían empezado a examinar los sistemas de nanotecnología de los Wolf para cerciorarse de que la red de conductos diseñada para separar la banquisa no podía ser reactivada. Los siguió un ejército de antropólogos y arqueólogos, que descendieron a la ciudad antigua de los amenes. Casi todos habían negado hasta entonces la existencia de una civilización similar a la Atlántida anterior al 4000 a.C. Ahora caminaban entre las antiquísimas ruinas con expresión reverencial, incapaces de dar crédito a sus ojos. Enseguida empezaron a catalogar los objetos hallados en los aviones y los almacenes de los túneles que conducían al hangar. Tras ser embalados cuidadosamente en cajas, los objetos fueron enviados a Estados Unidos para ser analizados a fondo antes de su exposición ante el público general.

Los departamentos de arqueología de las principales universidades del mundo enviaron equipos para estudiar la ciudad y extraer el hielo que la había sepultado durante milenios. Sería un proyecto de gran envergadura que se prolongaría durante casi cincuenta años y que conduciría a otros yacimientos amenes repartidos por la Antártida; una increíble cantidad de objetos llegaría a llenar los principales museos del mundo.

Después de que un equipo de médicos llegado en avión para atender a los heridos le curase las heridas de la cara, Pitt, acompañado de Giordino, saludó a Papá Cussler cuando éste y sus hombres llegaron para ocuparse del maltrecho Snow Cruiser y enviarlos a un taller de reparaciones de Estados Unidos. Lo acompañaron al centro de control y se quedaron un poco rezagados, observándolo con cierta aprensión mientras examinaba el vehículo por primera vez desde que había abandonado la base de Little América V.

El viejo observó con aire apesadumbrado el mastodonte rojo que había salido muy mal parado, acribillado por las balas, con los neumáticos pinchados y hechos jirones y las ventanillas de la cabina de mando destrozados. Transcurrieron casi tres minutos mientras se paseaba entre los restos, inspeccionando los daños. Al final, levantó la vista e hizo una mueca.

—Nada que no tenga arreglo —señaló, tirándose de la barba gris.

Pitt lo miró con gesto perplejo.

—¿De veras cree que se puede reconstruir?

—No lo creo, lo sé. Puede que tardemos un par de años, pero quedará como nuevo.

—Me parece imposible —dijo Giordino, meneando la cabeza.

—Vosotros no veis lo mismo que yo —apuntó Cussler—. No veis más que un

montón de chatarra, pero yo veo una máquina magnífica que algún día será admirada por millones de personas en el museo Smithsonian. —Los ojos verde azulado le brillaban al hablar—. No os dais cuenta de que os subisteis a un trasto inútil y lo convertisteis en un éxito impresionante. Antes, la única característica del Snow Cruiser era que nunca había logrado cumplir las expectativas de quienes lo diseñaron, y esas expectativas consistían en transportar cómodamente a un grupo de hombres a lo largo de ocho mil kilómetros por el hielo de la Antártida. Fracásó casi inmediatamente después de desembarcar en 1940 y permaneció enterrado durante sesenta años. Vosotros no solo habéis demostrado que es un triunfo de la ingeniería de mediados del siglo xx haciendo que recorriera noventa y seis kilómetros de la banquisa en medio de una ventisca, sino que además habéis aprovechado su tamaño colosal y su potencia para impedir un cataclismo mundial. Ahora, gracias a vosotros, es un pedazo de historia de valor incalculable.

Pitt contempló el vehículo como si fuese un animal herido.

—De no ser por él, ninguno de nosotros estaríamos ahora aquí.

—Espero que me contéis la historia completa algún día.

Giordino miró al hombre con extrañeza.

—No sé por qué, pero tengo la sensación de que ya la sabe.

—Cuando lo expongan en el museo —dijo Papá, dándole a Pitt una palmadita en la espalda— os enviaré un par de invitaciones para que asistáis a la ceremonia.

—Será un honor para nosotros.

—Ahora que me acuerdo, tengo que decirle algo al hombre que está al mando de esta operación: cuando veníamos de la estación, mis hombres y yo vimos tres cuerpos congelados a un kilómetro más o menos de la pista de aterrizaje. Parecían estar tratando de atravesar la valla de seguridad cuando el frío acabó con ellos. Será mejor que informe del asunto para que recuperen los cuerpos.

—¿Un hombre y dos mujeres? —preguntó Pitt con tono inocente.

Papá asintió.

—Es curioso, pero parecían vestidos más bien para asistir a un partido de rugby en Filadelfia que para sobrevivir en la Antártida.

—Hay gente que no le teme a los climas fríos.

Papá arqueó una ceja antes de llevarse la mano al bolsillo y extraer un pañuelo del tamaño de una tienda de campaña para sonarse la nariz.

—Sí, eso es verdad.

Los aviones aterrizaban continuamente, descargando personal científico y militar y embarcando a los heridos de Cleary además de los guardias heridos de Wolf para llevarlos a hospitales de Estados Unidos. Por si fuera poco, el submarino nuclear Tucson entró por el canal que conducía a la cueva en el interior del puerto y atracó junto a los viejos submarinos alemanes.

El capitán Evan Cunningham era un hombre bajito y peleón, que movía los brazos y las piernas como si fuese una marioneta. Tenía la cara lisa y la barbilla afilada, y unos ojos azules que parecían constantemente en movimiento. Se reunió con el coronel Wittenberg y el general Bill Guerra, que había sido enviado a la bahía de Okuma desde Washington para relevar a Wittenberg y supervisar los detalles cada vez más complejos del hallazgo. Cunningham ofreció los servicios de su nave y su tripulación, tal como había autorizado el jefe del Estado Mayor de la marina.

Wittenberg le había descrito a Pitt a Cunningham, y éste empezó a buscar por todas partes al hombre de la NUMA hasta que dio con él. Se acercó y se presentó.

—Señor Pitt, hemos hablado por radio, pero nunca nos hemos visto. Soy Evan Cunningham, capitán del Tucson.

—Es un honor conocerle, capitán. Ahora puedo expresarle mi agradecimiento por su providencial rescate del *Polar Storm* y de todos sus ocupantes.

—Un buen ejemplo de cómo estar en el momento oportuno y en el lugar oportuno. —Esbozó una amplia sonrisa—. No todos los comandantes de submarinos de hoy en día pueden decir que han hundido un submarino nazi.

—No a menos que estén en una residencia de ancianos.

—Hablando de submarinos alemanes, ¿sabía que hay cuatro más atracados en el puerto de hielo?

Pitt asintió.

—Les he echado un vistazo esta mañana. Están tan nuevecitos como el día que salieron del astillero.

—Mis hombres de la sala de máquinas han subido a bordo para inspeccionarlos. Están muy impresionados por la calidad de la ingeniería en los tiempos en que sus abuelos todavía iban al instituto.

—Para cualquiera nacido después de 1980, la Segunda Guerra Mundial debe de quedarle tan lejos como para nuestros padres la guerra de Secesión.

Pitt se excusó mientras observaba a los pasajeros que bajaban por las escalerillas de un Boeing 737 que acababa de llegar al hangar. Una mujer con un gorro y una melena pelirroja que le caía por los hombros como una cascada de fuego se detuvo un instante y miró alrededor, maravillada por su actividad incesante. A continuación miró en su dirección y su rostro se iluminó.

Pitt echó a andar hacia ella, pero Giordino se le adelantó y estrechó a Pat O'Connell entre sus musculosos brazos, la levantó en el aire como si fuese una pluma y empezó a dar vueltas con ella en brazos. Luego se besaron apasionadamente.

Pitt los miró petrificado. Cuando Giordino dejó a Pat en el suelo, ella miró a Pitt y lo saludó con la mano. Pitt le dio un beso en la mejilla, retrocedió un paso y dijo:

—¿Me he perdido algo o vosotros dos estáis liados?

Pat se echó a reír con ganas.

—Al y yo nos miramos a los ojos cuando estábamos en Buenos Aires y algo maravilloso sucedió entre nosotros.

Pitt lanzó a Giordino una mirada seca.

—¿El qué?

—Que nos enamoramos.

Pitt ya no estaba petrificado: se había quedado sin habla.

—¿Te has enamorado?

Giordino se encogió de hombros y sonrió.

—No puedo explicarlo. Nunca había sentido algo así.

—¿Significa que te vas a retirar?

—Amigo mío, tú y yo hemos pasado por muchas cosas juntos, hemos vivido más aventuras de las que puedo recordar. Es un milagro que sigamos vivos, y tenemos algo más que nuestras cicatrices para demostrarlo. Pero hemos de asumir la realidad: ya no somos un par de jovencitos. Me empiezan a crujir las articulaciones cuando me levanto por las mañanas. Tenemos que pensar en aflojar un poco. —Hizo una pausa y sonrió—. Y además, también hay que pensar en la *mamma* Giordino.

—Ah, pero ¿tienes madre? —bromeó Pat.

—Tú y la *mamma* os llevaréis estupendamente —dijo Giordino con aprobación—. Mi madre me ha dicho que no puedo seguir soltero toda la vida si quiero tener Giordinos pequeñines a los que ella pueda engordar con su famosa lasaña.

—Pues será mejor que nos demos prisa —sonrió Pat—. A los treinta y cinco, no me queda mucho tiempo para producir savia nueva.

—Tienes a Megan —señaló Pitt.

—Sí, y adora a Al.

Pitt meneó la cabeza con asombro.

—¿A Megan le cae bien este personaje?

—¿Y por qué no le iba a caer bien? —exclamó Pat—. Le salvó la vida.

Pitt no mencionó que él también había tenido algo que ver en el rescate de madre e hija, como tampoco el hecho de que lo que sentía por Pat iba más allá de la simple amistad.

—Bueno, pues supongo que solo me queda daros mi bendición e insistir en ser vuestro padrino.

Giordino rodeó a Pitt con el brazo y dijo con sentimentalismo:

—No se me ocurre nadie mejor a quien quiera tener a mi lado.

—¿Habéis decidido la fecha?

—No será antes de seis meses —respondió Pat—. El almirante Sandecker me ha encargado dirigir el proyecto de descifrar las inscripciones de los amenes halladas en la ciudad perdida. Tardaremos años, pero no creo que le importe que vuelva una temporada a casa para casarme con Al.

—No —dijo Pitt, tratando de asimilar aquella inesperada noticia—, no lo creo.

El teniente Miles Jacobs se acercó a saludarlos.

—¿Señor Pitt? El mayor Wittenberg quiere hablar con usted.

—¿Dónde puedo encontrarle?

—Él y el general Guerro han instalado un puesto de mando en una de las oficinas de mantenimiento que hay al fondo del hangar.

—Voy para allá, gracias. —Pitt se volvió y miró a Giordino—. Será mejor que ayudes a Pat a instalarse en uno de los almacenes vacíos, podrá utilizarlo como alojamiento y base para el proyecto de las inscripciones. —A continuación, dio media vuelta y echó a andar en medio del hervidero de actividad en dirección al puesto de mando.

Cuando Pitt entró en una de las oficinas que los prisioneros rusos habían excavado en el hielo sesenta años antes, Wittenberg estaba sentado a su mesa y le ofreció una silla. Habían organizado un centro de comunicaciones dirigido por dos operadores. El lugar era un manicomio, con civiles y personal militar que no dejaban de entrar y salir. El general Guerro estaba sentado detrás de un enorme escritorio en una esquina, rodeado de científicos que solicitaban el envío inmediato del equipo especial de excavaciones y empezar a retirar la capa de hielo de la ciudad perdida. No parecía contento mientras se excusaba por el retraso.

—¿Han encontrado ya las reliquias?

—Hemos estado demasiado ocupados para registrar las instalaciones —respondió Wittenberg—. He pensado en transferirle a usted esa misión. Si tiene éxito, hágamelo saber y le prepararé el transporte militar para regresar a Estados Unidos.

—Le informaré en breve —dijo Pitt, levantándose—. Creo que sé dónde las guardaron los Wolf.

—Una cosa más, señor Pitt —añadió Wittenberg con gesto grave—. No le diga nada a nadie. Es mejor que traslademos las reliquias con discreción, antes de que a un montón de chiflados les llegue el rumor y remuevan cielo y tierra para echarles el guante.

—¿Por qué no las destruimos y así acabamos con esto de una vez por todas?

—No depende de nosotros. El presidente ordenó que las trasladasen a la Casa Blanca.

—Ya —repuso Pitt.

Al atravesar el hangar, el peso de su responsabilidad cayó sobre sus hombros como una losa. Se acercó con nerviosismo al destrozado jet privado de los Wolf y examinó la sección de cola mutilada que había aplastado con el Snow Cruiser, antes de rodear el avión hasta la puerta y franquear la entrada. Bajo la tenue luz que se filtraba por el boquete y las ventanillas, distinguió un interior lujosamente amueblado con sillas y sofás de cuero. Sacó la linterna de uno de sus bolsillos y recorrió la

cabina con ella. Había un bar y un mueble con un televisor. El compartimiento trasero de la cabina contenía una cómoda cama para que el dueño del avión pudiese dormir durante el vuelo. El baño tenía acabados chapados en oro y una pequeña ducha. Delante, justo detrás de la cabina del piloto, había una pequeña cocina con horno, microondas, fregadero y armarios con vasos de cristal y porcelana.

Se fijó en una caja grande sujeta al suelo junto a la cama. Pitt se arrodilló y la recorrió con las manos. Trató de levantar un extremo, era de bronce y muy pesada. Había una placa de latón incrustada en la tapa y la enfocó con la linterna mientras se acercaba un poco más. La inscripción estaba en alemán, pero con sus nociones fundamentales del idioma, tradujo libremente el mensaje como: «Aquí yacen los tesoros de las épocas que aguardan su resurrección».

Hizo girar las anillas del cierre y las extrajo. A continuación, inspirando hondo, asió la tapa con ambas manos y la levantó.

Había cuatro objetos en la caja de bronce, todos metidos en cajitas de piel y envueltos en tela gruesa. Abrió con cuidado la primera caja y desenvolvió el más pequeño: una pequeña placa de bronce con una ranura en medio. En la parte delantera aparecía esculpido un caballero luchando contra un dragón. Pitt descubriría más adelante que era una reliquia nazi porque Hitler la había llevado en el bolsillo del uniforme en el intento de asesinato del 20 de julio de 1944, cuando los disidentes del ejército alemán, entre ellos Rommel, habían colocado una bomba en su cuartel general.

La siguiente caja contenía la bandera de sangre nazi descrita por el almirante Sandecker, manchada con la sangre de un defensor de Hitler abatido por la policía bávara durante el *Putsch* de Múnich en noviembre de 1923. La mancha de sangre era claramente visible bajo el haz de la linterna. Volvió a envolverla en la tela y la devolvió a la caja.

A continuación abrió un largo arcón de caoba y contempló fascinado la Sagrada Lanza, la lanza con que, supuestamente, un centurión romano había atravesado el costado de Cristo y que Hitler creía le daría el dominio del mundo. La idea de que aquella lanza hubiese sido utilizada para dar muerte a Jesucristo en la cruz era demasiado sobrecogedora para Pitt. Depositó con cuidado la reliquia más sagrada de la cristiandad de nuevo en el arcón de caoba y se concentró en la caja de piel de mayor tamaño.

Después de desenvolver la tela, descubrió que estaba sosteniendo una pesada urna de plata maciza de poco más de medio metro. La parte superior de la tapa estaba decorada con un águila negra posada sobre una corona dorada que rodeaba una esvástica de ónix. Justo debajo de la tapa había una inscripción con las palabras *Der Führer*, y debajo las fechas de 1889 y 1945 sobre los símbolos rúnicos de las SS. En la base, sobre una serie de esvásticas, aparecían los nombres de Adolf Hitler y Eva

Hitler.

El horror golpeó a Pitt como un mazazo. La enormidad de lo que veían sus ojos le causó escalofríos y un nudo en el estómago, y su rostro palideció de repente. Le parecía imposible, pero en sus manos sostenía las cenizas de Adolf Hitler y de su amante Eva Braun.

V.

CENIZAS, CENIZAS

15 de abril de 2001, Washington, D.C.

Cuando el avión militar de transporte de pasajeros, enviado a la bahía de Okuma para llevar a Washington a Pitt, Giordino y las reliquias, aterrizó en el aeropuerto de Veracruz, México, Pitt supo por el piloto que el almirante Sandecker les había enviado un jet privado de la NUMA para cubrir el resto del camino. Sudando por el calor y la humedad, subieron la caja de bronce a bordo del avión color turquesa aparcado a cien metros de distancia con las siglas de la NUMA en el fuselaje.

Con la excepción del piloto y el copiloto, el avión estaba desierto. Tras cargar la caja y sujetarla al suelo, Pitt trató de abrir la puerta de la cabina, pero estaba cerrada. Llamó a la puerta y esperó hasta que una voz le habló por el altavoz de la cabina.

«Lo siento, señor Pitt, pero tengo órdenes de mantener cerrada la puerta de la cabina y de no permitir que nadie entre o salga de ella hasta que las reliquias estén a salvo en un furgón blindado en la base aérea de Andrews».

Un exceso de seguridad, pensó Pitt. Se volvió hacia Giordino, que se acercaba con una mano pintada de verde.

—¿Cómo te has manchado de verde?

—Al agarrarme al gozne de la puerta mientras subíamos la caja. —Se pasó un dedo por la mancha—. No es verde, sino turquesa. La pintura de este avión no está seca.

—Parece como si hubieran rociado la pintura hace menos de ocho horas —señaló Pitt.

—¿Crees que van a secuestrar el avión? —preguntó Giordino.

—Es posible, pero podemos disfrutar del paisaje hasta que estemos seguros de estar volando hacia Washington.

El avión rodó unos minutos antes de despegar por encima del mar y adentrarse en un cielo azul radiante y despejado. A lo largo de las horas siguientes, Pitt y Giordino se relajaron y se turnaron para vigilar por la ventanilla el agua de la superficie. El avión sobrevoló el golfo de México y entró en el espacio aéreo estadounidense en Pensacola, Florida. Desde allí pareció seguir una ruta directa hacia Washington. Cuando Giordino reconoció a lo lejos la silueta de la capital, se volvió hacia Pitt.

—¿Crees que somos un par de viejas paranoicas?

—Me reservo mi opinión hasta que vea una alfombra roja que conduzca a un coche blindado.

Al cabo de quince minutos, el piloto viró y se dirigió hacia la pista de aterrizaje de la base aérea de Andrews. A tres kilómetros del final de la pista, el avión hizo un movimiento lateral casi imperceptible. Pitt y Giordino, como pilotos expertos que

eran con muchas horas de vuelo, advirtieron de inmediato la ligera desviación de la ruta.

—No va a aterrizar en Andrews —anunció Giordino con tranquilidad.

—No. Se prepara para aterrizar en un pequeño aeródromo privado justo al norte de Andrews, en una zona residencial llamada Gordons Corner.

—Tengo el presentimiento de que no nos van a ofrecer la alfombra roja ni el tratamiento de VIP.

—Eso parece.

Giordino entrecerró los ojos.

—¿Los Wolf?

—¿Quién si no?

—Deben de querer esas reliquias a cualquier precio.

—Sin ellas, no tienen símbolos sagrados para justificar sus acciones.

—No es su estilo andar jugando al gato y el ratón. Podrían haber hecho aterrizar el avión en cualquier sitio entre México y Virginia.

—Sin Karl y Hugo al mando, se habrán vuelto torpes o habrán pensado que les seguirían el rastro desde Veracruz y los aviones de combate les darían caza si intentaban desviarse del plan de vuelo.

—¿Deberíamos tomar el control y volar hacia Andrews? —preguntó Giordino.

—Será mejor esperar hasta que estemos en tierra —dijo Pitt—. Irrumpir en la cabina mientras el piloto se prepara para el aterrizaje podría tener consecuencias peligrosas.

—¿Quieres decir un accidente?

—Algo así.

—Así es la vida —comentó Giordino—. Y yo que me había hecho ilusiones de ver la banda y los desfiles por la ciudad...

Al cabo de unos segundos, las ruedas chirriaron al posarse sobre la pista. Por una de las ventanillas, Pitt vio un furgón blindado y un par de Mercedes-Benz ML430 confluír en un punto y seguir la estela del avión. Dotados con motores V-8 de 268 caballos de potencia, eran lo más parecido a un deportivo europeo en la gama de los vehículos de tracción en las cuatro ruedas.

—Ha llegado el momento —anunció. Extrajo su Colt de la bolsa mientras Giordino echaba mano de su P-10. A continuación, éste abrió de una patada la puerta de la cabina y ambos irrumpieron. El piloto y el copiloto levantaron las manos de inmediato, sin volverse.

—Les estábamos esperando, caballeros —dijo el piloto, como si estuviese leyendo un guión—. Por favor, no traten de hacerse con el control del aparato: cortamos los cables de control justo después del aterrizaje. Este avión está fuera de servicio y no puede volar.

Pitt observó el tablero de instrumentos y vio que, efectivamente, los cables de la palanca de mando y los pedales estaban cortados.

—¡Fuera de aquí los dos! —gritó mientras los sacaba a rastras de la cabina por el cuello de la camisa—. ¡Al, échalos del avión de una patada en el culo!

El aparato seguía moviéndose sobre la pista a cuarenta kilómetros por hora cuando Giordino lanzó fuera al piloto y el copiloto, satisfecho al verlos rodar por el suelo como muñecas de trapo.

—¿Y ahora qué? —preguntó al regresar a la cabina de mando—. Esos Mercedes están a solo cien metros de la cola y corren mucho.

—Puede que no tengamos palanca de mando —respondió Pitt—, pero todavía nos quedan frenos y motores.

Giordino lo miró con suspicacia.

—¿No esperarás conducir este trasto por Pennsylvania Avenue hasta la Casa Blanca?

—¿Por qué no? —dijo Pitt mientras empujaba la palanca de aceleración hacia delante y conducía el avión a toda velocidad por la pista de rodadura en dirección a la carretera que salía del aeropuerto—. Iremos a la máxima velocidad posible y, con un poco de suerte, llegaremos a la zona de tráfico intenso, donde no se atreverán a atacarnos.

—Contigo queda claro por qué los cínicos sobreviven a los optimistas —dijo Giordino—: los Wolf están tan desesperados por conseguir las reliquias que se cargarían a un estadio lleno de mujeres y niños con tal de recuperarlas.

—Admito sugerencias...

Interrumpió sus palabras una ráfaga de disparos sobre la coraza de aluminio del avión, que retumbaron en el interior de la cabina. Empezó a apretar el freno derecho y luego el izquierdo, zigzagueando por la carretera para esquivar la puntería de los pistoleros del Mercedes.

—Ha llegado la hora de imitar a Wild Bill Hickock —anunció Giordino.

Pitt le dio su revólver.

—Necesitarás toda la artillería. Hay balas de reserva dentro de mi bolsa.

Giordino se tendió en el suelo junto a la puerta de embarque, que estaba abierta, con los pies hacia la parte posterior del aparato y se asomó a la sección de cola para ver a sus perseguidores. Con el rabillo del ojo vio cómo las balas se incrustaban en el ala izquierda y perforaban el tanque de combustible. Por suerte no estalló en llamas, pero era solo cuestión de tiempo el que acertasen a uno de los motores y provocasen un incendio. Apuntó con cuidado y disparó en el momento en que Pitt cambiaba de dirección.

Pitt subió literalmente el avión en la rampa de entrada de la autopista de Branch Avenue que llevaba a la ciudad. Con los motores chillando, enseguida consiguió

aumentar la velocidad a casi ciento sesenta kilómetros por hora, invadiendo el carril derecho y el arcén de la autopista. Los conductores se quedaron boquiabiertos al ver cómo los adelantaba aquel avión, y observaron atónitos el tiroteo entre un hombre que disparaba desde la puerta de embarque del aparato y dos Mercedes-Benz que asomaban en medio del tráfico.

Pitt sabía que el avión podía sacarle mucha ventaja a los Mercedes, pero le preocupaba la envergadura del ala, de casi doce metros. Indefectiblemente arrollaría un coche, un camión o un poste eléctrico. Su única ventaja era que los motores estaban incorporados en el fuselaje, pero no durarían mucho si perdía una o las dos alas, que contenían los tanques de combustible. De pronto, advirtió que el indicador de combustible del tanque izquierdo estaba bajando de forma alarmante. Echó un vistazo por la ventanilla y vio el ala acribillada a balazos y el combustible desparramándose.

Apretó los frenos para entrar y salir del tráfico, que sabía sería más intenso a medida que se acercasen a la ciudad. Cuando podía, trataba de adelantar a los camiones, utilizándolos como escudo contra los pistoleros. Oía los disparos de Giordino en la cabina principal, pero no podía ver los resultados, ni saber la distancia de los perseguidores.

Con los dos pies sobre los frenos y la mano derecha en las palancas, utilizó la izquierda para realizar una llamada de socorro por radio. El operador de la torre de control de la base Andrews respondió y le pidió su posición, pues no lo veía en el radar. Cuando le dijo que estaba en la Branch Avenue y acercándose a Suitland Parkway, los controladores pensaron que era un loco y le espetaron que dejase libre la radio. Sin embargo, Pitt persistió y exigió que llamasen a la patrulla de policía más cercana, una petición que los controladores aceptaron sin más.

Atrás, en la cabina principal, los metódicos disparos de Giordino dieron por fin sus frutos. Acertó a la rueda delantera derecha del Mercedes que iba a la cabeza y consiguió hacerle perder el control y patinar por la autopista hasta estrellarse en el arcén y dar tres vueltas de campana antes de detenerse en medio de una nube de polvo. El otro Mercedes siguió acercándose sin vacilar y empezó a ganar distancia debido al tráfico intenso que estaba ralentizando a Pitt, puesto que éste necesitaba dos carriles y el arcén para adelantar a coches y camiones.

Se oyó el aullido de sirenas en la distancia, y muy pronto unas luces parpadeantes rojo y azul aparecieron en sentido contrario. Los coches de policía atravesaron la mediana de hierba que había entre los dos sentidos de la autopista y emprendieron la persecución casi en el parachoques trasero del Mercedes, adelantándolo y dirigiéndose a toda velocidad hacia el avión que los agentes suponían en manos de un drogadicto o un borracho.

Durante unos diez segundos, los agentes de policía no detectaron las balas que

salían de los fusiles automáticos disparados por los dos hombres que asomaban por las ventanillas traseras del Mercedes, pero entonces las balas empezaron a perforar el capó de los coches patrulla y destrozaron los motores, obligándolos a parar en seco. Los agentes, absolutamente perplejos, apartaron los coches en el arcén mientras una columna de humo salía por debajo de los capós.

—¡Han jodido a los polis! —gritó Giordino a través de la puerta de la cabina.

Desde luego, están muy desesperados por recuperar las reliquias, pensó Pitt, mientras el Mercedes le daba alcance y descargaba una andanada de disparos que se alojaron en la capucha del morro, justo delante de él. Sin embargo, acercarse demasiado al aparato resultó un error. Giordino apuntó al Mercedes con ambas automáticas y descargó sobre él ambos cargadores: uno de los disparos alcanzó al conductor, quien cayó de bruces sobre el volante. El Mercedes se salió del carril y se estrelló contra el lateral de un tráiler gigante que transportaba leche. Las ruedas traseras del pesado camión aplastaron el Mercedes y sus ocupantes, y rebotaron con violencia sobre los restos antes de dejarlos hechos pedazos sobre el asfalto.

—Ahora ya puedes reducir la velocidad —anunció Giordino con euforia—. La persecución ha acabado.

—Tienes mejor puntería de lo que creía —dijo Pitt al tiempo que tiraba de las palancas hacia atrás sin detener del todo el avance del avión por la autopista. Cuando estuvo seguro de que no los perseguían, condujo el aparato hacia un área de césped del parque de Fort Davis y apagó los motores.

Al cabo de unos minutos estuvieron rodeados de diez coches de policía del Distrito de Columbia, que los obligaron a tumbarse en el suelo con las muñecas esposadas a la espalda. Más tarde, tras el interrogatorio al que fueron sometidos en la comisaría más cercana por dos agentes —quienes pensaban que la historia de la persecución desde el aeropuerto por culpa de unas reliquias nazis la habían sacado de *Alicia en el país de las maravillas*—, Pitt los convenció de que realizasen una llamada telefónica.

—Tiene derecho a hacer una llamada —dijo el teniente detective Richard Scott, un veterano de pelo gris.

—Le agradecería que la hiciese usted por mí —repuso Pitt.

El detective introdujo la clavija del teléfono en una toma de la sala de interrogatorios y alzó la vista.

—¿Qué número?

—No me lo sé de memoria, pero el servicio de información sabrá proporcionarle el número de la Casa Blanca.

—Estoy harto de tanta tontería —exclamó Scott con cansancio—. ¿Qué número quiere que marque?

Pitt fulminó al detective con la mirada.

—Le hablo muy en serio. Llame a la Casa Blanca, pregunte por el ayudante personal del presidente y dígame que estamos pudriéndonos, junto con las reliquias sagradas, en una comisaría de policía de la avenida Potomac.

—Me toma el pelo.

—Debe de haber investigado nuestra identidad y haber visto que somos altos oficiales de la NUMA y no criminales peligrosos.

—Entonces, ¿cómo explica el tiroteo en la autopista con armas que no están registradas?

—Por favor —insistió Pitt—. Haga esa llamada.

Después de buscar el número de la Casa Blanca, Scott lo hizo a regañadientes. Poco a poco, su rostro fue cambiando de expresión como si fuese un mimo: de la suspicacia a la curiosidad y luego al desconcierto más absoluto. Cuando colgó, lo miró con renovado respeto.

—¿Y bien? —preguntó Giordino.

—El presidente Wallace en persona se ha puesto al teléfono y me ha dicho que los envíe a ustedes y a las reliquias a la Casa Blanca en diez minutos como máximo o me retirará la placa.

—No tema, teniente —dijo Giordino en tono conciliador—. No le cronometraremos.

Bajo el aullido de las sirenas y el parpadeo de las luces, Pitt, Giordino y las reliquias fueron trasladados a toda prisa a la puerta noroeste de la Casa Blanca. Una vez en el interior, abrieron la caja de bronce y la supervisaron bajo el ojo atento de los servicios secretos por si había alguna bomba o dispositivos explosivos. Extrajeron las reliquias nazis de sus cajas de piel y las desarrollaron para examinarlas. Luego, en lugar de volverla a colocar en su sitio y envolverla de nuevo, Giordino tomó la lanza sagrada y la sostuvo en una mano. Pitt se quedó con la pequeña placa de bronce y le dio la bandera manchada de sangre a un agente. Conservó la urna de plata en su poder.

La secretaria del presidente se puso de pie al verlos acercarse rodeados de nada menos que cuatro agentes del servicio secreto. Sonrió y saludó a Pitt y Giordino.

—El presidente y algunos miembros destacados del gobierno los esperan en su despacho.

—Si me permite un momento —dijo Pitt—. ¿Podría indicarme dónde está el cuarto de baño?

—Sí, claro —respondió ella con dulzura—. El servicio de caballeros está justo detrás de usted, a la derecha.

Unos minutos más tarde, Pitt y Giordino entraron en el Despacho Oval. Se quedaron muy sorprendidos al ver el lugar abarrotado de gente: los jefes del Estado Mayor, el gabinete del presidente y sus principales ayudantes, el almirante Sandecker

con Hiram Yaeger y Rudi Gunn, varios líderes del Congreso y Loren Smith, que no mostró ningún signo de vergüenza o recato al acercarse a Pitt y plantarle un beso en los labios. Se oyó una sonora tanda de aplausos mientras Pitt y Giordino permanecían de pie inmóviles contemplando la escena con estupefacción.

Cuando se silenciaron los aplausos y el murmullo de voces, Pitt no pudo contenerse y dijo:

—Esta recepción es mucho mejor que la que nos dedicaron en el aeropuerto de Gordons Corner.

—¿Gordons Corner? —repitió Sandecker—. Se suponía que teníais que aterrizar en la base aérea de Andrews, donde os esperaba un comité de bienvenida.

—Sí —dijo el secretario de Estado, Paul Reed—. ¿Qué es eso de que la policía os ha detenido?

—La familia Wolf hizo un intento final de recuperar las reliquias —explicó Pitt.

—¿Han intentado recuperar las reliquias? —preguntó el general Amos South de los jefes del Estado Mayor—. Espero que no lo hayan conseguido.

—No, no lo han conseguido —le aseguró Pitt—. Tenemos las reliquias.

El presidente Dean Cooper Wallace se acercó a ellos.

—Caballeros, nuestro país y el mundo tienen una deuda de gratitud con ustedes que nunca podrá pagarles como merecen. Por desgracia, solo unos pocos elegidos llegarán a saber lo cerca que ha estado el mundo de sufrir una catástrofe y lo que han hecho ustedes por impedirlo.

El vicepresidente Brian Kingman se acercó.

—Es una injusticia que no vayan a recibir el reconocimiento debido por la increíble misión que han llevado a cabo, pero si se supiese la historia de lo cerca que ha estado la humanidad de desaparecer, se produciría un pánico absoluto. Los medios de comunicación se volverían locos, y a pesar de que el peligro ya ha pasado, el miedo y el terror durarían muchos años.

—Brian tiene razón —dijo el presidente—. El hecho de saber que la Tierra puede sufrir el impacto de un cometa o un asteroide, o incluso un terremoto, no es una preocupación constante para el público en su existencia cotidiana, pero no podrían olvidar la posibilidad de que otro loco como Karl Wolf y su familia intentase aniquilar la raza humana para lograr su objetivo de dominar el mundo. Cundiría el pánico, una situación que no podemos permitir.

—No me importa, señor presidente —dijo Giordino con desfachatez—. Nunca he soportado la idea de estar en un restaurante y tener que firmarle autógrafos a la gente.

Pitt se volvió para sofocar su risa, Sandecker puso los ojos en blanco y el presidente se quedó perplejo, sin saber si aquel hombre hablaba en serio o en broma.

—Creo que lo que mi amigo intenta decir —intervino Pitt— es que nos alegramos mucho de poder permanecer en el anonimato.

En ese momento, todos los presentes empezaron a hacer preguntas, sobre todo acerca del modo en que habían atravesado las placas de hielo a bordo del Snow Cruiser y salvado a las Fuerzas Especiales. Entonces el presidente bajó la mirada y vio la lanza en la mano de Giordino.

—¿Es ésa la Sagrada Lanza de la que tanto he oído hablar? —preguntó.

Giordino la depositó en las manos del presidente con aire desenfadado.

—Sí, señor, lo es.

Wallace la levantó mientras todos los presentes la observaban con admiración.

—La reliquia más sagrada de la historia de la cristiandad —proclamó Pitt—. Se dice que el hombre que la posea tendrá en sus manos el destino del mundo, para bien o para mal.

—Es evidente que Hitler escogió la segunda posibilidad —dijo el almirante Sandecker.

—¿De veras es la lanza que atravesó el costado de Cristo? —preguntó Wallace en tono reverencial, observando la punta como si esperase ver restos de sangre seca.

—Eso afirma la leyenda —contestó Pitt.

El presidente se la entregó al secretario de Estado, Reed.

—Será mejor que te la lleves, Paul.

—¿Qué piensa hacer con ella, señor presidente? —preguntó el general South.

Wallace tocó con delicadeza la punta de la lanza.

—Tengo entendido que la lanza pertenece a la sala del tesoro del Palacio Real de Viena, de donde fue robada por Hitler en 1938.

Reed negó con la cabeza.

—Eso jamás —exclamó con énfasis—. Lo siento, señor presidente, pero permanecerá escondida para que no vuelva a caer en malas manos ni a ser utilizada como símbolo de ninguna tiranía.

Después de que todos hubieran examinado la Bandera de Sangre y la pequeña placa de bronce que se creía le había salvado la vida a Hitler, Pitt salió de la habitación y se acercó al escritorio de la secretaria de Wallace, donde había dejado la urna, y la llevó al Despacho Oval. La dejó encima de la mesa, frente a la chimenea.

—Las cenizas de Hitler y Eva Braun.

Acto seguido retrocedió unos pasos mientras los presentes se acercaban para examinar las palabras grabadas en la plata. Sus voces rápidamente se apagaron y se convirtieron en débiles murmullos mientras examinaban el recipiente de los execrables restos del más famoso déspota de la historia.

—Me da escalofríos solo de mirarla —dijo Loren, agarrándose al brazo de Pitt.

Pitt la rodeó con el brazo por la cintura.

—Estoy seguro de que no eres la única.

—Es demasiado horrible —murmuró el presidente.

El general South miró al primer mandatario y dijo:

—Señor, creo que deberíamos inspeccionar el interior de la urna para asegurarnos de que las cenizas realmente se encuentran dentro.

Wallace miró alrededor.

—¿Alguien tiene alguna objeción?

—A mí también me parecería conveniente que los laboratorios del FBI realizaran las pruebas necesarias para determinar que son humanas —sugirió el secretario de Estado.

—General, ¿quiere retirar la tapa, por favor? —pidió el presidente.

Incluso a aquel soldado duro y veterano le resultaba repulsivo tener que tocar la urna. De mala gana, colocó los dedos alrededor del águila negra que había en lo alto de la urna y la hizo girar con cuidado mientras levantaba la tapa. A continuación, el general soltó la tapa sobre la mesa como si estuviese contaminada por un virus.

Todo el mundo permaneció inmóvil y en silencio mientras el presidente se asomaba con cautela a la urna. Su rostro adoptó una expresión de perplejidad y levantó la vista ante un coro de rostros expectantes.

—Está vacía —murmuró, desconcertado—. No hay cenizas dentro.

La palabra «vacía» retumbó por toda la sala.

—Sin duda, esto es un hecho imprevisto —dijo el vicepresidente Kingman, tan perplejo como los demás.

—¿Es posible que los Wolf se llevaran las cenizas y las escondieran en alguna parte? —preguntó el general South, dando voz al pensamiento de todos los presentes.

Solo Giordino parecía inusitadamente pensativo. Luego, su rostro se iluminó como si acabase de tener una revelación. Se volvió y miró a Pitt con gesto extraño.

—¡No! —murmuró en voz baja—. ¡No habrás sido tú!

—Sí —respondió Pitt con sinceridad.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Loren—. ¿Sabes quién se ha llevado las cenizas?

—Sí.

—¿Quién?

—Yo —contestó Pitt, con un brillo diabólico en sus ojos verde opalino—. Las he vaciado en la taza del retrete de caballeros de la Casa Blanca y luego he tirado de la cadena.

VI.
BENDICIÓN FINAL

10 de septiembre de 2002, Washington, D.C.

Era un día típico de la capital de la nación, caluroso y húmedo. Las hojas verdes colgaban de las ramas y no había rastro de la brisa fresca del otoño inminente. Una muchedumbre de gente hacía cola para visitar el ala recién inaugurada del Museo de Historia Natural, que albergaba más de tres mil tesoros y objetos amenes recuperados de la isla Saint Paul, el Ulrich Wolf y las excavaciones que seguían teniendo lugar en la ciudad perdida de la Antártida.

Como era de suponer, los miembros de la familia Wolf habían salido absueltos en los tribunales, pero se había puesto en marcha un servicio de investigación internacional con el único propósito de mantener a todos los miembros de la familia bajo estricta vigilancia. No iban a permitir que los Wolf volvieran a intentar poner en práctica un nuevo plan de dominación mundial sin ser descubiertos y detenidos *ipso facto*. Destiny Enterprises ya no existía, y con la muerte de Karl, la familia se había quedado sin cabecilla; sin su enorme cantidad de bienes y riquezas, la mayoría de ellos se vio obligada a llevar un tren de vida mucho menos ostentoso.

El gobierno chileno se había apresurado a confiscar los cuatro barcos gigantes de Destiny Enterprises. Después de realizar un profundo dragado del fiordo para permitir su acceso a mar abierto, los superbarcos empezaron a surcar los siete mares transportando cantidades ingentes de pasajeros y cargamento, impensables unos años atrás. El Ulrich Wolf fue adquirido por una multinacional de barcos de pasajeros por el precio oficial de tres mil millones de dólares. Con modificaciones de orden menor, entró en servicio como ciudad flotante para la realización de cruceros por todo el mundo, dotado de camarotes para estancias breves y apartamentos de propiedad privada. Fue rebautizado con el nombre de *Ocean Paradise* y alcanzó una gran popularidad porque los vuelos internacionales podían aterrizar y despegar de la cubierta principal mientras navegaba mar adentro.

Los otros tres barcos gigantes fueron adquiridos por líneas de transporte de mercancías y compañías petrolíferas y enseguida se convirtieron en un elemento familiar del paisaje de los escasos puertos que disponían de capacidad para acogerlos. Como se demostró que dichos colosos marítimos podían resultar muy rentables, pronto se empezaron a construir otros seis barcos de características similares.

El almirante Sandecker, junto con Pitt, Loren Smith, Giordino y Pat, que había venido a Washington para ayudar a organizar la exposición de los objetos amenes, formaban parte de un grupo de VIP que había sido invitado a visitar la muestra antes de que abriese sus puertas al público general. A pesar de las muchas veces que los habían visto, Pitt y Giordino seguían asombrándose por la magnitud de los tesoros

expuestos. Ninguno de los espectadores podía creer que perteneciesen a una civilización desaparecida nueve mil años atrás, mucho antes de que la mayoría de las culturas prehistóricas hubiesen salido de la Edad de Piedra.

La pieza central, bajo una espaciosa rotonda de cristal tintado, estaba formada por una parte de las momias magníficamente conservadas de los reyes amenes encontradas en la isla Saint Paul por Giordino y Rudi Gunn. Todo el mundo se quedaba boquiabierto en presencia de aquellos seres que habían vivido y muerto en una época tan remota. Pitt se preguntó incluso si alguna de aquellas figuras podía ser su ancestro directo.

Casi cinco horas después, salieron de la exposición por una puerta lateral custodiada por un guardia y echaron a andar hacia el Museo Smithsonian del Transporte. Loren estaba guapísima, con su melena color canela cayéndole sobre los hombros y resaltada por el sol. Iba vestida informalmente con un vestido corto de seda azul claro sin mangas que dejaba al descubierto unas piernas bien torneadas y bronceadas. Pitt llevaba una camisa verde y pantalones de tono claro, mientras que Al y Pat, partidarios de la comodidad, llevaban camisetas y shorts. Como un par de jóvenes enamorados, iban cogidos de la mano por Madison Drive y el camino hacia el Mall, siguiendo a Sandecker, que estaba fumándose uno de sus enormes puros.

—¿Cuándo vuelves a la bahía de Okuma? —le preguntó Loren a Pat.

—La semana que viene.

Loren sonrió a Giordino.

—Vaya, se acabó tu vida amorosa.

—¿Es que no lo sabes? El almirante me ha concedido un año sabático en la ciudad perdida. Me ha pedido que estudie y registre las prácticas marinas de los amenes para los archivos informáticos de Hiram Yaeger. Pat y yo trabajaremos juntos los próximos seis meses.

—Entonces solo quedaremos tú y yo —dijo Loren, apretando la mano de Pitt.

—No por mucho tiempo. —Pitt le dio un beso en el pelo—. Me voy dentro de dos semanas a dirigir un proyecto de investigación en un volcán submarino que está emergiendo en la superficie del agua al sudeste de Hawai.

—¿Cuánto tiempo estarás allí?

—No más de tres semanas.

—Supongo que puedo aguantar tres semanas sin ti —dijo Loren con una sonrisa.

Cruzaron Jefferson Drive entre el tráfico y franquearon la entrada del Museo Smithsonian del Transporte. En el interior, en una superficie de una hectárea y media, se exhibían cientos de vehículos que se remontaban a fechas tan remotas como la década de 1890. Estaban expuestos en orden cronológico desde los primeros automóviles de época hasta los coches más modernos. Además de automóviles, también se exhibían toda clase de vehículos, desde camiones y tractores hasta

motocicletas y bicicletas.

La perla de la colección era el Snow Cruiser del almirante Byrd. Estaba expuesto en una galería a un metro y medio del suelo de la planta principal, para que el público pudiese asomarse por las ventanillas y abrir las puertas a la altura de los ojos. La nueva pintura roja y la raya anaranjada relucían bajo los focos, mostrando a la colosal máquina en toda su gloria.

—Desde luego, han hecho un trabajo de primera con la restauración —comentó Pitt.

—Resulta difícil de creer —murmuró Giordino—, teniendo en cuenta en qué estado lo dejamos.

La mirada de Sandecker fue de un extremo del Snow Cruiser al otro.

—Es una pieza maravillosa. Tiene unas líneas asombrosamente modernas para ser un vehículo diseñado hace casi sesenta y cuatro años.

—Me pregunto qué sería capaz de hacer con un par de turbodiésel de seiscientos caballos en su vientre —señaló Giordino.

—Daría mi brazo derecho por quedármelo para mi colección —dijo Pitt soñador. Loren lo miró.

—Creo que es la primera vez que no te has podido llevar a casa un souvenir con ruedas de una de tus aventuras.

Pitt se encogió de hombros.

—Pertenece al pueblo.

Siguieron admirando el Snow Cruiser durante varios minutos mientras Pitt y Giordino rememoraban sus aventuras a través del páramo helado de la Antártida. Luego, a regañadientes, dejaron al majestuoso vehículo y se pasearon por los pasillos, visitando las otras exposiciones hasta que llegaron de nuevo a la entrada principal.

Sandecker consultó su reloj.

—Bien, tengo que irme.

—¿Una cita amorosa? —inquirió Giordino. Todos sabían que desde su divorcio muchos años antes, el almirante era uno de los solteros más codiciados de la ciudad. Sin llegar nunca a comprometerse, se las apañaba hábilmente para tener contentas a sus amigas sin provocar su enfado ni desilusionarlas.

—Voy a cenar con la senadora Mary Conrow, y yo no la consideraría una «cita amorosa».

—Viejo zorro... —exclamó Loren—. Mary es un miembro destacado del comité de presupuesto. Te la llevas a cenar para convencerla de que vote un incremento en la partida presupuestaria de la NUMA.

—A eso se le llama mezclar los negocios con el placer. —Besó a las mujeres en la mejilla, pero no estrechó las manos de los hombres. Los veía a diario y no era necesario dar aquellas muestras de confianza, a pesar de que Pitt y Giordino eran

como hijos para él.

—Nosotros también nos vamos —dijo Pat—. Le prometimos a Megan que la llevaríamos al cine y a cenar una hamburguesa.

—¿Qué os parece si cenamos en mi casa el viernes? —propuso Loren rodeando con el brazo la cintura de Pat.

—Por mí, bien —contestó. Luego se volvió hacia Giordino—. ¿Tú qué dices, cariño?

Giordino asintió.

—Loren prepara un pastel de carne buenísimo.

—Pues haré un pastel de carne —dijo Loren, y rió.

El sol se estaba poniendo en el horizonte, transformándose en una enorme esfera de color naranja, mientras Pitt y Loren escuchaban música en el apartamento del hangar tomando una copa de tequila Don Julio con hielo. Ella estaba acurrucada en el sofá, apoyada en él, con las piernas dobladas bajo el cuerpo.

—Nunca he entendido cómo hacen eso las mujeres —dijo Pitt entre sorbo y sorbo de tequila.

—¿El qué?

—Sentarse sobre sus piernas. Yo no puedo doblar así las mías, y si pudiera se me dormirían por falta de circulación.

—Los hombres son como los perros y las mujeres como los gatos. Tenemos las articulaciones más flexibles.

Pitt levantó los brazos y se desperezó.

—Ya se ha acabado el domingo. Mañana, vuelta a los informes de los proyectos oceanográficos, y tú volverás a tus discursos anodinos en el Congreso.

—Mi mandato termina el año que viene —dijo ella despacio—. Estoy pensando en no presentarme a la reelección.

Pitt la miró con curiosidad.

—Creí que habías dicho que te jubilarías en el Congreso.

—He cambiado de idea. Después de ver lo felices que son Al y Pat, me he dado cuenta de que si quiero tener hijos mientras todavía pueda, será mejor que encuentre a un buen hombre y siente la cabeza.

—No doy crédito a mis oídos.

Ella le lanzó una mirada burlona e inquisitiva.

—¿No quieres casarte conmigo?

Pitt tardó unos minutos en asimilar sus palabras.

—Si no recuerdo mal, te propuse matrimonio en el desierto de Sonora poco después del asunto del oro inca y tú me rechazaste.

—Eso era entonces —contestó ella sin darle importancia.

—Nunca te lo he vuelto a proponer. ¿Cómo sabes que no he cambiado de idea?

Ella lo miró a los ojos, sin saber si le hablaba en serio o se estaba haciendo el gracioso.

—¿Y has cambiado de idea?

—¿De verdad podemos cambiar nuestra forma de vida? —preguntó con gesto grave—. Tú todavía tienes tu escaño en la Cámara de Representantes y una lujosa casa en Alexandria. Yo tengo mi apartamento y mi colección de coches en un hangar viejo y oxidado con un montón de aviones ruidosos despegando y aterrizando alrededor. ¿Cómo nos las vamos a arreglar?

Ella lo abrazó y lo miró con ojos enamorados.

—Ya he jugado a ser la mujer independiente e individualista. Me ha gustado, pero ahora ha llegado el momento de ser práctica. Hay otros proyectos en los que me gustaría participar.

—¿Por ejemplo?

—Me han pedido que asuma la dirección de la National Child Abuse Foundation, la fundación que lucha contra el abuso de menores.

—Eso es en cuanto a tu carrera profesional. ¿Y el resto?

—Podemos alternarnos... una semana aquí y la otra en mi casa.

—¿Y a eso lo llamas ser práctica?

—No veo el problema. Al fin y al cabo, pasamos juntos la mayor parte de nuestro tiempo libre.

Pitt la atrajo hacia sí y la besó.

—Está bien, puesto que me lo has pedido tan cariñosamente, reflexionaré al respecto.

Ella lo apartó de un empujón y se hizo la ofendida, aun a sabiendas de que la estaba haciendo rabiar.

—Aunque por otra parte, también podría buscarme a otro por ahí. Tiene que haber cientos de hombres dispuestos a acogerme en sus brazos. Estoy segura de que podría encontrar algo mejor que el señor Dirk Pitt, alias *pagado de sí mismo*.

Pitt apretó el cuerpo de ella contra el suyo con fuerza, la miró a los ojos violáceos y dijo con dulzura:

—¿Para qué perder el tiempo? Sabes que eso es imposible.

—No tienes remedio.

—Pueden ocurrir muchas cosas el año que viene.

Loren le rodeó el cuello con los brazos.

—Eso es verdad, pero lo divertido es hacer que ocurran.

EPÍLOGO

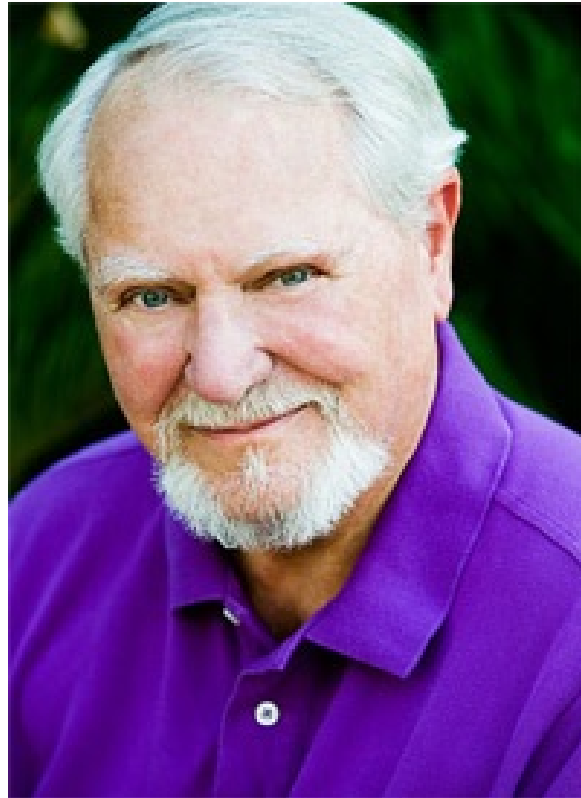
En 1960, un grupo de arqueólogos descubrió los restos óseos de una mujer en Santa Rosa, una de las islas de la costa de California. Tras permanecer en el sótano del museo de Santa Bárbara durante cuarenta años, el esqueleto fue sometido a unas sofisticadas pruebas de ADN y radiocarbono por parte de un equipo de científicos. Los resultados revelaron que los huesos tenían trece mil años de antigüedad, convirtiendo a la mujer en el esqueleto humano más antiguo encontrado en Norteamérica.

En sus tiempos, aquella mujer habría visto glaciares del tamaño de Australia, mamuts y macairodos, y podría haberse trasladado de una isla a otra a pie, puesto que el nivel del mar era casi ciento diez metros inferior al nivel actual. El descubrimiento de su esqueleto puso en tela de juicio las teorías tradicionales según las cuales los primeros habitantes de Norteamérica llegaron al continente a través de la península de tierra que atravesaba el actual estrecho de Bering, uniendo Siberia y Alaska.

El llamado «hombre de las cavernas de Spirit», tal como se denomina a otro esqueleto humano, vivió hace más de 9400 años en el oeste de Nevada y tiene un perfil craneal que indica que sus orígenes son japoneses o de Asia oriental. El «mago de la playa», cuyo cráneo también fue hallado en Nevada, presenta muchas semejanzas con los escandinavos y los polinesios. Otros cráneos encontrados en Nebraska y Minnesota, todos de al menos ocho mil años de antigüedad, se asemejan a los europeos y los sudasiáticos.

Pruebas recientes indican que los primeros colonos pudieron haber sido polinesios y asiáticos que habitaron el extremo occidental de América del Norte y del Sur, mientras que la costa oriental fue colonizada por los europeos que llegaron por barco, navegando por la masa flotante de hielo que abarcaba el norte del Atlántico durante la era glacial y siguiendo a las aves migratorias que volaban hacia el oeste.

Se sabe que el ser humano viajaba en barco del sur de Asia a Australia hace más de cuarenta mil años, por lo que las travesías marítimas no son una invención de las civilizaciones que poblaban el Mediterráneo. Los mares atrajeron el interés de los antiguos navegantes, quienes exploraron y descubrieron muchas más zonas del mundo de las que se les atribuye, y cuya historia no ha empezado a escribirse hasta ahora.



CLIVE CUSSLER. Nació en Illinois en 1931, pero creció en Alhambra, California, donde era el típico chico que se perdía en clase para soñar que estaba navegando bajo bandera pirata, o junto al almirante Nelson. Dejó la Universidad cuando empezó la guerra de Corea para alistarse en las fuerzas aéreas, donde sirvió como mecánico de aviones e ingeniero de vuelo, en una base de Hawai, y aprovechó su tiempo libre para aprender a bucear junto a sus amigos, uno de los cuales fue la fuente del mejor amigo de su personaje estrella, el ítaloamericano Al Giordino. El propio autor recuerda que en esta época, principios de los años 50, no se sabía casi nada sobre el submarinismo, que no se respetaban los tiempos de descompresión, y que se jugó la vida más de una vez. Pero llegó a amar el mar con toda su alma, un amor que no le ha abandonado, y que fue clave en su vida.

Después de dejar el ejército, se dedicó a la publicidad, y llegó a ser director creativo de dos de las agencias más importantes de estados unidos. Durante este tiempo, también se dedicó a escribir y producir anuncios de radio y televisión, que le hicieron ganar varios premio, incluido uno del festival de Cannes.

Sin embargo, llegó un momento en el que se dio cuenta que lo que él realmente quería era escribir novelas de submarinismo. Apoyado por su mujer, Barbara, dejó su trabajo en la multinacional para sacarse el título de buceador profesional, y se puso a trabajar en una tienda de artículos de submarinismo, al tiempo que daba cursos a aficionados. Los tiempos libres los aprovechaba en la trastienda, escribiendo en una máquina de escribir portátil artículos submarinos para revistas. En 1973 publicó la

que sería la primera novela de Dirk Pitt, *The Mediterranean Caper* (*Peligro en el mediterráneo*). Fue con su tercera novela, *Raise the Titanic* (*Rescaten el Titanic*) con la que alcanzó la fama, y pudo dedicarse a su mayor afición: rescatar barcos hundidos.

Cussler invirtió los beneficios de su libro para empezar a buscar, siempre apoyado por su mujer Barbara, y sus tres hijos, Teri, Dirk y Dana, barcos sumergidos. El primero que buscó fue el barco de John Paul Jones, uno de los héroes de la historia marítima, pero a pesar de que no logró encontrarlo, la experiencia le permitió aprender mucho sobre la búsqueda de barcos hundidos. Hasta la fecha, Cussler ha encontrado más de 60 barcos, entre ellos: El *Hunley*, un submarino confederado conocido por ser el primero en hundir un barco, el *Housatonic*. El *U-20*, el submarino alemán que hundió el famoso *Lusitania*; el barco de la república de Texas *Zavala*, encontrado bajo un parking en Galveston; y los restos del *Carpathia*, el barco que rescató a los supervivientes del *Titanic*. Todos estos descubrimientos los ha logrado con su ONG, la *NUMA*, que se llama así porque es la organización para la que trabaja su personaje, Dirk Pitt. (Él se negó a que se llamase así, pero el resto de socios votaron por unanimidad).

Con su libro, «*The Sea Hunters*». («*Exploradores del mar*»), publicado en 1996, acerca de sus trabajos como arqueólogo marino, logró que se conocieran gran parte de sus actividades enrolado en su ONG, la *NUMA*. También logró un hecho histórico: la Facultad de Ciencias del mar de la Universidad Estatal de Nueva York aceptó su libro como una tesis doctoral, y le otorgó el título de Doctor. Fue la primera vez en los 123 años de historia de la universidad que se concedió tal privilegio.

Además, Cussler es miembro de «El club de exploradores de Nueva York», la «*Royal Geographic Society*» de Londres, y la «*American Society of Oceanographers*». También destaca por su pasión por los automóviles antiguos, y posee una colección de más de 85 vehículos fabricados antes de los años 50, y restaurados a la perfección.

Cussler también tiene la tradición, desde su décima novela, «*Dragon*», de aparecer en sus propias novelas, en ocasiones como simples cameos, y en otros casos como salvador de los protagonistas y fundamental para su desenlace. El autor confiesa que todo empezó con una broma, y que estaba seguro de que su editor lo retiraría antes de publicar el libro, pero no fue así, y ya se ha convertido en una tradición, a pesar de que los personajes nunca recuerdan a Cussler de un libro a otro.

Notas

[1] Acrónimo de SEa, Air and Land. (N. del T.) <<